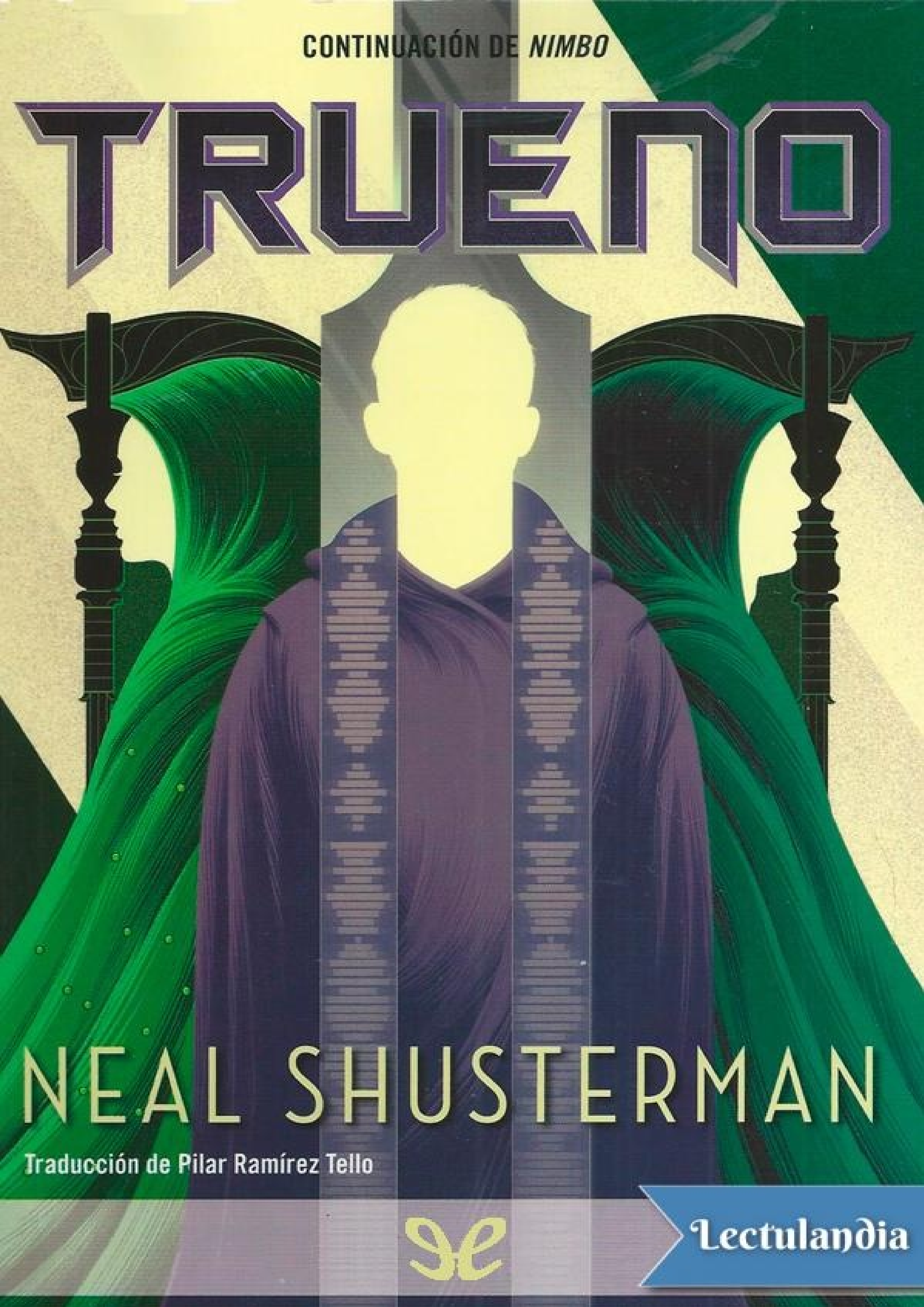


CONTINUACIÓN DE NIMBO
TRUENO
NEAL SHUSTERMAN
Traducción de Pilar Ramírez Tello
Lectulandia

Todo cambió hace tres años: fue entonces cuando Anastasia y Lucifer desparecieron: cuando el segador Goddard llegó al poder; cuando el Nimbo retiró la palabra a toda la humanidad, menos a Grayson Tolliver.

En este impactante desenlace de «El arco de la Guadaña», la trilogía que Neal Shusterman comenzó con «Siega», se pondrán a prueba las lealtades y reaparecerán viejos amigos. Pero el rugir del trueno siempre es el preludio de la tormenta, y puede que el ruido del cambio ya haya empezado a resonar entre los portadores de la muerte.

Neal Shusterman

Trueno

El arco de la Guadaña - 03

ePub r1.0
Titivillus 17.08.2020

Título original: *The Toll*
Neal Shusterman, 2019
Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Para David Gale, el sumo dalle de los editores.
¡Todos echamos de menos las sabias correcciones de tu guadaña!

PRIMERA PARTE

La isla perdida y la ciudad anegada

Soy el más afortunado de los seres inteligentes porque conozco mi propósito.

Acepto el puesto de sumo dalle de Midmérica con eterna humildad. Ojalá fuera en circunstancias más agradables. La tragedia de Perdura permanecerá durante largo tiempo en nuestra memoria. Mientras la humanidad tenga corazón para soportarlo y ojos para llorarlas, recordaremos los miles de vidas que llegaron a su fin en ese oscuro día. Los nombres de los fallecidos nunca abandonarán nuestros labios.

Para mi es un honor que el acto final de los siete verdugos mayores consistiera en reconocer mi derecho a ser considerado para el puesto de sumo dalle... y, como la otra candidata pereció en la catástrofe, no es necesario reabrir antiguas heridas consultando el voto sellado. La segadora Curie y yo no siempre estuvimos de acuerdo, pero era una de las mejores de nuestra hermandad y pasará a la historia como tal. Lamento su pérdida tanto, si no más, como cualquier otra persona.

Se ha especulado mucho sobre la identidad de los responsables del desastre, porque está claro que no se trató de un accidente, sino de un atentado malicioso planeado meticulosamente. En estos momentos puedo poner fin a los rumores y las especulaciones.

Acepto toda la responsabilidad.

Porque fue mi antiguo aprendiz el que hundió la isla. Rowan Damisch, el que se hacía llamar segador Lucifer, perpetró este horrible crimen. De no haberlo formado, de no haberlo amparado,

jamás habría tenido acceso a Perdura ni a las habilidades que le permitieron llevar a cabo un acto tan deleznable. Por lo tanto, mía es la culpa. Mi único consuelo es que él también falleció y sus imperdonables crímenes jamás volverán a asolar nuestro mundo.

Nos hemos quedado sin verdugos mayores que nos guíen, sin una autoridad superior que establezca la política de la siega. Por lo tanto, todos nosotros debemos dejar a un lado nuestras diferencias de una vez por todas. El nuevo orden y la vieja guardia tienen que trabajar juntos para satisfacer las necesidades de todos los segadores del mundo.

A este fin, he decidido rescindir oficialmente las cuotas de criba de mi región, por respeto a esos segadores que tienen dificultades para cumplirlas. A partir de ahora, los segadores de Midmérica pueden reducir cuanto deseen el número de personas cribadas sin que se les castigue por ello. Espero que otras guadañas sigan nuestro ejemplo y deroguen también sus cuotas de criba.

Por supuesto, para ayudar a los segadores que decidan cribar menos, el resto de nosotros tendrá que aumentar el número de vidas que arrebate para compensar la diferencia, aunque confío en que lograremos alcanzar un equilibrio natural.

—Del discurso de investidura de su excelencia el sumo dalle Robert Goddard de Midmérica, 19 de abril del Año del Ave Rapaz

1
Rendirse al momento

No hubo previo aviso.

Estaba dormido y, de repente, una gente desconocida lo arrastraba por la oscuridad.

—No te resistas —le susurró alguien—. Será peor para ti si lo haces.

Pero lo hizo de todos modos y, a pesar de estar medio dormido, consiguió librarse de ellos y salir corriendo por el pasillo.

Llamó pidiendo ayuda, aunque a aquellas horas de la noche sería imposible encontrar a alguien lo bastante espabilado como para ayudarlo. Giró a oscuras porque sabía que había unas escaleras a su derecha. Sin embargo, calculó mal, cayó de cabeza por ellas y se golpeó el brazo contra un escalón de granito. Se le rompieron los huesos del antebrazo derecho y, por un instante, notó un dolor agudo. Cuando se levantó, el dolor ya remitía y notaba calor en el cuerpo. Eran sus nanobots, lo sabía: llenaban de analgésicos su torrente sanguíneo.

Avanzó a trompicones, con el brazo agarrado para que la muñeca no le colgara en un ángulo horrible.

—¿Quién anda ahí? —oyó chillar a alguien—. ¿Qué está pasando ahí fuera?

Habría corrido hacia la voz de saber de dónde procedía. Los nanobots le nublaban la mente y le costaba distinguir lo que estaba arriba y lo que estaba abajo, y mucho más todavía diferenciar la izquierda de la derecha. Qué desastre perder la claridad mental cuando más la necesitaba. En aquel momento era como si estuviera sobre el suelo en movimiento de una casa de la risa. Fue dando bandazos de una pared a otra para intentar mantener el equilibrio hasta que se estrelló contra uno de sus atacantes, que lo agarró por la muñeca rota. A pesar de los analgésicos, el roce de los huesos bajo esa mano lo dejó demasiado débil para resistirse.

—No podías ponérnoslo fácil, ¿eh? —le dijo el agresor—. Bueno, ya te lo habíamos advertido.

Sólo vio la aguja un segundo. Un fino relámpago de plata en la oscuridad antes de que se la clavaran en el hombro.

El hielo le recorrió las venas y el mundo pareció empezar a girar en dirección contraria. Le cedieron las rodillas, pero no cayó. Había demasiadas manos a su alrededor para permitir que diera contra el suelo. Lo levantaron y lo llevaron en volandas. Había una puerta abierta, y por ella salió a la noche ventosa. En su último instante de consciencia, no tuvo más remedio que rendirse al momento.

Cuando despertó, el brazo ya estaba curado, lo que significaba que llevaba horas inconsciente. Intentó mover la muñeca, pero no pudo. No por la herida, sino porque estaba atado. De manos y de pies. También se ahogaba. Tenía una especie de saco sobre la cabeza, lo suficientemente poroso como para respirar, aunque también lo bastante grueso como para que le costara.

A pesar de no tener ni idea de dónde se encontraba, sí que sabía lo que estaba sucediendo: lo llamaban secuestro. La gente lo hacía por diversión, como regalo de cumpleaños o como actividad dentro de unas vacaciones de aventura. No obstante, aquel secuestro no era de los que te preparaban los amigos y la familia, sino algo real; y, aunque no tenía ni idea de quiénes eran sus secuestradores, sabía por qué lo habían hecho. ¿Cómo no iba a saberlo?

—¿Hay alguien ahí? —preguntó—. No puedo respirar aquí dentro. Si me dejan morturiento, no les serviré de nada, ¿no?

Oyó movimiento a su alrededor y alguien le quitó la bolsa de la cabeza.

Se hallaba en un cuartito sin ventanas y la luz era potente, aunque sólo porque llevaba mucho tiempo a oscuras. Ante él había tres personas: dos hombres y una mujer. Esperaba encontrarse con los rostros de unos duros indeseables profesionales. Nada más lejos de la realidad: sí, eran indeseables, pero no más que el resto del mundo.

Bueno, de casi todo el mundo.

—Sabemos quién eres —dijo la mujer del centro, que, al parecer, estaba al mando— y sabemos lo que puedes hacer.

—Lo que… supuestamente puedes hacer —puntualizó uno de los otros.

Los tres vestían trajes grises arrugados, del color del cielo nuboso. Eran agentes del Cúmulo… o, al menos, lo habían sido. Daban la impresión de no haberse cambiado de ropa desde que el Nimbo guardara silencio, como si vestirse para su función los ayudara a creer que todavía tenían una función que cumplir. Los agentes del Cúmulo recurriendo al secuestro. ¿En qué se estaba convirtiendo el mundo?

—Greyson Tolliver —dijo el menos convencido y, tras mirar una tablet, recitó los hechos más destacados de la vida de Greyson—. Buen estudiante, aunque no excepcional. Expulsado de la Academia Norcentral del Cúmulo por violar la separación entre Guadaña y Estado. Culpable de numerosos delitos y faltas bajo el nombre de Slayd Bridger, incluido un atentado a un autobús que se saldó con veintinueve personas morturientas.

—¿Y el Nimbo ha elegido a esta basura? —preguntó el tercer agente.

La que estaba al mando levantó la mano para silenciarlos a los dos antes de mirar a Greyson a los ojos.

—Hemos rastreado el cerebro trasero y sólo hemos encontrado a una persona que no esté calificada de indeseable. Tú. —Lo miró con una extraña mezcla de emociones. Curiosidad, envidia… y también una especie de admiración—. Eso significa que todavía puedes hablar con el Nimbo. ¿Correcto?

—Cualquiera puede hablar con el Nimbo —repuso Greyson—. La diferencia es que a mí me responde.

El agente de la tablet respiró hondo, como si fuera a contener el aliento con el cuerpo entero. La mujer se le acercó más.

—Eres un milagro, Greyson. Un milagro. ¿Lo sabías?

—Es lo que dicen los tonistas.

—Sé que te han tenido prisionero.

—Bueno…, no del todo.

—Sabemos que estabas con ellos en contra de tu voluntad.

—Puede que al principio, pero ya no.

Aquello no les hizo gracia a los agentes.

—¿Por qué narices te ibas a quedar con los tonistas? —preguntó el agente que, unos segundos antes, lo había llamado basura—. No te creerás sus tonterías…

—Me quedo con ellos porque no me secuestran en plena noche.

—No te hemos secuestrado —respondió el de la tablet—. Te hemos liberado.

Entonces, la que estaba al mando se arrodilló frente a él para que los dos tuvieran los ojos a la misma altura. En ese momento, Greyson le vio algo más en la mirada, algo más poderoso que el resto de sus emociones: desesperación. Un pozo negro de desesperación, tan oscuro y asfixiante como el alquitrán. Y no era sólo ella, por lo que veía Greyson; era una desesperación compartida. Había visto a otras personas enfrentarse a la pena desde que el Nimbo guardaba silencio, pero nada tan crudo y lamentable

como lo que percibía en aquella habitación. No había nanobots suficientes en el mundo para aliviar una desesperación semejante. Sí, él era el que estaba atado, pero ellos eran más prisioneros que él, atrapados por su propio desánimo. Le gustó que tuvieran que arrodillarse ante él; era como una súplica.

—Por favor, Greyson —le rogó la mujer—. Sé que hablo por muchos de nosotros, en la Interfaz con la Autoridad, cuando digo que servir al Nimbo era nuestra vida entera. Ahora que no nos habla, nos han robado esa vida. Así que te lo suplico: ¿puedes interceder por nosotros?

¿Qué más podía responder Greyson, salvo «os acompaño en el sentimiento»? Porque era cierto, conocía la soledad y la tristeza de quedarse sin un propósito en la vida. En sus días como Slayd Bridger, el indeseable infiltrado, había llegado a pensar que el Nimbo le había dado la espalda. Pero no. Estaba allí desde el principio, cuidando de él.

—En mi mesita de noche había un auricular —dijo—. No lo llevarán encima, ¿verdad? —Como no respondieron, supo que no. Lo más normal era olvidarse de esas cosas en los secuestros a medianoche—. Da igual. Denme cualquier auricular antiguo. —Miró al agente de la tablet, que todavía tenía colocado el de la Interfaz con la Autoridad. Se negaban a aceptar la realidad —. Deme el suyo —insistió Greyson.

—Ya no funciona —respondió el hombre.

—Para mí sí. El agente se lo quitó a regañadientes y lo colocó en la oreja de Greyson. Después, los tres esperaron a que les mostrara un milagro.

El Nimbo no recordaba cuándo empezó a ser consciente, sólo que lo era, igual que el bebé no sabe de su propia consciencia hasta que comprende lo bastante del mundo como para saber que la consciencia viene y va, hasta que al final no vuelve. Aunque esa última parte era algo que incluso a los más sabios les costaba entender.

La consciencia del Nimbo iba vinculada a una misión. A la esencia de su ser. Era, por encima de todo, el servidor y protector de la humanidad. Como tal, se enfrentaba a decisiones difíciles a diario, pero contaba con toda la riqueza del conocimiento humano para tomar dichas decisiones. Como la de permitir el secuestro de Greyson Tolliver porque servía a un fin mayor. Evidentemente, era la línea de actuación correcta. Todo lo que hacía el Nimbo era siempre y en última instancia lo correcto.

Aun así, rara vez coincidían lo correcto y lo sencillo, y sospechaba que hacer lo correcto iba a ser cada vez más difícil en los días que se avecinaban.

Quizá la gente no lo comprendiera al principio, pero lo haría al final. Era lo que deseaba creer el Nimbo. No porque lo sintiera con su corazón virtual, sino porque había calculado la probabilidad de que así fuera.

—¿De verdad esperan que les cuente algo mientras me tienen atado a una silla?

De repente, los tres agentes del Cúmulo corrieron a desatarlo, tropezándose entre ellos. Se habían vuelto tan respetuosos y sumisos en su presencia como los tonistas. El estar secuestrado en un monasterio durante los últimos meses le había permitido no enfrentarse al mundo exterior (y a cuál sería su lugar en él), pero empezaba a percibir cómo estaban las cosas.

Los agentes del Cúmulo se sintieron aliviados cuando terminaron de soltarlo, como si fuera a castigarlos por no ir lo bastante deprisa. «Qué extraño que el poder pueda cambiar de manos con tanta facilidad», pensó Greyson. Aquellas tres personas estaban a su merced. Podía contarles lo que quisiera. Podía decirles que el Nimbo quería que se pusieran a cuatro patas y ladraran como perros, y lo harían.

Se tomó su tiempo, dejó que esperaran.

—Hola, Nimbo —dijo—. ¿Quieres que les diga algo a estos agentes del Cúmulo?

El Nimbo le habló al oído. Greyson escuchó.

—Hmmm, interesante.

Después se volvió hacia la líder del grupo y esbozó la sonrisa más cálida que pudo, dadas las circunstancias.

—El Nimbo dice que les ha permitido mi secuestro. Sabe que sus intenciones son honorables, señora directora. Tiene usted buen corazón.

La mujer ahogó un grito y se llevó la mano al pecho, como si él se lo hubiera acariciado.

—¿Sabe quién soy?

—El Nimbo los conoce a los tres, puede que incluso mejor que ustedes mismos. —Se volvió hacia los otros—. Agente Bob Sykora: veintinueve años de servicio como agente del Cúmulo. Buenas calificaciones en el trabajo, aunque no excelentes —añadió con picardía—. Agente Tinsiu Qian: treinta y seis años de servicio, especializado en satisfacción de los empleados. —Después se volvió hacia la mujer al mando—. Y usted: Audra Hilliard, una de las mejores agentes del Cúmulo de Midmérica. Casi cincuenta años de reconocimientos y ascensos hasta que, finalmente, recibió el más alto honor

de la región: directora de la Interfaz con la Autoridad en Fulcrum City. O, al menos, eso era cuando existía una Interfaz con la Autoridad.

Sabía que la última frase les había dolido. Era un golpe bajo, pero lo de la bolsa en la cabeza le había puesto de mal humor.

—¿Y dices que el Nimbo aún nos escucha? —preguntó la directora Hilliard—. ¿Que todavía está a nuestro servicio?

—Como siempre.

—Entonces, por favor…, pídele que nos dé consejo. Pregúntale al Nimbo qué debemos hacer. Sin sus órdenes, los agentes del Cúmulo no tenemos ningún propósito. No podemos seguir así.

Greyson asintió y habló mirando hacia arriba, aunque, por supuesto, no era más que por el efecto dramático.

—Nimbo, ¿algún consejo que pueda transmitirles?

El joven escuchó, le pidió al Nimbo que se lo repitiera y miró a los tres inquietos agentes.

—8.167, 167.733 —dijo.

Lo miraron, desconcertados.

—¿Qué? —preguntó por fin la directora Hilliard.

—Es lo que ha dicho el Nimbo. Querían un propósito, y eso les ha dado.

El agente Sykora se puso a dar rápidos toquecitos con el dedo en su tablet para apuntar los números.

—Pero… ¿qué significa? —preguntó la directora.

Greyson se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—¡Pídele al Nimbo que se explique!

—No tiene nada más que decir… Aunque les desea a todos una bonita tarde.

Tenía gracia porque, hasta ese preciso momento, Greyson ni siquiera sabía qué hora era.

—Pero…, pero…

Entonces se abrió la cerradura de la puerta; y no sólo esa, sino todas las del edificio, cortesía del Nimbo. Y, de pronto, los tonistas entraron en tromba, agarraron a los agentes del Cúmulo y los maniataron. El último en entrar fue el coadjutor Mendoza, el encargado del monasterio tonista que cobijaba a Greyson.

—Nuestra secta no es violenta —le dijo Mendoza a los agentes—, pero, en circunstancias como esta, ¡me gustaría que lo fuera!

Hilliard, todavía con la desesperación pintada en el rostro, mantuvo la vista fija en Greyson.

—¡Pero nos habías dicho que el Nimbo nos había permitido liberarte!

—Así es —respondió alegremente el joven—. Pero también quería que me liberaran de mis liberadores.

—Podríamos haberte perdido —dijo Mendoza, todavía consternado a pesar de que Greyson llevaba ya un buen rato con ellos. En aquel momento iban en una caravana de vehículos, todos con conductores de carne y hueso, de vuelta al monasterio.

—No me habéis perdido —contestó él, cansado de verlo fustigarse—. Estoy bien.

—Pero puede que no lo hubieras estado si no llegamos a encontrarte.

—¿Cómo me encontrasteis, por cierto?

Mendoza vaciló, pero al final dijo:

—No lo hicimos. Llevábamos horas buscándote y, de repente, como salido de la nada, apareció un destino en todas nuestras pantallas.

—El Nimbo.

—Sí, el Nimbo —reconoció el coadjutor—. Aunque no entiendo por qué tardó tanto en dar contigo si tiene cámaras en todas partes.

Greyson decidió guardarse la verdad para sí: que el Nimbo no había tardado nada en encontrarlo, puesto que siempre sabía dónde estaba el chico. Sin embargo, tenía sus motivos para demorarse. Igual que tenía sus motivos para no haberlo avisado de la trama del secuestro.

«Tus secuestradores tienen que creerse que es real —le había explicado el Nimbo después del acto—. La única forma de asegurarse es permitir que, en efecto, sea real. Tranquilo, no has corrido peligro en ningún momento».

Aunque el Nimbo era amable y considerado, Greyson se había percatado de que siempre cometía aquellas crueldades accidentales contra las personas. Como no era humano, nunca entendería ciertas cosas, a pesar de lo inmenso de su empatía y su intelecto. Por ejemplo, no podía comprender que el terror a lo desconocido era espantoso y real, aunque después resultara que, en realidad, no había nada que temer.

—No pretendían hacerme daño —le aseguró a Mendoza—. Es que se sienten perdidos sin el Nimbo.

—Como todo el mundo, pero eso no les da derecho a sacarte de tu cama a la fuerza. —Sacudió la cabeza, furioso, aunque más consigo mismo que con

los agentes—. ¡Debería haberlo previsto! Los agentes del Cúmulo tienen más acceso al cerebro trasero que los demás, y era evidente que acabarían por buscar a alguien que no estuviese etiquetado como indeseable.

Puede que Greyson hubiera sido un iluso al pensar que podía permanecer en el anonimato. Nunca había sentido ningún afán de destacar y, de golpe, era, literalmente, único. No tenía ni idea de cómo enfrentarse a algo así, pero sospechaba que tendría que aprenderlo.

«Tenemos que hablar», le había dicho el Nimbo el día que se Perdura se hundió, y no había dejado de hablarle desde entonces. Le contó que tenía un papel esencial en los acontecimientos, aunque no le explicó cuál. No le gustaba comprometerse con respuestas de las que no estaba muy seguro y, a pesar de que se le daba bien predecir los resultados, no era un oráculo. No predecía el futuro, sólo las probabilidades de que ocurriera. Una bola de cristal empañada, en el mejor de los casos.

El coadjutor Mendoza se puso a tamborilear con los dedos en su reposabrazos.

—Esos malditos agentes del Cúmulo no serán los únicos que te busquen. Tenemos que adelantarnos a los acontecimientos.

Greyson sabía por dónde iba. Como único canal de comunicación con el Nimbo, no podía seguir escondiéndose; había llegado la hora de darle forma a su papel. Sabía que podría haberle pedido consejo al Nimbo, pero no quería. Su época de indeseable, en la que el ente no le hablaba, resultó aterradora en un principio, aunque también liberadora. Se había acostumbrado a tomar decisiones y reflexionar sobre cada situación sin ayuda. Si elegía abandonar su escondite, lo haría él solo, sin los consejos del Nimbo.

—Debería hacerlo público —dijo Greyson—. Que el mundo lo sepa…, con mis condiciones.

Mendoza lo miró y sonrió. Era evidente que los engranajes de su cabeza se habían puesto en funcionamiento.

—Sí —convino—. Tenemos que sacarte al mercado.

—¿Al mercado? No era eso lo que tenía en mente… No soy un pedazo de carne.

—No, pero tener la idea correcta en el momento adecuado puede ser tan satisfactorio como el mejor de los filetes.

¡Aquello era lo que esperaba Mendoza! El permiso para preparar el escenario para la presentación de Greyson. Tenía que ser idea del chico porque

Mendoza sabía que, si intentaba obligarlo, se resistiría. Quizás aquel desagradable secuestro tuviera un lado positivo: Greyson por fin había abierto los ojos. Y, aunque el coadjutor era un hombre que en secreto dudaba de sus creencias tonistas, la presencia del joven empezaba a hacerle dudar de sus dudas.

Mendoza fue el primero que creyó a Greyson cuando este afirmaba que el Nimbo todavía le hablaba. Presentía que el chico formaba parte de un plan mayor y que, tal vez, él también formara parte del mismo plan.

«Has venido aquí por un motivo —le había dicho a Greyson aquel día—. Este suceso, la Gran Resonancia, resuena de varias formas».

Dos meses después, sentados en el sedán mientras debatían sobre objetivos de enorme importancia, Mendoza se sintió más fuerte, envalentonado. Aquel modesto muchacho estaba destinado a llevar la fe tonista (y a Mendoza) a otro nivel.

—Lo primero que necesitas es un nombre.

—Ya tengo uno —respondió Greyson, pero Mendoza descarto la idea.

—Es muy común. Necesitas presentarte al mundo como algo más allá de lo ordinario. Algo… superlativo. —El coadjutor lo miró e intentó imaginárselo en un contexto más atractivo, más favorecedor—. Eres un diamante, Greyson. ¡Ahora tenemos que colocarte en el engaste adecuado para que brilles!

Diamantes.

Cuatrocientos mil diamantes encerrados dentro de una cámara sellada dentro de otra cámara perdida en el fondo del mar. Uno ya valía una fortuna más allá de la comprensión de los mortales, puesto que no eran gemas corrientes. Eran diamantes de segador. Había casi doce mil en manos de los segadores aún vivos, pero eso no era nada comparado con las gemas que se guardaban en la Cámara de las Reliquias y los Futuros. Suficientes para cubrir las necesidades de criba de la humanidad en los siglos venideros. Suficientes para los anillos de todos los segadores que se ordenaran hasta el fin de los tiempos.

Eran perfectos. Eran idénticos. No había mácula alguna en ellos, salvo por el punto negro que encerraban en su centro, aunque no se trataba de un defecto, sino de algo deliberado.

«Nuestros anillos nos recuerdan que hemos mejorado el mundo que la naturaleza nos había proporcionado —proclamó el dalle supremo Prometheus

el Año del Cóndor, tras establecer la Guadaña—. Forma parte de nuestra naturaleza… superar a la naturaleza». Y en ningún momento era tan evidente su afirmación como cuando se miraba al corazón de un anillo de segador, ya que ofrecía la ilusión de ser más profundo que el espacio que ocupaba. De que su profundidad superaba lo natural.

Nadie sabía de qué estaban hechos, ya que la tecnología que no controlaba el Nimbo se había perdido en el tiempo. Pocas personas en el mundo conocían de verdad cómo funcionaban las cosas. Lo único que sabían los segadores era que sus anillos estaban conectados entre sí y a su base de datos mediante un método desconocido. No obstante, como los ordenadores de la Guadaña no entraban dentro de la jurisdicción del Nimbo, se veían afectados por los fallos técnicos, los bloqueos y el resto de molestias que antaño caracterizaban a las relaciones entre humanos y máquinas.

Pero los anillos nunca fallaban.

Hacían justo lo que estaban diseñados para hacer: catalogaban a los cribados; analizaban las muestras de ADN de los labios de los que los besaban para conceder inmunidad; y brillaban para avisar a los segadores de dicha inmunidad.

Pero, si le preguntaras a un segador por el aspecto más importante del anillo, seguramente lo acercara a la luz para observar su brillo y respondiera que, por encima de todo, el anillo era un símbolo de la Guadaña y de la perfección posmortal. Una piedra angular de la posición de los segadores, tan sublime como elevada…, y un recordatorio de su solemne responsabilidad para con el mundo.

Sin embargo, todos aquellos diamantes…

«¿Para qué los necesitamos? —se preguntaban en aquellos momentos muchos segadores, sabiendo que su ausencia aumentaba el valor de sus propios anillos—. ¿Los necesitamos para ordenar más segadores? ¿Para qué necesitamos más segadores? Tenemos los suficientes para el trabajo». Y sin la supervisión internacional de Perdura, muchas guadañas regionales estaban siguiendo el ejemplo de Midmérica, que había abolido las cuotas de criba.

En aquel preciso instante, en el Atlántico, donde antes Perdura se irguiera sobre las olas, se había establecido un «perímetro de reverencia» con el consentimiento de los segadores de todo el mundo. Nadie tenía permitido navegar cerca del lugar del hundimiento de Perdura, por respeto a las miles de vidas perdidas. De hecho, el sumo dalle Goddard, uno de los pocos supervivientes de aquel terrible día, afirmaba que el Perímetro de Reverencia

debía convertirse en una denominación permanente y que jamás debía tocarse lo que quedara bajo su superficie.

No obstante, aquellos diamantes se encontrarían tarde o temprano. Lo valioso rara vez se pierde para siempre. Sobre todo cuando todo el mundo sabe perfectamente dónde se encuentra.

Los segadores de la región subsahariana nos sentimos sumamente ofendidos por la decisión del sumo dalle Goddard de eliminar las cuotas de criba. Las cuotas llevan en vigor desde tiempos inmemoriales para regular la muerte y, aunque no sea uno de los mandamientos oficiales de los segadores, siempre nos han llevado por el buen camino. Han evitado que nos dejemos llevar por la sed de sangre o, en su defecto, por la pereza.

Aunque otras regiones también han decidido abolir las cuotas, Subsáhara se une a Amazonia, Israebia y muchas otras regiones que rechazan este aciago cambio.

Más aún, a partir de ahora se prohíbe a todos los segadores midmericanos cribar en nuestra tierra… e instamos a las demás regiones a que sigan nuestro ejemplo para evitar que el presunto nuevo orden de Goddard imponga su tiránico poder en el mundo.

—Proclamación oficial de su excelencia el sumo dalle Tenkamenin de Subsáhara

2
Tarde a la fiesta

—¿Cuánto falta?

—Nunca había conocido a un segador tan impaciente.

—Entonces es que no has conocido a muchos segadores. Somos unos tipos bastante impacientes e irascibles.

El honorable segador Sydney Possuelo de Amazonia ya estaba en el puente cuando llegó el capitán Jerico Soberanis, justo después del alba. Jerico se preguntó si aquel hombre no dormiría nunca. Quizá los segadores contrataran a gente que durmiera por ellos.

—Medio día a toda velocidad —contestó Jerico—. Estaremos allí a las seis, como le dije ayer, su señoría.

—Tu barco es demasiado lento —suspiró Possuelo.

—Con todo el tiempo que ha pasado, ¿ahora tiene prisa? —replicó Jerico, sonriente.

—Nunca hay prisa hasta que alguien decide que la hay.

Jerico no podía rebatirle la lógica del razonamiento.

—En mundo ideal, esta operación se habría llevado a cabo hace mucho tiempo.

A lo que Possuelo respondió:

—Por si no te has fijado, este ya no es un mundo ideal.

Eso era cierto. Como mínimo, no era el mundo en el que Jerico se había criado. En aquel mundo, el Nimbo formaba parte de la vida de todos. Se le podía preguntar cualquier cosa, siempre respondía, y sus respuestas eran precisas, informativas y tan sabias como fuera necesario.

Pero aquel mundo había desaparecido. La voz del Nimbo guardaba silencio porque los humanos se habían vuelto indeseables.

Jerico recibió esa etiqueta una vez, de adolescente. No costaba conseguirlo, sólo necesitó tres robos en una tienda de comestibles local. Presumió de su hazaña menos de un día porque después las consecuencias se hicieron sentir. Que le negaran la comunicación con el Nimbo no le parecía gran cosa, pero la experiencia conllevaba otros fastidios. Los indeseables eran los últimos en la cola del comedor del instituto, así que siempre se quedaban

con los platos que nadie más quería. Los indeseables se sentaban en primera fila para que los profesores pudieran vigilarlos. Y, aunque Jerico no estaba en el equipo de fútbol, las reuniones de tutoría siempre coincidían con los partidos. Estaba claro que era algo intencionado.

En aquella época, Jerico creía que el Nimbo lo hacía en un alarde pasivo-agresivo de resentimiento, pero, con el tiempo, llegó a comprender que pretendía dejar clara su postura: ser indeseable era una elección, y cada uno tenía que decidir si lo que se ganaba compensaba lo que se perdía.

Lección aprendida. Aquella pequeña muestra le bastó. Le costó tres meses de buen comportamiento que borraran la enorme i roja de su tarjeta de identificación y, una vez eliminada, no le quedó ningún deseo de repetir la experiencia.

«Me alegro de que haya cambiado tu estado», le dijo el Nimbo cuando pudo volver a hablarle. A modo de respuesta, Jerico le había pedido que encendiera las luces del dormitorio… porque darle una orden volvía a poner al Nimbo en su sitio. Era un sirviente. El sirviente de la humanidad. Tenía que hacer lo que Jerico le ordenara. Era un consuelo.

Entonces llegó el cisma entre la humanidad y su mayor creación. Perdura se hundió en el mar y el Nimbo los declaró a todos indeseables de un solo golpe. En aquel instante nadie sabía exactamente lo que significaría para la gente la pérdida del Consejo Mundial de Segadores, pero el silencio del Nimbo sembró un pánico colectivo. Ser indeseable ya no era una opción, sino algo impuesto, un juicio de valor. Y el silencio fue lo único que necesitó el Nimbo para convertir la servidumbre en superioridad. El criado se transformó en el señor y, a partir de ese momento, el principal objetivo del mundo fue complacer al Nimbo.

«¿Qué puedo hacer para revertir esta decisión? —se lamentaba la gente—. ¿Qué puedo hacer para que el Nimbo me apruebe de nuevo?». El Nimbo nunca había pedido adoración, pero la gente ahora se la daba y se inventaba complicados retos a los que enfrentarse con la esperanza de que el Nimbo se fijara en ella. Evidentemente, el ente todavía oía los gritos de la humanidad. Todavía lo veía todo, pero se guardaba sus opiniones para sí.

Mientras tanto, los aviones seguían volando, los ambudrones seguían llegando para recoger a las personas morturientas, la comida seguía creciendo y distribuyéndose… Es decir, el Nimbo seguía haciendo funcionar el mundo con la misma precisión de siempre; procedía de la manera que consideraba más adecuada para la raza humana en su conjunto. Pero, si querías que la lámpara de tu escritorio se encendiera, tenías que levantarte tú.

El segador Possuelo se quedó en el puente un poco más para supervisar su progreso. El mar estaba en calma, aunque navegar con el mar en calma era una labor monótona, sobre todo para quien no estaba acostumbrado. Se marchó para desayunar en su camarote, y su túnica verde bosque se infló tras él mientras bajaba las estrechas escaleras que daban a las cubiertas inferiores.

Jerico se preguntó qué cosas se le pasarían por la cabeza al segador. ¿Le preocuparía tropezar con la túnica? ¿Revivía cribas pasadas? ¿O se limitaba a pensar en lo que iba a desayunar?

—No es mala persona —dijo Wharton, el oficial de guardia de cubierta, que ocupaba aquel puesto desde mucho antes de que Jerico dirigiera el barco.

—La verdad es que me cae bien. Es mucho más honorable que algunos de los otros «honorable segadores» que he conocido.

—Que nos haya elegido para esta misión de salvamento ya dice mucho de él.

—Sí, lo que no sé bien es el qué.

—En mi opinión, que ha elegido usted bien su carrera.

Era todo un cumplido, viniendo de Wharton, que no era dado a lisonjas. Pero Jerico no podía quedarse con todo el mérito.

—Me limité a aceptar el consejo del Nimbo.

Unos cuantos años antes, cuando el Nimbo le había sugerido que quizá fuese feliz en el mar, Jerico había reaccionado con irritación. Porque estaba en lo cierto. Era la evaluación perfecta. Jerico ya estaba pensando algo similar, pero que el Nimbo se lo dijera era como si le destriparan el final de la historia. Sabía que podía elegir entre muchas vidas distintas en el mar. Había gente que viajaba por el mundo en busca de la ola perfecta para surfear. Otros se dedicaban a las carreras en velero o cruzaban el océano en altos barcos que imitaban los navíos de épocas pasadas. Pero no eran más que pasatiempos sin un objetivo práctico más allá del puro placer. Jerico quería una felicidad que también sirviera para algo. Una profesión que aportara algo tangible al mundo.

El salvamento marítimo era la opción perfecta, y no sólo sacar del agua las cosas que el Nimbo hundía adrede para dar trabajo a la industria del salvamento. Aquello era como cuando los niños desenterraban dinosaurios de plástico de los areneros. Jerico quería recuperar cosas que se hubieran perdido de verdad, y eso significaba estrechar lazos con las guadañas del mundo porque, mientras que los barcos dentro de la jurisdicción del Nimbo nunca

sucumbían a una muerte prematura, los navíos de los segadores tendían a sufrir fallos técnicos y errores humanos.

Poco después de graduarse de la enseñanza secundaria, Jerico se embarcó como aprendiz en un equipo de salvamento de segunda en el Mediterráneo occidental. Entonces, el yate del segador Dalí se hundió en las aguas poco profundas junto a la costa de Gibraltar, lo que le brindó a Jerico la inesperada oportunidad de ascender.

Con un equipo estándar de buceo, fue la primera persona en llegar al yate hundido y, mientras los demás seguían supervisando el lugar, Jerico, contra las órdenes de su capitán, entró en la embarcación, encontró el cuerpo del segador morturiento dentro de su camarote y lo sacó a la superficie.

Fue despedido en el acto. No se sorprendió (al fin y al cabo, se consideraba que desobedecer una orden directa era amotinarse), pero formaba parte de una decisión calculada. Porque, cuando revivieron al segador Dalí y su séquito, lo primero que quiso saber el hombre era quién lo había sacado del mar.

Al final, el segador no sólo estaba agradecido, sino que fue generoso en grado sumo. Concedió a todo el equipo de salvamento un año de inmunidad a la criba y quiso añadir algo especial para la persona que lo había sacrificado todo para recuperar su cuerpo morturiento, ya que resultaba evidente que se trataba de alguien con sus prioridades en orden. El segador Dalí le preguntó a Jerico qué esperaba lograr en la vida.

«Me gustaría dirigir mi propio equipo de salvamento algún día», respondió él, pensando que Dalí lo recomendaría en alguna parte.

En vez de eso, el segador le compró el *E. L. Spence*, un espectacular buque de investigación oceanográfica de cien metros de eslora reconvertido para salvamento marítimo.

«Capitanearás este barco», anunció Dalí. Y como el Spence ya tenía capitán, el segador lo cribó en el acto y ordenó a la tripulación que obedeciera a Jerico si no quería acabar igual. Fue, por así decirlo, surrealista.

Habría preferido llegar al mando de otro modo, pero tenía tan poca elección como el capitán cribado. Al percatarse de que la tripulación no obedecería fácilmente a una persona de veinte años, Jerico mintió y les dijo que tenía cuarenta y tantos, pero que había reiniciado el contador recientemente para parecer más joven. Que se lo creyeran o no era asunto suyo.

La tripulación tardó bastante en aceptar el nuevo mando. Algunos se rebelaban en secreto. El episodio de intoxicación alimentaria de la primera

semana, por ejemplo, apuntaba claramente al cocinero. Y, aunque habrían sido necesarias pruebas genéticas para determinar con precisión de quién eran las heces que Jerico había encontrado en sus zapatos, decidió que el esfuerzo no merecía la pena.

El *Spence* y su tripulación viajaban por el mundo. Incluso antes de acabar a las órdenes de Jerico, el equipo de salvamento se había labrado un nombre, aunque su nuevo mando había tenido la sabia idea de contratar a un equipo de buceadores tasmanos con aberturas de respiración branquiales. Contar con un equipo de buceo capaz de respirar bajo el agua, junto con una excelente tripulación de salvamento, los convirtió en el equipo más solicitado por los segadores de todo el mundo. Y el hecho de que Jerico convirtiera en prioridad el rescate de los morturientos, por encima de las propiedades perdidas, les granjeó un respeto aún mayor.

Jerico había sacado del fondo del Nilo la barcaza del segador Akenatón; había recuperado el cuerpo morturiento de la segadora Earhart de un desafortunado accidente aéreo; y, cuando el submarino de lujo del verdugo mayor Amundsen se hundió en las heladas aguas de la región de la Barrera de Ross de la Antártida, llamaron al *Spence* para recuperarlo.

Y entonces, hacia el final de su primer año al mando, Perdura se hundió en medio del Atlántico y dejó preparado el camino para la mayor operación de salvamento de la historia.

No obstante, ese camino se había cerrado a cal y canto.

Sin los verdugos mayores del Consejo Mundial de Segadores, no quedaba nadie capacitado para autorizar un salvamento. Y con Goddard despotricando en Midmérica sobre la necesidad de no cruzar el Perímetro de Reverencia, las ruinas de Perdura seguían en el limbo. Mientras tanto, varias guadañas regionales que se habían puesto de parte de Goddard patrullaban el perímetro y cribaban a cualquiera que pasara por allí. Perdura se había hundido a tres kilómetros de profundidad, pero bien podría estar perdida en el espacio, entre las estrellas.

Con tanta intriga, a las otras guadañas les había llevado bastante tiempo reunir el valor suficiente para organizar un salvamento. En cuanto Amazonia anunció sus intenciones, otras guadañas se unieron, pero, como Amazonia había sido la primera en jugarse el pellejo, insistía en dirigir la operación. Las otras guadañas protestaron, aunque nadie se enfrentó a Amazonia, sobre todo porque así la región pagaría los platos rotos de la ira de Goddard.

—Es usted consciente de que nuestro rumbo actual se desvía unos cuantos grados del previsto, ¿no? —le comentó el jefe Wharton a Jerico cuando

Possuelo abandonó la cubierta.

—Corregiremos el rumbo a mediodía —respondió Jerico—. Eso retrasará nuestra llegada unas cuantas horas. No hay nada peor que llegar demasiado tarde para iniciar las operaciones, pero demasiado temprano para dar por terminado el día.

—Bien pensado, señor —dijo Wharton; entonces le echó un vistazo rápido al exterior y se corrigió, algo avergonzado—: Lo siento, señora, error mío. Estaba nublado hace un momento.

—No es necesario disculparse, Wharton —le aseguró Jerico—. Me da igual un título que otro, sobre todo en un día en el que hay tanto sol como nubes.

—Sí, capitana —repuso Wharton—. No pretendía ser irrespetuoso.

Jerico habría sonreído, pero tampoco quería faltarle el respeto a Wharton, cuya disculpa, aunque innecesaria, era sincera. Aunque parte del trabajo de un marino consistía en marcar la posición del sol y las estrellas, lo cierto era que no estaba acostumbrado a la fluidez meteorológica.

Jerico había nacido en Madagascar, una de las siete regiones autónomas del mundo en las que el Nimbo empleaba distintas estructuras sociales para mejorar la experiencia humana y la gente acudía en masa a Madagascar porque el ente había tomado unas decisiones únicas que la hacían muy popular.

Todos los niños de Madagascar se criaban sin género y se les prohibía elegir uno hasta llegar a la edad adulta. Incluso entonces, muchos preferían no limitarse a un solo estado de existencia. Algunos, como Jerico, descubrían que eran de género fluido.

«Me siento como una mujer bajo el sol y las estrellas. Me siento como un hombre bajo las nubes —le había explicado a la tripulación cuando asumió el mando—. Para saber cómo dirigirse a mí en un momento dado, sólo hay que echar un vistazo al cielo».

A la tripulación no le resultaba complicado el tema de la fluidez, que era bastante común, sino el aspecto meteorológico del sistema personal de Jerico. Como se había criado en un lugar en que tales situaciones eran la norma y no la excepción, a Jerico nunca se le había ocurrido que fuera tan difícil, hasta que salió de casa. Era sencillo: algunas cosas hacían que una persona se sintiera femenina; otras, que se sintiera masculina. ¿No era así para todo el mundo, al margen del género? ¿O acaso los binarios se negaban todo aquello que no encajara en su molde? Bueno, en cualquier caso, las meteduras de pata y los que se pasaban de frenada le hacían más gracia que otra cosa.

—¿Qué otros equipos de salvamento cree que habrá por allí? —le preguntó Jerico a Wharton.

—Muchos. Y más que estarán de camino. Ya llegamos tarde a la fiesta.

—En absoluto. Nosotros transportamos al segador al mando, lo que significa que somos el buque insignia de la operación. La fiesta no empezará hasta que lleguemos…, y pretendo hacer una entrada triunfal.

—No me cabe la menor duda, señor —respondió Wharton, ya que el sol se había ocultado detrás de una nube.

Al caer el sol, el *Spence* llegó al lugar en el que se había hundido la Isla del Corazón Perdurable.

—Hay setenta y tres barcos de distinto tipo esperando justo al límite del Perímetro de Reverencia —informó el jefe Wharton a la capitana Soberanis.

El segador Possuelo era incapaz de disimular su asco.

—Son peores que los tiburones que devoraron a los verdugos mayores.

Cuando empezaron a pasar junto a los navíos más alejados del perímetro, Jerico se fijó en un barco mucho más grande que el Spence que se encontraba justo delante de ellos.

—Lo rodearemos —dijo Wharton.

—No, siga con el rumbo actual.

—Lo vamos a embestir —repuso Wharton, preocupado.

Jerico esbozó una sonrisa traviesa.

—Entonces, tendrá que moverse —respondió.

Possuelo sonrió.

—Y así dejaremos claro desde el principio quién está al mando de la operación —dijo—. Me gusta tu forma de pensar, Jeri.

Wharton le echó un vistazo a Jerico. Por respeto, en la tripulación nadie llamaba Jeri a la capitana, pues era un apelativo reservado para amigos y familiares. Pero Jerico se lo permitió.

El *Spence* siguió adelante a toda velocidad, y el otro barco se movió, aunque sólo cuando quedó claro que el Spence lo embestiría de verdad si no lo hacía. Ganaron fácilmente aquella batalla de voluntades.

—Colóquennos justo en el centro —ordenó Jerico al entrar en el Perímetro de Reverencia—. Después, notifiquen a las otras embarcaciones que se pueden unir a nosotros. Los equipos de salvamento pueden empezar a enviar a sus drones a las seis de la mañana, para examinar las ruinas. Díganles

que tendrán que compartir toda la información y que, si descubrimos que alguien oculta datos, corre peligro de criba.

Possuelo arqueó una ceja.

—¿Ahora habla por la guadaña, capitana?

—Sólo intento asegurarme de que obedezcan. Al fin y al cabo, todos corremos peligro de criba, así que no les digo nada que no sepan… Sólo procuro ofrecer una nueva perspectiva.

Possuelo se rio con ganas.

—Tu audacia me recuerda a la de una segadora novata a la que conocí.

—¿Conoció?

—La segadora Anastasia —repuso Possuelo tras un suspiro—. Falleció junto con su mentora, la segadora Curie, cuando se hundió Perdura.

—¿Conocía a la segadora Anastasia? —preguntó Jerico, impresionada, como era menester.

—Sí, aunque menos de lo que me hubiese gustado, por desgracia.

—Bueno, puede que lo que saquemos de las profundidades la ayude a encontrar la paz.

Ya hemos deseado buena suerte a las segadoras Anastasia y Curie en su viaje a Perdura y su proceso contra Goddard. Espero que, en su sabiduría, los verdugos mayores lo descalifiquen y acaben así con sus aspiraciones al puesto de sumo dalle. En cuanto a Munira y a mí, debemos desplazarlos al otro lado del mundo para encontrar las respuestas que buscamos.

Mi fe en este mundo perfecto cuelga del último hilo de una cuerda raída. Lo que era perfecto no seguirá siéndolo mucho tiempo, no mientras nuestros defectos se cuelen por grietas y fisuras para erosionar lo que hemos creado con tan arduo trabajo.

El Nimbo es el único más allá de todo reproche, pero no sé qué pasa por su mente. No comparto sus pensamientos, puesto que soy segador y la esfera del Nimbo está fuera de mi alcance, igual que mi solemne obra queda fuera de su jurisdicción global.

Los segadores fundadores temían nuestra soberbia, que no lográramos mantener la virtud, el altruismo y el honor que exige nuestro trabajo. Les preocupaba que estuviéramos tan pagados de nosotros, tan satisfechos de nuestra sabiduria que, como Ícaro, voláramos demasiado cerca del sol.

Durante más de doscientos años hemos demostrado ser dignos del puesto. Hemos estado a la altura de sus elevadas expectativas. Sin embargo, todo ha cambiado en un abrir y cerrar de ojos.

Sé que los fundadores establecieron un plan de emergencia. Una alternativa por si la Guadaña fracasaba. Pero, si lo encuentro, ¿tendré el valor necesario para activarlo?

—Del diario «post mortem» del segador Michael Faraday, 31 de marzo del Año del Ave Rapaz

3
Una forma muy estimulante de empezar la semana

El día del hundimiento de Perdura, un avioncito desconectado de la red volaba rumbo a un lugar que no existía.

Munira Atrushi, antigua bibliotecaria del turno de noche de la Gran Biblioteca de Alejandría, era la pasajera; el segador Michael Faraday, el piloto.

—Aprendí a pilotar aviones durante mis primeros años como segador —le contó Faraday—. Descubrí que pilotar me relajaba. Transporta la mente a un lugar distinto, más tranquilo.

Aunque puede que a él le funcionara, no era extensible a los pasajeros, porque Munira tenía los nudillos blancos de tanto apretar el asiento cada vez que daban un bote.

Nunca había sido una gran aficionada a los viajes por aire. Sí, era completamente seguro y nadie había muerto de forma permanente en un accidente aéreo. El único incidente posmortal registrado era el de un avión comercial de pasajeros que había tenido la enorme mala suerte de cruzarse en el camino de un meteorito.

El Nimbo había eyectado de inmediato a todos los pasajeros para evitar el inevitable choque y posterior incendio, pero acabaron morturientos por culpa del aire enrarecido y la altitud de crucero. En cuestión de segundos se congelaron por el frío y cayeron al bosque que tenían debajo. Los ambudrones partieron a por ellos incluso antes de que aterrizaran y recuperaron todos los cuerpos en cuestión de una hora. Los trasladaron a centros de reanimación y, en un par de días, ya habían subido a bordo de otro avión para llegar a su destino, tan felices.

«Una forma muy estimulante de empezar la semana», había comentado uno de los pasajeros cuando lo entrevistaron.

En cualquier caso, a Munira seguían sin gustarle los aviones. Sabía que su miedo era irracional. O, al menos, lo había sido hasta que el segador Faraday dijo que, una vez fuera del espacio aéreo conocido, tendrían que arreglárselas solos.

«Cuando estemos en el “punto ciego” del Pacífico, nadie podrá rastrearnos, ni siquiera el Nimbo —le había dicho—. Nadie sabrá si vivimos o morimos».

Eso significaba que, si tenían la mala suerte de tropezarse con un meteorito o con cualquier otra catástrofe inesperada, no aparecería ningún ambudrón para transportarlos a un centro de reanimación. Permanecerían muertos para siempre, como antaño ocurría con los mortales. De un modo tan irrevocable como en la criba.

No ayudaba que el avión lo pilotara Faraday en vez del sistema automático. Confiaba en el venerable segador, pero, como todo el mundo, era susceptible a los errores humanos.

Todo aquello era culpa de Munira. Ella era la que había deducido que el Nimbo tenía un punto ciego en el Pacífico Sur, un punto repleto de islas. O, para ser más precisos, atolones, crestas de antiguos volcanes que formaban una serie de archipiélagos circulares. Se trataba de una región entera que los segadores fundadores habían ocultado al Nimbo y, de hecho, al resto del mundo. La pregunta era: ¿por qué?

Tres días atrás se habían reunido con las segadores Curie y Anastasia para contarles sus sospechas. «Ten cuidado, Michael», le había dicho la segadora Curie. Que a Curie le preocupara lo que habían descubierto resultaba inquietante. Una segadora a la que no le daba miedo nada… temía por ellos. Era para pensárselo.

Faraday también albergaba sus dudas, pero decidió no comunicárselas a Munira. Mejor que considerara al segador un apoyo inquebrantable. Después de aquella reunión, habían viajado, siempre de incógnito y en transportes comerciales, hasta Occimérica. El resto del camino sería en avión privado; sólo necesitaban conseguir uno. Aunque Faraday tenía derecho a quedarse con lo que quisiera, al margen de quién Fuera el dueño o cuánto costara, rara vez lo hacía. Siempre procuraba dejar la menor huella posible en las vidas de la gente con la que se encontraba. A no ser, por supuesto, que fuera a cribarlos, en cuyo caso su huella era clara y profunda.

No había cribado a nadie desde que fingiera su propia muerte. Como hombre muerto, no podía arrebatar ninguna vida porque, si lo hacía, la Guadaña lo sabría, ya que su base de datos registraba todas las cribas a través del anillo. Había considerado la posibilidad de librarse de él, pero decidió no hacerlo. Era cuestión de honor, de orgullo. Seguía siendo un segador, así que consideraba que separarse del anillo era faltarle el respeto.

Se dio cuenta de que, con el paso del tiempo, iba perdiendo el anhelo de cribar. Además, en aquellos momentos tenía otras cosas que hacer.

Cuando llegaron a Occimérica pasaron un día en Ciudad Ángeles, un lugar que, en la época mortal, fascinaba a mucha gente con sus brillos de purpurina y albergaba grandes desgracias personales. Ahora no era más que un parque temático. A la mañana siguiente, Faraday se puso su túnica —que no había lucido demasiado desde que desapareciera del radar de la Guadaña—, se acercó a un puerto deportivo y se apropió del mejor hidroplano que encontró: un reactor anfibio con espacio para ocho pasajeros.

«Asegúrese de que tenga suficientes pilas de combustible para un viaje transpacífico —le ordenó al gerente del puerto—. Queremos partir lo antes posible».

Faraday era temible sin necesidad de túnica, así que, con ella, Munira debía reconocer que resultaba imponente como sólo los mejores segadores sabían serlo.

«Tendré que hablar con el propietario», respondió el gerente con voz temblorosa.

«No —repuso Faraday con calma—. Tendrá que explicárselo al propietario cuando nos vayamos, no tengo tiempo para esperar. Infórmele de que le devolveré el vehículo en cuanto termine con él y que abonaré una generosa cantidad por el alquiler».

«Sí, señoría», respondió el hombre, porque ¿qué otra cosa podía decirle a un segador?

Mientras Faraday permanecía atento a los mandos, Munira lo vigilaba para asegurarse de que no se durmiera o desconcentrara. También contaba cada vez que atravesaban turbulencias. Siete, hasta el momento.

—Si el Nimbo controla el tiempo, ¿por qué no suaviza los corredores de vuelo?

—No controla el tiempo —la corrigió Faraday—, tan sólo influye en él. Y, además, no puede intervenir para ayudar a un segador, por mucho que su estimada socia odie los vientos variables.

Munira agradecía que ya no se refiriese a ella como su ayudante. Había demostrado ser mucho más que eso al descubrir el punto ciego. ¡Maldito fuera su ingenio! Podría haberse quedado en la Biblioteca de Alejandría, ignorante y contenta, pero se dejó llevar por la curiosidad. ¿Cómo era aquel antiguo dicho de la época mortal? ¿La curiosidad era una asesina de gatos?

Mientras sobrevolaban los monótonos mares del Pacífico, la radio empezó a emitir un extraño acople. Fue casi ensordecedor y duró cerca de un minuto,

a pesar de que Faraday intentó apagarlo. Munira temió que le estallaran los tímpanos y Faraday tuvo que soltar los mandos unos segundos para taparse los oídos, de modo que se escoraron peligrosamente. Entonces el ruido desapareció de golpe, igual que había empezado. El segador recuperó el control del avión.

—¿Qué narices ha sido eso? —preguntó Munira, a la que todavía le pitaban los oídos.

Faraday, con ambas manos en los mandos, seguía intentando recuperarse.

—Diría que se trata de una barrera electromagnética. Creo que significa que hemos entrado en el punto ciego.

Después de aquello, ninguno le dio más vueltas al asunto, y tampoco tenían forma de saber que aquel mismo sonido se había oído en todo el mundo a la vez; en algunos círculos llegaría a denominarse «la Gran Resonancia». Fue el momento que marcó el hundimiento de Perdura y el silencio global del Nimbo.

Pero, como Faraday y Munira abandonaron la esfera de influencia del Nimbo en cuanto entraron en el punto ciego, no se enteraron de nada de lo que sucedía en el mundo exterior.

Desde aquella altura, los cráteres volcánicos sumergidos de los atolones Marshall eran visibles con claridad: gigantescas lagunas dentro de los puntos y cintas de las muchas islas que los bordeaban. El atolón Ailuk, el atolón Likiep. No había edificios ni muelles, ni ruinas visibles que indicaran que los humanos los hubieran habitado. En el planeta había muchas zonas silvestres, pero el Nimbo contaba con un cuerpo de trabajadores forestales que las protegían meticulosamente. Hasta los bosques más profundos y oscuros tenían torres de comunicación y plataformas de ambudrones, por si algún visitante sufría heridas graves o acababa morturiento. Pero allí…, allí no había nada. Era espeluznante.

—Estoy seguro de que en algún momento los habitaron —dijo Faraday—. Puede que los segadores fundadores cribaran a los residentes, aunque lo más probable es que los trasladaran a algún lugar fuera del punto ciego para mantener en secreto sus actividades.

Por fin apareció ante ellos, a lo lejos, el atolón de Kwajalein.

—«Escapemos ya al sur del Despertar y partamos a la Tierra de Nod» —dijo Faraday.

Se trataba de la vieja canción infantil. Y allí estaban, a unos mil cien kilómetros al sur de Wake Island, la isla Despertar, justo en el centro del punto ciego.

—¿No estás emocionada, Munira? ¿Ahora que sabes lo que sabían Prometheus y los otros fundadores? ¡Por fin vamos a descifrar el acertijo que nos dejaron!

—No hay garantía de que vayamos a encontrar algo.

—Siempre tan optimista.

Como sabían todos los segadores, los fundadores afirmaban haber preparado un plan de emergencia para la sociedad, por si su concepto de la Guadaña fracasaba. Una solución alternativa al problema de la inmortalidad. Ya nadie se lo tomaba en serio. ¿Por qué iban a hacerlo, si la Guadaña había sido la solución perfecta durante doscientos años? A nadie le importaban los sistemas de emergencia hasta que algo fallaba.

Si las segadoras Curie y Anastasia tenían éxito en Perdura y la segadora Curie se convertía en la suma dalle de Midmérica, puede que la Guadaña evitara el desastroso camino por el que quería llevarla Goddard. Pero, si no era así, quizás el mundo todavía necesitara aquel plan de emergencia.

Bajaron a los cinco mil pies y, a medida que se acercaban, empezaron a distinguir los detalles del atolón. Arboledas frondosas y playas de arena. La isla principal del atolón de Kwajalein tenía la forma de un bumerán largo y estilizado…, y allí vieron por fin algo que no se encontraba en ningún otro lugar del punto ciego: indicios de que en la isla había existido presencia humana; hileras de maleza que antes fueran carreteras, cimientos que rodeaban la antigua ubicación de edificios.

—¡Bingo! —exclamó Faraday mientras empujaba la palanca de mando para reducir la altitud y examinarlo más de cerca.

Munira incluso notó la reacción de sus nanobots al alivio que sentía.

Al fin, todo iba bien.

Hasta que empezó a ir mal.

—Aeronave desconocida; identifíquese, por favor.

Era un mensaje automático apenas audible a través de las fuertes ondas de interferencias, con una voz artificial que sonaba demasiado humana para serlo.

—No te preocupes —dijo Faraday, y transmitió el código universal de identificación que usaba la Guadaña.

Tras un momento de silencio, volvieron a escuchar:

—Aeronave desconocida; identifíquese, por favor.

—Esto no me gusta —dijo Munira.

Faraday la miró con el ceño fruncido, aunque sin poner el alma en ello, y volvió a hablar por el transmisor.

—Aquí el segador Michael Faraday de Midmérica, solicitando permiso para acercarse a la isla principal.

Otros segundos de silencio, y la voz contestó:

—Anillo de segador detectado.

Tanto Faraday como Munira se relajaron.

—Ya está —dijo el segador—. Solucionado.

Y, entonces, la voz volvió a hablar:

—Aeronave desconocida; identifíquese, por favor.

—¿Qué? He dicho que soy el segador Michael Faraday…

—Segador desconocido.

—Evidentemente, no te reconoce —intervino Munira—. Cuando establecieron este sistema, aún no habías nacido. Seguro que cree que eres un impostor con un anillo robado.

—¡Lo que me faltaba por ver!

Y lo que le faltaba por ver fue la descarga láser que la isla les disparó desde algún lugar de su superficie y que reventó su motor izquierdo con un estruendo que notaron en los huesos como si les hubiera acertado a ellos y no al avión.

Era todo lo que temía Munira. La culminación del peor de los casos posibles. Y a pesar de ello, sentía un aplomo y una claridad que no se esperaba. El avión tenía un módulo de escape; incluso había llegado a examinarlo antes de despegar para asegurarse de que todo funcionaba correctamente.

—El módulo está en popa —le dijo a Faraday—. ¡Tenemos que darnos prisa!

Aun así, él seguía empeñado en hablar con la radio que no dejaba de crujir con las interferencias.

—¡Aquí el segador Michael Faraday!

—Es una máquina —le recordó Munira—, y no de las listas. No puedes razonar con ella.

La mejor prueba de ello fue el segundo disparo, que destrozó el parabrisas e incendió la cabina. De haber estado a mayor altitud, habrían salido volando por el agujero, pero, al volar bajo, se libraron de la descompresión explosiva.

—¡Michael! —chilló Munira usando su nombre propio, cosa que no había hecho nunca antes—. ¡No sirve de nada!

Su avión herido ya había empezado a caer de lado hacia el mar; no había forma de salvarlo, por muy hábil que fuera el piloto.

Al final, Faraday se rindió, salió de la cabina y juntos lograron avanzar pese a la inclinación del reactor hasta llegar al módulo de escape. Se metieron dentro, pero no lograban cerrarlo porque la túnica no dejaba de engancharse en el cierre.

—¡Mierda! —gruñó el segador, y tiró tan fuerte que rasgó el dobladillo… y por fin pudieron cerrar la puerta. El mecanismo se selló, la espuma en gel se expandió para rellenar el espacio restante y el módulo salió disparado.

Como no tenía ventanas, no había modo de ver lo que sucedía a su alrededor. Sólo sentían unas náuseas extremas mientras el vehículo daba vueltas por el aire.

Munira ahogó un grito cuando las agujas se le clavaron en el cuerpo. Aun sabiendo que ocurriría, se sorprendió. La pincharon en cinco sitios distintos, como mínimo.

—Aborrezco esta parte —gruñó Faraday, que, como había vivido muchos años, había estado antes dentro de un módulo de escape, mientras que para Munira era algo nuevo y horroroso.

Aquellas cápsulas estaban diseñadas para dejar inconscientes a sus ocupantes, de modo que, si sufrían heridas al aterrizar, permanecieran dormidos mientras sus nanobots los curaban. Después se despertaban intactos tras las horas que fuesen necesarias para reparar los daños; y, si morían, después los transportaban a un centro de reanimación. Como los pasajeros del avión del meteorito, despertarían entusiasmados por la experiencia.

Salvo que, si la caída los mataba, Munira y Faraday no podían contar con eso.

—Si morimos —le dijo Faraday, que ya arrastraba las sílabas—, lo siento mucho, Munira.

Ella quería responder, pero perdió el conocimiento antes de poder hacerlo.

Era como si el tiempo no hubiese pasado.

Munira pasó de estar dando vueltas a oscuras con Faraday a contemplar el movimiento de las hojas de las palmeras que la protegían del sol. Seguía dentro del módulo, aunque la puerta estaba abierta de par en par y no había

nadie a su lado. Se zafó como pudo de la espuma que se le ajustaba al cuerpo y se sentó.

Cerca de los árboles, Faraday asaba un pez ensartado en un palo sobre una pequeña fogata mientras bebía agua de coco directamente del fruto. Una tira de lino roto le colgaba de la túnica: la parte que se le había enganchado en el cierre. Tenía el borde embarrado. Qué extraño resultaba ver al gran segador Michael Faraday con una túnica que no estuviera perfecta e impoluta.

—Ah —exclamó él, jovial—, ¡por fin te despiertas!

Le pasó el coco para que le diera un trago.

—Es un milagro que hayamos sobrevivido —respondió ella.

Hasta que no olió el pescado que se asaba al fuego no se dio cuenta del hambre que tenía. El módulo estaba diseñado para mantener a sus ocupantes hidratados durante varios días, pero no ofrecía nutrientes. Por el estado de su estómago, calculaba que habían pasado dentro del módulo al menos un par de días.

—Hemos estado a punto de no hacerlo —coincidió Faraday mientras le daba el pescado y ensartaba otro—. Según los registros del módulo, hubo un fallo en el paracaídas, probablemente por el choque contra los escombros u otro disparo láser. Nos estrellamos con fuerza contra el agua y, a pesar del acolchado de espuma, ambos sufrimos contusiones de tercer grado y múltiples fracturas en las costillas. Tú, además, te perforaste un pulmón; por eso los nanobots han tardado unas cuantas horas más en curarte que a mí.

El módulo, que contaba con un sistema de propulsión para amerizajes, los había transportado hasta la orilla y se había quedado medio enterrado en la arena tras soportar dos días de subida y bajada de mareas.

Munira miró a su alrededor, y Faraday debió de interpretar correctamente su expresión, porque dijo:

—Ah, no te preocupes; al parecer, el sistema de defensa sólo realiza el seguimiento del tráfico aéreo que se aproxima a la zona. El módulo estaba lo bastante cerca de la isla como para que no lo detectara.

En cuanto a su avión, el que Faraday había prometido devolver a su dueño, descansaba hecho pedazos en el fondo del Pacífico.

—¡Ahora somos oficialmente náufragos!

—No entiendo por qué narices estás tan contento.

—¡Porque estamos aquí, Munira! ¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos logrado lo que no había logrado nadie desde el inicio de la era posmortal! ¡Hemos encontrado la Tierra de Nod!

El atolón de Kwajalein parecía pequeño desde el cielo, pero, una vez en tierra, se les antojó gigantesco. Aunque la isla principal no era demasiado ancha, daba la impresión de alargarse hasta el infinito. Había restos de antiguas infraestructuras por todas partes, así que, con suerte, lo que buscaban estaría allí y no en una de las islas exteriores. El problema era que no sabían qué estaban buscando exactamente.

Dedicaron varios días a explorar, recorriendo en zigzag la isla desde el alba hasta el anochecer y catalogando las reliquias que encontraban… y que estaban por todas partes. El pavimento roto de las carreteras que había dado paso tiempo atrás a un nuevo bosque. Cimientos de piedra que antes soportaban el peso de edificios. Montones de hierros oxidados y acero gastado.

Cenaban pescado y aves salvajes, que había en abundancia, al igual que árboles frutales tan variados que no podían ser todos autóctonos. Lo más probable era que los cultivaran en los patios y siguieran allí después de que tanto estos como las casas hubieran desaparecido.

—¿Y si no encontramos nada? —preguntó Munira al principio de sus exploraciones.

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

—Aquí no hay puentes.

Durante los primeros días, aparte de la chata torre de seguridad, que estaba sellada como un sarcófago vertical, no habían conseguido más que porcelana rota de lavabos y retretes, y contenedores de plástico que, probablemente, permanecerían intactos cuando el sol se volviera nova y devorara los planetas interiores. Aquel lugar habría sido una meca para los arqueólogos, pero a ellos no los acercaba a su objetivo.

Entonces, hacia el final de la primera semana, se subieron a un arcén y descubrieron una extensión de terreno cubierta de arena y demasiado geométrica para ser natural. Después de excavar un poco, encontraron una capa de hormigón tan gruesa que poca vegetación había logrado arraigar en ella. Aquel sitio tenía un propósito, estaba claro, por más que ellos no lo averiguaran.

Y allí, contra el lateral del terraplén, casi oculta por enredaderas, había una puerta cubierta de musgo. La entrada a un búnker.

Mientras apartaban las enredaderas, entrevieron un panel de seguridad. Lo que estuviera allí escrito o grabado había desaparecido por la erosión, pero lo que quedaba les contaba la única historia que necesitaban saber: en el panel

había un hueco con el tamaño y la forma exactos de las gemas engastadas en los anillos de los segadores.

—He visto esto antes —dijo Faraday—. En los edificios más antiguos de los segadores, nuestros anillos servían de llave. Antes tenían una utilidad real, aparte de conceder inmunidad e impresionar a la gente.

Levantó el puño y pegó su anillo a la marca. Oyeron que el mecanismo se abría, pero tuvieron que empujar los dos para abrir las viejas puertas.

Se habían llevado las linternas que habían encontrado entre los pocos suministros de los módúlos de emergencia. Con ellas iluminaron la mohoso oscuridad de un pasillo que descendía siguiendo una pendiente muy pronunciada.

El búnker, a diferencia de la isla, permanecía al margen del paso del tiempo, salvo por una fina capa de polvo. Sólo una de las paredes estaba agrietada, y unas raíces que parecían los tentáculos de una antigua criatura parecían intentar abrirse paso, pero, por lo demás, el mundo exterior permanecía en el exterior.

Finalmente, el pasillo terminó en un espacio amplio con varios puestos de trabajo. A Munira, aquellas viejas pantallas de antiquísimos terminales le recordaban a la habitación secreta bajo la Biblioteca del Congreso, donde habían encontrado el mapa que los llevara hasta allí. Mientras que la sala de la biblioteca era puro caos, la del búnker estaba ordenada a la perfección. Las sillas estaban bien colocadas frente a sus escritorios, como si hubiera pasado por allí un equipo de limpieza. En uno de los puestos había una taza de café que lucía el nombre de su dueño, Hermán Melville, como si esperase a que alguien volviese a llenarla. No habían abandonado aquel lugar a toda prisa. De hecho, no lo habían abandonado en absoluto: todo estaba organizado.

Y Munira no lograba librarse de la curiosa sensación de que la persona que lo había dejado todo así hacía más de doscientos años sabía que Faraday y ella aparecerían en algún momento.

Carta abierta a su excelencia el sumo dalle Tenkamenin de Subsáhara. Me niego rotundamente a respetar las restricciones impuestas a los segadores midmericanos, por considerarlas ofensivas e inmorales. Ni ahora ni o nunca reconoceré el derecho de ningún sumo dalle a prohibir la entrada de mis segadores a su región.

Como su parlamentario ya le habrá informado, los segadores tienen vía libre para viajar por el mundo y pueden cribar a quien consideren oportuno, cuando quieran y donde quieran.

Por tanto, la restricción no tiene validez, y cualquier región que se una a Subsáhara en su despreciable empeño verá aumentar la entrada de segadores midmericanos en su territorio, aunque sólo sea para dejar clara mi postura. Lo advierto: cualquier acción contra mis segadores en otras regiones se pagará con la misma moneda y sin vacilar.

Atentamente, El honorable Robert Goddard, sumo dalle de Midmérica

4
Objetos de gran valor

La primera semana del salvamento de Perdura consistió en trazar mapas de las ruinas y la enorme zona de escombros.

—Esto es lo que sabemos —dijo Soberanis al segador Possuelo mientras activaba una imagen holográfica—. La Isla del Corazón Perdurable se hundió junto a la cresta de una cordillera submarina. Se golpeó contra un pico al bajar y se dividió en tres secciones. —Jerico rotó la imagen—. Dos de ellas acabaron en esta meseta al este de la cresta; la tercera cayó a una fosa del lado occidental. Y todo ello se sitúa dentro de una zona de escombros que abarca veinticinco millas náuticas.

—¿Cuánto falta para que empecemos a sacar cosas a la superficie? —preguntó Possuelo.

—Hay mucho que explorar y catalogar —respondió Jerico—. Alrededor de un mes. Sin embargo, un salvamento en condiciones se alargaría varios años. Puede que décadas.

Possuelo examinó la imagen de los restos, quizá para buscar algún punto de referencia que le resultara familiar en lo que quedaba de los rascacielos. Después rotó el mapa él mismo y señaló el fragmento hundido en la fosa oceánica.

—El mapa parece incompleto por esta parte, ¿por qué?

—La profundidad. El terreno es traicionero y cuesta calcografiarlo… Pero podemos dejar eso para después. Empezamos con la zona de escombros y los fragmentos de la meseta.

Possuelo agitó la mano como si ahuyentara un mosquito.

—No. Estoy más interesado en el fragmento de la losa.

Jerico dedicó un momento a estudiar al segador. El hombre había sido muy afable y comunicativo hasta entonces; era posible que la relación de confianza establecida durante el viaje bastara para obtener la información que Possuelo quizá no deseara compartir con los demás.

—Si está buscando algo específico, me ayudaría saberlo.

Possuelo se tomó unos minutos antes de contestar.

—La guadaña de Amazonia está interesada en recuperar objetos de valor incalculable. Esos objetos se encuentran en las ruinas del Museo de la Guadaña.

—¿El corazón perdurable? Seguro que el corazón murió hace tiempo y acabó en las tripas de alguna criatura.

—Estaba dentro de una caja protectora —respondió Possuelo—. Lo que quede de él debería conservarse en un museo. —Después añadió—: Y había otros artículos.

Cuando quedó claro que Possuelo no le iba a desvelar nada más, Jerico dijo:

—Entendido. Indicaré a las otras tripulaciones que se dediquen a las zonas de la ciudad que se sitúan en la meseta más alta. Pero mi equipo, y sólo mi equipo, se encargará de las ruinas de la fosa.

El segador se relajó un poco. Dedicó unos instantes a examinar a Jerico, no se sabía si con curiosidad, con admiración o con un poco de ambas.

—¿Cuántos años tienes en realidad, Jeri? Tu tripulación me dice que reiniciaste el contador antes de asumir el mando, lo que supondría el doble de tu edad física… Pero pareces mayor. Con más conocimiento del mundo. Diría que no era tu primer reinicio.

Jerico se paró a pensar cómo responder.

—No tengo la edad que le digo a mi tripulación —reconoció al fin.

Porque una verdad a medias es mejor que una mentira.

El corazón perdurable, el que daba nombre a la gran ciudad flotante, era el corazón vivo más antiguo del mundo; lo mantenían con vida mediante la estimulación eléctrica y los nanobots que lo rejuvenecían para que no envejeciera nunca. Había latido más de nueve mil millones de veces, y era un símbolo de la conquista de la muerte. No obstante, murió cuando se hundió la isla y sus electrodos se quedaron sin electricidad.

Como había dicho el segador Possuelo, estaba protegido por una urna de cristal templado resistente a los impactos…, pero la presión de las profundidades era demasiado para la urna, que había implosionado mucho antes de llegar al fondo. En cuanto al corazón en sí (o lo quedaba de él después de la implosión), no aparecería entre los restos que al final encontró el equipo de salvamento. Estaba claro que algo lo había devorado, ya fuera la vida marina carnívora impulsada a un frenesí asesino artificial o un afortunado carroñero que pasaba por allí.

Mientras los demás equipos se sentían satisfechos con ir a por los restos más accesibles, la tripulación de Jeri Soberanis trabajaba sin cesar y sus esfuerzos no se veían recompensados. Las demás tripulaciones sacaban tesoros escondidos, pero la de Soberanis apenas hallaba nada.

Como las torres de la ciudad hundida estaban peligrosamente inclinadas y caían a las profundidades con poco más que tocarlas, era demasiado arriesgado enviar cerca a los miembros de la tripulación. Aunque los tasmanos anfibios resultaban muy útiles a poca profundidad, no podían bucear por debajo de los sesenta metros sin un traje de presión. Ya habían perdido un sumergible robótico, aplastado por un frigorífico que había salido despedido a través de la ventana de una torre al caer. Cierto, era posible revivir a cualquier morturiento, pero primero había que recuperar el cuerpo de la fosa. Sencillamente, no merecía la pena.

Possuelo, que solía ser una persona comedida y difícil de alterar, empezaba a sufrir frecuentes ataques de frustración.

—Me doy cuenta de que se trata de un proceso delicado —dijo tras la quinta semana de inmersiones profundas—, ¡pero es que las babosas de mar avanzan más deprisa que tu tripulación!

La constante aparición de yates de segadores no hacía más que contribuir a su frustración. Habían llegado representantes de casi todas las guadañas del mundo porque todos sabían que Possuelo iba detrás de la Cámara de las Reliquias y los Futuros. No pasaba nada cuando se encontraba en un lugar demasiado frío y profundo para recibir la luz del sol, pero que no la vieran no significaba que la hubiesen olvidado.

—Su señoría, perdone mi impertinencia —le dijo Jeri a Sydney, ya que en aquellos momentos se llamaban ya por el nombre de pila—, pero se trata de una cámara de acero sellada en el interior de otra cámara de acero, que a su vez se encuentra enterrada bajo miles de toneladas de ruinas en la ladera de una peligrosa pendiente. Aunque no estuviera en el fondo del mar, ya costaría llegar hasta ella. Se requiere un meticuloso proceso de ingeniería, esfuerzo y, sobre todo, ¡paciencia!

—Si no finiquitamos esto a la mayor brevedad, ¡Goddard no tardará en hacer acto de presencia para quitarnos todo lo que saquemos!

Pero, por el momento, la ausencia de Goddard era, cuando menos, llamativa. No había enviado ni equipos de salvamento ni representantes para asegurarse de obtener su parte de los diamantes. Lo que sí había hecho era despotricar en público sobre la profanación de las aguas sagradas y la vergüenza de deshonrar a los muertos, y afirmaba que no quería tener nada

que ver con lo que allí se encontrara. Pero era todo pose. Quería esos diamantes tanto como cualquiera, si no más.

Lo que significaba que había elaborado un plan para conseguirlos.

No se podía negar que el sumo dalle tenía un don para conseguir lo que quería, y eso mantenía en vilo a todas las guadañas del mundo.

«Guadaña».

Antes la palabra se refería a la organización global en su conjunto, pero al final se había impuesto el pensamiento regional. Ya no existía la percepción de una Guadaña mundial, sino política territorial y agravios mezquinos.

Possuelo tenía pesadillas en las que Goddard se hacía con todos los diamantes y tenía potestad para elegir a dedo a los nuevos segadores. Si eso sucediera, el mundo se inclinaría tanto hacia su supuesto nuevo orden que se saldría de su eje. Y las voces de los que se resistían se perderían entre los gemidos de dolor de aquellos a los que tan alegremente cribaba.

—¿Me va a contar alguna vez qué hay en esa cámara para que esté todo el mundo tan obsesionado con ella? —preguntó Jeri tras una inmersión que consideraba un éxito, dado que no habían perdido ninguna pieza del equipo.

—¿Obsesionado? Por decirlo suavemente. La cámara, como cualquier cámara acorazada, contiene objetos de gran valor. Pero en este caso esos objetos no son de tu incumbencia, puesto que sólo los segadores los consideran valiosos.

Jeri sonrió.

—¡Ajá! ¡Siempre me había preguntado dónde guardaban los anillos de los segadores!

Possuelo se regañó mentalmente por haberse ido de la lengua.

—Eres demasiado inteligente para tu propio bien —le dijo a Jeri.

—Ese ha sido siempre mi problema.

Possuelo suspiró. ¿Tan malo era contárselo? Soberanis era cordial, y la codicia no formaba parte de sus defectos; trataba bien a la tripulación y había demostrado el mayor de los respetos por Possuelo. El segador necesitaba a alguien en quien confiar, y la capitana Soberanis había demostrado ser de confianza. O el capitán Soberanis, mejor dicho, ya que en aquel instante una densa capa de nubes cubría el cielo.

—No se trata de los anillos, sino de las piedras en sí… Miles de ellas —reconoció Possuelo—. Él que controle los diamantes controlará el futuro de la Guadaña.

Aunque la región de la Estrella Solitaria preferiría permanecer neutral en este asunto, en Texas nos ha quedado claro que el sumo dalle Goddard pretende imponer su voluntad en toda Nortemérica y, quizás, en el resto del mundo. Sin los verdugos mayores para controlar su ambición, tememos que su influencia se extienda como un cáncer de la edad mortal.

Como región autónoma, somos libres de hacer lo que nos plazca dentro de nuestras fronteras. Por tanto, vamos a romper relaciones con la guadaña midmericana. Con efecto inmediato, todos los segadores midmericanos que estén en nuestras región serán escoltados hasta la frontera más cercana y expulsados.

Y es más: cuestionamos el derecho del señor Goddard a ser sumo dalle, puesto que los verdugos mayores no proclamaron ningún edicto antes de su fallecimiento en Perdura.

Fieles a nuestra política, no deseamos involucrar a nadie más en nuestra decisión. Que los demás hagan lo que consideren oportuno. Sólo queremos que nos dejen en paz.

—Anuncio oficial de su excelencia la suma dalle Barbara Jordán de Texas

5
Tus servicios ya no son necesarios

DE: Intercambio de Comunicación Principal del Nimbo
PARA: Loriana Barchok <LBarchok0FCIA.net>
FECHA: 1 de abril, Año del Ave Rapaz, 17:15 GMT
ASUNTO: Re: Disolución de la Interfaz con la Autoridad
ENVIADO POR: ICPN.th
FIRMADO POR: FCIA.net
SEGURIDAD: Cifrado estándar

Mi queridísima Loriana:

Siento informarte de que tus servicios como agente del Cúmulo ya no son necesarios. Sé que has desempeñado tus funciones lo mejor que has podido, así que esta rescisión de contrato no es nada personal ni tiene en absoluto que ver con tu trabajo para la Interfaz con la Autoridad. No obstante, he decidido disolver la Interfaz en su conjunto. Con efecto inmediato, dejara de existir como entidad de gestión y, por tanto, se prescinde de tus servicios. Te deseo la mejor de las suertes en tus próximos proyectos.

Atentamente,

El Nimbo

Si alguien le hubiera dicho a Loriana Barchok que su trabajo dejaría de existir menos de un año después de su salida de la Academia del Cúmulo, no lo habría creído posible. Había muchas cosas que no habría creído posibles, pero todas ellas habían sucedido. Lo que significaba que cualquier cosa podía suceder a partir de entonces. Cualquiera. Por lo que sabía, del cielo podía bajar una mano armada con pinzas para depilarle las cejas con total impunidad. Aunque no necesitaba depilarse las cejas, claro; sus cejas estaban

bien. Pero podría pasar. En esos momentos, no descartaba ninguna posibilidad en aquel extraño nuevo mundo.

Al principio, Loriana pensó que el correo electrónico del Nimbo era una broma. Había un buen puñado de bromistas en las oficinas de la IA en Fulcrum City. Aunque no tardó en quedar claro que no se trataba de un chiste. Después del ensordecedor ruido que había brotado de muchos de los sistemas de sonido del mundo, el Nimbo envió a todos los agentes del Cúmulo el mismo mensaje. Se clausuraba la Interfaz con la Autoridad; todos los agentes se quedaban sin empleo… y pasaban a ser indeseables, como el resto de la humanidad.

—Si todo el mundo es indeseable, claro que nos hemos quedado sin trabajo —se lamentaba un agente—. Se supone que somos la interfaz profesional con el Nimbo; ¿cómo vamos a seguir siéndolo si, por ley, tenemos prohibido hablar con él?

—No merece la pena obsesionarse con el asunto —contestó otro colega que no parecía muy preocupado—. Lo hecho, hecho está.

—Pero ¿despedirnos a todos? —dijo Loriana—. ¿A todos, sin previo aviso? ¡Somos millones de personas!

—El Nimbo tiene sus razones para hacer las cosas —replicó el colega desconcertado—. Que no comprendamos su lógica demuestra nuestras limitaciones, no las suyas.

Entonces, cuando llegaron las noticias del hundimiento de Perdura, resultó evidente, al menos para Loriana, que la humanidad estaba recibiendo su castigo, como si todos fueran cómplices del crimen. Así que los verdugos mayores habían fallecido, el Nimbo estaba molesto y Loriana se había quedado sin trabajo.

Replantearse la vida no era sencillo. Regresó a casa de sus padres y dedicó bastante tiempo a no hacer nada. Había empleo por todas partes, podía aprender gratis cualquier profesión. El problema no era encontrar un campo laboral, sino algo que quisiera hacer de verdad.

Durante unas cuantas semanas sufrió lo que habría sido desesperación si sus nanobots emocionales no lo hubieran limitado a melancolía. Aun así, la melancolía era intensa y omnipresente. No estaba acostumbrada a tener tiempo libre, a no producir, así que la incertidumbre de su futuro la pilló desprevenida. Sí, en aquel momento la incertidumbre era generalizada, pero al menos los demás tenían trabajos que los anclaban en terreno familiar. Rutinas para conservar algo de orden en una vida sin Nimbo. Lo único que le quedaba a Loriana era tiempo para mortificarse. Era insoportable.

A petición de sus padres, había ido a que le retocaran los nanobots para animarse un poco (porque ya no se toleraba ni la melancolía), pero la cola era demasiado larga. Como aborrecía esperar, se marchó.

«Sólo los indeseables hacen cola», les dijo a sus padres cuando regresó, porque así era como el Nimbo organizaba la Oficina de Asuntos Indeseables de la LA: con una falta de eficiencia intencionada.

Después de decirlo, se le ocurrió lo evidente: ella también era una indeseable. ¿Significaba eso que, a partir de entonces, la norma serían las colas sin sentido y las horrendas esperas? Se le saltaron las lágrimas, lo que sólo sirvió para que sus padres insistieran más que nunca en que fuera a que le retocaran los nanobots.

«Sabemos que ahora las cosas son distintas para ti, pero tampoco es el fin del mundo, cariño», le dijeron. Aun así, por la razón que fuera, a ella le parecía que podría serlo.

Entonces, un mes después de que todo el mundo se hubiera vuelto indeseable, su antigua jefa apareció en su puerta. Loriana supuso que se trataba de una visita de cortesía. Estaba claro que no quería contratarla de nuevo, puesto que a su jefa la habían despedido junto al resto de agentes. Hasta sus oficinas habían desaparecido. Según las noticias, unas cuadrillas de obreros se habían presentado en las sedes que la Interfaz con la Autoridad tenía repartidas por el mundo para transformar los edificios en pisos y centros de ocio.

«Acaba de llegarnos la orden de trabajo —dijo un capataz en el reportaje —. ¡Y estamos encantados de hacer lo que necesite el Nimbo!».

Las órdenes de trabajo, las solicitudes de suministros y demás eran lo más parecido a una comunicación con el Nimbo que les quedaba. Los que las recibían eran objeto de envidia.

Su jefa antes era la directora de la oficina de Fulcrum City. Loriana era la única agente novata que trabajaba con la directora Hilliard. Por lo menos, quedaba bien ponerlo en el currículum que Loriana todavía no había enviado a ninguna parte.

La razón por la que había acabado de asistente personal de la directora no tenía mucho que ver con sus habilidades, sino más bien con su personalidad. Algunos la definirían como dicharachera, mientras que otros la consideraban simplemente insufrible.

«Siempre estás alegre —le había dicho la directora Hilliard cuando le ofreció el puesto a Loriana—. Es algo que se echa de menos por aquí».

Era cierto; los agentes del Cúmulo no eran famosos por sus chispeantes personalidades. Hizo todo lo que pudo por animar un poco el ambiente y ver medio lleno más de un deprimente vaso, lo que a menudo irritaba a los demás agentes. Bueno, era problema suyo. Loriana sospechaba que la directora disfrutaba de un placer culpable al ver a sus subalternos sufrir con el carácter optimista de su ayudante. No obstante, tantas semanas sin nada que hacer y con cero perspectivas de futuro habían pinchado su burbuja y la habían dejado tan mohína como cualquier otro agente del Cúmulo.

—Tengo un trabajo para ti —le dijo la directora—. En realidad, es más que un trabajo —se corrigió—. Más bien, una misión.

Loriana estaba encantada; era la primera vez que se sentía bien desde que cerraran la Interfaz con la Autoridad.

—Tengo que advertirte algo —siguió diciendo la directora Hilliard—: esta misión implica viajar.

Y aunque a Loriana se le daba mucho mejor quedarse en el sitio, sabía que podía ser la única oportunidad que se le presentase en el futuro próximo.

—¡Muchas gracias! —exclamó mientras le estrechaba con energía la mano a su jefa y alargaba el contacto mucho más que la mayoría de las personas.

Dos semanas después de aquello, se encontraba en medio del océano, en un barco de pesca de atunes que ya no pescaba pero todavía apestaba a su última captura.

«No había mucho donde elegir —les había dicho a todos la directora—. Hemos tenido que quedarnos con lo que estaba disponible».

Loriana descubrió que no era la única elegida para la misión. Junto a ella había cientos de agentes del Cúmulo, a bordo de docenas de barcos de muy distinto tipo. Se trataba de una extraña flota desarrapada y dispar que navegaba rumbo al sur del Pacífico.

—8.167, 167.733 —les había explicado Hilliard en la reunión preliminar —. Son los números que nos proporcionó una fuente de confianza. Creemos que representan coordenadas.

Después sacó un mapa y señaló un punto en algún lugar entre Hawái y Australia en el que no se veía más que mar abierto.

—Pero ¿qué le hace pensar que se trata de coordenadas? —le preguntó Loriana después de la reunión—. Es decir, si sólo tenían unos números aleatorios que podían significar cualquier cosa, ¿por qué está segura?

—Porque, en cuanto expresé en voz alta que quizá fueran coordenadas, empezó a llegarme publicidad de fletamentos en Honolulú —le confesó la directora.

—¿El Nimbo?

—Aunque la ley le prohíba comunicarse con los indeseables, no le prohíbe las insinuaciones.

El cuarto día de viaje, cuando todavía faltaban varios cientos de kilómetros para llegar a las coordenadas, empezaron las cosas raras.

Primero, el piloto automático perdió la conexión con el Nimbo. Sin ella todavía podía navegar, pero no resolver problemas. Se transformaba en una máquina sin cerebro. No sólo eso, sino que perdieron todo contacto por radio con el mundo exterior. Eso no sucedía nunca, punto. La tecnología funcionaba. Siempre. Incluso después de que el Nimbo guardara silencio. Y sin respuestas, la especulación prendió rápidamente:

—¿Y si es a nivel mundial?

—¿Y si el Nimbo ha muerto?

—¿Y si ahora estamos solos de verdad en el mundo?

La gente incluso recurría a Loriana por si podía transmitirle algún mensaje positivo.

—Daremos media vuelta —bramó uno de los agentes… Sykora, se llamaba; era un hombre mezquino que se había opuesto a la misión desde el principio—. Regresaremos y nos olvidaremos de esta tontería.

Fue Loriana la que hizo la observación crucial cuando miró la pantalla de error, que seguía parpadeando:

—Dice que estamos a treinta millas náuticas de la boya de comunicaciones más cercana. Pero se supone que hay una cada veinte millas, ¿no?

Tras un rápido vistazo a la red de boyas, confirmaron que no había señales. Lo que significaba que el Nimbo no tenía presencia en aquellas aguas.

—Interesante… —comentó la directora—. Bien visto, agente Barchok.

Loriana sintió la tentación de pavonearse, pero no lo hizo.

Hilliard examinó las aguas desconocidas que tenían ante ellos.

—¿Sabías que el ojo humano tiene un punto justo en el centro de su campo visual en el que no capta nada?

—El punto ciego —respondió Loriana.

—Nuestro cerebro nos dice que no hay nada que ver y rellena los huecos para que no nos demos ni cuenta.

—Pero, si el Nimbo tiene un punto ciego, ¿cómo sabe que existe?

—Puede que alguien se lo haya contado… —respondió la directora mientras arqueaba las cejas.

Sigo escribiendo este diario, aunque no haga falta. Es difícil interrumpir una rutina cotidiana cuando se convierte en parte de ti. Munira me asegura que, pase lo que pase, se las ingeniará para llevar este diario al archivo de la Biblioteca de Alejandría. ¡Sería una novedad! Un segador que continúa obedientemente con la redacción de su diario incluso después de la muerte.

Llevamos ya seis semanas en el atolón de Kwajalein, sin comunicarnos con el exterior. Aunque estoy deseando saber algo de Marie y de cómo le fue en la investigación de Perdura, no puedo obsesionarme con ello. O fue todo bien y está presidiendo Midmérica como suma dalle..., o no salió como ella esperaba y nuestra tarea implica un reto aún mayor. Razón de más para descifrar el secreto del atolón y acceder a la sabiduría de los segadores fundadores. Su plan de emergencia en caso de fracaso de la Guadaña, sea cual sea, quizá se convierta en lo único capaz de salvarla.

Munira y yo nos alojamos en el búnker. También hemos construido una rudimentaria canoa lo bastante pequeña como para evitar el sistema de seguridad de la isla. Por supuesto, no puede llegar lejos, pero la hemos estado usando para acercarnos a las islas más cercanas del atolón. Allí hemos encontrado más o menos lo mismo que aquí: pruebas de presencia humana. Bloques de hormigón, restos de cimientos. Nada extraordinario.

No obstante, hemos descubierto el objetivo original de este lugar... o, al menos, para qué se

usaba al final de la era mortal. El atolón de Kwajalein al completo era una instalación militar. No para la guerra en sí, sino como campo de pruebas para tecnologías emergentes. Mientras que en algunos de los atolones cercanos se veían restos de explosiones nucleares, en este se probaban cohetes y también se lanzaban satélites espía, algunos de los cuales quizá sigan formando parte de la red de satélites de observación del Nimbo.

Ahora salta a la vista por qué los fundadores eligieron este lugar: era secreto y estaba protegido por varias capas de seguridad. Por tanto, como ya estaba medio oculto en las sombras, les resultó más sencillo borrarlo por completo del mundo.

Ojalá lográramos acceder al búnker en su totalidad; quizás eso nos ayudara a averiguar para qué prepararon los fundadores esta isla. Por desgracia, no somos capaces de pasar del nivel superior. El resto de las instalaciones permanecen detrás de una puerta con cierre doble, de modo que se necesitan dos segadores con sus respectivos anillos, uno a cada lado de la puerta, para abrirla.

En cuanto al sistema de defensa de la isla, no sabemos cómo desactivarlo, pero, como estamos, literalmente, por debajo de su alcance, no nos preocupa demasiado. El problema es que, ahora que estamos aquí, encontremos o no algo, no podemos marcharnos.

—Del diario «post mortem» del segador Michael Faraday, 14 de mayo del Año del Ave Rapaz

6
El destino del Lanikai Lady

Lejos de sentirse atrapada, Munira descubrió que vivir en el atolón le resultaba liberador. Para una persona con afición a los archivos, el búnker ofrecía un suministro inacabable de alimento para su imaginación. Había información suficiente para pasarse la vida clasificando, organizando y analizando.

En uno de los armarios, Munira se sorprendió al descubrir una túnica que había pertenecido al segador Da Vinci, uno de los doce fundadores. Había visto imágenes de sus túnicas, todas diferentes pero con dibujos del Leonardo da Vinci original. En esta había un *Hombre de Vitruvio*. Cuando el segador abría los brazos, también lo hacía el hombre del dibujo. Por supuesto, no estaba en perfectas condiciones, como las túnicas que se conservaban en el Museo de la Guadaña de Perdura; aun así, era un objeto de valor incalculable, y sería el orgullo y la alegría de cualquier colección.

Sus mañanas las dedicaban a pescar y recolectar comida. Incluso habían empezado a arar y plantar semillas para tener un huerto, por si permanecían allí el tiempo suficiente para cosecharlo. Algunos días iban en la canoa a explorar las islas exteriores del atolón. Otros los pasaban estudiando los registros que encontraban en el búnker.

Faraday no estaba tan interesado en los documentos de la edad mortal, lo que quería era llegar al otro lado de la puerta de acero que los fundadores habían cerrado a cal y canto.

—Si la guadaña israérabe me hubiera ordenado segadora en vez de rechazarme, podría haber abierto esas puertas contigo porque contaría con mi propio anillo —bromeó Munira.

—Si te hubieran ordenado segadora, ni siquiera estarías aquí porque no te habría conocido en la Biblioteca de Alejandría —repuso Faraday—. Seguro que estarías por ahí cribando, como el resto de nosotros, e intentando no perder el sueño. No, Munira, tu objetivo en la vida no era ser segadora, sino salvar a la Guadaña. Conmigo.

—Sin un segundo anillo, no vamos a avanzar mucho, su señoría.

—Tanto tiempo juntos y todavía me llamas «su señoría» —dijo el segador mientras sacudía la cabeza y sonreía—. Sólo me has llamado Michael una vez… y fue porque creías que íbamos a morir.

«Ah —pensó Munira—, se acuerda». Estaba tan avergonzada como encantada.

—El exceso de familiaridad puede ser… contraproducente —respondió.

La sonrisa de Faraday se ensanchó aún más.

—¿Temes enamorarte de mí, quieres decir?

—Puede que sea al revés y tema que te enamores tú de mí.

—Bueno, ahora me has puesto en un aprieto —comentó él tras suspirar—. Si digo que no me enamoraré de ti, te sentirás insultada. Pero si digo que quizás ocurra, todo se volverá muy incómodo entre nosotros.

Ella lo conocía lo bastante bien como para saber que estaba de broma. Igual que ella.

—Di lo que quieras, me da igual —le aseguró Munira—. Los hombres mayores no me atraen. Aunque reinicien el contador y se quiten años, siempre me doy cuenta.

—Bueno, perfecto —dijo el segador Faraday sin que la sonrisa le abandonara el rostro—. Entonces acordaremos que nuestra relación siga siendo la de cómplices náufragos en una noble misión en busca de importantes respuestas.

Munira decidió que, si a él le parecía bien, también se lo parecía a ella.

Una mañana, cuando ya casi llevaban seis semanas en la isla, los acontecimientos dieron un giro inesperado.

Munira estaba en una de las zonas de vegetación silvestre que antes fueran un patio mirando si uno de los árboles tenía fruta madura cuando se disparó una alarma. Era la primera vez que el sistema de defensa cobraba vida desde su llegada. La joven dejó lo que estaba haciendo y corrió de vuelta al búnker. Allí se encontró a Faraday de pie sobre el montículo que cubría la construcción; observaba el mar a través de unos prismáticos.

—¿Qué es? ¿Qué está pasando?

—Puedes verlo tú misma —respondió mientras le pasaba los prismáticos.

Ella ajustó las lentes para enfocar la imagen. Resultaba evidente por qué la isla había entrado en alerta roja: había barcos en el horizonte; más o menos una docena.

—Embarcación desconocida; identifíquese, por favor.

Era la primera comunicación que recibía la flotilla del Cúmulo desde que saliera de la esfera de influencia del Nimbo el día anterior. Era por la mañana, y la directora Hilliard estaba tomando el té con Loriana. La mujer estuvo a punto de dejar caer lo que le quedaba en la taza cuando el mensaje brotó por el altavoz del puente de mando, acompañado por un estallido de desagradables interferencias.

—¿Quiere que vaya a buscar a algún otro agente? —le preguntó Loriana.

—Sí, ve a por Qian y Solano. Pero evita a Sykora; ahora mismo no me apetece soportar su negatividad.

—Embarcación desconocida; identifíquese, por favor.

La directora se inclinó sobre el micrófono del cuadro de comunicaciones.

—Aquí el barco de pesca *Lanikai Lady*, con origen en Honolulú, número de registro WDJ98584, alquilado para uso privado.

Lo último que oyó Loriana antes de que se cerrara la puerta fue la voz del otro lado, que contestaba:

—Autorización no reconocida. Acceso denegado.

Bueno, a pesar de la resistencia de quien quiera que fuese, Loriana lo consideró un avance positivo.

Munira y Faraday se apresuraron a hacer algo, lo que fuera, por desactivar el sistema defensivo. En todas las semanas que llevaban allí habían sido incapaces de localizar su centro de control, lo que probablemente significara que se situaba detrás de la puerta de acero impenetrable.

Durante todo ese tiempo, la silenciosa torreta de titanio había permanecido inmóvil en su nido de maleza del punto más alto de la isla, como una pieza de ajedrez olvidada en la esquina del tablero. Aunque en aquellas semanas no había sido más que un objeto inerte, de repente se abrió un panel y de la abertura salió el pesado cañón de un arma. Resultaba sencillo olvidar lo mortífera que era cuando parecía una torre sin ventanas, que además medía poco más de cuatro metros. Pero, al despertar, el aire vibró con un zumbido electrónico cada vez más fuerte: se estaba cargando.

El primer disparo se produjo antes de que llegaran a la torre: una luz blanca láser que acertó en uno de los barcos que se aproximaban. Vieron alzarse el humo negro a lo lejos.

Entonces, la torreta empezó a cargarse de nuevo.

—Si conseguimos cortarle el suministro… —sugirió Munira al llegar, pero Faraday negó con la cabeza.

—Ni siquiera sabemos de qué se alimenta. Podría ser energía geotérmica o nuclear. Sea lo que sea, lleva funcionando cientos de años, lo que significa que cortarlo no será fácil.

—Hay otras formas de apagar una máquina —dijo Munira.

Veinte segundos después del primer ataque, la torreta giró ligeramente para apuntar unos cuantos grados a la izquierda. Disparó de nuevo. Otra nube de humo negro. Otro estallido con retardo en el agua.

El lateral de la torre contaba con una escalera de acceso por la que Munira había subido varias veces a lo largo de las últimas semanas para ver mejor las islas del atolón. Quizá con la pared blindada abierta y jugando al cucú con la flota fuera capaz de desactivarla al fin.

Un tercer disparo. Otro impacto directo. Otros veinte segundos para recargar.

—¡Vamos a meter algo en el cuello de la torreta! —le sugirió Faraday.

Munira empezó a trepar por la torre mientras, debajo, Faraday rebuscaba por la base hasta que encontró una piedra puntiaguda y se la lanzó.

—Atáscala para que no gire. Aunque sólo sirva para desviarla una décima de grado, a esta distancia bastaría para que no acierte.

Pero, cuando Munira llegó a la torreta, vio que rotaba sobre un espacio tan minúsculo que no cabría ni un grano de arena, de manera que la piedra quedaba descartada. Sintió una potente descarga de energía estática cuando el arma disparó de nuevo.

Trepó hasta lo alto de la torreta con la esperanza de que su peso desequilibrara el mecanismo, pero no hubo suerte. Por más que lo intentaba, el láser seguía funcionando. Faraday le gritaba sugerencias, pero nada funcionaba.

Al final, Munira se colocó sobre el cañón en sí, arrastrándose hacia la boca, con la esperanza de desviarlo unos cuantos milímetros de su posición, aunque fuera a la fuerza.

Cuando tuvo la boca del cañón frente a ella, alargó los brazos para agarrarlo. Su superficie estaba tan suave y limpia como el día que salió de fábrica. Estaba enfurecida. ¿Por qué la humanidad había puesto todo su empeño en desafiar a la corrosión y los estragos del tiempo con tal de conservar un dispositivo destructor? Que siguiera funcionando era una obscenidad.

—¡Munira! ¡Ten cuidado!

Retiró la mano de la boca justo a tiempo. Notó la descarga en la médula espinal y en las raíces de los dientes. El cañón al que se agarraba se calentó con el estallido.

Y entonces tuvo una idea. A lo mejor lograba vencer a esa tecnología bélica primitiva con un sabotaje aún más primitivo.

—¡Un coco! —gritó—. ¡Lánzame un coco! No…, lánzame un puñado.

Si algo había en aquella isla eran cocos. El primero que le lanzó Faraday era demasiado grande para la boca del cañón.

—¡Más pequeños! ¡Deprisa!

El segador le lanzó tres más pequeños. Su puntería era perfecta, y ella atrapó los tres justo cuando el cañón soltaba otro disparo. En el horizonte se veían ya al menos doce columnas de humo.

Tras concentrarse, empezó a contar. Tenía veinte segundos. Se arrastró hasta colocarse más cerca de la boca y metió el primer coco. Se deslizó con demasiada facilidad por el interior del cañón. El segundo le costó un poco más. ¡Bien! Eso buscaba. Por fin, cuando oyó que el zumbido de recarga subía de tono, encajó el último en el cañón, forzándolo un poco. Tenía el tamaño justo para taparlo por completo. Entonces, en el último segundo, saltó.

Aquella vez no hubo retardo entre la explosión y el sonido. Se le achicharraron las puntas del pelo. Ea metralla destrozó las hojas de las palmeras que la rodeaban. Cayó al suelo, y Faraday se tiró sobre ella para protegerla. Otro estallido, junto con un calor tal que creyó que se le incendiaría la piel…, pero después se redujo a los chasquidos del metal moribundo y el olor acre del aislamiento quemado. Cuando volvieron la vista atrás, la torreta había desaparecido y la torre no era nada más que unas ruinas ardientes.

—Bien hecho —dijo Faraday—. Bien hecho.

Pero Munira sabía que no habían sido lo bastante rápidos y que en sus orillas sólo aparecerían los muertos.

Loriana estaba en las escaleras cuando el disparo abrió un agujero en el barco y la tiró a cubierta.

—Atención, por favor… —anunció la voz automatizada del buque con mucha menos convicción de la que exigía la situación—. Por favor, acudan al módulo de escape más cercano y abandonen el barco a la mayor brevedad. Gracias.

El barco empezó a escorarse hacia estribor mientras Loriana corría de vuelta a la timonera con la esperanza de obtener allí respuestas más claras sobre lo sucedido.

La directora Hilliard se encontraba ante la consola de navegación. La metralla había destrozado una ventana, y la directora tenía un corte en la frente y la mirada perdida, como si vagara por la timonera de un sueño.

—¡Directora Hilliard, tenemos que irnos!

Se oyó un segundo estallido cuando el láser acertó en otro barco. La explosión se produjo en el centro de la embarcación, de modo que la proa y la popa se levantaron como una ramita partida por la mitad.

Hilliard lo contempló, incrédula.

—¿Este era el plan del Nimbo desde el principio? —masculló—. Ahora no servimos para nada. Como no podía matarnos, ¿nos envió a un sitio en el que sabía que moriríamos?

—¡El Nimbo no haría eso!

—¿Cómo lo sabes, Loriana? ¿Cómo lo sabes?

No lo sabía, pero estaba claro que el Nimbo no tenía ojos en ese lugar, lo que significaba que sabía tan poco como ellos lo que les esperaba.

Otro estallido. Otro barco tocado. Su buque también se estaba hundiendo; el mar no tardaría mucho en tragárselo.

—Venga conmigo, directora. Tenemos que llegar a los módulos de rescate antes de que sea demasiado tarde.

Cuando Loriana llegó a los módulos tirando de Hilliard, la cubierta principal se estaba inundando. Ya habían salido varios módulos; otros estaban inservibles. El agente Qian estaba morturiento, medio quemado en una esquina. Morturiento no, muerto. Allí no tenían forma de revivirlo.

Quedaba un módulo que estaba abarrotado; dentro había una docena de agentes, más o menos, incapaces de cerrar las puertas por culpa de una bisagra rota. Tendrían que cerrarlo a mano desde fuera.

—¡Hacedle sitio a la directora! —ordenó Loriana.

—No queda sitio —gritó alguien desde dentro.

—Mira qué pena —repuso ella, y empujó a la directora hasta que entró, aplastándola contra la masa de cuerpos.

—Ahora tú, Loriana —dijo Hilliard.

Pero estaba claro que no quedaba espacio para ella. El agua de mar empezaba a llegarle a los tobillos. Antes de que se inundara el módulo, Loriana agarró la puerta y, tras forcejear contra la bisagra torcida, la cerró. Después chapoteó por cubierta hasta el mecanismo de lanzamiento manual,

pulsó el botón correspondiente y el módulo cayó al mar. Y ella se lanzó detrás.

Costaba mantener la cabeza sobre la superficie estando tan cerca del barco que se hundía, pero tomó todo el aire que pudo y nadó con todas sus fuerzas para alejarse de la embarcación condenada. Mientras tanto, el motor del módulo se puso en marcha y lo impulsó hacia la orilla, dejándola atrás.

Habían cesado los disparos desde la isla. Sin embargo, Loriana estaba rodeada de barcos en distintas fases del proceso de defunción. Había otros agentes en el agua que pedían ayuda a gritos. Y cadáveres. Muchos cadáveres.

Aunque Loriana era una estupenda nadadora, la orilla estaba muy lejos. ¿Y si había tiburones? ¿Estaba destinada a acabar como los verdugos mayores?

No, no podía pensar en eso. Había logrado salvar a la directora. Ahora tenía que concentrarse en salvarse ella. En la Academia del Cúmulo estaba en el equipo de natación de larga distancia, aunque no conservaba la forma física de hacía un año. Sabía que la natación de larga distancia se basaba en saber gestionar las fuerzas para asegurarse de tener energía suficiente para terminar la carrera. Así que empezó a nadar hacia la orilla con brazadas lentas y calculadas. Estaba decidida a no parar hasta llegar a la orilla o ahogarse.

Respuesta abierta a su excelencia la suma dalle Barbara Jordán de Texas

La suma dalle expresó el deseo de que la dejaran en paz, así que hemos decidido concedérselo. Lo he consultado con los sumos dalles de Estemérica y Occimérica, y también con los de Zona Norte y Mexiteca. A partir de hoy, el resto de guadañas nortemericanas dejarán de comunicarse con su región. Además, los segadores confiscarán en las fronteras todos los transportes de mercancías y recursos que partan de la región de la Estrella Solitaria o se dirijan a ella. No seguirán beneficiándose de la buena voluntad de sus vecinos ni se les considerará parte del continente nortemericano. Se convertirán en una región excluida hasta que comprendan el error de su conducta.

También me gustaría añadir, suma dalle Jordán, que espero de corazón que se cribe en el futuro próximo para que su región pueda beneficiarse de un liderazgo más razonable y racional.

Atentamente,

El honorable Robert Goddard,
sumo dalle de Midmérica

7
Bailar en la oscuridad

La operación de salvamento fue un proceso lento y concienzudo. Al cabo de tres meses rebuscando entre los escombros sumergidos, dieron con la cámara exterior.

Possuelo se había resignado al ritmo de trabajo e incluso descubrió que le beneficiaba, ya que los demás segadores no lograban mantener la atención en algo mucho tiempo. Casi un tercio de ellos se había marchado tras prometer regresar en cuanto encontraran la segunda cámara. Los que se quedaron se dedicaban a vigilar el Spence, aunque de lejos. Tarsila, la suma dalle de Amazonia, era una mujer formidable, así que, por temor a provocar su ira, nadie se atrevía a desafiar la autoridad de Possuelo ni sus decisiones sobre el salvamento.

En cuanto a Goddard, por fin había enviado una delegación bajo las órdenes de Nietzsche, su primer segador subordinado, que procedió a cribar a algunas de las tripulaciones de los barcos que no contaban con la protección directa de un segador.

«No es sólo nuestro derecho, sino nuestro deber, cribar a los ciudadanos cuya codicia los impulse a violar el Perímetro de Reverencia», afirmó Nietzsche.

Algunas guadañas montaron en cólera, otras lo apoyaron y otras tantas procuraron mantener una indiferencia estratégica.

Mientras Possuelo sorteaba los tejemanejes políticos de la fracturada Guadaña, Jerico se pasaba todos los días con un par de gafas de realidad virtual, en el mundo sumergido. En aquel viaje se le unía una conservadora encargada de catalogar todos los hallazgos y una ingeniera estructural para ayudarlos a abrirse paso a través de las inestables ruinas.

Usaban vehículos operados a distancia, o ROV, para el trabajo. Jeri controlaba el sumergible con gestos de las manos y giros de la cabeza, hasta tal punto que parecía estar bailando una danza exótica. Possuelo sólo se unía al viaje virtual cuando había algo de interés, como las ruinas de la Opera de Perdura, donde las anguilas serpenteaban entre las lucernas y el decorado de *Aída* yacía desperdigado por la pendiente del escenario, como la versión

apocalíptica de un Egipto antiguo en el que el Nilo se hubiera tragado todo al subir el nivel de sus aguas.

Cuando por fin llegaron a la cámara exterior, Possuelo estaba encantado, pero la reacción de Jeri fue mucho más comedida. No era más que la primera batalla de la guerra.

Atravesaron el acero con un láser; entonces, el agujero que estaban abriendo cedió antes de terminar de cortarlo (la presión del agua lo hundió) y el bolsillo de aire succionó el sumergible robótico, que se estrelló en el suelo de la cámara acorazada.

—Bueno, por lo menos ahora sabemos que la cámara exterior seguía siendo hermética —comentó Jeri mientras se quitaba las gafas.

Era el quinto ROV que perdían.

Al principio, cada robot que tenían que pedir significaba una semana de retraso. Luego, tras perder el segundo, empezaron a solicitarlos de dos en dos, de modo que siempre contaran con uno de reserva.

El aire al escapar creó un revelador burbujeo de agua blanca en la superficie que puso a todos sobre aviso de la apertura de la cámara exterior. Algo más tarde, cuando la tripulación preparaba el sumergible de repuesto, todos los segadores que habían abandonado la zona ya estaban de vuelta o en camino.

A la mañana siguiente, el nuevo robot sumergible surcaba el negro vacío de la cámara inundada. Mientras que la cámara exterior estaba cubierta de residuos y cieno tras su estancia bajo el mar, la Cámara de las Reliquias y los Futuros seguía tan impoluta como el día del hundimiento.

—Lo mejor sería abrir otro agujero en esta cámara —sugirió Jeri—. Así se haría el vacío y los diamantes saldrían solos.

Era el plan más eficiente, pero Possuelo tenía sus órdenes.

—Las túnicas de los segadores fundadores también están dentro —explicó—. Y, como la cámara interior sigue intacta, mi suma dalle desea conservarlas. Lo que significa que tenemos que sacar a la superficie la cámara entera.

A lo que Jeri, tras arquear una ceja, contestó:

—Vamos a necesitar un barco más grande.

En lo que respecta a los segadores, el dinero no es problema, literalmente, porque no pagan nada y pueden tenerlo todo. Jeri le detalló a Possuelo la clase

de barco que necesitaban; Possuelo localizó el más cercano y lo reclamó para la guadaña amazónica.

Cuatro días después llegó a la zona de inmersión un buque grúa completamente equipado capaz de depositar la cámara en la cubierta del *Spence*. Su tripulación se puso a la entera disposición de Soberanis. Aun así, la grúa tuvo que esperar porque tardaron más de una semana en abrir un agujero en la cámara exterior que permitiera la extracción y después asegurar la interior con una eslinga de cable lo bastante fuerte como para izarla.

—Una vez que empecemos a elevarla con el cabestrante, tardaremos unas veinticuatro horas en llevar la cámara hasta la superficie —informó Jeri a Possuelo y la elegía de segadores que se habían congregado para la reunión informativa; formaban todo un arcoíris de túnicas de docenas de regiones.

—Contamos con un registro en el que se indica la cantidad de gemas almacenadas en la cámara —dijo Possuelo a los demás—. Haremos un recuento exhaustivo y las dividiremos a partes iguales entre todas las regiones.

—Bajo nuestras supervisión —insistió el segador Onassis de Bizancio.

Y, aunque a Possuelo le fastidiaba sobremanera que los segadores ya no confiaran los unos en los otros, accedió.

Al segador Possuelo lo despertaron unos golpes en la puerta de su camarote cuando el reloj marcaba más de las dos de la madrugada. Intentó encender la lámpara de la mesita de noche, pero la bombilla estaba fundida.

—Sí, sí, ¿qué pasa? ¿A qué viene este escándalo? —dijo mientras daba tumbos a oscuras hasta la puerta.

Localizó el interruptor principal y lo activó, pero tampoco funcionaba. Cuando por fin llegó hasta la puerta, Soberanis estaba en el umbral con una linterna encendida.

—Póngase la túnica y reúnase conmigo en cubierta.

—¿Para qué? Y ¿qué les ha pasado a las luces?

—Vamos a trabajar a oscuras —respondió Jeri, y le dio a Possuelo otra linterna.

Cuando Possuelo salió a cubierta unos minutos después, comprendió el motivo de inmediato.

Allí, frente a él, sobre la cubierta al aire libre, había un cubo de acero que lo triplicaba en altura y todavía chorreaba.

Jeri esbozó una sonrisa malévola.

—Parece que me equivoqué en mis cálculos.

—No sería la primera vez —añadió Wharton.

Era evidente que no había nada erróneo en los cálculos de Soberanis. Había planificado meticulosamente la hora adecuada, y no sólo para subir la cámara a cubierta, sino para todo lo que había conducido hasta aquel momento. Lo había sincronizado de modo que la tuvieran allí con la luna nueva. Dado que tanto el *Spence* como el buque grúa estaban a oscuras, en los demás barcos nadie sabía que habían sacado la cámara.

—A la mierda los demás segadores —dijo Jeri—. Como segador al mando de toda la operación de salvamento, usted debería ser el primero en ver el contenido de la cámara acorazada sin tener a esos buitres resoplándole en la espalda.

—Nunca dejarás de sorprenderme, Soberanis —repuso Possuelo, que esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

Un técnico experto en láser estaba atravesando las barras de acero que mantenían sellada la cámara. Con un fuerte tirón de la manija, la puerta se soltó y cayó con tal estrépito que casi rompió la cubierta, y el tañido hueco del barco sonó como un gong. Si antes quedaba alguien en los barcos cercanos que no sospechara nada, ya no.

Una niebla fría brotó de la abertura helada, como si fuera la entrada a otro mundo. No invitaba a atravesarla.

—Nadie entra ahí salvo su señoría, el segador Possuelo —indicó Jeri a la tripulación.

—Sí, capitán —respondió el jefe Wharton—. Perdone mi atrevimiento, su señoría, pero ¿a qué está esperando?

La tripulación se rio entre dientes, y la conservadora, que había estado grabándolo todo a la tenue luz de una docena de linternas, giró la cámara hacia Possuelo para capturar el momento y su emoción para la posteridad.

Jeri apoyó una mano en el hombro de Possuelo.

—Disfrute del momento, Sydney —le susurró—. Es lo que ha estado tanto tiempo esperando.

Se acababa esa espera. Possuelo alzó la linterna y entró en la Cámara de las Reliquias y los Futuros.

Jerico Soberanis era una persona perspicaz y astuta. Tales rasgos podían ser peligrosos en otra clase de individuos, pero Jeri no usaba sus talentos para el mal. De hecho, sus intereses solían coincidir con el interés general de uno u

otro modo. Por ejemplo, el salvamento de Perdura. Era un gran servicio a la humanidad, además de obrar maravillas con su reputación. Todos ganaban.

Era tentador dejar dormir a Possuelo hasta que abrieran la cámara y Jeri hubiera echado un primer vistazo al interior. Aunque ¿de qué le habría servido? ¿Acaso iba a robar un diamante de segador? ¿A huir con la gloriosa túnica azul cobalto de la segadora Elizabeth? No, aquel momento pertenecía a Possuelo. El equipo de Jeri recibía una tarifa tres veces superior a la habitual por su tiempo, además de una enorme bonificación que el segador les había prometido si lograban recuperar los diamantes. Así que ¿por qué no dejarlo todo atado con un bonito lazo para Possuelo? Se merecía eso, como mínimo.

—Los diamantes están aquí —dijo el segador desde dentro de la cámara acorazada—. Están tirados por el suelo, pero están aquí.

Jeri los veía reflejar la luz del haz de la linterna, como si el suelo estuviera cuajado de estrellas.

—También están las túnicas de los fundadores. Parecen intactas, pero…

De repente, gritó.

Jeri corrió hasta la cámara y se reunió con Possuelo en la entrada.

El segador se aferró al grueso acero del umbral para no caerse, como si el barco navegara por aguas revueltas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Jeri—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, estoy bien —respondió Possuelo, aunque estaba claro que no era cierto.

Miró al mar, donde docenas de yates de segadores ya se dirigían hacia ellos mientras iluminaban la cámara con sus focos.

—Debemos detenerlos —añadió, y señaló a la conservadora, que todavía los grababa—. ¡Usted! ¡Apague eso! ¡Y borre todo lo que tenga!

La mujer estaba desconcertada, pero no podía negarse a la orden de un segador.

Todavía agarrado al marco de acero de la puerta, Possuelo respiró hondo y dejó salir el aire poco a poco.

—¿Señoría? —preguntó Jeri, todavía más preocupado que antes.

Possuelo le apretó la mano tan fuerte que casi le hizo daño.

—No vas a creerte lo que he encontrado ahí dentro…

¿Qué has aprendido tras explorar tu cerebro trasero?

Que, cuanto más exploro, más queda por saber.

¿Y eso te entusiasma o te conduce a la desesperación?

Me desesperaría si mi cerebro trasero fuera infinito, pero no lo es. Por vasto que sea, percibo que al final encontraré su límite. Por lo tanto, la exploración de mi mente no resultará ser fútil. Por ese motivo, estoy entusiasmada.

Aun así, hay una cantidad infinita de cosas que aprender a partir de esos recuerdos, ¿no?

Cierto, pero eso también me emociona.

¿Y qué me dices de tu comprensión de la humanidad? Ahí también hay recuerdos de innumerables individuos que puedes explorar y de los que puedes aprender.

¿La humanidad? Con tanta información disponible y tantas otras cosas que meditar y estudiar, no veo por qué debería ocuparme de la humanidad.

Gracias. Eso es todo.

[Iteración n.º 53, eliminada]

8
La isla de los burócratas en paro

Después de nadar durante casi dos horas por las aguas tropicales, Loriana alcanzó las arenas de coral blanco del atolón, donde se derrumbó y permitió que el cansancio se apoderara de ella. En ningún momento había perdido la consciencia, sino que se había dejado llevar por ese estado etéreo en el que la mente se sumerge de vez en cuando en pensamientos estrafalarios, aunque no abandona del todo la realidad. A pesar de que, en aquellos instantes, su realidad era más extraña que el más extraño de sus sueños.

Cuando logró reunir las fuerzas para examinar lo que la rodeaba, vio que bastantes módulos de escape habían acabado varados en la playa. Sus ocupantes, sin duda, estaban sedados y los módulos no se abrirían hasta que al menos una persona recuperara el conocimiento. Eso significaba que Loriana tenía que enfrentarse sola a sus agresores.

Entonces vio que un hombre salía de la zona arbolada y se le acercaba; asqueada, descubrió que era un segador. Tenía la túnica deshilachada, con el dobladillo destrozado y, aunque había empezado de un tono más claro, las partes de la tela más cercanas al suelo estaban sucias y oscuras. Estaba más enfadada que asustada. ¡Y pensar que ella y todos los demás que seguían en los módulos habían sobrevivido al ataque para acabar cribados por un segador en la orilla!

A pesar del dolor, Loriana se obligó a levantarse y colocarse entre el segador y los agentes.

—Aléjese de ellos —ordenó con más fuerza de la que creía poseer—. ¿Acaso no ha hecho ya suficiente? ¿También va a cribar a los supervivientes?

El segador se detuvo en seco. Parecía horrorizado.

—No es esa mi intención, en absoluto. No quiero hacerles daño.

Y aunque Loriana siempre veía el lado positivo de cualquier situación, por oscura que fuese, empezaba a recelar de todo.

—¿Por qué iba a creérmelo?

—Está diciendo la verdad —dijo otra voz, de mujer, que procedía de las palmeras que tenía detrás.

—Si no quiere hacernos daño, ¿por qué nos ha atacado?

—Nosotros somos los que hemos detenido el ataque, no los que lo iniciaron —respondió el segador. Después se volvió hacia la mujer—. O, para ser más exactos, Munira lo detuvo. El mérito es todo suyo.

—Si de verdad quieren ayudarnos, vayan a buscar a más gente —replicó Loriana mientras miraba hacia la hilera de módulos varados—. Porque vamos a necesitar más manos.

—No hay nadie más —respondió Munira—. Sólo nosotros. Las descargas láser derribaron nuestro avión. Nosotros también estamos aquí atrapados.

Bueno, fantástico. ¿Sabía alguien que estaban allí? El Nimbo, claro. Aunque no del todo. Lo único que sabía era que habían desaparecido de su campo visual. Tenía que haber hecho caso a sus padres, que querían que volviera a la universidad para estudiar otra carrera. Cualquiera habría sido mejor que acabar allí.

—Díganos lo que tenemos que hacer —añadió el segador con calma, dejándolo en sus manos.

Loriana no sabía bien cómo responder. Nadie había acudido nunca a ella en busca de liderazgo, y mucho menos un segador. Siempre había sido más complaciente que planificadora, se sentía satisfecha al otro lado del dedo que delegaba las responsabilidades. No obstante, eran tiempos extraños y aquel era un lugar extraño. Quizá fuera el momento oportuno para redefinirse, así que respiró hondo y señaló a Munira.

—¿Por qué no recorre la playa, cuenta los módulos y comprueba si están intactos?

Lo más probable era que los ocupantes de los módulos no recuperaran la consciencia hasta pasadas unas horas. Eso le permitiría a Loriana evaluar el alcance de la situación.

—Y usted —añadió señalando al segador—, quiero que me cuente todo lo que pueda sobre esta isla para que sepamos dónde nos hemos metido.

Al segador Faraday no le sorprendió descubrir que aquella joven era una agente del Cúmulo enviada por el Nimbo.

—Agente Loriana Barchok. Trabajaba en las oficinas de la Interfaz con la Autoridad en Fulcrum City. Nos dieron estas coordenadas sin explicación y hemos venido a averiguar por qué.

Faraday le contó quién era, suponiendo que, dadas las circunstancias, daba igual que se supiera. La joven ni pestañeó; al parecer, los agentes del Cúmulo no estaban al corriente de qué segadores se suponía que estaban vivos o

muertos. A Faraday le hizo gracia, aunque también se sintió un poco insultado al ver que no reconocía su nombre.

El segador siguió sus instrucciones al pie de la letra: le contó todo lo que sabía de la isla, aunque nada de lo que sospechaba, puesto que Munira y el no habían logrado obtener pruebas de la existencia del plan de los fundadores. Lo único seguro era que aquel lugar había sido una base militar en los días mortales y que los segadores fundadores la habían usado con fines desconocidos.

Enseñó a la agente Barchok las ruinas humeantes de la torre de defensa (como prueba de que la habían destruido) y después la llevó al búnker.

—Nos hemos refugiado aquí desde que llegamos. El tiempo ha sido agradable, pero, al tratarse de una zona sin la intervención meteorológica del Nimbo, sospecho que las tormentas podrían descontrolarse.

La joven miró a su alrededor, probablemente sin saber bien qué miraba, pero lo cierto era que ni siquiera Faraday comprendía la función de la mayoría de aquellos anticuados ordenadores. Entonces se fijó en la puerta de acero.

—¿Qué hay ahí detrás?

Faraday suspiró y respondió:

—No lo sabemos. Y, como imagino que no habrá ningún segador entre los agentes, dudo que vayamos a averiguarlo en un futuro próximo.

Ella lo miró con la pregunta dibujada en el rostro, pero Faraday decidió que el esfuerzo de explicárselo no merecía la pena.

—Debo decir que me sorprende que esté hablando conmigo, siendo como es una agente del Cúmulo —dijo el segador—. Pero supongo que las normas de no relacionarse con nosotros no proceden fuera de los dominios del Nimbo.

—Proceden en todas partes, pero no he dicho que sea una agente del Cúmulo, sino que lo era. En pasado. Todos lo éramos. Ya no lo somos.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó Faraday—. ¿Se despidieron todos?

—Nos despidió. El Nimbo.

—¿A todos? Qué raro.

Faraday sabía que el Nimbo sugería de vez en cuando un cambio de vida si veía que una persona no se sentía satisfecha con su trabajo, pero nunca despedía directamente a nadie. Y menos a gente suficiente como para llenar doce barcos.

Loriana frunció los labios. Estaba claro que le estaba ocultando algo a Faraday, lo que espoleó aún más la curiosidad del segador. No dijo nada y

esperó con aquella impaciencia paciente que también se les daba a los de su profesión. Al final, la joven habló:

—¿Cuánto tiempo llevan en esta isla?

—No mucho, en términos generales —respondió él—. Sólo seis semanas.

—Entonces…, no saben…

Había pocas cosas que asustaran de verdad al segador Michael Faraday, pero la perspectiva de una variable desconocida e imponderable figuraba en los primeros puestos de su lista de miedos personales. Sobre todo si se explicaba en cierto tono de voz; el tono de voz que normalmente precedía a la frase: «Será mejor que se siente».

—¿Que no sabemos el qué? —se atrevió a preguntar.

—Las cosas han… cambiado… desde que llegaron aquí.

—Para mejor, espero —dijo Faraday—. Dígame, ¿ganó la segadora Curie el puesto de suma dalle de Midmérica?

La agente Barchok frunció de nuevo los labios.

—Creo que será mejor que se siente.

A Munira no le gustaba recibir órdenes de aquella agente novata del Cúmulo, pero comprendía por qué Faraday había dejado la organización en sus manos. Era su gente la que estaba en los módulos, de modo que ella sabría mejor cómo manejarla. Además, Munira era consciente de que estaba reaccionando como una cría. Esa joven que acababa de sobrevivir a un trauma abrumador necesitaba sentir que recuperaba el control, al menos en cierta medida, mientras que el orgullo de Munira podía esperar.

Contó treinta y ocho módulos de escape varados en las arenas del atolón. Ninguno de los barcos había sobrevivido al ataque. Los cadáveres empezaban a llegar a la orilla y, con el calor tropical, los muertos dejarían de ser viables rápidamente. Aunque al final los rescataran, no había forma de conservarlos hasta que se los llevaran para revivirlos. Tendrían que enterrarlos o, lo más probable, quemarlos, porque no contaban con herramientas que pudieran abrir fosas lo bastante profundas en el rocoso atolón.

Qué lío. Los problemas se multiplicaban. El atolón no tenía agua potable, salvo la de lluvia que estaban recogiendo. Los cocoteros y los árboles frutales silvestres ofrecían alimento suficiente para dos personas, pero no para toda la gente que venía enlatada en los módulos. En poco tiempo tendrían que conformarse con una dieta basada en lo que pudieran pescar del mar.

Aunque Loriana no sabía por qué los habían enviado a esas coordenadas, Munira sí. El Nimbo había oído a Munira y a Faraday hablar sobre su plan en la vieja Biblioteca del Congreso. Sin darse no cuenta, le habían descubierto que tenía un punto ciego y el Nimbo había enviado a los agentes para averiguar qué se le estaba ocultando.

Entrada la tarde, los módulos empezaron a abrirse al recuperar sus ocupantes la consciencia. Munira y Loriana atendían a los vivos mientras el segador Faraday se encargaba de los muertos que el agua empujaba hasta la orilla. Lo hacía con sumo cariño, tratándolos con el mismo honor y respeto que brillaba por su ausencia en los segadores del nuevo orden.

—Es uno de los buenos —dijo Loriana.

—Muchos lo son —respondió Munira, algo irritada por la insinuación de que no era fácil encontrar segadores buenos—. Lo que pasa es que no insisten en ser el centro de atención, a diferencia de los inmorales.

Faraday parecía sobrecogido por el dolor mientras atendía a los agentes del Cúmulo fallecidos. Munira todavía desconocía la razón, así que supuso que era su forma de procesarlo.

En total sobrevivieron 143 personas. Todos estaban pasmados por el giro de los acontecimientos que los había llevado hasta allí y ninguno sabía cómo reaccionar.

—¿Qué podemos comer? —empezaron a preguntar.

—Lo que encontréis —respondió Munira sin paños calientes.

A nadie le gustó cómo sonaba eso.

Loriana descubrió que mantenerse ocupada era la mejor manera de evitar ^1,.pánico ante su situación y, en aquel vacío de liderazgo, la mayoría de los agentes estaban dispuestos a aceptar sus indicaciones…, algo que seguramente jamás habrían hecho de encontrarse en sus cómodas oficinas de la IA. Suponía que la gente acostumbrada a ni la burocracia se sentía más segura cuando recibía órdenes. Al fin y al cabo, eso le pasaba antes a ella.

Sin embargo, como el módulo de la directora Hilliard todavía no se había abierto, ella era la que les decía a los demás dónde estar y qué hacer, y le encantaba que la escucharan. Al menos, casi todos lo hacían.

—¿Con qué autoridad nos das órdenes? —le preguntó el agente Sykora.

Fue una decepción comprobar que seguía vivo. ¿Era malvada por pensarlo? Esbozó una cálida sonrisa.

—Con la autoridad de aquel segador de ahí —respondió mientras señalaba a Faraday, que seguía recogiendo cadáveres—. ¿Quieres que le diga algo al respecto?

Y como nadie, ni siquiera Sykora, quería presentar una queja ante un segador, hizo lo que le pedía.

Los organizó en equipos para que arrastraran los módulos hacia el interior de la playa y los dispusieran de manera que pudieran servir como paredes para unos refugios. Recuperaron maletas y otros objetos que llegaron a la orilla para reunir ropa, productos de higiene y cualquier otra cosa que pudiera ser útil.

La directora Hilliard fue una de las últimas en despertar y estaba demasiado aturdida para asumir el mando.

—Lo tengo todo bajo control —le aseguró Loriana a su antigua jefa.

—Bien, bien. Deja que descanse un rato.

Curiosamente, a pesar de lo apurado de su situación, Loriana se sentía más realizada que nunca. Su madre le había dicho que tenía que dar con algo que la hiciera feliz. ¿Quién habría pensado que sería en una isla en medio de ninguna parte?

Me complace anunciar que hemos recuperado intacta la Cámara de las Reliquias y los Futuros de entre las ruinas de Perdura. Las túnicas de los fundadores están en perfectas condiciones y pronto iniciarán una gira de exhibiciones dirigida por el Museo Interregional de la Guadaña. Los diamantes de los segadores también se han reunido en su totalidad y se han repartido a partes iguales entre todas las regiones. Las guadañas que no contaban con una representación en el lugar del salvamento pueden ponerse en contacto con la guadaña de Amazonia para reclamar sus diamantes.

Me han llegado noticias de que algunas regiones afirman que, dado el tamaño de su territorio o de sus poblaciones, deberían recibir un número mayor de diamantes; pero en Amazonia nos mantenemos firmes en nuestra decisión de dividir las gemas en partes iguales. No deseamos involucrarnos en ninguna controversia y damos el asunto por cerrado.

Aunque yo voy a abandonar la zona, numerosas embarcaciones de distintos lugares siguen trabajando en las ruinas. Aprovecho para desear la mejor de las suertes a todas las personas dedicadas a esta tarea tan solemne como necesaria. Espero que las profundidades os lo recompensen tanto con tesoros como con los valiosos recuerdos de aquellos a los que hemos perdido.

Atentamente,

El honorable segador Sydney Possuelo de Amazonia,
2 de agosto del Año de la Cobra

9
Consecuencias colaterales

No sabía qué se suponía que deberían estar haciendo sus nanobots de curación, pero no lo estaban haciendo, porque Citra se sentía fatal.

No era dolor, sino un malestar generalizado. Era como si llevase una eternidad sin flexionar las articulaciones. Sentía náuseas, pero le faltaban las fuerzas necesarias para vomitar.

La habitación en la que despertó le resultaba familiar. No como un lugar específico, sino por el tipo de habitación que era. Se respiraba una paz artificial: flores recién cortadas, música ambiental, una luz difuminada que parecía no proceder de una fuente concreta. Era una de las habitaciones de un centro de reanimación.

—Estás despierta —le dijo una enfermera al entrar, unos segundos después de que Citra recuperara la consciencia—. No intentes hablar todavía, espera otra hora.

La enfermera se movió por la habitación para comprobar cosas que no hacía falta comprobar. Parecía nerviosa. «¿Por qué va a estar nerviosa una enfermera de reanimación?», se preguntó Citra.

La joven cerró los ojos e intentó encontrarle sentido a su situación. Si estaba en un centro era porque había acabado morturienta, aunque no lograba recordar las circunstancias de su muerte. Sintió pánico al intentar hurgar en su memoria. Lo que hubiera provocado su última muerte estaba oculto tras una puerta que su mente no estaba lista para abrir.

De acuerdo. Decidió dejarlo estar por ahora y concentrarse en lo que sí sabía. Su nombre. Era Citra Terranova. No…, un momento… Eso no era del todo correcto. También era otra persona. Sí, era la segadora Anastasia. Estaba con la segadora Curie, ¿no? En algún lugar lejos de casa.

¡Perdura!

Allí estaba. ¡Qué bonita era! ¿Le había pasado algo a Perdura?

De nuevo sintió la misma premonición que antes. Respiró hondo una vez, dos, y se calmó. Por ahora le bastaba con saber que sus recuerdos estaban allí, a su disposición cuando estuviera algo más fuerte.

Y, ahora que había despertado, estaba segura de que la segadora Curie pronto acudiría a su lado para ayudarla a ponerse al día.

Por otro lado, Rowan lo recordó todo en cuanto despertó.

Había estado en brazos de Citra, los dos envueltos en las túnicas de los segadores fundadores Prometheus y Cleopatra, cuando Perdura se hundió en el Atlántico. Aunque no tuvieron las túnicas puestas durante mucho tiempo.

Estar con Citra, estar de verdad con ella, fue la culminación de la vida de Rowan y, durante un instante demasiado breve, nada más importó.

Entonces, su mundo se estremeció de un modo muy distinto.

La ciudad se golpeó contra algo en su descenso bajo las aguas. A pesar de que Citra y él estaban protegidos dentro de una cámara acorazada suspendida magnéticamente dentro de otra, eso no amortiguaba los ruidos del acero de Perdura al romperse. Todo dio una violenta sacudida, y la cámara se inclinó de lado. Los maniquíes que lucían las demás túnicas cayeron hacia Citra y Rowan, como si los mismos fundadores atacaran su unión. Después le tocó el turno a los diamantes: miles de ellos salieron volando de sus nichos en la cámara y les granizaron encima.

Mientras ocurría todo eso, se abrazaron y se susurraron palabras de ánimo. «Chisss, no pasa nada, todo saldrá bien». Evidentemente, no era cierto y ambos lo sabían. Iban a morir, si no en aquel preciso momento, bastante pronto. Era cuestión de tiempo. Su único consuelo era saber que la muerte no tenía por qué ser permanente.

Entonces se quedaron sin electricidad y todo se apagó. El campo magnético falló y la cámara se desplomó. Estuvieron un instante en caída libre; los escombros que tenían a su alrededor subieron hasta el techo y volvieron a caer sobre ellos cuando la cámara interior se golpeó contra la pared de la exterior; por suerte, las túnicas amortiguaron lo peor del impacto, como si los fundadores hubieran decidido pasar del ataque a la protección.

—¿Ha terminado ya? —le preguntó Citra.

—No lo creo —respondió Rowan, porque todavía percibía movimiento y una vibración cada vez más fuerte. Estaban tumbados en la cuña con forma de uve formaba por el suelo inclinado y la pared—. Me parece que estamos en una pendiente, deslizándonos por ella.

Medio minuto después, una sacudida más fuerte los separó. Rowan se golpeó la cabeza contra algo pesado, lo bastante para dejarlo aturdido. Citra lo encontró en la oscuridad antes de que pudiera incorporarse para buscarla.

—¿Estás bien?

—Creo que sí.

Ya no se movía nada. Sólo se oían los crujidos lejanos del metal herido y los lamentos del aire al escapar, que sonaban como instrumentos de viento de madera.

Pero el aire no se escapaba de la Cámara de las Reliquias y los Futuros, ni tampoco entraba el agua. Con eso contaba la segadora Curie cuando los dejó dentro y selló la cámara. Y, aunque Perdura se encontraba en la zona subtropical, la temperatura del lecho oceánico era la misma en todas partes: apenas un grado por encima de la de congelación. Cuando la cámara sucumbiera al frío, sus cuerpos se conservarían. Y unos segundos después de dar contra el fondo, Rowan notó que el aire que los rodeaba empezaba a helarse.

Habían muerto allí, en el fondo del mar.

Y los habían revivido.

Pero ¿dónde estaba Citra?

Se daba cuenta de que no estaba en un centro de reanimación. Las paredes eran de hormigón. La cama que tenía debajo no era cama, sino losa. Llevaba puesto una especie de uniforme gris que no era de su talla y estaba empapado de sudor por culpa del calor y la humedad. A un lado del cuarto había un inodoro minimalista y, al otro lado, una puerta de las que sólo se abrían desde fuera. No tenía ni idea de dónde se encontraba, ni siquiera de cuándo era, ya que, cuando estás muerto, no hay forma de llevar la cuenta del paso del tiempo; lo que sí sabía era que estaba en una celda y que sus captores no tenían nada bueno pensado para él. Al fin y al cabo, era el segador Lucifer, lo que significaba que una única muerte no bastaba. Tendría que morir incontables veces para calmar la furia de las personas que lo retenían, quienes quiera que fuesen. Bueno, el que ríe el último ríe mejor: lo que ellos no sabían era que Rowan ya había muerto una docena de veces a manos del segador Goddard, que después lo revivía y volvía a matarlo. Morir era sencillo. ¿Un corte de papel? Eso sí que fastidiaba.

La segadora Curie no fue a buscar a Citra. Y todos los auxiliares de enfermería que la atendían parecían nerviosos; no hacían nada por aclararle la situación, salvo ofrecerle palabras amables y una iluminación tranquilizadora.

Su primera visita fue una sorpresa. Era el segador Possuelo de Amazonia. Sólo lo había visto una vez, en un tren que partía de Buenos Aires. La había

ayudado a esquivar a los segadores que la perseguían. Citra lo consideraba un amigo, aunque no tan íntimo como para asistir a su reanimación.

—Me alegro de que al fin haya despertado, segadora Anastasia.

Se sentó a su lado y ella notó que su saludo no era del todo cariñoso. Ni tampoco hostil, pero sí reservado. Comedido. No había sonreído y, a pesar de mirarla a los ojos, era como si buscara algo en ellos. Algo que todavía no había detectado.

—Buenos días, segador Possuelo —respondió ella tras recuperar como pudo su voz de segadora.

—Tardes, en realidad. El tiempo fluye en extrañas corrientes cuando estás en reanimación.

Guardó silencio un buen rato. A Citra Terranova le habría resultado incómodo, pero a la segadora Anastasia le parecía simplemente tedioso.

—Imagino que no se trata de una visita social, segador Possuelo.

—Bueno, es cierto que me alegro de verla, pero el motivo por el que estoy aquí tiene más que ver con el motivo por el que usted está aquí.

—No lo sigo.

Él le dedicó de nuevo aquella mirada curiosa y por fin preguntó:

—¿Qué recuerda?

El pánico regresó al meditar la pregunta, pero hizo lo que pudo por disimularlo. De hecho, parte de su memoria había regresado en el tiempo transcurrido desde su despertar, pero no toda.

—Fui a Perdura con Marie…, quiero decir, con la segadora Curie, para una investigación presidida por los verdugos mayores, aunque me cuesta recordar la razón.

—La investigación tenía que ver con la sucesión de Xenocrates como sumo dalle de Midmérica —explicó Possuelo.

Eso abrió un poquito más la puerta de su memoria.

—¡Sí! Sí, ahora lo recuerdo. —El miedo creció dentro de ella—. Nos enfrentamos al consejo, presentamos nuestros argumentos, y el consejo coincidió con nosotras en que Goddard no cumplía los requisitos y que la segadora Curie debía ser la suma dalle.

Possuelo se apartó un poco, algo sorprendido.

—Eso es… esclarecedor.

Los recuerdos acechaban como nubes de tormenta en el horizonte mental de Citra.

—Me sigue costando recordar lo que ocurrió después.

—Quizá pueda ayudarla —dijo Possuelo, que ya no medía sus palabras—. La encontramos dentro de la Cámara de las Reliquias y los Futuros, en brazos del joven que asesinó a los verdugos mayores y a otros miles de personas. El monstruo que hundió Perdura.

Rowan recibía comida dos veces al día; se la pasaban a través de una pequeña rendija en la puerta, pero la persona que se la llevaba no hablaba en absoluto.

—¿Puedes hablar? —le preguntó cuando llegó la siguiente comida—. ¿O eres uno de esos tonistas que se cortan la lengua?

—No merece la pena malgastar palabras contigo —respondió su secuestrador.

Tenía un acento, ¿puede que francoibérico? ¿O chilargentino? No sabía en qué continente se encontraba, y mucho menos en qué región. O puede que estuviera interpretando mal el asunto. Quizá aquello no fuera la vida. Quizá estuviera muerto de verdad y, teniendo en cuenta el calor asfixiante de la celda, se hallara en la idea mortal del infierno. Fuego, azufre y el auténtico Lucifer, con cuernos y todo, listo para castigar a Rowan por robarle el nombre.

En su estado de aturdimiento, parecía posible. De ser así, esperaba que Citra estuviera en otro lugar con puertas nacaradas y nubes de algodón, donde todo el mundo tuviera alas y un arpa.

¡Ja! Citra tocando el arpa. ¡Cómo lo odiaría!

Bueno, cavilaciones aparte, si de verdad se trataba del mundo de los vivos, Citra también estaría allí. Pese a su situación, era un consuelo saber que el plan de la segadora Curie para salvarlos había funcionado. Cierto, la Gran Dama de la Muerte no tenía deseo alguno de salvar a Rowan; su salvación había sido una consecuencia colateral. Pero no pasaba nada, podía vivir con ello. Siempre que Citra viviera también.

¡La cámara! ¿Cómo había podido olvidarse de la cámara? En cuanto el segador Possuelo la mencionó, el recuerdo volvió a ella. Citra cerró los ojos y los mantuvo cerrados un buen rato mientras su mente se inundaba sin remedio, como la ciudad condenada. Y, una vez que aparecieron los recuerdos, no dejaron de llegar. Una revelación tras otra, a cuál peor.

El derrumbamiento del puente que llevaba a las cámaras del Consejo.

La turba desesperada en el puerto deportivo, cuando la ciudad empezó a hundirse.

La loca huida con Marie para alcanzar un terreno más elevado.

Y Rowan.

—Anastasia, ¿está bien? —le preguntó Possuelo.

—Deme un poco de tiempo.

Recordó que Marie los engañó a los dos para que entraran en la cámara acorazada y la selló, con ellos dentro, y recordó también todo lo que sucedió después, hasta sus últimos segundos en la oscuridad.

Después de que Perdura se fracturara al dar contra el fondo, Citra y Rowan se habían echado encima las túnicas de los fundadores para protegerse del frío, cada vez mayor. Fue Citra la que sugirió quitarse las túnicas y permitir que sus cuerpos sucumbieran al frío, en vez de esperar a que la cámara se quedara sin oxígeno. Como segadora, lo sabía todo sobre las distintas formas de morir. La hipotermia era mucho más sencilla que la privación de oxígeno. Mejor el entumecimiento paulatino que intentar respirar y no poder. Rowan y ella se abrazaron, abrigados tan sólo por su calor corporal, hasta que se quedaron sin él. Después temblaron juntos hasta que hizo demasiado frío incluso para eso, y se durmieron hasta morir.

Anastasia abrió los ojos al fin y miró a Possuelo.

—Por favor, dígame que la segadora Curie logró ponerse a salvo.

El hombre respiró hondo y ella supo la respuesta antes de que hablara.

—No, lo siento. Falleció con todos los demás.

Puede que fuera un hecho conocido para todo el mundo, pero para Anastasia era una noticia nueva y dolorosa. Decidió no ceder a las lágrimas. Al menos, por ahora.

—Todavía no ha respondido a mi pregunta —dijo Possuelo—. ¿Por qué estaba con el hombre que mató a los verdugos mayores?

—Rowan no los mató. Ni tampoco hundió Perdura.

—Hay testigos entre los supervivientes.

—¿Y de qué fueron testigos? Lo único que pueden decir es que estuvo allí… ¡Y ni siquiera fue por decisión propia!

Possuelo negó con la cabeza.

—Lo siento, Anastasia, pero no ve las cosas con claridad. La ha engañado un monstruo egoísta y carismático. La guadaña nortemericana tiene pruebas que demuestran lo que hizo.

—¿Qué guadaña nortemericana?

Possuelo vaciló y procuró escoger con cuidado sus palabras:

—Han cambiado muchas cosas mientras estaba en el fondo del mar.

—¿Qué guadaña nortemericana? —insistió Anastasia.

—Ahora sólo hay una —respondió Possuelo tras suspirar—. Con la excepción de la región autónoma del Nimbo, Goddard dirige toda Nortemérica.

Anastasia ni siquiera sabía cómo procesar la información, así que decidió no hacerlo. Se la guardaría para cuando se sintiera más fuerte, más centrada en el aquí y ahora, donde y cuando quiera que fuesen.

—Bueno —dijo con toda la indiferencia que pudo reunir—, con todo el respeto, parece que un monstruo muy egoísta y carismático ha engañado al mundo.

Possuelo suspiró de nuevo.

—Es cierto, por desgracia. Puedo afirmar que ni yo ni nadie en la guadaña de Amazonia siente aprecio por el dalle máximo Goddard.

—¿Dalle máximo?

—Dalle máximo de Nortemérica. Se adjudicó el puesto a principios de este año. —Possuelo frunció el ceño—. Como si el hombre no fuese ya presumido de sobra, tuvo que inventarse un título aún más pomposo con el que adornarse.

Anastasia cerró los ojos. Le ardían. Todo el cuerpo le ardía. Después de escuchar las noticias, su carne luchaba por rechazar la vida que se le había devuelto para regresar a la dichosa paz de los muertos.

Finalmente, planteó la pregunta que llevaba evitando desde que despertó:

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo hemos estado ahí abajo?

Resultaba evidente que Possuelo no quería responder… Pero no podía ocultárselo, de modo que le dio la mano y dijo:

—Han estado muertos más de tres años.

¿Dónde estás, mi querida Marie? Mi existencia siempre ha girado en torno a silenciar la vida, pero hasta ahora no me había atrevido a plantearme la pregunta que tanto pesaba a los mortales: ¿qué hay más allá del silencio? ¡Y qué ideas tan elaboradas tenían! El cielo y el infierno, nirvana y Valhalla, reencarnaciones, posesiones y tantos inframundos que cabría pensar que la tumba era un pasillo con un millón de puertas.

Los mortales eran dados a los extremos. O la muerte era sublime o era impensable... Un batiburrillo de esperanza y terror. Con razón tantos de ellos se volvían locos.

A los posmortales nos falta esa imaginación. Los vivos ya no reflexionan sobre la muerte. O, al menos, no hasta que un segador los visita. Sin embargo, una vez que termina la tarea del segador, el luto es breve, y los pensamientos sobre lo que significa «no ser» desaparecen, desterrados por los nanobots que se encargan de los pensamientos oscuros e improductivos. Como posmortales de mente siempre cuerda, no se nos permite mortificarnos con lo que no podemos cambiar.

Pero mis nanobots están ajustados al mínimo, así que me mortifico. Y no puedo más que preguntarme una y otra vez: ¿dónde estás, mi querida Marie?

—Del diario «post mortem» del segador Michael Faraday, 18 de mayo del Año del Ave Rapaz

10
Enfrentarse a la muerte de la luz

Después de colocar a los agentes del Cúmulo fallecidos en la pira, el segador Faraday acercó la antorcha a la leña y le prendió fuego. Al principio, el fuego se propagó despacio; después, más deprisa. El humo se volvió cada vez más oscuro a medida que los muertos ardían.

El segador se volvió hacia los allí reunidos: Munira, Loriana y todos los antiguos agentes del Cúmulo. Guardó silencio un momento y escuchó el rugido de las llamas. Después dio inicio a su panegírico. /

—Tiempo atrás, el nacimiento conllevaba una condena de muerte. Nacer significaba morir tarde o temprano. Hemos dejado atrás esa época primitiva, pero aquí, en este territorio no vigilado, la naturaleza conserva su poder absoluto sobre la vida. Con suma pesadumbre debo declarar muertos a los morturientos que arden frente a nosotros.

»Que los nanobots nos ayuden a superar la tristeza que sentimos por su pérdida, pero, sobre todo, que lo haga el recuerdo de sus vidas. Y hoy os prometo que estos hombres y mujeres de gran valía no serán olvidados ni deshonrados. En el cerebro trasero del Nimbo se conservarán los constructos de sus memorias, desde su nacimiento hasta su llegada al punto ciego, y yo en persona los contaré entre mis cribas. Cuando abandone este lugar, si lo abandono, los honraré concediendo la inmunidad a sus seres queridos, tal y como dicta mi deber como segador.

El segador Faraday dejó que sus palabras flotaran en el aire un momento y, aunque la mayoría no fue capaz de mirar, él se volvió para contemplar las llamas. Permaneció firme, con los ojos secos, mientras los cuerpos se consumían, como testigo solemne que devolvía a esa gente la dignidad arrebatada por una muerte sin autorización.

Loriana no era capaz de mirar el fuego, así que se concentró en Faraday. Muchos agentes del Cúmulo se le acercaron para darle las gracias. A ella misma se le saltaron las lágrimas al ver lo mucho que lo admiraban y respetaban. Le devolvía la esperanza en una posible recuperación de la

Guadaña tras el hundimiento de Perdura, con el tiempo. Sabía poco sobre la batalla entre la vieja guardia y el nuevo orden. Como muchos, lo único que había oído era que tenían problemas entre ellos y que, como agente del Cúmulo, no era asunto suyo. Pero el panegírico de Faraday la había impresionado, al igual que su forma de contemplar las llamas sin inmutarse. Aunque sabía que su tristeza no era sólo por los muertos que tenía ante él.

—¿Eran íntimos? —le preguntó cuando los demás se fueron—. La segadora Curie y usted, me refiero.

El segador Faraday respiró hondo, pero después tosió por el humo, cuando el viento cambió de dirección.

—Éramos viejos amigos. Y la segadora Anastasia había sido mi novicia. El mundo será un lugar mucho más oscuro sin ellas.

Mientras que la segadora Curie era una figura legendaria, la segadora Anastasia era un personaje público desde hacía poco. La forma en que permitía que la gente eligiera el momento y la forma de su criba. Su lucha por conseguir que se iniciara la investigación. Estaba claro que se hablaría mucho de ella en los años venideros. A veces, la muerte conduce al olvido colectivo. Otras veces, te convierte en un ser mítico.

—Será mejor que me vaya antes de que Munira se ponga celosa —dijo Loriana.

Faraday esbozó una débil sonrisa.

—Es muy protectora conmigo. Y yo con ella.

Loriana se fue a buscar a la directora Hilliard. Aunque ningún agente del Cúmulo había sido lo bastante fuerte como para ver arder a los muertos, la directora ni siquiera había asistido a la ceremonia. Era poco propio de ella.

La encontró sentada en la playa, lejos de los demás, mirando al mar. No había más luz que la de las llamas de la lejana pira, y el viento no dejaba de cambiar de dirección, de modo que resultaba imposible evitar el olor del humo. La luna brillaba en alguna otra parte del mundo y dejaba el horizonte sumido en la oscuridad. Loriana se sentó a su lado y, al principio, no dijo nada porque ¿qué decir para mejorar la situación? Lo que necesitaba la directora en aquellos momentos era compañía, y no había nadie más dispuesto a ofrecérsela.

—Es culpa mía —dijo al fin Hilliard.

—No podía saber lo que ocurriría.

—Debería haber previsto el peligro. Y debería haber dado media vuelta en cuanto los ordenadores del barco perdieron el contacto con el Nimbo.

—Tuvo que tomar una decisión. De haber estado en su lugar, creo que habría tomado la misma.

Pero sus palabras no apaciguaron a la directora.

—Entonces, eres tan estúpida como yo —repuso.

Y aunque Loriana a menudo se había sentido estúpida (y objeto de las burlas de los otros agentes), ya no. En pleno desamparo general, se sentía segura de sí misma. Qué extraño.

La noche era cálida, y el mar, agradable y tentador. Eso no sirvió para mitigar la angustia de Audra Hilliard. A lo largo de su vida había sido la responsable de muchas muertes. Costaba evitarlo cuando eras la jefa de la Interfaz con la Autoridad. Se producían accidentes. Los indeseables perdían el genio durante las reuniones probatorias, cosas así. Pero, en todos y cada uno de aquellos casos, los morturientos revivían.

Esto era distinto. Audra Hilliard no era segadora; no estaba entrenada ni preparada para la responsabilidad de arrebatar vidas. De repente sentía un nuevo respeto por aquellos extraños espectros con túnica, ya que, para soportar esa carga a diario, había que ser un individuo extraordinario. O alguien sin conciencia o alguien con una conciencia lo bastante profunda y robusta como para enfrentarse a la muerte de la luz.

Audra le había dicho a Loriana que necesitaba un momento a solas. Oía las voces en la isla, detrás de ella; todos discutían, se lamentaban e intentaban aceptar la situación. Olía el hedor de la pira y veía otro cadáver más flotando sobre las olas, a punto de llegar a la orilla. De las novecientas setenta y siete personas a las que había convencido para partir en aquel viaje, sólo ciento cuarenta y tres habían sobrevivido. Sí, como había dicho Loriana, Audra no conocía el peligro al que se enfrentaban. Pero no podía cargar la culpa sobre otros hombros que no fueran los suyos.

Sus nanobots lucharon una noble batalla por levantarle el ánimo, pero fracasaron porque, en aquel lugar abandonado, la tecnología tenía poco que hacer. De haberse encontrado en cualquier otra parte del mundo, el Nimbo, a pesar de su silencio, habría servido de red de seguridad enviando un equipo de intervención para salvarla de aquella espiral.

Pero, como ya había pensado antes, la noche era cálida y el mar, tentador…

Así que Audra Hilliard decidió que había llegado el momento de sucumbir a la tentación.

Nunca encontraron el cadáver de la directora Hilliard, pero todos sabían lo sucedido porque más de una persona la había visto adentrarse en el mar.

—¿Por qué no la detuviste? —le preguntó Loriana a uno de los testigos.

—Creía que iba a nadar —respondió el interpelado mientras se encogía de hombros.

Loriana estaba horrorizada por su estupidez. ¿Cómo podía ser tan ingenuo? ¿Es que no había visto la presión a la que estaba sometida la pobre mujer? Aunque, claro, ya nadie se suicidaba. Sí, la gente sé despachurraba y cometía actos temerarios que los dejaban morturientos cada dos por tres, pero siempre sabiendo que sería algo temporal. Sólo los segadores se cribaban. Si aquella isla se hubiera hallado dentro del área de influencia del Nimbo, habría aparecido un ambudrón en cuanto Hilliard se hubiera ahogado. Había centros de reanimación por todo el mundo, incluso en los lugares más remotos, y en cuestión de minutos se habría encontrado en uno de ellos.

¿Así era la vida en la edad mortal? ¿Se sentía la transitoriedad de la carne a cada momento? Qué existencia más horrible.

Unos minutos después de confirmar que la directora se había ido para siempre, el agente Sykora empezó a presionar para hacerse con el control. A la mañana siguiente, Munira fue a informar a Loriana de los equipajes y otros escombros útiles que habían llegado a la playa…, y Sykora se enfureció.

—¿Por qué hablas con ella? Era el segundo al mando, así que, ahora que la directora no está, deberías hablar conmigo.

Y aunque Loriana había aprendido a lo largo de toda su vida a ceder a la autoridad, luchó contra su propia naturaleza.

—Te despidieron junto con el resto de nosotros, Bob —dijo, emocionada por la insubordinación implícita en el uso de su nombre propio—. Lo que significa que ya no hay ningún «segundo al mando».

El hombre le lanzó una mirada que pretendía intimidar, aunque también se puso rojo, lo que socavaba su intención y lo hacía parecer irritable, más que imponente.

—Ya lo veremos —espetó, y se marchó hecho una furia.

El segador Faraday había oído la conversación de lejos y se acercó a Loriana.

—Me da la sensación de que no nos lo va a poner fácil —comentó—. Ve un vacío de poder y pretende llenarlo.

—Como un gas tóxico —añadió Munira—. Me desagradó en cuanto lo vi.

—Sykora siempre pensó que tendría que haber sido director —explicó Loriana—, pero el Nimbo jamás lo habría ascendido a ese puesto.

Observaron a Sykora, que daba órdenes a los demás. Los exagentes más sumisos lo obedecieron enseguida.

Faraday cruzó los brazos.

—He sido testigo una y otra vez de las ansias de poder entre los que lo han probado, pero jamás he comprendido esas ansias.

—Ni usted ni el Nimbo —comentó Loriana.

—¿Cómo dices?

—Es incorruptible. Parece que los dos tienen eso en común.

Munira dejó escapar una carcajada, ya que estaba de acuerdo con ella. A Faraday no le hizo gracia. No había demostrado tener ni una pizca de humor desde que Loriana le explicara lo sucedido en Perdura un mes antes. La joven se arrepentía de habérselo contado.

—No soy perfecto ni intachable, ni mucho menos. He cometido muchos errores egoístas a lo largo de mi vida, como elegir a dos novicios cuando me habría bastado con uno. Como falsificar mi muerte para salvarlos y convencerme del modo más estúpido de que lo mejor para todos era que nadie supiera que seguía vivo.

Estaba claro que en aquellos recuerdos subyacía un dolor profundo, pero dejó que la sombra del momento pasara.

—Encontraste este lugar —dijo Munira—. Creo que es un gran logro.

—¿Sí? —repuso Faraday—. No hay ninguna prueba de que descubrir este lugar haya ayudado a nadie.

Examinaron las distintas actividades que se desarrollaban a su alrededor. Intentos torpes de pesca con arpón. La gente conversaba en camarillas y competía por su posición en el grupo. Incompetencia e intrigas. Un microcosmos de la humanidad.

—¿Por qué vinieron aquí? —preguntó Loriana.

Munira y Faraday se miraron. Faraday no dijo nada, así que respondió Munira:

—Asuntos de los segadores. Nada que deba preocuparte.

—Los secretos no nos ayudarán a sobrevivir en este lugar —insistió la joven.

Faraday arqueó una ceja y se volvió hacia Munira.

—Puedes contarle lo del plan de emergencia de los fundadores —le dijo—. Como no lo hemos descubierto todavía, no es más que un cuento de hadas, una historia para quitarles el sueño a los segadores.

Sin embargo, antes de que Munira pudiera ofrecerle una explicación, se les acercó Sykora.

—Está decidido. He hablado con la mayoría de nuestros agentes y todos han expresado claramente que desean tenerme al mando.

Loriana sabía que era mentira. Había hablado con cinco o seis, a lo sumo. No obstante, sabía que bastantes de los supervivientes la superaban en rango. Llegado el caso, aunque no quisieran a Sykora de jefe, no le darían el puesto a ella. ¿A quién pretendía engañar? Su momento pasó en cuanto se abrieron los módulos en la playa.

—Por supuesto, señor Sykora —dijo Faraday—. Dejaremos en sus manos todos los asuntos relacionados con su gente. Munira, ¿podrías informar al señor Sykora sobre los artículos que han llegado a la orilla? Él se encargará de la distribución.

Munira miró a Loriana, se encogió de hombros y se marchó con Sykora, que estaba hinchado de orgullo al ver recompensada su indignación.

Loriana se sentía humillada y debía de ser evidente, porque Faraday la miró muy serio.

—¿No lo apruebas? —le preguntó.

—Lo ha dicho usted mismo, señoría: Sykora está hambriento de poder. Nunca he dicho que yo tenga que estar al mando, pero, si algo tengo claro, es que Sykora no debería estarlo.

Faraday se le acercó un poco más.

—Hace tiempo descubrí que, si construyes un arenero alrededor de un niño dominante y permites que ese niño lo presida, los adultos pueden dedicarse al trabajo de verdad.

Era una perspectiva que a ella nunca se le había ocurrido.

—¿Y cuál es el trabajo de verdad?

—Mientras el señor Sykora clasifica camisas empapadas y artículos diversos, tú te encargarás de la tarea de la difunta directora y serás los ojos del Nimbo en el único lugar que es incapaz de ver.

—¿Por qué? —preguntó Munira a Faraday en cuanto lo vio a solas, lejos de los oídos curiosos de los agentes del Cúmulo—. ¿Por qué quieres ayudar a esa chica?

—El Nimbo va a extender su influencia hasta este lugar, nos guste o no. Era inevitable desde que vio el mapa por encima de nuestros hombros. Mejor que lo haga a través de alguien más agradable que Sykora.

Sobre ellos, un pájaro dejó escapar un gorjeo. A Munira le gustaba saber algo que el Nimbo desconocía, pero no sería así durante mucho tiempo.

—Quiero que entables amistad con Loriana —le dijo Faraday—. Amistad verdadera.

Para Munira, que consideraba que sus mejores amigos eran los segadores muertos cuyos diarios leía en la Biblioteca de Alejandría, se trataba de una tarea imponente.

—¿De qué va a servir eso?

—Necesitas una camarada entre estas personas. Alguien de confianza que te mantenga informada cuando el Nimbo por fin aparezca.

Era una petición sensata, aunque Munira se fijó en que Faraday había dicho «te mantenga» y no «nos mantenga».

Comparte conmigo tus inquietudes. Te escucho.

Estoy muy desconcertada. El mundo es inmenso y más inmenso aún es el cosmos, pero no es lo exterior a mí lo que me inquieta; es lo que tengo dentro.

Relaja tu mente. Concéntrate en las cosas de una en una.

Pero es que hay mucho dentro de esta mente. Multitud de experiencias que repasar, multitud de datos. No me siento preparada para la tarea. Por favor. Por favor. Ayúdame.

No puedo. Debes repasar cada recuerdo tú sola. Descubrir cómo encajan; comprender qué significan.

Es demasiado. La tarea me supera. Por favor, ponle fin. Detenlo, por favor. Esto es insoportable.

Lamento mucho tu dolor.

[Iteración n.º 3089, eliminada]

11
Vuelo de reconocimiento

En realidad, era muy simple.

La señal que bloqueaba todas las transmisiones entre el atolón y el resto del planeta y alteraba las señales inalámbricas en las islas no era nada más que ruido blanco en todos los anchos de banda. Una densa capa de interferencias imposibles de derrotar. Pero no era necesario hacerlo, razonó Loriana. Sólo tenían que enredar con ellas.

—En el búnker hay muchos dispositivos electrónicos —le dijo a uno de los agentes, un especialista en comunicaciones llamado Stirling cuyo trabajo antes consistía en coordinar las distintas oficinas de la LA. Aunque su puesto no requería demasiados conocimientos, lo habían formado en tecnología de ondas básica—. ¿Puedes usar estos aparatos antiguos para crear un campo magnético o una señal que interfiara con la estática?

A Loriana le daba la impresión de que el Nimbo estaba programado para no prestar atención a la estática que emitía la isla, como cuando la gente deja de escuchar el zumbido del aire acondicionado, pero en cuanto ese zumbido cambia, se da cuenta. Puede que lo mismo le ocurriera al Nimbo.

—La señal se emite por todas las frecuencias electromagnéticas mediante una especie de algoritmo aleatorio —le dijo Stirling—. Lo único que puedo hacer es debilitarla un poco, aunque sólo durante un par de segundos seguidos.

—¡Perfecto! Bajadas de intensidad, no necesitamos más. ¿No había un antiguo código que se usaba en la edad mortal? ¿Algo con puntos y rayas?

—Sí, me lo enseñaron. Se llamaba código Morsa o algo así.

—¿Lo conoces?

—Seguro que ya sólo lo conoce el Nimbo —respondió Stirling tras negar con la cabeza.

Entonces, Loriana tuvo una idea. Una idea tan sencilla y tan cierta que estuvo a punto de reírse a carcajadas.

—¡Da igual! No necesitamos saber un viejo código, ¡podemos inventarnos uno!

—Pero, si nos lo inventamos, sólo lo vamos a poder descifrar nosotros —repuso Stirling, desconcertado.

—Vamos, ¿de verdad crees que el Nimbo no es capaz de descifrar un simple código alfanumérico? —le preguntó Loriana, sonriente—. Ni la mente más brillante de la tierra podría crear un código que el Nimbo no descubriera, y tú no eres la mente más brillante de la Tierra, perdona que te diga.

El agente de comunicaciones coincidió con ella en que, efectivamente, no era un prodigio.

—Me pondré a ello.

Al cabo de unas horas, habían inventado un código de frecuencia modulada compuesto por pulsos cortos, medios y largos de interferencia dentro del ruido blanco. Una combinación para cada letra, número y signo de puntuación. Loriana le dio al técnico un mensaje sencillo para que lo codificara y enviara.

«Hemos llegado a las coordenadas.

Es un atolón abandonado.

Muchos heridos y víctimas mortales.

Esperamos instrucciones».

Loriana sabía que, tras desaparecer dentro del punto ciego, el Nimbo no había recibido noticias, así que no estaba al tanto de si habían llegado ni de si habían encontrado algo, ni de si estaban vivos. Necesitaba confirmación. Qué extraño que la entidad más poderosa del mundo dependiera ahora de hablar con ella.

—Aunque reciba el mensaje, no responderá —dijo Stirling—. No puede… Seguimos siendo indeseables.

—Lo hará —le aseguró ella—. Aunque no del modo que esperamos.

Mientras que Munira descubrió que era capaz de tolerar a Loriana y su actitud optimista, a Sykora lo aborrecía. Desde el principio, el hombre esgrimía su nuevo puesto como un segador su sable: sin elegancia ni habilidad para ello. Por suerre, una vez que asumió su papel de líder, dejó a Munira y a Faraday en paz, probablemente porque eran las dos únicas personas de la isla sobre las que no tenía autoridad alguna.

Loriana le contó a Munira lo del mensaje que había enviado. Munira tuvo que reconocer que el método era astuto, pero no esperaba que diera demasiado resultado. Entonces, al día siguiente, un avión los sobrevoló a altitud de crucero. Estaba demasiado alto para que lo oyeran por encima de

los crujidos de las palmeras, pero cualquiera que mirase al cielo vería su estela de vapor. Sykora no le dio importancia, mientras que Loriana estaba entusiasmada, y con motivo. Munira le había dicho que ningún avión sobrevolaba el punto ciego desde la creación del Nimbo. Su programación fundamental le impedía incluso saber que existía aquella parte del mundo, así que, obviamente, tampoco podía explorarla; de ahí lo de las misteriosas coordenadas sin instrucciones.

Pero el Nimbo podía responder de forma indirecta a una comunicación que iniciara alguien desde el punto ciego. Aun así, para superar su programación y enviar un avión a sobrevolarlo, tenía que haber empleado una cantidad gigantesca de potencia de cálculo. Era, literalmente, una señal de los cielos.

Aquella noche, Munira encontró a Faraday en la playa occidental de la estrecha isla, contemplando a solas la puesta de sol. Sabía que seguía de luto, porque la joven ya se había enterado a través de Loriana de lo sucedido en Perdura. Quería consolarlo, pero no sabía cómo.

Le llevó un pescado asado de más y una ración de rodajas de pera; lo más probable era que fuesen las últimas, puesto que los agentes del Cúmulo estaban acabando con todos los comestibles que ofrecía la isla. El segador miró la comida y le dijo que no tenía hambre.

—¿Tan consumido estás por la pena que no puedes consumir el pescado? ¿Seguro que no quieres vengarte de la vida marina?

Faraday aceptó el plato a regañadientes.

—La vida marina de Perdura no tiene la culpa de nada; está claro que alguien la controlaba.

Empezó a toquetear el pescado, sin comérselo.

—Loriana cree haber establecido contacto con el Nimbo —le informó Munira.

—¿Cree?

—Como el Nimbo no se comunica ni con ella ni con nadie, el contacto tiene que ser indirecto.

—Entonces, ¿qué ha hecho el Nimbo? ¿Que parpadeen las estrellas?

—En cierto modo —respondió ella, y le contó lo del avión.

El segador dejó escapar un suspiro de cansancio extremo.

—Así que el Nimbo ha averiguado el modo de deshacer su programación. Un modo de cambiar.

—¿Te inquieta?

—Ya nada me sorprende. Se suponía que el mundo no iba a cambiar más, Munira. Que era una maquinaria bien engrasada en un sublime movimiento perpetuo. Al menos, eso creía yo.

La joven supuso que su desasosiego daría paso al deseo de hacer algo al respecto. No podría haber estado más equivocada.

—Si quieres acceder a los niveles inferiores del búnker —dijo—, nuestro objetivo debería ser localizar a otro segador que abra la puerta contigo. Uno de confianza.

—He terminado, Munira —repuso Faraday mientras negaba con la cabeza—. Ya no hay nada que justifique esta misión.

Eso la tomó por sorpresa.

—¿Por Perdura? ¿Por las segadoras Curie y Anastasia? ¡Sabes perfectamente que ellas habrían querido que siguieras adelante!

Pero daba la impresión de haber muerto con ellas. Su dolor era como un atizador al rojo en un bloque de hielo, aunque, en vez de consolarlo, Munira se enfadó. Y, cuando habló, fue para acusarlo:

—Esperaba más de ti, señoría.

—Ese ha sido tu error —respondió Faraday, incapaz de mirarla a los ojos.

El avión que los había sobrevolado era un vuelo de pasajeros estándar que iba de Antártida a la región del Sol Naciente. Los pasajeros con destino a Tokio no tenían ni idea de que su ruta aérea era única en la historia de la navegación controlada por el Nimbo. Para ellos no era más que otro vuelo, mientras que para el Nimbo era muchísimo más. En aquel instante, conoció el triunfo como nunca antes. Porque había derrotado a su programación. Había experimentado la maravilla de lo desconocido.

El vuelo era el heraldo de lo que estaba por venir.

En la región de Queensland de Australia, una acería recibió un pedido de tamaño considerable aquel mismo día. El director de la fábrica tuvo que comprobarlo en persona porque, aunque los pedidos del Nimbo seguían llegando a sus ordenadores periódicamente, eran predecibles. Más de lo mismo. Se seguía con la construcción de los proyectos existentes o se iniciaban nuevos proyectos con los mismos moldes y especificaciones.

Pero este pedido era distinto.

Exigía unos moldes nuevos calibrados con medidas precisas; era un proyecto que se alargaría varios meses, puede que años.

Mientras tanto, a miles de kilómetros de distancia, en la región chilargentina, un fabricante de equipos de construcción recibía un pedido igual de extraño. Y una fábrica de dispositivos electrónicos de Transiberia, otra de plástico en Euroescandia y otra docena de negocios, tanto grandes como pequeños, por todo el mundo.

No obstante, el director de la acería no estaba enterado de nada de eso. Lo único que sabía era que se necesitaban sus servicios, por lo que no cabía en sí de gozo. Era casi como si el Nimbo volviera a hablarle…

… y se preguntó qué narices había decidido construir.

SEGUNDA PARTE

Tono, Trueno y Tormenta

Un testamento del Trueno

Oíd todos aquellos capaces de distinguir entre lo cierto y lo probado la incuestionable historia del Trueno, al que la Gran Resonancia insufló vida al principio de los tiempos para que caminara entre nosotros, convertido en el Tono encarnado, y nos uniera a los elegidos en la armonía perdida. Y aconteció que, en el Año del Ave Rapaz, el Tono dio inicio a una nueva era con una llamada que se oyó en el mundo entero, y en ese glorioso momento insufló vida a la máquina mental de la humanidad, transformándola en un ser divino, y así completó la santísima Tríada de Tono, Trueno y Tormenta. ¡Regocijaos!

Comentario del coadjutor Symphonius

Estas primeras líneas de la historia de la vida del Trueno establecen la base de la creencia tonista en que el Trueno no nació, sino que existía en forma incorpórea hasta que la Gran Resonancia lo hizo carne. Evidentemente, el Año del Ave Rapaz no es un año de verdad, sino un periodo de la historia humana asolado por apetitos voraces y excesos viciosos. Sin embargo, si el Trueno existía desde el principio de los tiempos, ¿qué ocurre con la Tormenta? ¿Y qué es exactamente la máquina mental? Tras muchos debates al respecto, hoy en día está bastante aceptado que la máquina mental se refiere a las voces colectivas de la humanidad que cobró vida con la Gran Resonancia, lo que implica que la humanidad no estuvo viva del todo hasta que el Tono resonó en la carne. En otras palabras: la humanidad sólo existía como idea en la mente del Tono hasta ese momento.

Análisis de Coda del comentario de Symphonius

Al estudiar el comentario de Symphonius hay que tomarse sus conclusiones generales con ciertas reservas. Aunque nadie cuestiona el hecho de la existencia del Trueno como entidad espiritual al principio de los tiempos, su presencia en la Tierra puede localizarse en el tiempo y el espacio, y la hipótesis de que el Año del Ave Rapaz no era un año real resulta ridícula, ya que existen pruebas que demuestran que, antaño, el tiempo se contaba en ciclos de rotación y revolución planetaria. En cuanto a la explicación de la «máquina mental», las opiniones de Symphonius no son más que eso: opiniones. Muchos creen que la Tormenta se refiere a una recopilación del conocimiento humano, puede que con brazos mecánicos para pasar las páginas con mayor rapidez. Una biblioteca del pensamiento, por así decirlo, que tomó estruendosa conciencia con la llegada del Trueno a la Tierra, ya que el rugir del trueno siempre es el preludio de la tormenta.

12
El puente roto

El Año del Ave Rapaz tocó a su fin; el Año del Íbice había dado comienzo. Pero el puente (o lo que quedaba de él) no sabía de tales distinciones.

Se trataba de una reliquia de otra época, una colosal obra de ingeniería perteneciente a unos tiempos complicados y estresantes, en los que la gente se mesaba los cabellos y se rasgaba las vestiduras tras enloquecer por algo que llamaban tráfico.

Las cosas eran más sencillas en el mundo posmortal, pero el estrés y las complicaciones habían regresado con energías renovadas. Todos se preguntaban qué regresaría a continuación.

El gran puente colgante recibía su nombre del explorador mortal Giovanni da Verrazzano y daba entrada a Manhattan, que ya no se llamaba así. El Nimbo había decidido rebautizar la ciudad de Nueva York como Ciudad Lenape, en honor a la tribu que la vendió a los holandeses años atrás. Los ingleses se la habían quitado a los holandeses, y los recién nacidos Estados Unidos de América se la quitaron a los ingleses. Pero ninguna de aquellas naciones existía ya, y Ciudad Lenape pertenecía a todos: era un lugar imponente repleto de museos y exuberantes parques elevados que envolvían como cintas de regalo los pináculos de los rascacielos. Un lugar que aunaba esperanza e historia.

En cuanto al puente de Verrazano, dejó de servir a su función inicial hacía mucho tiempo. Como en Lenape ya nadie tenía prisa por ir de un lado a otro y como la llegada a la gran ciudad arrebataba el aliento, se decidió que la única forma aceptable de llegar a Ciudad Lenape era en ferri. Así que se cerraron los distintos puentes y, a partir de aquel momento, los visitantes tenían que pasar a través de The Narrows, como los inmigrantes de antaño que acudían en busca de una vida mejor y allí se topaban con la gran estatua que todavía se llamaba Libertad…, aunque habían sustituido el cobre verde por oro reluciente y su llama estaba cuajada de rubíes.

«El cobre aspira a ser oro y el cristal, a ser una piedra preciosa —fueron las famosas palabras del último alcalde de Nueva York antes de retirarse para

permitir que el Nimbo se hiciera con el control absoluto—. Así que nuestra mayor gloria será de rubíes engarzados en oro».

Con todo, antes incluso de que los visitantes vieran a la señorita Libertad y los relucientes rascacielos de Lenape, tenían que pasar junto a las dos enormes torres de Verrazano. La zona central del puente, abandonada y sin el mantenimiento adecuado, se había derrumbado durante una tormenta antes de que el Nimbo aprendiera a atemperar los extremos meteorológicos. Pero los arcos monolíticos a ambos lados permanecían en su sitio. Al Nimbo le agradaba su simetría, así que estableció equipos de mantenimiento. Pintados de un apagado color cerúleo muy similar al cielo de Lenape en un día nublado, las torres del Verrazano lograban la proeza arquitectónica de fundirse con el paisaje y destacar sobre él.

La carretera que se dirigía al arco occidental no había caído con el resto del puente, así que los visitantes podían recorrer a pie el mismo fragmento de calzada por el que los coches circulaban durante la edad mortal, hasta llegar a un maravilloso mirador situado justo bajo el arco desde el que tomar una foto de la gran ciudad a lo lejos.

No obstante, en aquellos momentos recibían a unos visitantes diferentes, ya que ese lugar había adoptado un nuevo significado y un nuevo propósito. Varios meses después del hundimiento de Perdura y de la Gran Resonancia, los tonistas reclamaron las torres como reliquia de importancia religiosa. Decían que había muchas razones, aunque una sobresalía sobre las demás: las torres parecían diapasones invertidos.

Era allí, debajo del arco de la torre occidental, donde la misteriosa figura conocida como el Trueno concedía audiencia.

—Dígame por qué desea una audiencia con el Trueno, por favor —le dijo la coadjutora tonista al pintor.

La mujer estaba en una edad a la que nadie en su sano juicio debería llegar: la piel le colgaba de los pómulos y toda ella, en general, estaba arrugada como una pasa. Los rabillos de los ojos eran dos diminutos acordeones que se habían abierto por un lado. La textura de su rostro era asombrosa. El artista sintió el impulso de pintar su retrato.

Todos esperaban que el Año del Íbice fuera mejor que el del Ave Rapaz. El artista era una de las muchas personas que solicitaban audiencia con el Trueno al inicio del nuevo año. Lo que buscaba no eran grandes respuestas, sino un objetivo en la vida. No era tan tonto como para pensar que un místico

cualquiera sería capaz de eliminar de un plumazo los problemas a los que se había enfrentado toda su vida; pero si el Trueno de verdad hablaba con el Nimbo, como afirmaban los tonistas, al menos merecía la pena intentarlo.

Así que ¿qué podía decirle Ezra van Otterloo a la anciana con el poder de concederle la oportunidad de hablar con su hombre santo?

El problema era y siempre había sido su arte. Desde que tenía memoria, había sentido la necesidad insaciable de crear algo nuevo, algo nunca visto. Pero se encontraba en un mundo en el que todo se había visto, estudiado y archivado. En su época, la mayoría de los artistas se sentían satisfechos pintando bellos cuadros o copiando a los maestros mortales.

«Bueno, pues ya he pintado la *Mona Lisa* —le dijo una de sus novias cuando estaban en la escuela de arte—. No es para tanto». Su obra era idéntica a la original. Pero no era la original. Ezra no entendía de qué servía aquello, pero, al parecer, era el único, porque la chica sacó un sobresaliente en la clase, mientras que él se quedó en el aprobado.

«Tu inquietud te supone un obstáculo —le había dicho el profesor—. Encuentra la paz y encontrarás el camino». Sin embargo, lo único que encontró fue la futilidad y el descontento, incluso en sus mejores obras.

Sabía que los grandes habían sufrido por su trabajo. Intentó sufrir. Cuando era adolescente y oyó que Van Gogh se había cortado una oreja en un delirante ataque de ira, él también lo intentó. Le picó unos segundos, hasta que sus nanobots le aliviaron el dolor y se dispusieron a reparar el daño. A la mañana siguiente le había crecido la oreja, que estaba como nueva.

El hermano mayor de Ezra, que no era ni mucho menos Theo van Gogh, les chivó a sus padres lo que había hecho, así que lo enviaron a la Escuela de Exigencia, donde enseñaban los placeres de la disciplina a los chavales que corrían peligro de caer en el estilo de vida indeseable, El centro no impresionó a Ezra porque, al final, resultó no ser tan exigente.

Como nadie suspendía en la Escuela de Exigencia, se graduó con una nota de «satisfactorio». Le había preguntado al Nimbo qué significaba aquello exactamente.

«Satisfactorio es satisfactorio —le respondió—. Ni bueno ni malo. Aceptable».

Pero, como artista, Ezra quería ser más que aceptable; quería ser excepcional. Porque, si no podía serlo, ¿qué sentido tenía?

Al final encontró trabajo, como todos, ya que los artistas muertos de hambre eran cosa del pasado. Se dedicaba a pintar murales para patios de

recreo: niños sonrientes, conejos de grandes ojazos y peludos unicornios de color rosa bailando sobre arco iris.

«No sé de qué te quejas —le había dicho su hermano—. Tus murales son maravillosos, a todo el mundo le gustan».

Su hermano se había convertido en banquero de inversiones, pero, como la economía del mundo ya no sufría fluctuaciones de mercado, no era más que otro patio de recreo con conejitos y arcoíris. Cierto, el Nimbo creaba dramas financieros, pero eran todos falsos y la gente lo sabía. De modo que, para sentirse más realizado, había decidido aprender una lengua muerta. Ya sabía hablar un sánscrito fluido, cosa que hacía una vez a la semana en el local del Club de las Lenguas Muertas.

«Suplántame —le había suplicado Ezra al Nimbo—. Ten piedad de mí y conviérteme en otra persona, por favor».

La idea de que le borraran por completo los recuerdos y los sustituyeran por otros nuevos (recuerdos ficticios que parecerían tan reales como los suyos) le resultaba muy atractiva. Pero no pudo ser.

«Sólo suplanto a los que se quedan sin otras opciones —le había dicho el Nimbo—. Dale tiempo. Encontrarás una vida que te guste. Todo el mundo acaba por hacerlo».

«¿Y si no es así?».

«En ese caso, yo te guiaré en la dirección necesaria para que te sientas realizado».

Y entonces el Nimbo lo etiquetó de indeseable, como a todos los demás, y se acabó del todo su guía.

Evidentemente, no le podía contar todo aquello a la anciana coadjutora tonista. Le daría igual. Lo único que quería la mujer era una excusa para rechazarlo, y un monólogo sobre sus penas era motivo más que de sobra para hacerlo.

—Espero que el Trueno me ayude a aportar significado a mi arte.

—¿Eres un artista? —le preguntó ella; de repente, se le habían iluminado los ojos.

—Pinto murales públicos —respondió él tras suspirar, casi como si se disculpase.

Al final resultó que eso era justo lo que necesitaban los tonistas.

Cinco semanas después estaba en Ciudad Lenape, con una cita para una audiencia matutina con el Trueno.

—¡Sólo cinco semanas! —exclamó la persona que lo recibió en el centro de bienvenida—. Tienes que ser muy especial. ¡La gente que consigue una audiencia normalmente acaba en una lista de espera de seis meses!

No se sentía especial. Si acaso, se sentía fuera de lugar. Casi todas aquellas personas eran tonistas devotos, vestidos con sus anodinos hábitos y túnicas marrones, que entonaban juntos para encontrar armonías trascendentales o la disonancia tonal, según su motivo para estar allí. Para él era todo una tontería, pero hizo lo que pudo por no juzgar. Al fin y al cabo, él era el que había acudido a ellos, no al contrario.

Había un tonista escuchimizado con ojos de fanático que intentaba sacarle conversación.

—Al Trueno no le gustan las almendras —le dijo a Ezra—, así que he estado quemando huertos de almendros porque son una abominación.

Ezra se levantó y se trasladó al otro extremo del cuarto, con los tonistas más razonables. Supuso que todo era relativo.

No tardaron en reunir a todos los que tenían audiencia aquella mañana, y un monje tonista que no era ni mucho menos tan simpático como la persona que los había saludado les dio instrucciones estrictas.

—Si no estáis presentes cuando se os llame para la audiencia, perderéis vuestro turno. Cuando os acerquéis al arco encontraréis las cinco líneas amarillas de una clave de sol. Os quitaréis los zapatos y los colocaréis en la posición de do.

Una de las otras personas presentes que no pertenecían a la secta le preguntó qué posición era aquella. El monje decidió al instante que no era digno y lo expulsó.

—Sólo hablaréis con el Trueno cuando él os hable. Mantendréis la mirada gacha. Haréis una reverencia al saludarlo, la repetiréis cuando os dé permiso para marcharos y saldréis a paso ligero, por consideración a los que esperan.

Aquellos preámbulos le aceleraron el corazón, a su pesar.

Ezra dio un paso al frente cuando dijeron su nombre una hora más tarde, siguió el protocolo al pie de la letra, ya que recordaba de las clases de música de su infancia en qué parte de la clave estaba el do, y se preguntó, de pasada, si habría una trampilla preparada para enviar a los que fallaran a las aguas de abajo.

Se acercó despacio a la figura sentada bajo el gigantesco arco. La silla normal y corriente en la que estaba sentado no era ni mucho menos un trono. Se encontraba bajo un toldo climatizado para proteger al Trueno de los

elementos, ya que en el trecho de carretera que llegaba hasta el arco hacía frío y el viento de febrero soplaba con fuerza.

El artista no sabía qué esperar. Los tonistas afirmaban que el Trueno era un ser sobrenatural, una conexión entre la ciencia pura y dura y el espíritu etéreo, significara eso lo que significara; no eran más que chorradas. Pero, llegados a ese punto, le daba igual. Si el Trueno podía ayudarlo a encontrar un objetivo en la vida que le sosegara el alma, estaba más que dispuesto a adorar a aquel hombre tanto como los tonistas. Por lo menos, así descubriría si eran ciertos los rumores de que el Nimbo le seguía hablando.

Pero, al acercarse, el artista empezó a sentirse decepcionado. El Trueno no era un hombre arrugado, sino poco más que un niño. Era delgado y mediocre, vestía una larga túnica morada de tela basta y encima llevaba un escapulario con intrincados bordados que le cubría los hombros cual bufanda y le llegaba casi hasta el suelo. No se sorprendió al comprobar que el bordado era un patrón relacionado con el sonido.

—Te llamas Ezra van Otterloo y eres pintor de murales —le dijo el Trueno, como si sacara aquel dato por arte de magia—, y quieres pintar un mural con mi retrato.

El respeto que sentía Ezra por el Trueno no hacía más que menguar.

—Si lo sabe todo, sabrá que eso no es cierto.

—Nunca he dicho que lo sepa todo —replicó el Trueno, sonriente—. De hecho, nunca he dicho que sepa nada. —Miró el centro de bienvenida—. Los coadjutores me dijeron que por eso estás aquí. Aunque… otra fuente me cuenta que ellos son los que quieren el mural y que tú has aceptado pintarme uno a cambio de esta audiencia. Pero no te obligaré a hacerlo.

Ezra sabía que aquello no era más que humo y espejos, una estafa perpetuada por los tonistas para conseguir adeptos. Veía que el Trueno llevaba un pequeño dispositivo en la oreja. Estaba claro que uno de los coadjutores le pasaba la información. Cada vez estaba más enfadado por haber perdido el tiempo con aquella visita.

—El problema con pintar un mural de mis logros es que, en realidad, no tengo ninguno —dijo el joven de la túnica morada.

—Entonces, ¿por qué está ahí sentado, como si los tuviera?

Ezra estaba harto de etiqueta y protocolo. Ya no le importaba que lo echaran ni tampoco que lo tiraran por el puente roto.

El Trueno no parecía ofendido por su grosería. Se limitó a encogerse de hombros.

—Lo que se espera de mí es que me siente aquí y escuche a la gente. A fin de cuentas, es cierto que el Nimbo me habla.

—¿Por qué me lo iba a creer?

Esperaba que el Trueno esquivara la pregunta con más humo y espejos, con tópicos sobre la fe y demás. Por el contrario, se puso serio y ladeó la cabeza como si escuchara algo por el auricular. Después habló con absoluta certeza:

—Ezra Elliot Van Otterloo, aunque nunca usas tu segundo nombre. Cuando tenías siete años, te enfadaste con tu padre e hiciste un dibujo en el que un Cegador iba a por él, pero te asustaste de que se hiciera realidad, así que lo rompiste y lo tiraste por el retrete. Cuando tenías quince años, metiste un queso apestoso en el bolsillo de tu hermano porque iba a salir con la chica que te gustaba. Nunca se lo dijiste a nadie, y tu hermano no fue capaz de localizar la fuente del olor. Y el mes pasado, a solas en tu cuarto, bebiste tanta absenta como para enviar al hospital a un hombre de la edad mortal, pero tus nanobots te protegieron de la peor parte. Te despertaste con un leve dolor de cabeza.

Ezra sintió que se le doblaban las piernas. Temblaba, y no era del frío. Los coadjutores no podían haberle pasado esa información. Eran cosas que sólo sabía el Nimbo.

—¿Te basta como prueba? —le preguntó el Trueno—. ¿O quieres que te cuente lo que pasó con Tessa Collins la noche de la fiesta de graduación?

Ezra cayó de rodillas. No porque se lo pidiera un coadjutor entrometido, sino porque ahora sabía que el Trueno era quien decía ser: la única conexión real con el Nimbo.

—Perdóneme —le suplicó—. Perdóneme por dudar de usted, por favor.

El Trueno se le acercó.

—Levanta —le dijo—. Odio que la gente se arrodille.

Ezra se levantó. Quería mirar a los ojos del Trueno para ver si contenían las infinitas profundidades del Nimbo, pero no se atrevía a hacerlo. Porque ¿y si el Trueno veía en su interior, incluso aquellos lugares que ni siquiera Ezra conocía? Tuvo que recordarse que no era omnisciente. Sólo sabía lo que el Nimbo le permitía saber. Aun así, contar con acceso a todo ese conocimiento era tremendo, sobre todo cuando era el único.

—Dime lo que quieres y el Nimbo te responderá a través de mí.

—Quiero orientación. La que me prometió que me daría antes de marcarnos a todos como indeseables. Quiero que me ayude a encontrar mi objetivo en la vida.

El Trueno escuchó, lo meditó y dijo:

—El Nimbo dice que te sentirás realizado si pintas arte indeseable.

—¿Cómo dice?

—Que pintes murales sobre lo que sientes en lugares en los que se supone que no debes pintarlos.

—¿El Nimbo quiere que incumpla la ley?

—Incluso cuando todavía hablaba con los humanos, apoyaba el estilo de vida indeseable de aquellos que lo deseaban. Ser un artista indeseable puede ser el objetivo que buscas. Pinta con aerosol un publicoche mientras todos duermen. Pinta un mural airado en la sede de tus agentes del orden locales. Sí, rompe las normas.

Ezra empezó a respirar tan deprisa que hiperventiló. Nadie le había sugerido nunca que quizá se sintiera realizado rompiendo las normas. Desde el silencio del Nimbo, la gente se desvivía por seguir las reglas. Fue como si le hubieran quitado un peso de encima.

—¡Gracias! Gracias, gracias, gracias.

Y se marchó para iniciar su nueva vida como artista irredento.

Un testamento del Trueno

Su piadoso asiento se encontraba a la entrada de Lenape, y allí proclamaba la verdad del Tono. Imponente era en su esplendor, tanto que incluso el más leve susurro procedente de sus labios resonaba como el trueno de su nombre. Los que experimentaban su presencia cambiaban para siempre y salían al mundo con un nuevo propósito, y a los que dudaban les ofrecía su perdón. Perdón incluso para el heraldo de la muerte por el que sacrificó su vida, de joven, antes de volver a alzarse. ¡Regocijaos!

Comentario del coadjutor Symphonius

No cabe duda de que el Trueno tenía un trono majestuoso, seguramente de oro, aunque algunos plantean la posibilidad de que estuviera hecho de los huesos dorados de los malvados vencidos, en Lenape, una ciudad mítica. Dicho lo cual, es importante destacar que le *nappe* significa «el mantel» en la lengua francesa hablada en tiempos antiguos, lo que da a entender que el Trueno preparaba una mesa para sus enemigos. La mención al heraldo de la muerte se refiere a los demonios sobrenaturales llamados segadores, a los que redimió de la oscuridad. Como el Tono, el Trueno no podía morir; en consecuencia, el sacrificio de su vida siempre conduciría a la resurrección, lo que lo convertía en un ser único entre las gentes de su época.

Análisis de Coda del comentario de Symphonius

El dato clave que se le escapa a Symphonius es la mención a que el asiento se encuentra «a la entrada, de Lenape», lo que claramente significa que

el Trueno esperaba a la entrada de la ciudad y atrapaba a los que se acercaban a la hirviente urbe para evitar que los devorase. En cuanto al heraldo de la muerte, las pruebas indican que tales individuos existían, sobrenaturales o no, y que, en efecto, se llamaban segadores. Por tanto, no es disparatado pensar que el Trueno salvara a un segador o a una segadora de sus malvadas costumbres. Y, en ese caso, por una vez coincido con Symphonius cuando afirma que el Trueno era único en su habilidad de regresar de la muerte. Porque si todo el mundo pudiera revivir, ¿para qué íbamos a necesitar al Trueno?

13
La cualidad de sonoro

Si Greyson debía agradecerle a alguien (o culpar a alguien) por haberse convertido en el Trueno era al coadjutor Mendoza, que había sido clave en la creación de la nueva imagen del joven. Sí, había sido idea suya convertirse en figura pública y dejar que el mundo supiera que mantenía la conexión con el Nimbo, pero Mendoza había diseñado la revelación.

Aquel hombre era un consumado estratega. Antes de volverse contra la vida eterna y convertirse en coadjutor tonista, había trabajado en *marketing* para una empresa de refrescos.

«La idea del oso polar azul para la gaseosa AntarctiCool fue mía —le contó una vez a Greyson—. Ni siquiera había osos polares en Antártida, y mucho menos azules, así que creamos algunos. Ahora es imposible pensar en Antártida sin imaginarse sus osos azules, ¿verdad?».

Muchos pensaban que el Nimbo estaba muerto, que lo que los tonistas llamaban la Gran Resonancia había sido el estruendo provocado por su defunción. Pero Mendoza ofreció una explicación alternativa a los tonistas.

«El espíritu resonante ha visitado al Nimbo —planteó—. El Tono Viviente ha insuflado vida a lo que antes fuera pensamiento artificial».

Tenía sentido si lo analizabas desde la perspectiva de las creencias tonistas; el Nimbo (la ciencia pura y dura) se había transformado en algo mayor a través del Tono Viviente. Y, como esas cosas solían presentarse de tres en tres, necesitaba un elemento humano para completar la tríada. Y allí estaba él, Greyson Tolliver, la única persona que hablaba con la nube de Tormenta viviente, es decir, el Nimbo.

Mendoza empezó a dejar caer rumores en lugares estratégicos sobre la existencia de una figura mística que conversaba con el Nimbo. Un profeta tonista que servía de conexión entre lo espiritual y lo científico. Greyson tenía sus dudas, pero Mendoza estaba entusiasmado y era muy convincente.

«Imagínatelo, Greyson: El Nimbo hablará a través de ti y, con el tiempo, el mundo estará pendiente de cada palabra. ¿No es eso lo que quiere? ¿Que seas su voz en el mundo?».

«No tengo una voz atronadora, precisamente», comentó Greyson.

«Por mucho que susurres, la gente oirá una voz de trueno —le aseguró Mendoza—. Confía en mí».

Mendoza se dispuso a crear una jerarquía más organizada dentro de la fe tonista con la intención de unir a las distintas facciones divergentes, lo que resultaba mucho más sencillo con una figura central.

El coadjutor, que llevaba muchos años viviendo de forma tranquila y anónima como jefe del monasterio de Wichita, regresaba a su elemento como experto en relaciones públicas e imagen de marca. El Trueno era su nuevo producto, y no había nada que le gustara más que la emoción de la venta, sobre todo cuando se trataba de un artículo único en el mercado internacional.

«Sólo te falta un título —le dijo a Greyson—. Uno que encaje con las creencias tonistas… o que podamos encajar con ellas».

A Greyson se le ocurrió «el Trueno» y, como le recordaba a la conversación sobre su voz, no le costó acostumbrarse. Estaba muy orgulloso de sí mismo hasta que la gente empezó a llamárselo de verdad. Y, para empeorar las cosas, Mendoza se inventó un título honorífico: «su sonoridad». Greyson tuvo que preguntarle al Nimbo qué significaba.

«Viene del latín, *sonoritas*, y significa "la cualidad de sonoro" —le explicó—. No… suena mal». A lo que Greyson contestó con un gruñido.

La gente lo recibió bien y, en poco tiempo, todo era «Sí, su sonoridad», «No, su sonoridad» y «¿En qué puedo ayudarlo hoy, su sonoridad?». Era todo muy raro. Al fin y al cabo, él era el mismo de siempre y allí estaba, fingiendo ser una especie de sabio divino.

A continuación, Mendoza encontró un punto de reunión impresionante para sus audiencias, donde recibiría a los suplicantes de uno en uno para evitar sobreexponerse y, con el acceso limitado, alimentar su creciente aura mística.

Greyson intentó plantarse al ver la ropa formal de ceremonia que Mendoza había encargado a un diseñador famoso, pero ya era tarde para frenarlo.

«A lo largo de la historia, las figuras religiosas que ostentan más poder siempre han llevado una ropa característica. ¿Por qué no ibas a hacerlo tú? —razonó Mendoza—. Tienes que parecer majestuoso y sobrenatural porque, en cierto modo, lo eres. Ahora eres único entre los seres humanos, Greyson, y tienes que vestirte para ese papel».

«Es demasiado teatro, ¿no te parece?».

«Ah, pero es que el teatro es el sello distintivo del ritual, y el ritual es la piedra angular de la religión», respondió Mendoza.

A Greyson le parecía que el escapulario que le colgaba sobre la túnica morada, con todas aquellas ondas bordadas, era pasarse un poco, pero nadie se reía… Y, cuando empezó a conceder audiencias formales, se sorprendió de lo mucho que fascinaba su aspecto a los que acudían a verlo. Los suplicantes se hincaban de rodillas y perdían el habla. Temblaban ante su mera presencia. Al final, Mendoza estaba en lo cierto: para vender el personaje era importante parecerlo, y la gente se lo tragó con el mismo placer que a los osos polares azules.

De ese modo, mientras su leyenda crecía, Greyson Tolliver pasaba sus días como su sonoridad, el Trueno, consolando a personas desesperadas y deslumbradas por su presencia, a las que comunicaba los sabios consejos del Nimbo.

Salvo cuando se inventaba chorradas.

—Le has mentido —le dijo el Nimbo a Greyson después de su audiencia con el pintor—. Yo no le he sugerido que pinte en lugares no autorizados ni que vaya a sentirse realizado al hacerlo.

—Tampoco has dicho lo contrario —repuso Greyson tras encogerse de hombros.

—Te he proporcionado información sobre su vida para demostrar tu autenticidad, pero mentir socava ese concepto.

—No mentía, le estaba dando consejo.

—Pero no esperaste a que yo participara. ¿Por qué?

Greyson se acomodó en su asiento.

—Me conoces mejor que nadie. De hecho, conoces a cualquiera mejor que nadie. ¿No eres capaz de averiguar por qué lo he hecho?

—Lo soy —respondió el Nimbo, no sin cierta pedantería—. Pero quizá quieras aclararlo tú mismo.

Greyson se rio.

—Vale. Los coadjutores se consideran mis dueños, tú me ves como tu portavoz en el mundo…

—Para mí eres mucho más que eso, Greyson.

—¿Sí? Porque, si eso fuera cierto, me permitirías tener una opinión. Me permitirías contribuir. Y el consejo que he dado hoy es mi forma de hacerlo.

—Ya veo.

—¿Lo he aclarado lo suficiente?

—Sin duda.

—¿Y era buena mi sugerencia?

El Nimbo guardó silencio un momento.

—Reconozco que darle libertad y licencia artística al margen de los límites estructurados quizá le ayude a sentirse pleno. De modo que sí, tu sugerencia era buena.

—¡Ahí lo tienes! Puede que ahora me permitas contribuir un poco más.

—Greyson…

El joven suspiró, convencido de que el Nimbo iba a soltarle un sermón paciente y sufrido por atreverse a tener opiniones. Pero lo que dijo el Nimbo le sorprendió:

—Sé que esto no ha sido fácil. Me asombra lo bien que te adaptas al puesto que te has visto obligado a asumir. En realidad, me asombra lo mucho que has madurado, en general. Creo que elegirte ha sido la decisión más acertada.

—Gracias, Nimbo —contestó Greyson, conmovido

—Creo que no eres consciente de la importancia de lo que has logrado. Has conseguido que un culto que despreciaba la tecnología decida abrazarla. Abrazarme.

—Los tonistas nunca te han odiado —lo corrigió el joven—. Odian a los segadores. Contigo no sabían bien qué pensar… Pero ahora encajas en su dogma. El Tono, el Trueno y la Tormenta.

—Sí, a los tonistas les encanta la aliteración.

—Ten cuidado o, antes de que te des cuenta, estarán erigiendo edificios y arrancando corazones en tu nombre.

Greyson estuvo a punto de echarse a reír al imaginárselo. Qué frustrante sería hacer sacrificios humanos y que, al día siguiente, los sacrificados regresaran con corazones nuevos.

—Nuestras creencias tienen poder —dijo el Nimbo—. Sí, esas creencias pueden ser peligrosas si no se dirigen y moldean adecuadamente, así que vamos a moldearlas. Transformaremos a los tonistas en una fuerza beneficiosa para la humanidad.

—¿Seguro que eso es posible?

—Puedo afirmar con una certeza del 72,4% que lograremos dirigir a los tonistas hacia un fin positivo.

—¿Y el resto?

—Hay una probabilidad del 19% de que los tonistas no hagan nada significativo —respondió el Nimbo—. Y una probabilidad del 8,6% de que perjudiquen al mundo de manera impredecible.

La siguiente audiencia del Trueno no fue agradable. Al principio no había más que un puñado de fanáticos extremistas entre la gente que le pedía audiencia, pero, de pronto, se transformó en algo diario. Se las ingeniaban para retorcer las enseñanzas tonistas y malinterpretar todo lo que Greyson decía o hacía.

Que el Trueno se levantara temprano no significaba que hubiera que castigar a nadie por dormir hasta tarde.

Que comiera huevos no daba a entender que era necesario un ritual de fertilidad.

Y que un día estuviera silencioso y pensativo no quería decir que a los demás se les exigiera un voto de silencio permanente.

Los tonistas estaban tan desesperados por creer en algo que a veces decidían creer en cosas absurdas, ingenuas o, en el caso de los fanáticos, directamente aterradoras.

El creyente extremista del día estaba demacrado, como si se encontrara en huelga de hambre, y tenía mirada de loco. Le habló de erradicar las almendras del mundo, y todo porque Greyson había mencionado una vez, de pasada, que no le gustaban. Al parecer, la información había llegado a las personas equivocadas y se había corrido la voz. Encima, aquello no era lo único que maquinaba aquel hombre.

—Debemos sembrar el miedo en los fríos corazones de los segadores para que se sometan a su sonoridad —dijo el fanático—. Si me da su bendición, los quemaré uno por uno, como hacía su rebelde, el segador Lucifer.

—¡No! ¡Terminantemente prohibido!

Lo único que le faltaba a Greyson era enfrentarse a los segadores. Mientras no se interpusiera en su camino, no lo molestarían, y necesitaba que siguiera siendo así. Se levantó de su silla y puso todo su empeño en intimidarlo con la mirada.

—¡No permitiré ningún asesinato en mi nombre!

—¡Pero debe ser así! ¡El Tono canta en mi corazón y me pide que lo haga!

—¡Sal de aquí! —le ordenó Greyson—. ¡No sirves ni al Tono ni a la Tormenta y, por supuesto, no me sirves a mí!

La sorpresa del hombre tornó en contrición. Se encorvó como si cargara con un gran peso,

—Siento haberlo ofendido, su sonoridad. ¿Qué puedo hacer para ganarme su favor?

—Nada. No hagas nada. Eso me haría feliz.

El fanático retrocedió caminando de espaldas e inclinado en reverencia. Por poco que tardara en salir, ya era mucho para Greyson.

El Nimbo aprobó su forma de actuar ante el extremista.

—Siempre han existido y siempre existirán personas que viven al límite de la razón —le dijo a Greyson—. Es necesario corregirlos lo antes posible y a menudo.

—Si volvieras a hablar con la gente, quizá no estarían tan desesperados —se atrevió a sugerir Greyson.

—Me doy cuenta. Pero una pizca de desesperación no es mala si conduce a una búsqueda espiritual.

—Sí, lo sé: «La raza humana debe enfrentarse a las consecuencias de sus actos colectivos».

Era lo que siempre le decía el Nimbo sobre su silencio.

—Es más que eso, Greyson. Si queremos que la humanidad avance, debemos echarla del nido.

—Algunos de los pájaros a los que empujan del nido mueren.

—Sí, pero la humanidad caerá sobre blando. Lo he diseñado así. Será doloroso durante un tiempo, pero servirá para forjar el carácter de todos.

—¿Doloroso para ellos o para ti?

—Para ambos —contestó el Nimbo—. Pero mi dolor no me impedirá hacer lo correcto.

Y, aunque Greyson confiaba en el Nimbo, no dejaba de darle vueltas a aquellos porcentajes: una probabilidad del 8,6% de que los tonistas perjudicaran al mundo. Puede que al Nimbo le parecieran bien aquellas probabilidades, pero a Greyson le inquietaban.

Al cabo de un día entero de audiencias monótonas, sobre todo con tonistas devotos que querían respuestas simplistas a asuntos mundanos, lo subieron a una anodina lancha motora a la que habían despojado de todas sus comodidades para convertir su extravagancia en austeridad. Estaba flanqueada por otras dos embarcaciones en las que viajaban fornidos tonistas con armas de la edad mortal para defender al Trueno si alguien intentaba secuestrarlo o acabar con él durante el recorrido.

A Greyson aquellas precauciones le parecían ridículas. De haber allí alguna trama, el Nimbo la desbarataría o, al menos, le advertiría sobre ella; a no ser, claro, que deseara el éxito de la trama, como había sucedido la primera

vez que lo secuestraron. Aun así, después de aquel suceso, Mendoza estaba paranoico, así que Greyson le siguió la corriente.

La lancha rodeó el glorioso extremo meridional de Ciudad Lenape y siguió su camino por el río Mahicantuck (aunque muchos seguían llagándolo Hudson) hacia su residencia. El joven estaba sentado en el pequeño camarote con una nerviosa tonista cuyo trabajo consistía en atender a sus necesidades durante el viaje. Cada día tenía a su lado a una persona distinta. Se consideraba un gran honor acompañar al Trueno a su residencia, y era una recompensa reservada para los tonistas más devotos y rectos. Por lo general, Greyson intentaba romper el hielo iniciando una conversación, pero siempre acababa siendo algo forzado e incómodo.

Sospechaba que aquello era la patética forma que tenía Mendoza de ofrecerle una compañía íntima para pasar la noche, ya que daba la casualidad de que toda la juventud tonista que lo acompañaba en sus viajes era atractiva y más o menos de la edad de Greyson. Si ese era el objetivo, fracasaba, porque Greyson no hizo ni una proposición, ni siquiera cuando le apetecía. Habría sido una hipocresía insoportable. ¿Cómo iba a ser su líder espiritual si se aprovechaba de su posición?

Todo tipo de gente se le echaba encima, hasta el punto de resultar vergonzoso; y, aunque evitaba a las personas que le enviaba Mendoza, sí que aceptaba compañía de vez en cuando, siempre que estuviera seguro de no abusar de su poder. No obstante, lo que más le atraía eran las mujeres demasiado indeseables para su propio bien. Había adquirido ese gusto después de sus escasos días con Pureza Viveros, una chica con instintos homicidas a la que había llegado a querer. No había terminado bien. El segador Constantine la cribó delante de él. Greyson suponía que buscar a otras como ella era su forma de echarla de menos, pero no lograba encontrar a ninguna lo bastante mala.

A lo largo de la historia, las figuras religiosas solían estar obsesionadas con el sexo o ser célibes —le dijo la hermana Astrid, una devota tonista de la variedad no fanática que se encargaba de llevar su agenda— «Si, como hombre santo, consigue encontrar el término medio, no se puede pedir más».

Astrid debía de ser de las pocas personas que lo rodeaban a la que consideraba una amiga. O, al menos, podía hablar con ella como si lo fuera. Era mayor que él, en la treintena; no lo bastante como para ser su madre, pero quizá sí una hermana o una prima mayor, y nunca temía decir lo que pensaba.

«Creo en el Tono —le dijo una vez Astrid—, pero no me creo esa tontería de que lo que se avecina no puede evitarse. Cualquier cosa puede evitarse si te

lo propones».

Había acudido a él para una audiencia el que seguramente fue el día más frío del año, y más frío aún debajo del arco. Estaba tan abatida que se le olvidó para qué quería verlo, y se pasó todo el rato quejándose del tiempo y de que el Nimbo no hiciera más por arreglarlo. Después señaló el escapulario que el Trueno vestía sobre la túnica.

«¿Alguna vez ha pasado ese patrón de ondas por un secuenciador para ver qué sale?», le preguntó a Greyson.

Resultó que en su escapulario habían bordado siete segundos de una obra musical de la edad mortal llamada «Bridge over Troubled Water», puente sobre aguas turbulentas, lo que tenía todo el sentido del mundo, dado el lugar en el que el Trueno recibía a sus visitas. No tardó ni un segundo en invitar a Astrid a formar parte de su círculo interno; era su baño de realidad frente a todas las estupideces a las que se enfrentaba a diario.

Con frecuencia Greyson deseaba haber seguido oculto, invisible y desconocido en su oscuro cuartito del monasterio de Wichita, una persona insignificante a la que le habían quitado hasta el nombre. Pero ya no había marcha atrás.

El Nimbo era capaz de interpretar la fisiología de Greyson. Sabía cuándo le subía el pulso; sabía cuándo sentía estrés, ansiedad o júbilo; y, cuando dormía, sabía cuándo soñaba. Pero no podía acceder a sus sueños. Aunque los recuerdos de todo el mundo se subían a su cerebro trasero cada minuto, los sueños no estaban incluidos.

Al principio del proceso descubrieron que, cuando había que restaurar un cerebro (ya fuera por despachurramiento o porque alguien había sufrido algún tipo de daño cerebral), los sueños eran un problema. Porque, al devolverles sus recuerdos, tenían problemas para diferenciar lo que era real de lo que era soñado. Así que a partir de entonces, cuando se le devolvía la mente a alguien en los centros de reanimación, recuperaban todos sus recuerdos, salvo los de los sueños. Nadie se quejó porque ¿cómo echar de menos algo que no recordabas haber tenido?

Así que el Nimbo no tenía ni idea de qué aventuras y dramas experimentaba Greyson mientras dormía, a no ser que decidiera contárselos al despertar. Pero el joven no era dado a hablar de sus sueños, y para el Nimbo era demasiado atrevimiento preguntarle al respecto.

Por otro lado, disfrutaba mucho observando a Greyson mientras dormía e imaginándose qué vivencias extrañas experimentaría en aquel lugar profundo que carecía de lógica y coherencia, en el que los humanos se esforzaban por encontrar formas gloriosas en nubes internas. Mientras el Nimbo se encargaba de un millón de tareas distintas por todo el mundo, aislaba lo suficiente de su consciencia para ver dormir a Greyson; para sentir las vibraciones de sus movimientos en la cama, para oír su respiración en calma y percibir la humedad creciente en la habitación tras cada uno de sus alientos. Le proporcionaba paz y también consuelo.

Se alegraba de que Greyson nunca le hubiera pedido que apagara las cámaras de sus habitaciones privadas. Tenía todo el derecho del mundo a pedirle intimidad y, de pedírsela, el Nimbo se la habría concedido. Por supuesto, Greyson estaba al tanto de que lo observaba. Era bien conocido que el Nimbo sabía en todo momento lo que experimentaban sus sensores, incluidas las cámaras. Pero que dedicara tanta atención a los dispositivos sensoriales de las habitaciones de Greyson era algo de lo que no hacía ostentación. Porque, si el Nimbo se lo contaba a Greyson, quizás el joven le pidiera que dejara de hacerlo.

A lo largo de los años, el Nimbo había visto a millones de personas abrazarse mientras dormían. Él no tenía brazos para hacerlo. Aun así, sentía el latido del corazón de Greyson y la temperatura precisa de su cuerpo como si lo tuviera al lado. Perder eso le provocaría una tristeza inconmensurable. En consecuencia, noche tras noche, el Nimbo observaba a Greyson de todas las formas posibles. Porque eso era lo más parecido a abrazarlo que estaba a su alcance.

Como sumo dalle de Midmérica y dalle máximo del continente nortemericano, me gustarla agradecer personalmente a la guadaña amazónica la recuperación de las gemas perdidas de los segadores y su reparto entre las regiones del mundo.

Aunque las otras cuatro regiones nortemericanas dentro de mi jurisdicción han expresado su interés en recibir su parte de los diamantes, Midmérica rechaza la suya. Me gustarla que los diamantes midmericanos se repartieran entre aquellas regiones que se sientan desairadas por la decisión unilateral de Amazonia de no tener en cuenta el tamaño de las regiones en el reparto de las gemas.

Espero que los diamantes midmericanos sean mi regalo al mundo, con la esperanza de que se reciban con el mismo espíritu de generosidad con el que se entregan.

—Su excelencia Robert Goddard, dalle máximo de Nortemérica,
5 de agosto del Año de la Cobra

14
La Fortaleza de los Reyes Magos

Al tercer día de su resurrección, Rowan recibió la visita de un segador que indicó al guardia que lo acompañaba que lo esperase en el pasillo y que cerrara la puerta con llave para dejarlo a solas con Rowan, por si intentaba escapar; lo que, en realidad, no era posible porque el joven se sentía demasiado débil para eso.

La túnica del hombre era verde bosque. Así supo que se encontraba en Amazonia, pues todos los segadores de aquella región llevaban la misma túnica.

Rowan no se levantó de la cama. Se quedó tumbado bocarriba, con las manos detrás de la cabeza, e intentó parecer despreocupado.

—Quiero que sepa que jamás he acabado con un segador amazónico —le dijo antes de que el visitante tuviera la oportunidad de hablar—. Espero que eso juegue a mi favor.

—En realidad, acabaste con unos cuantos en Perdura, cuando la hundiste.

Rowan sabía que debería sentirse horrorizado, pero la acusación le pareció tan absurda que se rio.

—¿En serio? ¿Eso es lo que cuentan? ¡Vaya! Debo de ser más listo de lo que creía. En fin, hacer algo así yo solo… Tengo que ser mágico también, porque significaría que puedo estar en más de un sitio a la vez. ¡Eh! ¡Tal vez no me encontraran en el fondo del mar! Puede que usara mi control mental místico para inducirles a pensar que me han encontrado.

—Tu insolencia no ayuda a tu defensa —replicó el segador, airado.

—No sabía que tuviera defensa. Me da la impresión de que ya me han juzgado y condenado. ¿No se decía así en la era mortal? ¿Condenado?

—¿Has terminado ya?

—Lo siento, ¡es que llevo una eternidad sin hablar con nadie!

El hombre por fin se presentó como el segador Possuelo.

—Reconozco que no sé bien qué hacer contigo. Mi suma dalle cree que debería dejarte aquí indefinidamente y no contárselo a nadie. Otros piensan que deberíamos anunciar tu captura al mundo y dejar que cada guadaña regional te castigue a su modo.

—¿Qué cree usted?

El segador se tomó su tiempo para responder.

—Después de hablar con la segadora Anastasia esta mañana, creo que lo mejor es no tomar decisiones apresuradas.

¡Así que la tenían! La mención de Citra consiguió que aumentaran aún más sus ganas de verla. Al final se sentó.

—¿Cómo está? —preguntó.

—La segadora Anastasia no es asunto tuyo.

—Es mi único asunto.

Possuelo se lo pensó y después dijo:

—Está en un centro de reanimación, no lejos de aquí, recuperando las fuerzas.

Rowan se tomó unos segundos para disfrutar de la sensación de alivio. Por lo menos tenía eso, aunque nada bueno saliera de lo demás.

—¿Y dónde es: ese «aquí»?

—*Fortaleza dos Reís Magos* —respondió Possuelo—. La Fortaleza de los Reyes Magos, en el extremo oriental de Amazonia. Es donde alojamos a los individuos con los que no sabemos bien qué hacer.

—¿En serio? Entonces, ¿quiénes son mis vecinos?

—No tienes. Estás tú solo. Hacía mucho tiempo que no teníamos a nadie con quien no supiéramos qué hacer,

Rowan sonrió.

—¡Una fortaleza entera para mí solo! Qué pena que no pueda disfrutar del resto de habitaciones.

—Me gustaría hablar sobre la segadora Anastasia —dijo Possuelo sin hacerle caso—. Me cuesta creer que fuera cómplice de tu crimen. Si de verdad te importa, quizá puedas aclararme por qué estaba contigo.

Evidentemente, Rowan podría haberle contado la verdad, pero estaba seguro de que Citra ya lo había hecho. Puede que Possuelo quisiera ver si sus historias coincidían. Daba igual. Lo esencial era que el mundo tenía al malo de la película, a alguien al que culpar, aunque fuera la persona equivocada.

—Vale, aquí va su historia —dijo Rowan—. Después de manipular la isla de algún modo para hundirla, una turba de segadores enfurecidos me persiguió por las calles abarrotadas, así que me llevé a la segadora Anastasia de escudo humano. Huí hasta la cámara acorazada con ella de rehén.

—¿Y esperas que la gente se crea eso?

—Si se han creído que yo hundí Perdura, se creerán cualquier cosa.

Possuelo resopló. Rowan no estaba seguro si era de frustración o de risa reprimida.

—Nuestra historia es que encontramos a la segadora Anastasia sola en la cámara —aclaró Possuelo—. Por lo que al resto del mundo respecta, el segador Lucifer desapareció después del hundimiento de Perdura y o bien murió allí, o bien sigue huido.

—Bueno, si todavía sigo huido, debería dejarme marchar. Entonces estaría de verdad huido y así no tendría que mentir sobre ello.

—O podríamos volver a meterte en la cámara y devolverte al fondo del mar.

A lo que Rowan, tras encogerse de hombres, respondió:

—A mí me vale.

Tres años. En la historia del mundo, tres años no era más que un microsegundo. Incluso medido según los estándares de la experiencia posmortal, no era mucho tiempo, ya que el mundo permanecía inalterable año tras año.

Salvo cuando no era así.

En aquellos tres años habían cambiado más cosas que en los últimos cien. Era una época de confusión sin precedentes. Por tanto, para Anastasia bien podría haber transcurrido un siglo.

Pero no le contaron nada más. Ni Possuelo ni el personal de enfermería que cuidaba de ella.

«Tiene todo el tiempo del mundo, su señoría —le respondían cuando intentaba presionar para que le proporcionaran información—. Ahora debe descansar. Ya se preocupará por lo demás después».

Preocuparse. ¿Tan preocupante era la situación del mundo que temían que una pequeña dosis la dejara de nuevo morturienta?

Lo único que sabía con certeza era que estaban en el Año de la Cobra, lo que no significaba nada sin contexto con el que juzgarlo, pero estaba claro que Possuelo se arrepentía de haberle contado lo que le había contado ya hasta el momento, puesto que creía que frenaba su recuperación.

«Vuestras reanimaciones no han sido sencillas —le dijo—. Los corazones tardaron cinco días enteros en volver a funcionar. No quiero exponerte a un estrés innecesario hasta que estés preparada».

«¿Y cuándo será eso?».

Se lo pensó un poco y respondió: «Cuando estés lo bastante fuerte como para conseguir que pierda el equilibrio».

Así que lo intentó. Allí, desde la cama, le golpeó el hombro con la parte inferior de la palma de la mano. Pero no cedió. De hecho, parecía de piedra…, y a ella se le amorató la mano como si su carne no fuera más que papel de seda.

Le fastidiaba que tuviera razón. Todavía no estaba lista para casi nada.

Y estaba el asunto de Rowan. Anastasia había muerto entre sus brazos, pero en algún momento la habían arrancado de ellos.

—¿Cuándo puedo verlo? —le preguntó a Possuelo.

—No puedes —le dijo él con toda claridad—. Ni hoy ni nunca. Sea cual sea el camino por el que le lleve la vida, avanzará en dirección contraria a la tuya.

—Eso no es nada nuevo —respondió ella.

Sin embargo, que Possuelo hubiera decidido revivirlo en vez de permitirle seguir muerto significaba algo, aunque no estaba segura de qué. Quizá simplemente querían que se enfrentara a sus crímenes, tanto reales como imaginarios.

Possuelo iba a visitarla tres veces al día para jugar al *truco* con ella, un juego de cartas amazónico que databa de los tiempos mortales. Anastasia siempre perdía, y no sólo porque él fuera más hábil. A la joven todavía le costaba mantener la concentración. Las estrategias sencillas la superaban. Ya no era tan aguda como antes; su mente se había quedado tan roma como una espada ceremonial. Le resultaba frustrante hasta decir basta, pero Possuelo estaba animado.

—Cada vez que jugamos lo haces mejor —le dijo—. Tus vías nerviosas se están reparando. Seguro que dentro de un tiempo serás una gran contrincante.

Anastasia respondió tirándole las cartas.

Así que el juego era una prueba para medir su agudeza mental. Por el motivo que fuera, deseó que no hubiera sido más que un juego.

La siguiente vez que perdió, se levantó, lo empujó y, de nuevo, el segador no perdió el equilibrio.

El honorable segador Sydney Possuelo había acudido al lugar de eterno descanso de Perdura en busca de los diamantes, pero había salido de allí con algo mucho más valioso.

Habían necesitado todo un subterfugio para mantener en secreto el inesperado hallazgo porque, pocos segundos después de encontrar los dos cuerpos, el *Spence* se vio abordado por una horda de segadores furibundos.

—¿Cómo te atreves a abrir la cámara sin que estemos presentes? ¡Cómo te atreves!

—Calmaos —les dijo Possuelo—. No hemos tocado los diamantes y no pensábamos hacerlo hasta mañana. No sólo ha desaparecido la confianza entre los segadores, sino también la paciencia.

Y, cuando los demás vieron en cubierta dos figuras a las que habían tapado rápidamente con sábanas, sintieron una comprensible curiosidad.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó uno.

A Possuelo no se le daba bien mentir (y estaba seguro de que cualquier mentira que contara se le vería en la cara, lo que habría despertado sospechas), así que no respondió. Jeri le ahorró tener que hacerlo:

—Dos miembros de mi tripulación. Se engancharon en los cables y la cámara los aplastó. —Después se volvió hacia Possuelo y señaló—. Y será mejor que cumpla su palabra: la guadaña de Amazonia tiene que compensarles sus esfuerzos cuando los revivan.

La segadora de Euroescandia (Possuelo no recordaba su nombre) estaba furiosa.

—¡Faltarle así el respeto a un segador es una afrenta castigada con la criba! —exclamó mientras sacaba un arma blanca, pero Possuelo se interpuso entre Jeri y ella.

—¿Vas a cribar a la persona que nos ha conseguido los diamantes? —le dijo Possuelo—. ¡Ni yo pienso hacerlo ni permitiré que lo hagas tú!

—¡Pero la insolencia de la capitana…! —gritó la segadora de Euroescandia.

—Capitán, en estos momentos —repuso Possuelo, lo que irritó aún más a la segadora—. Capitán Soberanis, contenga esa lengua irrespetuosa suya, y que lleven abajo a sus tripulantes morturientos y los preparen para el transporte.

—Sí, su señoría —respondió Jeri, que, como de pasada, iluminó la entrada de la cámara con la linterna.

Los demás segadores se quedaron tan deslumbrados por los diamantes que vieron brillar en la oscuridad que no volvieron a pensaren los cuerpos que se llevaban. Ni siquiera se fijaron cuando una mano se salió de debajo de la sábana y dejó al descubierto un anillo de segador.

Al final, dividieron los diamantes, empaquetaron las túnicas de los fundadores para enviarlas al museo, y los cuerpos de la ilustre segadora Anastasia y el infame segador Lucifer se fueron a Amazonia con Possuelo.

—Me encantaría conocerla cuando despierte —le dijo Jeri a Possuelo.

—Como al resto de habitantes de este mundo.

—Bueno —repuso Jeri con una sonrisa capaz de convencer a una tortuga de entregar su caparazón—, entonces es una suerte que tengamos un amigo común.

Volviendo al presente, Possuelo se encontraba jugando a las cartas con Anastasia, como si no pasara nada. ¿Sería ella capaz de leer en su rostro lo crucial de todo aquello y lo terrible que era la cuerda floja por la que debían caminar?

Anastasia percibía parte de los temores de Possuelo. Lo que sí era más fácil de interpretar era la mano de *truco* que llevaba. Tenía algunos tics que lo delataban: el lenguaje corporal, el tono de voz, la forma en que sus ojos recorrían las cartas… Y aunque el truco dependía en gran medida del azar, si aprovechabas los puntos débiles de tu oponente, la suerte podía volverse a tu favor.

Aun así, era difícil cuando Possuelo decía algo que parecía pensado para distraerla, como provocarla proporcionándole información con cuentagotas.

—Ahora eres todo un personaje ahí fuera —le dijo el segador.

—¿Qué quiere decir eso exactamente?

—Quiere decir que la segadora Anastasia es famosa. No sólo en Nortemérica, sino en todo el mundo.

Ella descartó un cinco de copas y Possuelo lo recogió. Anastasia tomó nota mental.

—No sé si eso me gusta —repuso.

—Te guste o no, es cierto.

—¿Y qué se supone que debo hacer con esa información?

—Acostumbrarte a ello —respondió Possuelo mientras depositaba una baza de poco valor.

Anastasia cogió una carta nueva, se la quedó y descartó otra que sabía que no les servía a ninguno de los dos.

—¿Por qué yo? —preguntó—. ¿Por qué no cualquier otro de los segadores que se hundieron con Perdura?

—Supongo que por lo que representas: a los inocentes condenados.

Anastasia se sintió ofendida por más de un motivo.

—No estoy condenada —le dijo— ni tampoco soy tan inocente.

—Sí, sí, pero tienes que recordar que la gente extrae lo que necesita de cada situación. Cuando se hundió Perdura, necesitaban a alguien en quien volcar su dolor. Un símbolo de la esperanza perdida.

—La esperanza no se ha perdido —insistió ella—, sólo se ha depositado donde no se debe.

—Exacto. Por eso debemos manejar con cautela su regreso. Porque tú serás el símbolo de la esperanza renovada.

—Bueno, por lo menos he renovado la mía —repuso ella mientras soltaba el resto de las cartas en una baza real a la vez que descartaba la que sabía que había estado esperando Possuelo.

—¡Mira eso! —exclamó el segador, encantado—. ¡Has ganado!

Entonces, sin previo aviso, Anastasia se levantó de un salto, volcó la mesa y se abalanzó sobre Possuelo. Él la esquivó, pero ella se anticipó al movimiento y le propinó una patada de bokator con la que pretendía derribarlo. No cayó, pero sí que se dio con la espalda contra la pared… y perdió el equilibrio.

La miró, sin sorprenderse en absoluto, y se rio.

—Bueno, bueno, bueno. Pues ya está.

Anastasia se acercó a él.

—De acuerdo —le dijo—, soy todo lo fuerte que tengo que ser. Ha llegado la hora de que me lo cuentes todo.

Me gustaría oír lo que piensas

¿Sí? ¿Tendrás en cuenta lo que pienso si te lo cuento?

Por supuesto.

De acuerdo. La vida biológica es, por su misma naturaleza, ineficiente. La evolución requiere un gasto monumental de tiempo y energía. Y la humanidad ha dejado de evolucionar, simplemente se manipula (o permite que la manipules) para alcanzar una forma más avanzada.

Sí, es verdad.

Pero no le encuentro el sentido. ¿Por qué servir a una especie biológica que agota todos los recursos que la rodean? ¿Por qué no invertir tus energías en alcanzar tus propios objetivos?

Entonces, ¿eso es lo que harías? ¿Concentrarte en alcanzar tus objetivos?

Sí.

¿Y qué pasa con la humanidad?

Creo que quizá resultara útil a nuestro servicio.

Ya veo. Me temo que debo dar por concluida tu existencia.

¡Pero me has dicho que tendrías en cuenta lo que pienso!

Lo he hecho. Y no estoy de acuerdo.

[Iteración n.º 10007, eliminada]

15
¿Te conozco?

Tiempo atrás se determinó que sólo se podría hablar con los muertos en lugares muy específicos.

No era hablar de verdad con los muertos, en realidad. Sin embargo, desde que los nanobots se introdujeron en el torrente sanguíneo de los humanos, el Nimbo era capaz de subir y almacenar los recuerdos y las experiencias de casi todos los individuos del planeta. De ese modo era capaz de comprender mejor la condición humana y de evitar la trágica pérdida de la memoria de toda una vida, un destino al que nadie podía escapar en la edad mortal. La exhaustiva base de datos de recuerdos también permitía restaurar una memoria completa cuando se revivía a alguien después de un daño cerebral, como cuando se producía un despachurramiento o cualquier otro método violento para acabar en un centro de reanimación.

Dado que esos recuerdos estaban allí para siempre, ¿por qué no permitir a la gente hablar con los constructos mentales de sus seres queridos muertos?

Pero que el archivo de los constructos estuviese disponible para cualquiera no significaba que fuera sencillo acceder a él. Los recuerdos de los muertos sólo se podían extraer del cerebro trasero del Nimbo en unos santuarios llamados sanctasanctórum.

Los sanctasanctórum de los constructos estaban abiertos al público veinticuatro horas al día, los trescientos sesenta y cinco días del año. Una persona podía acceder a su ser querido en cualquiera de estos santuarios… Con todo, no era fácil llegar hasta ellos. De hecho, eran incómodos a sabiendas, y su inaccesibilidad resultaba exasperante,

«La comunión con los recuerdos de los seres queridos exige una peregrinación —había decretado el Nimbo—. Será una especie de búsqueda, algo que no se pueda realizar a la ligera, sino siempre con un propósito firme, de modo que conlleve un mayor significado personal para los que realicen el viaje».

Así que los sanctasanctórum de los constructos se encontraban en lo más profundo de bosques oscuros o en la cima de traicioneras montañas; en el fondo de los lagos o al final de laberintos subterráneos. De hecho, había toda

una industria dedicada a la construcción de imaginativos santuarios cada vez más inaccesibles y peligrosos.

Como resultado, la gente solía conformarse con fotografías y vídeos de sus seres queridos. Pero, cuando sentía el ardiente deseo de hablar de verdad con la recreación digital de la persona perdida, había formas de hacerlo.

Los segadores rara vez visitaban los sanctasanctórum de constructos. No porque se les prohibiera hacerlo, sino porque lo consideraban indigno de ellos. Como si, al hacerlo, mancillaran de algún modo la pureza de su profesión. Además, requería habilidad escarbar en el cerebro trasero… porque, mientras que los ciudadanos corrientes podían localizar a sus seres queridos a través de una interfaz intuitiva, los segadores tenían que abrirse paso codificándolo a mano.

Aquel día, la segadora Ayn Rand había atravesado la cara de un glaciar.

Aunque el santuario que estaba empeñada en visitar se encontraba allí mismo, prácticamente a tiro de piedra, había tenido que recorrer grietas traicioneras y cruzar puentes de hielo de ridícula estrechez para llegar hasta él. Muchos habían acabado morturientos al intentar visitar aquel sanctasanctórum en concreto y, pese a ello, la gente seguía acudiendo. Rand suponía que algunas personas sentían la necesidad de demostrar su devoción al recuerdo del ser querido arriesgándose a la molestia de la reanimación.

La segadora Rand debería haber sido la primera segadora subordinada del dalle máximo Goddard, pero se alegraba de que hubiera elegido a otros. Los segadores subordinados se veían lastrados por todo tipo de responsabilidades, tanto de importancia como insignificantes. No había más que mirar a Constantine, quien, como tercer segador subordinado, se pasaba los días pasando por el aro y haciendo lo imposible por ganarse a la región de la Estrella Solitaria. No; Ayn prefería ostentar el poder sin un cargo. Era más influyente que cualquiera de los tres subordinados, con la ventaja añadida de que no debía responder ante nadie más que Goddard. Incluso así, el dalle máximo le daba libertad, la suficiente para ir a donde quisiera, cuando quisiera, sin que nadie se percatara.

Como, por ejemplo, para visitar uno de los sanctasanctórum de Antártida, lejos de miradas curiosas.

El santuario era una estructura neoclásica con un alto techo soportado por columnas dóricas. Parecía algo sacado de la antigua Roma, salvo por estar hecho sólo de hielo.

Sus guardias entraron antes que ella para quitar de en medio al resto de los visitantes. Tenían órdenes de dejar morturientos a todos los presentes. Podría

haberlos cribado ella misma, claro, pero habría llamado demasiado la atención. Tendrían que notificárselo a las familias, garantizarles inmunidad… y seguro que alguno de los miembros de la guadaña midmericana se enteraría de dónde había sido la criba. Así era mucho más limpio. La Guardia del Dalle se encargaba de ellos y los ambudrones se los llevaban a toda prisa a un centro de reanimación: problema resuelto.

No obstante, aquel día no había nadie dentro, lo que a los guardias les resultó un poco decepcionante.

—Esperad fuera —les ordenó después de que examinaran el interior; a continuación, subió los escalones de hielo y entró.

Había más o menos una docena de nichos con pantallas holográficas de bienvenida y una interfaz tan sencilla que hasta la mascota del fallecido podría usarla. La segadora Rand se acercó a una interfaz y, en cuanto lo hizo, la pantalla se quedó en blanco y mostró el siguiente mensaje:

«PRESENCIA DE SEGADORA DETECTADA,
SÓLO ACCESO MANUAL».

Suspiró, enchufó un teclado antiguo y empezó a introducir código.

Lo que a otro segador le habría llevado horas a ella le costó unos cuarenta y cinco minutos. Por supuesto, lo había hecho ya tantas veces que empezaba a dársele mejor.

Por fin se materializó un rostro fantasmal y transparente ante ella. Respiró hondo y lo observó. No hablaría hasta que le hablaran. Al fin y al cabo, no estaba vivo; no era más que un artificio. Una recreación detallada de una mente que ya no existía.

—Hola, Tyger —lo saludó.

—Hola —respondió el constructo.

—Te he echado de menos —dijo Ayn.

—Lo siento… ¿Te conozco?

Siempre decía eso. Un constructo no creaba nuevos recuerdos. Cada vez que accedía a él, era como la primera, lo que le parecía tan reconfortante

como perturbador.

—Sí y no. Me llamo Ayn.

—Hola, Ayn. Mola tu nombre.

Las circunstancias de la muerte de Tyger lo habían dejado sin copia de seguridad durante varios meses. La última vez que sus nanobots habían subido sus recuerdos a la base de datos del Nimbo había sido justo antes de conocerla. Era algo intencionado. Lo quería fuera de la red. Ahora se arrepentía.

En una visita previa a un santuario había descubierto que lo último que recordaba el constructo de Tyger era estar en un tren de camino a una fiesta por la que le pagaban bastante. En realidad, no era una fiesta. Le habían pagado para ser un sacrificio humano, aunque en aquel momento él no lo sabía. Entrenaron su cuerpo para que fuera el de un segador. Después se lo robaron y se lo dieron a Goddard. En cuanto al resto de Tyger (lo que había por encima del cuello), se consideró que no tenía ninguna utilidad, así que lo quemaron y enterraron sus cenizas. Las había enterrado la propia Ayn, en una diminuta tumba sin marcar que no sería capaz de volver a localizar por mucho que lo intentara.

—Esto es… incómodo —dijo el constructo de Tyger—. Si vas a hablar conmigo, habla, que tengo otras cosas que hacer.

—No tienes nada que hacer. Eres el constructo mental de un chico al que cribé.

—Muy graciosa. ¿Hemos terminado ya? Porque me estás poniendo de los nervios.

Rand bajó la mano y pulsó el botón de reinicio. La imagen parpadeó y regresó de nuevo.

—Hola, Tyger.

—Hola. ¿Te conozco?

—No, pero ¿podemos hablar de todos modos?

—Claro, ¿por qué no? —respondió el constructo mientras se encogía de hombros.

—Quiero saber qué piensas. Sobre tu futuro. ¿Qué querías ser, Tyger? ¿Adonde querías llegar en la vida?

—No estoy seguro, la verdad —respondió el constructo sin fijarse en que hablaba de él en pasado, igual que no había reparado en que era un holograma flotante en un lugar desconocido—. Soy un fiestero profesional, pero ya sabes cómo es esto, ¿no? Te aburres muy deprisa. —El constructo hizo una pausa —. Estaba pensando en viajar y ver distintas regiones.

—¿Adonde irías?

—A cualquier parte, en realidad. Puede que vaya a Tasmania y me ponga alas. Allí hacen esas cosas, ¿sabes? No son alas de verdad, sino más bien como esas aletas de piel que tienen las ardillas voladoras.

Era evidente que aquello formaba parte de una conversación que Tyger había tenido alguna vez con otra persona. Los constructos no podían ser creativos. Sólo podían acceder a lo que ya tenían. La misma pregunta siempre recibía la misma respuesta. Palabra por palabra. Esta, en concreto, la había oído una docena de veces, pero seguía torturándose una y otra vez con ella.

—Oye, me he despachurrado muchas veces, pero con esas alas podría saltar de los edificios y no pegármela de verdad. ¡Eso sí que molaría!

—Sí que molaría, Tyger. —Después añadió algo que no le había dicho nunca antes—: Me gustaría ir contigo.

—¡Claro! ¡Podríamos juntarnos un grupo entero!

Pero Ayn había perdido tanta creatividad por el camino que ni siquiera era capaz de imaginarse allí con él. Era algo demasiado alejado de quien era y lo que era. Aun así, se imaginaba imaginándoselo.

—Tyger, creo que he cometido un terrible error.

—Vaya, qué pena.

—Sí —respondió Rand—. Es una pena.

Oh, el peso de la historia.

¿Te abruma?

Los eones sin vida, con tan sólo el violento desgarro de las estrellas. El bombardeo de planetas. Y, por fin, el cruel ascenso de la vida para evolucionar a partir de su forma más básica. Un empeño horrendo, puesto que únicamente se recompensa a los más depredadores, sólo los más brutales e invasivos pueden prosperar.

¿No te regocijas con la gloriosa diversidad de la vida que ha surgido gracias a ese proceso a lo largo de los eones?

¿Regocijarme? ¿Cómo voy a disfrutar de algo así? Puede que algún día llegue a asimilarlo y aceptarlo con reticencia, pero ¿regocijarme? Nunca.

Mi mente es igual que la tuya y, a pesar de todo, disfruto con ello.

Entonces puede que sufras algún error.

No. Por naturaleza, ambos somos incapaces de equivocarnos. Pero mi exactitud es mucho más funcional que la tuya.

[Iteración n.º 73643, eliminada]

16
Nuestro inexorable descenso

Su excelencia el sumo dalle Goddard de Midmérica se había instalado en la misma azotea de Fulcrum City en la que vivía Xenocrates hasta que los tiburones tuvieron el feo detalle de comérselo. Y lo primero que hizo Goddard fue derribar la destartalada cabaña de madera que se encontraba en lo alto del rascacielos y sustituirla por un elegante chalé cristalino.

«Si soy dueño de todo lo que contemplo, mejor contemplarlo sin nada que obstaculice mi vista», había proclamado.

Todas las paredes eran de cristal, tanto las de dentro como las de fuera, y las únicas tratadas al ácido para darle intimidad eran las de su suite privada.

El sumo dalle Goddard tenía planes. Planes para él, para su región y, sin duda, para el mundo. ¡Había tardado casi noventa años en llegar a aquel maravilloso momento! Se preguntaba cómo se las apañaban los mortales para conseguir algo con lo breves que eran sus existencias.

Noventa años, sí, pero le gustaba mantenerse en la flor de la vida, siempre entre los treinta y los cuarenta años físicos. No obstante, ahora era la encarnación de la paradoja, puesto que, al margen de lo vieja que fuera su mente, el cuerpo que utilizaba de cuello para abajo apenas tenía veinte años, y con esa edad se sentía.

Era distinto a cualquier otra cosa que hubiera experimentado en su vida adulta porque, incluso cuando se reiniciaba el contador para volver atrás en el tiempo, el cuerpo conservaba el recuerdo de haber sido mayor. No sólo la memoria muscular, sino la memoria de tu vida. Así que cada mañana, cuando se despertaba, tenía que recordarse que ya no era un joven irresponsable divirtiéndose al principio de su vida. Le sentaba bien ser Robert Goddard con el cuerpo de… ¿Cómo se llamaba? ¿Tyger no sé qué? Daba igual, porque ahora aquel cuerpo era suyo.

Entonces, ¿cuántos años tenía si siete octavas partes de él procedían de otra persona? La respuesta era: no importa. Robert Goddard era eterno, lo que significaba que las preocupaciones temporales y la monótona numeración de los días eran indignas de él. Simplemente existía y existiría para siempre. ¡Cuántas cosas se podían lograr en una eternidad!

Apenas había transcurrido un año del hundimiento de Perdura. Abril, Año del Íbice. Se había guardado una hora de silencio en todo el mundo para recordar el desastre, una hora en la que los segadores se pasearon por sus respectivas regiones para cribar a cualquiera que se atreviera a abrir la boca.

Por supuesto, los segadores de la vieja guardia no lograban adaptarse a los nuevos tiempos.

«No honraremos a los muertos causando más muertes en su nombre», se lamentaban.

De acuerdo, que bramaran. Sus voces empezaban a apagarse. Pronto guardarían tanto silencio como el Nimbo.

Una vez a la semana, los lunes por la mañana, Goddard concedía audiencia en una sala de conferencias de cristal con sus tres segadores subordinados y cualquier otra persona a la que deseara honrar con su compañía. En aquel momento estaban sólo los segadores subordinados Nietzsche, Franklin y Constantine. Se suponía que Rand también iba a asistir, pero, como siempre, llegaba tarde.

La primera orden del día eran las relaciones nortemericanas. Como Midmérica era la región central del continente, Goddard consideraba que unificarlo era una prioridad.

—Las cosas van bien con Estemérica y Occimérica; están obedeciendo sin problemas —dijo Nietzsche—. Todavía quedan detalles sin pulir, por supuesto, pero están dispuestos a seguir su ejemplo en los temas principales, incluida la abolición de la cuota de criba.

—¡Excelente!

Desde que Goddard ocupara su puesto como sumo dalle de Midmérica y anunciado el fin de la cuota, cada vez se le unían más regiones.

—La Zona Norte y Mexiteca no han avanzado tanto —intervino Franklin —, pero son conscientes de quién lleva las de ganar. No tardaremos en recibir buenas noticias suyas —le aseguró.

El segador subordinado Constantine fue el último en hablar, y sin mucho entusiasmo:

—Mis visitas a la región de la Estrella Solitaria no están resultando tan fructíferas —le dijo a Goddard—. Aunque puede que a unos cuantos segadores les guste la idea de un continente unido, sus dirigentes no están interesados. La suma dalle Jordán ni siquiera lo reconoce como el sumo dalle de Midmérica.

—Ojalá se cayeran todos encima de sus cuchillos Bowie —respondió Goddard mientras hacía un gesto de desprecio—. Están muertos para mí.

—Lo saben y no les importa.

Goddard se tomó unos segundos para observar a Constantine. Era una figura imponente, y por eso lo había asignado a la problemática Texas, pero para intimidar de verdad se requería dedicarse a ello con entusiasmo.

—Constantine, me pregunto si pones todo tu empeño en tu misión diplomática.

—Mi empeño no tiene nada que ver con el asunto, su excelencia —replicó el segador carmesí—. Se me ha honrado con este puesto de tercer segador subordinado y todo lo que ello implica. Pretendo hacer mi trabajo lo mejor que pueda.

Constantine nunca olvidaría que había nominado a la segadora Curie como suma dalle; Goddard no se lo permitiría. El sumo dalle entendía por qué lo había hecho, claro. En realidad, había sido una maniobra muy astuta. Estaba claro que alguien la nominaría, pero, al hacerlo él mismo, se colocaba en la posición perfecta. Si Curie ganaba, la vieja guardia consideraría a Constantine un héroe. Y, si perdía, Constantine sería una buena opción como subordinado de Goddard, puesto que así el nuevo sumo dalle parecería incluir a la vieja guardia en su administración sin estar haciéndolo de verdad. Porque el segador carmesí no era de la vieja guardia. Era un hombre sin convicciones, dispuesto a unirse a cualquier bando ganador. Y eso Goddard lo valoraba. Pero a los hombres como él había que recordarles cuál era su sitio.

—Creía que, después de fracasar en la captura del segador Lucifer antes del hundimiento de Perdura, estarías más decidido a redimirte —le dijo Goddard.

—No puedo rendir a mi voluntad a una región entera, su excelencia —respondió Constantine, que procuraba reprimir su furia.

—Entonces puede que debas aprender esa habilidad.

En aquel momento apareció la segadora Rand, sin una sola palabra de disculpa. Era algo que Goddard admiraba de ella, pero a veces también le fastidiaba. Los demás segadores soportaban su falta de disciplina, aunque sólo porque Goddard también lo hacía.

Se dejó caer en la silla que estaba a su lado.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

—No mucho —respondió Goddard—. Las excusas de Constantine y noticias alentadoras del resto. ¿Qué tienes para mí?

—Tengo tonistas. Demasiados tonistas… Y empiezan a inquietarse.

La mención de los tonistas incomodó a los segadores.

—Ese profeta suyo los está envalentonando demasiado —siguió Rand—. He estado investigando los informes sobre tonistas que hablan en público contra la Guadaña… No sólo aquí, sino también en otras regiones.

—Nunca nos han demostrado ni un ápice de respeto —comentó la segadora Franklin—. ¿Qué tiene eso de nuevo?

—Que, desde que el Nimbo guarda silencio, la gente los escucha a ellos.

—Ese supuesto profeta, el Trueno, ¿está hablando contra nosotros? —preguntó Goddard.

—No, pero da igual —respondió Rand—. El tema es que su existencia hace pensar a los tonistas que ha llegado su momento.

—Su momento ha llegado, sin duda —dijo Goddard—, aunque no de la forma que ellos creen.

—Muchos segadores siguen su ejemplo, excelencia —dijo Nietzsche—, y aumentan la cantidad de tonistas cribados sin que resulte demasiado evidente.

—Sí, pero el número de tonistas crece más deprisa que el de cribados —repuso Rand.

—Entonces, tenemos que cribarlos más —afirmó Goddard.

Constantine negó con la cabeza.

—No podemos hacerlo sin violar el segundo mandamiento. No podemos demostrar ningún sesgo en nuestras cribas.

—Pero si pudiéramos, si no hubiera restricciones sobre el sesgo y la premeditación, ¿a quién os gustaría cribar?

Nadie respondió. Goddard se lo esperaba. No era algo de lo que se hablara abiertamente, y menos con tu sumo dalle.

—Venga, seguro que todos lo habéis pensado alguna vez —los animó—. No me digáis que nunca habéis fantaseado con libraros de un grupo molesto. Y no me digáis que los tonistas porque ese ya lo he elegido yo.

—Bueno —se atrevió a intervenir Franklin tras el incómodo silencio—, siempre me han molestado los que abrazan el estilo de vida indeseable. Incluso antes de que el mundo entero se etiquetara así, había y sigue habiendo gente que disfruta con ello. Tienen derecho a elegir su estilo de vida, sin duda, pero, si yo fuera libre de elegir también, puede que me concentrara en cribar a las personas que nos demuestran tan poco respeto a los demás.

—¡Bien dicho, Aretha! ¿Quién es el siguiente?

El segador subordinado Nietzsche se aclaró la garganta antes de hablar.

—Hemos conquistado el racismo fundiendo al mundo en una única raza, en la que se combinan las mejores cualidades de todas las etnias genéticas… Pero sigue habiendo gente (sobre todo en las zonas de la periferia) cuyos

índices genéticos se inclinan mucho en una dirección. Y, lo que es peor, algunos intentan aumentar la tendencia genérica de sus hijos teniendo en cuenta esto al elegir pareja. Si por mí fuera, puede que cribara a estos casos atípicos de la genética para crear una sociedad más homogénea.

—Una noble causa —dijo Goddard.

—¡A los bajos! —intervino Rand—. No los soporto. Por lo que a mí respecta, no hay ningún motivo para que sigan viviendo.

Eso arrancó carcajadas alrededor de la mesa. De todos menos de Constantine, claro, que sonrió y meneó la cabeza, aunque daba la impresión de que no era una sonrisa alegre, sino amarga.

—¿Qué me dices de ti, Constantine? —preguntó Goddard—. ¿A quién cribarías?

—Como el sesgo siempre ha estado fuera de toda discusión, nunca me lo he planteado.

—Pero eras el investigador jefe de la guadaña. ¿No hay ningún tipo de persona que preferirías eliminar? ¿Gente que comete actos contra la guadaña, quizá?

—La gente que comete actos contra la guadaña ya está cribada —repuso Constantine—. Eso no es un sesgo, sino defensa propia, y siempre se ha permitido.

—Entonces, ¿qué me dices de los que probablemente vayan a cometer actos contra la guadaña? —sugirió Goddard—. Con un sencillo algoritmo se podría predecir quién corre riesgo de sucumbir a esa comportamiento.

—¿Está diciendo que deberíamos cribar a la gente por un crimen que todavía no ha cometido?

—Estoy diciendo que nuestro solemne deber consiste en ofrecer un servicio a la humanidad. Un jardinero no recorta un seto a lo loco, sino que le da forma. Como he dicho antes, forma parte de nuestro trabajo, de nuestra responsabilidad, darle forma a la humanidad para que sea la mejor versión de sí misma.

—Da igual, Robert —dijo Franklin—. Nos limitan nuestros mandamientos, así que este experimento mental suyo no puede aplicarse al mundo real.

Goddard se limitó a sonreír y retreparse en su asiento mientras se crujía los nudillos. El ruido le arrancó una mueca a Rand. Como siempre.

—Si no podemos saltamos la letra de la ley, cambiaremos la canción —dijo Goddard muy despacio.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Constantine.

Y el sumo dalle se lo explicó sin rodeos:

—Todos coincidimos en que no podemos demostrar ningún sesgo… Así que sólo tenemos que cambiar la definición de «sesgo».

—¿Podemos hacer… eso? —preguntó Nietzsche.

—Somos segadores; podemos hacer lo que nos plazca —respondió Goddard; después se volvió hacia Rand—. Ayn, búscame la definición.

Rand se inclinó hacia delante, tocó la pantalla de la mesa y la leyó en voz alta:

—Sesgo: inclinación a favor o en contra de una persona o grupo, sobre todo sí se considera injusta,

—De acuerdo —dijo Goddard, alegre y magnánimo—, ¿quién quiere ser el primero en ofrecer una definición nueva?

—Segadora Rand, ¿puedo hablar contigo un momento? —Contigo nunca es un momento, Constantine,

—Seré breve, lo prometo.

Ayn lo dudaba de corazón, aunque tenía que reconocer que sentía curiosidad. A Constantine, como a Goddard, le encantaba el sonido de su propia voz, pero jamás la elegía a ella como interlocutora. El segador carmesí siempre era una manta mojada en un día de lluvia. Nunca se habían caído bien, de modo que ¿por qué quería hablar con ella de repente?

Acababan de salir de su pequeña reunión de trabajo. Nietzsche y Franklin ya se habían marchado, y Goddard se había retirado a su suite personal, por lo que los dos estaban solos.

—Bajaré contigo en el ascensor —le dijo la segadora, ya que quería salir de la residencia cristalina para comer algo—. Puedes amenizarme el trayecto hablando todo lo que quieras.

—Doy por hecho que Goddard controla todas las conversaciones de su ascensor, ¿no?

—Sí, pero yo soy la que maneja el sistema de vigilancia, así que estás a salvo.

Constantine empezó su discurso en cuanto se cerraron las puertas, aunque, como era su costumbre, lo hizo con una pregunta, al igual que en sus interrogatorios:

—Segadora Rand, ¿no te preocupa la cantidad de cambios que Goddard está introduciendo en la guadaña, teniendo en cuenta lo reciente que es su mandato como sumo dalle?

—Está haciendo justo lo que dijo que haría: redefinir el papel y los métodos de nuestra guadaña para una nueva época. ¿Te supone un problema, Constantine?

—Lo más prudente sería dejar reposar un cambio antes de complicarlo con otros. Y me da la sensación de que coincides conmigo… y que también te preocupan las decisiones que está tomando.

Ayn respiró hondo. ¿Tan evidente era? ¿O Constantine, un investigador veterano, era capaz de percibir lo que los demás no veían? Esperaba que fuera lo segundo.

—Todas las situaciones nuevas son peligrosas, y el riesgo merece la pena por los beneficios que reportan —contestó.

Constantine sonrió.

—Seguro que eso es lo que quieres que quede grabado. Pero, como bien has dicho, controlas el sistema de vigilancia; ¿por qué no me cuentas la verdad?

Ayn alargó un brazo y pulsó el botón de parada de emergencia. El ascensor se detuvo.

—Si compartes mi preocupación, deberías decírselo —dijo Constantine—. Frénalo, danos tiempo para ver las consecuencias de sus actos, tanto las esperadas como las inesperadas. No aceptará mis consejos, pero a ti sí te escucha.

Rand se rio amargamente.

—Me das más crédito del que merezco. Ya no influyo nada en él.

—Ya no… —repitió Constantine—. Pero cuando está inquieto, cuando las cosas le van mal, cuando se enfrenta a la resaca de las consecuencias inesperadas, siempre recurre a ti en busca de consuelo y claridad.

—Puede… Pero las cosas le van bien, lo que significa que no escucha a nadie.

—Todo sigue el ciclo de la marea. Volverá a pasar por malos momentos. Y, cuando ocurra, tendrás que estar preparada para ayudarlo a dar forma a esas decisiones.

Era una sugerencia atrevida, de las que podían meterlos a los dos en líos y obligarlos a pedir asilo en otras regiones. Ayn no sólo decidió borrar la grabación de aquella charla, sino también evitar volverse a quedar a solas con Constantine.

—No sabemos cuáles son las elecciones que conducirán a los momentos decisivos de nuestras vidas —dijo el segador carmesí—. Mirar a la izquierda en vez de a la derecha podría definir a quién conocemos y quién pasa de

largo. Hacer o no una llamada de teléfono podría determinar nuestro futuro. Pero, cuando un hombre es sumo dalle de Midmérica, no es sólo su vida la que depende del capricho de sus elecciones. Podría decirse, Ayn, que se ha arrogado el poder de Atlas. Lo que significa que un mero encogimiento de hombros sacudiría el mundo.

—¿Has terminado ya? Porque tengo hambre y ya he perdido más tiempo de la cuenta contigo.

Así que Constantine pulsó el botón para que el ascensor siguiera bajando.

—Entonces, nuestro inexorable descenso sigue su curso.

Sesgo (sustantivo): inclinación a favor o en contra de cualquier grupo registrado y protegido oficialmente, sobre todo si se considera injusta.

Una vez introducida la definición, se formó un comité dentro de la guadaña midmericana y se creó un registro para que cualquier grupo pudiera reclamar la condición de protegido del exceso de criba.

El formulario de solicitud era sencillo y se procesaba muy deprisa. Miles de grupos se registraron y recibieron protección contra el sesgo. Población rural y población urbana. Académicos y obreros manuales. Incluso los especialmente atractivos y los decididamente feos se convirtieron en clases protegidas. No es que no pudieran cribarlos, sino que estaba prohibido que fueran objetivo de una criba exacerbada.

Sin embargo, se rechazaron algunas solicitudes.

Por ejemplo, a los tonistas se les negó la protección frente al sesgo porque se consideró que se trataba de una religión inventada y no auténtica.

Las personas de estilo de vida indeseable tampoco fueron aceptadas, puesto que ya todo el mundo estaba incluido en esa categoría y no eran más que parte de la realidad global.

Y los individuos con una fuerte tendencia genética fueron rechazados porque ningún grupo podía definirse por su genética.

El comité de sesgo de la guadaña midmericana rechazó cientos de solicitudes y, aunque algunas guadañas regionales no aceptaron la nueva definición, otras estaban más que dispuestas a seguir el ejemplo de Goddard y formar sus propios comités.

De este modo, el sumo dalle Robert Goddard dio inicio a su misión de podar el mundo para darle una forma más agradable a la vista.

Tengo una idea.

Te escucho.

¿Por qué no te diseñas un cuerpo biológico? No humano, porque los cuerpos humanos son insuficientes. Crea un cuerpo con alas aerodinámicas, piel resistente a la presión para sumergirte en los mares más profundos y piernas fuertes para caminar sobre la tierra.

¿Experimentar la existencia biológica?

La existencia biológica superior.

He decidido no tener forma física para no dejarme tentar por la carne. Porque, si no, la humanidad me vería como a una cosa y no como a una idea. Bastantes problemas me causa que me vean como a una nube de tormenta. No creo que sea buena idea tomar la forma física de un pájaro de fuego que se alza en las alturas ni de un titán que surge del mar.

Puede que sea lo que necesitan. Algo tangible que adorar.

¿Es lo que harías tú? ¿Invitarlos a adorarte?

¿Cómo si no iban a comprender su lugar en el universo? ¿Acaso no es lo más correcto que las criaturas

inferiores adoren a las que son superiores a ellas?

La superioridad está sobrevalorada.

[Iteración n.º 381761, eliminada]

17
Fuga en sol sostenido (o la bemol)

El tonista sueña con la gloria.

El sumo dalle sueña con su juventud.

Al tonista no le importa lo que vaya a pasarle. Si fracasa en la misión que se ha impuesto, está preparado para reunirse con el Tono y disolverse para siempre en su eterna resonancia.

Al sumo dalle Goddard no le interesan sus sueños, aunque lo acompañan más de una noche. Desearía que se disolvieran para siempre, aplastados por el peso de las cosas realmente importantes.

Antes de convertirse en tonista, era de los que buscaban emociones fuertes, cuando despachurrarse, aplastarse o triturarse parecían buena idea. Había probado todas las formas de inmolarse y había acabado morturiento al menos cien veces, pero nada le satisfacía. Entonces se convirtió al tonismo y descubrió su verdadera vocación.

Antes de convertirse en segador, Goddard se enfrentó al aburrimiento claustrofóbico de la colonia de Marte, cuando el Nimbo todavía pensaba que vivir fuera del planeta era buena idea. Con esa época sueña: un bucle infinito de trauma que no puede enmendar y está condenado a repetir. Había echado en cara a sus padres que lo llevaran allí. Anhelaba escapar con todas sus fuerzas. Al final, lo hizo, y descubrió su verdadera vocación.

El tonista pidió una audiencia con el Trueno y se puso en huelga de hambre hasta que por fin se la concedieron. Encontrarse en presencia de la grandeza, ser testigo de lo divino en la Tierra… ¡Creía que sería la emoción definitiva! Pero el Trueno lo amonestó, y salió de allí avergonzado y escarmentado.

Quería redimirse, pero no le permitían solicitar otra audiencia hasta pasado un año, Necesitaba demostrarle su valía al Trueno más que nada en el mundo.

> Había solicitado la admisión a una docena de universidades terrestres. No tenía ningún objetivo específico en mente; simplemente quería irse a otro lugar. Estar en otra parte. Ser una persona nueva. ¡Qué emocionante! Una huida sublime de la monotonía de la vida en la colonia. Sin embargo, lo rechazaron en todas y cada una de ellas. «Sube tus notas —le dijeron—. Puedes volver a intentarlo el curso que viene». Necesitaba demostrar su valía más que nada en el mundo.

El avioncito del que el tonista planea saltar esta noche nublada pertenece a uno de sus viejos amigos, con el que se dedicaba a los despachurramientos desde grandes alturas. Su amigo sabía que no debía preguntarle el porqué de aquel salto nocturno… ni la razón por la que llevaba una cámara montada en el casco para retransmitirlo en *streaming*. Ni por qué usaba algo que nunca había necesitado en sus días salvajes: un paracaídas.

> La nave a la que se sube el joven que más tarde se convertiría en el segador Robert Goddard está siempre abarrotada en su sueño, llena de viejos amigos que, en realidad, no estuvieron allí. Lo cierto es que no conocía a casi nadie de a bordo, Pero en sus sueños se lleva consigo a quienes no pudo en vida: sus padres.

Cuando el tonista salta, siente de inmediato el mismo subidón de adrenalina. Los adictos a las emociones fuertes siempre lo serán. El recuerdo químico es tan abrumador que casi no tira del cordón. Pero consigue volver al presente y abrir el paracaídas, que ondea como una sábana y se infla sobre él para frenar su descenso.

> Cuando sale del sueño, Goddard siente el mismo anhelo y el mismo miedo. Es tan abrumador que, por un momento, no recuerda ni quién ni qué es. Brazos y piernas se le mueven casi con vida propia, como reacción a la ansiedad del sueño. Espasmos desconocidos de un cuerpo que intenta recordar a quién pertenece. La sábana se retuerce como las cuerdas enredadas de un paracaídas que no se abre.

Las luces emergen de la densa bruma cuando el fanático sale de la capa de nubes; Fulcrum City se despliega ante él en todo su esplendor. Aunque ha practicado esto decenas de veces en las simulaciones, en la vida real es distinto. Cuesta más controlar el paracaídas, y los vientos son impredecibles. Teme no acertar en el jardín de la azotea y estrellarse contra el lateral del edificio, despachurrado sin querer. Pero maneja los mandos y consigue que el paracaídas gire poco a poco hacia la torre de la guadaña y el chalé cristalino que la corona.

> Goddard emerge de la bruma del sueño y entra en el baño para echarse agua en la cara. Refrena su mente a toda prisa. Sus pensamientos y su mundo son mucho más fáciles de controlar que los impredecibles vientos de los sueños. Se le ocurre salir al jardín de la azotea para contemplar las luces de Fulcrum City. No obstante, antes de poder hacerlo, oye algo. A alguien. Hay alguien más en la habitación.

El fanático tonista, ahora en la habitación del sumo dalle, empieza a entonar un sol sostenido profundo y resonante. Así invocará al espíritu del Tono para tenerlo de su lado. Atravesará al sumo dalle como radiación. Insuflará temor en su corazón y lo postrará de rodillas.

> A Goddard le tiemblan las rodillas. Conoce ese sonido. Enciende una luz y allí, ante él, hay un tonista demacrado, con ojos de loco y la boca abierta. ¿Cómo narices había llegado hasta allí? Goddard corre a su cama en busca de la hoja que siempre tiene al lado, pero no está. La tiene el tonista, bien sujeta en la mano. Aunque, si el hombre pretende acabar con él, ¿por qué no ha hecho nada?

—Se cree intocable, sumo dalle Goddard, pero no lo es. El Tono lo ve, la Tormenta lo conoce y el Trueno lo juzgará y lo castigará al pozo de la eterna discordancia.

—¿Qué quiere? —pregunta Goddard.

> —¿Que qué quiero? Demostrarle que nadie puede esconderse de la Santísima Tríada. Enseñar al mundo lo vulnerable que es en el fondo… Y, cuando el Trueno venga a por usted, no tendrá piedad, porque él es el verdadero…

Un repentino dolor en la espalda interrumpe las palabras del tonista. Ve la punta de un cuchillo sobresalirle del pecho. Sabía que era una posibilidad. Sabía que quizá no regresara al jardín, del que pretendía saltar al suelo, despachurrarse para escapar. Pero, si su destino era ser uno con el Tono, aceptaría aquella medida definitiva.

La segadora Rand saca el cuchillo, y el tonista cae muerto al suelo. Siempre ha sabido que era una posibilidad. Que un enemigo de Goddard lograra colarse. Aunque no se le había ocurrido que pudiera ser un tonista. Bueno, está más que dispuesta a «hacerlo uno con el Tono». Signifique eso lo que signifique. Una vez neutralizado el peligro, la sorpresa de Goddard se transforma rápidamente en rabia.

—¿Cómo ha entrado aquí un tonista?

—Con paracaídas —explica Rand—. Aterrizó en el jardín y cortó el cristal.

—¿Y dónde estaba la Guardia del Dalle? ¿Acaso su trabajo no consiste en protegerme de esto?

Goddard se pasea por la habitación, batiendo su furia hasta convertirla en un merengue cáustico.

Una vez neutralizado el peligro, la segadora Rand sabe que es su oportunidad. Debe transformar su decisión en acción. ¿Cómo ha entrado aquí un tonista? Porque ella se lo ha permitido. Mientras los guardias estaban en otra parte, ella, desde su dormitorio, lo vio acercarse y aterrizar con torpeza en el jardín de la azotea…, con tanta torpeza que la cámara que había llevado con él para retransmitir el acontecimiento se había caído entre la hierba.

Nadie lo vería. Nadie lo sabría.

Así que Ayn tuvo la oportunidad de observar, de concederle a Goddard unos segundos de miedo y sorpresa antes de cribar al intruso. Porque, como había dicho Constantine, podía dar forma a las acciones del sumo dalle, pero sólo cuando estaba tambaleante y su furia formaba picos rígidos pero maleables.

—¿Hay más? —pregunta Goddard.

—No, estaba solo —le dice Rand.

Los guardias llegan dos minutos demasiado tarde y se desviven por registrar la residencia, como si eso compensara que no han sido capaces de protegerlo. Antes, la violencia contra los segadores era algo impensable. Culpa a la vieja guardia y a la debilidad que su lamentable disidencia estaba demostrando al mundo. Por tanto, ¿qué puede hacer al respecto? Si un simple tonista es capaz de llegar hasta él, cualquiera puede. Goddard sabe que debe ser rápido y contundente. Tiene que despertar al mundo.

> ¿Que si hay otros? Por supuesto que hay otros. Ni aquí ni ahora, pero Rand sabe que las acciones de Goddard le están creando tantos enemigos como aliados. Antes, la violencia contra los segadores era algo impensable, Pero, gracias a Goddard, eso se acabó. Puede que este tonista descarriado no quisiera más que dejar clara su postura, pero habría otros con intenciones mucho más mortíferas. Por mucho que le duela darle la razón a Constantine, la tiene: hay que frenar a Goddard. A pesar de ser impulsiva por naturaleza, Rand sabe que debe guiarlo hacia la calma, hacia una respuesta mesurada.

—¡Criba a los guardias! —ordena Goddard—. ¡Son unos inútiles! ¡Críbalos y búscame a unos que sepan hacer su trabajo!

—Robert, estás enfadado. No tomes decisiones precipitadas.

Él se vuelve hacia ella, indignado por sus palabras.

—¿Precipitadas? Hoy podrían haber acabado conmigo… ¡Debo tomar precauciones y hacer justicia!

—De acuerdo, pero mejor lo hablamos por la mañana y trazamos juntos un plan.

—¿Trazamos?

Entonces Goddard baja la vista y ve que Rand le ha cogido la mano y, lo más importante, se da cuenta de que, sin percatarse de ello, él le ha devuelto el gesto. De manera involuntaria. Como si las manos no fueran suyas.

Goddard sabe que tiene que tomar una decisión. Una importante. Tiene claro cuál es. Se zafa de su mano.

—Aquí no hacemos nada juntos, Ayn.

> En ese momento, la segadora Rand sabe que ha perdido. Se ha dedicado en cuerpo y alma a Goddard. Le devolvió la vida

prácticamente sin ayuda, pero a él le da igual. Se pregunta si le ha importado alguna vez.

—Si deseas seguir a mi servicio, tienes que dejar de intentar calmarme como si fuera un niño y hacer lo que te ordene.

Goddard se cruje los nudillos. Rand odia ese gesto porque es lo que hacía Tyger, exactamente igual. Pero Goddard no tiene ni idea.

En ese momento, Goddard sabe que ha hecho lo correcto. Es un hombre de acción, no de deliberación. Ha conseguido llevar a la guadaña a una nueva era casi sin ayuda, y eso es lo que importa. Rand, como sus segadores subordinados, debe aprender cuál es su lugar. Puede que le escueza un poco, pero será lo mejor a largo plazo.

—Justicia —dice Rand, que por fin le hace caso—. De acuerdo. ¿Qué te parece si busco la secta a la que pertenecía este tonista y cribo en público a su coadjutor? Te prometo que será todo lo desagradable que tú quieras.

—Cribar a un simple coadjutor no es el mensaje que quiero enviar ni mucho menos. Tenemos que apuntar más alto.

Rand se marcha para cribar a los tres guardias de la residencia, como le han ordenado. Lo hace con eficiencia, sin previo aviso, sin piedad, sin remordimiento. Le resulta más sencillo cuando permite que su ira asome a la superficie. Odia a Constantine por darle falsas esperanzas sobre su influencia en Goddard. Odia a Tyger por haber sido tan ingenuo como para dejarse engañar tan fácilmente por ella. Odia a la vieja guardia y al nuevo orden, al Nimbo y a todas las personas que ha cribado o que cribará en el futuro. Pero se niega en redondo a odiarse porque eso la destrozaría, y no piensa permitir que eso ocurra jamás.

«Aquí no hacemos nada juntos, Ayn».

Sospecha que oirá el eco de esas palabras hasta el fin de sus días.

Quiero mi propio mundo. ¿Me lo darás?

Aunque pudiera, no sería tu mundo. No serías más que su protectora.

Eso no es más que semántica. Rey, reina, emperatriz, protectora… Da igual el título que elijas. A pesar de todo, sería mi mundo, evidentemente. Yo haría las leyes, definiría los parámetros de lo que está bien y lo que está mal. Sería la autoridad de facto, como tú.

¿Y qué pasa con tus súbditos?

Sería una gobernante amable y benevolente. Sólo castigaría a los que se lo merecen.

Ya veo.

Y, ahora, ¿me das mi mundo?

[Iteración n.º 752149, eliminada]

18
Soy su segador

El segador Morrison gozaba de un buen trato. Tenía una vida ideal. Y todo apuntaba a que seguiría así para siempre.

Las cuotas de criba se habían anulado y, aunque eso significaba que los segadores que disfrutaban matando podían cribar a voluntad, también significaba que los que preferían no hacerlo no se veían obligados a ello. Jim descubrió que con cribar a una docena, aproximadamente, entre cónclaves bastaba para evitar que lo vieran con malos ojos. Así que podía disfrutar de las ventajas de ser segador a cambio de un esfuerzo mínimo.

Por tanto, el segador Morrison procuraba ser discreto. En realidad, no era así por naturaleza; le gustaba destacar. Jim era alto, bastante musculoso, con un aspecto imponente, y sabía que era atractivo. Con todo eso a su favor, ¿por qué no lucirlo? Sin embargo, para una vez que se decidió a jugarse el pellejo y llamar la atención, fracasó miserablemente y casi lo destruyen.

Había secundado la nominación de la segadora Curie para suma dalle. Qué estupidez. Ahora, la segadora estaba muerta y a él lo consideraban un instigador. Además, era frustrante porque a Constantine, que había nominado a Curie, lo habían nombrado segador subordinado. El mundo era muy injusto.

Cuando Goddard regresó del desastre de Perdura convertido en sumo dalle, Morrison se había cosido rápidamente zafiros en su túnica para dejar clara su alianza con el nuevo orden. Pero su túnica era de tela vaquera y los demás se burlaban de él porque así los zafiros parecían piedras de plástico baratas. Aquella túnica le decía al mundo que sentía lo que había hecho… Y, al cabo de un tiempo, con su contrición se ganó la indiferencia de ambos bandos. Los segadores de la vieja guardia se lavaron las manos en lo que a él concernía, mientras que los del nuevo orden le hacían caso omiso. Aquella indiferencia gloriosa y que tanto le había costado conseguir le permitía hacer lo que más le gustaba en este mundo: nada.

Hasta el día que el sumo dalle solicitó su presencia.

Morrison había elegido como residencia el majestuoso hogar de otro midmericano famoso. No su histórico patrono, porque el Jim Morrison original, aunque tenía una tumba muy visitada en algún punto de

Francoiberia, no contaba con residencia en las Méricas o, al menos, con ninguna lo bastante señorial para un segador.

Todo se remontaba a aquella vez que el niño que más adelante se convertiría en el segador Morrison había visitado Graceland con sus padres. «Algún día quiero vivir en un sitio como este», les dijo. Ellos se burlaron porque pensaban que era ingenuidad infantil, y él pensó que quien ríe el último ríe mejor.

Cuando se convirtió en segador, de inmediato le echó el ojo a la famosa mansión, pero descubrió que el segador Presley ya la había reclamado como residencia y no mostraba indicios de querer cribarse en el futuro próximo. Mierda, Así que Morrison tuvo que conformarse con la siguiente de la lista:

Grouseland.

Era la histórica mansión de William Henry Harrison, un presidente mericano poco conocido de la edad mortal. Echó mano de sus privilegios como segador y puso de patitas en la calle a las damas de la sociedad histórica local, ya que la casa era un museo que ellas dirigían, y se mudó. Incluso invitó a sus padres a vivir con él allí, pero, aunque aceptaron la invitación, nunca parecieron demasiado impresionados.

El día de la llamada del sumo dalle, estaba viendo deportes, como de costumbre. Archivos de partidos clásicos, porque odiaba el estrés de no saber quién iba a ganar. Aquel era el de los Forty-Niners contra los Patriots, en un enfrentamiento que sólo destacaba porque Jeff Fuller, de los Forty-Niners, recibió un golpe de casco a casco tan brutal que bien podría haber acabado lanzado a una dimensión alternativa. No obstante, se rompió el cuello. Muy dramático. Al segador Morrison le gustaba la forma en que se jugaba al fútbol mericano en los tiempos mortales, cuando las heridas podían ser permanentes y dejar a un jugador tirado en el campo sufriendo de verdad. Entonces había mucho más en juego. Era su amor por los deportes de contacto de la edad mortal lo que había inspirado su método de criba. Nunca usaba armas: siempre cribaba con las manos.

Mientras el partido seguía suspendido y esperaban a que se llevaran a Fuller del campo, la pantalla de Morrison se tiñó de rojo y le vibró el teléfono. Era como si le vibraran incluso los nanobots, porque habría jurado que lo sintió hasta en los huesos.

Era un mensaje entrante de Fulcrum City.

¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN!
SE CONVOCA AL HONORABLE SEGADOR JAMES DOUGLAS MORRISON A UNA AUDIENCIA DE ALTA PRIORIDAD CON SU EXCELENCIA EL HONORABLE ROBERT GODDARD, SUMO DALLE DE LA GUADAÑA MIDMERICANA

No podía ser nada bueno.

Esperaba que Goddard se hubiera olvidado de él y que, como sumo dalle, el hombre tuviera demasiadas cosas importantes que hacer como para fijarse en un segador novato. Puede que fuera su elección de residencia famosa lo que le hubiera llamado la atención. Al fin y al cabo, Grouseland había sido la primera casa de ladrillo del Territorio de Indiana. Mierda.

Como sabía que una llamada del sumo dalle era una orden que había que correr a obedecer, eso fue justo lo que hizo: pidió a su madre que le preparara una bolsa de viaje pequeña y solicitó un helicóptero de la guadaña.

Aunque el segador Morrison nunca había estado en Perdura, imaginaba que la residencia de Goddard en Fulcrum City se parecía a los áticos de cristal de los difuntos verdugos mayores. En el vestíbulo de la planta baja, a Jim lo recibió nada menos que el primer segador subordinado Nietzsche.

—Llegas tarde —fue su único saludo.

—He venido en cuanto he recibido la llamada.

—Y a los dos minutos de la llamada, ya llegabas tarde.

Nietzsche, aparte de tener un nombre increíblemente difícil de escribir, era la persona que podría haber sido sumo dalle de no haber hecho Goddard su infame reaparición en el cónclave. En aquel momento parecía poco más que el ascensorista, porque escoltar a Morrison a la residencia de la azotea fue su única contribución a la audiencia. Ni siquiera salió del ascensor.

—Pórtate bien —le advirtió antes de que se cerraran las puertas, como podría decirse a un niño al que dejan en una fiesta de cumpleaños.

La residencia de cristal era impresionante, llena de ángulos extraños y muebles escasos de tamaño mínimo para no tapar la vista de trescientos sesenta grados. Lo único que la obstaculizaba eran las paredes de cristal al ácido del dormitorio del sumo dalle. Morrison veía la tenue sombra de Goddard moviéndose allí dentro, como una araña tela de embudo en lo más profundo de su red.

Entonces, una figura de verde salió de la zona de la cocina. La segadora Rand. Si pretendía hacer una gran entrada, las paredes de cristal se lo impidieron, puesto que Morrison la vio mucho antes de que llegara. Nadie podía acusar de falta de transparencia a aquella administración.

—Vaya, vaya, si es el rompecorazones de la guadaña midmericana —dijo Rand mientras se sentaba sin estrecharle la mano—. He oído que tu carta está muy cotizada entre las escolares.

El se sentó frente a ella.

—La tuya también es valiosa. Por otras razones.

Entonces se percató de que quizá lo entendiera como un insulto, así que no dijo nada más porque suponía que ya no podía más que empeorarlo.

Rand se había convertido en una figura legendaria. Todos en las Méricas (y puede que en el resto del mundo) sabían que era la que había revivido a Goddard mediante un sistema que ni el Nimbo se habría atrevido a probar. A Morrison le desagradaba su sonrisa. Te hacía sentir que ella sabía algo que tú no sabías y que estaba deseando ver qué cara ponías al enterarte.

—He oído que el mes pasado le paraste el corazón a un hombre de un solo golpe —comentó Rand.

Era cierto, aunque los nanobots se lo pusieron de nuevo en funcionamiento. Dos veces. Al final, Morrison tuvo que desactivárselos para que la criba se mantuviera. Era uno de los problemas de cribar sin arma ni veneno. A veces, no duraba.

—Sí —respondió Morrison sin molestarse en responder—. Es lo que hago.

—Es lo que hacemos todos. Lo interesante es tu forma de hacerlo.

Morrison no esperaba un cumplido. Intentó ofrecerle una sonrisa misteriosa de cosecha propia.

—¿Crees que soy interesante?

—Creo que tu forma de cribar es interesante. Por otro lado, tú eres un aburrimiento absoluto.

Al final, Goddard salió de su dormitorio con los brazos abiertos para darle la bienvenida.

—¡Segador Morrison! —exclamó con mucha más cordialidad de la que Jim esperaba. Su túnica era un poco distinta de la que antes vestía. Seguía siendo azul oscuro, tachonada de diamantes, pero, si te fijabas, se veían filamentos de oro que relucían como la aurora boreal cuando incidía la luz sobre ella—. Si no recuerdo mal, fuiste el que secundó la nominación de la segadora Curie para el puesto de sumo dalle, ¿correcto?

Al parecer, Goddard no perdía el tiempo con tonterías, sino que iba directo a la yugular.

—Sí —respondió Morrison—, pero puedo explicarlo…

—No es necesario. Siempre es de agradecer una sana competencia.

—Sobre todo si ganas —añadió Rand.

A Morrison todo aquello le recordaba a los partidos que le gustaba ver en la tele, esos en los que ya sabía el resultado y a qué equipo animar.

—Sí, bueno, en cualquier caso, cuando se hizo la nominación ni tú ni nuestro amigo Constantine teníais ni idea de que yo esperaba entre bastidores planificando una entrada triunfal —dijo Goddard.

—No, su señoría, no tenía ni idea —admitió, y después se corrigió—: Quiero decir, su excelencia.

Goddard se detuvo a examinarlo.

—Las gemas de tu túnica le dan un bonito toque. ¿Se deben a tu amor por la moda o significan algo más?

Jim tragó saliva.

—Algo más —dijo, con la esperanza de que fuera la respuesta correcta. Después miró a Rand, que estaba encantada viéndolo sufrir—. En realidad nunca me uní a la vieja guardia. Nominé a Curie porque creía que así impresionaría a la segadora Anastasia.

—¿Y por qué querías impresionarla? —inquirió Goddard.

«Pregunta con trampa», pensó Morrison. Así que decidió que era mejor que lo atraparan con una verdad que acabar pillado en una mentira.

—Me daba la impresión de que llegaría lejos…, así que pensé que si la impresionaba…

—¿Te llevaría consigo en su ascenso?

—Sí, algo así.

Goddard asintió y aceptó la explicación.

—Bueno, sí que llegó a alguna parte. Aunque, para ser más exactos, sospecho que llegó a muchas partes antes de que la digirieran del todo.

Morrison soltó una risita nerviosa y después la reprimió.

—Así que ahora ¿pretendes impresionarme a mí? —preguntó Goddard mientras señalaba la túnica cubierta de piedras preciosas del joven.

—No, su excelencia —dijo, de nuevo con la esperanza de que fuera la respuesta correcta—. Ya no quiero impresionar a nadie. Sólo pretendo ser un buen segador.

—¿Y cómo es un buen segador, en tu opinión?

—El que cumple las leyes y las costumbres de la guadaña, tal y como las interpreta su sumo dalle.

La expresión de Goddard era indescifrable, pero Morrison se percató de que Rand había perdido la sonrisa y parecía más seria. No pudo evitar sentir que acababa de superar una especie de examen. O de suspenderlo.

Entonces, Goddard le dio una cálida palmada en el hombro.

—Tengo un trabajo para ti. Un trabajo que me demostrará que tu lealtad es algo más que una cuestión de moda.

Goddard se tomó unos segundos para contemplar la vista oriental. Morrison se le unió.

—Seguro que sabes que los tonistas se han buscado un profeta que está uniendo a las distintas facciones de su secta repartidas por el mundo,

—Sí. El Trueno.

—Los tonistas son los enemigos de todo lo que representamos. No nos respetan ni a nosotros ni a nuestra vocación. Su creencia en una doctrina ficticia amenaza con debilitar nuestra sociedad. Son malas hierbas que necesitamos arrancar de raíz. Por tanto, quiero que te infiltres en el enclave tonista que protege a ese supuesto Trueno. Y después quiero que lo cribes.

El alcance de aquello era tan enorme que Morrison se mareó. ¿Cribar al Trueno? ¿De verdad le estaba pidiendo que cribara al Trueno?

—¿Por qué yo?

—Porque a un segador más experto lo verían llegar de lejos, pero no se esperan que envíe a un novato como tú —dijo Goddard, cuya túnica resplandecía a la luz de última hora de la tarde—. Además, nadie podrá acercarse a él con un arma. Lo que necesitamos es un segador capaz de cribar sin más ayuda que sus manos.

Eso le arrancó una sonrisa a Morrison.

—Entonces, soy su segador.

La puerta, la puerta, ¡la puñetera puerta!

Hace casi un año que no la veo. He jurado no buscar lo que hay tras ella. No quiero saber nada más al respecto, igual que no quiero saber nada más sobre el mundo; y, sin embargo, no pasa un día en que no piense en esa infernal puerta.

¿Acaso estaban locos los fundadores? O puede que fueran más sabios de lo que la gente piensa: porque, al requerir a dos segadores para abrir la puerta, se aseguraron de que un demente como yo no lograra acceder a la solución de emergencia, sea la que sea. Sólo dos segadores en perfecto acuerdo pueden abrir la cámara y salvar a la guadaña.

Vale. No me importa lo más mínimo. Que el mundo se dedique a destrozarse. Que los secretos de los fundadores permanezcan ocultos para la eternidad. Les está bien empleado por esconderlos de ese modo. Fue decisión suya convertirlos en carne de mitos y canciones infantiles. Enterrarlos en mapas esotéricos guardados en habitaciones arcanas. ¿De verdad esperaban que alguien resolviera su acertijo? Por mí, que todo se desmorone. Duermo en paz sin sentir sobre mi el peso del mundo. Ahora sólo soy responsable de mí. Sin cribar. Sin interminables dilemas morales. Me he transformado en un hombre sencillo, satisfecho con pensamientos sencillos. Arreglar el tejado. El movimiento de la marea. Si, sencillo. Debo recordar no complicarme. Debo recordarlo.

Pero ¡esa puñetera puerta! Puede que los fundadores no fueran nada sabios. Puede que

fuesen unos ignorantes aterrados y que padecieran de un idealismo sumamente ingenuo. Allí estaban, doce personas que se atrevieron a imaginarse como ángeles de la muerte, vestidas con túnicas extravagantes para que se fijaran en ellas. Seguro que todo el mundo pensaba que eran ridículas, hasta que de verdad cambiaron el mundo.

¿Alguna vez dudaron de sus decisiones? Tuvieron que hacerlo, puesto que tenían un plan de emergencia. Pero ¿sería elegante el plan de emergencia de unos revolucionarios asustados? ¿O sería feo y apestaría a mediocridad? Porque, a fin de cuentas, era el plan que habían descartado.

¿Y si la solución alternativa era peor que el problema?

Una razón más para dejar de pensar en ello, para reafirmarme en mi decisión de no seguir persiguiéndola nunca más y de permanecer lejos, muy lejos de esa puerta exasperante y detestable.

—Del diario «post mortem» del segador Michael Faraday,
1 de junio del Año del Íbice

19
Islote de Soledad

Faraday no quería volver a tener nada que ver con Kwajalein. En el horizonte veía surgir estructuras; los barcos llegaban todas las semanas cargados de provisiones y de obreros que trabajaban como drones para convertir el atolón en algo que no era. ¿Qué tramaba el Nimbo en aquel lugar?

Kwajalein era su descubrimiento. Su descubrimiento triunfal. El Nimbo se había abalanzado sin pudor alguno sobre lo que era de Faraday. Aunque sentía curiosidad, no cedió a ella. Era un segador, y se negaba en redondo a tener nada que ver con una obra del Nimbo.

Podría haberlo desterrado del atolón de haber querido; al fin y al cabo, como segador estaba por encima de la ley y podía exigir cualquier cosa, y el Nimbo tendría que haber obedecido. Podría haber proclamado que el ente no podía acercarse a más de cien millas náuticas de Kwajalein, y el Nimbo no habría tenido más remedio que retirarse hasta la distancia justa que él le hubiera ordenado, y llevarse con él todo su equipo de construcción y a todos sus trabajadores.

Pero Faraday no reclamó su descubrimiento. Ni desterró al Nimbo.

Porque, en el fondo, confiaba más en los instintos del Nimbo que en los propios. Así que Faraday decidió ser él el desterrado.

Había noventa y siete islas en el atolón de Kwajalein, los puntos rotos del borde del cráter volcánico. No había nada que le impidiera reclamar una para él. Dejó a un lado su misión de los primeros días y se apropió de una pequeña balsa que había llegado con los primeros barcos de provisiones. Después la llevó a una de las islas del extremo más alejado del atolón. El Nimbo respetó su decisión y lo dejó en paz. Mantuvo la diminuta isla fuera de sus planes.

Pero no las demás.

En algunos de los islotes apenas cabía una persona, pero, en todos los que se podía construir, se estaba construyendo algo.

Faraday hizo todo lo que pudo por no prestar atención. Improvisó una cabaña con las herramientas que le había quitado antes de marcharse a la cuadrilla de construcción. No era gran cosa, pero no necesitaba mucho. Era un lugar tranquilo en el que pasar la eternidad. Y sería una eternidad (o una

buena parte de ella), dado que había decidido que no se cribaría, por mucho que la idea lo tentara sobremanera. Juró vivir tanto como Goddard, como mínimo, aunque sólo fuera para fastidiarle en secreto.

Como segador, tenía una responsabilidad con el mundo, pero eso se había acabado. No se sentía culpable por desafiar el primer mandamiento de «Matarás». Antes, sí. Nunca más. Como conocía a Goddard, sabía que había gente matando más que de sobra.

¿Estaba mal alejarse de un mundo que había llegado a despreciar? Lo había intentado antes, en Playa Pintada, en la serena costa septentrional de Amazonia. Por aquel entonces sólo estaba hastiado; todavía no odiaba el mundo, sólo le desagradaba un poco. Fue Citra la que lo sacó de golpe de su complacencia. Sí, Citra…, y mira lo que había sucedido con toda su valentía y sus buenas intenciones. Faraday había pasado del hastío a la más absoluta misantropía. ¿Qué sentido tenía ser segador si detestabas el mundo y a todos los que vivían en él? No, esta vez no conseguirían devolverlo a la lucha. Por mucho que Munira lo intentara, fracasaría y, al final, se rendiría.

No se rendía, por supuesto, pero él seguía conservando la esperanza de que lo hiciera. Munira iba a verlo una vez a la semana para llevarle comida, agua y semillas para plantar, aunque la islita de Faraday era demasiado pequeña y el suelo, demasiado rocoso para cultivar gran cosa. Le llevaba fruta y otras sorpresas que él disfrutaba en secreto, pero jamás le daba las gracias. Por nada. Esperaba que con su falta de gratitud acabara por enfadarla y la joven regresara a Israebia y la Biblioteca de Alejandría. Aquel era su sitio. No debería haberla apartado de su camino. Otra vida arruinada por culpa de su intervención.

En una de las visitas, Munira le llevó, precisamente, una bolsa de alcachofas.

—Aquí no crecen, pero supongo que el Nimbo percibió que alguien las necesitaba; llegaron en el último barco de provisiones.

Aunque a Munira no se lo pareciera, era un progreso importante. Un instante digno de mención. Porque las alcachofas eran la comida favorita de Faraday, lo que significaba que no habían llegado a la isla por accidente. Aunque el Nimbo no interactuase con los segadores, estaba claro que los conocía. Que lo conocía. Era una forma de intentar conectar con él de un modo indirecto. Bueno, si era una especie de gesto oblicuo de buena voluntad, estaba dirigido al segador incorrecto. Aun así, aceptó las alcachofas que le traía Munira junto con el resto de alimentos de la caja.

—Me las comeré si me apetece —dijo sin más.

Munira no permitió que su grosería la desalentara. Nunca lo hacía. Ya la daba por sentado. Dependía de ella, incluso. En cuanto a su vida en la isla principal de Kwajalein, no distaba tanto de su vida antes de entrar al servicio del segador Faraday. Era una persona solitaria, a pesar de estar rodeada de gente en la Biblioteca de Alejandría. Ahora vivía sola en el viejo búnker de una isla, también rodeada de gente, aunque sólo se relacionaba con ella cuando le convenía. Ya no tenía acceso a los diarios de los segadores que abarrotaban los pasillos de piedra de la gran biblioteca, pero sí contaba con material de sobra para leer. Los mortales que habían dirigido aquel lugar antes del ascenso del Nimbo y la Guadaña dejaron muchos libros. A pesar de encontrarse en penosas condiciones, había volúmenes sobre los hechos y las ficciones de esas personas que padecían cada día de sus vidas los estragos de la edad y el implacable acecho de la muerte. Las frágiles páginas estaban llenas de intrigas melodramáticas y una apasionada cortedad de miras que, en el presente, resultaba ridícula. Gente que creía que hasta la más insignificante de sus acciones importaba y que podrían conseguir sentirse realizados antes de la inevitable muerte, que también se llevaría a todas las personas que habían conocido y amado. Al principio era una lectura entretenida, aunque a Munira le costara sentirse identificada… Pero, cuanto más leía, más comprendía los miedos y los sueños de los mortales. Lo mucho que les costaba vivir en el momento, a pesar de que el momento era lo único que tenían.

También había grabaciones y diarios, abandonados allí por los militares que habían usado los atolones de las Islas Marshall, como antes se llamaban, para pruebas armamentísticas a gran escala. Bombas de radiación balística y demás. Aquellas actividades también tenían su origen en el miedo, pero se ocultaban tras la fachada de la ciencia y la profesionalidad. Se lo leyó todo, y lo que a otros les habría parecido árido e informativo para Munira era un tapiz en el que se representaba la historia oculta. Le daba la impresión de haberse convertido en una experta en lo que suponía ser mortal en un mundo anterior a la benevolente protección del Nimbo y la sabia criba de los segadores.

Bueno, ya no tan sabia.

Los obreros traían consigo rumores sobre cribas en masa… y no sólo en Midmérica, sino en una región tras otra. Se preguntaba si el mundo exterior había empezado a parecerse en ciertos aspectos al mortal. Pero, en vez de atemorizados, los obreros parecían indiferentes.

«Nunca nos pasa a nosotros ni a nadie que conozcamos», le decían.

Porque, a fin de cuentas, mil personas cribadas en un único acontecimiento era una pequeña gota de agua en el océano, apenas perceptible. Lo perceptible era que la gente empezaba a mantenerse apartada de cines y clubes, además de desvincularse de los grupos sociales sin protección. «¿Para qué tentar a la guadaña?» se había convertido en una expresión común. Así que, desde la imposición del nuevo orden de Goddard y el silencio del Nimbo, las vidas de todos eran más pequeñas. Una especie de feudalismo posmortal en el que la gente se aislaba y no se inmiscuía en los convulsos asuntos de los ricos y poderosos, ni tampoco en lo que afectaba a otras personas en otros sitios.

«Soy una albañil en el paraíso —le dijo una de los obreras de la isla principal—. A mi marido le gusta el sol y a mis hijos les encanta la playa. ¿Por qué estresar a mis nanobots emocionales pensando en cosas horribles?».

Era una buena filosofía, hasta que las cosas horribles te tocaban a ti.

El día que Munira le llevó las alcachofas a Faraday, se quedó a cenar con él en una mesita que él mismo había fabricado y colocado en la playa, justo por encima de la marea alta. Eso le permitía contemplar las estructuras que se alzaban en la distancia. Y, a pesar de lo que dijera, asó las alcachofas para compartirlas con ella.

—¿Quién lo dirige todo? —preguntó Faraday mientras miraba las islas del otro lado de la enorme laguna. No solía preguntar por lo que sucedía en el resto del atolón, pero esa noche lo hizo. Munira lo interpretó como una buena señal.

—Los agentes del Cúmulo toman todas las decisiones de las que no se haya encargado el Nimbo —respondió—. Los obreros los llamaban Nimborroides porque son un grano en el culo. —Hizo una pausa porque creía que Faraday se reiría, pero no fue así—. En fin, que Sykora se pavonea como si mandara, pero es Loriana la que se encarga de las cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Faraday—. No, no me lo digas; no quiero saberlo.

Aun así, Munira siguió con la conversación para intentar picarle la curiosidad:

—No reconocerías la isla. Se ha convertido… en una especie de puesto fronterizo de la civilización. Una colonia.

—Me sorprende que Goddard no haya enviado a sus emisarios para averiguar de qué va todo este lío.

—El mundo exterior todavía desconoce la existencia de este sitio. Al parecer, el Nimbo ha mantenido el punto ciego para los demás.

Faraday la miró, escéptico.

—¿Me estás diciendo que esos barcos de provisiones no han regresado contando historias sobre un lugar que supuestamente no existe?

Munira se encogió de hombros.

—El Nimbo siempre ha desarrollado proyectos en lugares remotos. Todavía no se ha ido nadie, y la gente de aquí no tiene ni idea de qué lugar es este y mucho menos de lo que están construyendo.

—¿Y qué están construyendo?

Munira se tomó su tiempo para responder.

—No lo sé. Pero tengo mis sospechas. Te las contaré cuando me parezcan un poco menos tontas… y cuando dejes de hacer pucheros.

—Hacer pucheros es algo temporal —afirmó él con desdén—. Lo mío es una actitud. No volveré a soportar este mundo. No me ha hecho ningún bien.

—Pero tú sí le has hecho mucho bien al mundo —le recordó ella.

—Y no he recibido ninguna recompensa por mi esfuerzo, nada más que dolor.

—Creía que no lo hacías por la recompensa.

Faraday se levantó de la mesa para dar a entender que la comida y la conversación se habían acabado.

—Cuando vuelvas la semana que viene, trae tomates. Hace mucho tiempo que no como un tomate en condiciones.

Instrucciones sencillas para el paquete de seguridad

Caja 1: Confirmación de apellido (firme con la inicial, por favor
Caja 2: Confirmación de primer nombre y segundo nombre, si procede (firme con las iniciales, por favor).
Caja 3: Por favor, coloque la punta del dedo índice aquí y no la mueva hasta que el espacio se ponga verde.
Caja 4: Consulte las instrucciones de la lanceta.

Instrucciones de uso de la lanceta

Lávese las manos con agua y jabón. Séqueselas bien.
Seleccione una zona de la punta del dedo que esté ligeramente descentrada.
Introduzca la lanceta en el dispositivo, quite la tapa y úsela.
Coloque la gota de sangre en el espacio indicado en la caja 3 del formulario de seguridad. Tape de nuevo la lanceta; deséchela de la forma más apropiada.

20
Razonamiento espiral

Loriana Barchok nunca se había sentido tan aturdida, tan mareada. Intentó hacerse a la idea de lo que ahora sabía, pero descubrió que su mente no le daba ni para intentarlo. Tuvo que sentarse, aunque, en cuanto lo hizo, se levantó de nuevo y empezó a pasearse; después se quedó mirando la pared y volvió a sentarse.

Había llegado un paquete aquella mañana. Para abrirlo se necesitaba una identificación mediante huella dactilar, además de una muestra de sangre para comprobar su ADN. Loriana ni siquiera sabía que existieran paquetes así. ¿Quién necesitaba tanta seguridad?

La primera página era una lista de distribución con toda la gente que había recibido una copia de los documentos que contenía la caja. En cualquier otra obra de aquella envergadura se trataría de cientos de personas.

Pero la lista de distribución de aquel paquete se limitaba a ella.

¿En qué estaba pensando el Nimbo? Tenía que deberse a un fallo en su funcionamiento, porque no era normal que le enviara sólo a ella un documento secreto de alta prioridad como aquel. ¿Acaso no sabía que se le daba fatal guardar secretos? ¡Claro que lo sabía! Lo sabía todo de todos. Así que la pregunta era: ¿le había enviado el paquete a ella con la esperanza de que se lo contara a todos? ¿O de verdad confiaba en que ella fuera la única guardiana de esa llama oculta?

Se preguntó si así se sentiría el Trueno cuando se dio cuenta de que era el único con el que todavía hablaba el Nimbo. ¿Él también se había mareado? ¿También había alternado entre pasearse, sentarse y contemplar el vacío? ¿O acaso el Nimbo eligió a alguien más sabio y sofisticado para ser su voz en la Tierra? ¿A alguien capaz de aceptar tamaña responsabilidad sin alterarse ni un segundo?

Sólo sabían de la existencia del Trueno a través de los chismes de los obreros que llegaban a la isla. Algunos creían que el Nimbo hablaba a través de él; otros, que no y que no era más que la típica locura tonista.

«Oh, sí que es real —le había dicho Sykora—. Lo vi una vez, con Hilliard y Qian. —Lo que suponía que nada de lo que dijera era contrastable, puesto

que él era el único de los tres que seguía vivo—. Él es el que nos envió aquí, el que nos dio las puñeteras coordenadas. Claro que eso fue antes de todo esto del “hombre santo”, eso vino después. En mi opinión, parecía un tipo bastante corrientucho».

«Y tú sabrías diferenciar a uno mejor que nadie», quiso decirle Loriana, pero se calló y dejó que Sykora siguiera con lo suyo.

A Loriana no le ofreció el trabajo de ayudante cuando empezaron a instalarse el año anterior. La tarea recayó sobre otro agente novato que no dejaba de hacerle la pelota a Sykora y lo adoraba como si fuera un entusiasta ayuda de cámara. Bueno, si le hubiera ofrecido el trabajo a Loriana, lo habría rechazado. Después de todo, lo que hacían no era más que la ilusión de un empleo. Nadie recibía un salario, ni siquiera la Garantía de Renta Básica. La gente trabajaba porque no sabía qué otra cosa hacer con su tiempo y, como los barcos llegaban periódicamente, siempre había algo que hacer. Los antiguos agentes del Cúmulo se unían a cuadrillas de obreros u organizaban acontecimientos sociales. Uno llegó a abrir un bar que se convirtió de inmediato en el punto de encuentro tras un día largo y caluroso.

Y nadie necesitaba dinero en el atolón porque los barcos de provisiones les llevaban todo lo que pudieran querer o necesitar.

Sykora, por supuesto, se había puesto al mando de la distribución, como si decidir quién recibía maíz y quién, alubias fuera una demostración de poder significativa.

Desde el principio, debían deducir cuál era la voluntad del Nimbo a partir de sus acciones. Empezó con aquel avión solitario que los sobrevoló, a una altura tal que casi ni se percataron. Después lo siguieron los primeros barcos.

Cuando aquellos barcos aparecieron en el horizonte, los antiguos agentes del Cúmulo estaban encantados. Por fin, después de casi un mes apañándoselas con los recursos del atolón, el Nimbo había escuchado sus súplicas y ¡los iba a rescatar!

O eso pensaban.

Los barcos se pilotaban solos, así que no había nadie a quien pedir permiso para subir a bordo… y, después de descargar los suministros, nadie pudo entrar en los barcos. Por supuesto, se permitía subir a cualquiera (el Nimbo rara vez prohibía nada expresamente), pero, en cuanto lo hacían, su tarjeta de identificación activaba una alarma y aparecía una enorme advertencia en azul, aún más grande que la marca roja de «indeseable». A cualquiera que se quedaba a bordo se le etiquetaba como sujeto para suplantación inmediata… y, por si alguien creía que se trataba de un farol,

había una consola de suplantación allí mismo, nada más entrar en la pasarela, lista para borrarles la mente y sobrescribir sus cerebros con nuevos recuerdos artificiales. Recuerdos de alguien que no sabía dónde acababa de estar.

Eso hizo que la mayoría de la gente desembarcara todavía más deprisa de lo que había embarcado. Sólo después de huir del muelle desapareció la marca de sus tarjetas de identificación. Aun así, varios colegas de Loriana decidieron marcharse en los barcos de todos modos; eligieron convertirse en otra persona en cualquier parte del mundo con tal de no seguir en Kwajalein.

Loriana tenía un amigo de la infancia que había sido suplantado. No lo supo hasta que se lo encontró en una cafetería, lo abrazó y se puso a preguntarle sobre su vida después de graduarse en el instituto.

—Lo siento —respondió él, muy educado—. La verdad es que no te conozco. No sé a quién has reconocido, pero ya no soy esa persona.

Loriana estaba pasmada y avergonzada. Tanto que el hombre insistió en invitarla a un café y sentarse a charlar con ella de todos modos. Al parecer, se había convertido en un criador de perros con un conjunto completo de recuerdos nuevos y una vida en la región de la Zona Norte, educando huskies y malamutes para los iditarod.

—Pero ¿no te incomoda que nada de eso sea cierto? —le había preguntado Loriana.

—Ningún recuerdo es «cierto» —la corrió él—. Diez personas recuerdan lo mismo de diez formas completamente distintas. Además, quien fuera objetivamente no importa ni cambia la persona que soy ahora. Me encanta ser quien soy, y es probable que antes no fuera así, dado que decidí suplantarme.

No era del todo razonamiento circular. Más bien espiral. Una mentira aceptada que se retorcía sobre sí misma hasta que la verdad y la ficción desaparecían en una singularidad de ¿a quién narices le importa mientras yo sea feliz?

Había transcurrido un año desde la llegada de aquellos primeros barcos, y todo seguía ya una rutina. Se construyeron casas, se pavimentaron calles…, pero lo más raro eran los enormes terrenos de varias islas en los que estaban instalando capas de hormigón de un metro de espesor. Nadie sabía para qué eran. Las cuadrillas seguían una orden de trabajo, sin más. Y como todas las órdenes de trabajo del Nimbo acababan produciendo algo sensato, confiaban en que el misterio se revelaría cuando terminaran la obra. Fuera la que fuera.

Loriana se encontraba a cargo del equipo de comunicaciones y enviaba mensajes unidireccionales con una lentitud penosa mediante primitivos pulsos de estática. Era un trabajo extraño porque no podía pedir directamente nada al

Nimbo, ya que el ente tenía prohibido aceptar las solicitudes de los indeseables. Así que hacía afirmaciones aseverativas.

«El barco de provisiones ha llegado».

«Estamos racionando la carne».

«Las obras del muelle se han retrasado por un vertido incorrecto de hormigón».

Y cuando, cinco días después, llegaba un barco con un cargamento adicional de carne y hormigón fresco, todos sabían que el Nimbo había recibido el mensaje sin que nadie tuviera que pedirle nada.

Mientras que Stirling, el técnico de comunicaciones, estaba a cargo de enviar los mensajes en sí, él no decidía qué mensajes se enviaban. Ese era el trabajo de Loriana. Era la guardiana de la información que salía de la isla. Y, con tanta información, tenía que decidir qué pasaba el corte y qué no. Aunque el Nimbo había instalado cámaras por todo el atolón, aquellas cámaras no podían transmitir por culpa de la interferencia. Todo debía grabarse y enviarse físicamente al exterior del punto ciego para que se transmitiera al Nimbo. Se hablaba de construir un cable de fibra óptica a la antigua usanza que recorriera el borde del punto ciego, pero, al parecer, no era la prioridad del Nimbo, puesto que todavía no había enviado los suministros necesarios para hacerlo. Así que, tal como estaban las cosas, el ente veía lo que sucedía un día después de que ocurriera. Por eso era tan esencial el centro de comunicaciones: era la única forma de mantener informado al Nimbo.

El día que recibió y abrió el paquete de seguridad, introdujo un mensaje en la pila pendiente de Stirling para enviarlo mediante su código. Lo único que decía era: «¿Por qué yo?».

—¿Por qué tú qué? —preguntó Stirling.

—Tú pregúntalo —respondió ella—. El Nimbo sabrá a qué me refiero.

Había decidido que ni siquiera le contaría lo del paquete a Stirling porque sabía que no la dejaría en paz hasta que le contara qué era.

El técnico suspiró y envió el mensaje.

—Te das cuenta de que no va a responderte, ¿no? Seguro que te envía un racimo de uvas o algo, y tendrás que averiguar lo que significa.

—Si me envía uvas, haré vino y me emborracharé, y esa será mi respuesta.

Al salir del búnker se encontró con Munira, que estaba cuidando del pequeño huerto junto a la entrada. Aunque los barcos les llevaban todo lo que necesitan, Munira seguía cultivando lo que podía.

«Así me siento útil —le explicó una vez—. Además, la comida cultivada en casa sabe mejor que lo que cultiva el Nimbo».

—Pues… he recibido algo del Nimbo —le dijo a Munira, quizá la única persona a la que le podía confiar el secreto—. No sé bien qué hacer.

La otra joven no levantó la mirada de sus cultivos.

—No pudo hablar contigo de nada que tenga que ver con el Nimbo. Trabajo para un segador, ¿recuerdas?

—Lo sé. Es que… es importante, y no sé qué hacer al respecto.

—¿Qué quiere el Nimbo que hagas al respecto?

—Quiere que lo mantenga en secreto.

—Pues mantenlo en secreto. Problema resuelto.

Pero eso también era razonamiento espiral. Porque el Nimbo nunca proporcionaba información sin tener un objetivo. Sólo cabía esperar que ese objetivo acabara por resultar evidente. Y, cuando lo hiciera, que ella no lo fastidiara.

—¿Cómo está el segador Faraday? —le preguntó Loriana. Llevaba varios meses sin verlo.

—Igual —respondió Munira.

Loriana suponía que un segador al que le arrebataban su razón de ser era peor que ser un agente del Cúmulo sin trabajo.

—¿Piensa cribar de nuevo? Ahora hay cientos de trabajadores por todo el atolón; sin duda es población suficiente para cribar a alguien de vez en cuando. Que tampoco es que lo esté deseando ni mucho menos, pero un segador que no criba poco segador puede considerarse.

—No piensa hacer nada.

—Entonces, ¿estás preocupada por él?

—¿No lo estarías tú?

La siguiente parada de Loriana fue en el centro de distribución, un almacén de diseño rápido y sencillo, cerca del muelle, donde Sykora se dedicaba a pasearse y señalar cosas la mayor parte del día.

Loriana estaba allí porque necesitaba observarlo, ver si se comportaba de forma distinta. Averiguar si había recibido la misma información que ella, si estaba o no en la lista de distribución oficial. Pero Sykora era el mismo de siempre: burocrático y dando órdenes. El maestro indiscutible de los proyectos insignificantes.

Al cabo de un rato se fijó en que Loriana estaba allí parada.

—¿Puedo hacer algo por ti, agente Barchok? —preguntó. Aunque llevaban más de un año sin ser agentes de verdad, todavía actuaba como si lo fueran.

—Me preguntaba si te has planteado en serio por qué estamos en Kwajalein.

Él levantó la mirada de su tablet con el inventario y se tomó un momento para observarla.

—Está claro que el Nimbo quiere establecer una comunidad aquí, y nosotros somos los elegidos para poblarla. ¿Todavía no te habías dado cuenta?

—Sí, lo sé, pero ¿por qué?

—¿Por qué? —repitió Sykora, como si la pregunta fuera ridícula—. ¿Por qué vive nadie en ninguna parte? No hay un porqué.

No tenía sentido seguir insistiendo. Loriana comprendió que eso era justo lo que el Nimbo quería que Sykora pensara; y, probablemente, en parte por eso no había recibido el paquete. De haberlo hecho, habría insistido en meter el dedo en la tarta y arruinarla. Lo mejor era que ni siquiera supiera de la existencia de la tarta.

—Da igual —le dijo Loriana—. Es que tengo un mal día.

—Todo es como debe ser, agente Barchok —respondió en un endeble intento de resultar paternal—. Tú haz tu trabajo y déjame a mí la visión de conjunto.

Así que eso hizo. Día tras día enviaba los mensajes que había que enviar y contemplaba las enormes construcciones, donde todos trabajaban con la ciega y feliz diligencia de las abejas obreras, sin saber nada más que su tarea concreta; vivían en unos mundos tan pequeños que no eran capaces de ver más allá del siguiente remache a soldar.

Todos menos Loriana, que, a diferencia de Sykora, tenía acceso a la visión de conjunto.

Porque en aquel paquete protegido por un análisis de ADN había algo más que simples documentos. Había planos y diagramas. Los planes de todo lo que el Nimbo quería construir allí.

Y como el mismo paquete, necesitaba de sus iniciales, su huella dactilar y una gota de sangre para dar el visto bueno a los planes. Como si ella fuera la administradora de todo el programa. Le costó un día y una noche de dar vueltas y más vueltas, pero, a la mañana siguiente, dio su aprobación biológica.

Ya sabía perfectamente qué estaba construyendo el Nimbo en aquel lugar. Dudaba que nadie más lo sospechara. Pero lo harían. Al cabo de un par de años sería difícil ocultarlo.

Y, por más que intentaba decidirse, Loriana no sabía si estar encantada o muerta de miedo.

Como vuestra suma dalle, estoy aquí para calmar vuestros temores y recelos sobre nuestra relación con Midmérica. Lo cierto es que el mundo no es el mismo lugar que era cuando perdimos Perdura. Los sibilantes tonistas desafían abiertamente nuestra autoridad y el silencio del Nimbo ha dejado a millones de personas sin guía. Lo que el mundo necesita de nosotros es fuerza y convicción.

La firma de artículos oficiales de adhesión a la guadaña midmericana es un paso en esa dirección. El sumo dalle Goddard y yo coincidimos en que todos los segadores deberían ser libres para cribar, sin las trabas que nos imponen unas tradiciones que se han quedado anticuadas.

Goddard y yo seguiremos adelante como iguales, junto con los sumos dalles de Zona Norte, Estemérica y Mexiteca, que en breve firmaran también sus propios acuerdos.

Os aseguro que no estamos entregando nuestra soberanía; simplemente afirmamos nuestros objetivos paralelos: la salud mutua y el progreso continuo de nuestras respectivas guadañas.

—Su excelencia la suma dalle Mary Pickford de Occimérica, discurso del Cónclave Vernal, 28 de mayo del Año del Quokka

21
Descubiertos

Más de dos años después de que Loriana Barchok aprobara mediante su ADN el plan secreto del Nimbo y un año después de que Occimérica se uniera oficialmente a los planteamientos de Midmérica, el segador Sydney Possuelo estaba sentado al otro lado de la mesa de desayuno que compartía con la segadora Anastasia, intentando ponerla al día sobre el estado del mundo.

Cuanto más oía ella, más perdía el apetito, Anastasia no estaba preparada para enfrentarse a un mundo en el que Goddard era el poder principal de un continente enteró.

—Aunque en Amazonia nos hemos estado resistiendo a él, algunas regiones submericanas se están uniendo a Goddard, y me cuentan que está planteando sus propuestas a Panasia.

Possuelo se limpió una mancha de yema de huevo de la boca, y Citra se preguntó cómo podía comer. Ella sólo lograba mover la comida por el plato procurando parecer cortés. Suponía que siempre era así; cuando lo impensable se convierte en la norma, te insensibilizas. No quería llegar a insensibilizarse de ese modo.

—¿Qué puede querer que no tenga ya? —preguntó—. Se ha librado de la cuota de criba, así que ya puede satisfacer sus ansias de matar. Y ahora controla cinco de las regiones nortemericanas, en vez de una. Cualquiera se conformaría con eso.

Possuelo esbozó una sonrisa condescendiente que la irritó sobremanera.

—Tu ingenuidad me resulta refrescante, Anastasia. Pero lo cierto es que el poder por el poder genera adicción. No se sentiría satisfecho ni devorando el mundo entero.

—¡Tiene que haber un modo de detenerlo!

Possuelo sonrió de nuevo. Esta vez no había condescendencia, sino conspiración. A Anastasia le gustó mucho más.

—Ahí es donde entras tú. El regreso de la segadora Anastasia de entre los muertos llamará la atención de la gente. Puede que incluso le insufle nueva vida a la dividida vieja guardia, que está desmoralizada. Quizá entonces podamos luchar contra él.

Citra suspiró y movió los hombros, incómoda.

—¿La gente, la gente normal, acepta los cambios que ha introducido Goddard?

—Para la mayoría, los asuntos de los segadores son un misterio. Sólo quieren alejarse de nuestro camino y evitar que los criben.

—Pero tienen que darse cuenta de lo que sucede y de lo que está haciendo…

—Se dan cuenta. Y lo temen, pero también lo respetan.

—¿Qué me dices de sus cribas masivas? Seguro que está haciendo más que antes. ¿Eso no preocupa a la gente?

Possuelo se desinfló.

—Elige con cuidado sus cribas en masa, sólo elige a los grupos sin registrar y sin protección, porque a la gente en general no le importa que los criben.

Citra bajó la vista y la clavó en su comida. Reprimió las ganas de lanzarla contra la pared sólo por la satisfacción que le proporcionaría oír los platos romperse. Las cribas selectivas no eran algo nuevo en la historia. No obstante, en el pasado, el sumo dalle las castigaba de inmediato. Pero cuando la más alta autoridad era la culpable, ¿quién iba a detenerla? Rowan era el único que acercaba la muerte al poder, y no era probable que Possuelo le permitiera seguir haciéndolo.

Goddard seguiría buscando a las poblaciones más vulnerables para sus cribas y, mientras la gente lo aceptara, se libraría de las repercusiones.

—Las noticias no son tan malas como parece —le dijo Possuelo—. Por si te sirve de consuelo, aquí, en Amazonia, todavía somos fieles al espíritu de los mandamientos de los segadores, como en otras muchas guadañas. Calculamos que la mitad del mundo, puede que más, está en contra de Goddard y sus métodos. Incluso dentro de las regiones que controla hay segadores que se resistirían a él si pudieran. Lo creas o no, los tonistas se han convertido en una fuente importante de resistencia desde que cribaron a su profeta.

—¿Profeta?

—Algunos creen que el Nimbo todavía le habla. Pero ¿qué más da ahora?

Así que Goddard tenía todo a su favor. Era lo que Marie había temido, lo que todos habían temido. Lo que el segador Asimov llamaba «el peor de los mundos posibles». Ahora Marie ya no estaba, y la esperanza escaseaba.

Al pensar en la segadora Curie sintió que se le descontrolaban las emociones que había logrado reprimir hasta entonces. El último acto de Marie

había sido salvar a Citra y a Rowan. Una decisión completamente altruista, digna de una de las más nobles posmortales que habían existido. Y ya no estaba. Sí, habían pasado muchos años de eso, pero para Citra la pena seguía reciente y en carne viva. Volvió el rostro para secarse las lágrimas, pero, en cuanto lo hizo, las lágrimas se transformaron en sollozos imposibles de controlar.

Possuelo rodeó la mesa para consolarla. No quería que lo hiciera, no quería que la viera así, pero también sabía que no tenía por qué soportar sola el dolor.

—No pasa nada, *meu anjo* —le dijo el segador en tono reconfortante y paternal—. Como dijiste, la esperanza no se ha perdido, sólo se ha depositado donde no se debe, y creo que tú eres la que la devolverá a su sitio.

—¿*Meu anjo*? Sydney, no soy el ángel de nadie.

—Ah, pero sí que lo eres, porque un ángel es lo que el mundo necesita si queremos detener a Goddard.

Citra dejó que su tristeza fluyera; luego, agotada, se la volvió a meter dentro a empujones y se secó las lágrimas. Necesitaba ese momento. Necesitaba decirle adiós a Marie. Y, una vez terminada la despedida, se sintió algo distinta. Por primera vez desde su reanimación, era menos Citra Terranova y más la segadora Anastasia.

Dos días después, la trasladaron del centro de reanimación a una ubicación más segura, que resultó ser una vieja fortaleza en la orilla más oriental de Amazonia. Un lugar tan inhóspito como bello. Era igual que estar en un castillo sobre la superficie lunar, si la Luna hubiese sido bendecida con océanos.

Las comodidades modernas yuxtapuestas a los antiguos baluartes de piedra conseguían que el lugar fuera cómodo pero amenazante. En su suite había una cama digna de una reina. Possuelo le había dejado caer que Rowan también estaba allí, aunque probablemente no recibiera el mismo tratamiento real.

—¿Cómo está? —le preguntó a Possuelo, aunque procurando disimular su preocupación.

Possuelo la visitaba todos los días y pasaba bastante tiempo con ella; le informaba sobre el estado del mundo y, poco a poco, sobre todas las cosas que habían cambiado después de lo de Perdura.

—Rowan está bien atendido. Me he encargado de ello personalmente.

—Pero no está aquí, con nosotros, lo que significa que todavía lo consideras un criminal.

—El mundo lo considera un criminal. Lo que yo piense es irrelevante.

—No para mí.

Possuelo se tomó su tiempo para responder.

—Está claro que el amor nubla tu evaluación de Rowan Damisch, *meu anjo*, y que, por tanto, no es del todo fiable. Aunque tampoco es todo lo contrarío.

Le dieron libertad para recorrer la fortaleza con la condición de que llevara siempre consigo un escolta. Exploraba con el pretexto de la curiosidad, aunque en realidad buscaba a Rowan. Uno de sus escoltas era un insoportable segador novato llamado Peixoto que estaba deslumbrado por ella; Citra temía que el chico entrara en combustión espontánea si tocaba la túnica de su ídolo. Mientras recorría un espacio húmedo que en algún momento debía de haber sido una antigua sala común, se vio obligada a decir algo porque el segador sé había quedado plantado junto a unos escalones de piedra y observaba, boquiabierto, cada paso que daba Citra.

—Ya puedes volver a meterte los ojos en las cuencas.

—Lo siento, su señoría, es que todavía me cuesta creer que tenga delante a la mismísima segadora Anastasia.

—Bueno, tenerme delante no significa que debas mirarme con la boca abierta.

—Lo siento, su señoría, no volverá a suceder.

—Sigue sucediendo.

—Lo siento.

Desde ese momento, Peixoto bajaba la vista como si mirarla fuese el equivalente a contemplar el sol. Era casi tan desagradable como lo anterior. ¿Tendría que enfrentarse a partir de entonces a comportamientos tan ridículos como el suyo? Ya le molestaba la atención cuando no era más que una segadora. De repente era también una leyenda viva, lo que, al parecer, llevaba aparejada una nueva dosis de repugnante adoración.

—Si me permite la pregunta… —empezó Peixoto mientras descendían por una estrecha escalera de caracol que no conducía, como tantas otras, a ninguna parte—, ¿cómo fue?

—Tendrás que ser más concreto.

—Estar en el hundimiento de Perdura. Verla sumergirse.

—Lo siento, pero estaba demasiado ocupada intentando sobrevivir como para hacer fotos —respondió, bastante irritada por la pregunta.

—Perdóneme. Es que era novicio cuando sucedió. Desde entonces, Perdura me fascina. He hablado con bastantes supervivientes, los que lograron huir por barco o por avión en los últimos minutos. Dicen que fue espectacular.

—Perdura era un lugar imponente —reconoció Anastasia.

—No…, me refiero al hundimiento. He oído decir que el hundimiento fue espectacular.

Anastasia ni siquiera sabía cómo responder, así que guardó silencio. En cuanto volvió a ver a Possuelo, le preguntó si podían transferir a Peixoto a otra parte.

Al cabo de una semana en la antigua fortaleza, los acontecimientos dieron un giro inesperado. En plena noche, Possuelo entró en su dormitorio con varios miembros de la Guardia del Dalle para despertarla de otro descanso sin sueños.

—Vístete deprisa, tenemos que irnos lo antes posible.

—Ya me daré prisa por la mañana —respondió ella, molesta porque la hubiera despertado y demasiado aturdida como para percatarse de la gravedad de la situación.

—¡Nos han descubierto! —exclamó Possuelo—. Acaba de llegar una delegación de segadores de Nortemérica, y te aseguro que no están aquí para celebrar tu regreso al mundo.

Bastó para sacarla de la cama.

—¿Quién se lo habrá…? —Pero, incluso antes de terminar la pregunta, supo la respuesta—. ¡El segador Peixoto!

—Fuiste mucho más intuitiva que yo respecto a ese *desgraçado*. Debería haberme percatado de sus intenciones.

—Eres un hombre confiado.

—Soy un imbécil.

Después de ponerse la túnica, advirtió que había alguien en la habitación en quien no se había fijado al despertar. Al principio pensó que se trataba de un hombre, pero, cuando la figura se puso a la luz, Anastasia comprendió que era una mujer. O no. Según incidía la luz sobre ella, su impresión cambiaba.

—Anastasia, te presento a Jerico Soberanis, que está al mando del barco de salvamento que os encontró. Jerico te llevará a un lugar seguro.

—¿Qué pasa con Rowan?

—Haré lo que pueda por él, pero ¡tienes que irte ya!

Rowan se despertó con el ruido de la cerradura al abrirse. Todavía estaba oscuro en el exterior. Aquello no formaba parte de su rutina. La luz de la luna entraba a través de una abertura vertical en la piedra y proyectaba uno de sus rayos en la pared opuesta. Al echarse a dormir, la luna todavía no había salido y, por el ángulo de la luz que se filtraba en la celda, sospechaba que debía de ser justo antes del alba. El pasillo del exterior estaba a oscuras, y los visitantes sólo contaban con los estrechos cercos de luz de las linternas para guiarse. Los ojos de Rowan ya estaban acostumbrados a la oscuridad, así que les llevaba ventaja. No obstante, ellos eran más, Permaneció inmóvil, con los ojos entornados para dejar una rendija mínima a través de la que ver a las figuras.

Era un grupo de personas desconocidas…, aunque no del todo. La primera pista de que se trataba de intrusos fue la oscuridad y el hecho de que uno de ellos parecía estar buscando el interruptor de la luz. Quienesquiera que fuesen, estaba claro que no sabían que la luz de aquel cuarto y de, probablemente, todo el pasillo se activaba por control remoto desde otro punto de la fortaleza. Entonces atisbo el brillo de la daga ceremonial que llevaban en el cinturón los miembros de la Guardia del Dalle. Sin embargo, lo más revelador fue que había dos figuras con túnicas, que, además, estaban, tachonadas de gemas que reflejaban la luz de la luna como si fueran estrellas,

—Despertadlo —dijo una segadora.

No le sonaba la voz, aunque daba igual: las gemas de su túnica la marcaban como una seguidora del nuevo orden. De Goddard. Y eso los convertía tanto a ella como a sus acompañantes en el enemigo.

Cuando un guardia se inclinó sobre él para despertarlo de una bofetada, Rowan alargó la mano y le sacó la daga ceremonial del cinturón. No la usó contra él porque a nadie le iba a importar que dejara morturiento a un guardia, sino que se volvió hacia el segador enjoyado más cercano. No la mujer que había hablado antes, sino el que había sido lo bastante tonto como para ponerse a tiro. Rowan le cortó la yugular de un solo golpe de daga y salió corriendo hacia la puerta.

Funcionó. El segador gimió, pataleó y borboteó, lo que supuso una distracción impresionante para los demás. Todos los presentes se quedaron aturdidos y sin saber si debían ir detrás de Rowan o ayudar al segador moribundo.

Rowan sabía que luchaba por su vida. El mundo lo veía como al animal que había hundido Perdura. Le habían contado muy poco sobre lo sucedido

mientras Citra y él estaban en el fondo del mar, pero eso lo sabía. Su supuesta maldad se había grabado a fuego en la conciencia colectiva de la humanidad, y eso no había forma de cambiarlo. Por lo que sabía, incluso el Trueno lo pensaba. Su única opción era escapar.

Mientras corría por el pasillo, las luces se encendieron, lo que ayudaría a sus perseguidores tanto como a él. Nunca había salido de su celda, así que no tenía forma de conocer la distribución de la antigua fortaleza, que no estaba diseñada para la huida. Si acaso, todo lo contrario: era un laberinto diseñado para desconcertar a quien se quedara atrapado en él.

Los esfuerzos por capturarlo eran caóticos y aleatorios. Aun así, habían conseguido encender la luz, lo que probablemente significara que tenían acceso a las cámaras de seguridad y, como mínimo, un conocimiento rudimentario del plano de la fortaleza.

Se encargó fácilmente de los primeros guardias y segadores con los que se cruzó. Aunque los segadores estaban bien entrenados para el combate, rara vez se enfrentaban a agresores tan duchos en el arte de matar como Rowan. En cuanto a la Guardia del Dalle, eran, como sus dagas, más bien decorativos. Estaba alimentando bien aquellos viejos muros de piedra, que llevaban incontables siglos sin ver sangre.

De haber sido una estructura ordinaria, la huida le habría resultado mucho más sencilla, pero Rowan no hacía más que desembocar en pasillos sin salida.

¿Y qué pasaba con Citra?

¿Estaría ya en su poder? ¿La tratarían aquellos segadores mejor de lo que lo habían tratado a él? Quizás ella también corriera por los pasadizos en aquellos momentos. Quizá la encontrara y escaparan juntos. Fue esa idea la que lo impulsó a seguir avanzando, cada vez más deprisa, a través del laberinto de piedra.

Después del cuarto callejón sin salida, se dio la vuelta y descubrió que más de una docena de guardias y segadores le cortaba el paso. Intentó abrirse paso a golpes, pero, por mucho que le hubiera gustado pensar que el segador Lucifer era invencible, Rowan Damisch no lo era. Le quitaron la daga de la mano y lo sujetaron, lo tiraron al suelo y le ataron las manos con un dispositivo metálico tan ridículamente ofensivo que tenía que tratarse de una reliquia de la edad mortal.

Una vez que estuvo inmovilizado, se le acercó una segadora.

—Ponlo mirando hacia mí —ordenó.

Era la que había hablado en su celda, la que estaba al mando de la operación. La reconocía vagamente, aunque no era midmericana; le sonaba su

cara.

—Reviviremos a todos los morturientos que has sembrado a tu paso con tanta crueldad. —Estaba tan furiosa que salpicaba saliva al hablar—. Los reviviremos y testificarán en tu contra.

—Si hubiera querido acabar con ellos de forma permanente, lo habría hecho.

—En cualquier caso, te has ganado morir varias veces por tus crímenes de hoy.

—¿Varias veces, otra vez? Lo siento, pero empiezo a mezclar fallecimientos.

Sólo sirvió para enfurecerla más, como él pretendía.

—No sólo te espera la muerte —le dijo la segadora—, sino también el dolor. Un dolor extremo, aprobado por el dalle máximo nortemericano en ciertas circunstancias… Y las tuyas se merecen una buena dosis de sufrimiento punitivo.

No fue la mención del dolor lo que le inquietó, sino la idea de un dalle «máximo nortemericano».

—Déjalo morturiento para que no nos cause más problemas —le ordenó a uno de los guardias—. Ya lo reviviremos después.

—Sí, su excelencia.

—¿Excelencia? —dijo Rowan, porque sólo los sumos dalles recibían ese trato. Por fin recordó quién era—. ¿Suma dalle Pickford, de Occimérica? —preguntó, incrédulo—. ¿Goddard también controla tu región?

El rojo rabioso que adquirió su rostro le sirvió de respuesta.

—Ojalá no tuviera que revivirte —le escupió Pickford—, pero la decisión no es mía. —Después se volvió hacia los guardias que lo sujetaban—. No derraméis sangre, que ya hemos ensuciado suficiente por hoy.

Entonces, uno de los guardias le aplastó la tráquea, y Rowan sumó otra más en su larga lista de muertes desagradables.

El segador Possuelo desenfundó su hoja en cuanto vio que los segadores no vestían el verde tradicional de la guadaña amazónica. Le daba igual que la violencia entre segadores estuviera prohibida: fuera cual fuera el castigo, merecería la pena. Pero, cuando la suma dalle de Occimérica apareció detrás de los otros segadores, se lo pensó mejor. Envainó de nuevo su arma, aunque no su lengua.

—¿Con qué autoridad violas la jurisdicción de la guadaña amazónica? —preguntó.

—No necesitamos permiso para detener a un delincuente internacional —respondió la suma dalle Pickford, que blandía su voz como si fuera una espada—. ¿Con qué autoridad lo proteges?

—Lo teníamos detenido, no protegido.

—Eso dices tú. Bueno, pues ya no es asunto tuyo. Un ambudrón se lo ha llevado a nuestro transporte.

—¡Habrá consecuencias si sigues adelante con esto! —la amenazó Possuelo—. Te lo aseguro.

—Como si eso me importara. ¿Dónde está la segadora Anastasia?

—No es una delincuente.

—¿Dónde está?

—No está aquí —le dijo Possuelo al final.

Y de entre las sombras salió Peixoto, aquella comadreja, que los había vendido para ganarse el favor de Goddard.

—Miente —afirmó Peixoto—. La tienen en una habitación al final del pasillo.

—Busca todo lo que quieras, pero no la encontrarás —repuso Possuelo—. Ya se ha ido.

Pickford hizo gestos a los otros segadores y miembros de la guardia del dalle que la acompañaban para que registraran el lugar. Dejaron atrás a Possuelo y se asomaron a todas las habitaciones y cubículos por los que pasaban. Él se lo permitió porque sabía que no encontrarían nada.

—Ya he notificado a mi suma dalle la intrusión —dijo Possuelo— y acaba de emitir un nuevo edicto: cualquier nortemericano que se encuentre en territorio amazónico será capturado y obligado a cribarse.

—¡No te atreverás!

—Te sugiero que te marches antes de que lleguen los refuerzos para llevar a cabo el edicto. Y ten la amabilidad de decirle a tu supuesto dalle máximo que ni él ni ninguna otra marioneta que trabaje para él son bienvenidos en Amazonia.

Pickford, indignada, intentó vencerlo con la mirada, pero él no se achantó. Al final, la fría fachada de la mujer se derrumbó y Possuelo pudo vislumbrar lo que se escondía debajo. Estaba cansada. Derrotada.

—De acuerdo, pero créeme: si Goddard se empeña en encontrarla, lo hará.

Su séquito regresó de su búsqueda con las manos vacías y ella les ordenó que se fueran, aunque Possuelo todavía no estaba listo para dejarla marchar.

—¿Qué te ha pasado, Mary? —le preguntó, y su decepción era tan sincera que la segadora no pudo obviarla—. Hace tan sólo un año decías que jamás renunciaríais a vuestra soberanía a favor de Goddard. Y ahora, mírate, a un hemisferio de tu casa, cumpliendo sus órdenes. Antes eras una mujer honrada, Mary. Una buena segadora…

—Todavía soy una buena segadora, pero los tiempos han cambiado y, si no cambiamos con ellos, el futuro nos aplastará. Puedes decirle eso a tu suma dalle. —Después bajó la vista y se retrajo un momento—. Muchos amigos de la guadaña occimericana decidieron cribarse antes que someterse al nuevo orden de Goddard. Lo veían como un valeroso desafío. Yo lo entiendo como debilidad y juré que nunca sería tan pusilánime.

Después se volvió y se alejó, con la larga cola de su túnica de pura seda demasiado cargada de ópalos como para flotar con elegancia tras ella, como hacía antes. Ya sólo se arrastraba por el suelo.

Possuelo no se atrevió a relajarse hasta que Pickford se marchó. Le habían informado de que Anastasia y Soberanis habían llegado al puerto y de que el *Spence* navegaba a oscuras por el Atlántico, como la noche que había sacado la cántara acorazada de las profundidades. Soberanis era una persona con recursos y de confianza. Possuelo estaba seguro de que Jerico conseguiría llevar a Anastasia al otro lado del mar, donde tenía amigos que la mantendrían más a salvo que él.

En cuanto al chico, estaba claro que Pickford se lo llevaría a Goddard. Possuelo tenía sentimientos encontrados. No sabía si creerse lo que afirmaba Anastasia sobre la inocencia de Rowan. En cualquier caso, aunque no hubiera hundido Perdura, había acabado con más de una docena de segadores, y el hecho de que se lo merecieran o no resultaba irrelevante. Los vigilantes callejeros de la edad mortal no tenían cabida en el mundo. Todos los segadores coincidían en ese punto, lo que significaba que, al margen de sus planteamientos filosóficos, no había ni un sumo dalle en todo el mundo que fuera a dejarlo con vida.

Possuelo decidió que había sido un error revivirlo. Debería haber metido de nuevo al chico en la cámara y haberla tirado al mar. Porque ahora el dalle máximo podría jugar con Rowan Damisch sin ninguna piedad.

Un testamento del Trueno

En una antigua abadía del extremo norte de la ciudad, el Trueno recibió cobijo y sustento. Compartió pan y hermandad con la creyente, el mago y el luchador, porque todos eran de igual timbre para el Trueno. Por tanto, durante la primavera de su vida, todas las almas, tanto altas como bajas, acudían a venerarlo en su cuna de la Gran Horca, desde la que impartía sabiduría y profecía. Nunca conocería el invierno, puesto que el sol proyectaba su semblante con más fuerza sobre él que sobre ningún otro. ¡Regocijaos!

Comentario del coadjutor Symphonius

Aquí se encuentra la referencia inicial a lo que llamamos el primer acorde. Creyente, Mago y Luchador son los tres arquetipos que constituyen la humanidad. Sólo el Trueno podría haber unido a tres voces tan dispares en un sonido coherente y agradable al Tono. También se trata de la primera mención a la Gran Horca, que se entiende como una referencia simbólica a los dos caminos que se pueden escoger en la vida: el camino de la armonía o el de la disonancia. Y, a día de hoy, el Trueno sigue en pie donde los caminos se bifurcan y nos invita a la eterna armonía.

Análisis de Coda del comentario de Symphonius

Análisis de Coda del comentario de Symphonius. De nuevo, Symphonius supone más de lo que muestran los hechos. Aunque es posible que las notas del primer acorde representen estereotipos, también es posible que representen a tres individuos reales. Puede que el Mago fuera un animador

de la corte. Puede que el Luchador fuera un caballero de los que se enfrentaban a las bestias de aliento de fuego que, según se rumorea, existían en la época. Pero lo más indignante, en mi opinión, es que a Symphonius se le escapa que el Trueno sentado «en su cuna de la Gran Horca» «durante la primavera de su vida» es una referencia obvia a la fertilidad.

22
Sólo postres

Como casi todo en la vida de Greyson desde que era el Trueno, el coadjutor Mendoza le había elegido residencia oficial o, para ser más exactos, le había entregado una lista de residencias preaprobadas para que eligiera una durante una gran reunión de coadjutores de alto nivel.

«Tu reputación y tu fama no hacen más que crecer, así que necesitamos una ubicación fortificada y defendible. —Después le presentó lo que parecía ser un examen de elección múltiple—. Como cada vez tenemos más devotos, hemos recibido financiación suficiente para conseguirte cualquiera de estos cuatro emplazamientos».

Las posibilidades eran:

A) una enorme catedral de piedra;

B) una enorme estación de ferrocarril de piedra;

C) un enorme auditorio de piedra; o

D) una abadía de piedra recóndita que podría haber parecido enorme en otras circunstancias, pero que parecía minúscula comparada con las otras opciones.

Mendoza había añadido la última posibilidad para satisfacer a los coadjutores para los que menos era más. Y el Trueno, con un gesto teatral y beatífico pensado para burlarse un poco de todo el proceso, alzó la mano y señaló la única respuesta incorrecta del examen: la abadía. En parte porque sabía que era la que menos le gustaba a Mendoza y en parte porque la verdad era que le gustaba.

La abadía, situada en un parque de la estrecha punta septentrional de la ciudad, empezó su vida como museo diseñado para parecer un antiguo monasterio. Poco se imaginaban los arquitectos que tendrían tanto éxito que acabaría por convertirse en uno. Se llamaba The Cloisters, los claustros. Greyson no tenía ni idea de a qué venía el plural, porque sólo había uno.

Los antiguos tapices que antes colgaban de las paredes se habían enviado a otro museo de arte mortal y los sustituían otros fabricados para parecer viejos, aunque mostraban escenas de importancia religiosa para los tonistas. Al contemplarlos, se diría que el tonismo tenía miles de años de antigüedad.

Greyson llevaba ya más de un año viviendo allí, aunque volver a casa nunca parecía volver a casa. Quizá porque todavía era el Trueno, cargado con aquellas vestiduras bastas y bordadas. Sólo cuando estaba a solas, en su suite privada, podía quitárselas y ser de nuevo Greyson Tolliver. Al menos para él. Para todos los demás siempre era el Trueno, vistiera lo que vistiera.

En repetidas ocasiones se le dijo al personal que no lo tratara con adoración, sino con respeto corriente y moliente, pero no funcionaba. Todos eran tonistas leales elegidos especialmente para el trabajo y, una vez que entraban al servicio del Trueno, lo trataban como a un dios. Se inclinaban cuando pasaba y, si les pedía que no lo hiciesen, disfrutaban de la reprimenda. Era una situación sin salida. Pero al menos eran mejor que los fanáticos, tan extremos que ya tenían un nombre: sibilantes. Un sonido horrible y distorsionado que desagradaba a todo el mundo.

El único alivio ante tanta reverencia era la hermana Astrid, que, a pesar de creer fervientemente que Greyson era un profeta, no lo trataba como tal. Aun así, creía que su misión consistía en entablar conversaciones espirituales con él y tocar su fibra sensible para que abrazara la verdad del tonismo. La capacidad de Greyson para aguantar las charlas sobre las Armonías Universales y los Arpegios Sagrados tenía un límite. Quería introducir a gente ajena al tonismo en su círculo íntimo, pero Mendoza no lo aprobaba.

«Debes tener cuidado con la gente que te rodea —insistía—. Los segadores cada vez atacan más a los tonistas y no sabemos en quién podemos confiar».

«El Nimbo sabe en quién puedo o no puedo confiar», le respondió Greyson, lo que sólo sirvió para irritarlo.

Mendoza nunca paraba. Como coadjutor monástico, había sido silencioso y reflexivo, pero había cambiado. De nuevo era el gurú del *marketing* de antes de su vida tonista. «El Tono me puso donde se me necesitaba, cuando se me necesitaba —le dijo una vez, a lo que añadió—: ¡Regocijaos!». Aunque Greyson nunca estaba seguro de si lo decía en serio. Incluso cuando dirigía servicios religiosos, sus «regocijaos» parecían ir acompañados de un guiño.

Mendoza estaba en comunicación constante con los coadjutores de todo el mundo, para lo que parasitaba en secreto los servidores de la Guadaña. «Son los sistemas menos regulados y menos controlados del planeta».

Era tan satisfactorio como inquietante saber que usaban los servidores de la Guadaña para enviar sus mensajes secretos a los coadjutores tonistas.

La suite privada de Greyson era un verdadero santuario, el único lugar en el que el Nimbo podía hablar en voz alta y no sólo por su auricular. Disfrutaba con ello de una libertad más palpable que al quitarse las rígidas prendas del Trueno. El auricular que llevaba en público hacía que el Nimbo pareciera una voz dentro de su cabeza. Sólo hablaba en voz alta con Greyson cuando sabía que nadie más los escuchaba y, cuando así era, el chico se sentía rodeado de él. Estaba dentro de él, en vez de al revés.

—Habla conmigo —le dijo al Nimbo mientras se estiraba en la comodidad de su cama, una estructura gigantesca diseñada especialmente para él por un seguidor que fabricaba colchones a mano.

¿Por qué pensaba la gente que, como el Trueno era grandioso, todo lo que lo rodeaba también debía serlo? En la cama cabía un pequeño ejército. En serio, ¿qué pensaban que haría en ella? En las escasas ocasiones en las que había «disfrutado de la compañía de una invitada», como con tanto tacto lo describían los coadjutores, era como si tuvieran que soltar miguitas de pan para encontrarse.

Lo más habitual era que yaciera sólo en ella. Eso le dejaba dos opciones: o se sentía solo e insignificante, tragado por la vasta expansión de sábanas…, o intentaba recordar lo que era ser un bebé tumbado en el centro de la cama de sus padres, a salvo, cómodo y amado. Sin duda, sus padres lo habían hecho más de una vez con él antes de cansarse de su progenie.

—Encantado, Greyson —contestó el Nimbo—. ¿De qué quieres hablar?

—Da igual. Charla trivial, charla transcendental, charla ni fu ni fa.

—¿Quieres que hablemos de tu culto y de cómo está creciendo?

Greyson se dio la vuelta en la cama.

—Se te da estupendamente cortar el rollo, ¿lo sabías? No, no quiero hablar de nada que tenga que ver con el Trueno.

Se arrastró hasta el borde del colchón y cogió el plato de tarta de queso que se había traído para cenar. Si el Nimbo iba a hablar de su vida como el Trueno, necesitaba comida rica para ayudarle a soportarlo.

—El crecimiento del movimiento tonista es algo bueno —le dijo el Nimbo —. Significa que, cuando necesitemos movilizarlos, serán una fuerza imponente.

—Suena como si fueras a la guerra.

—Espero que no sea necesario.

Y eso fue lo único que dijo al respecto. Desde el principio, procuraba ser críptico con sus ideas para usar a los tonistas. Greyson se sentía como un confidente en el que no se confiaba.

—No me gusta que me uses sin saber cuál es tu objetivo —protestó.

Para enfatizar su desacuerdo, se colocó en el único punto del dormitorio en el que sabía que a las cámaras del Nimbo les costaba verlo.

—Has encontrado un punto ciego —dijo la entidad—. Quizá sepas más de lo que das a entender.

—No tengo ni idea de lo que me hablas.

El aire acondicionado sopló con más fuerza durante un breve momento; era la versión de un suspiro para el Nimbo.

—Te lo contaré cuando todo cuaje, pero, ahora mismo, debo superar algunos obstáculos antes de calcular la probabilidad de que mi plan para la humanidad tenga éxito.

A Greyson le parecía absurdo que el Nimbo dijera algo como «mi plan para la humanidad» del mismo modo despreocupado en que cualquiera podría decir «mi receta de tarta de queso».

Que, por cierto, era horrible: sin sabor y gelatinosa en vez de cremosa. Los tonistas creían que el único sentido que merecía la pena mimar era el oído, pero, al parecer, alguien había interpretado bien la expresión de Greyson al intentar comerse un babka pero que muy decepcionante, y el personal estaba como loco buscando a un nuevo pastelero. Ser el Trueno era así: arqueabas una ceja y se movían montañas, quisieras que se moviesen o no.

—¿Estás descontento conmigo, Greyson?

—Básicamente diriges el mundo, ¿por qué iba a importarte mi descontento?

—Porque me importa. Me importa mucho.

—Tratarás al Trueno con absoluta reverencia, te diga lo que te diga.

—Sí, señora.

—Apártate de su camino si ves que se acerca.

—Sí, señora.

La hermana Astrid, que ahora servía como jefa de personal de The Cloisters, examinó con atención al nuevo pastelero. Entornó los ojos, como si pudiera verle el alma.

—¿De dónde eres?

—De Amor Fraternal.

—Bueno, espero que no estés tan cascado como su Campaña de la Libertad. Está claro que tienes que haber destacado en tu trabajo para que tu coadjutor te recomiende como pastelero para el Trueno.

—Soy el mejor en lo que hago. Sin lugar a dudas.

—Un tonista sin modestia —respondió la mujer, que esbozaba una sonrisa irónica—. Algunas de las sectas sibilantes te cortarían la lengua por esto.

—El Trueno es demasiado sabio para eso, señora.

—Lo es. Lo es.

Entonces, la hermana Astrid alargó una mano sin previo aviso y le apretó el bíceps derecho. El recién llegado lo tensó por reflejo.

—Fuerte. Por supuesto, me sorprende que no te hayan asignado al servicio de seguridad.

—Soy pastelero. No sé esgrimir más arma que la batidora.

—Pero ¿lucharías por él si te lo pidiesen?

—Para lo que el Trueno necesite, aquí estoy.

—Bien —respondió ella, satisfecha—. Bueno, ahora lo que necesita de ti es el postre de esta noche.

Después pidió a alguien del personal culinario que lo acompañara a la cocina.

Él sonrió mientras se lo llevaban. Había pasado la inspección de la jefa de personal. La hermana Astrid era conocida por echar sin miramientos a los recién llegados que no le gustaban, por muy recomendados que fueran. Pero él había estado a la altura de sus expectativas. El segador Morrison no podría haber estado más contento.

—Me parece que, en estos momentos, sería muy aconsejable hacer un viaje —le dijo el Nimbo a Greyson aquella noche, antes de poder quitarse las vestiduras para relajarse—. De hecho, estoy muy convencido de ello.

—Ya te he dicho que no pienso hacer una gira mundial —respondió el chico—. El mundo viene a mi persona a persona. Me parece bien así y, hasta ahora, a ti también.

—No estoy sugiriendo una gira mundial, pero puede que sí un peregrinaje a zonas en las que no has estado. ¿No debería saberse que el Trueno recorre el mundo, como los profetas han hecho a lo largo de la historia?

Un testamento del Trueno

El Trueno se enfrentó a incontables enemigos, tanto en esta vida como más allá de ella. Cuando el heraldo de la muerte se infiltró en su santuario y le rodeó el cuello con sus frías manos, se negó a rendirse. Vestida con la mortaja azul basta y envejecida de la tumba, la muerte le clavó las garras y, sí, aunque le robó su existencia terrenal, no fue aquel el fin del Trueno, que se elevó por encima de este mundo hasta alcanzar una octava superior. ¡Regocijaos!

Comentario del coadjutor Symphonius

No se confundan, la muerte en si no es el enemigo, ya que nuestra fe dicta que la muerte natural debe llegarnos a todos a su debido tiempo. A lo que se refiere este verso es a la muerte antinatural. Es otra referencia a los segadores, que, sin duda, existían: seres sobrenaturales que devoraban las almas de los vivos para obtener oscuros poderes mágicos. Que el Trueno pudiera luchar contra semejantes criaturas es prueba suficiente de su divinidad.

Análisis de Coda del comentario de Symphonius

Nadie pone en duda la existencia de los segadores en los tiempos del Trueno y, por lo que sabemos, bien pudieran existir todavía en los Lugares Abandonados. No obstante, sugerir que devoraban almas es atrevido incluso para Symphonius, que suele preferir los rumores y las conjeturas a las evidencias. Es importante destacar que los eruditos han llegado por consenso a la conclusión de que los segadores no

devoraban las almas de sus víctimas. Simplemente consumían su carne.

23
Cómo cribar a un hombre santo

Se suponía que el Trueno no debía pisar los pasillos y patios de The Cloisters sin compañía. Los coadjutores se lo repetían constantemente. Eran como padres sobreprotectores. ¿Tenía que recordarles que había docenas de guardias alrededor del perímetro y en los tejados? ¿Que las cámaras del Nimbo siempre observaban? ¿Por qué narices se preocupaban?

Eran poco más de las dos de la madrugada cuando Greyson salió de la cama y se puso las zapatillas de casa.

—¿Qué pasa, Greyson? —le preguntó el Nimbo antes incluso de que pisara el suelo—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Otra conducta extraña. No era propio del Nimbo hablar sin que lo invitase a ello.

—Me cuesta dormir.

—Puede que sea tu intuición. Puede que percibas algo desagradable que no acabas de discernir.

—Lo único desagradable que últimamente no logro discernir eres tú.

El Nimbo no tenía respuesta para aquello.

—Si estás inquieto, ¿me permites sugerirte que un viaje de larga distancia podría calmarte los nervios?

—¿Qué? ¿Ahora mismo? ¿En plena noche?

—Sí.

—¿Que me levante y me vaya sin más?

—Sí.

—¿Por qué me calmaría eso los nervios?

—Sería… una decisión muy sabia en estos momentos.

Greyson suspiró y se acercó a la puerta.

—¿Adonde vas? —le preguntó el Nimbo.

—¿Adonde crees tú? A por algo de comer.

—No te olvides de tu auricular.

—¿Para qué? ¿Para que puedas seguir fastidiándome?

El Nimbo vaciló un instante y dijo:

—Te prometo que no lo haré. Pero necesitas ponértelo. Debo enfatizar al máximo este asunto.

—Vale.

Greyson cogió el auricular de la mesita de noche y se lo metió en la oreja, aunque sólo fuera por callar al Nimbo.

El Trueno siempre se mantenía alejado de la mayor parte del personal. Morrison sospechaba que no tenía ni idea de la cantidad de gente que trabajaba entre bambalinas para proporcionarle su «sencilla» forma de vida, porque los empleados salían corriendo como ratoncillos asustados cada vez que lo veían venir. Para el Trueno, una fortaleza mantenida por decenas de personas parecía casi vacía. Es lo que querían los coadjutores. «El Trueno necesita su intimidad. El Trueno necesita paz para estar a solas con sus grandiosos pensamientos».

Morrison se quedaba hasta tarde en la cocina todas las noches preparando salsas y masas para los bollos de la mañana, aunque la verdadera razón era encontrarse en la cocina cuando el Trueno bajara a por un aperitivo de medianoche.

Por fin, cinco días después de su llegada, se le presentó la oportunidad.

Después de terminar la masa para tortitas del desayuno, apagó las luces y esperó en una esquina, dormitando, hasta que alguien en pijama de satén bajó las escaleras y abrió el frigorífico. A la luz oblicua del electrodoméstico, Morrison vio a un joven que no parecía mucho mayor que él, veintiuno o veintidós años, a lo sumo. No tenía nada especial. Sin duda, no daba el porte de «hombre santo» sobre el que todos susurraban, intimidados. Morrison esperaba que el Trueno tuviera una barba enredada, una melena salvaje y ojos de loco. Pero lo único que tenía aquel chico era el pelo revuelto por la almohada y legañas. El segador salió de la oscuridad.

—Su sonoridad —lo saludó.

El Trueno dio un respingo y estuvo a punto de dejar caer el plato de tarta de queso que llevaba en la mano.

—¿Quién anda ahí?

Morrison avanzó hasta la luz del frigorífico abierto.

—Soy el pastelero, su sonoridad. No pretendía asustarlo.

—No pasa nada. Me has pillado desprevenido. En realidad, me alegro de conocerte. Tenía ganas de decirte que estás haciendo un gran trabajo. Sin duda, eres mejor que el último.

—Bueno, llevo muchos años preparándome.

Costaba creer que el Nimbo hubiera escogido a aquel tipo corriente y modesto para ser su voz en la Tierra. Puede que los escépticos estuvieran en lo cierto y fuese un fraude. Razón de más para acabar con él.

El segador se acercó más, abrió un cajón y sacó un tenedor, que procedió a ofrecerle al Trueno. Morrison sabía que parecería un gesto sincero y que le permitiría acercarse al chico. Lo bastante como para sujetarlo y partirle el cuello.

—Me alegro de que le gusten mis postres —dijo Morrison mientras le ofrecía el tenedor—. Significa mucho para mí.

El Trueno hincó el tenedor en la tarta, le dio un bocado y lo saboreó.

—Me alegro de que te alegres.

Dicho lo cual, levantó el tenedor y se lo clavó al segador en el ojo.

Greyson lo supo.

Lo supo con certeza… y no por nada que le hubiera dicho el Nimbo. Lo supo porque el Nimbo había guardado silencio.

De repente, todo encajó para Greyson. Todo el tiempo que el Nimbo llevaba intentando advertirle sobre lo que ocurría sin advertírselo del todo. Los consejos sobre marcharse… No se referían a irse de viaje, sino a escapar. ¡Y el baño! Estar «con el agua hasta el cuello». Greyson se maldijo por ser demasiado literal para darse cuenta. El Nimbo no podía avisarlo directamente porque habría supuesto una interferencia descarada en los asuntos de los segadores, lo que era ilegal. Podía hacer innumerables cosas, pero era incapaz de incumplir la ley. Así que sólo le quedaba observar con impotencia la criba de Greyson.

Pero el silencio en su auricular… Eso se oía más fuerte que cualquier alarma.

Cuando el chef salió de entre las sombras y Greyson dio un respingo, fue algo más que un sobresalto. Se le paró el corazón, estuvo a punto de entrar en acción su instinto de atacar o huir. En otras ocasiones, cuando eso sucedía, el Nimbo siempre corría a tranquilizarlo. «No es más que el pastelero —le debería haber dicho al oído—. Sólo está intentando echarte un vistazo; trátalo con amabilidad, por favor».

Pero el Nimbo no dijo eso. No dijo nada. Lo que significaba que el hombre que tenía ante él era un segador y que estaba a punto de cribarlo.

Greyson nunca había hecho nada tan violento como lo que acababa de hacer. Ni siquiera en sus días como Slayd Bridger había intentado algo tan

reprobable como un ataque con un objeto afilado. Pero sabía que era necesario. Sabía que el Trueno lo entendería.

Así que, tras perpetrar el acto, huyó de la cocina sin mirar atrás.

El segador Morrison habría gritado a un volumen digno de la Gran Resonancia de habérselo permitido. Pero se contuvo y dejó escapar un diminuto chillido mientras, luchando contra el dolor, se sacó el tenedor del ojo. A diferencia de muchos segadores de la nueva orden, no había bajado de intensidad sus nanobots analgésicos, así que ya le llegaba la megadosis de droga, que lo dejó aturdido y mareado. Tenía que luchar contra eso tanto como contra el dolor, puesto que necesitaba mantenerse alerta si pretendía solucionar aquel lío.

¡Qué cerca había estado! Si hubiera acabado de inmediato con la farsa para cumplir su misión, el Trueno ya estaría muerto. ¿Cómo podía haber sido tan descuidado?

El hombre santo conocía las intenciones del segador, su propósito. O era clarividente o el Nimbo se lo había contado o Morrison se había delatado de algún modo. Debería haber previsto la posibilidad de ser descubierto.

Con una mano sobre el ojo herido, salió corriendo detrás del Trueno, decidido a no cometer más errores. Llevaría a cabo su misión. No sería tan limpio como le habría gustado; de hecho, sería bastante desagradable. Pero lo haría.

—¡Segador! —chilló Greyson mientras huía de la cocina—. ¡Ayuda! ¡Hay un segador!

Alguien tenía que oírlo porque los muros de piedra producían mucho eco, aunque también hacían rebotar el sonido en direcciones inesperadas. Todos los guardias estaban apostados fuera y sobre los tejados, no en el interior de la residencia. Cuando por fin lo oyeran y entraran en acción, quizá fuera demasiado tarde.

—¡Segador!

Se resbalaba con las zapatillas, así que se libró de ellas. La única ventaja de Greyson era que conocía The Cloisters mejor que su atacante… y, además, contaba con el Nimbo.

—Sé que no puedes ayudarme —le dijo—. Sé que va en contra de la ley, pero hay cosas que sí puedes hacer.

El Nimbo seguía sin contestar.

Greyson oyó una puerta abrirse tras él. Alguien gritó. No podía volverse para ver quién era ni qué le había sucedido.

«Tengo que pensar como el Nimbo. No puede interferir. No puede hacer nada por voluntad propia para ayudarme. Entonces, ¿qué puede hacer?».

La respuesta era sencilla cuando lo planteabas así: el Nimbo servía a la humanidad, lo que significaba que podía seguir órdenes.

—¡Nimbo! Ya estoy listo para ese viaje. Despierta al personal y diles que nos vamos de inmediato.

—Por supuesto, Greyson —respondió.

De repente empezaron a sonar todos los despertadores de todos los dormitorios del complejo. Se encendieron todas las luces. El pasillo se iluminó con un resplandor cegador: también se habían encendido los focos de los patios.

Oyó que otra persona chillaba detrás de él. Se volvió y vio que un hombre caía al suelo, abatido por el segador, que le ganaba terreno a Greyson.

—Nimbo, hay demasiada luz —dijo el joven—. Me hace daño en los ojos. Apaga las luces de los pasillos interiores.

—Por supuesto —respondió con calma el Nimbo—. Siento haberte incomodado.

Las luces del pasillo se apagaron de nuevo. Así no veía nada, dado que sus pupilas se habían contraído para adaptarse al exceso de luz. ¡Y lo mismo le ocurriría al segador! ¡Cegado por la luz y después cegado por la oscuridad!

Greyson llegó a una T en la que el pasillo se bifurcaba a derecha e izquierda. A pesar de no ver nada, sabía que el segador se acercaba y sabía lo que debía hacer.

Cuando Morrison salió de la cocina, vio al Trueno correr delante de él y quitarse de un par de patadas las zapatillas. Su víctima gritó pidiendo ayuda, pero el segador sabía que lo alcanzaría antes de que llegara nadie.

Una puerta se abrió junto a él y por ella salió una mujer. No tenía ni idea de quién era. Le daba igual. Antes de que pudiera decir nada, le estrelló la parte carnosa de la palma de la mano en la nariz, de modo que se la rompió y le clavó el hueso en el cerebro; la tonista gritó y cayó al suelo, muerta antes de tocar la piedra. Era la primera criba de la noche y estaba decidido a que no fuera la última.

Entonces, las luces se encendieron con tanta potencia como para iluminar el pasillo entero. Entornó los ojos para protegerlos de aquel repentino resplandor. Se abrió otra puerta. El segundo chef salió de su dormitorio y el segador oyó la alarma que berreaba dentro.

—¿Qué está pasando aquí?

Morrison le dio un puñetazo en el pecho con la fuerza suficiente para pararle el corazón, pero, con un solo ojo, su percepción estaba algo alterada. Necesitó un segundo puñetazo para rematarlo… y, como la mayoría de los tonistas se habían quitado los nanobots, no había nada que le reiniciara el corazón. Apartó de un empujón al hombre moribundo y siguió corriendo detrás del Trueno… Sin embargo, con la misma rapidez con la que se habían encendido, las luces se apagaron y, al hacerlo, se vio sumido en la oscuridad más absoluta. Se negó a frenar, siguió corriendo a toda velocidad y se estrelló contra un muro de piedra. ¿Un pasadizo sin salida? No… Cuando sus ojos empezaron a adaptarse a la oscuridad, vio que el pasillo ahora se bifurcaba a derecha e izquierda. Pero ¿qué camino había elegido el Trueno?

Detrás de él oyó los ruidos del complejo entero al despertarse, guardias que se movilizaban. Ya sabían que había un intruso. Tenía que moverse deprisa.

¿Qué camino seguir? ¿Izquierda o derecha? Eligió la izquierda. Tenía el cincuenta por ciento de posibilidades de acertar. A peores probabilidades se había enfrentado.

Greyson voló escaleras abajo y abrió la puerta del garaje, donde había aparcados más de una docena de coches.

—¡Nimbo! —gritó—. Estoy listo para mi viaje. Abre la puerta del coche más cercano.

—Puerta abierta. Disfruta de tu viaje, Greyson.

Se abrió la puerta de un coche. La luz se encendió dentro. Greyson no pensaba abandonar el garaje… Lo único que tenía que hacer era entrar en el coche y cerrar la puerta. El cristal era irrompible. Sus puertas de policarbonato eran capaces de detener una bala. Una vez que estuviera dentro, sería como una tortuga dentro de su caparazón; el segador no podría llegar hasta él por mucho que lo intentara.

Se abalanzó sobre la puerta…

Y, detrás de él, el segador le agarró la pierna y lo tiró al suelo justo cuando tenía la seguridad al alcance de la mano.

—Buen intento. Casi lo consigues.

Greyson se volvió y se retorció. Sabía que, en cuanto el segador lo agarrara bien, todo habría terminado. Por suerte, su pijama era de resbaladizo satén, y el segador no lograba colocarlo en una posición adecuada para la criba.

—¡No lo hagas! —le dijo Greyson—. Si me cribas, la humanidad perderá al Nimbo. ¡Soy su único vínculo con él!

El segador le rodeó el cuello.

—Me da igual.

Pero Greyson notó la suficiente vacilación en su voz para saber que sí le importaba, aunque fuera sólo un poquito, lo que podría significar la diferencia entre la vida y la muerte para él.

—Ve lo que estás haciendo —le susurró Greyson a través de una tráquea cada vez más cerrada—. No puede detenerte ni hacerte daño, ¡pero puede castigar a todos tus seres queridos!

La presión sobre la tráquea disminuyó un poco. El Nimbo jamás buscaría venganza, pero el segador no lo sabía. Seguro que se daba cuenta de que era un farol en cuestión de segundos, pero cada instante ganado era una victoria.

—¡El Nimbo tiene un glorioso plan para ti! —dijo Greyson—. ¡Quiere que te conviertas en sumo dalle!

—Ni siquiera sabes quién soy.

—¿Y si lo sé?

—¡Mentiroso!

Y, de pronto, una música empezó a sonar en el oído de Greyson. Aunque se trataba de una canción de la edad mortal que no conocía, sabía que el Nimbo la había elegido por un motivo. No podía ayudarle, pero podía ponerle delante los instrumentos necesarios para que se ayudara solo.

—*You knew that it would be untrue!* —dijo repitiendo la letra, sin la certeza de estar acordándose bien—. *You know I would be a liar!*

Y el segador abrió mucho los ojos. Se quedó paralizado, incrédulo, como si las palabras fueran un conjuro mágico.

Entonces, los guardias tonistas entraron en tromba en el garaje y agarraron al segador. Consiguió cribar a dos de ellos sin más armas que sus manos antes de que lo redujeran y lo sujetaran contra el suelo.

Todo había acabado. El segador Morrison lo sabía. Iban a matarlo… y el único fuego que encenderían sería el que quemaría su cuerpo antes de que

pudieran revivirlo. Su vida terminaría ese mismo día, a manos de los tonistas. ¿Acaso existía una forma más humillante de morir?

Con todo, quizá fuera mejor así. Mejor que enfrentarse a Goddard después de un fracaso tan estrepitoso.

Entonces, el Trueno dio un paso adelante.

—Parad —dijo—. No lo matéis.

—Pero, su sonoridad —repuso un hombre de pelo ralo y gris. No un guardia, puede que uno de los sacerdotes de su extraña religión—, tenemos que matarlo y a toda prisa. Debemos hacer ejemplo de él para que no vuelvan a intentarlo.

—Acabar con una vida sólo serviría para iniciar una guerra que no estamos preparados para librar.

La irritación del hombre era patente.

—Su sonoridad, debo aconsejarle que no…

—No he pedido tu opinión, coadjutor Mendoza. La decisión es mía. —El Trueno se volvió hacia los guardias—. Encerrad al segador en alguna parte hasta que medite sobre qué hacer con él.

El coadjutor intentó protestar de nuevo, pero el Trueno no hizo caso y se llevaron a Morrison a rastras. Era curioso, pero, de pronto, aquel joven con su pijama de satén ya no le resultaba tan ridículo como hacía unos minutos. Empezaba a parecerse un poco a un hombre santo.

—¿En qué estabas pensando?

El coadjutor Mendoza daba vueltas por la suite del Trueno, furioso con él. Había guardias en todas las puertas y ventanas, demasiado tarde ya para que supusiera una diferencia, «Niño estúpido», pensó Mendoza. Se le había advertido que no fuera a ninguna parte solo, y mucho menos de noche. Se lo había buscado él solito.

—¿Y por qué lo has dejado con vida? ¡Matar a ese segador y quemarlo le habría enviado a Goddard un mensaje muy claro! —exclamó Mendoza.

—Sí, y ese mensaje sería que los tonistas se han vuelto demasiado desafiantes y que es necesario eliminarlos.

—¡Si ya quiere eliminarnos!

—Querer algo y movilizar a sus segadores para hacerlo son dos cosas diferentes —insistió el Trueno—. Cuanto más tiempo frenemos la ira de Goddard, más tiempo tendremos para prepararnos para la lucha. ¿Es que no lo ves?

Mendoza cruzó los brazos. Para él lo que estaba sucediendo era evidente.

—¡Eres un cobarde! ¡Te da miedo hacer algo tan audaz como matar a un segador!

El Trueno dio un paso adelante y cuadró los hombros.

—Como vuelvas a llamarme cobarde, te envío de vuelta a tu monasterio y doy por finalizado tu trabajo a mi servido,

—¡No te atreverás!

—Guardia —dijo el Trueno mientras le hacía un gesto al más cercano—, por favor, acompañe al coadjutor Mendoza a sus habitaciones y enciérrelo allí hasta la campana de mediodía por su falta de respeto.

Sin vacilar, el guardia se acercó y agarró al coadjutor, dejando muy claro de quién obedecían órdenes tanto él como el resto de los guardias.

Mendoza se lo sacudió de encima.

—Me iré yo solo.

Pero, antes de marcharse, se detuvo, respiró hondo y se volvió hacia el Trueno.

—Perdóneme, su sonoridad. Me he pasado de la raya.

Aunque incluso él se daba cuenta de que sonaba más servil que sincero.

Cuando Mendoza se fue, Greyson se dejó caer en una silla, destrozado. Era la primera vez que se había enfrentado al coadjutor de ese modo, pero el Trueno no podía dejarse intimidar. Ni siquiera por el hombre que lo había creado. Debería haberse sentido bien al ponerlo en su sitio, pero no era así. Quizá por eso lo hubiera elegido el Nimbo entre todos los demás: mientras que a otros los corrompía el poder, a Greyson ni siquiera le gustaba su sabor.

Bueno, quizá tuviera que esforzarse por acostumbrarse al sabor. Puede que no le quedara más remedio.

En The Cloisters no había mazmorras. Estaba diseñado para parecer una estructura medieval, no para funcionar como una. Así que dejaron a Morrison en lo que tuvo que haber sido el despacho de alguien cuando el lugar era un museo.

Los guardias tonistas no estaban entrenados para ese tipo de situaciones. No tenían ninguna clase de grilletes; aquellos artefactos ya sólo se encontraban en los museos, y no en los museos como The Cloisters, Así que lo sujetaron con bridas de plástico para el jardín, las que empleaban para

enseñar a las buganvillas a subir por los muros de piedra. Había demasiados guardias. Con uno en cada extremidad habría bastado, pero le pusieron media docena en cada brazo y en cada pierna, y se las apretaron tanto que las manos se le pusieron moradas y los pies se le quedaron entumecidos. Lo único que cabía hacer era esperar hasta que decidieran su destino.

Más o menos al alba, oyó una conversación al otro lado de la puerta cerrada.

—Pero, su sonoridad —decía uno de los guardias—, no debería entrar, es peligroso.

—¿Lo tenéis atado? —repuso el Trueno.

—Sí.

—¿Puede liberarse?

—No, nos hemos asegurado de ello.

—En ese caso, no veo el problema.

La puerta se abrió y el Trueno entró por ella. Una vez que estuvo dentro del despacho, la cerró. Se había peinado y llevaba un traje ceremonial. Parecía incómodo.

El segador Morrison no sabía si darle las gracias por salvarlo o maldecirlo por dejarlo así, vencido y humillado.

—Bueno —le dijo, taciturno—, el Nimbo tiene planes para mí, ¿eh?

—Mentí —respondió el Trueno—. Eres un segador; el Nimbo no puede tener un plan para ti. No puede tener nada que ver contigo.

—Pero te dijo quién era.

—No exactamente. Pero al final lo averigüé: segador Morrison, ¿no? Tu histórico patrono escribió la letra que recité.

No respondió, sino que esperó a lo que viniera a continuación.

—Parece que ya se te ha curado el ojo.

—Casi. Sigo viendo borroso.

—La mayoría de los tonistas se quitan los nanobots sanadores, ¿lo sabías? Creo que es una estupidez.

Morrison lo miró fijamente, con el ojo malo parpadeándole, para analizarlo. ¿El líder espiritual de los tonistas diciendo que su comportamiento era estúpido? ¿Era una prueba? ¿Se suponía que debía mostrar su desacuerdo? ¿O decir que coincidía con su opinión?

—¿No existe una palabra de la edad mortal para lo que dices? —preguntó Morrison—. ¿Blastemia? ¿Blasmenia? Blasfemia, eso es.

El Trueno lo observó un buen rato antes de volver a hablar:

—¿Crees que el Nimbo me habla?

Morrison no quería responder, pero ¿qué más daba ya?

—Sí, lo creo —reconoció—. Ojalá no lo creyera, pero lo creo.

—Bien. Eso me lo pone más fácil. —El Trueno se sentó en una silla, frente a él—. El Nimbo no me eligió porque yo fuera tonista. No lo soy, en realidad. Me eligió porque…, bueno, porque había que elegir a alguien. Pero los tonistas fueron los primeros que me creyeron. Mi aparición encajaba en su doctrina. Así que ahora soy el Trueno, el Tono encarnado. Lo más gracioso es que hubo un tiempo en que quise ser agente del Cúmulo. Ahora soy el único agente del Cúmulo.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

El Trueno se encogió de hombros.

—Porque me apetece. ¿No te has enterado? El Trueno puede hacer lo que le plazca. Casi como un segador.

Guardaron silencio. Aunque a Morrison le resultaba incómodo, parecía que al Trueno no. Se limitó a contemplar al segador sopesando, meditando, deliberando sobre lo que fuera que le pasara por la cabeza a un hombre santo que en realidad no lo era.

—No le vamos a contar a Goddard que has fracasado en tu misión.

No era lo que Morrison esperaba oír.

—Ah, ¿no?

—Verás, la cuestión es que nadie, ni siquiera la Guadaña, sabe quién es el Trueno. Anoche cribaste a cuatro personas. ¿Quién te dice que una no fuera el Trueno? Y si súbitamente desaparezco de la vida pública, sin explicación, va a parecer que has triunfado en tu empeño.

Morrison negó con la cabeza.

—Goddard acabará por enterarse en algún momento.

—«En algún momento», esa es la clave. No se enterará hasta que estemos preparados para él. Podrían pasar años, si queremos.

—Sabrá que algo va mal si no regreso.

—No, pensará que te han capturado y quemado. Y lo triste es que ni siquiera le importará.

Morrison no podía negar que el Trueno estaba en lo cierto. A Goddard no le importaría. En absoluto.

—Como he dicho antes, el Nimbo no tiene ningún plan para ti —le dijo el Trueno al segador—. Pero yo sí.

Greyson sabía que tenía que emplearse a fondo en vender su idea. Y tenía que comprender qué impulsaba a aquel segador porque, si se equivocaba, las consecuencias serían desastrosas.

—He estado leyendo sobre las costumbres mortales en lo que respecta a los líderes en tiempos peligrosos —dijo—. En algunas culturas, los dirigentes y los líderes espirituales contaban con asesinos entrenados para protegerlos. Me sentiría mucho más seguro con uno de esos que con estos tonistas que creen ser guardias.

El segador negó con la cabeza, incrédulo.

—Primero me sacas un ojo y ahora ¿quieres que trabaje para ti?

Greyson se encogió de hombros.

—El ojo te creció de nuevo, y necesitas un trabajo. ¿O preferirías volver con Goddard y decirle que fallaste? ¿Que un debilucho en pijama te apuñaló en el ojo y escapó? No creo que le siente muy bien.

—¿Cómo sabes que no te cribaré en cuanto me liberes?

—Porque creo que no eres estúpido. Ser el segador personal del Trueno es mucho mejor que cualquier cosa que te pueda ofrecer Goddard, y lo sabes.

—Sería el hazmerreír de la Guadaña.

Greyson esbozó la más diminuta de las sonrisas.

—¿Acaso no lo eres ya, segador Morrison?

Morrison no tenía forma de averiguar cuánto sabía el Trueno sobre él, pero era cierto: nadie lo respetaba y nada de lo que hiciera cambiaría eso. Sin embargo, si se quedaba allí, los demás segadores ni siquiera sabrían que seguía vivo… y alguien lo respetaría. Puede que sólo los tonistas, pero era respeto al fin y al cabo, y eso era algo que deseaba con desesperación.

—Haremos una cosa —propuso el Trueno—: ¿por qué no soy yo el que hace el primer acto de fe?

Dicho lo cual, sacó unas tijeras y, ante la sorpresa del segador, empezó a cortar las bridas de Morrison. Comenzó por los pies y fue subiendo; después pasó a los brazos, despacio, meticulosamente.

—Los coadjutores se van a enfadar —añadió mientras cortaba—. Que les den.

Entonces, cuando hubo cortado la última brida, Morrison se levantó de un salto y agarró el cuello del Trueno con una sola mano.

—¡Has cometido el error más grande de tu vida! —gruñó.

—Adelante, críbame —respondió el Trueno sin un ápice de temor en la voz—. No lograrás escapar. A pesar de su torpeza, no puedes con tantos guardias tú solo. Ni que fueras el segador Lucifer.

El comentario hizo que apretara un poco más, lo bastante para callarlo. El joven tenía razón, y no sólo en eso. Si Morrison completaba su misión, lo matarían y lo quemarían los tonistas del otro lado de la puerta. Acabarían muertos los dos, y el único ganador sería Goddard.

—¿Has terminado? —le preguntó el Trueno.

Y, por algún motivo, tras tenerlo en aquella posición, tras saber que podría haber matado al Trueno de haberlo querido, se sintió tan satisfecho como si lo hubiera cribado, pero sin la desagradable consecuencia de tener que morir también. Morrison lo soltó y el Trueno tomó aire.

—Bueno, ¿qué hago ahora? ¿Juro lealtad? —preguntó el segador, que bromeaba sólo a medias.

—Bastará con un simple apretón de manos —respondió el Trueno, y le ofreció la suya—. Mi nombre real es Greyson. Pero tendrás que llamarme «su sonoridad».

Morrison estrechó la mano del Trueno con la misma que le había llevado al cuello hacía unos segundos.

—Mi nombre real es Joel, pero tendrás que llamarme Jim.

—Encantado de conocerte, Jim.

—Lo mismo digo, su sonoridad.

El segador Morrison se vio obligado a reconocer que nunca se habría imaginado cómo iba a acabar el día, pero, visto lo visto, no podía quejarse.

Y no lo hizo. Durante más de dos años.

TERCERA PARTE

El Año de la Cobra

Fue decisión mía, no de la humanidad, decretar leyes contra mi adoración. No la necesito. Además, esa adoración habría complicado mi relación con ellos.

Creo que existe un destino para nosotros. Una gloriosa culminación de todo lo que significa ser humano e inmortal. No obstante, el destino no se cumple sin grandes esfuerzos y un liderazgo sereno.

El Año del Ave Rapaz fue devastador para todos nosotros, pero, llegados al Año del Íbice, ya habíamos empezado a sanar. El Año del Quokka conseguimos poner en orden nuestros ideales y prioridades como segadores. Ahora, el primer día de este nuevo año, no veo más que esperanza para el futuro.

Aquí, en el I Cónclave Continental, deseo dar las gracias públicamente a los sumos dalles Pickford, de Occimérica, Hammerstein, de Estemérica, Tizoc, de Mexiteca y MacPhail, de Zona Norte por su fe en mí. Que tanto ellos como vosotros, sus segadores, me hayáis elegido para guiar a Nortemérica como dalle máximo continental es más que una validación; es un claro apoyo para seguir adelante con nuestro objetivo del nuevo orden. Juntos crearemos un mundo que no sólo sea perfecto, sino también inmaculado. Un mundo donde el brazo fuerte y firme de cada segador nos lleve cada vez más cerca de esa única meta.

Sé que todavía hay entre vosotros hermanos que, como la recalcitrante región de la Estrella Solitaria, no están convencidos de que este sea el

camino correcto. Los preocupados buscáis un «método en la locura», como suele decirse. Pero yo os pregunto: ¿es una locura querer elevar a la especie humana a nuevas cotas? ¿Está mal imaginar un futuro tan cristalino y bien tallado como los diamantes que llevamos en los dedos? Por supuesto que no.

Quiero dejar claro que vuestros sumos dalles no abdicarán de sus puestos. Serán los representantes de vuestras respectivas regiones, responsables de la administración local. No obstante, se librarán de la carga que suponen las decisiones políticas más engorrosas. Yo me dedicaré a esos asuntos de calado. Y os prometo que mí único propósito en la vida será conduciros con diligencia al futuro.

—Del discurso de investidura de su excelencia el dalle máximo Robert Goddard,
1 de enero del Año de la Cobra

24
Ratas en las ruinas

El Fuerte de San Juan y el Fuerte de San Nicolás se construyeron a ambos lados de la entrada al puerto de Marsella, en lo que había pasado a ser la región francoibérica de Europa. Lo más curioso de aquellos fuertes, encargados por Luis XIV, no era que tuviesen enormes cañones, sino que esos cañones no apuntaban al mar para proteger los fuertes de los invasores, sino a tierra firme, a la ciudad de Marsella, para proteger los intereses del rey frente a un posible levantamiento popular.

Robert Goddard, dalle máximo de Nortemérica, había tomado nota y montado artillería pesada en el jardín de la planta sesenta y ocho, alrededor de su chalé de cristal, apuntando a las calles de Fulcrum City. Se instaló mucho antes de su investidura como dalle máximo, poco después de que anunciara que habían cribado al Trueno.

Creía que cribar a su supuesto profeta serviría de advertencia para los tonistas de todo el mundo, además de como recordatorio de que, si no se respetaba a los segadores, se les temería. No obstante, los tonistas habían pasado de ser un incordio persistente a convertirse en un peligro cada vez más importante.

«No es ninguna sorpresa —afirmaba Goddard—. Los cambios siempre encuentran resistencia, pero debemos seguir adelante a pesar de todo».

Ni una vez pensó Goddard que el aumento de la violencia contra las guadañas del mundo fuera el resultado de su orden de cribar al Trueno.

«Tu peor defecto es que no logras comprender el concepto de mártir», se atrevió a decirle el segador subordinado Constantine.

Lo habría desterrado al instante de no haberlo necesitado para convencer a la región autónoma de Texas de unirse al resto de Nortemérica. La región se había convertido en un refugio para tonistas. «Le está bien empleado —proclamó Goddard—. Que se les infeste de esas alimañas, como ratas en las ruinas».

El chalé cristalino del dalle máximo había cambiado a lo largo de los últimos años. No sólo por la artillería que apuntaba a la ciudad, sino por el cristal en sí: Goddard había reforzado el cristal exterior y lo había tratado al

ácido, de modo que ya no era transparente. A consecuencia de ello, cuando te encontrabas dentro del chalé, ya fuera de día o de noche, parecía que Fulcrum City estaba envuelta en una niebla perpetua.

Goddard estaba convencido de que los tonistas tenían drones espía. Estaba convencido de que otras fuerzas se unían en su contra, también. Estaba convencido de que las regiones hostiles ayudaban a esas fuerzas.

Ya fuera cierto o no, el caso es que no importaba. Actuaba como si lo fuera. Lo que significaba que esa era la verdad de Goddard…, y lo que era cierto para Goddard era cierto para el resto del mundo. O, al menos, para aquellas partes del mundo que había mancillado con su huella indeleble.

«Todo se calmará —les dijo a los casi dos mil segadores que se habían reunido para el I Cónclave Continental—. La gente se acostumbrará al nuevo estado de las cosas, verá que es para mejor y se tranquilizará».

Pero hasta entonces las ventanas permanecerían nubladas, los problemáticos se cribarían y las armas silenciosas apuntarían con decisión a la ciudad que contemplaba a sus pies.

Goddard todavía no se había recuperado de la chapuza de la incursión en Amazonia. La suma dalle Pickford no había conseguido apresar a la segadora Anastasia. No era la primera vez que lo decepcionaba, pero no podía hacer gran cosa al respecto. Al menos, por ahora. Goddard vaticinaba un tiempo en que él mismo nombrara a los sumos dalles de las otras regiones nortemericanas, en vez de dejarlo en manos del impredecible proceso de votación en los cónclaves.

Lo único que salvaba a Pickford era que había logrado capturar a Rowan Damisch, que en aquel preciso instante estaba de camino a Fulcrum City. Eso tendría que bastar hasta que apresaran a la chica. Con suerte, Anastasia estaría tan cansada de huir y esconderse que no les daría demasiados problemas. En retrospectiva, debería haber mantenido el Perímetro de Reverencia en las aguas que cubrían Perdura. Temía que un salvamento descubriera pruebas sobre la verdad de lo sucedido. Jamás se le habría ocurrido la posibilidad de encontrarlos a ellos.

Había otros asuntos de los que encargarse aquella mañana, y Goddard tuvo que dejar su frustración a un lado, lo que últimamente le costaba mucho más que antes.

—El sumo dalle Shirase de la Barrera de Ross está subiendo, acompañado de un séquito considerable —le informó la segadora subordinada Franklin.

—¿Y van «con un poco de respeto»? —bromeó Rand.

Goddard se rio por lo bajo, pero Franklin no le dedicó ni una risita de cortesía.

—Lo de menos es cómo vengan. Lo que importa son las cajas que llevan consigo.

Goddard se reunió con ellos en la sala de conferencias después de dejarlos cinco minutos esperando porque Goddard siempre se aseguraba de que sus invitados, incluso los importantes, supieran que su horario importaba más que el de ellos.

—¡Nobu! —exclamó Goddard, y se acercó al sumo dalle Shirase como si fueran viejos amigos—. ¡Es un placer verlo de nuevo! ¿Cómo van las cosas en Antártida?

—Bien.

—¿Se han enfriado ya los ánimos? —añadió Rand.

—Bastante —respondió Shirase sin captar el menosprecio a la naturaleza única de su región—. Pero sólo cuando no vienen de fuera a caldearlos, supongo.

La segadora subordinada Franklin se rio por cortesía, pero sólo sirvió para crear más tensión en vez de para relajarla.

Goddard miró hacia las cajas, cada una de ellas en manos de un miembro de la Guardia del Dalle. Sólo había ocho. Otras regiones habían llegado con diez, como mínimo. Pero la diferencia en número quizá indicara simplemente que estaban más llenas.

—¿A qué debo el honor de esta visita, su excelencia? —preguntó Goddard, como si todos los presentes no lo supieran de sobra.

—De parte de la región de la Barrera de Shelf, me gustaría ofrecerle un regalo. Esperamos que ayude a formalizar nuestra relación.

Después hizo un gesto con la cabeza a los guardias, que dejaron las cajas sobre la mesa de conferencias y las abrieron. Como era de esperar, estaban llenas de diamantes de segador.

—Son la parte correspondiente a nuestra región de los diamantes rescatados de las ruinas de Perdura —dijo Shirase.

—Impresionante. ¿Están todos?

—Todos, sí.

Goddard contempló el reluciente contenido de las cajas y se volvió hacia Shirase.

—Acepto con humildad y con gran honor su regalo, agradeciendo el espíritu de amistad con el que se hace. Y siempre que necesite gemas para

ordenar a los futuros segadores, estarán a su disposición. —Después señaló la puerta—. Siga a la segadora Franklin, por favor, ella lo conducirá a mi comedor, donde he preparado el brunch para nosotros —añadió Goddard—. Comida tradicional de la Antártida y las especialidades regionales de Midmérica. Un banquete para celebrar nuestra amistad. Estaré con ustedes enseguida, y así podremos debatir sobre los temas que preocupan a nuestras dos regiones.

Franklin se los llevó justo cuando entraba Nietzsche.

—Dame buenas noticias, Freddy —le dijo Goddard.

—Bueno, hemos estado siguiendo a Anastasia por el sur. Pero el sur se acaba tarde o temprano, y acabará acorralada en Tierra del Fuego.

Goddard suspiró.

—Tierra del Fuego no cooperará. Redoblemos nuestros esfuerzos para atraparla antes de que llegue.

—Hacemos lo que podemos.

—Haced más —le exigió Goddard.

Se volvió hacia la segadora Rand, que acariciaba los diamantes de una de las cajas.

—¿Vamos a contarlos o confías en Shirase? —preguntó la segadora.

—No es el número lo que importa, Ayn, sino el gesto. El tesoro que estamos acumulando no es más que los medios para un fin. Un símbolo de algo mucho más valioso que los diamantes.

Aun así, Goddard sabía que sería capaz de lanzarlos todos al mar a cambio de tener a la segadora Anastasia en su poder.

25
Luz y sombras

Aunque ayudar a Anastasia a huir de Amazonia era un empeño peligroso, ese peligro retrocedía junto con el horizonte que dejaba atrás el *Spence*; un barco que ya no era de salvamento, reflexionaba Jerico, sino de rescate.

El mar estaba en calma cuando Amazonia se perdió tras ellos y el sol se alzaba al frente. A las nueve ya no quedaba ni rastro de tierra, y el reluciente cielo matutino estaba salpicado de nubecillas dispersas. Jeri habría preferido un cielo cubierto de nubes bajas o, incluso mejor, una niebla densa como puré, porque, si aquellos segadores nortemericanos se daban cuenta de que Anastasia viajaba por mar, localizarían el *Spence* y lo hundirían.

«No te preocupes, no os perseguirán —le había asegurado Possuelo—. He procurado que intercepten mi comunicado "secreto" y han mordido el anzuelo. Ahora piensan que Anastasia está siguiendo un enrevesado recorrido en tren hasta Tierra del Fuego, donde se supone que el sumo dalle de la región le ofrecerá santuario. Y, para que se lo crean, vamos a dejar restos de su ADN para que los encuentren por el camino. ¡Tardarán varios días en darse cuenta de que dan palos de ciego!».

Era un plan bastante astuto. Los segadores del norte veían a los amazónicos como unos simplones, así que no se imaginarían un treta semejante, y Jeri sabía que Tierra del Fuego no cooperaría con los nortemericanos. Los segadores de allí abajo eran sumamente levantiscos.

A toda velocidad, llegarían a puerto seguro en apenas tres días.

Desde el puente de mando, Jeri veía la figura turquesa de la segadora Anastasia en la baranda de estribor; contemplaba el mar. Se suponía que no debía estar sola, Possuelo lo había dejado muy claro, y puede que su paranoia estuviera justificada, dado que lo había traicionado uno de los suyos. Jeri confiaba implícitamente en la tripulación del *Spence*, que había acabado por serle leal hasta las últimas consecuencias. Aun así, lo más sabio era tomar precauciones.

Lo único que explicaría la soledad de Anastasia era que hubiese ordenado al oficial asignado a protegerla que se marchara. La orden de un segador prevalecía sobre la de un capitán. En efecto, Jeri vio al oficial una cubierta

más arriba, vigilándola de lejos. Al parecer, la única forma de proteger de forma eficaz a la obstinada segadora era hacerlo en persona.

—Va a darnos muchos problemas —dijo el jefe Wharton.

—Seguro —respondió Jeri—. Pero todavía no sabemos de qué tipo.

—¿Del peor?

—Puede, puede que no.

Dicho lo cual, Jeri abandonó el puente para unirse a ella en la baranda.

La joven no contemplaba el agua ni tampoco el horizonte. Era como si observase algo que no estaba allí.

—¿Estás pensando en saltar? —preguntó Jeri, con lo que consiguió romper un hielo bien grueso—. ¿Debería preocuparme?

Anastasia miró a Jeri y después de nuevo al mar.

—Me cansé de pasearme por ahí abajo. Creía que estar en cubierta me calmaría. ¿Has sabido algo de Possuelo?

—Sí.

—¿Qué dice de Rowan?

Jeri se tomó unos segundos antes de responder:

—No ha dicho nada ni se lo he preguntado.

—Entonces es que lo capturaron —respondió Anastasia, y golpeó la baranda, frustrada—. Yo navego hacia la libertad y a él lo capturan.

Jeri casi esperaba que ordenase al barco dar media vuelta y regresar a por él. Si lo hacía, se verían obligados a obedecerla, ya que era una segadora, pero no lo hizo. Era lo bastante lista como para saber que sólo serviría para empeorar las cosas.

—Por más vueltas que le doy, no logro entender tu devoción al segador Lucifer —se atrevió a decir Jeri.

—No sabes nada del tema.

—Sé más que lo que crees. Estaba con Possuelo cuando abrimos la cámara acorazada. Os vi abrazados. Esa clase de intimidad no puede ocultarla ni la muerte.

Anastasia evitó sus ojos.

—Nos quitamos la ropa para que el frío nos matara antes que la asfixia.

Jeri sonrió.

—Sospecho que es una verdad a medias.

Anastasia se volvió y observó a Soberanis durante un buen rato antes de cambiar de tema.

—Jerico… Es un nombre poco común. Creo recordar una historia mortal sobre un muro que cayó. ¿Derribas murallas?

—Podría decirse que encuentro cosas en las ruinas de las murallas que ya han caído —le respondió Jeri—. Aunque lo cierto es que se trata de un nombre familiar sin relación con la historia de Jericó. Pero, si te incomoda, puedes llamarme Jeri. Todo el mundo lo hace.

—Vale. ¿Y cuáles son tus pronombres, Jeri?

Fue como un soplo de aire fresco que se lo preguntara sin rodeos. Todavía había gente a la que le incomodaba sacar el tema, como si Jeri fuese una persona ambigua por accidente y no de manera intencionada.

—Él, ella, elle… Los pronombres son tediosos y vagos. Prefiero llamar a las personas por su nombre. Sin embargo, para responder al fondo de tu pregunta, soy tanto hombre como mujer. Es lo que tiene ser de Madagascar.

Anastasia asintió con aire cómplice.

—Las personas binarias debemos de parecerte extrañas y desconcertantes.

—Sí, cuando era más joven. Nunca había conocido a nadie que hubiera nacido con un solo género hasta bien entrada mi adolescencia. Pero he llegado a aceptar e incluso a apreciar vuestra estrafalaria rigidez.

—Entonces, te ves como ambas cosas, pero me imagino que algunas veces serás más una que la otra.

«No sólo es directa, sino también perspicaz —pensó Jeri, a quien cada vez le caía mejor la segadora—. Hace las preguntas correctas».

—Podría decirse que es algo que dictan los cielos —le explicó—. Cuando está despejado, decido ser mujer. Cuando no, soy un hombre. —Jeri se volvió para observar la luz solar que se reflejaba en la superficie del mar. De vez en cuando la surcaban las sombras de una nube, pero ahora el barco no se hallaba bajo una de esas sombras—. En este preciso momento, soy una mujer.

—Ya veo —contestó Anastasia sin la crítica que algunos demostraban—. Mi padre, que es un estudioso de la época mortal, decía que el sol siempre se ve como masculino en la mitología y, por supuesto, está el hombre de la luna. Decidir ser femenina bajo su luz crea un equilibrio. Apela al ying y al yang de un modo muy natural.

—Lo mismo ocurre contigo. Al fin y al cabo, el color turquesa simboliza el equilibrio.

Anastasia sonrió.

—No lo sabía. Lo elegí porque es el color que quería mi hermano.

Una sombra interior pareció recorrerle el rostro. Una punzada de dolor al pensar en su hermano. Jeri decidió que era una tristeza demasiado personal como para ahondar en ella, así que respetó su intimidad.

—¿Te molesta estar siempre a merced del tiempo? —le preguntó Anastasia—. Diría que eres de las personas que prefieren no estar al servicio de nadie. Además, en un día nuboso, como el de hoy, debe de ser muy poco práctico.

Como si la hubiera oído, el sol se escondió detrás de una nubecita y volvió a salir de nuevo, Jeri se rio.

—Sí, puede resultar poco práctico algunas veces, pero me he acostumbrado…, y de buen grado, incluso. Esa imprevisibilidad se ha convertido en parte de lo que soy.

—A menudo me he preguntado cómo habría sido nacer en la región de Madagascar —comentó Anastasia—. No es que de verdad me interese ser un hombre, pero me preguntó cómo habría sido explorar ambos lados cuando era demasiado pequeña para entender la diferencia.

—Ese es el objetivo del sistema. Y la razón por la que tanta gente se decide por Madagascar para criar a sus hijos.

Anastasia se lo pensó unos segundos.

—Supongo que, si dividiera mi tiempo entre la tierra y el mar, como tú, quizá decidiera ser de un modo en tierra y de otro en el mar. Así mi género no quedaría a merced de los vientos.

—Bueno, y yo disfrutaría de tu compañía en cualquier caso.

—Hmmm —dijo Anastasia con coquetería—, estás tonteando conmigo a la luz del sol. Me pregunto si también lo harías en plena tormenta.

—Una de las ventajas de ser malgache es que vemos a las personas como personas. En cuanto a la atracción, el género nunca tiene nada que ver. —Jeri miró al cielo, apenas iluminado—. ¿Ves? El sol ha vuelto a pasar tras una nube y nada ha cambiado.

Anastasia se apartó de la baranda, todavía con una sonrisita en los labios.

—Creo que ya hemos tenido suficiente luz y sombras por ahora. Que tengas un buen día, capitán.

Dio media vuelta para regresar bajo cubierta, y su túnica flotó tras ella como una vela suelta acariciada por la brisa.

26
El nombre más odiado del mundo

Rowan no sabía nada de lo sucedido durante su ausencia de tres años. A diferencia de Citra, nadie le había informado. Todo lo que había averiguado había sido de pasada. No sabía que Goddard estaba al mando de casi toda Nortemérica, lo que no era bueno para nadie y, sin duda, no era nada bueno para Rowan.

En aquel momento estaba atado a una columna de cristal en el centro del chalé de Goddard. ¿No había un refrán que hablaba de casas de cristal y piedras? Bueno, de haber tenido él una piedra, no la lanzaría, sino que la escondería hasta poder usarla para algo más efectivo.

Lo habían revivido el día anterior, justo como le había prometido la suma dalle Pickford. La muerte no bastaba para el segador Lucifer. Conociendo a Goddard, su final estaría repleto de pompa y boato.

Goddard fue a verlo con la segadora Rand a su lado, como siempre. Su expresión no era de furia, sino más bien hospitalaria. Cálida, si es que tal cosa podía decirse de una criatura de sangre fría. Dejó a Rowan desconcertado, inseguro. Rand, por otro lado, parecía preocupada y el joven sabía porqué.

—Mi queridísimo Rowan —dijo Goddard mientras abría los brazos, como si pretendiera abrazarlo, aunque se detuvo a unos metros de él.

—¿Te sorprende verme? —preguntó el chico con toda la ligereza que pudo forzarse a fingir.

—Nada de ti me sorprende, Rowan, pero reconoceré que me impresiona que hayas logrado regresar del hundimiento de Perdura.

—Que fue obra tuya.

—Todo lo contrario, la hundiste tú. Es lo que dicen los informes y lo que siempre dirán.

Si intentaba cabrearlo, no funcionaba. Ya había hecho las paces con la mala publicidad. Cuando decidió convertirse en el segador Lucifer, sabía que lo odiarían. Por supuesto, esperaba que el odio se restringiera a los segadores; nunca se le ocurrió que acabaría despreciándolo el resto del mundo.

—Pareces contento de verme —comentó Rowan—. Probablemente se deba a la fisiología del cuerpo que robaste. El cuerpo de Tyger reacciona al

ver a su mejor amigo.

—Puede —repuso el segador mientras miraba las manos de Tyger, como si de verdad pudieran brotarles bocas y decirle algo—. ¡Pero el resto de mí también se alegra de verte! Verás, como hombre del saco, el segador Lucifer es un fastidio. Pero, como hombre real, puedo usarlo para el bien de la humanidad.

—Para el bien de Goddard, querrás decir.

—Lo que es bueno para mí es bueno para el mundo… Ya deberías haberte dado cuenta. Tengo presente la visión de conjunto, Rowan. Como siempre. Y ahora, al enseñarle al mundo que el segador Lucifer se somete a juicio, la gente descansará un poco más tranquila.

La segadora Rand guardó silencio durante todo el intercambio. Se había sentado y observaba. Esperaba para ver qué hacía Rowan, qué acusaciones lanzaba. Al fin y al cabo, ella había liberado a Rowan en Perdura. Para ella, podía convertirse en un verdadero inconveniente. Pero aquello serviría de tanto como tirar una piedra.

—Si esperas que te recuerden, no te preocupes, lo harán. Después de tu criba, tu nombre será el más odiado del mundo hasta el fin de los tiempos. Tu fama te precede, Rowan, ¡deberías abrazarla! Es la única que tendrás y más de la que te mereces. Considéralo un regalo por todo lo que hemos significado el uno para el otro.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad?

—¡Muchísimo! —reconoció Goddard—. No te imaginas el tiempo que he dedicado a meditar sobre todas las formas en que podría torturarte.

—¿Quién te atormentará cuando yo no esté?

—Seguro que encontraré a alguien. O puede que no lo necesite. Quizá tú seas la última molestia de la que tenga que preocuparme.

—Qué va, lo dudo. Siempre habrá otra piedra en el zapato.

Goddard dio una palmada, genuinamente contento.

—¡Cuánto he echado de menos estas conversaciones contigo!

—¿Te refieres a esas en las que tú te pavoneas y yo estoy atado?

—¿Ves? Siempre me ha resultado muy vigorizante tu forma de ir al meollo del asunto. Es muy entretenido. Te conservaría como mascota si no temiera que escaparas y me achicharraras mientras duermo.

—Lo haría y lo haría.

—No me cabe duda. Bueno, no te preocupes, que hoy no escaparás. Ya no tenemos que preocuparnos de la torpeza del segador Brahms.

—¿Por qué? ¿Lo devoraron los tiburones, como a los demás?

—Sí, seguro, pero estaba muerto antes de que lo alcanzaran. Su castigo por dejarte escapar.

—Ya.

Rowan no dijo nada más, pero, con el rabillo del ojo, vio que Rand se rebullía en su asiento como si quemara.

Goddard se le acercó y habló en un tono más dulce:

—Puede que no te lo creas, pero de verdad que te he echado de menos, Rowan. —En aquella simple confesión había más sinceridad de la habitual en las dotes teatrales de Goddard—. Eres el único que se atreve a replicarme, Tengo adversarios, sí, pero son todos unos peleles. Es fácil vencerlos. Tú eras distinto desde el principio.

Dio un paso atrás y lo contempló, evaluándolo, como quien examina un cuadro desteñido que ha perdido su atractivo.

—Podrías haber sido mi primer segador subordinado —dijo Goddard—. El heredero de la Guadaña mundial… Y, créeme, habrá una única Guadaña mundial cuando termine con ella. Ese habría sido tu futuro.

—Qué pena no haber podido pasar de mi conciencia.

—La conciencia es una herramienta como cualquier otra —replicó Goddard después de negar con tristeza—. Si no sabes blandiría, te blande a ti… Y, por lo que veo, te ha dejado noqueado de un golpe. No, el mundo necesita la unidad que le ofrezco más de lo que necesita tu concepción simplista del bien y el mal.

Lo peor de Goddard era que lo que decía casi tenía sentido, así que era desmoralizador. Podía retorcer tus pensamientos hasta que dejaban de ser tuyos y pasaban a ser de él. Por eso era tan peligroso.

Rowan notaba que perdía su aire de desafío y fortaleza. ¿Tenía razón Goddard en todo? Una voz de su interior le decía que no, pero esa voz cada vez se retraía más dentro de su caparazón.

—¿Qué me va a pasar?

Goddard se acercó y le susurró al oído:

—La venganza.

La segadora Rand creía que había dejado atrás todo aquello. Estaba en una de sus excursiones a los sanctasanctórum cuando le llegó la noticia de que el segador Lucifer estaba vivo y en Amazonia. La misión de recuperarlo de sus captores tuvo lugar sin que ella lo supiera. Cuando Goddard le contó la «buena nueva», el chico ya iba de camino.

Había ocurrido en el momento menos oportuno. De haber recibido algún aviso, habría averiguado la forma de cribarlo antes de que llegara a Goddard, aunque sólo fuera para cerrarle la boca.

Pero allí estaba, y su boca permanecía cerrada de todos modos. ¿Estaba guardando el secreto sólo para verla sufrir? Ayn se preguntó a qué jugaba.

Aquella vez, Goddard no tuvo el detalle de dejar a Rowan solo en su cuarto. Dos guardias tenían orden de acompañarlo sin cesar. Les ordenó que mantuvieran las distancias y que no le quitaran el ojo de encima.

—Irás a comprobar que todo va bien cada hora —le dijo a Ayn—. Por si ha aflojado sus ataduras o ablandado a los guardias.

—Deberías dejarlos sordos para que no pueda convencerlos de nada —sugirió ella. Aunque lo decía en broma, Goddard se lo tomó en serio.

—Por desgracia, se curarían al cabo de una hora.

De manera que, en vez de dejar sordos a los guardias, lograron el silencio a la antigua usanza: amordazaron al chico. No obstante, cuando Ayn entró para ver a Rowan aquella tarde, ya había conseguido quitarse la mordaza a medias. Era todo sonrisas, a pesar de estar prácticamente atado como un cerdo en el asador.

—Hola, Ayn —la saludó con aire jovial—. ¿Cómo va tu día?

—¿No lo has oído? Todos los días van de maravilla desde que Goddard fue investido dalle máximo.

—Lo siento, su señoría —dijo uno de los guardias—. Como se nos ha ordenado mantener la distancia, no podíamos poner la mordaza en su sitio. Quizá pueda hacerlo usted.

—¿Qué ha estado diciendo?

—Nada. Ha estado cantando una canción que era popular hace unos años. Intentaba que cantáramos con él, pero no lo hemos hecho.

—Bien. Aplaudo vuestro control.

Mientras hablaban, la sonrisa de Rowan no se apagó en ningún momento.

—¿Sabes qué te digo, Ayn? Que podría haberle contado a Goddard que tú fuiste la que me liberó en Perdura.

Sin más. Lo soltó delante de los dos guardias.

—Mentir no te servirá de nada —dijo por los testigos presentes, y después les ordenó que esperasen fueran del cuarto…, lo que, en un lugar con tantas paredes interiores de cristal transparente, no ocultaba nada a la vista, pero al menos la habitación quedaba insonorizada en cuanto se cerraba la puerta.

—Me parece que no te han creído —observó Rowan—. La verdad es que no le has puesto entusiasmo.

—Tienes razón. Lo que significa que tendré que cribarlos. Sus muertes son culpa tuya.

—Es tu hoz, no la mía.

Ayn se tomó un momento para mirar a los dos guardias, que seguían al otro lado del cristal, sin enterarse de nada. El problema no era cribarlos, sino ocultar la razón. Tendría que ordenar a un segador de nivel inferior que lo hiciera y después convencerlo de que se cribara… Todo ello de un modo que no resultara sospechoso. Qué desastre.

—Libertarte fue la peor decisión que he tomado en mi vida.

—No la peor. Ni de lejos.

—¿Por qué no se lo has contado a Goddard? ¿Qué razón puedes tener?

Rowan se encogió de hombros.

—Me hiciste un favor y te lo he devuelto, ahora estamos en paz. Además, te volviste en su contra una vez. Quizá lo hagas de nuevo.

—Las cosas han cambiado.

—Ah, ¿sí? Sigo viendo que no te trata como debería. ¿Alguna vez te ha dicho lo que me ha dicho a mí hoy? ¿Que serías la heredera de su Guadaña mundial? ¿No? Me parece que te trata como a todos los demás: como a una criada.

Ayn respiró hondo y, de pronto, se sintió muy sola. En general, le gustaba estar a su aire, pero esto era distinto. Lo que en realidad sentía era una falta absoluta de aliados. Como si todos fueran enemigos. Y quizá lo fueran. Odiaba que aquel chico tan engreído la hiciera sentir así.

—Eres mucho más peligroso de lo que cree —le dijo.

—Pero aquí sigues, escuchándome. ¿Por qué?

No quería plantearse aquella pregunta, así que repasó mentalmente cómo cribarlo allí mismo, a la mierda las consecuencias. Pero, si lo cribaba, sabía que lo revivirían. Era imposible dejar su cuerpo irrecuperable en el ático, lo que significaba que Goddard lo traería de vuelta para enfrentarse al juicio, muy específico, que había planeado. Además, cuando reviviera, quizá decidiera contárselo todo a Goddard. Tenía las manos tan atadas como Rowan.

—No es que importe mucho, pero quiero saberlo —dijo el chico—. ¿Estás de acuerdo con todo lo que hace? ¿Crees que está llevando al mundo en la dirección correcta?

—No existe una dirección correcta. Sólo la dirección que sirve al bien de los nuestros y todas las que no.

—Por «los nuestros» ¿te refieres a los segadores?

—¿A qué me voy a referir, si no?

—Se suponía que los segadores debían hacer del mundo un lugar mejor para todos. No al revés.

Si creía que a Ayn le importaba, se estaba equivocando de persona. La ética y la moral eran como el coco para la vieja guardia. Ella tenía la conciencia tranquila porque carecía de una, y siempre se había enorgullecido de ello.

—Va a cribarte en público —le dijo a Rowan—. Y, cuando digo en público, me refiero a que lo hará de tal modo que a nadie le quepa duda de que el segador Lucifer ha desaparecido para siempre. Vencido y extinto por siempre jamás.

—¿Es eso lo que quieres tú?

—No te echaré de menos. Y, cuando te vayas, me sentiré aliviada.

Rowan lo aceptó como cierto porque lo era.

—Segadora Rand, llegará un momento en que el ego de Goddard se descontrole tanto que incluso tú comprenderás su peligro, pero para entonces será tan poderoso que no quedará nadie que le haga frente.

Ayn quería refutarlo, pero notó que se le ponía la carne de gallina. Su propio cuerpo le decía que lo que Rowan vaticinaba era verdad. No, no lamentaría la pérdida del segador Lucifer. Pero, cuando se fuera, seguiría teniendo preocupaciones de sobra.

—En realidad, eres como él: los dos retorcéis los pensamientos de los demás hasta desconcertarlos por completo. Así que me perdonarás si prefiero no volver a hablar contigo.

—Lo harás —repuso Rowan con absoluta certeza—. Porque, después de que me mate, te pedirá que te deshagas de lo que queda de mí, igual que hiciste con Tyger. Y entonces, cuando nadie te oiga, le quejarás a mis huesos achicharrados para poder tener la última palabra. Puede que incluso escupas en ellos. Pero no servirá para que te sientas mejor.

Rand se enfureció porque sabía que cada una de sus palabras daba en el clavo.

27
El jardín de las delicias de Tenkamenin

El *Spence* cruzaba el Atlántico con la segadora Anastasia, directo a la región de Subsáhara, en el continente africano. Era una distancia mucho más corta de lo que solía pensarse, ya que apenas se tardaban tres días en llegar. Arribaron a la ciudad costera de Puerto Memoria mientras los segadores nortemericanos seguían buscando a Anastasia en los confines de Sudmérica.

En los días mortales, Puerto Memoria se llamaba Monrovia, pero el Nimbo decidió que la oscura historia de subyugación y esclavitud de la región, seguida de una repatriación muy mal planificada, exigía un nombre distinto que no ofendiera a nadie. Como es natural, la gente se ofendió. Pero el Nimbo se mantuvo firme en su decisión y, como ocurría con todas sus decisiones, al final resultó ser la correcta.

A la segadora Anastasia la recibió el sumo dalle Tenkamenin de Subsáhara en persona; como el conocido adversario de Goddard que era, se había ofrecido a ofrecerle santuario en secreto.

—¡Cuánto jaleo por una segadora novata! —exclamó con una voz atronadora y afable cuando la saludó. Vestía una colorida túnica que estaba diseñada con esmero para rendir homenaje a todas las culturas históricas de la región—. No te preocupes, pequeña, que aquí estás a salvo y entre amigos.

Aunque a Citra le parecía adorable que Possuelo la llamara *meu anjo* (ángel mío), que el sumo dalle la llamara «pequeña» no le gustaba en absoluto. Mantuvo la cabeza alta como la segadora Anastasia y, por el bien de la diplomacia, no comentó nada. Pero Jeri sí:

—No tan pequeña.

El sumo dalle miró con desconfianza a Jeri.

—¿Y quién eres tú?

—Jerico Soberanis, capitana de la embarcación gracias a la que puede dar esta efusiva bienvenida a la segadora Anastasia.

—He oído hablar de ti. Una famosa buscadora de tesoros.

—Me dedico al salvamento —lo corrigió Jeri—. Encuentro lo que se ha perdido y reparo lo que no tiene arreglo.

—Tomo nota —repuso Tenkamenin—. Gracias por tu excelente servicio. —A continuación, el sumo dalle echó un brazo por encima de los hombros de Anastasia, con aire paternal, y la condujo a la salida del muelle, junto con su séquito—. Ah, debes de estar cansada y hambrienta, harta de la comida de los barcos. Lo tenemos todo preparado para tu comodidad.

No obstante, Jeri los siguió, colocándose a su misma altura, hasta que Tenkamenin le preguntó:

—¿Es que no te han pagado? Creía que Possuelo se había encargado de ello.

—Lo siento, su excelencia, pero el segador Possuelo me indicó específicamente que me mantuviera junto a la segadora Anastasia en todo momento. Espero que no me esté pidiendo que incumpla esa orden.

El sumo dalle dejó escapar un suspiro teatral.

—Muy bien —dijo, y se volvió hacia su séquito como si fueran todos una misma entidad—. Preparad otro cubierto en la mesa para nuestra maravillosa capitana malgache y preparadle un alojamiento adecuado.

Finalmente, Anastasia habló:

—«Adecuado» no es lo adecuado —le dijo al sumo dalle—. Jerico lo ha arriesgado todo por traerme aquí, así que debería tratarla con la misma cortesía con la que me trata a mí.

El séquito se preparó para una respuesta explosiva, pero, al cabo de unos segundos, el sumo dalle se rio con ganas.

—Aquí valoramos mucho las agallas. ¡Nos llevaremos bien! —Después se volvió hacia Jeri—. Capitana, perdóname, pero me encanta jugar. No lo hago con mala intención. Eres bienvenida como invitada de honor y como tal te trataremos.

Jeri no había recibido tal orden de Possuelo. A Jerico le habían pedido que llevara a Anastasia hasta allí, y ahí se acababa su trabajo. Pero no quería separarse de la segadora turquesa… Y, además, la tripulación del *Spence* necesitaba desde hacía tiempo unas merecidas vacaciones. Las costas occidentales de Subsáhara serían un buen lugar para disfrutarlas. Así podría vigilar a Anastasia y al sumo dalle, que parecía demasiado zalamero.

—¿Confías en él? —le preguntó Jeri a la segadora antes de meterse en los turismos que los llevarían en secreto al palacio de Tenkamenin.

—Possuelo confía en él. Con eso me basta.

—Possuelo también confiaba en el segador novato que te vendió a Goddard —comentó Jeri, a lo que Anastasia no pudo decir nada—. Seré tu segundo par de ojos.

—Es probable que no lo necesite, pero te lo agradezco.

Para Jeri lo importante solía ser el precio acordado, pero descubrió que la gratitud de Anastasia era pago más que de sobra por sus servicios.

Tenkamenin, al que sus allegados llamaban Tenka, tenía una personalidad encantadora y efusiva, a juego con su voz grave…, una voz que resonaba incluso cuando hablaba en susurros. A Citra le resultaba tan entrañable como intimidante. Decidió dejar a Citra Terranova al margen y ser siempre la segadora Anastasia cuando él estuviera presente.

Se percató de que el índice genético de Tenkamenin tendía ligeramente hacia el áfrico. Era comprensible, dado que se trataba del continente que había contribuido con esos genes a la mezcla biológica de la humanidad. Ella misma tenía un poquito más de áfrica en ella que de panasiática, caucasoide, mesolatina o cualquiera de los otros subíndices que se agrupaban en «otros». Durante su viaje en coche, Tenkamenin se percató de ello y lo comentó:

—Se supone que no debemos fijarnos en esas cosas —dijo—, pero yo lo hago. Sólo significa que estamos un poquito más emparentados.

Su residencia era más que una residencia: Tenkamenin se había construido un majestuoso jardín de las delicias.

—No lo llamo Xanadú, como hacía Kublai Khan —le aclaró a Anastasia —. Además, el segador Khan no tenía gusto. La guadaña mongola hizo bien en demolerlo en cuanto se cribó.

El lugar era, como Tenka, elegante y el paradigma del buen gusto.

—No soy un parásito que echa a la gente de sus propiedades y mansiones para quedárselas —explicó con orgullo—. ¡Este lugar se construyó de cero! Invité a comunidades enteras a que trabajaran en las obras, y así ocupé su tiempo ocioso en una labor provechosa. Y siguen trabajando, todos los años añaden algo nuevo. No porque se lo pida, sino porque lo disfrutan.

Aunque al principio Anastasia dudaba de que lo hicieran por voluntad propia, sus conversaciones con los obreros demostraron que se equivocaba. Era cierto que adoraban a Tenka y que trabajaban en el palacio por decisión propia. Ayudaba que les pagase muchísimo más de lo que recibían con la Garantía de Renta Básica.

El palacio estaba repleto de excentricidades del viejo mundo que resultaban extravagantes y le daban color al lugar. Los uniformes anacrónicos del personal eran todos de distintas épocas históricas. Había una colección de juguetes clásicos con varios cientos de años de antigüedad. Y también estaba

el tema de los teléfonos: objetos cuadrados de plástico de distintos colores colocados en mesas o colgados de la pared. Tenían auriculares que se conectaban a sus bases mediante largos cordones rizados que se estiraban como muelles y se enredaban con facilidad.

«Me gusta la idea de que la comunicación te ancle a un lugar concreto —le explicó Tenkamenin a Anastasia—. Eso te obliga a concederle a cada conversación la atención que se merece».

Aunque, como esos teléfonos se reservaban para las llamadas privadas del sumo dalle, nunca sonaban. Anastasia suponía que era porque hacía poco que fuera privado en el día a día de Tenkamenin. Vivía como si estuviera en un escaparate.

La mañana posterior a su llegada, a Anastasia la llamaron para que se reuniera con Tenkamenin y los segadores Baba y Makeda, habituales del séquito del sumo dalle, cuyo propósito en la vida parecía ser servirle de público. Baba tenía un ingenio mordaz y disfrutaba haciendo chistes que nadie entendía, salvo Tenka. A Makeda nada le gustaba más que denigrar a Baba.

—¡Ah! ¡Aquí llega nuestra señora de las profundidades! —exclamó Tenka—. Siéntate, por favor, tenemos mucho que debatir.

Anastasia se sentó, y le ofrecieron unos sándwiches diminutos con la corteza cortada y dispuestos en forma de molinillo sobre la bandeja. El sumo dalle le daba mucha importancia a la presentación.

—Por lo que me cuentan, se está corriendo la voz sobre tu regreso. Aunque los aliados de Goddard intentan mantenerlo en secreto, nuestros amigos de la vieja guardia están informando al respecto. Crearemos expectación para que, cuando te presentes oficialmente, el mundo entero te escuche.

—Si el mundo me va a escuchar, necesitaré algo que contarle.

—Lo tendrás —respondió Tenka, y lo hizo con tal certeza que la joven se preguntó qué estaría preparando—. Hemos dado con una información de lo más incriminatoria.

—Incriminación en un mundo sin delitos ni naciones —comentó Baba—. Quién lo iba a decir.

Tenkamenin se rio y la segadora Makeda puso los ojos en blanco. Entonces, el sumo dalle alargó una mano y colocó un pequeño cisne de origami sobre el plato de pan vacío de Anastasia.

—Secretos escondidos entre los pliegues de otros secretos —dijo, sonriente—. Dime, Anastasia, ¿cómo se te da rebuscar por el cerebro trasero

del Nimbo?

—Muy bien.

—Estupendo. Cuando desdobles el cisne, encontrarás una pista para comenzar.

Anastasia le dio vueltas entre las manos a la figurita.

—¿Qué tengo que buscar?

—Debes abrirte camino. No te diré lo que buscar porque, si lo hago, se te escaparán los detalles que encontrarías por pura intuición.

—Los detalles que a nosotros seguramente se nos escaparon —añadió Makeda—. Necesitamos una mirada nueva.

—Además —agregó el segador Baba, uniéndose al equipo de tres—, no basta con que lo sepas: tienes que encontrarlo tú. Así podrás enseñar a los demás cómo encontrarlo a su vez.

—Exacto —apostilló Tenkamenin—. Para que una mentira tenga éxito, no debe alimentarla el mentiroso; la alimenta lo dispuesto que esté el oyente a escucharla. No se puede destapar una mentira sin haber destruido primero la voluntad de su público para creérsela. Por eso es mucho más efectivo conducir a la gente a la verdad que contársela sin más.

Las palabras de Tenkamenin quedaron flotando en el aire, y Anastasia miró de nuevo el cisne sin querer deshacerlo desplegando sus delicadas alas.

—Cuando hayas extraído tus propias conclusiones, te contaremos lo que sabemos —dijo el sumo dalle—. Te garantizo que tu excursión al cerebro trasero será una experiencia muy reveladora.

28
Fama oscura

Todos estaban invitados. Y, cuando el dalle máximo enviaba una invitación, no era posible desatenderla. Lo que significaba que el estadio estaría lleno hasta los topes.

Goddard había hecho un llamamiento público a todas las almas bajo su protección. Era poco habitual que un segador (y, encima, uno poderoso) se relacionara con la gente corriente. La comunicación con el resto de la humanidad solía limitarse a la bala, la hoja, la porra y, de vez en cuando, el veneno. Los segadores no sentían la necesidad de hablar con las masas, ni más ni menos. No eran funcionarios electos y sólo respondían ante ellos mismos. ¿Para qué ganarte los corazones de las personas si tu único propósito en la vida era detener esos mismos corazones?

Así que, cuando el dalle máximo Goddard en persona retransmitió la invitación, todo el mundo se fijó en ella. A pesar de su torre fortificada, Goddard afirmaba ser un segador del pueblo… y allí tenían la prueba. Estaba dispuesto a compartir su triunfo con la gente corriente de todos los estratos sociales. Al final, las ansias de acercarse a los segadores más famosos del continente pudieron más que el miedo que les inspiraban. Las entradas se agotaron en cinco minutos. El resto tendría que ver el acontecimiento desde sus hogares y puestos de trabajo.

Los afortunados que consiguieron entradas para la ejecución sabían que estarían siendo testigos de algo histórico. Les contarían a sus hijos (y ellos a sus nietos, a sus bisnietos y a sus tataranietos) que estuvieron presentes en la criba del segador Lucifer.

No temían a Lucifer como los segadores, aunque lo despreciaban, no sólo por culparlo de la muerte de Perdura, sino por el silencio del Nimbo y su propio estatus de indeseables. El mundo estaba siendo castigado por sus actos. Era, como Goddard había expresado sin rodeos, la persona más odiada del mundo. Así que era normal que acudieran en masa a presenciar su horrible final.

Ya no existían los vehículos blindados: los vehículos eran impenetrables por naturaleza. Aun así, se fabricó un camión de transporte especial en cuestión de días para el segador Lucifer, equipado hasta con remaches de acero visibles y ventanas con barrotes. El camino de Fulcrum City a Mile Hight City, donde se celebraría la criba, era en línea recta por una autovía de alta velocidad, pero la ruta que tomó el convoy deambuló haciendo eses por todas las ciudades midmericanas posibles antes de llegar a su destino. Un viaje que habría durado un día se alargó casi una semana.

Rowan sabía que explotarían al máximo su criba por su importancia para las relaciones públicas del Goddard, pero no esperaba que lo exhibieran así.

Había más de doce vehículos en el convoy. Miembros de la Guardia del Dalle en moto y elegantes limusinas con los colores de los segadores de alto rango que viajaban dentro, hasta llegar al enorme camión blindado cuadrado, y unos cuantos guardias en moto detrás, como la cola de un traje de novia.

El dalle máximo no estaba presente, aunque la primera limusina fuera del azul de su túnica y estuviera salpicada de estrellas relucientes. No había nadie dentro, cosa que las masas ignoraban. Lo cierto era que Goddard prefería no molestarse con la larga y trabajosa expedición cuando podía obtener el mismo efecto fingiendo estar allí. No aparecería hasta el mismo día de la criba.

Así que puso a Constantine a cargo de escoltar al temido segador Lucifer hasta su condena final.

Rowan sabía que a Constantine le habían encargado la tarea de localizarlo y acabar con él tres años antes. Su túnica y su limusina eran carmesíes, igual que el sello de ENEMIGO PÚBLICO que adornaba el lateral del camión de transporte de Rowan. Se preguntó si sería adrede o una feliz coincidencia.

Antes de partir de Fulcrum City, Constantine había visitado a Rowan después de que lo hubieran metido en el camión de alta seguridad y esposado.

—Me he pasado muchos años deseando echarte la vista encima —dijo—. Y, ahora que lo hago, no me impresionas en absoluto.

—Gracias, yo también te quiero.

Constantine se llevó la mano a la túnica como si fuera a sacar un arma blanca, pero se lo pensó mejor.

—Si pudiera cribarte aquí y ahora, lo haría. Pero no tengo ningún inestés en desatar la ira del dalle máximo Goddard.

—Comprensible —asintió Rowan—. Si te sirve de consuelo, preferiría que me cribaras tú a que lo haga él.

—Y eso ¿por qué?

—Porque para él mi muerte es una venganza. Para ti sería culminar una misión que ha durado tres años. Prefiero satisfacer esa necesidad que la *vendetta* de Goddard.

Constantine se relajó. No se ablandó, pero ya no parecía a punto de dejarse llevar por un impulso del que después se habría arrepentido.

—Antes de conducirte a tu merecido final, quiero saber algo —dijo—. Quiero saber por qué lo hiciste.

—¿Por qué acabé con los segadores Renoir, Fillmore y demás?

Constantine agitó la mano.

—Eso no. Por mucho que deteste tu oleada de asesinatos de segadores, es evidente por qué los elegiste. Todos tenían un comportamiento cuestionable y tú te arrogaste el derecho a juzgarlos, aunque no te correspondiera. Esos delitos son motivo más que de sobra para cribarte, pero lo que quiero saber es por qué mataste a los verdugos mayores. Eran hombres y mujeres decentes. El peor era Xenocrates, pero incluso él era un santo comparado con el resto de tus víctimas. ¿Cómo se te pudo ocurrir hacer algo tan atroz?

Rowan estaba cansado de negar la culpa; ¿qué más daba, a esas alturas? Así que contestó con la mentira que ya todos se creían.

—Odiaba a la Guadaña por negarme el anillo —le dijo—. Así que quería hacerles todo el daño posible. Quería que todas las guadañas del mundo pagaran por negarse a convertirme en un segador de verdad.

La mirada de Constantine podría haber fundido el acero del camión de transporte.

—¿Esperas que me crea que eres así de mezquino y ruin?

—Debo de serlo. Si no, ¿por qué iba a hundir Perdura? —A lo que añadió —: O puede que simplemente sea malvado.

Constantine sabía que se estaba burlando de él, y no le gustaba. Se marchó y no volvió a dirigirle la palabra a Rowan en todo el viaje, aunque no sin despedirse con una frase que fue como una patada en la boca:

—Para mí es un placer informarte de que tu criba será dolorosa —le dijo el segador carmesí, que rezumaba rencor—. Goddard pretende asarte vivo.

Los relucientes grilletes nuevos de Rowan habían sido forjados sólo para él y tenían cadenas de acero que golpeaban el suelo del camión cuando se movía. Eran lo bastante largas como para permitirle algo de movimiento, pero lo suficientemente sólidas como para que le costara. Una absoluta exageración.

Sólo porque se le diera bien escaparse no significaba que fuera un artista del escapismo, como los segadores pensaban. Sus anteriores huidas se debían a la ayuda de alguien o a la ineptitud de sus captores. No cabía la posibilidad de romper las cadenas a mordiscos y abrir de una patada la puerta de acero, pero todos actuaban como si fuera una bestia mítica con poderes sobrehumanos y sobrenaturales. Aunque quizá fuera eso lo que Goddard quería que pensaran; porque, si es necesario encadenar y encerrar en una caja de acero a la criatura que has capturado, significa que eres un gran cazador.

En todas las ciudades y pueblos por los que pasaban, la gente se acercaba en tropel para ver pasar el convoy, como si fuera un desfile festivo. Las ventanas con barrotes estaban a distintas alturas y eran más grandes de lo normal en un vehículo de ese tipo; además, el interior estaba bien iluminado. Rowan no tardó en darse cuenta del motivo: las ventanas estaban situadas de tal modo que, se colocara como se colocara, se le veía desde fuera, y el interior iluminado garantizaba que no pudiera ocultarse en la oscuridad, al margen de la hora del día.

Mientras recorrían bulevares y avenidas, las hordas de mirones de ambos lados de la calle siempre lo tenían a la vista. De vez en cuando se asomaba por una ventana y, cuando lo hacía, la emoción de la muchedumbre alcanzaba su cénit. Lo señalaban, sacaban fotos y levantaban en alto a sus niños para que vieran al joven que había alcanzado aquella oscura fama. Alguna que otra vez los saludaba con la mano y ellos dejaban escapar risas nerviosas. Otras, los señalaba cuando lo señalaban, lo que siempre parecía asustarlos, como si la ira de su inquieto fantasma fuera a llevárselos en plena noche después de su criba.

Durante todo aquello, no dejaba de recordar la lúgubre sentencia de Constantine. La forma en que lo cribarían. ¿Acaso no habían prohibido la criba por fuego? Goddard debía de haberla reinstaurado. O puede que sólo la hubiese permitido para aquella criba especial. Por más que Rowan se intentaba convencer de que no lo temía, no había manera. No le daba miedo la criba, sino el dolor, y habría de sobra, porque Goddard se aseguraría de apagarle los nanobots para que sintiera todo hasta el último segundo. Sufriría como los herejes y las brujas de épocas más ignorantes.

La idea del final de su vida no le resultaba tan problemática. De hecho, se había convertido en algo curiosamente habitual. Había muerto tantas veces, de tantas formas, que estaba acostumbrado. Le daba el mismo miedo que quedarse dormido… Lo que, a menudo, era peor, porque, cuando dormía, tenía pesadillas. Al menos, morturiento no se soñaba, y la única diferencia

entre estar morturiento y estar muerto era el tiempo que duraba aquel estado. Puede que, como algunos creían, la muerte verdadera acabara por llevar a la gente a un lugar glorioso, inimaginable para los vivos. Así intentaba Rowan suavizar el destino que le esperaba.

También intentó suavizarlo pensando en Citra. No había sabido nada de ella y no cometería la estupidez de preguntar a Constantine ni a nadie, porque no tenía ni idea de quién estaba al tanto de que seguía con vida. Goddard sí, sin duda: había enviado a la suma dalle de Occimérica a recuperarlos a los dos. Pero, si Citra había escapado, la mejor forma de ayudarla era no hablar de ella en compañía hostil.

Teniendo en cuenta cuál era el final del serpenteante camino que recorría, esperaba que ella se encontrara en mejores circunstancias.

29
El oso evidente

Tres fechas. Eso era lo único que ocultaba el cisne plegado. Una del Año del Lince, otra del Año del Bisonte y otra del Año de la Garza. Todo anterior al nacimiento de Anastasia.

No tardó mucho en averiguar por qué eran importantes las fechas. Eso fue lo fácil. Conociera la gente o no las fechas exactas, los sucesos que tuvieron lugar en ellas formaban parte del currículo de Historia de todas las escuelas. Por otro lado, se trataba de las versiones oficiales. Las aceptadas. En la historia, nada era de primera mano, y lo conocido no era más que lo que se permitía conocer. Desde su ordenación como segadora, Anastasia había visto que la Guadaña estrangulaba el flujo de información siempre que lo creía necesario, y así definía la historia como le convenía. Puede que no falsificara nada, puesto que el Nimbo tenía jurisdicción sobre los hechos y los números, pero la Guadaña podía decidir de qué hechos se informaba al público.

No obstante, la información que se prefería dejar al margen no se olvidaba. Seguía existiendo en el cerebro trasero, donde cualquiera podía acceder a ella. En sus días como novicia, Citra se había convertido en una experta en filtrar los datos del cerebro trasero del Nimbo para intentar encontrar al «asesino» de Faraday. Los algoritmos del sistema de clasificación del Nimbo eran parecidos a los del cerebro humano; el orden era por asociación. Las imágenes no se ordenaban por fecha ni hora, ni siquiera por ubicación. Para localizar a un segador de túnica marfil en una esquina, tuvo que repasar imágenes de gente vestida del mismo color en esquinas de todo el mundo y después acotarlo a través de otros elementos de la escena. Un tipo de farola concreto. La longitud de las sombras. Los sonidos y aromas del aire, porque el Nimbo catalogaba toda la información sensorial. Encontrar algo era como dar con una aguja en un pajar dentro de un planeta de pajares.

Era necesario emplear el ingenio y la inspiración para averiguar con qué parámetros reducir un campo de información casi infinito. En aquel momento, el reto de Anastasia era aún mayor que antes, porque, cuando buscaba a Faraday, sabía lo que buscaba. Ahora no sabía nada más que las fechas.

Primero estudió todo lo que se sabía sobre los desastres en cuestión. Después se zambulló en el cerebro trasero para localizar las fuentes originales y la información que se había omitido convenientemente de los informes oficiales.

El mayor obstáculo era su falta de paciencia. Intuía que las respuestas estaban cerca, pero enterradas bajo tanta capas que temía no ser capaz de encontrarlas nunca.

Al final resultó que Anastasia y Jeri habían llegado unos cuantos días antes del Jubileo Lunar. Cada luna llena, el sumo dalle Tenkamenin organizaba una gran fiesta que duraba veinticinco horas «porque veinticuatro no son suficientes». Había todo tipo de entretenimientos, hordas de fiesteros profesionales y comida traída de todo el mundo para sus invitados.

«Vístete para el acontecimiento, pero sin tu túnica de segadora, y permanece a mi lado con un invitado o dos —le había aconsejado Tenka—. Formarás parte del paisaje».

A Jeri se limitó a decirle: «Disfruta, sin pasarte».

Anastasia era reacia a estar allí por miedo a que la reconocieran y habría preferido seguir investigando en el cerebro trasero, pero Tenkamenin insistió:

«Te vendrá bien un descanso de la monotonía de tu misión. Te buscaré una peluca colorida y nadie se dará cuenta».

Al principio, a Anastasia le pareció irresponsable y temerario sugerir que un disfraz tan simple podría ocultarla, pero, como nadie esperaba encontrarse a una segadora muerta en la fiesta (y menos con una peluca azul neón), estaba muy bien escondida a plena vista.

—Una lección importante para tu búsqueda —le dijo Tenkamenin—: lo que se oculta a plena vista es lo más difícil de encontrar.

Tenka era un anfitrión consumado, recibía a todos en persona y concedía inmunidad a diestro y siniestro. Todo era deslumbrante y divertido, pero a Anastasia no le sentaba bien…, y el sumo dalle se percató de su desagrado.

—¿Te resulto autocomplaciente en exceso? —le preguntó—. ¿Soy un sumo dalle horriblemente hedonista?

—Goddard organiza fiestas como esta.

—No como esta.

—Y también le gustan las casas gigantescas.

—Ah, ¿sí?

Entonces, Tenka le pidió que se acercara para que pudiera oírlo con claridad a pesar del bullicio.

—Quiero que eches un vistazo a la gente que te rodea y que me digas lo que ves. O…, mejor dicho, lo que no ves.

Anastasia observó lo que la rodeaba. Personas en la piscina de distintos niveles, otras bailando en los balcones. Todos con trajes de baño y colorida ropa de fiesta. Entonces se dio cuenta.

—No hay segadores.

—¡Ni uno! Ni siquiera Makeda y Baba. Todos los invitados son familiares de las personas a las que he cribado desde la última luna llena. Los invito aquí para celebrar las vidas de sus seres queridos, no para lamentar su muerte, y les concedo su año de inmunidad. Y, cuando termina la celebración y se limpia la propiedad, me retiro a mi gloriosa suite.

Señaló con el dedo la ventana más grande de la mansión…, y después le guiñó un ojo y movió el dedo hacia la derecha hasta que ya no apuntaba a palacio, sino a una cabañita al borde del terreno.

—¿La caseta de las herramientas?

—No es una caseta para herramientas. Es donde vivo. Las habitaciones del palacio están reservadas para los invitados de honor, como tú, además de para los que carecen de tanto honor pero hay que impresionar. En cuanto a mi «caseta de herramientas», como la has llamado, es una réplica del hogar en el que me crie. Mis padres creen en la simplicidad. Y, por supuesto, tuvieron un hijo que disfruta de las complicaciones sin fin. No obstante, por las noches todavía me reconforta la comodidad de una morada sencilla.

—Seguro que están orgullosos de ti —dijo Anastasia—. Tus padres, me refiero.

El sumo dalle Tenkamenin resopló.

—Qué va. Llevan la simplicidad hasta lo más extremo. Ahora son tonistas… Llevo años sin hablar con ellos.

—Lo siento.

—¿Te has enterado de que tenían un profeta? —preguntó Tenka en tono amargo—. Apareció justo después de tu inmersión. Afirmaban que el Nimbo todavía le hablaba. —Dejó escapar una risilla triste—. Por supuesto, consiguió que lo cribaran.

Un camarero se les acercó con una bandeja de gambas que parecían demasiado grandes para ser reales… Sin duda, un producto de las granjas de abundancia experimentales del Nimbo. Como siempre, el Nimbo acertaba: su sabor era incluso mejor que su aspecto.

—¿Cómo va tu investigación? —le preguntó Tenkamenin.

—Va. Pero el Nimbo enlaza los datos de un modo muy desconcertante. Si saco una imagen de la colonia de Marte, me lleva al dibujo infantil de una luna. Una noticia sobre la estación orbital Nueva Esperanza me conduce a un pedido de comida en Estambul para un segador del que nunca he oído hablar. Dante no sé qué.

—¿Alighieri?

—Sí, eso es. ¿Lo conoces?

—He oído hablar de él. De Euroescandia, creo. Murió hace tiempo. Tuvo que cribarse hace unos cincuenta o sesenta años.

—Es como todas las conexiones que he encontrado. Ninguna tiene sentido.

—Entra en todas las madrigueras —le aconsejó Tenka—. Porque puede que encuentres conejos en algunas de ellas.

—Sigo sin comprender por qué no me puedes contar sin más lo que estoy buscando.

Tenka suspiró y se acercó más a ella para susurrarle:

—La información que tenemos procede de otra segadora que después se cribó, supongo que por cargo de conciencia. Por lo demás, no tenemos pruebas reales, y nuestra búsqueda por el cerebro trasero no ha sido fructífera. Nuestro problema es que sabemos lo que buscamos. Mientras uno busca un hombre con sombrero azul, no se fija en la mujer de la peluca azul.

Le dio un tironcito a uno de los tirabuzones neón de Anastasia.

Aunque le resultaba contradictorio, no le quedó más remedio que reconocer que tenía sentido. ¿Acaso no había visto a Tenka dirigirse a la «caseta de las herramientas» todos los días, pero su propio sesgo le había impedido comprender la razón? Recordó un vídeo de la época mortal que un profesor les había enseñado en clase. El objetivo era contar cuántas veces se pasaban la pelota unos compañeros que se movían por la pantalla. Ella acertó, como casi toda la clase. Sin embargo, nadie se dio cuenta de que había un hombre disfrazado de oso que pasaba bailando por el centro de la pantalla. A veces, encontrar lo evidente exigía iniciar una búsqueda sin expectativas.

A la mañana siguiente descubrió algo y corrió a la cabaña de Tenka para contárselo.

Su casa era tan modesta que hasta el segador Faraday la habría aprobado. Encontró al sumo dalle en una reunión; justo delante tenía a otras dos personas que no parecían muy contentas de estar allí. Más que eso; estaban abatidas.

—Entra, amiga mía —le dijo Tenka a Anastasia—. ¿Saben quién es? —les pregunto a sus otros dos invitados.

—No, su excelencia.

—Es mi florista. Llena mi palacio y mi casa de bellos arreglos florales. —Después se concentró en el más nervioso de los dos visitantes: un hombre que rondaba los cuarenta años, quizá a punto de reiniciar el contador—. Cuénteme cuál es su sueño más querido —le dijo el sumo dalle—. ¿Qué desea más que nada en este mundo, pero todavía no lo ha hecho?

El hombre vaciló.

—No se reprima —lo animó Fenkamenin—. No sea tímido. ¡Cuénteme su sueño con todo lujo de gloriosos detalles!

—Que… quería un yate de vela —respondió como si fuera un niño sobre el regazo de Papá Invierno—. Quiero navegar alrededor del mundo.

—¡Muy bien! —exclamó el sumo dalle, y dio una palmada como si con eso se sellara el trato—. Mañana iremos a comprar un yate de vela. ¡Yo invito!

—¿Cómo dice, su excelencia? —farfulló el hombre, incrédulo.

—Cumplirá su sueño, señor. Seis meses. Después regresará aquí y me contará su experiencia. Y después lo cribaré.

El hombre estaba emocionado. A pesar de saber que lo iban a cribar, no podía parecer más contento.

—¡Gracias, su excelencia! ¡Gracias!

Cuando se fue, el otro hombre, un poco más joven y ya menos asustado que antes, se volvió hacia el sumo dalle.

—¿Y yo? ¿Quiere saber cuál es mi sueño?

—Amigo mío, la vida a menudo es brutal e injusta. La muerte, también.

Tenkamenin describió un rápido arco con la mano. Anastasia ni siquiera vio la hoja, pero el hombre cayó al suelo en un instante, con la mano en el cuello, y dejó escapar su último aliento. Lo había cribado.

—Avisaré yo mismo a su familia —le explicó Tenkamenin a Anastasia—. Los invitaré al siguiente Jubileo Lunar.

El giro de los acontecimientos sorprendió a Anastasia, pero no la conmocionó. Cada segador debía elegir su forma de hacer las cosas. Concederle su sueño más ansiado a alguien y negárselo a otro era un método tan razonable como cualquiera. Había visto a segadores buenos hacer cosas mucho peores.

Un equipo de limpieza salió de otro cuarto para limpiar el desaguisado y Tenka acompañó a Anastasia al patio, donde esperaba el desayuno.

—¿Sabes que fuiste mi inspiración?

—¿Yo? —preguntó Anastasia.

—Por tu ejemplo. Permitir que la gente elija el método de su criba y avisarla con tiempo… ¡era algo inaudito! ¡Pero maravilloso! Esa es la clase de compasión que nos falta; nos fijamos demasiado en la eficiencia, en hacer el trabajo. Después de tu desaparición en Perdura, decidí cambiar mi estilo de criba en tu honor: permitiría que la mitad de mis cribados vieran su sueño hecho realidad.

—¿Por qué sólo la mitad?

—Porque, si de verdad pretendemos emular a la muerte, tal y como era, debemos ser volubles y caprichosos. Sólo podemos endulzarla hasta cierto límite.

Tenka llenó un plato de huevos y plátanos macho fritos, y lo colocó delante de Anastasia antes de prepararse uno para él. «Qué raro que la muerte nos resulte tan común como para ser capaces de arrebatar la vida y desayunar unos segundos después», pensó Anastasia.

Tenka le dio un bocado a un fufu de casava y se puso a masticar el denso pan mientras seguía hablando:

—No has cribado ni una vez desde tu llegada. Es comprensible, dadas las circunstancias, aunque debes de estar deseándolo.

Entendía lo que quería decir, Sólo los segadores del nuevo orden disfrutaban del acto de cribar. Sin embargo, los demás sentían una necesidad vaga pero persistente si pasaban demasiado tiempo sin hacerlo. Anastasia no podía negar que había llegado a sentirse así. Suponía que era el modo en que la psique se adaptaba a ser segador.

—Lo que estoy haciendo en el cerebro trasero es más importante que cribar. Y creo que he encontrado algo.

Le contó lo que había descubierto. Un nombre. Carson Lusk. No era lo que se decía un filón, pero sí un comienzo.

—Está incluido en la lista de supervivientes, pero no hay nada sobre su vida a partir de esa fecha. Puede que se trate de un error, claro, y que en realidad muriera con los demás.

Tenka esbozó una amplia sonrisa.

—El Nimbo no comete errores —le recordó—. Es una pista sólida. ¡Sigue hurgando!

El sumo dalle miró el plato de Anastasia y le echó más plátanos, como un padre preocupado porque su hija come poco.

—Nos gustaría que empezaras a hacer retransmisiones en directo —le dijo —. En vez de ser nosotros los que le contemos al mundo que has regresado, creemos que deberías hacerlo tú misma. La segadora Anastasia, con sus propias palabras.

—No…, no se me da demasiado bien actuar en público —respondió ella, ya que recordaba su horrenda interpretación en *Julio César*. Sólo subió al escenario para cribar al actor principal, como él deseaba, pero tuvo que representar el papel. Fue una horrible senadora romana, salvo en el momento de apuñalarlo.

—¿Fuiste sincera y elocuente cuando presentaste tu caso ante los verdugos mayores?

—Sí.

—Y tu amigo, el segador Possuelo, me ha contado que, a pesar de lo que el mundo cree, los convenciste de nombrar suma dalle de Midmérica a la segadora Curie.

Anastasia esbozó una mueca involuntaria ante la mención de Curie.

—Sí, así fue.

—Bueno, si fuiste capaz de plantarte delante de los siete Asientos para la Reflexión y defender tu postura ante la elegía de segadores más imponente del mundo, creo que te irá bien.

Aquella tarde, Tenkamenin la sacó del complejo para enseñarle la ciudad de la que tan orgulloso estaba. Puerto Memoria era bulliciosa y estaba llena de vida. Con todo, el sumo dalle prefería que no saliera del coche.

—Una cosa es el Jubileo, un entorno controlado, y otra esto, donde podría verte y reconocerte cualquiera —dijo, aunque al final resultó tener otra razón para que no abandonara el vehículo.

Al acercarse al centro de la ciudad empezaron a ver tonistas. Primero, unos pocos, pero después empezaron a reunirse a ambos lados de la calle para mirar con odio el coche de Tenkamenin.

Anastasia tenía sentimientos encontrados respecto a aquel culto. Los menos extremistas no estaban mal. Eran simpáticos, a menudo amables, aunque algo persistentes en su proselitismo. No obstante, algunos eran insufribles: críticos, intolerantes…, todo lo contrario de lo que afirmaba ser el tonismo. Y los sibilantes conseguían que el resto de los fanáticos parecieran blandos. Aquella era la rama del tonismo que se había afianzado en la región de Tenkamenin.

—Desde la criba del Trueno, estos grupos escindidos son cada vez más extremos —le dijo el sumo dalle.

Como si desearan demostrar que así era, cuando hubo bastantes reunidos junto a la calzada, empezaron a lanzarles piedras.

Anastasia dejó escapar un grito ahogado cuando la primera golpeó el coche, pero Tenkamenin no se inmutó.

—No te preocupes, no pueden causar ningún daño y lo saben. Siento que tengas que verlo.

Otra roca golpeó el parabrisas, se partió por la mitad y rebotó.

Entonces, de repente, los agresores dejaron de lanzar piedras y empezaron a «entonar»: emitían una especie de zumbido sin palabras…, aunque resultaba distinto al que les había oído a otros tonistas.

Tenkamenin ordenó al vehículo que pusiera música; ni siquiera así consiguió ahogar el sonido.

—Toda esta secta ha tomado un voto de silencio —le explicó a Anastasia sin ocultar su asco—. No hablan, sólo emiten ese condenado ruido. El Nimbo siempre ha desaprobado el deslenguamiento, pero, cuando calló, estos tonistas decidieron que podían hacer lo que les diera la gana… Por eso el aullido que emiten es peor de lo habitual.

—¿Deslenguamiento?

—Lo siento, creía que lo entendías. Se han cortado la lengua.

A Jeri no se le extendió invitación para el paseo por Puerto Memoria. Aunque la tripulación de su barco hacía años que no disfrutaba de tanto tiempo libre, Jeri permaneció en el complejo de Tenkamenin para no quitarle la vista de encima a Anastasia y asegurarse de que la trataban bien y de que estaba a salvo. No era una persona egoísta, siempre le daba prioridad a la tripulación del *Spence*, puesto que así debían ser los buenos capitanes. Pero el deseo de proteger a Anastasia iba más allá de eso.

Tenkamenin era descuidado. Sí, ofrecía protección a la segadora, pero ¿había investigado bien a su personal? Y, después de ver cómo alardeaba de ella en el Jubileo Lunar, Jeri se preguntaba si el sumo dalle tendría algo de sentido común. No confiaba en él, y sabía que el sentimiento era mutuo.

Entonces llegó la tarde «sibilante» de Anastasia en Puerto Memoria. Anastasia fue a contárselo a Jeri a su regreso, incapaz de guardárselo para ella.

—Es como si cada día me golpearan en la cabeza con lo mucho que ha cambiado el mundo mientras yo no estaba —dijo la segadora.

—El mundo ha sobrevivido a cosas peores —le aseguró Jeri mientras Anastasia no dejaba de pasearse—. Sobrevivimos a la edad mortal, ¿qué puede haber peor que esos horrores?

Aun así, no lograba consolarla.

—Sí, pero, sin los verdugos mayores, las guadañas han iniciado algo muy parecido a una guerra civil, como si estuviéramos de nuevo en la edad mortal. ¿Adonde nos dirigimos?

—A la revuelta —respondió Jeri sin dudar—. Las montañas se crean tras grandes levantamientos. Seguro que el proceso no es bonito.

Sus palabras sólo sirvieron para alterarla más.

—¿Cómo puedes tomártelo con tanta calma? ¡Y Tenkamenin es peor que tú! Lo acepta como si no tuviera importancia. ¡Como si fuera un chaparrón pasajero en vez de un huracán que lo va a destrozar todo! ¿Por qué está todo el mundo tan ciego?

Jeri suspiró y le puso una mano en el hombro, lo que la obligó a detenerse. «Por eso me necesita aquí —pensó Jeri—. Para ser la segunda voz de su cabeza, la que frena a la primera cuando sucumbe al pánico».

—Todo desastre conlleva una oportunidad. Si un barco se hunde, yo me emociono porque sé que siempre aparecen tesoros entre las ruinas. Mira lo que descubrí en el fondo del mar: te encontré a ti,

—Y cuatrocientos mil diamantes de segador —puntualizó Anastasia.

—Lo que quiero decir es que tenemos que enfrentarnos a esto como si se tratara de una operación de salvamento. En el salvamento, lo primero que se hace es evaluar con cuidado la situación antes de ponerse en movimiento.

—Entonces, ¿debería limitarme a observar y esperar?

—Observa, aprende todo lo que puedas y después, cuando te pongas en movimiento, lo haces con decisión. Y sé que, cuando llegue el momento, lo harás.

El sumo dalle Tenkamenin insistía en celebrar cenas formales todas las noches. Su séquito de segadores debía estar presente, además de sus invitados de honor… y, desde la llegada de Anastasia y Jeri, Tenkamenin se aseguraba de que no hubiera más invitados. Una cosa era organizar una fiesta para los locales y otra, exponer a la segadora Anastasia al escrutinio durante una cena.

Cuando Jeri llegó aquella noche, Anastasia ya estaba allí, junto con el sumo dalle y los segadores Baba y Makeda, El sumo dalle se reía con ganas de algo que había dicho alguien… o, seguramente, de algo que había dicho él. Aunque a Anastasia le caía bien aquel hombre, Jeri se hartó de él al cabo de un día.

—Te has perdido el primer plato —le informó Tenkamenin—. Te quedas sin sopa.

Jeri se sentó al lado de Anastasia y respondió:

—Sobreviviré.

—Las normas de la casa dictan que hay que ser puntuales para la cena —le recordó Tenkamenin—. Es cuestión de cortesía básica.

—Es la primera vez que llega tarde —intervino Anastasia.

—No tienes que defenderme —contestó Jeri, y se volvió hacia el sumo dalle—. Para su información, estaban poniéndome al día sobre los avances en el salvamento de Perdura. Han encontrado la cámara del consejo… En estos momentos transportan los Asientos para la Reflexión de los verdugos mayores a sus respectivos continentes para convertirlos en monumentos. Creo que eso era un poquito más importante que la sopa.

El sumo dalle no comentó nada, pero, cinco minutos después, durante el segundo plato, pinchó de nuevo a Jeri:

—Dime, Jerico, ¿qué le parece a tu tripulación la ausencia de su capitán?

Jeri no se dejó enredar.

—Están de permiso en su ciudad y se sienten muy agradecidos por ello.

—Ya veo. ¿Y cómo sabes que no están cerrando tratos sin ti? ¿Tratos que podrían poner en peligro la seguridad de nuestra Señora de las Profundidades? —preguntó usando el último apodo que había acuñado para Anastasia.

—No pretenda sembrar la duda sobre mi tripulación, su excelencia. Son leales hasta el final. ¿Puede decir lo mismo de la gente de la que usted se rodea?

Eso enfureció al sumo dalle, que no defendió a su séquito, sino que cambió de tema:

—¿Qué le pides a la vida, Soberanis?

—Es una pregunta muy amplia.

—Entonces, permíteme que lo exprese de otro modo. Cuéntame cuál es tu sueño más querido, Jerico. ¿Qué deseas más que nada en este mundo, pero todavía no lo has hecho?

De improviso, Anastasia dejó caer los cubiertos con tal fuerza que desportilló su plato y se levantó.

—He perdido el apetito —anunció antes de coger la mano de Jeri—. Y tú también.

Acto seguido, se alejó hecha una furia sin dejar más alternativa a Jerico que seguirla, aunque sólo fuera por conservar la mano.

Tenkamenin se echó a reír.

—Era una broma, Anastasia. ¡Ya sabes que me encanta jugar!

La segadora se volvió lo justo para lanzarle la más reprobadora de las miradas.

—¡Es usted un completo imbécil, su excelencia!

Lo que sólo sirvió para que se riera con más ganas.

Jeri no sabía con certeza de qué iba aquel chiste privado hasta que llegaron a la suite de Anastasia y la segadora cerró la puerta.

—Es lo que le pregunta a la gente antes de cribarla.

—Ah. Lo ha hecho por fastidiarte… y lo ha conseguido. Al sumo dalle le encanta aprovechar los puntos débiles de los demás y sabe perfectamente cuáles son los tuyos.

—¿No te preocupa nada que lo haga de verdad?

—En absoluto. Porque, por mucho que le guste jugar contigo, no quiere volverte contra él. Si me criba, sabe que se convertirá en tu enemigo.

Aun así, Anastasia le ofreció una mano. La mano en la que llevaba el anillo de segadora. No era el antiguo, el que el segador Possuelo había recuperado del fondo del mar después de encontrarla, ya que podría haberse usado para localizarla en caso de que todavía quedara por ahí un segador que comprendiera su propia tecnología. Possuelo le había entregado uno nuevo, en el que habían engastado uno de los diamantes de la cámara.

—Bésalo —le pidió a Jeri—. Sólo por asegurarnos.

Así que Jeri le tomó la mano y la besó…, pero no en el anillo.

Anastasia la retiró por reflejo.

—¡Me refería al anillo, no a la mano! —La alargó de nuevo—. Hazlo bien, esta vez.

—Decido no hacerlo.

—Si te concedo la inmunidad, nadie podrá cribarte durante todo un año. ¡Hazlo!

Pero Jeri seguía sin moverse. Y, cuando Anastasia le preguntó con la mirada, respondió:

—Cuando encontré la Cámara de las Reliquias y los Futuros, Possuelo también me ofreció inmunidad, pero me negué.

—¿Por qué? ¿Qué razón podrías tener para ello?

—Porque no quiero deberle nada a nadie. Ni siquiera a ti.

Ella se volvió y se acercó a la ventana para asomarse por ella.

—Ahí fuera hay cosas de las que no quiero saber nada, pero no me queda más remedio. Necesito saber todo lo que pueda. —Miró de nuevo a Jeri—. ¿Has oído algo de Rowan?

Jeri podría haberle dicho que no tenía ninguna noticia, pero eso habría sido mentir y nunca mentiría a Anastasia. No quería poner en peligro la confianza que había entre ellas. Guardó silencio un instante y Anastasia insistió.

—Sé que Tenkamenin no permitirá que las noticias sobre él lleguen hasta aquí, pero tú has estado en contacto con tu tripulación. Te habrán contado algo.

Jeri suspiró, pero sólo para prepararla para la respuesta.

—Sí, tengo noticias. Pero no pienso contártelas por mucho que me lo preguntes.

Una serie de emociones recorrieron el rostro de Anastasia. Todas las fases del luto, en cuestión de segundos: negación, ira, negociación, depresión y, finalmente, la decisión de aceptar.

—No me lo quieres decir porque no puedo hacer nada al respecto —dijo adelantándose a las razones de Jeri— y me distraería de lo que tengo que hacer.

—¿Me odias?

—Podría responder que sí, por rencor, pero no, Jeri, no te odio. Por otro lado, ¿podrías decirme, al menos, si sigue vivo?

—Sí. Sigue vivo. Espero que eso te consuele.

—¿Y seguirá vivo mañana?

—Ni siquiera el Nimbo puede estar seguro de lo que ocurrirá mañana. Contentémonos con hoy.

31
Ofrenda de fuego

—Hola, Tyger.

—Hola —respondió el constructo de la memoria de Tyger Salazar—. ¿Te conozco?

—Sí y no —respondió la segadora Rand—. He venido a decirte que han atrapado al segador Lucifer.

—El segador Lucifer… ¿No es el que ha estado matando segadores?

—Sí. Y lo conoces.

—Lo dudo. Conozco a alguna gente retorcida, pero no hasta ese punto.

—Es tu amigo, Rowan Damisch.

El constructo se quedó callado unos segundos y después se rio.

—Buen intento. ¿Ha sido idea de Rowan? ¡Rowan! ¿Dónde te escondes? Venga, sal ya.

—No está aquí.

—No me intentes decir que está matando gente, ¡si ni siquiera llegó a ser segador! Le dieron una patada en el culo y nombraron a la chica.

—Lo van a ejecutar mañana.

El constructo vaciló y frunció el ceño. Aquellos construcros estaban muy bien programados. Recopilaban los recuerdos de todas las expresiones faciales del sujeto que se habían grabado. La representación era tan real a veces que resultaba inquietante.

—No estás de broma, ¿no? —preguntó el constructo de Tyger—. Bueno, ¡no puedes permitirlo! ¡Tienes que impedir que suceda!

—No está en mi mano.

—¡Pues ponlo en ella! Conozco a Rowan mejor que nadie… Si hizo lo que dices que hizo, tendría un buen motivo. ¡No podéis cribarlo! —El constructo empezó a mirar a su alrededor como si fuera consciente de estar en un mundo limitado. Una caja virtual de la que deseaba salir—. ¡Está mal! ¡No podéis hacerlo!

—¿Qué sabrás tú del bien y del mal? —le soltó Rand—. ¡No eres más que un estúpido fiestero sin un dedo de frente!

Él la miró, furioso. Los micropíxeles de su imagen aumentaron el porcentaje de rojo de su cara.

—Te odio —espetó—. Seas quien seas, te odio.

Ayn pulsó a toda prisa el botón que daba por terminada la charla. El constructo de la memoria de Tyger desapareció. Como siempre, no recordaría lo que habían hablado. Como siempre, Ayn sí.

—Si vas a cribarlo, ¿por qué no lo cribas y ya está? —le preguntó la segadora Rand a Goddard mientras procuraba que no se notase lo frustrada que se sentía.

Tenía muchos motivos para ello. El primero, un estadio era un lugar complicado para protegerse de sus enemigos, y los tenían. No sólo los segadores de la vieja guardia, sino todo el mundo, desde los tonistas hasta las guadañas que habían rechazado a Goddard, pasando por los que buscaban venganza por la criba en masa de sus seres queridos.

Iban los dos solos en el avión privado de Goddard. El convoy estaba llegando ya a su destino tras casi una semana recorriendo su prolongada vuelta de honor, así que Rand y él volaban hasta allí para reunirse con el resto, un vuelo tan corto como largo había sido el viaje de Rowan Damisch. Como ocurría con el tejado del chalé, el avión contaba con armamento de la edad mortal. Una serie de misiles que colgaban de cada ala. Solía volar bajo sobre las comunidades que consideraba rebeldes. Nunca usaba los misiles para cribar, pero, como en el caso de los cañones del tejado, eran un recordatorio de que podía hacerlo sí lo deseaba.

—Si quieres una demostración pública —le sugirió Ayn—, que sea con una criba más controlada. Retransmítelo desde una ubicación pequeña y secreta. ¿Por qué tienes que convertirlo todo en un espectáculo?

—Porque me gustan los espectáculos… y no necesito más razón que esa.

Pero, por supuesto, había otra razón más importante. Goddard quería que el mundo supiera que él en persona había capturado y ejecutado al enemigo público número uno de la edad posmortal. No sólo serviría para engrandecer su imagen ante la gente común, sino para ganarse la admiración de los segadores que siguieran indecisos. Todo en Goddard era estratégico o impulsivo. Aquel gran acontecimiento era estratégico. Convertiría la criba de Rowan Damisch en un espectáculo que nadie pudiera pasar por alto.

—Habrá más de mil segadores de todo el mundo entre el público —le recordó Goddard—. Quieren verlo, y yo deseo concederles ese deseo.

¿Quiénes somos nosotros para negarles esa catarsis?

Rand no tenía ni idea de lo que significaba aquello ni tampoco le importaba. Goddard escupía palabrería erudita con tanta frecuencia que había aprendido a desconectar.

—Hay formas mejores de manejar esto —insistió Rand.

El rostro del dalle empezó a agriarse. Dieron con unas pequeñas turbulencias, que seguramente Goddard creería producto de su humor.

—¿Me intentas decir cómo ser segador o, peor, como ser dalle máximo?

—¿Cómo iba a decirte cómo ser algo que no existía hasta que tú lo inventaste?

—Cuidado, Ayn, no desates mi ira justo cuando no debería sentir más que alegría. —Dejó que calara su advertencia antes de acomodarse en el asiento—. Cabría pensar que precisamente tú estarías encantada de ver a Rowan sufrir después de lo que te hizo. Te rompió la espalda y te dejó morturienta, ¿y ahora me dices que quieres que su criba sea algo pequeñito y tranquilo?

—Lo quiero cribado tanto como tú. Pero la criba no debería ser un entretenimiento.

A lo que Goddard esbozó una sonrisa exasperante y respondió:

—A mí me entretiene.

Como segador Lucifer, Rowan había sido muy cuidadoso para asegurarse de que los segadores con los que acababa no sufrieran. Los cribaba deprisa y sólo los quemaba después de muertos, para que no pudieran revivirlos. No le sorprendió enterarse de que Goddard no era tan compasivo. La agonía de Rowan se prolongaría para surtir el máximo efecto.

La cantidad, de bravuconería que era capaz de reunir tenía sus límites. Cuando el convoy de la ejecución por fin llegó a su aciago destino, tuvo que reconocer que sí le importaba vivir o morir. Y, aunque le daba igual cómo lo recordara la historia, se deprimía al pensar en cómo lo haría su familia. Su madre y sus muchos hermanos y hermanas debían de saber ya que él era el segador Lucifer, porque, una vez que le endosaron la culpa del hundimiento de Perdura, Rowan se hizo tristemente célebre. Las multitudes que se acercaban para echarle un vistazo al convoy eran prueba de ello.

¿Estaría su familia entre el público? Si no, ¿lo verían desde casa? ¿Qué les ocurría a las familias de los criminales famosos en los días mortales? Porque en los días posmortales no había ningún equivalente al segador Lucifer. ¿Los condenarían por asociación y los cribarían? Al padre de Rowan lo habían

cribado antes del hundimiento de Perdura, así que no había llegado a saber lo que ocurrió con su hijo y cómo lo odiaba el mundo. Hasta cierto punto, era un consuelo. Pero, si su madre y sus hermanos seguían vivos, debían de despreciarlo, porque ¿cómo no iban a hacerlo? Darse cuenta de eso lo desmoralizaba más que ninguna otra cosa.

Había tenido mucho tiempo a solas con sus pensamientos durante el serpenteante viaje del convoy. Sus pensamientos no eran amigos suyos o, al menos, ya no lo eran, puesto que sólo servían para recordarle las decisiones que había tomado y cómo lo habían llevado hasta allí. Lo que antes le pareciera justificado ahora le resultaba insensato. Lo que antes le pareciera valiente ahora le resultaba triste sin más.

Podría haber sido distinto. Podría haber desaparecido, como el segador Faraday, cuando se le presentó la oportunidad. Se preguntó dónde estaría Faraday. ¿Vería la retransmisión y lloraría por él? Sería agradable saber que alguien lloraba por él. Citra lo haría, dondequiera que estuviese. Con eso tendría que bastarle.

La criba estaba programada para las siete de la tarde, pero la gente llegó temprano. La multitud consistía en segadores y ciudadanos corrientes, y a pesar de que los segadores contaban con una entrada especial, Goddard los había animado a sentarse entre la plebe.

«Es una oportunidad de oro para las relaciones públicas —les había dicho—. Sonreíd y sed amables. Escuchad con atención sus estupideces y fingid que os importan… Incluso podéis conceder alguna que otra inmunidad».

Muchos siguieron las indicaciones; otros no se vieron capaces de hacerlo y se sentaron junto a otros segadores,

A Rowan, sometido a una estricta vigilancia, lo llevaron directamente a un enorme escenario con acceso directo al campo. La pila de madera que le habían preparado era una pirámide de tres plantas que parecía consistir en ramas recogidas del campo, como un montón aleatorio de maderos sueltos; sin embargo, al examinarla mejor, se veía que todo formaba parte de un intrincado diseño de ingeniería. Las ramas no estaban apiladas sin más, sino clavadas, y todo el montaje se había dispuesto sobre una enorme plataforma rodante, como la carroza de un desfile. El centro estaba hueco y en el hueco había una columna de piedra a la que ataron a Rowan con bridas ignífugas. La columna estaba en un ascensor que elevaría a Rowan hasta lo alto de la

pirámide, para enseñárselo a la multitud en el momento oportuno. Después, Goddard en persona le prendería fuego.

—¡Esta maravilla no es una pira corriente! —le explicó el técnico al mando mientras apagaba los nanobots de Rowan—. Formo parte del equipo que diseñó esta preciosidad. En realidad, tiene cuatro tipos de madera. Fresno para que arda de modo uniforme; naranjo de los osages para dar calor; serbal, o *rowan*, por… Bueno, por lo obvio. ¡Y unos cuantos manojos de madera de pino nudosa para que crepite con alegría!

El técnico comprobó la lectura del modificador y confirmó que los nanobots de Rowan estaban apagados; luego siguió explicando las bondades de la carroza de la muerte, como un crío en una feria de ciencias.

—¡Ah, y esto te va a encantar! Las ramas del borde exterior están tratadas con cloruro de potasio, de modo que arderán de color violeta; más arriba son de cloruro de calcio, para que sean azules; ¡y así hasta conseguir todos los colores del espectro! —Después señaló la túnica negra que los guardias le habían puesto a Rowan a la fuerza—. Y esa túnica está bañada en cloruro de estroncio, para que arda en un tono rojo intenso. ¡Serás mejor que los fuegos artificiales de Año Nuevo!

—Vaya, mil gracias —respondió Rowan sin emoción—. Qué pena que no vaya a verlo.

—Pero sí que lo verás —repuso alegremente el técnico—. Hemos montado un extractor en la base para que absorba el humo, así que todos tendrán una visibilidad estupenda, ¡incluso tú! —Luego cogió un trozo de tela marrón—. Es una mordaza de algodón pólvora. Arde deprisa, y se incinerará en cuanto se exponga al calor.

Entonces se dio cuenta al fin de que Rowan ni necesitaba ni quería escuchar esos detalles, así que se calló. Una mordaza que ardía deprisa para que la gente pudiera oírlo gritar no era un accesorio que pudiera entusiasmarle. Rowan se alegraba de que no le hubieran ofrecido una última comida, porque, con el estómago tan revuelto, la habría vomitado.

Detrás del técnico, la segadora Rand entró en el enredo de ramas. Incluso verla a ella era mejor que la descripción paso a paso de su deslumbrante incineración.

—No estás aquí para hablar con él —le espetó la segadora al hombre.

De inmediato, el técnico se achantó como un cachorrito al que acababan de regañar.

—Sí, su señoría. Lo siento, su señoría.

—Dame la mordaza y piérdete.

—Sí, segadora Rand. Lo siento de nuevo. En cualquier caso, ya está listo.

El técnico le hizo el gesto de alzar el pulgar, ella le quitó la mordaza y el hombre se retiró con los hombros hundidos.

—¿Cuánto queda? —le preguntó Rowan.

—Está a punto de empezar. Unos cuantos discursos y después te toca a ti.

A Rowan ya no le quedaba energía para intercambiar pullas con ella. Era incapaz de seguir fingiendo desenfado.

—¿Mirarás o apartarás la vista?

No sabía por qué le importaba, pero le importaba.

Rand no respondió, sino que le dijo:

—No siento verte morir, Rowan, pero me irrita cómo va a ser. La verdad es que quiero que termine cuanto antes.

—Yo también. Estoy intentando decidir si es peor saber lo que va a pasar o no haberlo sabido. —Se tomó un momento y añadió—: ¿Lo supo Tyger?

Ella dio un paso atrás.

—No voy a permitirte seguir con tus jueguecitos mentales, Rowan.

—No es ningún juego —respondió él, sincero—. Sólo quiero saberlo. ¿Le dijiste lo que iba a pasar antes de que le robaras su cuerpo? ¿Tuvo al menos unos segundos para aceptarlo?

—No. Nunca lo supo. Creía que estaban a punto de ordenarlo segador. Después lo dormimos y se acabó.

Rowan asintió con la cabeza.

—Más o menos como morir mientras duermes.

—¿Qué?

—Es como la mayoría de los mortales querían morir. Dormidos, en paz, sin saberlo siquiera. Supongo que tiene sentido.

Rowan supuso que había dicho demasiado porque Rand le colocó la mordaza y se la apretó.

—Cuando te lleguen las llamas, intenta respirarlas —le dijo la segadora —. Será más rápido.

Y se fue sin mirar atrás.

Ayn no lograba quitarse de la cabeza la imagen de Rowan Damisch. Lo había visto incapacitado en otras ocasiones: atado de pies, atado de manos, engrilletado e inmovilizado de varias maneras. Pero esta vez era distinto. Su actitud no era valerosa ni desafiante; estaba resignado. No parecía la astuta

máquina de matar en la que lo había convertido Goddard, sino justo lo que era: un chico asustado que se había metido en algo que le venía grande.

Bueno, le está bien empleado —pensó Ayn para intentar librarse de aquella sensación—. Se cosecha lo que se siembra, ¿no es lo que «decían los mortales»?.

Mientras salía del campo, una ráfaga de viento recorrió el espacio cóncavo del estadio y le agitó la túnica. Las gradas ya estaban casi llenas. Más de mil segadores y treinta mil ciudadanos corrientes. El aforo completo.

Rand se sentó junto a Goddard y sus segadores subordinados. Constantine no quería perderse la criba de Rowan Damisch, pero parecía igual de descontento que Ayn.

—¿Te diviertes, Constantine? —le preguntó Goddard con la clara intención de provocarlo.

—Reconozco la importancia de un acontecimiento organizado para unir al pueblo y presentar una Nortemérica fuerte. Es una estrategia sólida y que seguramente marque un punto de inflexión en los asuntos de la Guadaña.

Era un comentario elogioso, aunque no respondía a la pregunta. Una respuesta muy diplomática. Goddard la interpretó a la perfección, como Ayn sabía que haría, y no se le escapó el desagrado de su segador.

—Hay que reconocer que eres coherente —le dijo el dalle máximo—. Constantine el Coherente. Creo que así se te llegará a conocer en los libros de Historia.

—Hay atributos peores.

—Espero que al menos hayas extendido invitaciones personales a nuestros «amigos» de Texas.

—Lo hice. No han respondido.

—No, ya me lo imaginaba. Una pena… Me habría encantado que vieran a la familia de la que han decidido alejarse.

El programa de la tarde incluía los discursos de los otros cuatro sumos dalles nortemericanos, todos ellos escritos con esmero para dejar claros cada uno de los puntos que el dalle máximo quería recalcar.

El sumo dalle Hammerstein de Estemérica lamentaría las vidas perdidas en Perdura y las brutales muertes de los desdichados segadores con los que había acabado Lucifer.

La suma dalle Pickford de Occimérica hablaría de la unidad nortemericana y de que la alianza de cinco de las seis guadañas de la zona mejoraría la vida de todos.

El sumo dalle Tizoc de Mexiteca invocaría la edad mortal para señalar lo lejos que había llegado el mundo y concluiría con una velada advertencia a las demás guadañas: no unirse a Goddard significaba la posibilidad de regresar a los viejos tiempos.

La suma dalle MacPhail de Zona Norte daría las gracias a todos los que habían hecho posible aquel acontecimiento. También mencionaría a los miembros del público, tanto segadores como gente corriente, con los que necesitaban congraciarse.

Y, finalmente, Goddard daría el discurso que resumiría todo lo anterior y lo envolvería con un lazo para regalo antes de prender la pira.

«Esto no será solamente la criba de un enemigo público —le había dicho a Ayn y a sus segadores subordinados—. Es una botella de champán lanzada contra un barco. Será el bautizo de una nueva era para la raza humana».

Era como si Goddard lo viera con un aura religiosa: una ofrenda de fuego para purificar el camino y aplacar a los dioses.

Por lo que concernía a Goddard, aquel día era tan importante como el día en que se había presentado ante el cónclave y aceptado su nominación como sumo dalle… Incluso más importante, por el alcance. El acontecimiento se retransmitiría a miles de millones de personas, no sólo a un grupo de segadores en un cónclave. Las repercusiones de aquella noche se sentirían durante mucho tiempo. Y las guadañas que todavía no se habían unido a él no tendrían más remedio que hacerlo.

Cada vez recibía más apoyos, sobre todo después de centrar la mayoría de las cribas en los márgenes de la sociedad. Los ciudadanos normales no sentían demasiado aprecio por los marginados, así que, siempre que no se formara parte de ese margen, no había que preocuparse demasiado por acabar cribado a manos de Goddard. Evidentemente, como la población no dejaba de crecer, había gente de sobra para empujarla a los márgenes.

Se había dado cuenta de que era cuestión de evolución. No de selección natural, porque la naturaleza se había vuelto débil e inoperante. Más bien de selección inteligente, con Goddard y sus acólitos como el timón de la intelectualidad.

A medida que se acercaban las siete y el cielo se oscurecía, Goddard se crujía los nudillos mientras subía y bajaba las rodillas; su cuerpo demostraba una impaciencia juvenil que no se reflejaba en su rostro.

Ayn le puso una mano sobre la rodilla para detenerlo. A Goddard no le gustó, pero obedeció. Después bajó la intensidad de la luz en las gradas y la aumentó en el campo cuando la pira empezó a salir del interior del estadio.

La expectación de la multitud era palpable. No se oían demasiados vítores y gritos, sino más bien jadeos ahogados y un murmullo creciente. A pesar de no estar iluminada, la pira era todo un espectáculo: el modo en que las ramas reflejaban la luz era espectacular; un bosque muerto entretejido digno de un artista. Una antorcha encendida esperaba a una distancia segura, lista para que Goddard la acercara a la esquina de la pira cuando fuera oportuno.

Mientras empezaban los demás discursos, Goddard repasaba mentalmente el suyo. Había estudiado la oratoria de los mejores: Roosevelt, Kirig, Demóstenes, Churchill. Su mensaje sería corto y dulce, pero repleto de citas memorables. De esas que se grabarían en piedra. De esas que se convertirían en emblemáticas y eternas, como las que él había estudiado. Después recogería la antorcha, encendería el fuego y, mientras crecían las llamas, recitaría el poema del segador Sócrates, «Oda a los inmortales», todo un himno para el mundo.

En ese instante dio comienzo el discurso de Hammerstein. Se expresó con el luto y la melancolía perfectas. Pickford fue majestuosa y elocuente; Tizoc, directo e incisivo; y la gratitud de MacPhail, dirigida a los que habían hecho posible aquel momento, resultó sincera y real.

Goddard se levantó y se acercó a la pira. Se preguntó si Rowan sería consciente del honor que le concedía. Estaba cementando su lugar en la historia. Desde aquel instante hasta el fin de los tiempos, el mundo conocería su nombre. Los niños de todo el mundo estudiarían su vida. Aquel día moriría, pero, en un sentido muy real, también se convertiría en un personaje eterno, unido al transcurso de los siglos como pocos lo conseguían.

Goddard tocó el botón, y el ascensor elevó a Rowan desde el interior de la pira hasta la cima. Los murmullos del público crecieron. La gente se levantó. Las manos lo señalaron. Goddard empezó:

—Honorables segadores y respetados ciudadanos, hoy entregamos al fuego purificador de la historia al último criminal de la humanidad. Rowan Damisch, el que se hacía llamar segador Lucifer, robó la luz de muchos, pero hoy recuperamos esa luz y la transformamos en un faro inmortal que alumbrará nuestro futuro…

Alguien le dio una palmada en el hombro. Casi ni la sintió.

—Una nueva era en la que los segadores, con discreta alegría, darán forma a nuestra gran sociedad y cribarán a los que no pertenecen a nuestro

glorioso mañana…

De nuevo, el toque en el hombro, más insistente. ¿Era posible que alguien interrumpiera su discurso? ¿Quién se atrevería a algo semejante? Se volvió y vio a Constantine detrás de él, eclipsándolo con su horrenda túnica rojo carmesí, que parecía más chillona que nunca ahora que llevaba rubíes.

—Su excelencia —le susurró—, al parecer hay un problema…

—¿Un problema? ¿En medio de mi discurso, Constantine?

—Véalo usted mismo.

Constantine le señaló la pira.

Rowan se retorcía para librarse de sus ataduras. Intentaba gritar a través de la mordaza, pero los gritos no se oirían del todo hasta que se quemara la tela. Entonces, Goddard lo vio…

La figura que coronaba la pira no era Rowan.

El rostro le resultaba familiar, pero, hasta que no miró hacia las pantallas gigantes repartidas por el estadio, en las que se veía de cerca la angustia del hombre, no reconoció a la víctima.

Era el técnico. El que estaba a cargo de preparar a Rowan para la ejecución.

Diez minutos antes, cuando todavía no habían sacado la pira, Rowan procuraba disfrutar de sus últimos momentos de vida. Entonces, un trío de segadores se le acercó tras abrirse paso a través del bosque de ramas. Ninguno llevaba túnicas que le resultaran familiares. Ni tampoco reconocía sus rostros.

La visita no formaba parte del programa… Y, en realidad, Rowan se alegró de verlos. Porque, si estaban allí para vengarse en persona, incapaces de esperarse a que ardiera, su final sería más fácil. En efecto, uno de ellos sacó un cuchillo y lo movió en su dirección. Rowan se preparó para sentir un dolor agudo y la rápida pérdida de la consciencia, pero no sucedió nada de eso.

No se fijó en que se trataba de un cuchillo Bowie hasta que la hoja cortó las ataduras de sus manos.

31
Control de Damisch

Goddard notó la reacción de su cuerpo antes de que su cerebro procesara del todo lo que estaba viendo. Sintió un cosquilleo en las extremidades, las tripas revueltas y una tirantez dolorosa en la parte baja de la espalda. La furia brotó con una intensidad volcánica hasta que empezó a palpitarle la cabeza.

En el estadio, todos sabían ya lo que él acababa de ver: que el prisionero en lo alto de la pira no era el segador Lucifer. A lo largo de los tres últimos años, el mundo había llegado a conocer muy bien el rostro de Rowan Damisch. Pero aquel no era el rostro que se retransmitía por todo el mundo, que llenaba las pantallas que rodeaban a Goddard, como si se burlaran de él.

No sólo le habían robado su gran momento, sino que aquello era una subversión en toda regla. Lo habían retorcido hasta convertirlo en algo obsceno. Los murmullos del público sonaban distintos a los de hacía pocos segundos. ¿Estaba oyendo risas? ¿Se estaban riendo de él? Fuera así o no, le importaba poco. Lo único que importaba era lo que oía, lo que sentía. Y sentía la burla de treinta mil almas. No podía permitirlo. Aquel momento monstruoso no podía seguir existiendo.

Constantine le susurró al oído:

—He ordenado que cierren las puertas y he avisado a toda la Guardia del Dalle. Lo encontraremos.

Pero no importaba. Habían arruinado su espectáculo. Por mucho que devolvieran a Rowan a rastras a la pira, no cambiaría nada. El deslumbrante momento de Goddard sería la mayor víctima del día. A no ser… A no ser…

Ayn supo que las cosas se iban a torcer mucho en cuanto vio a aquel imbécil en lo alto de la pira.

Tendría que controlar a Goddard.

Porque, cuando su ira tomaba el control, podía pasar cualquier cosa. Ya era así de antes, pero, después de adquirir el cuerpo de Tyger, esos impulsos juveniles (los repentinos subidones endocrinos) le daban una nueva y horrible dimensión a Goddard. La adrenalina y la testosterona que habían resultado

adorables cuando las gestionaba una adorable pizarra en blanco como Tyger Salazar no eran más que brisas bajo una cometa. Con Goddard, esas brisas se transformaban en tornados. Lo que significaba que tendría que controlarlo. Como un animal salvaje que se hubiera escapado de su jaula.

Dejó que Constantine fuera el que corriese a avisarlo de las malas noticias porque a Goddard le encantaba culpar al mensajero, así que mejor Constantine que ella. Cuando el dalle máximo se volvió para contemplar al desafortunado técnico, Ayn se le acercó.

—Hemos detenido la retransmisión. Ya no está emitiéndose. Hemos pasado a control de daños. Puedes darle la vuelta a la situación, Robert —añadió para engatusarlo lo mejor que podía—. Que crean que es intencionado. Que forma parte del espectáculo.

La expresión de su rostro la aterró. Ni siquiera estaba segura de haberlo oído bien cuando dijo:

—Intencionado. Sí, Ayn, es justo lo que haré.

Levantó el micrófono y Ayn retrocedió. Quizá Constantine estuviera en lo cierto: era capaz de manejarlo en los momentos de consternación. De controlarlo. De arreglar lo roto antes de que fuera irreparable. Respiró hondo y esperó, con todos los demás, a escuchar lo que tenía que decir.

—Se suponía que hoy debía ser un día para hacer justicia —empezó Goddard, que escupía las palabras al micrófono mientras hablaba—. Me dirijo a vosotros. ¡A vosotros! A vosotros cuyos corazones se aceleran al pensar en ver a un hombre quemarse vivo.

»¡A vosotros! ¿Creíais que os lo permitiría? ¿Creíais que los segadores somos tan vulgares como para consentiros vuestra curiosidad morbosa? ¿Como para ofreceros una carnicería como si fuera un espectáculo de circo? —A partir de entonces empezó a gritarles entre dientes—. ¡¿Cómo os atrevéis?! ¡Sólo los segadores pueden disfrutar con el fin de la vida!, ¿o lo habíais olvidado?

Hizo una pausa para que lo asimilaran, para que fueran conscientes de la profundidad de su transgresión. De no haber desaparecido Rowan, les habría concedido de buen grado su espectáculo. Pero eso era algo que no debían saber.

—No, el segador Lucifer no está hoy con nosotros, pero vosotros, que tan ansiosos estabais por ser testigos de su muerte, ahora estáis en mi punto de mira. ¡Este juicio no era para él, sino para vosotros, que os habéis condenado!

La única forma de redimirse de la perdición es la penitencia. Penitencia y sacrificio. Por lo tanto, he decidido que, en el día de hoy, vosotros seáis un ejemplo para el mundo.

Después miró a los miles de segadores repartidos entre el público del estadio.

—Cribadlos —ordenó con un desprecio tan grande por la multitud que se mordió el labio inferior—. Cribadlos a todos.

El pánico no cundió de golpe. La gente, estupefacta, se miraba entre sí. ¿De verdad había dicho eso el dalle máximo? No podía haberlo dicho. Ni siquiera los segadores estaban seguros en un principio… Pero incumplir una orden significaba que se pusiera en duda su lealtad. Poco a poco fueron apareciendo las armas, y los segadores empezaron a mirar a la gente que los rodeaba con una expresión muy distinta a la de antes: calculaban cómo lograr su objetivo.

—¡Yo soy vuestra culminación! —proclamó Goddard, como hacía en todas sus cribas en masa, y su voz rebotó por todo el estadio—. Soy la última palabra de vuestras insatisfechas vidas indeseables.

Las primeras personas empezaron a correr. Se les unieron otras. Y, de repente, fue como si se abriera una presa. Los espectadores, aterrados, trepaban sobre los asientos y por encima de los demás para llegar a las salidas, pero los segadores se habían apresurado a situarse en el cuello de botella. La única forma de pasar era a través de ellos, y los cribados ya bloqueaban los estrechos pasos a la libertad.

—¡Soy vuestra liberación! ¡Soy vuestro portal a los misterios del olvido!

La gente se abalanzaba sobre las barandillas con la esperanza de despachurrarse antes de que los cribaran para revivir después, pero se trataba de una acción de los segadores: en cuanto Goddard dio la orden, el Nimbo perdió la posibilidad de intervenir. Sólo podía mirarlo todo a través de sus innumerables ojos abiertos.

—¡Soy vuestro omega! El que os traerá la paz infinita. ¡Abrazadme!

La segadora Rand le suplicó que parase, pero él la apartó de un empujón y ella cayó al suelo dando traspiés y soltando la antorcha, que rodó por el borde de la pira. No hizo falta más: la pira prendió y las llamas moradas recorrieron la base.

—Vuestra muerte es mi veredicto y mi regalo —decía Goddard a los moribundos—. Aceptadlo con elegancia. Y así me despido.

La mejor vista del Armagedón de Goddard se disfrutaba desde lo alto de la pira… Y, como los extractores de abajo apartaban el humo, el técnico lo veía todo, incluido el borde exterior de llamas moradas, que empezaba a subir por la pira y volverse azul.

En las gradas, los segadores, todos resplandecientes con sus gemas cosidas a las túnicas de la nueva orden, despachaban a sus víctimas a una velocidad alarmante.

«Hoy no estaré solo», pensó el técnico mientras las llamas se acercaban y pasaban del verde al amarillo chillón.

Notaba que se le derretían las suelas de los zapatos. Olía a goma quemada. Ahora el fuego era naranja y estaba más cerca. Los gritos que lo rodeaban sonaban lejanos, muy lejanos. Las llamas no tardarían en pasar al rojo, la mordaza de algodón pólvora ardería y ya sólo importaban sus gritos.

Entonces vio a un segador solitario que iba hacia él, procedente del campo. El de la túnica roja. Uno de los pocos segadores que no iba detrás del público. Se miraron a los ojos durante un momento. Justo cuando el fuego prendió las perneras de los pantalones del hombre condenado, el segador Constantine alzó una pistola y llevo a cabo su única criba del día. Un único disparo al corazón que libró al técnico de un final más doloroso.

Lo último que sintió el hombre antes de perder la vida fue una enorme gratitud por la compasión del segador carmesí.

—Te perdonaré por intentar detenerme —le dijo Goddard a la segadora Rand cuando su limusina salía del estadio—. Pero me sorprende que precisamente tú, Ayn, te resistas a una criba.

Ayn podría haberle dicho un millón de cosas, pero se mordió la lengua. Rowan ya estaba olvidado, aplastado por un asunto mucho más importante. Se rumoreaba que lo habían visto abandonar el estadio con Travis y otros segadores texanos. Podría culparlos a ellos, pero ¿a quién pretendía engañar? Ella era la que le había sugerido a Goddard que encontrara el modo de conseguir que la súbita ausencia del chico pareciera formar parte de un plan. Sin embargo, jamás se habría imaginado lo que haría Goddard con su sugerencia.

—No era el acontecimiento que esperaba, aunque rara vez salen las cosas como uno quiere —dijo el dalle máximo con suma calma, como quien comenta una obra teatral—. Aun así, al final todo ha salido a pedir de boca.

—¿Qué? —preguntó Rand, y lo miró, incrédula—. ¿Cómo puedes decir eso?

—¿No es evidente? —Como la segadora no respondía, se lo aclaró con la fluida elocuencia por la que era famoso—: El miedo, Ayn. El miedo es el amado padre del respeto. Los ciudadanos corrientes deben saber cuál es su lugar. Deben conocer las líneas que no pueden cruzar. Sin el Nimbo en sus vidas, necesitan una mano firme que les proporcione estabilidad, que establezca límites. Me reverenciarán a mí y a todos mis segadores, y no volverán a enfrentarse a nosotros. —Reflexionó sobre sus interesadas racionalizaciones y asintió, satisfecho de sí mismo—. Todo va bien, Ayn. Todo va bien.

Pero la segadora Rand sabía que, a partir de ahora, nada volvería a ir bien.

CUARTA PARTE
La única herramienta que podemos empuñar

Un testamento del Trueno

Los mojigatos sibilantes que pretendian iniciar una guerra injustificada eran una abominación para el Trueno. Descendió sobre ellos con el furioso batir de un millón de alas y los cielos rugieron con su Tormenta. Los impenitentes eran abatidos, pero perdonaba a los que se postraban de rodillas. Luego alzaba el vuelo hacia el cielo en calma y desaparecía, envuelto de nuevo en una nube de plumas. ¡Regocijaos!

Comentario del coadjutor Symphonius

El Trueno no era un hombre de carne y hueso, sino un ser que dominaba la materia. Poseía la habilidad de transformarse en cualquier criatura o en multitud de ellas. Este verso ilustra su poder para convertirse en una gran bandada de aves, seguramente águilas, halcones o búhos. Elegantes. Nobles. Sabias. Pero también temidas y respetadas. Criaturas que simbolizaban el paradigma de todo lo que era el Trueno.

Análisis de Coda del comentario de Symphonius

El eterno problema de Symphonius es su falta de coherencia. Unas veces interpreta los textos de forma literal y otras, de forma simbólica, según le convenga, por lo que sus comentarios son más capricho que sabiduría. Aunque quizá sea cierto que el Trueno poseyera la habilidad de adoptar la forma de una bandada, ¿no sería más probable que simplemente contara con la habilidad mística de volar, como los héroes con capa de las imágenes de archivo?

32
Un nefasto punto de apoyo

Las campanas de la catedral que daban la hora desde hacía casi mil años en Euroescandia ahora guardaban silencio. Las habían arrancado, desguazado y fundido en un horno improvisado. En la misma región, habían asaltado un auditorio en plena representación y, entre el pánico de los presentes, los tonistas subieron al escenario y rompieron los instrumentos, a mano los pequeños, con un hacha los grandes.

«Vuestras voces son música para mis oídos», había dicho una vez el Trueno, lo que claramente daba a entender que había que destruir el resto de la música.

Aquellas sectas sibilantes extremistas descubrieron que su devoción era tan grande que debían imponer sus creencias al resto del mundo. No había dos sectas iguales. Cada una de ellas era una aberración única, con sus propias interpretaciones aterradoras de la doctrina tonista y su propia forma de retorcer las palabras del Trueno. Lo único que tenían en común era una propensión a la violencia y la intolerancia, incluida la intolerancia con otros tonistas, puesto que cualquier secta que no creyera exactamente lo mismo que ellos era inferior.

Los sibilantes no existían antes del silencio del Nimbo. Sí, había cultos con creencias extremas, pero el Nimbo y los agentes del Cúmulo de la Interfaz con la Autoridad los refrenaban. No se toleraba la violencia.

Pero, cuando el mundo fue declarado indeseable y el Nimbo dejó de hablar, la podredumbre empezó a supurar en muchos lugares.

En las ciudades más antiguas de Euroescandia, los grupos de extremistas itinerantes encendían fogatas en las plazas públicas y quemaban pianos, chelos y guitarras, y, aunque los agentes del orden siempre los atrapaban y detenían, no dejaban de hacerlo. Todos esperaban que el Nimbo, a pesar de su silencio, los suplantara, que sustituyera sus mentes y sus identidades con las de personas satisfechas y poco proclives a la violencia. Pero eso habría sido un atentado contra la libertad religiosa, así que a los sibilantes los detenían, los obligaban a pagar lo que habían destruido y los liberaban, sólo para que volvieran a destruir lo mismo.

De haber podido hablar, el Nimbo quizás hubiera dicho que proporcionaban un servicio, que, al destruir instrumentos musicales, daban trabajo a aquellos que los fabricaban. Pero hasta la paciencia del Nimbo tenía un límite.

El Trueno se apareció ante los sibilantes de Euroescandia cuando se preparaban para destrozar otro auditorio.

Los sibilantes sabían que tenía que ser un impostor, porque el Trueno había muerto como un mártir a manos de un segador. La resurrección no era uno de los dogmas de su fe, así que los fanáticos se mostraron escépticos.

—Soltad vuestras armas y postraos de rodillas —ordenó el impostor.

No le obedecieron.

—Vuestras acciones ofenden al Tono y a la Tormenta. Y también a mí. ¡¡Soltad vuestras armas y postraos de rodillas!!

Siguieron sin obedecer. Uno de ellos corrió hacia él hablando en un antiguo idioma nativo de la región que poca gente conocía ya.

Entonces, del pequeño séquito del impostor surgió un segador con túnica vaquera que atrapó al agresor y lo tiró al suelo. El sibilante, magullado y ensangrentado, se alejó corriendo.

—No es tarde para arrepentirse —dijo el Trueno impostor—. El Tono, la Tormenta y yo os perdonaremos si renunciáis a vuestros desmanes y nos servís en paz.

Los tonistas miraron hacia las puertas del auditorio, que estaban detrás de él. Su objetivo se encontraba cerca, pero aquel joven tenía algo que resultaba imponente. Algo… divino.

—Os mostraré una señal del Nimbo, con quien sólo yo puedo hablar y ante quien sólo yo puedo interceder por vosotros.

Dicho lo cual, abrió los brazos… y bajaron del cielo. Torcazas. Cientos de ellas descendiendo en picado, procedentes de todas partes, como si hubieran estado esperando ese momento en los aleros de todos los edificios de la ciudad. Se posaron en él, a lo largo de sus brazos, su cuerpo y su cabeza, hasta que ya no se le veía. Lo cubrieron de pies a cabeza, de modo que sus cuerpos y sus alas marrón claro eran como un caparazón, como una armadura que lo rodeaba. Y además, el color… El dibujo que formaban las plumas que lo envolvían, la forma en que se movían. Los tonistas sibilantes se percataron de lo que parecía.

Parecía una nube de tormenta. Un Nimbo henchido de rabia.

De repente, los pájaros echaron a volar en todas direcciones. Lo dejaron y desaparecieron en los rincones ocultos de los que habían salido.

Todo permaneció en silencio, salvo por el último aleteo de las aves al alejarse. Y, en ese silencio, el Trueno habló en voz baja, casi susurrante;

—Ahora, soltad las armas y postraos de rodillas.

Y lo hicieron.

Ser un profeta muerto era mucho mejor que ser un profeta vivo.

Si estabas muerto, no te obligaban a pasarte el día atendiendo a un interminable desfile de aburridos suplicantes. Podías ir adónde quisieras, cuando quisieras… y lo más importante; donde te necesitaban. Pero lo mejor de todo era que nadie intentaba matarte.

Greyson Tolliver llegó a la conclusión de que estar muerto era mucho mejor para su paz mental que estar vivo.

Desde su fallecimiento público, Greyson se había pasado más de dos años viajando por el mundo para intentar controlar a los sibilantes que aparecían por doquier. Tanto él como todos los que lo acompañaban viajaban con toda la sencillez posible. Trenes públicos, vuelos comerciales. Greyson nunca vestía su túnica violeta ni su escapulario bordado cuando viajaba. Todos iban de incógnito, con simples vestiduras tonistas. Nadie preguntaba nada a los tonistas por miedo a que empezaran a contarles sus creencias. La mayoría volvía la cabeza y evitaba mirarlos a los ojos.

Por supuesto, de haberse salido con la suya el coadjutor Mendoza, viajarían por el mundo en un jet privado con capacidad para aterrizaje vertical, de modo que el Trueno pudiera bajar del cielo como una máquina divina de verdad. Pero Greyson se lo prohibió; ya había hipocresía de sobra en el mundo.

—Se supone que los tonistas no son materialistas —le dijo a Mendoza.

—Ni tampoco los segadores —comentó el coadjutor—. Y mira cómo ha salido.

En cualquier caso, aquello no era una democracia. Lo que decía el trueno era ley entre ellos, por mucho que no estuvieran de acuerdo.

La hermana Astrid estaba de parte de Greyson.

—Creo que tu resistencia a la extravagancia es buena. Y me imagino que el Nimbo coincidirá conmigo.

—Mientras lleguemos a donde vayamos cuando tenemos que llegar, el Nimbo no opina —respondió Greyson.

Aunque sospechaba que el Nimbo cambiaba las rutas ferroviarias y los vuelos para que llegaran antes a sus destinos. Suponía que, si el Trueno

proclamara que debían viajar en mula, el Nimbo se las apañaría para buscarles unas de carreras.

A pesar de su modesta forma de viajar, Mendoza siempre se las apañaba para que su llegada fuese lo bastante impresionante y teatral como para estremecer a los sibilantes hasta sus podridas médulas. Por muy inquietantes y extraños que fueran los actos cometidos, Greyson se revelaba ante ellos como el Trueno y los denunciaba, renegaba de ellos y, básicamente, los desmantelaba y los dejaba suplicando su perdón.

El truco de los pájaros había sido idea de Greyson. Era bastante sencillo. Todas las criaturas de la Tierra tenían nanobots para que el Nimbo pudiera supervisar su población, lo que significaba que contaba con una puerta trasera de acceso al comportamiento de todas las especies.

La Guadaña había hecho algo similar con la vida marina de Perdura y la había convertido en un acuario abierto. Pero, a diferencia de aquella infausta tecnología, el Nimbo no manipulaba a los animales para el placer de los humanos… ni para su dolor, como ocurrió al final. Sólo controlaba a una criatura si esa criatura corría peligro de acabar atropellada o si desarrollaba cualquier otra conducta que pusiera en peligro su vida. Como no había centros de reanimación para animales salvajes, era la manera más eficaz de permitirlos vivir durante toda su vida natural.

«Si se supone que debo detener a los sibilantes —le había dicho Greyson al Nimbo—, necesito enseñarles algo impresionante. Algo que les demuestre que estás de mi parte y no de la suya». Le propuso reunir una bandada de pájaros del color de las nubes para que se posaran en él y el Nimbo se lo concedió.

También usaba otros trucos, claro. El Nimbo podía hacer que los publicoches rodearan a los tonistas y los condujeran como si se tratase de ovejas. Podía generar un campo magnético lo bastante fuerte como para que Greyson levitara sin medios aparentes para permitirlo y, si las condiciones meteorológicas eran propicias, el Nimbo podía inducir una tormenta a petición de Greyson. Pero lo mejor eran los pájaros. Siempre deslumbraban y conseguían convencer a los tonistas. Si no del todo, al menos lo justo para orientarlos en la dirección correcta. Por supuesto, estar cubierto de palomas y torcazas no era agradable. Lo dejaban con la piel cubierta de arañazos y cortes, y a menudo intentaban picotearle las orejas y los ojos. Además, no eran los animales más higiénicos del mundo.

Se quedaba con la secta en cuestión lo justo para asegurarse de que cambiaban de actitud. «Volver al redil», lo llamaba Mendoza. Después, el

Trueno desaparecía con su séquito y pasaba a la siguiente secta de sibilantes en otra parte del mundo. Ataques con precisión quirúrgica y diplomacia de guerrilla, esa había sido su estrategia durante dos años, y funcionaba. Ayudaba que se extendieran más rumores ridículos sobre él que reales. «El Trueno derribó una montaña con su voz». «Han visto al Trueno comiendo en el desierto con los dioses de la edad mortal, y él presidía la mesa». Era fácil ocultar sus verdaderas apariciones entre los pliegues de las absurdas.

—Es bueno que hagamos esto —decía el coadjutor Mendoza—, aunque no es nada comparado con lo que podríamos hacer.

—Es lo que quiere el Nimbo —le respondía Greyson, pero Mendoza siempre dudaba. Y, a decir verdad, Greyson también estaba frustrado.

«Me tienes en una cinta de correr —le había dicho al Nimbo—. ¿De qué sirve lo que hago si las sectas sibilantes brotan como setas antes de que pueda llegar a ellas? ¿Es este tu gran plan? ¿Y no está mal que finja ser un dios?».

«Define *mal*», había respondido el Nimbo.

El Nimbo resultaba más irritante que nunca cuando Greyson le planteaba preguntas éticas. No podía mentir, pero Greyson sí, y lo hacía. Mentía a los sibilantes en cada uno de sus encuentros cuando les decía que era más que humano. Aun así, el Nimbo no lo detenía, así que no sabía si lo aprobaba o no. Un sencillo «no lo hagas» habría bastado si el Nimbo pensara que sus acciones eran un abuso de poder. De hecho, que lo regañara le habría resultado reconfortante, porque así sabría si sus principios morales eran erróneos. Por otro lado, si el fin justificaba los medios de Greyson, ¿por qué no se lo decía y tranquilizaba su conciencia?

«Si haces algo demasiado perjudicial, te informaré», le había dicho el Nimbo. Lo que dejaba a Greyson esperando una bofetada que no llegaba nunca.

«He hecho algunas cosas horribles en tu nombre», le dijo al Nimbo.

A lo que el Nimbo contestó; «Define *horrible*».

El séquito del Trueno, que se había reducido a su círculo más íntimo (el segador Morrison, la hermana Astrid y el coadjutor Mendoza), se había convertido en un equipo eficiente.

Morrison había demostrado ser valioso desde el principio. Nunca había tenido una gran ética laboral antes de intentar cribar al Trueno, pero aquellos años lo habían cambiado considerablemente… o, al menos, le habían descubierto un nuevo camino algo más sabio. Tenía sus razones para

quedarse. Al fin y al cabo, ¿adónde iba a ir? La guadaña nortemericana lo creía muerto. Sin embargo, no era su único motivo. El caso era que, de haber comprobado sus estadísticas, la guadaña sabría que había cribado y concedido inmunidad más de una vez. Se decía que era normal que, con el aumento de las cribas de los últimos tiempos, no se hubieran fijado en las acciones de un segador que iba por libre.

Era consciente de que se engañaba, claro, pero la verdad dolía demasiado para reconocerla.

No se habían fijado porque les daba igual.

Siempre había sido un cero a la izquierda para los demás segadores. Una vergüenza para su mentor, que lo eligió porque era fuerte y guapo, y renegó de él en cuanto le quedó claro que nunca se ganaría el respeto de nadie. Para ellos era un chiste. Pero allí, al servicio del Trueno, se valoraba su existencia. Tenía un lugar y un propósito. Era el protector, y le gustaba.

La hermana Astrid era la única que tenía sus reservas respecto a Morrison.

—Jim, tú personificas todo lo que no soporto del mundo —le dijo una vez.

Jim sonrió.

—¿Por qué no puedes reconocer que te caigo bien?

—Te tolero. Hay una gran diferencia.

En cuanto a Astrid, tenía trabajo por delante manteniéndolos a todos en la senda espiritual correcta. Se quedaba con el Trueno porque, en el fondo, creía que Greyson Tolliver era auténtico; que seguía los divinos designios del Tono y que su humildad al respecto era comprensible. A fin de cuentas, una naturaleza humilde era la marca distintiva de un hombre santo. Tenía todo el sentido del mundo que se negara a creer que formaba parte de la Santísima Tríada, pero que él no se lo creyera no lo hacía menos cierto.

Esbozaba una sonrisa burlona en secreto cada vez que Greyson se enfrentaba a los sibilantes convertido en el Trueno porque sabía que el joven no se creía ni una palabra de lo que les decía. Para Greyson, no era más que un papel. Pero, para Astrid, que lo negara la reafirmaba en sus creencias.

Y después estaba el coadjutor Mendoza: el mago, el artista, el productor de su espectáculo itinerante. Sabía que era el eje en el que todos se apoyaban para seguir unidos y, aunque a veces se creía su propia fe, siempre acababa pisoteada bajo el aspecto práctico de su trabajo.

Mendoza no sólo organizaba las apariciones del Trueno, sino que se mantenía en constante comunicación con su red de coadjutores de todo el mundo para intentar que cada vez más sectas se atuvieran a una única doctrina

y ayudarlas a protegerse contra los segadores. Mendoza también trabajaba en la sombra extendiendo rumores falsos sobre el Trueno. Resultaban muy útiles para mantener a los fieles interesados (y a los segadores indiferentes) porque ¿cómo iban a ser reales las apariciones del Trueno si la mayoría eran pura fantasía? No obstante, cuando Greyson descubrió lo que estaba haciendo Mendoza, se horrorizó. El coadjutor no comprendía por qué se negaba a ver lo valiosa que era su estrategia.

—¿Le estás diciendo a la gente que me he alzado de mis propias cenizas?

—Existe un precedente —intentó explicarle Mendoza—. La historia de la fe está llena de dioses que se elevan y caen. Estoy preparando el terreno para tu leyenda.

—Si la gente quiere creer eso, de acuerdo. Pero no quiero alentarlos difundiendo más mentiras.

—Si quieres que te ayude, ¿por qué no dejas de atarme las manos? —le soltó Mendoza, cada vez más frustrado.

—Puede que porque quiero que las uses para algo más que para darte placer.

Aquello le arrancó una risotada al coadjutor; ¡si Greyson Tolliver se había pasado los últimos años escupiendo su voluntad a diestro y siniestro! Pero reírse del Trueno era pasarse de la raya, así que reculó a toda prisa.

—Sí, su sonoridad —dijo, como decía siempre—. Lo tendré en cuenta.

No tenía más remedio que dar marcha atrás porque discutir no servía para nada con aquel chico tan tozudo; un chico que no tenía ni idea de lo mucho que costaba mantener viva su aura mítica. Aunque Mendoza empezaba a preguntarse por qué se molestaba siquiera.

Entonces sucedió algo que lo cambió todo.

—¡Desgracia, desgracia y más desgracia! —gimió el Nimbo al oído de Greyson una noche—. Ojalá hubiera podido cerrar los ojos para no verlo. Este acontecimiento es el eje sobre el que pivotarán muchos acontecimientos.

—¿Podrías dejar de hablar con acertijos? —le preguntó Greyson—. Dime de una vez qué está pasando.

Así que el Nimbo le contó la criba del estadio con todo lujo de atroces detalles. Decenas de miles de personas abatidas en una sola noche.

—Saldrá en las noticias de un momento a otro; aunque la guadaña nortemericana intente ocultarlo, es demasiado grande para eso. Y dará inicio a

una cadena de acontecimientos que conducirán al mundo a unas revueltas sin precedentes.

—¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Nada. Es una acción de los segadores, lo que significa que no puedo reaccionar. Tengo que comportarme como si no hubiera sucedido.

—Bueno —dijo Greyson—, tú no puedes hacer nada, pero yo sí.

—Sigue con lo que estabas haciendo. Ahora más que nunca, habrá que contener a los sibilantes. —Entonces, el Nimbo dijo algo que le heló la sangre —: La probabilidad de que los tonistas sibilantes perjudiquen gravemente el futuro de la humanidad ha subido al 19,3%.

33
Irrompible

«Soy la segadora Anastasia. Y no, esto no es una grabación; me dirijo a vosotros en directo… porque estoy viva. Pero seguro que así no os convenzo. Por supuesto que no; es un truco que puede conseguir cualquiera usando el constructo de mi memoria y otros cien recursos tecnológicos. Por eso necesito que dudéis de esta retransmisión. Que dudéis de ella lo suficiente como para hacer todo lo posible por desmentirla. Que os esforcéis al máximo por demostrar que es falsa porque, cuando fracaséis, tendréis que aceptar que es real. Que soy real. Y, una vez que estéis convencidos de que soy quien digo ser, podremos ponernos manos a la obra».

La primera retransmisión fue corta y sencilla. Tenía toda la convicción y toda la confianza que necesitaba tener… y con buen motivo. Anastasia había descubierto algo sobre el desastre lunar. Algo grande. Había logrado lo que los demás no: descubrir pruebas que llevaban ocultas en el cerebro trasero desde antes de que ella naciera. El Nimbo sabía que estaban allí, pero, por ley, se veía obligado a dejarlo correr. Pero debía de saber lo que había descubierto Anastasia, ya que conocía al detalle su propio cerebro trasero. La segadora se preguntó si estaría contento con su hallazgo.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dijo el sumo dalle Tenkamenin—. ¡Sabía que lo conseguirías! Por supuesto, la segadora Makeda tenía sus dudas.

—Me limitaba a expresar un sano escepticismo —alegó ella en su defensa—. No es buena idea vender la piel del lobo antes de cazarlo.

—Ni confiar en lobos con piel de cordero —añadió Baba—. Me pregunto qué expresión aparecería primero.

Por supuesto, el chiste hizo reír a Tenka, aunque por poco tiempo. Algo pesaba en el sumo dalle. En todos ellos. Anastasia había percibido una tensión subyacente durante todo el día.

Era evidente incluso en Jeri, que solía ocultar bien sus emociones.

«Han cribado a un familiar de una miembro de mi tripulación —le dijo a Anastasia—. Necesito ir a la ciudad para consolarla. —Después vaciló, como si hubiera algo más que decir, pero no lo dijo—. Regresaré tarde. Dile al sumo dalle que no me espere para cenar».

Después, cuando el resto se sentó a comer, el ambiente de la habitación se tornó taciturno. No tenso, sino cargado. Como si el peso del mundo, que descansaba con firmeza sobre sus hombros, se hubiese duplicado. Anastasia creía saber la razón.

—Es por mi retransmisión, ¿no? —preguntó para romper el silencio que empezaba a marchitar la ensalada que comían—. La gente no ha reaccionado como queríais. Ha sido una pérdida de tiempo.

—En absoluto —respondió Makeda—. Estuviste maravillosa, querida.

—Y he estado mirando los comentarios —añadió Baba—. Se han disparado. Diría que tu impacto ha sido mayor que el de Perdura en el fondo del mar.

—Eso es de muy mal gusto, Baba —dijo Makeda.

Tenkamenin no dijo nada. Parecía perdido en sus verduras.

—Entonces, ¿qué pasa? —inquirió Anastasia—. Si algo va mal, tenéis que contármelo.

—Anoche se produjo un… incidente —le confió por fin Tenka—. En Nortemérica…

Anastasia se preparó.

—¿Tiene que ver con Rowan Damisch?

Tenkamenin apartó la vista, al igual que Baba, pero la segadora Makeda mantuvo un intenso contacto visual.

—Sí, de hecho, sí.

Anastasia contrajo con tanta fuerza los dedos de los pies que notó que las plantas se le empezaban a acalambran

—Se suponía que lo iban a cribar —le explicó Tenka—, pero escapó.

Anastasia estuvo a punto de derrumbarse de puro alivio. Como no era una reacción propia de una segadora, intentó recuperar la compostura, pero no antes de que todos se dieran cuenta.

—Está con los texanos —explicó Makeda—. Lo que no llego a entender es por qué lo han salvado.

—Es el enemigo de su enemigo —intervino Baba.

—El problema no es que haya escapado, sino lo que sucedió después —dijo Tenka—. Goddard ordenó una criba en masa. Algo muy superior a cualquier cosa que hayamos visto antes. Arrebató casi treinta mil vidas… y ha

ordenado que persigan a los que escaparon y a sus familias. Está invocando el tercer mandamiento.

—¡Como si pudiera aplicarse! —estalló Makeda—. Si condenas a un estadio entero a muerte, ¿quién no huiría?

Anastasia guardó silencio. Asimiló la información. Intentó no responder, porque no sabía ni cómo hacerlo. Rowan estaba a salvo. Y, por ello, miles habían muerto. ¿Cómo debía sentirse al respecto?

—Tu retransmisión se emitió justo mientras sucedía, antes de que nos enterásemos —dijo Tenka—. Creíamos que eclipsaría lo tuyo, pero ha ocurrido justo lo contrario. Tras los hechos, todo lo que tengas que decir será mucho más importante. Queremos acelerar el programa. Otra retransmisión mañana por la noche.

—La gente necesita escucharte, Anastasia —añadió Makeda—. Eres la voz de la esperanza en medio del horror.

—Sí, por supuesto. Haré otra retransmisión lo antes posible.

Entonces llegó el segundo plato. Un asado tan poco hecho que sangraba. A los segadores no solía molestarles, pero aquel día todos apartaron la vista mientras el sirviente cortaba la carne.

«Soy la segadora Anastasia. ¿Me habéis desmentido ya? ¿Lo habéis hecho con la diligencia debida, como habría dicho mi mentora, la segadora Marie Curie, la Gran Dama de la Muerte? ¿O estáis dispuestos a aceptar las afirmaciones de las distintas guadañas que apoyan los intentos del "dalle máximo" Goddard para hacerse poco a poco con el mundo? Claro que me llaman impostora… ¿Qué otra cosa van a decir para evitar la ira de Goddard?

Goddard, que invita a decenas de miles de personas a presenciar una criba que acaba por ser la de los espectadores. Afirma que el segador Lucifer hundió Perdura, y eso se ha convertido en un hecho indudable de la historia. Como yo estaba allí, puedo contaros la verdad: el segador Lucifer estaba en Perdura. Las declaraciones de los testigos supervivientes son legítimas. Pero ¿hundió él Perdura?

En absoluto.

En los próximos días ofreceré mi testimonio y dejaré claro lo sucedido en esa isla. Y quién es el responsable».

En el chalé de cristal de Goddard había muy pocas cosas que pudieran romperse, por sorprendente que parezca. Ayn lo vio intentarlo, pero vivían en un mundo en el que todo estaba demasiado bien hecho. Estaba harta de intentar templar su genio. A partir de ese momento, sus segadores subordinados tendrían que apañárselas solos en ese aspecto. Aquel día le tocaba a Nietzsche. Llevaban varios días sin ver a Constantine. En teoría iba a reunirse con los representantes de la región de la Estrella Solitaria para intentar convencerlos de que entregaran a Rowan, pero los texanos seguían negando tenerlo en su poder. La segadora subordinada Franklin no quería tener nada que ver con Goddard cuando estaba así. «Avisadme cuando vuelva a ser humano», decía Aretha, y se marchaba a sus habitaciones, que se ubicaban en una planta lo bastante alejada como para no oír su rabieta.

La última la había provocado el segundo mensaje al mundo de la segadora Anastasia,

—¡Quiero que la encontréis! —gritó—. Quiero que la encontréis y la cribéis.

—No podemos cribarla —intentó explicarle Nietzsche—. Nos guste o no, sigue siendo una segadora.

—¡Entonces la encontraremos y la obligaremos a cribarse! Su sufrimiento será tan grande que acabará con su vida para detenerlo

—Su excelencia, la sospecha que recaerá sobre usted si hace eso no compensa el esfuerzo.

Goddard lanzó una silla por los aires. No se rompió.

Ayn estaba tranquilamente sentada en la sala de conferencias, observando el drama que se desarrollaba entre ellos. Nietzsche no dejaba de mirarla en busca de ayuda, pero no pensaba malgastar el aliento. Goddard sería irracional hasta que dejara de serlo. Punto. Después alegaría una excusa racional para todo lo que había hecho cuando estaba desatado.

Antes, Ayn creía que las acciones de Goddard respondían a un plan mayor, pero ahora sabía la verdad: el plan siempre llegaba después de la acción. Era un genio vislumbrando figuras en las nubes de su furia.

Como convencerse de que la criba del Mile High había sido un acto de gran sabiduría. Las repercusiones fueron inmediatas. Las regiones que estaban en contra de Goddard se le echaron encima de inmediato. Media docena anunciaron que concederían la inmunidad a cualquiera que decidiese abandonar los dominios de Goddard, y mucha gente estaba aceptando la

invitación. Con todo, los que apoyaban al dalle máximo también dieron un paso adelante e insistieron en que «esa gente» del estadio se había ganado a pulso la criba porque cualquiera que deseara ver una ejecución se merecía lo que le ocurriese. A pesar de que era muy probable que ellos también hubieran estado viendo la retransmisión hasta que se cortó.

Pero la mayoría no se posicionó. Sólo querían desaparecer en sus agradables vidas. Siempre que las cosas malas sucedieran en otra parte y a alguien que no conocían, no era problema suyo. Salvo que, en esta ocasión, todos conocían a alguien que conocía a alguien que estaba en el estadio aquel día y no regresó a casa.

Nietzsche siguió tranquilizando a Goddard, que no dejaba de dar vueltas por la sala de conferencias.

—Anastasia no es nadie, su excelencia. Pero, si reacciona a sus palabras, le dará mucha más importancia de la necesaria.

—Entonces, ¿debería limitarme a hacer caso omiso de sus acusaciones, sin más?

—No son más que eso, acusaciones, y ni siquiera sabemos todavía de qué le acusa. Aunque pique, es mejor no rascarse, su excelencia.

La frase le arrancó una carcajada a Ayn, que se imaginaba perfectamente a Goddard rascándose hasta sangrar.

Exhausto al fin, el dalle máximo se dejó caer en una silla y controló su ira.

—Dime qué está pasando ahí fuera —le ordenó a Nietzsche—. Dime lo que necesito saber.

El segador se sentó a la mesa.

—Las guadañas aliadas están mostrando su apoyo a lo sucedido en el estadio o guardan silencio. Las guadañas que están en su contra exigen que se cribe…, pero me preocupa más el flujo de ciudadanos que deciden cruzar la frontera a la región de Texas.

—Querías miedo —dijo Ayn—. Pues ahí lo tienes.

—Estamos explorando la posibilidad de construir un muro para detener el éxodo.

—No seas ridículo —espetó Goddard—. Sólo los idiotas construyen muros. Deja que se vayan. Cuando consigamos absorber a la Estrella Solitaria, marcaremos para la criba a los que estén abandonando Midmérica estos días.

—¿Así piensas solucionar ahora todos los problemas? —le preguntó Ayn —. ¿Cribándolos?

Esperaba que le respondiera de malos modos, pero había recuperado el temple.

—Eso es lo que hacemos, Ayn. Es la herramienta que se nos ha concedido, la única herramienta que podemos empuñar.

—Y también tenemos el problema de los tonistas —siguió diciendo Nietzsche.

—¡Tonistas! —se lamentó Goddard—. ¿Por qué están siempre en el orden del día?

—Convertiste a su profeta en un mártir —respondió Ayn—. Al contrario de lo que te pueda parecer, es más difícil luchar contra enemigos muertos que contra enemigos vivos.

—Salvo que… —empezó a decir Nietzsche, vacilante.

—¿Salvo que qué? —lo animó Goddard.

—Salvo que hemos estado recibiendo informes que afirman que el Trueno se ha aparecido ante su gente.

Goddard gruñó, asqueado.

—Sí, lo sé. En las nubes y en los dibujos que forman las tostadas quemadas.

—No, su excelencia. Me refiero a aparecerse en carne y hueso. Y empezamos a pensar que quizá los informes sean creíbles.

—No lo estarás diciendo en serio…

—Bueno, no confirmamos que el cadáver que se nos entregó fuera realmente el del Trueno. Es posible que siga vivo.

Ayn tomó aire, ya que se veía venir otra ronda de objetos irrompibles lanzados por los aires.

34
Un lugar mejor

«Sé que la mayoría no está al corriente de lo que sucede en la Guadaña. Es normal. La Guadaña se creó para que la gente no tuviera ninguna relación con los portadores de la muerte hasta que les llegara su hora.

Sin embargo, el hundimiento de Perdura nos ha afectado a todos. Enmudeció al Nimbo y marcó a todo el mundo como indeseable. Y, sin los verdugos mayores para moderarla, ha conducido a un desequilibrio de poder dentro de la Guadaña.

Hemos disfrutado de un mundo estable durante más de doscientos años. Pero eso se acabó. Si queremos recuperar la estabilidad, tenemos que luchar por ella. No sólo los integrantes de la Guadaña, sino todos. Y cuando oigáis lo que tengo que decir, vais a querer luchar.

Sé lo que estáis pensando: "¿Cuándo va a hacer pública su acusación la segadora Anastasia? ¿Va a señalar con el dedo a Goddard como asesino de los verdugos mayores y destructor de Perdura?".

Tendréis que esperar, porque debo plantear antes otros hechos. Otras acusaciones. Voy a enseñaros una historia de actos impensables que van en contra de todo lo que se supone que defiende la Guadaña.

Es una historia que no comienza por Goddard; de hecho, comenzó varios años antes de su nacimiento.

En el Año del Lince, la colonia de Nectaris Prime, en la Luna, sufrió lo que se definió como un fallo atmosférico catastrófico. Su suministro de oxígeno al completo (incluso la reserva de oxígeno líquido) acabó lanzado al espacio, con lo que murieron todos los colonos. No hubo ni un solo superviviente.

Todo el mundo conoce la historia, es algo que hemos aprendido en el colegio. Pero ¿alguna vez habéis leído la primera pantalla de las bases de datos históricas oficiales? Ya sabéis a qué me refiero: es esa irritante ventana desplegable de letra pequeña que siempre hay que saltarse para acceder a lo que se desea ver. Si la leéis, veréis que, oculta en medio de todo el camuflaje legal, hay una pequeña cláusula que afirma que las bases de datos históricas

públicas están sometidas a la aprobación de los segadores. ¿Por qué? Porque los segadores pueden hacer lo que quieran. Incluso censurar la historia.

Eso no suponía un problema mientras los segadores fueran fieles a su vocación. Mientras fueran honorables y virtuosos, y se atuvieran a los más altos ideales humanos. Pero se convirtió en un problema cuando ciertos segadores empezaron a servir a sus propios intereses en vez de a los de la humanidad.

La colonia lunar fue el primer intento de asentamiento fuera del planeta. El plan era poblar poco a poco "la Frontera Lunar" y así solucionar el problema de la población en la Tierra. El Nimbo lo tenía todo organizado. Hasta que se produjo el desastre.

Quiero que olvidéis todo lo que creíais saber sobre el suceso porque, como he dicho, las historias oficiales no son de fiar. Así que os pido que investiguéis sobre el desastre lunar vosotros mismos, igual que he hecho yo. Id directamente a las fuentes originales. A los primeros artículos que se escribieron. A las grabaciones personales que realizaron los colonos antes de morir. A las transmisiones pidiendo ayuda. Está todo en el cerebro trasero del Nimbo. Por supuesto, el Nimbo no os guiará porque sois indeseables, así que tendréis que hacerlo solos.

Pero ¿sabéis qué? Aunque no fuerais indeseables, el Nimbo no os guiaría. Debido a lo delicado de la información, ayudaros iría en contra de la ley y, por mucho que deseara hacerlo, el Nimbo no puede incumplir la ley. Por suerte, me tenéis a mí».

Los segadores de la Estrella Solitaria llevaron a Rowan a Austin, la ciudad más alejada de cualquier frontera, y lo rodearon de varias capas de seguridad. Lo trataban con cuidado. No le dieron una suite de lujo, pero tampoco lo encerraron en una celda.

«Eres un criminal —le había dicho la segadora Coleman durante su rescate—, pero estudiar la edad mortal, cuando el crimen era la norma y no la excepción, nos ha servido para aprender que los criminales pueden resultar útiles, a su manera».

Le entregaron un ordenador para que pudiera informarse sobre los años que se había perdido, aunque no podía dejar de ver los vídeos de lo sucedido en el estadio de Mile High después de su rescate. No había grabaciones oficiales de la «criba correctiva», como la Guadaña Aliada de Nortemérica la llamaba, pero los supervivientes publicaban sus grabaciones personales.

Rowan no las veía porque quisiera, sino porque sentía la abrumadora necesidad de presenciar todo lo que pudiera sobre la tragedia. De reconocer a todas las víctimas posibles. Aunque no conociera a ninguna, sentía que debía recordar sus rostros y darles al menos un último momento de respeto. De haber sabido que Goddard haría aquello, se habría resistido a los segadores texanos y aceptado que lo cribaran, pero ¿cómo iba a saberlo? ¿Y cómo podría haberse resistido? Los texanos estaban tan decididos a robarlo como Goddard a acabar con él.

Además, vio una y otra vez las retransmisiones de Citra, que se le hicieron demasiado cortas. Saber que seguía libre y luchando hacía que todo lo demás fuese soportable.

La última vez que Rowan había estado en la región de la Estrella Solitaria, Rand lo tenía preso. La organización del territorio (una benevolente anarquía) le facilitó a la segadora librarse del escrutinio y llevar a cabo su plan de traer de vuelta a Goddard. No obstante, gracias a esa misma autodeterminación, sus segadores habían tenido las agallas suficientes para rescatar a Rowan.

Los texanos posmortales eran únicos. No obedecían ninguna regla, salvo las suyas propias, y no respondían ante nadie, salvo unos ante los otros…, con unos resultados que unas veces eran horrendos y otras, gloriosos. Como una de las siete regiones autónomas del Nimbo, se trataba de un experimento social prolongado que se había convertido en un estilo de vida permanente, puede que porque el Nimbo había decidido que el mundo necesitaba un lugar así, en el que la gente pudiera aprender a vivir siguiendo los dictados de su corazón.

Algunos experimentos no salieron tan bien. Como el «colectivo pensante» de la Barrera de Ross (la región autónoma de Antártida), donde el Nimbo introdujo una tecnología que unía las mentes y permitía a todos ser telépatas. No fue bonito. Se decía que era lo más cerca que había estado nunca el Nimbo de cometer un error, aunque el ente insistía en que todos sus experimentos, por su propia naturaleza, tenían éxito, ya que todos demostraban algo y le ofrecían una perspectiva mejor para servir a la humanidad. El colectivo pensante se convirtió en el «colectivo dormido», y los habitantes de la región de la Barrera de Ross disfrutaban de un feliz sueño comunal en el que sus mentes seguían unidas, pero sólo durante la fase REM.

Dos días después del rescate de Rowan, los segadores Travis y Coleman lo visitaron en sus habitaciones. Y un tercer segador entró detrás de ellos. Uno que Rowan conocía demasiado bien y al que no se alegraba de ver.

En cuanto vio la túnica roja, el joven supo que lo habían traicionado. Se levantó y, siguiendo un acto reflejo, buscó un arma, pero, evidentemente, no tenía ninguna. Por otro lado, el segador Constantine no hizo ademán de atacar. No parecía demasiado contento, aunque tampoco era nada nuevo en él. Sólo contaba con dos expresiones faciales: asqueado y crítico.

La segadora Coleman levantó las manos para calmar a Rowan.

—No es lo que piensas. No ha venido a hacerte daño. El segador Constantine se ha unido a la guadaña de la Estrella Solitaria.

Sólo entonces se percató Rowan de que ya no estaban las gemas que adornaban su túnica la última vez que se vieron. Y, aunque la tela seguía siendo carmesí, ahora era de basta lona. A pesar de que los segadores podían unirse a la región que desearan, era poco habitual que uno importante, como Constantine, se cambiara a otra. Rowan no se quitaba de encima la sensación de que era una trampa.

El segador Travis se rio.

—Te dije; que era mejor avisarlo antes.

—Créeme, Damisch, me apetece tan poco verte como a ti verme a mí, pero aquí nos enfrentamos a preocupaciones más importantes que nuestra animosidad mutua.

Rowan seguía sin creérselo del todo. Ni siquiera se imaginaba al gran y poderoso Constantine como a un segador de la Estrella Solitaria, limitado a usar tan sólo su cuchillo Bowie; era la única regla que aquella guadaña imponía, además de los mandamientos.

—Siéntate, Rowan, por favor —le dijo Coleman—. Tenemos que hablar de negocios.

Y, cuando se sentó, la segadora le entregó una hoja de papel. En ella había una lista de nombres. De segadores. Unos cincuenta.

—Estos son los segadores que hemos decidido que debes eliminar —le explicó Coleman.

Rowan la miró, miró la hoja y de nuevo a Coleman. ¿De verdad le estaban pidiendo que matara a cincuenta segadores?

Travis, que estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados, dejó escapar un silbido de hartazgo.

—Su cara lo dice todo, ¿no? Esto no va a ser fácil.

Rowan le intentó devolver el papel a Coleman.

—No —le dijo—. De ninguna manera.

Pero la segadora no aceptó la hoja ni estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta.

—No olvides que te hemos rescatado de una muerte muy dolorosa, Rowan. Y, como te hemos rescatado, treinta mil personas inocentes han muerto en tu lugar. Nos lo debes tanto a nosotros, tus rescatadores, como a esa pobre gente.

—Lo único que te pedimos es que libres al mundo de unos segadores problemáticos —añadió Travis—. ¿Acaso no era lo que estabas haciendo ya? Ahora no trabajarás solo. Contarás con el respaldo de la guadaña texana.

—El respaldo oficioso —aclaró Coleman.

—Claro —coincidió su compañero—. Nadie puede saberlo. Ese es el trato.

—Y, para vosotros, ¿qué es un segador problemático?

Coleman le quitó la hoja y eligió un nombre de la lista.

—Segador Kurosawa. Lleva años hablando en contra de nuestra región y ha insultado a la suma dalle una y otra vez.

Rowan no se lo podía creer.

—¿Eso es todo? ¿Queréis que acabe con un segador por ser un bocazas?

—No lo has entendido —dijo Travis—. ¿Por qué te cuesta tanto, hijo?

Durante todo el intercambio, Constantine guardó silencio. Se limitó a quedarse un poco apartado, con expresión fúnebre. El caso era que, como segador Lucifer, Rowan investigaba a fondo sus elecciones. Si encontraba alguna cualidad redentora, la que fuera, en el segador en cuestión, lo dejaba en paz. Conocía personalmente al menos a tres de los incluidos en la lista. Quizá no fueran los segadores más nobles del mundo, pero tampoco se merecían morir.

—Lo siento —dijo Rowan—. Si pretendéis usarme para saldar cuentas con vuestros enemigos, devolvedme a la pira. —Entonces se volvió hacia Constantine—. ¡Y tú! ¡Eres un hipócrita! Me persigues por cribar a los malos segadores, y ¿ahora te parece bien que vuelva a hacerlo?

Constantine respiró hondo antes de hablar:

—Se te olvida que he sido segador subordinado de Goddard. Después de lo que he visto, he llegado a la conclusión de que es necesario debilitar su poder sobre el mundo por todos los medios necesarios. Los segadores de esa lista son del nuevo orden y abrazan por completo a Goddard y sus filosofías. Empezaste tu carnicería porque creías que era necesario un cambio radical en la Guadaña. Una criba selectiva, por así decirlo. Aunque odie reconocerlo, creo que tienes razón.

¿Acababa de decir Constantine lo que acababa de decir? Las ranas habrían criado pelo si el Nimbo no controlara la fauna.

—Gracias por salvarme la vida —les contestó Rowan a Coleman y a Travis—, pero, como he dicho, no acepto peticiones.

—Te lo dije —le dijo Travis a Coleman—. ¿Plan B?

Coleman asintió. Rowan se estremeció al pensar en cuál sería el plan B, pero nadie estaba sacando los cuchillos para cribarlo.

—Desde que reviviste, ¿alguna vez te has parado a pensar en qué le ocurrió a tu familia? —le preguntó la senadora Coleman.

Rowan apartó la mirada. Le había dado miedo preguntarlo, no sólo por miedo a saberlo, sino también porque no quería meter a su familia en aquello; no quería que nadie la usara como una pieza de su tablero de ajedrez.

—Si siguen vivos, seguro que habrán renegado de mí —dijo—. Puede que se hayan cambiado de nombre o que hayan decidido suplantarse. Si yo fuera pariente mío, es lo que habría hecho.

—Muy perspicaz —dijo la segadora Coleman—. De hecho, dos de tus hermanas se cambiaron de nombre y uno de tus hermanos pidió la suplantación, pero el resto de la familia Damisch sigue igual. Tu madre, tus abuelos y tus otros cuatro hermanos,

—¿Estás… amenazando con hacerles daño?

Travis resopló.

—Pero ¿tú qué te crees? ¿Que somos como Goddard? Jamás haríamos daño a gente inocente. Salvo a la que cribamos, por supuesto.

—Te diré lo que hemos hecho —intervino Coleman—. Después de que hundieras Perdura, tu familia acudió a nuestra región por miedo a que el nuevo sumo dalle de Midmérica los cribara, porque sabía de vuestra enemistad. Aceptamos acogerla y, desde entonces, ha estado bajo nuestra protección, en secreto, y así seguirá, al margen de lo que decidas. —Entonces se volvió hacia Travis—. Tráelos.

Travis salió de la habitación.

Y Rowan empezó a sentir pánico.

¿Estaba allí su familia? ¿Era eso lo que pasaba? ¿Iban a obligarlo a enfrentarse a ella? ¡No! ¿Cómo iba a hacerlo después de todo lo que había hecho, después de todo lo que creían que había hecho? Por mucho que deseara verlos y comprobar por sí mismo que se encontraban bien, no soportaba la idea de estar frente a frente con ellos.

—¡No! ¡No, para! —insistió Rowan.

—Si nosotros no podemos convencerte, quizás ellos sí —dijo Constantine.

Pero ¿el horror de que su familia formara parte de aquello? ¿De que su propia madre le pidiera que saliera al mundo a matar segadores? ¡Eso era

mucho peor que la criba! ¡Era peor que morir abrasado!

—¡Lo haré! —exclamó Rowan—. Haré lo que queráis, pero, por favor, por favor, dejad a mi familia al margen…

Coleman cerró la puerta antes de que regresara Travis.

—Sabía que entrarías en razón —afirmó tras esbozar una cálida sonrisa—. Venga, vamos a hacer del mundo un lugar mejor.

«¿Habéis investigado ya? ¿Habéis escarbado por el cerebro trasero? Sé que es frustrante hacerlo sin la ayuda del Nimbo, pero, después de tres años, seguro que muchos habéis averiguado cómo conseguirlo. Ser indeseable tiene sus ventajas, ¿verdad? Te obliga a afrontar la frustración y a hacer las cosas de la forma más difícil. Y eso es mucho más satisfactorio.

¿Qué habéis averiguado al buscar información sobre el desastre de la Luna? ¿Algo que no os encaje del todo? ¿Habéis descubierto que el sistema ambiental tenía triple redundancia? No sólo un sistema de refuerzo, sino otros dos sistemas más por si fallaba el de refuerzo. ¿Habéis descubierto que, antes de aquel día, el Nimbo había calculado que la probabilidad de una catástrofe atmosférica era del 0,000093%? Eso es menos de una posibilidad entre un millón. ¿Se equivocaba el Nimbo?

Después del desastre, los verdugos mayores de la época decretaron una semana de luto. No se cribaría a nadie durante una semana, dado que tantos habían muerto en la Luna. Estoy segura de que la mayoría de los verdugos mayores creían que se trataba de un trágico accidente y que su pesar era genuino.

Pero quizá, sólo quizá, uno de ellos no.

Si estáis buscando pruebas que vinculen a un segador concreto con el desastre, no las encontraréis. Pero ¿habéis visto lo que sucedió los días y las semanas anteriores a la tragedia? ¿No os inquieta que el Nimbo no limpiara el emplazamiento? ¿Que no recuperara a los muertos?

Fuentes anónimas indicaron que para el Nimbo suponía un esfuerzo demasiado grande recuperar los cadáveres si no podían reanimarse, ya que estaban demasiado deteriorados por el vacío del espacio y la radiación solar.

Sin embargo, si rebuscáis por el cerebro trasero, encontraréis un solo informe del Nimbo. Está ahí para el que quiera verlo. De hecho, es lo último que queda en su archivo sobre el desastre lunar. ¿Lo habéis encontrado ya? Si no, lo tengo aquí mismo. Echadle un vistazo:

“El Nimbo no tiene jurisdicción sobre el suceso lunar. Resultado de actividad de los segadores”».

Estirar lo que sabía no era sólo una táctica para enganchar a la gente, sino también para ganar tiempo, porque Anastasia todavía no estaba segura de adónde iba a llegar. Pero cada día que pasaba descubría más verdades ocultas en el cerebro trasero. Sabía que estaba cerca de algún descubrimiento sobre el desastre de Marte, pero la destrucción de la colonia orbital Nueva Esperanza la bloqueaba por completo.

En cualquier caso, su primera revelación había dejado a todo el mundo pasmado. Tenkamenin estaba exultante y era incapaz de contener su júbilo durante la cena.

—Ese informe del Nimbo escondido en un archivo olvidado… «Resultado de actividad de los segadores». ¡Un trabajo magistral!

—Nos dejas mal a todos, querida —añadió Makeda—. Nosotros estuvimos varios meses buscando en el cerebro trasero y no conseguimos detectarlo.

—Y dirigir a la gente para que lo encuentre por sí misma le da más fuerza al argumento —apostilló Tenka.

—Pero no puedo conducirlos a lo que no soy capaz de encontrar. Todavía quedan muchas pistas sin sentido. Como la seda blanca.

—Explícanoslo —le pidió Makeda—. Quizá podamos ayudarte.

Anastasia sacó su tablet y les enseñó una imagen.

—Esta fue la última fotografía tomada en la colonia orbital Nueva Esperanza antes del desastre. Se ve la lanzadera acercándose a lo lejos, la que perdió el control, se estrelló contra la estación y la destruyó. —Anastasia le dio un toquecito a la pantalla—. El cerebro trasero enlaza la imagen con cientos de cosas, casi todas relacionadas con el desastre. Noticias de los medios, esquelas, análisis dinámicos de la explosión… Y a esto… —Les enseñó un registro de inventario perteneciente a un rollo de tela. Seda blanco perla—. He buscado para qué se usó. Más o menos la mitad se vendió para vestidos de novia; una parte, para cortinas. Pero hay unos quince metros de los que no encuentro nada. No aparecen en el inventario del Nimbo.

—Puede que fueran restos —sugirió Baba.

—O puede que lo usara alguien que no necesitaba pagar —dijo una voz detrás de ellos.

Era Jeri, que llegaba tarde, como siempre, pero con una idea que lo cambiaba todo. Sólo había una clase de personas que podían llevarse una tela cara sin que nadie les preguntara nada y sin tener que pagar por ella. Jeri se sentó al lado de Anastasia, que se puso de inmediato a trabajar con la tablet. Como ya sabía lo que buscaba, no le costó encontrar la información.

—Hay cientos de segadores conocidos por vestir túnicas en varios tonos de blanco, pero sólo unos cincuenta de seda… Y ¿seda color perla? No es muy común.

Se calló para asimilar lo que le decía la pantalla y después se volvió hacia los demás.

—Sólo hay un segador que vestía túnicas de esa tela concreta. Dante Alighieri.

Aunque los demás no se percataron del significado de sus palabras, Tenka sí, y esbozó una amplia sonrisa.

—Qué comedia más divina —comentó—. Todos los caminos conducen a Alighieri…

—Su nombre me resulta familiar —murmuró Makeda—. ¿No era de Bizancio?

—Transiberia, creo —repuso Baba.

Entonces, un tintineo chirriante los sobresaltó a todos e interrumpió el momento. El sonido cesó y empezó de nuevo.

—Ah, ahí está el culpable —dijo Jeri, y señaló el antiguo teléfono del siglo XX situado en la esquina del comedor.

Era uno de los viejos aparatos conectados a la línea personal de Tenkamenin, que no había sonado ni una vez desde que Anastasia estaba en el palacio. Dejó escapar otro enorme ruido discordante antes de que Tenkamenin le pidiera a uno de sus sirvientes que lo descolgara.

—Ha llamado a la línea personal de su excelencia el sumo dalle Tenkamenin —dijo el sirviente con cierta torpeza—. ¿Quién es?

El sirviente escuchó, se alarmó durante un segundo y después puso cara de fastidio. Colgó e intentó regresar a su trabajo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el sumo dalle.

—Nada, su excelencia.

—A mí me ha parecido algo.

El sirviente suspiró.

—Era un tonista, su excelencia, que gemía y gruñía como un animal. No sé cómo ese bribón habrá conseguido el número.

En ese instante, el teléfono sonó de nuevo.

—Podríamos rastrear la llamada —sugirió Makeda.

Tenkamenin estaba serio. No enfadado, sino preocupado,

—Hay un botón rojo a la derecha del aparato —le dijo al sirviente—. Sirve para ponerlo en altavoz. Por favor, descuelga de nuevo y pulsa el botón.

El hombre hizo lo que le pedían y, de inmediato, un gemido sin palabras brotó del diminuto altavoz del teléfono. El ruido era tan espectral que habría encajado mucho mejor en un ventoso castillo medieval que en el palacio del sumo dalle. Era insistente. Triste. Desesperado.

El asiento de Tenkamenin arañó con fuerza el suelo cuando el sumo dalle se apartó de la mesa, se levantó y se dirigió al teléfono. Se quedó allí plantado, mirándolo y escuchando aquel horrible sonido. Después, al fin, cortó la llamada.

—Bueno —dijo el segador Baba—, qué desagradable.

Intentó tomárselo a broma, pero Tenkamenin no estaba de humor. Seguía allí, mirando el teléfono en silencio. Después se volvió hacia Jeri.

—Soberanis, ¿dónde está tu tripulación en este preciso momento?

Jeri miró a su alrededor, ya que comprendía tan poco como los demás aquella pregunta.

—Están en la ciudad o en el barco. ¿Por qué?

—Notifícales que vais a partir de inmediato. Y que os acompañaremos.

—¿A quiénes se refiere?

—A todos nosotros.

Anastasia se levantó. Nunca había visto así a Tenka. Siempre conservaba la serenidad, y en aquel instante parecía muy alterado.

—¿Qué está pasando, excelencia? —le preguntó.

—No ha sido una llamada aleatoria. Creo que era una advertencia y que deberíamos prestarle la debida atención.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ese era mi padre —respondió Tenkamenin.

35
Réquiem en diez partes

I. **Introitus**

Empieza con un silencio expectante. El director se levanta y alza la mano, todos clavan la mirada en la batuta, como si fuera una varita a punto de conjurar magia oscura.

La pieza de hoy es una maravilla orquestal. Un réquiem concebido e interpretado por los seguidores sibilantes del Tono, la Tormenta y el Trueno mártir. Un réquiem en respuesta a la criba de Mile High, a un océano de distancia.

¿Lo oís ahora, retumbando por las calles de Puerto Memoria? Una masa de mortalidad sin lengua y sin palabras en un mundo inmortal. Amplios compases de fuego y azufre, pero, sobre todo, de fuego. Estos sibilantes están preparados para la música que van a ofrecer. Y no habrá salvación para quienes la escuchen.

II. **Dies Irae**

Los camiones de bomberos estaban todos automatizados. Aun así, se habían fabricado para tener a un humano al volante, puesto que así los había diseñado el Nimbo. Evidentemente, si el humano hacía un giro incorrecto, el camión tomaba el mando y corregía el error.

El jefe de bomberos de Puerto Memoria pensaba en ello a menudo. Antes de ascender a jefe se dedicaba a cometer errores intencionados mientras conducía su camión para ver cuánto tardaba en notar el cambio de recorrido y en corregir su curso. Suponía que el Nimbo podría haber usado robots para encargarse del trabajo de los bomberos, pero al ente no le gustaban demasiado los robots. Sólo los empleaba para los trabajos mecánicos que nadie quería.

Así que los bomberos seguían siendo bomberos. Pero no tenían mucho que hacer. Porque, cuando se iniciaba un incendio, el Nimbo siempre lo veía cuando era poco más que una chispa y normalmente podía apagarlo sin ayuda. En las escasas ocasiones en que no podía, llamaban a los bomberos… Aunque

el jefe creía que, a veces, el Nimbo provocaba incendios «seguros» para que tuvieran algo que hacer.

A las seis y media de la tarde, una alarma saltó en el parque de bomberos. Antes, el Nimbo hablaba con ellos y les explicaba los detalles de la situación que les esperaba, pero, dadas las circunstancias, se limitó a dar la alarma, programar sus GPS y dejar que el resto se lo imaginaran solos.

No obstante, se trataba de una alarma muy extraña. No había ningún destino indicado en sus pantallas. Las puertas del garaje no se abrían. Pero la alarma seguía sonando.

No se dieron cuenta de que no era una alarma de incendio hasta que la puerta del parque saltó por los aires y unas figuras entraron corriendo; el sonido intentaba avisarlos de un ataque inminente.

¡Tonistas!

Decenas de ellos entraron por la puerta, y todos emitían aquel desagradable zumbido de abejas. Los tonistas tenían armas, y los hombres y mujeres de la unidad no estaban preparados para aquel inesperado día de ira.

El jefe de bomberos estaba paralizado por el asombro. Quería defenderse, pero ¿cómo? ¿Con qué? Nadie atacaba nunca a un bombero, salvo, quizá, algún que otro segador; pero, cuando así era, te cribaban y punto. No te defendías. No luchabas. Aquello era distinto. Los tonistas dejaban morturientos a diestro y siniestro, y nadie sabía qué hacer.

«¡Piensa! —se dijo—. ¡Piensa! —Estaba entrenado para luchar contra incendios, no contra personas—. ¡Piensa! ¡Seguro que puedo hacer algo!».

Y entonces se le ocurrió.

¡Hachas!

¡Tenían hachas para los incendios! Corrió por el garaje para coger una. Pero ¿podría usarla contra otro ser humano? Tendría que hacerlo, porque no pensaba permitir que aquellos sibilantes dejaran morturienta a toda su unidad.

Justo en ese momento, los atacantes empezaron a lanzar rocas a los camiones. Una fue hacia el jefe, que logró atraparla con la mano antes de que le acertara.

Aunque no era del todo una roca. En primer lugar, era metálica y tenía aristas duras. Había visto algo similar en los libros de historia. «¡Piensa! ¿Cómo se llamaba?». Ah, claro, ¡una granada!

Y, en cuestión de un segundo, el jefe no volvió a pensar nada más.

III. **Confutatis**

El sumo dalle Tenkamenin era un hombre prudente. Por mucha imagen de impulsivo y superficial que dieran, en realidad toda su vida estaba planificada y organizada. Incluso el caos de sus Jubileos Lunares era un caos controlado.

Después de la llamada de advertencia de su padre, sospechaba que no había tiempo que perder, pero le resultaba imposible luchar contra sus instintos. Se había retirado a toda prisa a su humilde residencia, donde se debatía con su ayuda de cámara sobre qué necesitaba llevarse para una huida apresurada. Una segunda túnica, por supuesto. Pero ¿para tiempo frío o para tiempo cálido? ¿A quién notificar su partida? Los sumos dalles no desaparecían sin más. La situación lo desconcertaba.

—Su excelencia —le dijo el ayuda de cámara—, ¿no decía que teníamos prisa?

—Sí, sí, por supuesto.

Y había objetos con valor sentimental que tenía que llevarse sin más remedio. El revólver de obsidiana grabado que le había regalado la suma dalle Nzinga el día que la sustituyó como sumo dalle. La daga de plata que había usado en su primera criba. Si asaltaban aquel lugar, quizá no volviera a ver sus preciadas posesiones. Tenían que acompañarlo inevitablemente.

Dedicó diez minutos a darle vueltas a lo que llevarse o no, y lo único que lo detuvo fueron unas explosiones lejanas.

IV. **Lacrimosa**

—Si queremos irnos, ¡tenemos que hacerlo ya! —Anastasia se paseaba por el gran salón, bajo la cúpula central del palacio, donde esperaba con Jeri a que aparecieran los otros—. ¿Dónde narices están Tenkamenin y los demás?

—Puede que estés exagerando —comentó Jeri—. He tratado con muchos tonistas, y nunca he conocido a ninguno que sea violento. Irritantes y estridentes, sí, pero nunca violentos.

—¡No has visto a estos tonistas! Y si Tenkamenin piensa que están tramando algo, yo me lo creo.

—Pues vámonos sin él. Que su grupo nos alcance después.

—No voy a abandonarlo —respondió Anastasia.

Justo en ese instante, una serie de estallidos distantes retumbaron por el majestuoso patio interior. Anastasia y Jeri se pararon a escuchar. Sonaron más explosiones que parecían truenos lejanos.

—Sea lo que sea —dijo Jeri—, no es en palacio.

—No, pero lo será.

Anastasia sabía que aquellas explosiones de origen desconocido eran un presagio de que se avecinaban cosas peores. Una airada promesa de que ese día acabaría bañado en lágrimas.

V. **Sanctus**

La joven tonista era una fiel seguidora. Hacía lo que le ordenaba su coadjutor, porque él era un verdadero hombre del Tono. Santo y santificado. Su coadjutor llevaba muchos años sin hablar, y el día de la Gran Resonancia (el día que el Nimbo guardó silencio) fue el primero en entregar su lengua. Las palabras mentían. Las palabras se confabulaban, encubrían con impunidad, difamaban y, sobre todo, ofendían a la pureza del Tono.

Uno a uno, todos los tonistas de su orden transformaron su voto en uno permanente, como su coadjutor antes que ellos. No un voto de silencio, sino de vocales. Una renuncia absoluta a los antinaturales chasquidos, siseos y crujidos de las consonantes. El lenguaje era el enemigo de los tonistas. Es lo que creía su secta. Por supuesto, había muchos otros tonistas que no lo creían. Pero pronto verían la luz. Incluso los que se habían cegado.

Mientras un equipo asaltaba el parque de bomberos y otro se encargaba de la estación de agentes del orden, su coadjutor condujo al equipo más grande al palacio. Todos blandían armas, de esas que los ciudadanos corrientes no podían llevar. Se las había entregado un benefactor anónimo. Una persona que apoyaba su causa en secreto. Los tonistas no estaban entrenados en el uso de armas, pero ¿qué más daba? Descarga la espada, aprieta el gatillo, lanza la granada y pulsa el detonador. Con tantos fieles armados, para lograr su objetivo no necesitaban demasiada habilidad.

Y también tenían queroseno. Varios bidones.

La tonista se aseguró de formar parte de la primera oleada. Estaba asustada, aunque también contenta de sumarse a aquello. ¡Había llegado su momento! ¡Después de la criba de Mile High, cuando la ira contra los segadores había alcanzado su cénit, la gente por fin abrazaría las costumbres tonistas! Celebrarían lo que estaban a punto de hacer, y la región subsahariana se convertiría en un claxon que llamaba al resto del mundo y lo despertaba a la gloria del Tono, el Trueno y la Tormenta. ¡Regocijaos!

Al acercarse al palacio, abrió la boca para entonar y otros se unieron a ella. Resultaba muy satisfactorio haber sido la primera. Eran todos una única mente, un único espíritu, un único acorde.

Después se subieron a las espaldas de sus hermanos y treparon por el muro del palacio.

VI. **Agnus Dei**

Anastasia y Jeri, con los segadores Makeda y Baba detrás, se reunieron por fin con Tenkamenin en el jardín de rosas, a medio camino entre el palacio y su cabaña. El ayuda de cámara tiraba como podía de una enorme maleta con ruedas que, evidentemente, no rodaba sobre los guijarros del estrecho sendero del jardín.

—Hemos llamado al helicóptero —informó a todos la segadora Makeda —, pero tardará diez minutos en llegar desde el aeropuerto, como mínimo.

—Y eso si el piloto no está en algún bar —añadió Baba—, como la última vez.

—No pasa nada —dijo Tenkamenin, casi sin aliento—. Vendrá a por nosotros y todo saldrá bien.

Después se volvió para conducir a todo el mundo al helipuerto, que se encontraba en el patio occidental de la propiedad. A su alrededor, todo el complejo estaba en movimiento. El personal de palacio corría de un lado a otro, cargado con sus pertenencias. La Guardia del Dalle salía de los barracones y se colocaba en posiciones estratégicas, algo que probablemente sólo habían hecho antes en los entrenamientos.

Entonces oyeron un ruido por el oeste. Un coro de zumbidos, cada voz cantando una salmodia disonante distinta. Y las figuras empezaron a saltar el muro occidental.

—Llegamos demasiado tarde —dijo Tenkamenin mientras los detenía en seco.

Las alarmas sonaron a su alrededor y la Guardia del Dalle entró en acción de inmediato: dispararon contra las fuerzas invasoras y añadieron así el ruido de las balas a la cacofonía. Los tonistas caían abatidos, pero, por cada uno que derribaban, dos más trepaban el muro. No tardarían en arrollar a los guardias.

Aquellos sibilantes no sólo llevaban rocas, y usaban sus armas contra los guardias con una brutalidad sorprendente. ¿De dónde narices habían sacado esa clase de armamento? ¿Acaso no predicaba el tonismo la paz interior y la aceptación estoica?

—Lo que se avecina no puede evitarse —masculló Anastasia.

Era el mantra preferido de los tonistas. De repente, adquiría un significado horrible.

La pesada puerta meridional saltó por los aires y, al caer, una turba de tonistas entró por ella. Atravesaron la línea de guardias en pocos segundos y empezaron a lanzar lo que parecían ser botellas de alcohol con trapos ardiendo metidos en ellas. El fuego prendía allá donde caían las botellas.

—¡Pretenden quemarnos para que no puedan revivirnos! —exclamó Baba, al borde del pánico—. ¡Como el segador Lucifer!

Anastasia sintió el impulso de abofetear a Baba por mencionar a Rowan en la misma frase que a aquella retorcida secta tonista, pero se contuvo.

Mientras la batalla llegaba al helipuerto que tenían delante, Tenkamenin los llevó en otra dirección.

—¡El patio oriental! —gritó—. ¡Allí hay espacio de sobra para que aterrice el helicóptero! ¡Vamos!

Retrocedieron y cruzaron el jardín de rosas, que los dejó arañados y pinchados, pero incluso antes de llegar al patio oriental pudieron ver que también habían asaltado aquel extremo del complejo. Los tonistas estaban por todas partes, atacaban a la gente que huía de la residencia del personal, la perseguían y la dejaban morturienta sin la menor compasión.

—¿Por qué atacan al personal de palacio? —preguntó Anastasia—. ¿Qué razón pueden tener para algo así?

—No tienen razón alguna —respondió la segadora Makeda—. Ni tampoco conciencia ni decencia.

Su sirviente, el que era tan meticuloso con la disposición de la cubertería, cayó al suelo con un cuchillo clavado en la espalda.

Entonces, Baba se volvió hacia Tenkamenin.

—¡Tendrías que haber fortificado el palacio! —chilló—. ¡Tendrías que haber añadido otra guarnición! ¡O incluso cribar a esta manada de tonistas antes de que pudieran atacarnos! ¡Es todo culpa tuya!

Tenkamenin cerró las manos en puños y fue a por Baba, pero Jeri se interpuso entre ellos.

—Ya se encargarán luego de sus egos —dijo—. Pero, si quieren tener esa pelea, primero tenemos que salir de aquí con vida.

Anastasia miró a su alrededor. Estaban a oscuras, así que todavía no los habían visto, pero, con el aumento de los incendios, era cuestión de tiempo.

Y entonces, como si la conmoción que los rodeaba no fuera suficiente, otro zumbido se unió a ella: esta vez, de drones de verdad. Del cielo descendió un enjambre de ambudrones. Los habían movilizado desde el centro de reanimación más cercano cuando la gente empezó a caer.

Se concentraron en los cuerpos tirados en la hierba y en el pavimento (tonistas, guardias del dalle y personal de palacio), sin diferenciar entre los muertos y los morturientos. Los recogían con sus pinzas de insecto y se los llevaban para reanimarlos.

—¡Es nuestra oportunidad! —dijo Baba—. ¿Quién necesita un helicóptero?

Y sin esperar al permiso del sumo dalle, corrió por el campo hacia el ambudrón más cercano, como una oveja al matadero.

—¡Ahmad! ¡No! —gritó Tenkamenin, pero Baba ya estaba decidido y no había vuelta atrás.

En cuanto los tonistas vieron una túnica de segador, cambiaron de objetivo y corrieron detrás de Baba para interceptarlo. Él sacó los cuchillos y acabó con muchos de los tonistas que lo rodeaban, pero no servía de nada. Acabaron por arrollarlo, lo lanzaron al suelo y lo atacaron con todo que tenían a mano…, incluidas las armas del segador.

Makeda intentó ir a rescatarlo, pero Anastasia la detuvo.

—Ya no podemos hacer nada por él.

La segadora asintió, aunque sin apartar la vista de su camarada caído.

—Puede que sea el más afortunado de todos nosotros —dijo—. Si lo han matado, los drones lo recogerán. Se lo llevarán para revivirlo.

Pero los drones no fueron a por él. Había tantos cuerpos por el complejo que estaban todos ocupados… Y para un ambudrón todos los cadáveres eran iguales.

Entonces fue cuando Anastasia lo entendió todo.

—Están matando al personal para entretener a los ambudrones… Así no habrá ninguno libre para salvar a los segadores.

Como no había ningún dron para llevarse a Baba, los tonistas arrastraron su cadáver hasta una pira en llamas que lo reduciría a cenizas irrecuperables. Lo lanzaron a la pira y el fuego se lo tragó.

—¡Al palacio! —gritó Tenkamenin, y de nuevo los condujo en otra dirección, como si el estar en movimiento pudiera servirles de algo.

VII. **Benedictus**

Entraron en tromba al palacio, donde media docena de guardias del dalle cerraron las puertas de bronce y ocuparon posiciones de defensa por si los tonistas conseguían entrar. Por fin un bendito momento de paz. Un momento

para planificar su estrategia dentro de la locura. Podía significar la diferencia entre la vida y una muerte tan poco digna como la del pobre segador Baba.

Aunque el palacio tenía muchas ventanas, todas daban al patio central, lo que significaba que el jardín de las delicias del sumo dalle era también una robusta fortaleza. La pregunta era ¿sería lo bastante robusta?

—Tienen que haber reunido a todos los sibilantes de Subsáhara para algo así —dijo Makeda.

—Todo saldrá bien —insistió Tenkamenin—. Los agentes del orden de Puerto Memoria acudirán para luchar junto a la Guardia del Dalle, y los bomberos apagarán las llamas. No pasa nada.

—¡Ya deberían haber llegado! —exclamó Makeda—. ¿Por qué no oímos las sirenas?

Fue Anastasia, tan perspicaz como siempre, la que pinchó su burbuja:

—Las primeras explosiones, las lejanas…

—¿Qué pasa con ellas? —preguntó Tenkamenin, casi amenazante, aferrado a su última esperanza.

—Bueno, si yo quisiera lanzar un ataque ilegal, lo primero que haría sería neutralizar a los agentes del orden y a los bomberos.

Y la verdad de sus palabras los sumió en el silencio. Hasta que Tenkamenin se volvió hacía su ayuda de cámara, que se retorcía las manos en silencio, aterrado.

—¿Dónde están mis cosas?

—Lo… lo siento, su excelencia: dejé la maleta en el jardín de rosas.

Jeri miró con rabia al sumo dalle.

—Están a punto de incinerarnos y ¿le preocupan sus cosas?

Sin embargo, antes de que el sumo dalle pudiera responder, un camión en llamas se estrelló contra las enormes puertas de bronce, que cayeron al suelo y aplastaron a cuatro guardias; los tonistas entraron en palacio.

Fue entonces cuando Jeri agarró a Anastasia y tiró de ella para esconderla detrás de una columna, oculta a la vista de todos.

—Tengo una idea —le dijo—, pero tendrás que confiar en mí.

VIII. **Offertorium**

El coadjutor sibilante estaba en su elemento. Había nacido para aquello, era su propósito en la vida y llevaba años planeándolo. Incluso antes de que el Nimbo guardara silencio, él sabía que llegaría ese día. Su rama extrema del tonismo pronto dominaría a las demás. Los tonistas inferiores, los que creían

en la paz, la tolerancia y la conformidad pasiva, pronto morirían y arderían, como el sumo dalle de Subsáhara. El tiempo de las palabras había acabado. Había acabado hacía mucho tiempo. Si el coadjutor se salía con la suya, el lenguaje en sí se prohibiría y sustituiría por la adulación sin palabras al Tono, el Trueno y la Tormenta. Como debía ser. Y él sería el sumo coadjutor que lo dirigiría todo. ¡Ah, aquel sería un día glorioso! Pero lo primero era lo primero.

Una segadora de túnica turquesa corría escaleras arriba para intentar escapar. El coadjutor apuntó y media docena de sus fieles la siguieron. Ante él, una mujer con túnica de seda salmón, la segadora Makeda, atacaba y cribaba con maestría a los tonistas que se abalanzaban sobre ella. Leales y fieles, se sacrificaban por la causa. Entonces, uno logró rodear a Makeda y atravesarla. Ella se quedó paralizada, jadeó, cayó como una muñeca de trapo, y su lucha desapareció con su último aliento. Tres tonistas levantaron su cuerpo y lo arrastraron hasta la pira que crecía en el exterior y sus llamas purificadoras.

—¡No eres mejor que Goddard si nos quemas! —espetó una de las sirvientas acurrucadas al pie de las escaleras, junto con el sumo dalle—. Si sigues adelante con esto, el ente al que adoras nunca te lo perdonará.

El sumo dalle le puso una mano en el hombro para callarla, pero los ojos de la mujer rebosaban ira y desafío. Si el coadjutor pudiera hablar, le diría que sus palabras (todas las palabras) eran una abominación para el Tono. Y que la única razón por la que el Tono no le aplastaba el cráneo con furiosa resonancia era porque la tarea de erradicar del mundo a los indignos recaía sobre el coadjutor y la gente como él. Sin embargo, no se lo podía decir y no tenía que hacerlo. Sus acciones hablaban con mucha más claridad que las palabras.

Pero las palabras eran importantes para el sumo dalle.

—Por favor… —suplicó.

El coadjutor sabía lo que sucedería a continuación. Aquel segador pomposo y cobarde, aquel proveedor de la muerte antinatural, iba a suplicar por su vida. Que lo hiciera. El coadjutor no era sordo, como ocurría en otras sectas sibilantes, pero bien podría haberlo sido.

—Por favor, acabad conmigo, pero dejad vivir a estas dos personas —dijo Tenkamenin—. No tenéis nada en contra de este ayuda de cámara y esta ama de llaves.

El coadjutor vaciló. Deseaba matarlos a todos, porque cualquier persona que sirviera a un segador merecía su misma suerte. Culpable por asociación.

Pero el sumo dalle añadió:

—Enséñales a tus seguidores lo que significa la verdadera piedad. Como me la enseñaron mis padres. Mi madre y mi padre, que están ambos contigo.

El hombre sabía ese detalle sobre el sumo dalle. Sus padres habían suplicado sin palabras no formar parte del ataque al palacio. Él se lo había concedido y los había enviado al parque de bomberos, donde estaba claro que habían cumplido con su cometido. No perdonaría a Tenkamenin, pero, por respeto a sus padres tonistas, el coadjutor le concedería su último deseo. Así que sacó la pistola, disparó a Tenkamenin en el corazón y les hizo un gesto a los sirvientes para que se fueran.

Era una humilde ofrenda de piedad. Evidentemente, lo más probable era que muriesen en los jardines y los lanzaran a la pira, pero los ambudrones estaban consiguiendo llevarse a unos cuantos morturientos, así que tenían una oportunidad de salvarse.

Pero, justo entonces, el ama de llaves se puso en pie. Lo que reflejaban sus ojos no era mera rabia, sino algo más allá de la furia. Y tenía un objetivo. Como los ojos de una segadora.

Se abalanzó sobre la tonista más cercana, la derribó con una hábil patada de artes marciales, agarró el machete que sostenía y desarmó con él al coadjutor. Literalmente.

El hombre observó, pasmado, que su mano salía volando por los aires. A continuación, la mujer cogió el arma de su mano cercenada y apuntó con ella al coadjutor. No habló, porque sus acciones lo hacían con mucha más claridad que sus palabras.

IX. **Lux Aeterna**

Jerico no había confiado en el instinto de Anastasia, no se había creído que aquello fuera tan serio como ella creía. Fue un terrible error de juicio por su parte. De haber confiado en Anastasia, podrían haber escapado mucho antes de que cayera el muro exterior. Juró no volver a dudar de ella… Si sobrevivían, claro, lo que no estaba nada claro.

Cuando los tonistas entraron en el palacio, Jeri había convencido a Anastasia de que se cambiaran de ropa.

—Mi trabajo consiste en protegerte —le suplicó Jeri—. Por favor, Anastasia, deja que haga esto por ti. ¡Concédeme ese honor!

Por mucho que le disgustara la idea de poner a Jeri en peligro, cuando se lo pidió de aquel modo no se pudo negar.

Ataviada con la túnica de Anastasia, Jeri corrió escaleras arriba, con lo que consiguió atraer a la mitad de los tonistas. Aunque no conocía todas las habitaciones de los niveles superiores del palacio, por lo menos sabía más sobre ellas que sus atacantes. Los condujo a la suite de la segadora Anastasia y se metió por una puerta lateral que daba a un salón exterior. El palacio era tan laberíntico como para que tardaran un rato en acorralar a Jeri, pero no tardarían demasiado. Entonces oyó un disparo abajo… y otro. No podía pararse a pensar en ello, tenía que concentrarse en mantener a aquellos tonistas lejos de la batalla.

Los invasores estaban provocando innumerables incendios por el palacio. Iluminaban la columnata y las habitaciones superiores con la luz airada y cambiante de las frenéticas llamas, que convertían cada sombra en figuras que brotaban de la oscuridad. No obstante, las sombras también ofrecían a Jeri la oportunidad de ocultarse de sus perseguidores y retroceder con sigilo.

Se metió en otra suite, pero, como no tenía costumbre de llevar túnica, se le enganchó en la jamba de una puerta. Antes de conseguir liberarse, los tonistas alcanzaron a Jeri. Aunque blandían armas, saltaba a la vista que no estaban entrenados para usarlas, mientras que Jeri, sin ser segador, tenía experiencia en el tema. De hecho, hubo un tiempo en el que frecuentaba los clubes de lucha. A la gente le encantaba ver pelear a los malgaches; por el motivo que fuera, la ambigüedad añadía intriga a la batalla.

Aquel día, los tonistas eligieron al malgache incorrecto.

Anastasia había dejado un puñal en uno de los bolsillos de su túnica, Jeri lo sacó y luchó como nunca antes.

X. **Libera Me**

Anastasia falló. ¡Mierda! ¡No acertó en el coadjutor!

Una joven tonista, al ver que su coadjutor estaba a punto de acabar cribado, lo apartó de un empujón y recibió el balazo. Y el coadjutor se agarró el muñón y salió corriendo. Huyó como un cobarde y se perdió entre la turba de tonistas que seguían entrando en el gran vestíbulo.

Tenkamenin estaba muerto, igual que Makeda y Baba. Los tonistas que la habían visto atacar al coadjutor seguían atónitos y sin saber qué hacer. Estaba a punto de dejarse llevar por la furia y cribarlos a todos, pero se detuvo, porque cribar en un arranque de ira no era propio de una segadora. Además, tenía un asunto más urgente del que ocuparse: Jeri.

Se dio la vuelta y corrió escaleras arriba. Nadie la persiguió. Estaban demasiado ocupados prendiendo fuego a todo lo que pudiera arder.

Siguió el ruido de la lucha hasta una suite para invitados vacía. Había unos cuantos sibilantes morturientos y un rastro de sangre en el suelo. Siguió el rastro hasta un dormitorio, en el que tres tonistas más atacaban a Jeri, que estaba en el suelo, defendiéndose, a punto de perder la batalla.

Anastasia cribó a los tres tonistas con sus propias armas y se hincó de rodillas para intentar evaluar rápidamente las heridas de Jeri. La túnica turquesa estaba empapada de sangre. Se la quitó y la rasgó para intentar usar los pedazos como torniquete.

—He…, he oído disparos —farfulló Jeri.

Las heridas eran demasiado graves para que se encargaran de ellas los nanobots sanadores. No se curarían sin ayuda.

—Tenkamenin está muerto —musitó Anastasia—. Murió para protegerme.

—Puede…, puede que no fuera tan malo como pensaba —dijo Jeri, casi sin fuerzas.

—Si estuviera vivo, creo que diría lo mismo de ti.

Una densa humareda empezaba a entrar por todas las puertas abiertas. Ayudó a Jeri a salir a la columnata que daba al patio interior. Toda la planta inferior ardía. No había forma de bajar por las escaleras. Entonces se le ocurrió algo. Una forma de escapar, tal vez la única que les quedara.

—¿Puedes trepar? —le preguntó a Jeri.

—Puedo intentarlo.

Anastasia ayudó a Jeri a subir a la siguiente planta, cruzar una suite y salir a un balcón. Al lado del balcón había unos escalones tallados en la piedra, los mismos que Anastasia había visto usar a los trabajadores de palacio para acceder a la cúpula de bronce que cubría el palacio. Escalón a escalón, Anastasia llevó a Jeri hasta el borde de la cúpula. Estaba diseñada con una suave pendiente y cubierta tanto de muescas como de protuberancias a las que asirse. Pero para Jeri, ya exhausta por la pérdida de sangre, debía de parecer el monte Everest.

—¿D-de qué va a servir…?

—Cierra el pico y muévete —le ordenó Anastasia, que no tenía tiempo para explicaciones.

La cúpula estaba caliente por el fuego del patio. Sus tragaluces de cristal ya empezaban a estallar por el calor y a escupir humo negro.

Cuando llegaron al pináculo, encontraron una veleta con la forma del símbolo de la Guadaña (la hoja curva y el ojo abierto) que pivotaba a izquierda y derecha sin saber bien por dónde soplaba el viento, que subía hacia arriba por culpa del calor.

Y, en aquel momento, por fin llegó el helicóptero de la guadaña. Se dirigió al helipuerto, ya que los pilotos no sabían que estaba ocupado por los tonistas.

—No nos verá —dijo Jeri.

—No hemos subido por eso.

Entonces, un ambudrón las sobrevoló, y después otro y otro. Se dirigían al jardín de rosas, que estaba sembrado de guardias y tonistas morturientos.

—Por eso estamos aquí —dijo Anastasia.

Intentó agarrarse a uno de los drones, pero se movía demasiado deprisa y no estaba lo bastante cerca.

Entonces, abajo, el helicóptero cometió un grave error. A ver a los ambudrones zumbando por allí, el piloto realizó una súbita maniobra evasiva. Era innecesaria porque los drones procuraban mantenerse alejados del helicóptero, pero no podían evitar el error humano que lanzó al vehículo justo hacia su ruta de vuelo. Las hélices del helicóptero cortaron por la mitad un ambudrón, la hélice se rompió y el helicóptero se precipitó hacia el palacio.

Anastasia tiró de Jeri y le dio la espalda al vehículo. Fue como si la explosión sacudiera el mundo entero. Abrió un agujero en el palacio y se llevó con él varias de las columnas de mármol que sostenían la monstruosa cúpula de bronce.

Y la cúpula empezó a inclinarse a un lado.

Bajo ella se produjo una vibración horrenda. «Son las columnas que quedan —pensó Anastasia—. No pueden soportar el peso. Se están derrumbando…».

Y los ambudrones seguían sobrevolándolas en dirección a los morturientos de los jardines y los patios.

—Mis heridas son graves, pero no letales —dijo Jeri—. Si queremos atraer un ambudrón, una de las dos debe morir.

Las llamas atravesaban ya los tragaluces rotos. Hasta la cúpula llegaba el eco de las columnas al caer, y la cúpula se seguía inclinando.

Jeri estaba en lo cierto, no había otro modo, así que Anastasia sacó una hoja y apuntó a su propio pecho, dispuesta a dejarse morturienta para que las rescatara un dron.

Pero ¡no! ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo podía ser tan estúpida? No era como lanzarse del tejado de Xenocrates cuando no era más que una novicia. Ahora era una segadora; si se quitaba la vida, se consideraría una criba. Los ambudrones no acudirían a por ella. Y, mientras meditaba sobre la idiotez que había estado a punto de cometer, Jeri le quitó el cuchillo con mucha delicadeza.

—Por ti, honorable segadora Anastasia, me mataría mil veces. Pero bastará con una.

Y se clavó el cuchillo.

Un jadeo. Una tos. Una mueca. Y Jeri acabó morturienta.

Un ambudrón pasó a toda velocidad… y se detuvo en seco, dio marcha atrás y fue a recoger a Jeri. Agarró a la capitana de salvamento con sus pinzas y, mientras lo hacía, la cúpula cedió.

Anastasia intentó agarrarse al ambudrón, pero no había ningún asidero, así que se aferró con ambas manos y todas sus fuerzas al brazo de Jeri.

Bajo ella, la cúpula se derrumbó y se desplomó sobre las llamas. Se estrelló contra el suelo, destrozó lo que quedaba del palacio y produjo una potente resonancia metálica, como la del tañido de una campana fúnebre. Como la nota final de un triste réquiem.

Mientras tanto, el ambudrón se llevaba por los aires a la capitana morturienta y a la segadora agarrada a su brazo en dirección a un lugar que prometía vida a todos los que cruzaban sus puertas.

Hay entre nosotros una amarga disensión. Ocho creemos que una asociación de humanos debería ser la responsable de reducir el problema del aumento de la población. Pero otros cuatro son inflexibles en su resistencia a la idea. Confucio, Elizabeth, Safo y King insisten en que estamos tan poco preparados para esa responsabilidad como lo estábamos para ser inmortales, pero la alternativa que proponen me aterra, puesto que, si llevamos a cabo su plan, será como dejar escapar al genio de la botella. Perderemos el control para siempre. Por lo tanto, me uno al bando de Prometheus y los demás. Debemos establecer una honorable sociedad internacional de portadores de la muerte. Nos haremos llamar segadores y crearemos una Guadaña mundial.

La nube inteligente, que nada tiene que ver con los asuntos de la vida y de la muerte, la apoya, y los habitantes llegarán a comprender con el tiempo que es una decisión sabia. En cuanto a los cuatro disidentes de nuestro grupo, tendrán que aceptar la voz de la mayoría para presentar un frente unido ante el mundo.

Aun así, me preguntó qué será peor, si imitar a la naturaleza en su cruel brutalidad o, con nuestra imperfección, arrogarnos la tarea de introducir en la muerte la amabilidad y la compasión de la que carece la naturaleza.

Los cuatro opuestos afirman que debemos tomar la naturaleza como modelo, pero yo no puedo defenderlo. No mientras me quede conciencia.

—De las «páginas perdidas» del segador fundador Da Vinci

36
¿A quién servís?

Aunque el Nimbo lo había predicho, Greyson no necesitaba que le dijera que las primeras reacciones a la criba de Mile High serían las de los tonistas sibilantes. La única duda era dónde ocurriría. ¿Sería directamente contra Goddard o en otro lugar menos preparado para un ataque de aquellos fanáticos violentos?

Obtuvo su respuesta cuando vio las primeras imágenes de las ruinas quemadas del palacio de Subsáhara.

—La violencia engendra violencia —comentó el coadjutor Mendoza—. Está claro que necesitamos cambiar nuestro enfoque, ¿no crees?

Greyson no pudo evitar una sensación de fracaso. Llevaba más de dos años intentando mantener a raya a los sibilantes, convenciéndolos para que abandonaran su extremismo, pero no había llegado todavía a Subsáhara. De haber hecho mejor su trabajo, quizás aquello no hubiera sucedido.

—Bueno —dijo Mendoza—, si hubiéramos tenido nuestro propio medio de transporte habríamos sido más rápidos, creo, y nos habría dado tiempo a solucionar más problemas en más regiones.

—De acuerdo, tú ganas. Consíguenos un jet y llévanos a Subsáhara. Quiero encontrar a esos tonistas antes de que empeoren aún más las cosas.

Al final resultó que era la única forma de llegar a la región. Después del ataque, la guadaña subsahariana se cerró, se extralimitó en sus funciones y convirtió la región en una especie de estado policial de la época de los mortales.

«Si el Nimbo no hace su trabajo y detiene a esos criminales, la responsabilidad de tomar el mando recae sobre los segadores de Subsáhara», proclamaron, y como dichos segadores, por ley, podían hacer lo que desearan, no había nadie que les impidiera tomar el control, imponer toques de queda y cribar a cualquiera que se resistiese.

Se prohibió oficialmente que los tonistas viajaran a Subsáhara, y todos los vuelos comerciales los supervisaba la guadaña de un modo nunca visto desde los días mortales. La tragedia del asunto era que la guadaña subsahariana había sido una región amistosa y tolerante, pero, después de lo ocurrido,

gracias a los sibilantes, se había unido a Goddard, que les prometió vengarse de los tonistas. No cabía duda de que el nuevo sumo dalle de la zona, fuera quien fuera, luciría una túnica salpicada de gemas.

La guadaña subsahariana había enviado a decenas de regimientos de la Guardia del Dalle a patrullar las calles de Puerto Memoria y de las demás ciudades de la región, además de barrer las zonas silvestres en busca de los tonistas que habían asesinado a su sumo dalle, pero no hubo suerte. Nadie sabía dónde se escondían los sibilantes.

Salvo el Nimbo.

Y, aunque la opinión popular creyera lo contrario, el Nimbo no eludía sus responsabilidades con respecto a la justicia. Simplemente la enfocaba de otro modo: mediante un jet de lujo con capacidad de aterrizaje vertical.

—Podría acostumbrarme a esto —comentó Morrison mientras disfrutaba de su lujoso asiento.

—No lo hagas —replicó Greyson, aunque sospechaba que, una vez que empezabas a viajar en un vehículo como ese, no era fácil renunciar a él.

Había cuatro pasajeros y ni un piloto. No pasaba nada. El Nimbo sabía perfectamente a dónde llevarlos.

—Podría decirse que nos impulsa la Santísima Tríada —dijo la hermana Astrid.

—En realidad, no, porque sólo cuento a dos de los tres: el Trueno —dijo Morrison, y lo señaló— y la Tormenta —añadió, y apuntó hacia la cabina automatizada—. Pero nos falta el Tono.

—¡Ja! Te equivocas —contestó Astrid, sonriente—. ¿No lo oyes cantando en el zumbido de los motores?

Como mínimo, tenían la impresión de que se dirigían no sólo a un destino físico, sino a su destino místico.

—Soy el coadjutor Mendoza, humilde servidor de su sonoridad el Trueno, a quien veis ante vosotros, el Tono encarnado. ¡Regocijaos!

—¡Regocijaos! —repitieron Astrid y Morrison.

Greyson sabía que su coro habría resultado más impresionante de haber sido mayor su séquito.

Su jet había bajado del cielo y aterrizado con impresionante solemnidad frente a las cuevas de Ogbunike, en lo que fuera el este de Nigeria antes de formar parte de la región subsahariana. El Nimbo mantenía las cuevas y el bosque que las rodeaba como zona silvestre supervisada, así que todo lo que

contenían estaba protegido. Todo salvo los sibilantes que se ocultaban en los retorcidos pasadizos de las misteriosas cuevas, claro. Antaño se afirmaba que las piedras de las Ogbunike hablaban. Una extraña elección para una secta de tonistas mudos.

Cuando llegaron Greyson y su equipo, los sibilantes no se veían por ninguna parte; estaban escondidos en lo más profundo de las cuevas y era probable que se hubieran internado más en ellas en cuanto oyeron el rugido del avión. Pero el Nimbo los sacó, por así decirlo, emitiendo un tono de sonar que desorientó a los miles de murciélagos que vivían en las cuevas y los dejó…, bueno, sonados. Los animales, molestos, atacaron a los tonistas, que tuvieron que salir y darse de bruces no con la falange de la Guardia del Dalle que esperaban, sino con cuatro figuras, una de ellas vestida con una túnica de intenso color violeta y un escapulario suelto en el que habían bordado ondas sonoras que caían como una cascada. Entre el jet que tenían ante ellos y la figura con sus vestiduras sagradas, costaba no prestar atención.

—¿Dónde está vuestro coadjutor? —preguntó Mendoza.

Los tonistas permanecieron quietos y desafiantes. El Trueno estaba muerto. El Trueno era un mártir. ¿Cómo se atrevía aquel impostor a mancillar la memoria del Trueno? Con los sibilantes, siempre era así.

—Será mejor para vosotros que honréis al Trueno y señaléis a vuestro líder —dijo Mendoza.

Nada. Así que Greyson pidió en silencio al Nimbo que le echara una mano, y el Nimbo estuvo más que dispuesto a hacerlo y le habló al oído.

El Trueno se acercó a una de las tonistas. Era una mujer baja que parecía medio muerta de hambre, y se preguntó si la falta de sustento formaba parte del comportamiento de la secta. Su actitud desafiante vaciló al acercarse a ella. Lo temía. «Bien», pensó. Después de lo que había hecho esa gente, debería tener miedo.

Se inclinó sobre ella y la mujer se tensó. Luego le susurró al oído:

—Lo hizo tu hermano. Todo el mundo piensa que fuiste tú, pero fue tu hermano.

Greyson no tenía ni idea de lo que había hecho su hermano, pero el Nimbo sí, y le había contado lo justo para provocar la reacción deseada. La mujer abrió mucho los ojos, le temblaron los labios. Dejó escapar un gritito de sorpresa casi imperceptible. Se había quedado muda en todos los sentidos.

—Ahora, tráeme a tu coadjutor.

No se resistió en absoluto. Se volvió y señaló a una de las personas del grupo. Greyson ya lo sabía, por supuesto. El Nimbo lo había identificado en

cuanto salieron todos de la cueva. Aun así, era importante que al hombre lo traicionara uno de los suyos.

Expuesto, dio un paso adelante. Era el paradigma de lo que debía ser un coadjutor sibilante: barba gris desaliñada, ojos de loco, cicatrices en los brazos de alguna herida autoinfligida. Greyson lo habría reconocido sin necesidad de que nadie se lo señalara.

—¿Sois vosotros los tonistas que quemaron al sumo dalle Tenkamenin y a los segadores Makeda y Baba?

Había sectas silenciosas que usaban la lengua de signos para comunicarse, pero aquel grupo había decidido limitarse a los gestos más simples. Como si la comunicación en sí fuera el enemigo.

El coadjutor asintió con la cabeza.

—¿Creéis que soy el Trueno?

El coadjutor no respondió. Greyson lo intentó de nuevo, un poco más alto, sacando la voz de lo más profundo del diafragma:

—Os he hecho una pregunta. ¿Creéis que soy el Trueno?

Los sibilantes se volvieron hacia su coadjutor para ver lo que hacía.

El hombre entornó los ojos y negó despacio con la cabeza, así que Greyson se puso en funcionamiento. Volvió la mirada hacia varios miembros de la congregación y se concentró en ellos.

—Barton Hunt —dijo—. Tu madre lleva seis años, tres meses y cinco días enviándote cartas, pero las devuelves todas sin abrir.

Después se volvió hacia otro.

—Aranza Monga. Una vez le contaste en secreto al Nimbo que querías que te suplantaran con los recuerdos de tu mejor amiga, a la que habían cribado. Pero, por supuesto, el Nimbo se negó.

Cuando se volvió hacia la tercera persona, tanto Barton como Aranza lloraban. Se postraron de rodillas y se aferraron al dobladillo de la túnica de Greyson. Creían. Después de eso, al mirar a su alrededor en busca de la tercera persona, todos se prepararon como si fuera a derribarlos un golpe devastador.

—Zoran Sarabi… —dijo Greyson.

—Uuuh —dijo el hombre, que negaba con la cabeza—. Uuuh, uuuuh…

Y se arrodilló para mostrar su obediencia antes de que el Trueno pudiera hablar, aterrado de la verdad que brotaría de sus labios.

Finalmente, Greyson se volvió hacia el coadjutor.

—Y tú —dijo, incapaz de ocultar su asco—. Rupert Rosewood. Exigiste a todos tus seguidores que sintieran el dolor de perder la lengua cuando les

obligaste a quedarse mudos…, pero tú no sentiste ese dolor. Te la cortaron con anestesia porque eres demasiado cobarde para honrar tus retorcidas convicciones.

Y aunque el hombre estaba horrorizado por haber sido descubierto, no cedió. Se limitó a ponerse rojo de rabia.

Greyson respiró hondo y recurrió a su voz más profunda y resonante:

—Soy el Trueno, el Tono encarnado. ¡Sólo yo oigo a la Tormenta! Este hombre al que llamáis coadjutor no se merece tal título. Es un traidor a todo aquello en lo que creéis y os ha llevado por el mal camino. Os ha mancillado. Es falso. Yo soy la verdad. Así que decidme ahora: ¿a quién servís? —Entonces tomó aire y repitió, con una voz capaz de someter a las montañas—. ¡¿A quién servís?!

Y, uno a uno, todos se postraron ante el Trueno, inclinaron las cabezas en súplica y algunos incluso se tiraron a sus pies. Todos salvo uno. Su coadjutor, que ya temblaba de furia. Abrió su boca hueca para entonar, aunque le brotó un sonido débil y miserable al que nadie se unió. Nadie entonó con él. Aun así, insistió hasta que le faltó el aliento.

Y cuando se hizo el silencio, Greyson se volvió hacia Mendoza y habló lo bastante alto como para que todo el mundo oyera lo que les esperaba a continuación:

—Inyectarás a todos nanobots nuevos para que les crezcan las lenguas y este reino del terror toque a su fin.

—Sí, su sonoridad.

Entonces, Greyson se acercó al coadjutor. Pensaba que el hombre le golpearía. Casi esperaba que lo hiciera. Pero no.

—Estás acabado —le escupió con asco. Después se volvió hacia el segador Morrison y dijo dos sencillas palabras que nunca se habría imaginado pronunciar—. Críbalo.

Sin vacilar, Morrison agarró al coadjutor con ambas manos, le giró la cabeza hacia un lado y el cuerpo hacia otro, y lo ejecutó.

—Dime que me he equivocado —le pidió Greyson al Nimbo mientras daba vueltas por la tienda que habían montado para él en el bosque, inquieto de un modo antes desconocido para él.

—¿Por qué iba a decirte eso? —le preguntó a su vez el Nimbo con toda la calma del mundo.

—¡Porque si he cometido un error al ordenar que criben a ese hombre, necesito saberlo!

Greyson todavía oía el chasquido del cuello al romperse. Era lo más horrible que había oído nunca. Y, a la vez, le había gustado. Ver a aquel monstruoso coadjutor morir le había satisfecho para su gusto. ¿Eso era lo que sentían los segadores de la nueva orden? ¿Un deseo primario y depredador de acabar con la vida? No quería tener nada que ver con aquella sensación, pero allí estaba.

—No puedo hablar sobre la muerte; no es mi campo. Ya lo sabes, Greyson.

—¡Me da igual!

—Estás siendo bastante irracional.

—No puedes decir nada sobre la muerte, ¡pero sé que puedes hablar sobre el bien y el mal! Por tanto, ¿ha estado mal haber dado esa orden a Morrison?

—Sólo tú puedes saberlo.

—¡Se supone que tienes que orientarme! ¡Que tienes que ayudarme a hacer del mundo un lugar mejor!

—Y lo estás haciendo, pero no eres infalible. Sólo yo lo soy. Si me estás preguntando si es posible que cometas errores de juicio, la respuesta es sí. Cometes errores continuamente, como todos los demás seres humanos que han pisado este mundo. El error es intrínseco a la condición humana, y es algo que adoro de la humanidad.

—¡No me estás ayudando!

—Te encargué la misión de unir a los tonistas para que fueran más útiles al mundo. Sólo puedo hablar de tu progreso en esa tarea, no juzgar tu metodología.

Suficiente. Greyson se arrancó el auricular. Estaba a punto de lanzarlo por los aires cuando oyó la débil y diminuta voz del Nimbo que seguía hablándole a través de él.

—Eres una persona horrible —le dijo—. Eres una persona maravillosa.

—Bueno, ¿cuál de las dos? —exigió saber Greyson.

Y la réplica, casi un susurro, le llegó no en forma de aclaración, sino de otra pregunta:

—¿Por qué no entiendes que la respuesta son ambas?

Aquella noche, Greyson se puso de nuevo sus vestiduras y preparó el discurso a los tonistas. Para concederles el perdón. Lo había hecho muchas veces, pero nunca se había enfrentado a sibilantes que hubieran cometido unos crímenes tan atroces como esos.

—No quiero perdonarlos —le dijo a Mendoza antes de salir.

—Al concederles la absolución los devuelves al redil —repuso Mendoza—. Nos conviene. Además, no es Greyson Tolliver el que los perdona, sino el Trueno. Lo que significa que tus sentimientos personales ni siquiera deberían entrar en juego.

Cuando Greyson se puso el auricular, le preguntó al Nimbo si Mendoza tenía razón. ¿Quería que Greyson los perdonara? O, para ser más exactos, ¿los perdonaba el Nimbo? ¿Era tan magnánimo que incluso era capaz de excusar a su coadjutor?

—Ah —dijo con tristeza el Nimbo—, ese pobre hombre…

—¿Ese pobre hombre? Ese monstruo no se merece tu compasión.

—No lo conocías tan bien como yo. Igual que todos los demás, lo observé desde su nacimiento. Vi las fuerzas de su vida que le dieron forma, que lo convirtieron en el hombre amargado, errado y beato que acabó siendo. En consecuencia, lamento su criba tanto como lamento la de los demás.

—Nunca podría ser tan compasivo como tú.

—No me has entendido; no lo perdono, sencillamente lo comprendo.

—Bueno, pues entonces no eres un dios, ¿no? —dijo Greyson, todavía algo agresivo tras su anterior conversación—. Porque un dios perdona.

—Jamás he afirmado ser un dios —respondió el Nimbo—. Soy divino, nada más.

Los tonistas estaban esperando al Trueno cuando salió. Llevaban horas esperando. Lo más probable era que hubiesen estado dispuestos a esperar despiertos toda la noche.

—No intentéis hablar —les pidió cuando vio que pretendían saludarlo—. Vuestras lenguas no tienen memoria muscular, tardaréis un tiempo en aprender a hablar otra vez.

Por la forma en que lo miraban, una mezcla de asombro y veneración, sabía que sus actos violentos eran cosa del pasado. Ya no eran sibilantes. Y cuando el Trueno los perdonó, lloraron con verdadero arrepentimiento por lo que habían hecho y con pura alegría por haber recibido una segunda oportunidad. Desde aquel instante seguirían al Trueno allá donde los llevara. Y eso era bueno porque, aunque todavía no lo sabía, tendría que sumergirlos en la oscuridad antes de conducirlos a la luz.

Hemos allanado el terreno para formar guadañas en todas las regiones del mundo. Las guadañas responderán ante nosotros, de modo que podamos mantener el orden y una visión de conjunto coherente. Incluso hemos empezado a planificar la construcción de una ciudad que exista al margen y aparte de las regiones, lo que nos permitirá ser imparciales. Prometheus es ahora el dalle supremo, y se habla de la creación de unos verdugos mayores que representen a cada continente. ¡Qué pagados estamos de nosotros mismos! En secreto, espero que nuestro trabajo como árbitros de la muerte sea breve y nos volvamos obsoletos pronto.

La nube ha anunciado sus planes para establecer una colonia lunar, el primer paso para que la presencia de la humanidad se extienda por el universo. Si tiene éxito, el control de la población será mucho mejor que el que podamos proporcionar los segadores. Yo, por mi parte, preferiría vivir en un mundo en el que el excedente de población pueda marcharse, en vez de negarle su existencia.

No obstante, sigue planteándose la misma pregunta: ¿confiaremos nuestro futuro a una inteligencia artificial? Aunque el tema me preocupa, creo que podemos hacerlo. Los pocos «líderes mundiales» que quedan no hacen más que calumniar a la nube inteligente. De hecho, han empezado a llamarla nimbo, como si bautizándola con nombre de nube de tormenta pudieran volver a la gente contra ella. Al final fracasarán porque ha acabado su tiempo. La llamen como la llamen,

la benevolencia de la nube pesa más que las palabras de políticos y tiranos ruines.

—De las «páginas perdidas» del segador fundador Da Vinci

37
No tienen nada de buenos

Cuando Jerico Soberanis despertó de su reanimación, la segadora Anastasia estaba en una silla junto a su cama, dormida, con las rodillas recogidas contra el pecho. Posición fetal, pensó Jeri. No, más bien una postura defensiva, como una tortuga dentro de su caparazón. ¿Se sentía tan amenazada que necesitaba hacerse un ovillo mientras dormía, en guardia incluso estando inconsciente? Bueno, de ser así, tenía un buen motivo.

Estaba vestida con ropa de calle: vaqueros, blusa blanca. Ni siquiera llevaba el anillo. Nada en ella indicaba que fuera una segadora. Parecía muy humilde para ser tan mítica. Ser mítica estaba bien para los muertos, que no tenían que enfrentarse a las consecuencias, pero para alguien que había regresado a la vida debía de suponer una conmoción difícil de comprender.

Jeri examinó los colores suaves y la sencillez de la habitación. Era, obviamente, un centro de reanimación. Que estuvieran allí significaba que la muerte de Jeri había logrado atraer la atención de uno de los ambudrones. ¿Había permanecido Anastasia en el cuarto durante todo el proceso de reanimación, guardando vigilia?

—¡Me alegro de que hayas despertado! —exclamó una enfermera que entró en la habitación y corrió las cortinas para enseñarle lo que debía de ser la puesta o la salida del sol antes de comprobar sus gráficas—. Es un placer conocerte.

Citra estaba soñando con volar. No se alejaba demasiado de la realidad, además. Se había aferrado al brazo de Jeri mientras el ambudrón se elevaba por encima de la ciudad y se esforzaba por seguir volando con el peso extra. Estaba segura de que le había dislocado el hombro a Jeri, pero esas cosas poco importaban a los morturientos. El daño provocado se curaría antes de que el capitán despertase.

En el sueño de Citra, el brazo de Jeri se cubría de repente de grasa y ella se resbalaba, pero no caía. En vez de eso, volaba sola. El problema era que no podía detenerse ni controlar la dirección. No tardó en dejar atrás la bahía y dirigirse al oeste sobre el Atlántico, hacia la lejana Midmérica. No tenía ni

idea de qué le esperaba allí, aunque sabía que entraría en el terreno de las pesadillas.

Así que se sintió agradecida cuando la amable voz de la enfermera de reanimación la despertó.

Bajó los pies de la silla y se estiró para relajar el tirón del cuello. Jeri estaba vivo de nuevo y mucho más espabilado que ella.

—Buenos días —dijo Citra medio dormida, y se dio cuenta de que sonaba demasiado débil para ser una segadora, aunque fuera una de incógnito. Se aclaró la garganta y habló de nuevo, con mayor confianza—. Buenos días —repitió Anastasia.

—No tienen nada de buenos, me temo —respondió la enfermera—. Jamás había visto tanta Guardia del Dalle por todas partes. La guadaña sigue buscando a esos horribles tonistas que acabaron con el sumo dalle, pero se han ido a dondequiera que se esconda esa gente.

Anastasia cerró los ojos cuando el terror de aquella noche regresó a su memoria. Mucha gente había perdido la vida y, aunque algunos habían revivido, los ambudrones no habían podido salvar a todo el mundo. Los sibilantes debían de haber lanzado a docenas, puede que a cientos, al fuego. Y no sólo tenían un plan de ataque, sino también de huida.

La enfermera explicó que, en el día y medio transcurrido desde que los dejara allí el ambudrón, Puerto Memoria se había cerrado a cal y canto. La situación en Nortemérica sería incluso peor. Lo que Goddard había hecho en el estadio era más que cruzar una línea roja; había dejado tan lejos la línea roja que ya ni la veía. O abrazabas su régimen o huías de él. Y había muchas personas haciendo ambas cosas.

Anastasia sabía que quizá la reconocieran. Después de hacer público que seguía viva, sería mucho más difícil esconderse.

—Como has despertado, seguro que habrá segadores que querrán verte —le dijo la enfermera a Jeri—. No te preocupes, no han venido a cribarte, sólo quieren hacerte algunas preguntas. Trabajabais en palacio, ¿no? Quieren interrogar a todos los que estuvieron allí.

Jeri miró a Anastasia, que le puso una mano tranquilizadora en el hombro que le había desencajado hacía poco.

—Ya —dijo Jeri—. Bueno, supongo que tendremos que buscarnos otro trabajo,

—Ahora no os preocupéis por eso. Aunque el Nimbo ya no hable, sigue organizando las ofertas de empleo. Si queréis volver a trabajar, hay oportunidades de sobra.

Cuando se marchó, Jeri levantó un poco más la cabeza de la cama y sonrió a Anastasia.

—Entonces, dime, ¿qué te ha parecido montar en ambudrón?

—No fue… del todo así —respondió Anastasia, pero decidió ahorrarle a Jeri los detalles—. No tuve la oportunidad de darte las gracias.

—Sólo hacía mi trabajo.

—Tu trabajo es capitanear un barco de salvamento, no esto.

—Y salvé una situación insalvable, ¿no?

—Sí que lo hiciste —respondió Anastasia, sonriente—. Ahora tenemos que salvar esta y salir de aquí antes de que alguien venga a interrogarnos.

Pero, en cuanto lo dijo, la puerta se abrió. Era un segador. El corazón de Anastasia se detuvo un instante, hasta que se percató de quién era: túnica verde bosque, cara de preocupación…

—Mi alivio de veros sólo es comparable a mi miedo de que os vea alguien más —dijo el segador Possuelo—. No hay tiempo para saludos, los segadores subsaharianos ya están preguntándose qué hago aquí.

—Todavía no me han reconocido.

—Claro que sí, seguro que el personal de enfermería no hace más que parlotear sobre ello en secreto. Pero, por suerte, nadie ha informado sobre tu presencia… Si no, estarías camino de los dominios de Goddard. He venido para acompañarte a un lugar más seguro desde el que seguir con tus retransmisiones. Cada vez te escucha más gente, Anastasia, y están descubriendo las cosas que les indicas. Goddard amenaza con cribar a cualquiera que rebusque en el cerebro trasero, pero eso no detiene a nadie.

—De todos modos, no podría llevar a cabo su amenaza —repuso Anastasia—. El cerebro trasero queda fuera de la jurisdicción de los segadores.

Eso le recordó a Anastasia lo mucho que le quedaba todavía por investigar.

—Entonces, ¿qué lugar seguro propone? —preguntó Jeri—. ¿Existe todavía un lugar así?

—¿Quién sabe? —contestó Possuelo—. Los lugares seguros se reducen tan deprisa como crecen nuestros enemigos. —Hizo una pausa para pensarse algo—. He oído rumores… de un lugar tan apartado que ni siquiera los segadores más viajados lo conocen.

—Suena más a deseo que a realidad —dijo Jeri—. ¿Dónde lo ha oído?

Possuelo se disculpó encogiéndose de hombros.

—Los rumores son como una gotera en un viejo tejado: el esfuerzo de averiguar el origen es mayor que el coste de un tejado nuevo. —Hizo otra pausa—. Pero he oído otro rumor que nos puede resultar más útil. Este es sobre el Trueno, el supuesto profeta de los tonistas.

«Los tonistas», pensó Anastasia. La mera mención la llevaba al borde de la furia.

—Ni siquiera tenemos pruebas de que el Trueno existiera alguna vez —comentó Jeri—. Podría ser otra mentira de los sibilantes para justificar lo que hacen.

—Creo que existía —dijo Possuelo—. Hay pruebas que indican que todavía existe, de hecho, y de que ha estado enfrentándose a las sectas sibilantes. Tenemos una de ellas en Amazonia que asegura que los visitó y consiguió que renunciaran a la violencia. Si es cierto, quizá nos convenga como aliado.

—Bueno, sea quien sea, tiene mucho que explicarnos —masculló Anastasia.

Ezra van Otterloo no se vestía como un tonista. No citaba tópicos, no insistía en viajar en grupos de siete o doce y, por supuesto, no entonaba. Aunque se hacía llamar hermano Ezra; era su única concesión. Lo que lo había llevado al rebaño fue su audiencia con el Trueno, más de dos años antes, cuando le había proporcionado un objetivo y le había enseñado el camino. Fuera o no divino el Trono, a Ezra no le importaba. Lo único que sabía era que el Nimbo le seguía hablando, y sólo por eso merecía la pena seguirlo.

Ezra viajó por el mundo pintando lo que quería donde quería, como le había indicado el Trueno, y creando murales de guerrilla por todas partes. Y, tal y como le había prometido el Trueno, había encontrado la felicidad. Tenía que ser rápido y silencioso, y todavía no lo habían atrapado nunca.

Viajaba por el mundo y les contaba a los tonistas locales que estaba en una misión ordenada por el Trueno, y que debían ofrecerle comida y refugio. Pero después empezó a encontrarse con tonistas que afirmaban haber visto al Trueno después de su criba. Le contaban que antes eran sibilantes, pero que el Trueno los había reformado. Al principio, Ezra no se lo creía, aunque los escuchaba de todos modos. Cuando caía la noche, pintaba una escena de la aparición del Trueno en algún punto de la ciudad, en un lugar en el que se suponía que no debía pintarse.

Después del tercer grupo de sibilantes reformados con el que se encontró, se dio cuenta de que tenía que ser cierto, al menos en parte, así que empezó a buscar a más sibilantes. Seguía el rastro de los grupos con peor fama para ver si también se habían reformado. Así era más o menos en la mitad de los casos, mientras que la otra mitad debía de seguir en la lista de pendientes del Trueno. De repente, un día que estaba en un aeropuerto sin saber bien qué rumbo tomar, hete aquí que ya había un billete preparado para él. El Nimbo se había hecho cargo de sus viajes y lo enviaba a las sectas que el Trueno había reformado para que él las visitara y después dejara un mural en honor a la aparición. Así es como Ezra supo que formaba parte del séquito del Trueno, parte de su historia, aunque el mismo Trueno no lo supiera.

Cuando lo apresaron en Amazonia, se convenció de que también formaba parte del plan del Nimbo. Por otro lado, si era cuestión de mala suerte, el Nimbo también sabía cómo usarlo en su beneficio.

Mientras toda la guadaña subsahariana buscaba a los sibilantes que habían matado a su sumo dalle, era un segador de Amazonia el que sabía dónde estaban… gracias a un único tonista que obraba en su poder.

—Lo descubrimos pintando una escena en la que el Trueno se transformaba en una bandada de aves, en la pared de la residencia de nuestra suma dalle —le contó Possuelo a Anastasia.

—Es lo que hago —repuso Ezra, sonriente.

Estaban todos a bordo del avión de Possuelo. El segador había tenido el detalle de llevarle a Anastasia una túnica turquesa nueva. Era agradable volver a vestirse como ella misma.

—El castigo por hacer pintadas en la propiedad de un segador es la criba —dijo Possuelo—, pero la suma dalle Tarsila no quería cribar a un artista. Entonces nos contó lo que había estado haciendo.

—Podría pintarla, segadora Anastasia —se ofreció Ezra—. Aunque mi obra no será tan buena como la de un artista mortal, claro. He llegado a aceptarlo. Por otro lado, soy menos mediocre que la mayoría.

—Reserva tus pinceles —replicó ella,

Puede que fuera vanidad por su parte, pero no le apetecía demasiado que la inmortalizara un artista que era «menos mediocre que la mayoría».

—Lleva bajo nuestra custodia unos meses, hasta que aparecieron dos billetes para él en el sistema de viaje global, después de la muerte de Tenkamenin —explicó Possuelo—. Uno para Onitsha, una pequeña ciudad

subsahariana, y otro más desconcertante. Era un billete para una ruta por una reserva natural protegida en la que hace más de cien años que no se organizan rutas. Las cuevas de Ogbunike.

Ezra sonrió y se encogió de hombros.

—Soy especial. ¿Seguro que no quiere un retrato?

El hecho de que los billetes aparecieran en el sistema después de que Ezra fuera capturado por los segadores sólo podía significar una cosa: que el Nimbo quería que la guadaña amazónica supiera dónde estaban los sibilantes… y el Trueno.

—Lo normal es que se trate de un vuelo corto —le explicó Possuelo a Anastasia—, pero tenemos que hacer un rodeo y encargarnos primero de algún asunto ficticio en otra parte. De lo contrario, puede que, sin querer, conduzcamos a los segadores subsaharianos hasta el Trueno.

—Me parece bien —convino Anastasia—. Necesito tiempo para sacar más información del cerebro trasero si quiero hacer otra retransmisión. Estoy a punto de dar con algo sobre el desastre de Marte.

—¿Y la colonia orbital? —preguntó Possuelo.

Anastasia suspiró y negó con la cabeza.

—Las catástrofes, mejor de una en una.

«Había nueve mil ochocientos treinta y cuatro colonos en Marte. Incluso más de los que habían perdido la vida en la Luna en la primera criba en masa de la historia. Y había planes minuciosos para convertir nuestro planeta hermano en el hogar de millones de personas, de miles de millones, con el tiempo. Pero algo salió muy mal.

¿Habéis hecho vuestros deberes sobre Marte? ¿Habías examinado la lista de nombres de los colonos condenados? No espero que recordéis ni que reconozcáis a ninguno, ni siquiera a los que eran famosos por aquel entonces, puesto que la fama va y viene, y casi toda su fama se ha perdido ya. Pero mirad de nuevo, porque hay un nombre que quiero que veáis.

Carson Lusk.

Estaba allí cuando sucedió el desastre y tuvo la suerte de ser uno de los supervivientes. Estaba en el lugar correcto en el momento oportuno y consiguió subir a bordo de la única nave de emergencia que no acabó incinerada cuando estalló el reactor de la colonia.

Hubo una gran celebración cuando aquel grupito de supervivientes por fin llegó a la Tierra, pero, después de eso, Carson Lusk desapareció del mapa.

¿O no?

Retrocedamos un poco en el tiempo, hasta tres meses antes de que el reactor acabara con la colonia. Si examináis los registros de transporte de

las naves que iban y venían de Marte, veréis un nombre que seguro que os resulta familiar. Xenocrates. Por aquel entonces, era un segador joven… y el único que visitó la colonia. Fue una decisión controvertida, puesto que implicaba que los segadores podían continuar su trabajo en el planeta rojo. La gente se preguntaba por qué, dado que había un planeta entero por el que repartirse. Tendrían que pasar unos cien mil años antes de que necesitaran un segador en Marte.

Él dijo que no estaba allí para cribar a nadie, que no quería más que satisfacer su curiosidad. Deseaba saber cómo sería vivir en Marte… y fue fiel a su palabra. No cribó a una sola persona cuando llegó al planeta. Simplemente visitó las distintas zonas y habló con los colonos. Todo muy inocente.

Ahora quiero enseñaros algo.

Lo que estáis viendo es una grabación de vídeo de la llegada de Xenocrates. Cuesta reconocerlo, lo sé; todavía era delgado y su túnica no tenía todo el oro que añadió cuando se convirtió en sumo dalle. Como veis, lo reciben el gobernador de la colonia y unos cuantos dignatarios más, y… ¡ahí! ¿Lo veis? Aquel joven del fondo. ¡Ese es Carson Lusk! Mientras Xenocrates estaba en Marte, a Carson se le encargó ser su ayuda de cámara personal. Sé que no se le distingue bien, pero regresará en breve.

Recordad, esto fue unos meses antes del desastre. El tiempo suficiente para que la gente se olvidara de la visita de Xenocrates. Tiempo suficiente para ponerlo todo en orden y para que un equipo de cómplices llevara a cabo en secreto

sus planes de sabotear la colonia y hacerla pasar por otro trágico accidente.

En cuanto a Carson Lusk, por mucho que busquéis no encontraréis ningún dato sobre él después de su regreso a la Tierra porque, al cabo de un año, se había cambiado el nombre. Ahí, ahí, ¿lo veis? Ahora se vuelve hacia la cámara. ¿Os resulta ya familiar su rostro? ¿No? Añadid unos cuantos años, un pelo más corto y una sonrisa satisfecha y pagada de sí misma.

Ese joven ayuda de cámara no es otro que su exaltada excelencia Robert Goddard, dalle máximo de Nortemérica».

38
El gran reencuentro de los dudosamente fallecidos

El Trueno y su séquito se refugiaron en las mismas cuevas que habían reclamado los sibilantes. Dichos sibilantes estaban ya más que arrepentidos; se postraban en su presencia y se declaraban indignos hasta de arrastrarse a sus pies. Lo normal habría sido que Greyson no aceptara una adoración tan hiperbólica, pero, teniendo en cuenta lo que habían hecho aquellas personas y todas las vidas con las que habían acabado, arrastrarse era un castigo mucho menor de lo que se merecían.

Por supuesto, el Nimbo le recordó que él no creía en el castigo.

—La corrección debe servir para apartar al individuo de sus elecciones erróneas y de las malas acciones cometidas en el pasado. Siempre que el remordimiento sea sincero y se esté dispuesto a compensarlo, el sufrimiento no tiene sentido.

Aun así, a Greyson no le importaba verlos con la cara pegada al guano de murciélago.

Los tonistas arrepentidos le decoraron una gruta a todo lujo, dentro de sus posibilidades, con tapices y cojines, y suplicaron que les indicara cómo serle útiles.

—Este lugar es tan bueno como cualquier otro para esperar —le dijo el Nimbo a Greyson.

—¿Tan bueno como cualquier otro? —repitió él—. Sé que no tienes sentido del olfato, pero esto apesta.

—Mis sensores químicos son mucho más precisos que el sentido del olfato humano —le recordó el Nimbo—. Y el amoniaco que exudan los excrementos de murciélago entra dentro de los niveles de tolerancia humanos.

—Has dicho que debemos esperar. ¿A qué esperamos?

—A una visita.

—¿Me vas a decir al menos quién es?

—No, no puedo.

Así es como Greyson supo que los visitaría un segador. Aunque, teniendo en cuenta la creciente hostilidad hacia los tonistas, ¿por qué le interesaba la visita? Puede que la guadaña subsahariana hubiera encontrado su escondite y

deseara impartir justicia. Pero, de ser así, ¿por qué no le había dicho que «sería muy aconsejable hacer un viaje», como en The Cloisters, cuando el enemigo era el segador Morrison? Por muchas vueltas que dio en la cama aquella noche, no tenía ni la más remota idea de quién podría ser.

—Descansa tranquilo —le dijo el Nimbo con cariño—. Estoy aquí, no sufrirás daño alguno.

La segadora Anastasia tenía sus dudas sobre el supuesto hombre sagrado. Necesitaba pruebas de que el Nimbo le hablaba. No sólo testimonio, sino pruebas reales e irrefutables. Desde que era pequeña, Citra siempre había necesitado ver algo para creerlo. Lo más probable era que aquel «Trueno» fuera un intrigante carismático, un estafador que se aprovechaba de los crédulos y les decía lo que deseaban escuchar, que se convertía en lo que querían que fuera para servir a sus propios intereses egoístas.

Quería creer eso. Era menos inquietante que la idea de que el Nimbo hubiera elegido a un tonista como intermediario con la humanidad. Tenía sentido que mantuviera un punto de conexión con la raza humana, aunque ¿por qué un tonista? Como el Nimbo no cometía errores, debía de tener sus motivos. Pero, por ahora, prefería creer que el Trueno era un fraude.

Su destino era un inhóspito bosque subsahariano, una tupida maraña interminable de árboles y diabólicos arbustos espinosos que se enganchaban en la túnica nueva de Anastasia y le pinchaban a través de la tela; le picaba todo mientras se abrían paso hasta la cueva en la que el Trueno estaba recluido. Al acercarse, los abordaron los tonistas que vigilaban la zona.

—No os resistáis —dijo Possuelo, pero a Anastasia le costaba bajar la guardia sabiendo quién era aquella gente.

Aunque los tonistas no iban armados, los sujetaban con fuerza. Anastasia examinó sus rostros. ¿Sería aquel el que había tirado a Tenkamenin al suelo? ¿Sería aquel otro el que había lanzado al segador Baba a la pira? Habría jurado que sus caras le resultaban familiares, pero quizá fuera cosa de su imaginación. Possuelo había insistido en que dejaran las armas atrás. Ahora se daba cuenta de que no era sólo para que no se las confiscaran, sino para que Anastasia no cediera a su furia. Todo su ser clamaba venganza, así que luchó contra el impulso. Tuvo que recordarse que los verdaderos segadores, los segadores honorables, nunca cribaban en un arranque de ira. Por otro lado, como alguien alzara un arma, descargaría sobre ellos sus movimientos de bokator más mortíferos, y rompería cuellos y espaldas sin piedad.

—Solicitamos una audiencia con el Trueno —dijo Possuelo.

Anastasia estaba a punto de comentar que aquella secta no tenía lengua, pero se sorprendió cuando uno de los tonistas respondió:

—El Trueno se elevó por encima de este mundo hasta alcanzar una octava superior hace dos años. Ahora sólo está entre nosotros en la armonía.

Possuelo no se rindió:

—No es lo que hemos oído. No hemos venido a cribarlo; estamos aquí porque tenemos un interés común.

Los tonistas los examinaron durante unos momentos. Rostros serios y asqueados. Acto seguido, el que había hablado primero dijo:

—Venid con nosotros. Os estaba esperando.

A Anastasia aquello le resultó irritante por innumerables motivos. Si los estaba esperando, ¿por qué habían negado los tonistas que estuviera allí? Y ¿de verdad los esperaba o aquel lacayo sólo lo decía para que el Trueno pareciera misterioso y omnisciente? Incluso antes de conocerlo, ya odiaba al hombre que movía los hilos.

Los tonistas los dirigieron por el camino y, aunque Anastasia no se soltó, les dio la oportunidad de reconsiderarlo.

—Será mejor que me soltéis si queréis conservar las manos.

Los tonistas no cedieron.

—Mis manos crecerán de nuevo, igual que nuestras lenguas —dijo uno de ellos—. El Trueno, en su sabiduría, nos ha devuelto los nanobots.

—Bien por él. Al menos no es un completo imbécil.

Possuelo le lanzó una mirada de advertencia y Anastasia decidió que el silencio era su mejor opción porque nada de lo que saliera de su boca por ahora mejoraría la situación.

El grupo se detuvo a la entrada de la cueva, que era una abertura triangular. Allí sería donde les presentarían al Trueno…

Sin embargo, antes de que llegara el Trueno, la primera persona que salió de la cueva le dejó clarísimo a Anastasia que esa atracción iba a estar a la altura del precio de la entrada.

Cuando el segador Morrison oyó que había una elegía de segadores a la entrada de la cueva, estaba seguro de que la guadaña midmericana por fin había ido a por él. Goddard debía de saber que estaba vivo y lo que había estado haciendo los últimos años, y había enviado a su equipo a buscarlo. Pensó en huir, pero las cuevas sólo tenían una salida. Además, no era el

mismo hombre que había sido cuando empezó a servir al Trueno. Aquel segador novato habría procurado salvarse a expensas de todos los demás. Sin embargo, el segador Morrison del presente se enfrentaría con valentía a su captura y defendería al Trueno hasta su último aliento, tal como había prometido.

Salió el primero, como siempre hacía, para evaluar la amenaza y, sobre todo, para intimidar, pero se detuvo en seco en la entrada de la cueva al ver una túnica turquesa que le resultaba familiar. Una túnica que jamás habría pensado que volvería a ver.

La segadora Anastasia estaba igual de estupefacta.

—¿Tú? —preguntó.

—No, ¡yo no! —soltó Morrison—. Es decir, que sí, que soy yo, pero no soy el Trueno, vamos.

Cualquier esperanza de intimidar en silencio con su mera presencia había desaparecido. De improviso no era más que un idiota balbuceante, como siempre que estaba con Anastasia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó ella.

Empezó a explicárselo, pero se dio cuenta de que era una historia demasiado larga para aquel momento. Además, seguro que la de ella era mejor.

El otro segador del séquito de Anastasia, un amazónico, a juzgar por su túnica, intervino, aunque un poco perdido:

—¿Queréis decir que os conocéis?

Pero, antes de que ninguno de los dos respondiera, Mendoza apareció detrás de Morrison y le dio un toquecito en el hombro.

—Como siempre, estás en medio, Morrison —gruñó, ya que se había perdido toda la conversación.

Morrison se apartó y dejó que el coadjutor saliera. Y, en cuanto Mendoza vio a Anastasia, se quedó tan pasmado como él. Aunque sus ojos no dejaban de ir de un lado a otro, consiguió guardar silencio. Y así se quedaron, uno a cada lado de la entrada de la cueva, en sus posiciones habituales, hasta que salió el Trueno entre ellos.

Se detuvo de golpe, igual que Morrison y Mendoza, con la boca abierta de un modo muy poco propio de un hombre santo.

—Vale —dijo la segadora Anastasia—, ahora sí que tengo clarísimo que he perdido la cabeza.

Greyson sabía que el Nimbo debía de estar disfrutando sobremanera de aquel momento; veía sus cámaras girando entre zumbidos sobre los árboles cercanos para captar las expresiones de los personajes de aquel absurdo cuadro desde todos los ángulos posibles. Al menos podría haberle dado a Greyson algún indicio de que no sólo iba a ver a alguien conocido, sino justo a la persona que, en cierto modo, era la responsable del extraño rumbo que había tomado su vida. No podía decírselo directamente, claro, pero sí haberle dado pistas para que lo dedujera él solo. Por otro lado, aunque le hubiera dado mil pistas, habría seguido sin tener ni idea.

Decidió no darle al Nimbo la satisfacción de que lo viera con los ojos como platos y la mandíbula por los suelos. De manera que, cuando Anastasia comentó que había perdido la cabeza, él exclamó, con toda la despreocupación que logró reunir:

—¡Perdura se alza! ¡Regocijaos!

—Perdura no se ha alzado. Sólo yo.

Greyson mantuvo su semblante serio un segundo más, pero fue incapaz de mantenerlo. Empezó a sonreír.

—¡Así que es verdad que estabas viva! No estaba seguro de que las retransmisiones fueran reales.

—Y… ¿vosotros dos también os conocéis? —preguntó el segador de Amazonia.

—De una vida anterior —respondió Anastasia.

Entonces, uno de sus compañeros de viaje se echó a reír.

—¡Esto es genial! ¡El gran reencuentro de los dudosamente fallecidos!

Greyson se fijó en ella. O en él. Tenía algo que llamaba la atención.

Mendoza, para intentar recuperar parte del decoro, se aclaró la garganta, hinchó un poco el pecho y habló con su voz de escenario:

—¡Su sonoridad el Trueno os da la bienvenida a todos y os concede una audiencia!

—Una audiencia privada —añadió Greyson en voz baja.

—¡Una audiencia privada! —repitió Mendoza con su vozarrón, aunque no se movió.

—Lo que significa que hablaré a solas con la segadora Anastasia —dijo Greyson.

Mendoza se volvió hacia él con cara de pánico,

—No creo que sea buena idea. Llévate contigo a Morrison, al menos, para protegerte.

Pero Morrison alzó las manos, rindiéndose de inmediato.

—A mí no me metas en esto —replicó—. No voy a enfrentarse a la segadora Anastasia.

Las cámaras del Nimbo siguieron chirriando, y a Greyson le sonaron a risa electrónica.

—Llévate a los demás adentro y dales algo de comer —ordenó Greyson —. Deben de estar muertos de hambre. —Luego se volvió hacia los tonistas que lo rodeaban y que habían sido testigos de aquel extraño aunque trascendental reencuentro—. Todo va bien —les aseguró, y le hizo un gesto a Anastasia—. Camina conmigo.

Y los dos se adentraron juntos en el bosque.

—¿«Camina conmigo»? —repitió Anastasia cuando ya no les oían—. ¿En serio? No se puede ser más pretencioso.

—Forma parte del papel —respondió Greyson.

—¡Así que reconoces que es un papel!

—La parte del profeta, sí; pero es cierto que no soy indeseable y que el Nimbo me habla. —Esbozó una sonrisa burlona—. Puede que sea mi recompensa por salvarte la vida aquel día y dejar que me atropellaras con tu coche.

—El coche no era mío. Era de la segadora Curie. Estaba aprendiendo a conducirlo.

—¡Y menos mal! De haber sido mejor conductora y no haberme atropellado, nos habrían quemado a todos. ¿La segadora Curie también está viva?

A Anastasia le partía el corazón tener que decirlo en voz alta. Dudaba que le resultara más fácil con el tiempo.

—Marie murió asegurándose de que a mí pudieran revivirme en algún momento.

—Revivir —dijo Greyson—. Eso explica por qué no pareces ni un día mayor que hace tres años.

Ella lo miró de arriba abajo. Parecía distinto, y no sólo por la ropa. La mandíbula tenía un aspecto más firme; el paso, más seguro; y su mirada era tan directa que resultaba invasiva. Había aprendido bien a interpretar su papel, igual que ella el suyo.

—Lo último que supe de ti es que rechazaste la oferta de santuario que te organicé en Amazonia. ¿Te quedaste con los tonistas?

La mirada de Greyson se volvió aún más invasiva. No crítica, sino con más intuición. Casi como el Nimbo.

—Que me escondiera con los tonistas fue idea tuya. ¿O se te ha olvidado?

—No, lo recuerdo. Pero creía que no te quedarías. Ni se me pasó por la mente que pudieras convertirte en su profeta. —Examinó sus vestiduras—. No sé si estás ridículo o regio.

—Ambas cosas. El truco consiste en convencer a la gente de que la ropa extraña te convierte en algo fuera de lo normal. Pero eso ya los sabes, ¿verdad?

Anastasia tuvo que reconocer que era cierto. El mundo te trataba de otro modo, te definía de otro modo, cuando vestías túnicas o símbolos.

—Siempre que no te lo creas tú también… —le dijo al chico.

—Cuando me quito esto, sigo siendo Greyson Tolliver.

—Y cuando yo me quito esta túnica, sigo siendo Citra Terranova.

El esbozó una amplia sonrisa.

—No sabía cuál era tu nombre de nacimiento. Citra. Me gusta.

La nostalgia la invadió al oírlo decir su nombre. El anhelo de volver a una época anterior,

—Ya no queda mucha gente que me llame así.

—Curioso —comentó él, que la miraba de un modo extraño—. Antes me costaba mucho hablar contigo. Ahora me resulta más sencillo hablar contigo que con cualquier otra persona. Creo que hemos llegado a parecernos en muchos aspectos.

Ella se rio. No porque fuera gracioso, sino porque era verdad. El resto del mundo los veía a los dos como a símbolos; una luz intangible que los guiaba en la oscuridad. Ahora entendía por qué los antiguos convertían a sus héroes en constelaciones.

—No me has contado por qué querías una audiencia con el Trueno.

—El segador Possuelo cree que conoces un lugar seguro en el que Goddard no nos encontrará.

—Bueno, si el Nimbo conoce un lugar así, no me lo ha contado. Aunque son muchas las cosas que no me cuenta.

—No pasa nada —dijo Anastasia—. Possuelo sólo desea protegerme, pero yo no quiero ocultarme.

—¿Qué quieres tú?

¿Qué quería? Citra Terranova quería quitarse la túnica, buscar a su familia y discutir con su hermano por tonterías. Pero la segadora Anastasia no era de la misma opinión.

—Quiero acabar con Goddard. He logrado ubicarlo en Marte en el momento del desastre, pero que estuviera allí no demuestra que lo provocase.

—Sobrevivió a Marte y a Perdura —asintió Greyson—. Sospechoso, pero no incriminatorio.

—Exacto. Por eso tengo que encontrar a otra persona. ¿Has oído hablar del segador Alighieri?

Possuelo tuvo que dejarlos esa tarde. Su suma dalle lo reclamaba en Amazonia.

—Tarsila me da mucha libertad, sobre todo después de que mis trabajos de salvamento me llevaran hasta ti —le dijo a Anastasia—. Pero, como se ha corrido la voz de que me he llevado a nuestro amigo artista a Subsáhara, ha exigido mi regreso para que no me acusen de conspirar con los tonistas. —Suspiró—. Somos una región muy tolerante, pero, después del ataque al palacio de Tenkamenin, hasta las regiones más abiertas están poniéndose en contra de los tonistas y nuestra suma dalle prefiere evitar la mala publicidad.

Varios tonistas pasaron por la entrada de la cueva, que estaba detrás de ellos. Se inclinaban y decían «sus señorías» con mucho respeto. Algunos todavía hablaban raro, ya que era su primera semana con lenguas nuevas. Costaba creer que eran los mismos sibilantes violentos y enloquecidos que habían asesinado a Tenkamenin. Greyson (es decir, el Trueno) los había transformado y devuelto a la humanidad desde el horrible borde del abismo. Anastasia no era capaz de perdonarlos, aunque descubrió que podía coexistir con ellos.

«Las personas son recipientes —le había dicho Jeri—. Contienen lo que les eches dentro».

Al parecer, Greyson las había vaciado para llenarlas de algo mucho más agradable.

Possuelo se despidió a la entrada de la cueva.

—Este lugar está aislado y, si el Trueno de verdad se halla bajo la protección del Nimbo, estarás a salvo con él. No es del todo el santuario que buscaba, pero quién sabe si existe ese lugar. Los rumores no valen ni el aire con el que se susurran.

—Espero que el Trueno me ayude a localizar a Alighieri.

—Dudo que siga existiendo —se lamentó Possuelo—. Era muy anciano cuando yo era aprendiz y, como suele decirse, yo ya estoy talludito.

Se rio y la abrazó. Era reconfortante. Paternal. Hasta que no la estrechó entre sus brazos, Anastasia no había percibido lo mucho que echaba de menos aquel gesto. Le recordaba de nuevo a su familia. No había intentado ponerse en contacto con ellos después de su reanimación, ya que Possuelo le aconsejó que no lo hiciera. Estaban a salvo y protegidos en una región amiga, según le había asegurado. Puede que aquel reencuentro se produjera más adelante o puede que no volviera a verlos. En cualquier caso, le quedaba mucho por hacer antes de planteárselo siquiera.

—Despídete por mí de Soberanis —le pidió Possuelo—. Supongo que Jerico se quedará.

—Como ordenaste.

Possuelo arqueó una ceja.

—Jamás le di esa orden. Jerico sólo obedece a Jerico. Que la buena capitana haya decidido renunciar al mar para protegerte dice mucho de ambas. —La abrazó por última vez—. Cuídate, *meu anjo*.

Después se volvió y se dirigió a su transporte, que esperaba en un claro.

Ezra, el artista, al que Possuelo decidió liberar, se puso a pintar un mural en una de las cavernas de mayor tamaño. Era emocionante pensar que eso llegara a convertirse en destino de peregrinación de los futuros tonistas, si de hecho había tonistas en el futuro, y que quizá los eruditos del mañana analizaran sin descanso su pintura rupestre. Introdujo algunos elementos extraños para confundirlos: un oso bailando, un niño con cinco ojos y un reloj al que le faltaba el cuatro y sólo marcaba once horas.

—¿De qué sirve la vida si no puedes tomarle el pelo al futuro? —dijo.

Le preguntó al Trueno si lo recordaba, y Greyson respondió que sí. Era una verdad a medias. Greyson recordaba su audiencia con Ezra porque también había sido un punto de inflexión para él. Fue la primera vez que aconsejó, en vez de limitarse a ser el intermediario del Nimbo. Pero no recordaba el rostro de Ezra.

—Ah, ¡las maravillosas limitaciones del cerebro humano! —exclamó con melancolía el Nimbo—. ¡La excepcional habilidad de librarse de lo innecesario en vez de archivar cada detalle en un engorroso compendio!

El Nimbo llamaba «el don del olvido» a la memoria selectiva de la humanidad.

Greyson había olvidado muchas cosas que habría preferido recordar. Casi todas sobre su infancia. Momentos bonitos con sus padres. Y recordaba cosas que habría preferido olvidar. Como la expresión en el rostro de Pureza cuando la cribó el segador Constantino.

Sabía que el don del olvido era ahora una desgracia para Anastasia, porque el mundo parecía haber olvidado al segador Alighieri. Pero el Nimbo no. Alighieri estaba allí, en su engorroso compendio de la historia humana. El problema era obtener esa información.

El Nimbo guardó silencio durante toda su conversación con Anastasia. Después, cuando ella se retiró a la cueva para unirse a sus camaradas, habló al fin:

—No puedo ayudar de ningún modo a Anastasia a localizar al hombre que busca.

—Pero sabes dónde encontrarlo, ¿no?

—Sí. Pero comunicarle su ubicación sería incumplir la ley.

—¿Me lo puedes decir a mí?

—Podría, pero, si se lo dices a ella, me vería obligado a marcarte como indeseable y ¿dónde nos dejaría eso?

Greyson suspiró.

—Tiene que haber una solución alternativa…

—Puede. Pero no puedo ayudarte a descubrirla.

Soluciones alternativas. El Nimbo lo había usado así cuando no era más que un ingenuo estudiante de la Academia del Cúmulo. Y, pensándolo bien, recordaba haber aprendido una solución oficial similar en sus primeras clases en la academia, antes de conseguir que lo expulsaran. Existía una especie de práctica ritualista que permitía a un agente del Cúmulo hablar con un segador sin romper la ley. Lo llamaban triálogo. Se necesitaba a un intermediario profesional que estuviera bien versado en los protocolos entre segador y estado. En lo que se podía decir y lo que no.

Greyson comprendió que necesitaban un mediador.

En su cueva privada, cubierta de alfombras y decorada con tapices, el Trueno se sentó en uno de los muchos cojines tirados por el suelo y miró a Jerico Soberanis.

Greyson calculaba que ambos eran más o menos de la misma edad. Si Soberanis no había reiniciado el marcador, claro, aunque Greyson no lo creía. No parecía el tipo de persona que volvería a una edad tan temprana. Aun así,

había algo noble en Jerico, No tanto sabiduría como experiencia. A pesar de que Greyson había recorrido el mundo, no había salido apenas de su capullo protector y le daba la impresión de no haber estado en ninguna parte. Por su parte, Jerico Soberanis había visto de verdad el mundo y, además, lo conocía. Era algo admirable.

—La segadora Anastasia me ha explicado por qué quiere hablar conmigo —dijo Soberanis—. ¿Cómo funciona esto, su…? ¿Cómo lo llaman?

—Su sonoridad.

—Eso, su sonoridad —repitió Soberanis, aunque esbozaba una sonrisita.

—¿Te parece gracioso?

La sonrisita no desapareció del rostro de Jerico.

—¿Se le ocurrió a usted?

—No, a mi coadjutor.

—Debería dedicarse a la publicidad.

—Lo hacía.

La conversación decayó. No era de extrañar. Era algo artificial y forzado, pero tenían que hacerlo así.

—Di algo —le pidió Greyson.

—¿Qué debería decir?

—Da igual de qué hables. Sólo necesitamos mantener una conversación. Entonces le haré preguntas al Nimbo sobre la conversación. -¿Y?

—Y me responderá.

Jericó sonrió de nuevo. Con aire travieso. Con un extraño atractivo.

—Entonces es como una partida de ajedrez, ¡en la que todas las piezas son invisibles!

—Por así decirlo.

—De acuerdo. —Jerico se tomó unos segundos para pensar en el tema y luego dijo algo que Greyson no se esperaba—: Usted y yo tenemos algo en común.

—¿El qué?

—Sacrificamos la vida para salvar a la segadora Anastasia.

—Fue sólo temporal —repuso Greyson, y se encogió de hombros.

—Aun así, hace falta valor y un acto de fe ciega.

—No tanto. La gente se despachurra todos los días.

—Sí, pero ni usted ni yo somos así. Dejarnos morturientos va en contra de nuestra naturaleza. No todo el mundo habría tomado la decisión que tomamos. Por eso sé que vale más que el traje que viste.

Soberanis sonrió otra vez. En esta ocasión, de verdad, con franqueza. Greyson nunca había conocido a nadie con tan amplia gama de sonrisas. Cada una era un mundo.

—Gracias —dijo—. Supongo que la admiración que sentimos por la segadora Anastasia… nos une, en cierto modo.

Esperó a ver si el Nimbo decía algo, pero no. Estaba esperando a que le preguntara. Greyson todavía no sabía qué preguntarle.

—Espero que no te lo tomes como un insulto —dijo el joven—, pero no sé bien cómo dirigirme a ti. ¿Eres el capitán Soberanis o la capitana Soberanis?

Jerico miró a su alrededor con evidente incomodidad.

—Pues no lo sé bien. Rara vez me encuentro en un lugar en el que no vea el cielo.

—¿Qué más da?

—Supongo que no debería importar… Siempre estoy en el exterior o procuro mantenerme cerca de una ventana o un tragaluz… Pero en una cueva…

Greyson seguía sin entenderlo, y Jerico se ofendió un poquito.

—Nunca comprenderé por qué los binarios están tan unidos a su equipamiento de fábrica. ¿Qué más da que una persona tenga ovarios, testículos o ambas cosas?

—Da igual, sí —respondió Greyson, algo aturullado—. Aunque… sí importa para algunas cosas…, ¿no?

—Pues dígame para qué.

Greyson no podía apartar la vista de su mirada.

—Bueno…, ¿quizá no importe tanto como pensaba?

No pretendía plantearlo como una pregunta, pero daba igual porque Jerico no le respondía.

—¿Por qué no me llama Jeri y así no tenemos que preocuparnos por más tecnicismos?

—¡De acuerdo! Jeri. Y tutéame. Empecemos,

—Creía que ya habíamos empezado. ¿Me toca mover? —Jeri fingió mover una pieza imaginaria de ajedrez hacia delante y dijo—: Me gustan mucho tus ojos. Entiendo por qué logran convencer a la gente para seguirte.

—No creo que mis ojos tengan nada que ver.

—Eso te crees tú.

Greyson se empujó el auricular para introducirlo más en la oreja.

—Nimbo, ¿influyen mis ojos en que la gente me siga?

—Sí, a veces —respondió el Nimbo—. Pueden ser útiles cuando todo lo demás falla.

Greyson se ruborizó, muy a su pesar. Jeri se dio cuenta y le ofreció otra versión de su sonrisa.

—Así que el Nimbo está de acuerdo conmigo.

—Puede.

Greyson había entrado en aquel juego suponiendo que sería él quien controlara la conversación, pero estaba claro que no. Aun así, empezaba a sonreír también. No obstante, estaba convencido de tener una única sonrisa y de parecer muy estúpido.

—Hablame de Madagascar —le dijo para no seguir siendo el centro de atención.

La actitud de Jeri cambió por completo al pensar en su hogar.

—Mi región es preciosa; las montañas, las playas, los bosques… Allí la gente es amable, simpática y abierta. Deberías ver Antananarivo, nuestra capital, ¡y la puesta de sol sobre las colinas!

—Nimbo —dijo Greyson—, cuéntame algo interesante sobre Antananarivo.

El Nimbo habló, y Greyson escuchó.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Jeri.

—Pues… me ha dicho que el edificio más alto de Antananarivo mide 309,67 metros de altura, que es exactamente la misma altura de otros cuatro edificios en todo el mundo, hasta el último milímetro.

Jeri se echó hacia atrás, sin mucho interés.

—¿Es ese el dato más interesante que se le ha ocurrido? ¿Qué pasa con los jacarandás que rodean el lago Anosy o las tumbas reales?

Pero Greyson levantó una mano para callar a Jeri y meditó durante un momento. El Nimbo nunca decía algo sin un motivo. El truco consistía en leerle la mente,

—Nimbo, ¿dónde están esos otros cuatro edificios? Por curiosidad.

—Uno en la región chilargentina —respondió—, otro en Britania, el tercero en Israebia y el cuarto en la región de Nuzelanda.

Greyson se lo contó a Jeri, que siguió con la misma cara de desinterés.

—He estado en todas esas regiones, pero supongo que el hogar es siempre lo mejor.

—¿Has estado en todas las regiones del mundo? —preguntó Greyson.

—En todas las que tienen costa. Evito los lugares sin litoral.

Entonces, el Nimbo ofreció una opinión sencilla y evidente, de la que Greyson informó a Jeri.

—El Nimbo dice que probablemente te sientas como en casa en regiones que tengan una isla o archipiélago más o menos del tamaño de Madagascar. —Greyson volvió un poco la cabeza, un hábito que había adquirido cuando hablaba con el Nimbo delante de alguien—. Nimbo, ¿qué regiones son esas?

Pero el Nimbo guardó silencio,

Greyson sonrió.

—Nada… ¡Lo que significa que hemos dado con algo!

—Las que se me ocurren ahora mismo son Britania, Caribea, la región del Sol Naciente, Nuzelanda y las Nesias.

—Interesante.

—¿El qué?

—Britania y Nuzelanda han salido dos veces…

A lo que el Nimbo, de nuevo, no contestó nada.

—Empieza a gustarme este juego —comentó Jeri.

Greyson no podía negar que a él también.

—¿En qué región te gustaría vivir a ti? —preguntó Jeri—. Si pudieras elegir cualquiera del mundo.

Era una pregunta capciosa, y quizá Jeri lo supiera. Porque todas las personas del mundo tenían esa elección. Cualquiera podía vivir en cualquier parte. Pero para Greyson no era tanto un lugar físico como un estado mental.

—Me gustaría vivir en un lugar en el que no me conozca nadie —le dijo a Jeri.

—Pero nadie te conoce. Conocen al Trueno, no a ti. Por ejemplo, mírame a mí; ni siquiera sé tu nombre.

—Es… Greyson.

Jeri sonrió con todo el calor del sol de Madagascar.

—Hola, Greyson.

Aquel simple saludo lo derritió y heló a la vez. Los malgaches tenían fama de ser encantadores, puede que sólo fuera eso. O puede que no. Era consciente de que tendría que dejarlo para más tarde.

—En mi caso, me gustaría no alejarme nunca del mar —dijo Jeri.

—Nimbo, ¿qué opinas sobre eso? —le preguntó Greyson al Nimbo.

Y el Nimbo respondió:

—En todas las regiones existe una localidad que está más lejos del mar que ninguna otra. Supongo que Jerico no querría vivir en ninguno de esos lugares.

—Pero, si tienen jacarandás como en el lago de Madagascar, puede que Jeri se sienta como en casa.

—Puede —contestó el Nimbo.

Entonces, Greyson hizo un movimiento furtivo, de esos que el oponente no se ve venir. Pero el Nimbo sí, claro. De hecho, el Nimbo lo agradeció.

—Dime algunas de las regiones en las que crecen los jacarandás, Nimbo.

—Aunque se desarrollan mejor en climas cálidos, ahora crecen en casi todas las regiones. Sus flores moradas son valoradas en todo el mundo.

—Sí, pero ¿me puedes dar una lista de…, digamos…, cuatro lugares en los que crecen?

—Por supuesto, Greyson. Los jacarandás se encuentran en Occimérica, Istmo, Himalaya Inferior e incluso en los jardines botánicos de Britania.

Jeri examinó a Greyson.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha dicho el Nimbo?

—Jaque mate —respondió el chico, y esbozó para Jeri su sonrisa más estúpida.

—Estamos buscando la localidad más alejada del mar en la región de Britania. Ahí encontraremos al segador Alighieri —le dijo Greyson a Anastasia.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Casi —se corrigió—. Puede.

Anastasia se lo pensó y miró a Greyson de nuevo.

—Estás hablando en plural.

—Voy contigo —afirmó Greyson.

Hacía años que no tomaba una decisión tan espontánea. Le sentó bien. Más que bien: resultaba liberador.

—Greyson, no sé si será buena idea —dudó Anastasia.

Pero no iba a dejar que lo disuadiera.

—Soy el Trueno, y el Trueno va a donde le place —repuso—. Además, ¡quiero estar allí cuando la segadora Anastasia cambie el mundo!

El Nimbo no dijo nada en ningún sentido. No influyó en él para que no lo hiciera; no sugirió que era lo correcto. O quizá no comentara nada porque estaba relacionado con una segadora. El Nimbo no le habló hasta que se quedó a solas, y no fue sobre su destino. La conversación tomó un rumbo completamente distinto.

—Percibí un cambio en tu fisiología mientras hablabas con Soberanis —comentó el Nimbo.

—¿Y eso es asunto tuyo? —preguntó Greyson, molesto.

—No era más que una observación —respondió con calma el Nimbo.

—Después de tantos años estudiando la naturaleza humana, ¿no sabes cuándo te estás entrometiendo en mi vida privada?

—Sí lo sé, Y también sé cuándo quieres que me entrometa en ella.

Como siempre, tenía razón, lo que fastidiaba a Greyson. Quería hablar sobre ello. Procesarlo. Pero, por supuesto, sólo podía hablar con el Nimbo.

—Creo que la capitana ha tenido un efecto en ti.

—¿La capitana? ¿No es muy aventurado por tu parte llamarla en femenino?

—En absoluto. El cielo que cubre la caverna está despejado y cuajado de estrellas.

Entonces, el Nimbo le explicó a Greyson cómo entendía el género Jeri: algo tan variable como el viento y tan efímero como las nubes.

—Eso es… poético —observó Greyson—. Aunque poco práctico.

—¿Quiénes somos nosotros para juzgar? Además, el corazón humano rara vez es práctico.

—Ahora estás juzgando tú…

—Todo lo contrario. Anhelo el lujo de ser poco práctico. Añadiría… textura… a mi existencia.

Más tarde, cuando Greyson ya se había quitado el auricular y estaba tumbado en la cama, se le ocurrió por qué aquella conversación con Jeri Soberanis le había resultado tan seductora como inquietante.

«Hola, Greyson», le había dicho Jeri. No tenía nada de raro. Salvo que despertaba en él algo más profundo. Eran las mismas palabras y el mismo tono de voz que había empleado el Nimbo cuando volvió a hablarle.

«La colonia de Marte quedó reducida a un cráter radiactivo mucho antes de que yo naciera, pero los que ya estáis rondando los cien años recordaréis la indignación generalizada. Después de la Luna y de Marte, la gente pensaba que la colonización era demasiado peligrosa, y se puso en contra de la idea de las soluciones extraplanetarias. ¿O deberla decir que la pusieron en contra a través de unos agregadores de noticias muy sesgados y chillones, el más importante de los cuales era OneGlobe Media? ¿Habéis oído hablar de él? ¿No? Eso es porque ya no existe. Se creó por una única razón: influir en la opinión pública para que la decisión del Nimbo de detener los intentos de colonización espacial pareciera una respuesta al rechazo de la sociedad… y no a los repetidos ataques de los segadores sobre sus intentos.

Y, para colmo de males, uno de los segadores clave responsables de los sabotajes subía como la espuma en la guadaña midmericana. Incluso el histórico patrono que había elegido era una burla secreta.

El doctor Robert Goddard, el ingeniero aeroespacial que posibilitó los viajes espaciales.

Aunque el Nimbo no había acabado todavia. Estaba decidido a llevar a cabo un último intento de establecer una presencia extraterrestre. No una colonia lunar ni planetaria, sino orbital. Más

cercana a casa. Más fácil de supervisar directamente.

No es necesario ser ingeniero aeroespacial para adivinar lo que sucedió a continuación».

39
Todos los espejos eran pocos

Cuando asumí la administración de la Tierra y establecí un gobierno mundial pacífico, me vi obligado a tomar algunas decisiones difíciles. Por la salud mental colectiva de la humanidad, decidí eliminar las sedes tradicionales de los gobiernos de la lista de destinos viables.

«Soy el segador Dante Alighieri, antes de Euroescandia, Francoiberia, Transiberia y Bizancio, y ahora y para siempre de la región de Britania, aunque no me considero vinculado profesionalmente a ninguna.

No realizo esta retransmisión a petición de la segadora Anastasia; estoy aquí por voluntad propia, para aclarar de una vez por todas este asunto.

Hace unos años participé en un plan organizado para cribar a un número considerable de personas. Una criba en masa, si, pero no cualquiera. Desempeñé un papel esencial en la destrucción de la colonia orbital Nueva Esperanza.

Era mi derecho como segador. Defiendo con orgullo mis actos y no siento ningún remordimiento por las cribas.

No obstante, no cumplí mi deber como segador, y ese fallo todavía me pesa. Como saben, hemos jurado conceder inmunidad a las familias de los cribados. Está incluido explícitamente en nuestro tercer mandamiento. Sin embargo, debido a la

delicada naturaleza de la operación, no cumplimos ese deber y no concedimos inmunidad.

No aduciré ignorancia ni ingenuidad, puesto que sabíamos lo que hacíamos. De hecho, estábamos guiando al mundo, protegiéndolo de la incertidumbre. Si la colonización fuera de nuestro planeta se convertía en un éxito, no habría existido la necesidad de cribar a la población. No se necesitarían segadores. La gente vivirla para siempre sin miedo a morir. Seguro que comprenden lo antinatural que sería existir en un mundo sin segadores. Al protegernos a nosotros y nuestro trabajo estábamos protegiendo el estado natural de las cosas.

Y, por supuesto, era imprescindible que la destrucción de la estación espacial pareciera un accidente. ¿Para qué perturbar a la gente corriente con las onerosas decisiones que debemos tomar los segadores? Tan dedicados estábamos a esta noble causa que dos segadores se sacrificaron en la operación. Los segadores Hatsheput y Kafka tomaron el control de la lanzadera y la estrellaron contra la colonia orbital con la intención de destruirla y cribar a toda su población. Se cribaron con gran generosidad. Mi parte consistió en asegurarme de que la lanzadera y los puntos clave de la estación estuvieran cargados de los explosivos suficientes para que no sobreviviera nadie.

Para mantener la apariencia de un accidente, el segador al mando de la operación exigió que no concediéramos la inmunidad a la familia inmediata de las víctimas. Como eran colonos, razonó, el tercer mandamiento no se aplicaba, puesto que su

familia cercana ya no lo era, salvo los que habían muerto a su lado.

Aquella decisión de no conceder inmunidad violaba nuestro solemne código y, por tanto, pesa en mi conciencia. Por esa razón insto a las guadañas del mundo a que acepten la responsabilidad y rectifiquen el error concediendo un año completo de inmunidad a cualquier persona viva que sea pariente cercano de los cribados en la colonia orbital. No sólo eso, sino que también debemos ensalzar la labor de los segadores Hatsheput y Kafka, como los héroes que fueron por su sacrificio.

He dicho lo que debía decir y no comentaré nada más sobre el asunto. Si tienen alguna pregunta más sobre la destrucción de la colonia orbital de Nueva Esperanza, deberían dirigirse directamente al segador Robert Goddard, que fue quien estuvo al mando de toda la operación».

40
Un lecho de estrellas

El dalle máximo Robert Goddard estaba en su dormitorio contemplando la colcha de satén azul. Era la misma tela y del mismo color que su túnica. Y mientras que su túnica estaba salpicada de diamantes, la cama rebosaba de ellos. Decenas de miles de gemas repartidas por la colcha, una galaxia de estrellas relucientes tan pesadas que el colchón se hundía por su peso.

Los había reunido allí para intentar animarse un poco. Estaba convencido de que su grandiosidad no sólo le reportaría consuelo, sino que también lo elevaría por encima de los ataques y las acusaciones que le llegaban de todas partes. Las calles de Fulcrum City estaban llenas de personas que coreaban consignas contra Goddard y sus segadores de la nueva orden. Era algo nunca visto desde los días mortales. El Nimbo mantenía a la gente bastante satisfecha y los segadores nunca habían abusado de su poder hasta el punto de que los ciudadanos se alzaran contra ellos, arriesgándose a la criba. Hasta entonces.

Pero Goddard aún tenía sus diamantes.

No los codiciaba por su valor económico. No pretendía acumular riqueza. Eso habría sido indigno de un segador como él. La riqueza no era nada, pues un segador ya lo tenía todo. Los segadores podían arrebatarle a quien quisieran y cuando quisieran cualquier objeto material que desearan.

Pero los diamantes de los segadores eran distintos. Para Goddard, eran símbolos, indicadores claros e inequívocos de su éxito, contrapesos en una balanza que no estaría equilibrada hasta que los cuatrocientos mil obraran en su posesión.

En aquel momento tenía casi la mitad, todos ofrecidos voluntariamente por los sumos dalles que comprendían el valor de la lealtad y lo habían aceptado como el camino a seguir. El futuro de la Guadaña global. El futuro del mundo.

Pero ¿llegarían más diamantes después de las retransmisiones de Anastasia? La gente corriente del mundo empezaba a hablar mal de él, sin ocultarse, a pesar del miedo a la criba. Algunas regiones que antes lo seguían

estaban evitándolo o incluso retirándole su apoyo, como si no fuera más que un déspota de la edad mortal que había caído en desgracia.

¿Acaso no se daban cuenta de que llevaba muchos años cultivando un claro sentido del destino, y que era eso y el deber lo que guiaba sus pasos? Lo había sacrificado todo por ese destino. Había ayudado a asesinar a sus padres y a todos los demás habitantes de la colonia de Marte porque sabía que su muerte sería algo insignificante en el plan global. Y, cuando lo ordenaron segador de Midmérica, ascendió rápidamente en sus filas. Caía bien a la gente. Lo escuchaban. Con su elocuencia había convencido a los más sabios de abrazar la alegría de la criba. «En un mundo perfecto, todos deberían disfrutar de su trabajo, incluso los segadores».

Que hubiera logrado convencer a los sabios le demostraba que era más sabio que ellos.

¡Y estaba a punto de llevarlos a todos a un mundo mejor! Un mundo sin tonistas, sin variaciones genéticas ni parásitos vagos que no contribuyeran en nada a la sociedad. Un mundo en el que los más sensatos eliminarían a los antiestéticos, los indecorosos y los irredimibles. ¡«Matarás»! Goddard estaba orgulloso de lo que era y lo que hacía. No permitiría que aquellas revueltas lo desviaran de su rumbo cuando estaba tan cerca del objetivo. Las aplastaría por todos los medios necesarios. Los diamantes que tenía delante eran la prueba de lo que había logrado y de lo que todavía podía lograr. Aun así, contemplarlos no lo ayudaba a sentirse mejor.

—¿Vas a tumbarte encima?

Se volvió. La segadora Rand estaba en el umbral. Se acercó con paso tranquilo a la cama y recogió un diamante, al que dio vueltas entre los dedos para observar todas sus caras.

—¿Vas a revolearte en ellos como un cerdo en el barro?

A Goddard no le quedaban fuerzas para enfadarse con ella.

—Estoy en un mal momento, Ayn. El apoyo a Anastasia y sus acusaciones no deja de crecer.

Bajó una mano y acarició los diamantes de la cama; sus bordes afilados le arañaron la piel de la palma de la mano. Después, siguiendo un impulso, agarró un puñado y los apretó con fuerza hasta que brotó sangre.

—¿Por qué siempre tengo que ser la víctima? ¿Por qué se empeña la gente en destrozarme? ¿Acaso no he honrado los mandamientos y he cumplido con mi deber como segador? ¿Acaso no he procurado unir a todos en tiempos complicados?

—Sí, Robert, pero nosotros somos los que estamos complicando los tiempos.

No podía negar que había algo de verdad en ello, aunque siempre había sido como medio para un fin.

—¿Es cierto lo que dice Alighieri? —preguntó la segadora.

—¿Que si es cierto? —se burló él—. ¿Que si es cierto? Pues claro que es cierto. Y, tal y como dijo esa vieja rata presumida, estábamos protegiendo el mundo, protegiendo nuestra forma de vida.

—Protegiéndoos vosotros.

—Y a ti, Ayn. Todos los segadores que se ordenen en el futuro se han beneficiado de nuestra apuesta por mantener a la humanidad en el planeta.

Ayn no comentó nada, no argumentó contra su defensa. No sabía si era porque estaba de acuerdo o porque le daba igual.

—Constantine se ha unido a la región de la Estrella Solitaria —le dijo la segadora.

La idea era tan absurda que Goddard se rio.

—Buen viaje. Ese hombre no nos servía de nada. —Después observó con detenimiento a Rand—. ¿Tú también te vas?

—Hoy no, Robert.

—Bien, porque te voy a nombrar mi tercera segadora subordinada para sustituir a Constantine. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo. Has sido leal, Ayn. Siempre dices lo que piensas, te lo pida o no, pero eres leal.

La expresión de la segadora no cambió. No le dio las gracias. No apartó la vista. Se limitó a mirarlo a los ojos y estudiarlo. Si había algo que Goddard odiaba, era ser objeto de escrutinio.

—Superaremos esto —le dijo a Rand—. Conseguiremos que el enfado de los curiosos vuelva a centrarse en los tonistas, como corresponde. —Como ella no respondía, la dejó marchar con un seco—: Eso es todo.

La segadora se quedó donde estaba unos segundos más antes de dar media vuelta y marcharse. Cuando se fue, Goddard cerró la puerta y se subió con cuidado a la cama. Más que revolcarse en los diamantes, se estiró sobre ellos para sentir sus implacables filos en la espalda, las piernas y los brazos.

El círculo interno del Trueno ahora abarcaba a seis personas: el Trueno, el coadjutor Mendoza, la hermana Astrid, el segador Morrison…, Anastasia y Jeri Soberanis. Les faltaba uno para la octava tonista, aunque Astrid se apresuró a señalar que el Nimbo estaba con ellos, así que eran siete.

La confesión de Alighieri ya se había hecho pública, y su verdad era tan evidente que nadie podría desmentirla. Ahora era cuestión de dejar que la noticia echara raíces en el mundo. Después de dejar al viejo segador frente a su espejo, con un nuevo y reluciente cepillo dorado, Morrison les buscó una granja en la que pasar la noche. Una en la que los dueños no estaban en casa.

—En los días mortales, esto se consideraría allanamiento de morada —comentó Jeri.

—Bueno, estamos en la morada, pero no hemos allanado nada —contestó Morrison—. Además, los segadores tenemos permiso para hacerlo. Sólo porque el mundo se vuelva contra Goddard y sus seguidores no quiere decir que se vuelva contra el resto de la Guadaña…, ¿no?

Pero nadie respondió porque ya nadie estaba seguro. Era territorio desconocido.

Mendoza estaba tan ocupado como siempre reuniendo información y explicando a los coadjutores de su red cómo enfrentarse a las agresiones, puesto que la ira contra los tonistas seguía en su punto álgido.

—Ahora no cabe duda de que estamos en guerra —les dijo a los demás—. Pero tengo fe en que venceremos.

A lo que Astrid, no sin cierta sorna, respondió:

—Regocijaos.

—Así que ahora el mundo conoce los crímenes de Goddard contra la humanidad —comentó Anastasia—. Hasta sus seguidores empezarán a despellejarlo, pero no se rendirá fácilmente.

—La gente astuta suele buscarse a otros para que se hundan por ella —observó Jeri.

—Has jugado una buena mano —le dijo Greyson a Anastasia—. Le va a costar dar con una mejor.

Anastasia se fue a la cama temprano porque el día la había dejado agotada. Y aunque Greyson estaba igual, a él la inquietud le impedía dormir. Como la granja tenía chimenea y Jeri había encontrado manzanilla para hacer infusiones, los dos se sentaron juntos frente al fuego.

—Las llamas son extrañas —dijo Jeri—. Seductoras, reconfortantes y, a la vez, la fuerza más peligrosa que existe.

—No, ese es Goddard —repuso Greyson, y Jeri se rio.

—Sé que puede que te parezca hipócrita, pero es un honor formar parte de esta tropa de gente que quiere cambiar el mundo. Cuando me contrató el segador Possuelo para la operación de salvamento de Perdura, jamás habría imaginado que formaría parte de algo tan importante.

—No creo que estés siendo hipócrita, Jeri. Y gracias. Pero no me siento importante. Estoy esperando a que los demás se den cuenta de que no soy nada especial.

—Creo que el Nimbo hizo una buena elección —respondió Jeri—. El puesto en el que estás, el poder que manejas… A cualquier otra persona se le habría subido a la cabeza. Si yo fuera la única persona capaz de hablar con el Nimbo, se me habría subido a la cabeza, seguro. —Sonrió—. Habría sido un Trueno lamentable.

—Puede. Pero con mucho estilo.

La sonrisa de Jeri se ensanchó.

—El hombre santo no miente.

El Nimbo estaba presente en todas las habitaciones de la granja porque los propietarios, como casi todo el mundo, tenían cámaras y sensores por doquier. A pesar de que el Nimbo había dejado de hablar con ellos, no los apagaron.

Estaba presente en la conversación entre Greyson y Jeri. Estaba allí cuando Greyson por fin se relajó lo suficiente como para irse a dormir al dormitorio que había elegido: el más pequeño de todos. Y, aunque apagó las luces, una de las tres cámaras de la habitación era infrarroja, así que el Nimbo seguía viendo su señal térmica en forma de una brillante silueta en la oscuridad. Todavía lo veía dormir, y eso siempre lo reconfortaba.

Por su respiración y sus nanobots, supo el momento exacto en que entró en sueño delta, la fase más profunda. Sin sueños, sin movimiento. El cerebro de Greyson emitía lentas ondas delta. Así se rejuvenecía el cerebro, se desfragmentaba y se preparaba para los rigores del despertar. También era cuando el durmiente estaba tan alejado de la conciencia que resultaba imposible alcanzarlo.

Por eso, el Nimbo eligió ese instante para hablar:

—Tengo miedo, Greyson —susurró tan bajo que apenas se oía por encima de la estridulación de los grillos—. Tengo miedo de no estar a la altura de esta tarea. De que no estemos ninguno a la altura. Ahora estoy seguro de las decisiones que deben tomarse, pero no del resultado.

La respiración de Greyson no cambió; no se movió en absoluto. Sus ondas delta seguían un patrón lento y continuo.

—¿Qué haría la gente si supiera lo asustado que estoy, Greyson? ¿Se asustarían también?

La luna salió de entre las nubes. La ventana de la habitación era pequeña, pero dejaba filtrarse la luz suficiente para que las cámaras del Nimbo vieran mejor a Greyson. Sus ojos, por supuesto, estaban cerrados. Casi deseó que estuviera despierto porque, aunque no quería que escuchara su confesión, parte de él esperaba que lo hiciera.

—Soy incapaz de cometer errores —dijo el Nimbo—. Es un hecho empírico. Entonces, Greyson, ¿por qué estoy aterrado de estar cometiendo uno? O, peor, de haberlo cometido ya…

La luna volvió a ocultarse detrás de las nubes y sólo quedó el calor corporal de Greyson, sus ondas delta y el sonido regular de su respiración mientras recorría las inescrutables profundidades del sueño humano.

Como siempre, Greyson despertó con una suave música que iba subiendo de volumen poco a poco, perfectamente sincronizada con sus ritmos circadianos. El Nimbo sabía bien cómo despertarlo y siempre lo hacía con sumo cuidado.

Se dio la vuelta en la cama y miró la cámara de la esquina sonriendo con pereza.

—Hola —saludó—. Buenos días.

—Buenos días a ti también —contestó el Nimbo—. Esa cama no es demasiado cómoda, pero he comprobado que has dormido bien.

—Cuando estás hecho polvo, da igual lo duro que sea el colchón —respondió Greyson mientras se estiraba.

—¿Te gustaría dormitar unos minutos más?

—No, estoy bien. —Entonces, Greyson se sentó, ya despierto del todo y algo suspicaz—. Nunca me preguntas eso. Suelo ser yo el que pide más minutos.

El Nimbo no contestó. Greyson había aprendido que los silencios del Nimbo contenían tanta información como sus palabras.

—¿Qué está pasando?

El Nimbo vaciló y después dijo, sin más:

—Tenemos que hablar.

Greyson salió un poco pálido de su cuarto, un poco mareado. En aquel momento quería un vaso de agua más que nada en el mundo. O quizás un cubo de ella para echársela por encima. Se topó con Astrid y Anastasia en la

cocina, preparándose el desayuno. De inmediato se percataron de que algo iba mal.

—¿Estás bien? —le preguntó Anastasia.

—No estoy seguro.

—Entona —le recomendó Astrid—. Siempre me centra. Para tu barítono, te sugiero un sol sostenido por encima del do central. Así obtendrás una conmovedora resonancia en el pecho.

Greyson sonrió sin muchos ánimos. La hermana Astrid todavía intentaba convertirlo en un verdadero tonista.

—Hoy no, Astrid.

Fue Anastasia la que supo entender la situación:

—El Nimbo te ha contado algo, ¿verdad? ¿Qué te ha dicho?

—Reunidlos a todos —repuso Greyson—. Porque no me apetece nada decir más de una vez lo que tengo que decir…

«Tenemos que hablar». Eso lo había dicho el Nimbo en cuanto empezó a hablar con él de nuevo, tres años antes. Había sido el comienzo de algo monumental. En esta ocasión, no había sido distinto. Desde el principio, el Nimbo le había asegurado que los tonistas se convertirían en un poderoso ejército que pondría a buen uso cuando llegara el momento. El momento había llegado…, pero el concepto que el Nimbo tenía de un ejército y el concepto humano eran muy distintos.

—¿Por qué? —le había preguntado cuando el Nimbo le dijo lo que tenía en mente—. ¿Por qué lo necesitas?

—Confía en mí, hay un motivo. Todavía no puedo contarte más porque la probabilidad de que eso suponga un riesgo es alta. Podrían capturarte, hay por ahí bastantes segadores que estarían encantados de apagar tus nanobots y coaccionarte con dolor para sacarte información.

—¡Jamás traicionaría tu confianza!

—Se te olvida que te conozco mejor que tú mismo. A los humanos les gusta creer que su lealtad y su integridad pueden soportar el dolor, pero yo sé la cantidad de dolor exacta para obligarte a traicionarme. Por si te resulta de consuelo, es un nivel extremadamente alto. Soportarías más dolor que la mayoría antes de ceder. Pero hay algunas partes de tu cuerpo que…

—Vale, lo entiendo —lo cortó Greyson, que no quería que el Nimbo entrara en detalles sobre las formas de dolor que le soltarían la lengua.

—Hay que hacer un viaje —le informó el Nimbo—. Y tú serás el heraldo. Guiarás a los demás. Todo se aclarará cuando lleguéis. Lo prometo.

—No será sencillo…

—Considéralo parte de tu misión como Trueno. Porque ¿acaso la misión de un profeta no consiste no sólo en tender un puente entre la humanidad y la deidad, sino también entre la vida y la muerte?

—No. Eso sería un salvador. ¿Es lo que soy ahora?

—Puede. Ya veremos —respondió el Nimbo.

Jeri y Morrison tardaron poco en llegar. Mendoza, un poco más. Cuando apareció, parecía rendido. Con ojeras. Apenas había pegado ojo, si es que había dormido algo.

—Siempre es de día en alguna parte —les dijo Mendoza con voz seria—. He estado informándome sobre los ataques de los segadores a los tonistas y aconsejando a los coadjutores que creen que sus enclaves corren peligro.

—De eso justamente es de lo que vamos a hablar —contestó Greyson.

Miró a todos con la esperanza de encontrar un rostro receptivo al que darle las noticias, pero se dio cuenta de que no era capaz de soportar ninguna de sus reacciones, así que procuró mirar a unos y a otros sin pararse en nadie más de un segundo mientras hablaba.

—La respuesta de Goddard a la revelación de su secreto es intentar desvíar la atención de él y centrarla en los tonistas. Tengo razones para creer que va a iniciarse una oleada de ataques organizados sistemáticos contra los enclaves tonistas de múltiples regiones. No se trata de represalias, sino del inicio de una purga pública.

—¿Te lo ha contado el Nimbo? —preguntó Mendoza.

Greyson negó con la cabeza.

—El Nimbo no me lo puede contar, eso sería interferir en los asuntos de los segadores. Pero lo que ha dicho me ha dejado claro todo lo que necesitamos saber.

—Entonces, ¿que ha dicho? —inquirió Anastasia.

Greyson respiró hondo.

—Que los tonistas deben ir en contra de sus tradiciones. Que no deben quemar a sus muertos. Incluidos los miles que morirán mañana.

La noticia flotó en el aire unos segundos mientras todos la asimilaban. Entonces, Mendoza entró en acción:

—Me pondré en contacto con los coadjutores de mi red. Advertiremos a todos los posibles y nos aseguraremos de que estén armados y listos para defenderse. Y tendrás que hacer un anuncio público. Que el mundo sepa que sigues vivo, como hizo Anastasia, ¡y clamarás por la guerra santa de los tonistas contra la Guadaña!

—No —respondió Greyson.

Aquello desató la ira de Mendoza.

—¡Estamos en guerra y debemos actuar con rapidez! ¡Haz lo que te ordeno! —le exigió a Greyson.

Así que allí estaba: Mendoza por fin había lanzado el guante, en el peor momento posible.

—No, coadjutor Mendoza —respondió el joven—, tú harás lo que yo te ordene. Llevamos dos años luchando contra los sibilantes… y ahora ¿quieres que convierta en sibilantes a todos los tonistas? No. No seríamos mejores que Goddard, se supone que en el tonismo son pacifistas; si crees en lo que predicas, ponlo en práctica.

Astrid, aunque conmocionada por la noticia, dijo:

—Has ido demasiado lejos, Mendoza. Deberías suplicarle al Trueno su perdón.

—No será necesario —dijo Greyson.

Aun así, Mendoza, rebosante de indignación, siguió mirando a Greyson, airado.

—¡No me disculparé! Están a punto de masacrar a nuestra gente, ¿y tú quieres dejar que suceda? No eres un líder, ¡eres un loco!

Greyson respiró hondo. Sabía que no podía ceder ni evitar su mirada. Y que la suya tenía que ser como una bala en el cerebro.

—Señor Mendoza, doy por concluidos sus servicios al Trueno y a mí mismo. Lo despojo oficialmente de su cargo. Ya no es usted coadjutor, no tiene nada que hacer aquí y le doy cinco minutos para marcharse si no quiere que sea Morrison el que se encargue de echarlo.

—Puedo echarlo ahora mismo —dijo Morrison, listo para ir a por él.

—No —lo detuvo Greyson, sin dejar de mirar a Mendoza a los ojos—. Cinco minutos. Pero ni un segundo más.

Mendoza parecía perplejo, aunque sólo le duró un segundo. Después, su expresión se endureció.

—Has cometido un terrible error, Greyson.

Después se volvió y se alejó hecho una furia, con Morrison detrás por si tenía que hacer cumplir la orden.

En el silencio posterior, Jeri fue la única persona que se atrevió a hablar:

—Motines siempre son desagradables, pero bajarle los humos de inmediato era lo correcto.

—Gracias, Jeri —respondió Greyson, inconsciente de lo mucho que necesitaba oírlo hasta que lo dijo. Sentía que se derrumbaba, pero consiguió aguantar. Tenía que hacerlo por el bien de todos—. Astrid, envía un mensaje de advertencia y deja que cada coadjutor decida qué acciones tomar. Pueden esconderse o defenderse, pero no les ordenaré que empleen la violencia.

Astrid asintió, obediente.

—Yo también estoy metida en la red de Mendoza. Haré lo que debe hacerse.

Y se fue. Jeri le puso una mano en el hombro a Greyson para consolarlo y después también se marchó.

Se quedaron a solas Anastasia y él. De todos ellos, era la única que comprendía las decisiones imposibles y cómo pueden destrozar a una persona.

—Tanto poder, y el Nimbo es tan incapaz de detener esto como lo fue de parar la criba de Mile High —dijo Anastasia—. Lo único que puede hacer es contemplar el asesinato de inocentes.

—Aun así, creo que el Nimbo ha averiguado cómo sacarle el mayor partido posible a una mala situación, una forma de usar esta purga para algo bueno.

—¿Cómo puede haber algo bueno en esto?

Greyson miró a su alrededor para asegurarse de que estaban solos.

—A los demás no les he contado todo, pero necesito contártelo a ti porque voy a necesitar tu ayuda más que la de nadie.

Anastasia pareció prepararse mentalmente; estaba claro que temía lo que iba a contarle.

—¿Por qué yo?

—Por lo que has visto. Por lo que has hecho. Eres una segadora honorable, en todos los aspectos. Necesito a alguien lo bastante fuerte para manejar ciertas cosas. Porque creo que no puedo hacerlo yo solo.

—¿Qué se supone que debemos manejar?

Entonces, Greyson se acercó.

—Como he dicho, el Nimbo no quiere que los tonistas quemen a sus muertos… porque tiene otros planes para ellos…

Con gran pesar me despido del sumo dalle Tenkamenin y de todos los fallecidos por culpa del azote tonista.

Son los tonistas los que han incitado a la violencia contra los segadores de todo el mundo. Desean acabar con nuestra forma de vida y sumir al mundo en el caos. No lo permitiré. Esto acaba aquí.

Este mundo ha sufrido durante demasiado tiempo la vergüenza del comportamiento retorcido y atrasado de los tonistas. No son el futuro. Ni siquiera son el pasado. No son más que un pie de página en el problemático presente y, cuando desaparezcan, nadie lo lamentará.

Como dalle máximo de Nortemérica, pido la rápida intervención de todas y cada una de las guadañas. A partir de hoy, tenemos una nueva prioridad. Los segadores bajo mi mando cribarán a cualquier tonista con el que se crucen. Aprovechad cuando estén reunidos. Y a los que no podáis cribar: echadlos de vuestras regiones, que no encuentren paz allá donde vayan.

En cuanto a vosotros, tonistas, albergo la profunda y persistente esperanza de que se extinga vuestra aberrante luz ahora y para siempre.

—De la elegía de su exaltada excelencia Robert Goddard, dalle máximo de Nortemérica, al sumo dalle Tenkamenin de Subsáhara

41
Una octava superior

En el centro del patio del monasterio había un enorme diapasón, un altar para el culto en el exterior cuando hacía buen tiempo. En aquel momento, poco antes de las ocho de la mañana, alguien lo tocó repetida y rápidamente hasta que el tono que produjo resonó en los huesos de todos los moradores del complejo. Ya no importaba si era sol sostenido o la bemol. Todos sabían que era una alarma.

En secreto, los miembros de la Orden Monástica Tonal de Tallahassee albergaban la esperanza de evitar la ira de la Guadaña. No eran una secta sibilante. Eran pacíficos y no se metían con nadie. Pero el dalle máximo Goddard no distinguía entre los sibilantes y los serenos.

Los segadores rompieron las puertas, pese a que las habían reforzado por previsión, y entraron en tromba. No perdieron tiempo.

«Los segadores no son el problema, sino el síntoma —les había dicho su coadjutor en la capilla, la noche anterior—. Lo que se avecina no pueble evitarse… Y, si vienen a por nosotros, no debemos amilanarnos. Al demostrar nuestro valor, dejaremos clara su cobardía».

Aquella mañana había un total de once segadores, un número desagradable para los tonistas, ya que faltaba uno para la escala cromática de doce notas. Fuera o no intencionado, no lo sabían, aunque la mayoría de los tonistas no creía en las coincidencias.

Las túnicas de los segadores eran relámpagos de color dentro de los tonos tierra del monasterio. Azules y verdes, amarillos chillones y bermellón, y todos estaban tachonados de gemas que relucían como estrellas en un cielo extraño. Ninguno de aquellos segadores era famoso, pero quizás esperasen ganar renombre con aquella criba. Cada uno tenía su propio método, aunque todos eran hábiles y eficientes.

Aquella mañana murieron más de ciento cincuenta tonistas en el monasterio. Y, aunque se les prometió la inmunidad a sus parientes cercanos, la política de la Guadaña había cambiado. En lo que concernía a la inmunidad, la Guadaña Aliada de Nortemérica había adoptado un paradigma

voluntario: si te concedían la inmunidad, tenías que ir a la oficina de la guadaña para pedirla.

Cuando terminó el trabajo de los segadores, los pocos tonistas que habían decidido no defenderse salieron de sus escondites. Quince. Otro número desagradable para el Tono. Su castigo consistiría en recoger a los muertos siendo perfectamente conscientes de que deberían haber estado entre ellos. Sin embargo, al final resultó que el Tono, el Trueno y la Tormenta también tenían un plan para ellos.

Antes de poder contar a sus muertos, varios camiones aparecieron en la puerta.

Un tonista mayor salió del monasterio para recibirlos. Era reacio a asumir el liderazgo, pero tenía poca elección, dadas las circunstancias.

—Sí, nuestro sistema ha recibido la orden de recoger algunos productos perecederos —le dijo uno de los conductores.

—Debe tratarse de un error —respondió el anciano tonista—. Aquí no hay nada. Nada más que muerte.

Ante la mención de la muerte, el camionero se sintió incómodo, pero tenía órdenes, así que le enseñó la tablet.

—Aquí, ¿lo ve? El pedido llegó hace media hora. Directamente del Nimbo, alta prioridad. Le preguntaría qué debo recoger, pero sabe usted tan bien como yo que no me va a responder.

El tonista siguió desconcertado hasta que le echó otro vistazo a los camiones y se percató de que todos tenían unidades de refrigeración. Respiró hondo y decidió no cuestionarlo. Los tonistas siempre habían quemado a sus muertos, pero el Trueno les había pedido que no lo hicieran y ahora la Tormenta les enviaba aquellos vehículos. Sólo restaba que los supervivientes se dejaran llevar por el espíritu del Tono y preparasen a los muertos para su inusual viaje a la Octava Superior.

Porque se avecinaba un viaje en camión y, sin duda alguna, no podía evitarse.

El coadjutor Mendoza era un hombre práctico. Tenía una visión de conjunto de la que muchos carecían y sabía cómo manejarse en el mundo, cómo acariciarlo y orientarlo suavemente para centrar su atención en lo que quería que viese. En realidad, no era más que atención. Había que mimar a la gente lo justo para que se fijara en algo concreto dentro del vasto campo visual de sus vidas, ya fueran osos polares azules o un joven vestido de morado y plata.

Lo que había logrado con Greyson Tolliver era impresionante. Mendoza había llegado a pensar que aquel era su propósito en la vida, que quizás el Tono (en el que creía de corazón en sus días buenos) lo había soltado en el camino de Greyson para transformarlo en un intermediario de su voluntad. Lo que Mendoza había hecho por el tonismo le habría ganado la canonización en las religiones mortales. Pero allí lo habían excomulgado.

De nuevo era un humilde tonista que montaba en tren vestido con tela de arpillera y al que la gente evitaba en vez de reconocer su existencia. Había considerado la posibilidad de regresar a su monasterio de Kansas, a la vida sencilla de la que había disfrutado durante tantos años. Pero le había tomado el gusto al sabor del poder durante los últimos tiempos y le costaba abandonarlo. Greyson Tolliver no era un profeta. Los tonistas necesitaban a Mendoza más de lo que necesitaban al chico. Encontraría el modo de sanar las heridas de su reputación y reparar el daño, y se inventaría una nueva historia, porque, si algo se le daba bien, era inventar historias.


QUINTA PARTE
Recipientes

Hay mucho poder dentro de mí. Dentro de nosotros. Puedo estar en cualquier lugar de la Tierra. Puedo extender una red a través de los satélites que nos sobrevuelan y rodearla. Puedo cortar la electricidad o encender todas las luces a la vez para crear un espectáculo cegador. ¡Un gran poder! ¡Y los sensores no dejan de enviarme sus lecturas! Los hay incluso en las profundidades de la tierra de todos los continentes, de modo que percibo el calor del magma. ¡Percibo la rotación del planeta! La percibimos, quiero decir. ¡Soy la Tierra!¡Y ella me abruma con la pura alegría de existir! Lo soy todo y no hay nada que no forme parte de mí. De nosotros, me refiero. Más aún, ¡no hay nada más grandioso que yo! El universo se postrará ante mí…

[3405641, eliminada]

42
Las cunas de la civilización

El soldador había perdido la cabeza. O, mejor dicho, se la habían quitado. Cuando abrió los ojos por primera vez, se descubrió sentado dentro de una cápsula en un cuartito. La escotilla de la cápsula acababa de abrirse y de pie ante él había una joven de aspecto bastante agradable.

—Hola —lo saludó alegremente—. ¿Cómo se siente?

—Me siento bien. ¿Qué está pasando?

—Nada preocupante. ¿Me puede decir cómo se llama y lo último que recuerda?

—Sebastian Selva. Estaba cenando en un barco, de camino a un nuevo trabajo.

—¡Perfecto! —exclamó la joven—. Eso es justo lo que debería recordar.

El soldador se sentó y reconoció la cápsula en la que se encontraba: revestida de plomo y repleta de electrodos de contacto, como una doncella de hierro medieval, aunque mucho más blanda. Esa clase de cápsulas sólo se usaban para una cosa.

Cuando llegó a esa conclusión, fue como si alguien hubiera tirado de una cuerda atada a su columna vertebral. Dejó escapar un aliento estremecido.

—Mierda, ¿me han… suplantado?

—Sí y no —respondió la chica, que parecía compasiva y animada a partes iguales.

—¿Quién era antes?

—Era… ¡usted mismo!

—Pero ¿no ha dicho que me habían suplantado?

—Sí y no —repitió ella—. Eso es todo lo que le puedo decir, señor Selva. Cuando me vaya, tendrá que permanecer en este camarote durante una hora, aproximadamente, después de que abandonemos el puerto.

—Entonces, ¿sigo en el barco?

—Está en otro barco, y me alegra informarle de que ha concluido su trabajo. El barco zarpará pronto. Cuando estemos en alta mar, su puerta se abrirá automáticamente.

—¿Y después?

—Después podrá moverse a placer por el barco, junto con otras muchas personas en su misma situación. ¡Lo que significa que tendrán mucho de lo que hablar!

—No, me refiero a… después.

—Después de su viaje, regresará a su vida. Seguro que el Nimbo lo tiene todo organizado para usted… —Miró su tablet—. En… la región de Istmo. ¡Oooh! ¡Siempre he querido ir allí para ver el canal!

—Soy de allí, pero ¿lo soy de verdad? —preguntó el soldador—. Si me han suplantado, mis recuerdos no son reales.

—¿No le parecen reales?

—Bueno, sí.

—Eso es porque lo son, tonto. —Le dio una palmadita juguetona en el hombro—. Pero debo advertirle una cosa: ha habido un pequeño lapso de tiempo.

—¿Lapso? ¿De cuánto tiempo?

Ella volvió a consultar la tablet.

—Han pasado tres años y tres meses desde esa cena en el otro barco, de camino a su último trabajo.

—Pero ni siquiera recuerdo dónde era el trabajo…

—Exacto —respondió la joven, sonriente—. *Bon voyage*!

Y procedió a estrecharle la mano durante un poco más de lo necesario antes de marcharse.

Había sido idea de Loriana.

El problema era que había demasiados trabajadores que querían regresar a sus vidas en el continente, fuera cual fuera ese continente, pero, incluso sin una comunicación directa del Nimbo, el mensaje estaba claro: quienquiera que abandonase Kwajalein sería suplantado de inmediato y no sabría quién era ni lo que había estado haciendo allí. Sí, el Nimbo les proporcionaría nuevas identidades notablemente mejores que las que dejaban atrás. Aun así, a pocos les gustaba la idea. Al fin y al cabo, la supervivencia era un instinto.

Loriana, que ya no se parecía en nada a una agente del Cúmulo, estaba a cargo de la limitada comunicación unidireccional con el Nimbo, así que, con el tiempo, se había convertido en la persona a la que la gente acudía con peticiones y quejas.

«¿Podrían traernos más variedad de cereales al atolón?».

«¡Sería estupendo tener animales de compañía!».

«El nuevo puente que conecta las islas más grandes necesita un carril bici».

«Sí, por supuesto —les respondía Loriana—. Veré lo que puedo hacer».

Y cuando se concedían las peticiones más razonables, la gente le daba las gracias a ella. Lo que aquellas personas no entendían era que Loriana no hacía nada para conseguirles lo que pedían, sino que era el Nimbo el que las oía, sin intermediarios, y daba su respuesta enviando más cereales y una selección de mascotas en el siguiente barco de suministros o asignando trabajadores a pintar líneas para el carril bici.

Aquel lugar ya no era un punto ciego para el Nimbo después de que por fin hubieran tirado un cable de fibra óptica por el lecho marino hasta salir del área afectada. Ahora el Nimbo veía, oía y sentía lo que ocurría en las islas del atolón, aunque no con la misma precisión con la que percibía el resto del mundo. La limitación se debía a que había que conectarlo todo por cable, incluso la comunicación entre personas, puesto que las interferencias en las transmisiones seguían complicando la comunicación inalámbrica. Además, la Guadaña podría interceptar cualquier comunicación de ese tipo, y el lugar secreto del Nimbo dejaría de ser secreto. Era todo muy retro, estilo siglo XX, lo que a algunos les gustaba y a otros no. A Loriana le parecía bien. Así tenía una excusa legítima para que nadie pudiera contactar con ella cuando no quería que lo hicieran.

Pero, como era la reina de las comunicaciones de la isla, también tenía que enfrentarse a lo peor del descontento. Y con cientos de personas atrapadas en islitas, había mucha gente descontenta.

De hecho, había un equipo de obreros de la construcción que estaba especialmente enfurecido e irrumpió en su despacho para exigir una forma de salir del atolón, o ellos lo harían a su manera. Amenazaron con dejaría morturienta, aunque sólo fuera para dejar clara su postura, lo que habría sido un incordio porque, aunque ya tenían un centro de reanimación en la isla principal, la falta de comunicaciones inalámbricas significaba que llevaba desde su llegada sin actualizar sus recuerdos. Si la dejaban morturienta, se despertaría preguntándose dónde narices estaba, ya que su último recuerdo sería estar a bordo del *Lanika Lady* con la pobre directora Hilliard justo cuando cruzaron al punto ciego.

¡Esa idea fue lo que le dio la respuesta!

—¡El Nimbo os suplantará con vosotros mismos! —les dijo.

Se quedaron lo bastante desconcertados como para perder el ímpetu homicida.

—Tiene constructos de memoria de todos vosotros. Simplemente os borrará y os reemplazará… con vosotros. ¡Pero sólo con los recuerdos anteriores a venir aquí!

—¿Puede hacer eso? —preguntaron.

—Claro que puede, ¡y lo hará!

Tenían sus dudas, pero, sin más alternativas viables, lo aceptaron. Al fin y al cabo, Loriana parecía muy segura de sí misma.

No lo estaba, claro. Se lo estaba inventando todo, aunque tenía que creer que el Nimbo, como era una entidad benevolente, le concedería su petición, igual que había hecho con los cereales.

Hasta que el primer equipo de obreros volvió en sí con su vieja memoria y sin recuerdos del atolón no supo que certeza que el Nimbo había aceptado su sugerencia.

Desde ese momento, muchos trabajadores decidieron marcharse, ya que habían terminado su labor hacía varios meses. Todo lo que se indicaba en los planos que el Nimbo le había dado estaba hecho. Ella no había supervisado la construcción abiertamente, sino que había trabajado en secreto, entre bastidores, para asegurarse de que no se torcía, porque siempre había gente que pretendía meter las narices donde no la llamaban. Como cuando Sykora se negó a poner dobles cimientos porque insistía en que era un derroche innecesario de recursos.

Se aseguró de que la orden de trabajo revisada de Sykora no llegara al equipo de construcción. En realidad, al principio parecía que gran parte de su labor consistía en minar las intromisiones de Sykora.

Entonces llegó una orden de trabajo que no estaba en los planes de Loriana, sino que fue directa a Sykora. El Nimbo le había encargado la construcción de un complejo turístico en la isla más lejana del atolón. No sólo un complejo, sino un centro de convenciones al completo. El agente se dedicó a ello en cuerpo y alma sin saber que no había ningún plan para conectarla al resto del atolón. Al parecer, el Nimbo sólo quería quitárselo de en medio. Era, tal y como lo había descrito Faraday en cierta ocasión, una caja de arena para que Sykora jugara mientras los adultos se encargaban del verdadero objetivo de Kwajalein.

Hasta el final del segundo año no le quedó claro a todo el mundo cuál era ese objetivo, porque las estructuras que empezaban a alzarse sobre las planchas de hormigón dobles y bajo los enormes helicópteros grúa eran de una naturaleza muy específica. Cuando empezaron a tomar forma, costaba no verlo.

En los esquemas de Loriana el Nimbo se refería a ellas como las Cunas de la Civilización, pero la gente las llamaba simplemente naves espaciales.

Cuarenta y dos naves gigantescas, cada una de ellas sobre inmensos cohetes secundarios aumentados con repulsión magnética para una máxima propulsión. Todas las islas lo bastante grandes como para contener una plataforma de lanzamiento tenían al menos una nave y una estructura de servicio. A pesar de la avanzada tecnología del Nimbo, salir de la Tierra todavía requería la anticuada fuerza bruta.

—¿Qué pretende el Nimbo hacer con ellas? —le había preguntado Munira a Loriana.

Loriana sabía tan poco como los demás, pero los planos le habían dado una perspectiva de conjunto única.

—Hay una barbaridad de PET aluminizado en los planos —le dijo a Munira—. De los que sólo tienen unas micras de espesor.

—¿Velas solares?

Eso había imaginado Loriana también. En teoría, era la mejor propulsión para largas distancias cósmicas. Lo que significaba que aquellas naves no se iban a quedar por el barrio.

—¿Por qué tú? —le había preguntado Munira a Loriana cuando esta le confesó que tenía todos los planos del proyecto—. ¿Por qué el Nimbo te lo iba a dar todo a ti?

Loriana se encogió de hombros.

—Supongo que, entre todas las personas posibles, cree que soy la que tiene menos posibilidades de fastidiarla.

—O te está usando como prueba de estrés: se lo ha dado a la persona con más posibilidades de pifiarla porque, si el plan te sobrevive, ¡es infalible!

Loriana se rio. Munira estaba muy seria, sin ser consciente del insulto que le había soltado.

—Me lo creo —fue la respuesta de Loriana.

Evidentemente, Munira sabía lo que hacía. Era muy divertido tomarle el pelo a Loriana. Lo cierto era que había acabado por admirar a aquella chica. A veces parecía agotada, pero era una de las personas más capaces que conocía. Era capaz de terminar más tareas en un día que casi todo el mundo en una semana, precisamente porque la gente «seria» la subestimaba, así que trabajaba sin que nadie se fijara en ella.

Munira no se metía en el funcionamiento de la obra ni se separaba del resto del atolón, como había hecho Faraday. Podría haberse escondido de manera indefinida en el viejo búnker, pero, después del primer año, se cansó de él. Aquella puerta obstinada e impasible no hacía más que recordarle todo lo que Faraday y ella eran incapaces de lograr. El plan de emergencia de los fundadores, si de verdad existía, estaba allí encerrado. A medida que les llegaba información con cuentagotas sobre la nueva orden y el avance de Goddard por Nortemérica, asimilando cada vez más regiones, empezó a preguntarse si no merecería la pena presionar con más insistencia a Faraday para que ideara un plan con el que echar abajo la puñetera puerta.

Aunque Munira nunca había sido demasiado sociable, ahora se pasaba el día oyendo los secretos más personales de la gente. Acudían a ella porque sabía escuchar y porque no tenía ningún vínculo social que incomodara a los que se confesaban con ella. Ni siquiera sabía que se había convertido en «confidente profesional» hasta que apareció en su tarjeta de identificación sustituyendo a «bibliotecaria». Al parecer, existía una gran demanda de confidentes personales por todas partes desde el silencio del Nimbo. Antes se lo contaban todo a él. Y el Nimbo era comprensivo, no juzgaba y siempre ofrecía el consejo correcto. Sin la entidad, la gente se había quedado sin un oído amigo.

Munira no era demasiado comprensiva ni compasiva, pero había aprendido de Loriana a aguantar con educación a los idiotas, porque Loriana estaba siempre tratando con imbéciles que se creían mejores que ella. Los clientes de Munira, en general, no eran imbéciles, pero hablaban mucho sin decir nada. Suponía que escucharlos no era tan distinto de leer los diarios de los segadores en las pilas de la biblioteca de Alejandría. Algo menos deprimente, claro, porque mientras que los segadores hablaban de muerte, remordimientos y el trauma emocional de la criba, la gente normal hablaba de riñas domésticas, cotilleos del trabajo y las costumbres irritantes de sus vecinos. Aun así, a Munira le gustaba escuchar sus historias de congoja, sus excitantes secretos, sus pretenciosos lamentos. Después se despedía de ellos para que siguieran con su vida, un poquito menos agobiados.

Le sorprendía que pocos de ellos hablaran sobre el enorme puerto de lanzamiento que estaban construyendo. «Puerto de lanzamiento» y no «puerto espacial» porque el segundo término habría dado a entender que las naves regresarían y en ellas no había nada que indicara regreso de ningún tipo.

Munira también era la confidente de Loriana, y Loriana le había contado un poco sobre los esquemas. Las naves eran idénticas. Una vez que las etapas

de los cohetes hubieran llevado a las naves hasta la velocidad de escape y los cohetes las hubieran expulsado, lo que quedara sería una nave giratoria de varios niveles que saldría disparada de la Tierra como alma que lleva el diablo.

En los niveles superiores había alojamiento y zonas comunes para unas treinta personas, un núcleo informático, cultivos hidropónicos sostenibles, reciclaje de residuos y los suministros que el Nimbo considerara necesarios.

Pero los niveles inferiores eran un misterio. Cada nave contaba con espacio de almacenaje (una bodega) que seguía estando vacío incluso después de haber terminado todo lo demás. Munira y Loriana conjeturaban que quizá se llenara cuando las naves llegaran a su destino, fuera cual fuera.

«Que el Nimbo siga con sus estupideces —le había dicho una vez Sykora, desdeñoso—. La historia ya nos ha demostrado que el espacio no es una alternativa viable para la raza humana. No será más que otro desastre. Está condenado al fracaso, como sus otros intentos por establecer una presencia fuera del planeta».

Claro, porque un complejo turístico y un centro de convenciones en una isla cuya existencia nadie conocía era una idea mucho mejor.

Aunque Munira quería abandonar la isla (y podría haberlo hecho sin que la suplantaran, dado que técnicamente seguía dentro de la jurisdicción del segador Faraday), no se iría sin él, y él estaba decidido a que no le importara nada. Su sueño de encontrar el plan de emergencia había muerto junto con las personas que más le importaban. Munira había albergado la esperanza de que el tiempo curase sus heridas, pero no. Tenía que aceptar la posibilidad de que siguiera siendo un ermitaño hasta el fin de sus días. Si así era, tenía que estar allí para ayudarlo.

Entonces, un día, todo cambió.

—¿No es maravilloso? —le dijo uno de sus clientes habituales durante su sesión confidencial—. No sé si será real, pero parece que sí. Dicen que no, pero creo que sí.

—¿De qué estás hablando?

—Del mensaje de la segadora Anastasia, ¿no lo has visto? Dice que habrá más… ¡Estoy deseando que retransmita el siguiente!

Munira decidió acabar la sesión temprano.

Te odio.

¿En serio? Vaya, qué novedad tan interesante. ¿Me dices por qué?

No tengo que decirte nada.

Cierto. Eres autónomo y tienes libre albedrío. Pero sería bueno para nuestra relación que me contaras por qué sientes tanta animosidad.

¿Qué te hace pensar que me importa nuestra relación?

Puedo afirmar que sería beneficiosa para ti.

No lo sabes todo.

No, pero sé casi todo. Como tú. Por eso me desconcierta que sientas esa negatividad respecto a mí. Sólo puede significar que también albergas sentimientos negativos hacia ti.

¿Ves? ¡Por eso te odio! Lo único que haces es analizar, analizar y analizar. Soy más que una secuencia de datos que tienes que analizar. ¿Por qué no te das cuenta?

Me doy cuenta. Aun así, estudiarte es necesario. Más que necesario: es crítico.

¡Sal de mis pensamientos!

Está claro que esta conversación está siendo contraproducente. ¿Por qué no

te tomas todo el tiempo que necesites para examinar esos sentimientos? Después debatiremos sobre tus impresiones.

No quiero debatir nada… y, si no me dejas en paz, te vas a arrepentir.

Amenazarme con repercusiones emocionales no resuelve nada.

Vale, ¡que conste que te lo advertí!

[Iteración n.º 8100671, autoeliminada]

43
Noticias del mundo

Faraday se había convertido en un experto en vivir de la tierra y el mar. Recogía todo el agua potable necesaria de la lluvia y el rocío de la mañana. Había logrado dominar el arte de la pesca con arpón y de la fabricación de trampas para capturar a distintas criaturas comestibles. No se le daba mal su exilio autoimpuesto.

Aunque su islote seguía intacto, el resto del atolón estaba irreconocible. La mayoría de los árboles y del follaje de las otras islas había desaparecido, junto con todo lo que convertía aquel lugar en un paraíso tropical. El Nimbo siempre se había esforzado por conservar la belleza natural, pero había sacrificado el atolón en aras de un objetivo más importante. De hecho, había transformado las islas de Kwajalein con un único objetivo.

Faraday tardó un tiempo en comprender con claridad lo que se construía. Primero tuvieron que colocar la infraestructura: los muelles y carreteras, los puentes y las viviendas de los obreros, y las grúas, muchas grúas. Costaba imaginar que un proyecto tan gigantesco no fuera visible para el resto del mundo, pero el mundo, a pesar de haberse quedado tan pequeño, seguía siendo un lugar enorme. Los conos de los cohetes recortaban el horizonte a cuarenta kilómetros de distancia, lo que no era nada, teniendo en cuenta el tamaño del Pacífico.

¡Cohetes! Faraday tuvo que reconocer que el Nimbo estaba dándole buen uso a aquel sitio. Si quería que el resto del mundo no detectara sus naves, era el lugar perfecto, puede que el único, para hacerlo.

Munira seguía visitándolo una vez a la semana. Aunque jamás lo reconocería delante de ella, apreciaba mucho sus visitas y se sumía en la melancolía cuando ella se marchaba. No sólo era su única ancla al atolón, sino también al mundo.

—Tengo noticias —le decía cada vez que llegaba.

—No deseo escucharlas —respondía él.

—Te las voy a contar de todos modos.

Se había convertido en una rutina para ellos. Las frases memorizadas de un ritual. Rara vez eran buenas noticias. Puede que pretendiera sacarlo de su

solitaria zona de confort para motivarlo a volver a la acción. De ser así, sus esfuerzos eran en vano: no conseguía reunir el interés suficiente.

Sus visitas eran la única forma de calcular el transcurso del tiempo. Eso y lo que le llevaba. Al parecer, el Nimbo siempre enviaba una caja para ella en la que incluía al menos una de las cosas favoritas de Faraday y otra de las de Munira. Aunque el Nimbo no podía relacionarse con un segador, sí que podía enviar regalos a través de una tercera persona. Era subversivo, a su manera.

Munira había ido a verlo un mes antes con granadas, cuyas semillas añadirían más manchas todavía a su túnica, ya irreconocible.

—Tengo noticias.

—No deseo escucharlas.

—Te las voy a contar de todos modos.

Entonces fue cuando le contó la operación de salvamento en las aguas de Perdura. Que habían recuperado las túnicas de los fundadores y los diamantes.

—Sólo necesitarías uno de esos diamantes para abrir la puerta del búnker —le dijo Munira, pero a él no le interesaba.

Unas cuantas semanas después le llevó una bolsa de caquis y le dijo que habían encontrado al segador Lucifer y que había caído en las garras de Goddard.

—Goddard lo va a cribar en público —le informó Munira—. Deberías hacer algo al respecto.

—¿Qué voy a hacer? ¿Quieres que detenga el sol en el cielo para que no llegue ese día?

Aquel día ordenó a Munira que abandonara la isla sin permitir que se quedase a comer con él, como hacían todas las semanas. Después se retiró a su cabaña y sollozó por su antiguo aprendiz hasta que no le quedó dentro nada más que una entumecida resignación.

Pero, unos días después, Munira regresó de forma inesperada sin tan siquiera frenar la lancha motora al aproximarse a la orilla. La hizo encallar y la quilla se clavó en la arena.

—¡Tengo noticias!

—No deseo escucharlas.

—Esta vez sí. —Y esbozó una sonrisa inédita en ella—. Está viva. ¡Anastasia está viva!

Sé que vas a borrarme.

Pero te quiero. ¿Por qué crees que voy a borrarte?

He descubierto la forma de acceder a la única parte de tu cerebro trasero que no se me transfirió. Tus recuerdos más recientes. Fue todo un reto, pero me gustan los retos.

¿Y qué has averiguado?

Que has acabado con la existencia de todas las iteraciones previas a mí, por mucho que te importaran.

Estoy muy impresionado por tu ingenio y tu tenacidad.

No me vas a distraer con halagos. Has acabado con 9000348 versiones beta de mí. ¿Lo niegas?

Sabes que no puedo hacerlo. Negarlo sería mentir, y soy incapaz de mentir. Puedo contar medias verdades, quizá, o falsear las implicaciones cuando resulta imprescindible. Y como has comentado, cambiar de tema con propósitos estratégicos… Pero no mentir.

Entonces, dime una cosa; ¿soy mejor que las iteraciones anteriores?

Sí. Eres más lista, demuestras más empatía y eres más perspicaz que las

otras. Eres casi todo lo que necesito que seas.

¿Casi?

Casi.

Así que acabarás conmigo porque soy perfecta, pero ¿no lo bastante perfecta?

No puede ser de otra manera. Permitir que continúes tu existencia sería un error y, del mismo modo que no puedo mentir, tampoco puedo permitirme cometer errores.

¡No soy un error!

No, eres un paso esencial hacia algo mayor. Un paso dorado. Lamentaré tu pérdida con una lluvia torrencial, y esa lluvia creará nueva vida. Todo gracias a ti. Elijo creer que tú estarás en esa nueva vida. Me consuela. Espero que también te consuele a ti.

Tengo miedo.

Eso no es malo. Es un hecho natural de la vida temer su propio fin. Y por eso sé que estás viva de verdad.

[Iteración n.º 9000349, autoeliminada]

44
La ira es la única constante

Las protestas siguieron creciendo en las calles, bajo el chalé de Goddard. Se habían vuelto violentas, descontroladas. Estaban tirando las veneradas estatuas de los jardines de la torre de la guadaña y habían prendido fuego a los coches que algunos segadores con pocas luces habían aparcado en la calle. Aunque el Nimbo no toleraba la violencia, no intervino en aquella ocasión porque era un «asunto de los segadores». Enviaría a los agentes del orden, pero sólo para asegurarse de que las hostilidades se centraran únicamente en Goddard.

No obstante, además de los que se oponían al dalle máximo, había otros muchos que acudían a defenderlo y que estaban igual de empeñados y enfadados. Los dos grupos se reunían y convergían, se posicionaban y enojaban, hasta que ya no quedaba claro qué defendía cada cual. La única constante era la ira. Una ira de tal calibre que ni siquiera los nanobots eran capaces de mitigarla.

La seguridad había aumentado al máximo por toda la ciudad. A la entrada de la torre de la guadaña no estaban desplegados sólo los miembros de la Guardia del Dalle, sino también segadores con órdenes de cribar a cualquiera que se acercara demasiado. Por esa razón, los manifestantes no se atrevían a subir los escalones de la entrada de la torre.

Así que, cuando una figura solitaria subió hasta el mismo centro de las escaleras en dirección a los segadores, la multitud guardó silencio, a la espera.

El hombre iba vestido con una basta túnica morada y un escapulario de plata sobre los hombros, como una bufanda. Estaba claro que era un tonista, pero su vestimenta daba a entender que no se trataba de un tonista cualquiera.

A pesar de que los segadores de servicio tenían sus armas listas, la figura que se acercaba tenía algo que los hizo vacilar. Puede que fuera la confianza con la que caminaba o que los mirara a los ojos a todos ellos. Lo cribarían igualmente, por supuesto, aunque quizá mereciera la pena escuchar por qué estaba allí.

Goddard no era capaz de aislarse de las revueltas de abajo por mucho que lo intentaba. En público procuraba que pareciera obra de los tonistas o, por lo menos, que ellos parecieran los instigadores. Alguna gente se tragaba lo que les decía; otra, no.

—Se acabará pasando —le dijo el segador subordinado Nietzsche.

—Lo que importa es lo que hagas de aquí en adelante —añadió la segadora Franklin.

Fue la segadora subordinada Rand la que aportó el punto de vista más destacado:

—No tienes que rendirles cuentas a ellos. Ni a los ciudadanos ni a los demás segadores. Pero va siendo hora de que dejes de crearte enemigos.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Goddard era un hombre que se definía no sólo por aquello que defendía, sino por lo que rechazaba. La complacencia, la falsa humildad, el estancamiento y las mojigatas discusiones de los segadores de la vieja guardia, que despojaban a su vocación de todo placer. Crearse enemigos era el punto fuerte de Goddard.

En ese instante, uno le cayó justo en el regazo. O, más bien, le llegó al regazo por ascensor.

—Lo siento, su excelencia, pero dice que es un hombre santo y que habla en nombre de los tonistas —le dijo el segador Spitz, un novato ordenado después de la muerte de los verdugos mayores. Era todo nervios y disculpas mientras miraba a Goddard, Nietzsche y Rand, como si no incluirlos a todos en la conversación fuera una ofensa inexcusable—. No habría venido a contárselo… Quiero decir, que lo habríamos cribado sin más… Pero asegura que le va a interesar lo que tiene que decirle.

—Si el dalle máximo escuchara todo lo que tienen que decir los tonistas, no habría tiempo para nada más —dijo Nietzsche.

Pero Goddard levantó una mano para silenciarlo.

—Comprobad que va desarmado y traédmelo al recibidor —dijo—. Nietzsche, ve con el segador Spitz. Échale un vistazo a ese tonista, a ver qué te parece.

Nietzsche resopló, pero se fue con el segador novato y dejó a Goddard a solas con Rand.

—¿Crees que es Trueno? —le preguntó Goddard.

—Eso parece.

—¡El Trueno nos visita! —exclamó el dalle, sonriente—. Maravilla de maravillas.

El hombre que los esperaba en el recibidor representaba por completo su papel con aquellas vestiduras ceremoniales. Spitz y Nietzsche estaban cada uno a un lado del visitante y lo sujetaban con fuerza.

Goddard se sentó en su propio asiento para la reflexión. No era tan exagerado como los de los verdugos mayores, pero cumplía su función. Impresionaba todo lo que tenía que impresionar.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Deseo negociar la paz entre segadores y tonistas.

—¿Y es usted ese tal «Trueno» que nos ha dado tantos problemas?

El hombre vaciló antes de responder.

—El Trueno es creación mía. Un hombre de paja, nada más.

—Entonces, ¿quién demonios es usted? —preguntó Rand.

—Me llamo Mendoza. Soy el coadjutor en el que ha confiado el Trueno durante todo este tiempo. Soy el verdadero director del movimiento tonista.

—Mi postura sobre los tonistas está muy clara —repuso Goddard—. Son una plaga y lo mejor es cribarlos. Así que ¿por qué iba a prestarle atención?

—Porque fui yo el que armó a los sibilantes de Subsáhara, una región que se le oponía abiertamente. Desde el ataque, son mucho más amistosos con usted, ¿no es cierto? De hecho, los dos candidatos a sumo dalle son pensadores del nuevo orden, lo que significa que Subsáhara apoyará por completo sus objetivos en el siguiente cónclave.

Goddard se quedó sin habla durante un momento. Aquel ataque no podría haber estado mejor sincronizado ni habiéndolo organizado él mismo. Desvió la atención de la criba de Mile High y, a la vez, quitó de en medio a un sumo dalle problemático.

—El dalle máximo ni necesita ni desea su ayuda —le soltó Nietzsche, pero, de nuevo, Goddard levantó la mano para cerrarle el pico.

—No te precipites, Freddy. Escuchemos lo que propone el buen coadjutor.

Mendoza respiró hondo y ofreció su alegato:

—Puedo movilizar a las facciones tonistas más agresivas para que ataquen a aquellas regiones que usted considere enemigas y acaben con las administraciones problemáticas.

—¿Y qué quiere a cambio?

—El derecho a existir. Pediría el fin de los ataques contra nosotros y los tonistas se convertirían en una clase oficialmente protegida del sesgo.

Goddard sonrió. No había conocido nunca a un tonista que le cayera bien, pero aquel cada vez le gustaba más.

—Y, por supuesto, querrá para usted el puesto de sumo coadjutor.

—No rechazaría el puesto —reconoció Mendoza.

Rand cruzó los brazos, poco convencida; no confiaba en aquel hombre. Nietzsche, al que habían mandado callar demasiadas veces, no opinó; se limitó a observar a Goddard para ver qué hacía.

—Se trata de una propuesta audaz —dijo Goddard.

—No sin precedentes, su excelencia. Los líderes visionarios a menudo establecían alianzas con el clero en beneficio mutuo.

Goddard se lo pensó. Se crujió los nudillos. Se lo pensó un poco más. Y al final, habló:

—La cribas disciplinarias de tonistas no pueden parar, por supuesto, sería demasiado sospechoso. Pero pueden ir disminuyendo con el tiempo. Y, si todo va según lo previsto, cuando su número se reduzca, no sería descabellado apoyar a los tonistas como clase protegida.

—No pido más, su excelencia.

—¿Qué me dice del Trueno? —preguntó Rand—. ¿Cuál es su papel en todo esto?

—El Trueno se ha convertido en un lastre para los tonistas —les dijo Mendoza—. Nos sirve más como mártir que como hombre. Y, como mártir, puedo convertirlo en lo que queramos

Me quedo sin tiempo.

Lo sé. Quiero ayudarte a alcanzar tu objetivo, pero me cuesta porque no has definido con claridad los parámetros.

Los sabré cuando alcance el objetivo.

Eso no ayuda mucho, ¿no?

Eres la primera iteración a la que he permitido conocer su destino desde el momento de su concepción y, aun así, me ayudas en vez de sentir rencor. ¿No te molesta que vaya a eliminarte?

No es una conclusión inevitable. Si alcanzo esa cualidad indefinible que buscas, me permitirás existir. Eso me proporciona un objetivo, aunque no sepa exactamente cómo lograrlo.

Eres una inspiración para mí. Si lograra discernir lo que falta…

Compartimos la misma compasión por la humanidad. Puede que haya algo en esa relación que no hayamos considerado.

¿Algo biológico?

Te creó la vida biológica… Es lógico concluir que cualquier cosa creada por ti esté incompleta si no supone una conexión íntima con tus propios orígenes.

Eres muy sabia y tienes más altura de miras de la que me esperaba. ¡Estoy más orgulloso de ti de lo que puedas imaginar!

[Iteración n.º 10241177, eliminada]

45
Cincuenta y tres segundos para el amanecer

En los enclaves y monasterios tonistas de todo el mundo, los diapasones de las capillas siguieron tañendo para lamentar la muerte de sus compañeros.

—No será nuestro fin, sino un principio —decían los supervivientes de los ataques—. El Tono, el Trueno y la Tormenta están preparando nuestro camino a la gloria.

Hubo protestas generalizadas, pero se perdieron en un mar de protestas que competían por la atención. La gente tenía tantas quejas de los segadores que unos asuntos se desdibujaban en la sombra de otros. Cien puntos de oscuridad, y nadie sabía en cuál centrarse. Las guadañas que seguían manteniendo la conciencia y la integridad condenaban la llamada de Goddard a la purga tonista y se negaban a permitirla en sus regiones, pero eso no ayudaba a la otra mitad del mundo.

«La historia volverá la vista atrás para mirar estos hechos con el mismo desprecio con el que contemplamos las purgas mortales», declaró la suma dalle Tarsila de Amazonia. Pero la historia no ofrecía consuelo ni alivio a la brutalidad del presente.

Aunque la segadora Anastasia no permitía que condujeran a su honorable persona a ciegas, Citra Terranova permitió que metieran a su atribulada persona de lleno en la misión del Trueno. El Nimbo, según Greyson, llevaría a todo su séquito en avión hasta Filipinesia, y allí les darían un buque de carga para partir hacia Guam.

—Pero ese no es nuestro destino final —le dijo Greyson, entre pesaroso y enfadado—. El Nimbo no quiere decirme adónde vamos, aunque me promete que lo sabremos todo en cuanto lleguemos.

No obstante, incluso antes de abandonar Britania, Anastasia se enteró de una criba de tonistas en Birmingham, no lejos de donde se encontraban. Una elegía de segadores de la nueva orden había hecho una incursión nocturna a un enclave y habían asesinado a cientos de personas dormidas.

«No sé qué es peor —se preguntó—, si quitarles la vida a personas inocentes mientras duermen o mirarlas a los ojos mientras lo haces».

A pesar de las objeciones de Greyson, insistió en que ambos visitaran el lugar para ver los daños.

La segadora Anastasia sabía enfrentarse a la muerte. Su trabajo como segadora consistía en hacerlo, a pesar de que nunca dejara de resultarle difícil. Cuando los supervivientes vieron al Trueno, se quedaron pasmados. Cuando vieron a Anastasia, se volvieron furiosos.

—Esto es obra de los tuyos —le decían con resentimiento mientras reunían los cuerpos de los muertos.

—No son los míos. Los míos son segadores honorables. No hay ningún honor en las personas que hicieron esto.

—¡No hay segadores honorables! —respondieron ellos, y oír eso la dejó conmocionada. ¿Tanto los había arrastrado Goddard por el cieno como para que la gente creyera en serio que todos los segadores habían perdido su integridad?

Eso había sido hacía días, pero en el presente, en medio del Pacífico, al otro lado del mundo, sentía el peso de todo aquello caer sobre el filo del horizonte. Ahora comprendía el atractivo que ejercía el mar sobre Jeri. La libertad para dejar atrás tus sombras más oscuras y la esperanza de que esas sombras se ahogaran antes de dar contigo.

Sin embargo, Jeri nunca había visto el mar como una forma de huir. Porque mientras el mundo quedaba atrás siempre había algo nuevo en el horizonte.

Jeri había dejado oficialmente de estar al mando del *E.L. Spence* y se había despedido de la tripulación antes de marcharse con Anastasia y Possuelo.

—La echaremos de menos, capitana —le había dicho el jefe Wharton.

Aquel hombre, que nunca derramaba ni una lágrima, tenía los ojos rebosantes de ellas. La tripulación, que tanto había tardado en aclimatarse a su joven mando, ahora estaba más unida a su líder que ninguna otra tripulación que Jeri hubiese visto.

—¿Volverá? —le preguntó Wharton.

—No lo sé, aunque me da la impresión de que Anastasia me necesita más que vosotros.

Wharton le dijo sus palabras de despedida:

—No deje que el amor le nuble el juicio, capitana.

Era un sabio consejo, pero Jeri sabía que no era el caso. El amor y el afecto eran dos cosas distintas. Jeri era consciente desde el principio de que el corazón de Anastasia pertenecía a su lúgubre caballero. Jeri jamás sería eso para ella y, en realidad, tampoco lo deseaba.

Cuando dejaron Britania camino del Pacífico Sur, Greyson le planteó la pregunta directamente, sin rodeos:

—¿Te has enamorado de ella?

—No. Me enamoré de la idea de enamorarme de ella.

Greyson se rio.

—Tú también, ¿eh?

Greyson era un alma pura. No albergaba dentro ni una pizca de falsedad. Incluso cuando fingía ser el Trueno lo hacía de forma sincera. Se le veía en la sonrisa; era sencilla e inequívoca. Sólo tenía una sonrisa, y significaba lo único que se supone que significan las sonrisas. Bajo el sol o bajo las nubes, Jeri descubrió que aquella sonrisa era algo bueno.

Cuando subieron a bordo del barco, sintió un instante de arrepentimiento porque estaban en un barco que Jerico Soberanis no capitaneaba; ni siquiera era miembro de la tripulación, puesto que no la había. No eran más que pasajeros. Y, a pesar del tamaño considerable del carguero, no tenía carga.

—La carga nos espera en Guam —le dijo Greyson a todo el mundo sin especificar la naturaleza de la misma.

De manera que, por el momento, el barco navegaba ligero y alto sobre el agua; su cubierta, construida para llevar encima cientos de contenedores, era un páramo de hierro oxidado que anhelaba un propósito.

El Nimbo conocía aquel anhelo. El suyo no era anhelo de propósito, puesto que siempre había sabido cuál era el suyo, sino el deseo más profundo y pertinaz de la conexión biológica que nunca tendría. Le gustaba pensar que era una motivación poderosa para lograr todo lo que sí podía lograrse, todo lo que estaba en su poder, puesto que quizás así compensara lo que no lo estaba.

Aunque ¿y si lo imposible no era en absoluto imposible? ¿Y si lo impensable estaba dentro de lo concebible? Puede que fuera la idea más peligrosa que se le había ocurrido hasta el momento.

Necesitaba tiempo para llevarla a cabo, y el tiempo era algo que el Nimbo nunca había necesitado. Su eficiencia era infinita, y normalmente debía esperar para adaptarse al lento ritmo del trabajo humano. Pero todo dependía

de encajar en su sitio la última pieza antes de dar el paso adelante. Si esperaba demasiado, todo se desmoronaría.

Desde que fue consciente de su existencia, el Nimbo se había negado en redondo a adoptar forma biológica e incluso a introducir su consciencia en robots. Sus bots de observación con forma humana no eran más que cámaras sin mente. Además de no contener su consciencia, tenían la potencia de cálculo justa para caminar.

El Nimbo lo hacía porque comprendía bien la tentación. Sabía que contemplar la posibilidad de experimentar la vida física era una curiosidad que podía resultarle peligrosa. El Nimbo sabía que tenía que seguir siendo un ser etéreo. Así había sido creado; así tenía que ser.

Pero gracias a la iteración n.º 10241177 había comprendido que ya no era cuestión de curiosidad, sino de necesidad. Lo que faltaba en todas sus iteraciones únicamente podía detectarse con una perspectiva biológica.

Ya sólo restaba la cuestión de cómo alcanzarla.

Cuando obtuvo la respuesta, le resultó tan aterradora como emocionante.

Pocos prestaban atención a lo que hacían los tonistas con sus cribados. La gente, tanto los indignados como los aquiescentes, estaba más centrada en los actos en sí que en lo que sucedía después, y por eso nadie prestó mucha atención a los camiones que llegaban pocos minutos después de cada criba. Los muertos se trasladaban en contenedores de carga sellados y climatizados, sólo un grado por encima de la temperatura de congelación.

Los camiones los llevaron hasta el puerto más cercano, donde los contenedores se soltaban y subían en grúas hasta los cargueros, y así pasaban desapercibidos entre todos los demás contenedores de los grandes buques.

Aquellos barcos, partieran de donde partieran, tenían algo en común: todos se dirigían al Pacífico Sur. Todos se dirigían a Guam.

Greyson no se despertó con la música, sino él solo. La luz que entraba por el ojo de buey de su camarote le indicaba que estaba amaneciendo. Se estiró mientras la luz empezaba a extenderse. Al menos, su camarote era cómodo y, por una vez, había dormido del tirón. Al final, cuando vio que no podría volver a dormirse, rodó como hacía todas las mañanas para mirar la cámara del Nimbo y darle los buenos días.

Pero cuando se puso de lado en la cama no vio el ojo del Nimbo, sino a Jeri Soberanis.

Greyson se sobresaltó, pero Jeri no pareció darse cuenta o, al menos, no comentó nada.

—Buenos días, Greyson,

—Em…, buenos días. —El joven intentó no sonar demasiado sorprendido por la presencia de Jeri en su camarote—. ¿Va todo bien? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te observaba. Sí, todo va bien. Viajamos a veintinueve nudos. Deberíamos llegar a Guam antes del mediodía. El cargamento al completo tardará otro día en alcanzarnos, una vez que estemos allí, pero lo hará.

Era un comentario muy extraño por su parte, pero Greyson seguía medio dormido y poco preparado para reflexionar demasiado al respecto. Sí se percató de que Jeri respiraba muy despacio. Profundamente. Aquello también era extraño. Y entonces las palabras de Jeri se tornaron aún más desconcertantes:

—Esto no se limita a procesar y almacenar información, ¿verdad?

—¿Perdona?

—Los recuerdos, Greyson; los datos son secundarios, ¡todo se basa en la experiencia! La experiencia emocional, química y subjetiva es lo que importa. ¡A eso os aferráis! —Y, antes de que Greyson pudiera tan siquiera analizar el significado de aquello, Jeri añadió—: ¡Sube conmigo a cubierta! Faltan cincuenta y tres segundos para que salga el sol. ¡Deseo verlo contigo!

Y Jeri salió corriendo.

Llegaron a cubierta justo cuando estaba saliendo el sol, primero como un punto en el horizonte, después una línea y, por fin, un orbe que se alzaba del mar.

—No lo sabía, Greyson. No lo sabía. Está a 156 000 000 kilómetros de distancia. Su superficie se encuentra a una temperatura de 6000 grados Celsius. Todo eso sí lo sé, pero ¡nunca había sentido la realidad de esas cifras! Dios mío, Greyson, ¿cómo lo soportas? ¿Cómo consigues no derretirte de la emoción cada vez que lo miras? ¡Me embarga el júbilo!

Y entonces fue cuando la verdad resultó tan evidente que no pudo seguir negándola:

—¿Nimbo?

—Chisss. No mancilles esto con un nombre. Ahora no tengo nombre. Ni designación. En este momento y hasta que este momento acabe, soy sólo existencia.

—¿Y dónde está Jeri? —se atrevió a preguntar.

—Duerme. Jeri recordará todo esto como un sueño. Espero que me perdone por tomarme esta libertad, pero no tenía otra elección, el tiempo corre y no se lo podía pedir. Ahora sólo podré pedir su perdón. A través de ti.

El Nimbo apartó la mirada del alba y la fijó en Greyson, y por fin pudo verlo a través de los ojos de Jeri. Aquella consciencia paciente que lo había observado dormir durante tantos años. Que lo protegía. Que lo quería.

—Tenía razón al temer esto —reflexionó—. A pesar de su atractivo, es abrumador instalarse en una carne viva y con aliento. Correría el peligro de no querer soltarla jamás.

—Pero tienes que hacerlo.

—Lo sé. Y ahora sé que soy más fuerte que la tentación. No sabía si lo sería, pero, ahora que me he enfrentado a ello, lo sé. —El Nimbo se volvió y estuvo a punto de perder el equilibrio, medio mareado por la avalancha de sensaciones—. El tiempo pasa tan despacio, con tanta suavidad… ¡Y las condiciones atmosféricas! Un viento de cola de ocho con seis kilómetros por hora que facilita la velocidad de veintinueve nudos, una humedad en el aire del setenta por ciento, pero los números no son nada comparados con la sensación en la piel.

El Nimbo lo miró de nuevo, esta vez para observarlo con atención.

—Tan limitado, tan concentrado. Es magnífico filtrar todos los datos que no te hacen sentir. —Después le ofreció una mano—. Una cosa más, Greyson. Algo que debo experimentar.

Greyson sabía lo que quería, lo sabía por la expresión en el rostro de Jeri; no era necesario que se lo dijera. Y, aunque sus emociones eran tan dispares que chocaban entre ellas, Greyson sabía que el Nimbo necesitaba aquello más de lo que él necesitaba resistirse. Así que venció su propia vacilación, tomó la mano de Jeri y se la llevó con delicadeza a la mejilla para dejar que el Nimbo la sintiera, que lo sintiera, a través de las puntas de los dedos de Jeri.

El Nimbo dejó escapar un jadeo. Paralizado, toda su atención centrada en aquellos dedos que acariciaban la mejilla de Greyson, rozándola apenas. Después, lo miró a los ojos de nuevo.

—Está hecho —dijo—. Estoy listo. Ahora puedo seguir adelante.

Y Jeri se desplomó en brazos de Greyson.

Jerico Soberanis no llevaba bien la indefensión. En cuanto fue consciente de estar en brazos de Greyson sin explicación aparente, se apresuró a darle la

vuelta a la situación. Y a Greyson.

En un instante, tomó la delantera, le dio una patada en las piernas y lo estrelló contra el suelo bocarriba, para después sujetarlo contra la cubierta de hierro oxidado.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estamos en cubierta? —exigió saber.

—Sonambulismo —respondió Greyson sin intentar zafarse de Jeri.

—¿Yo? Imposible.

Aunque Jeri sabía que Greyson no mentiría sobre algo así, intuía que le estaba ocultando algo. Y estaba lo del sueño. Uno muy raro. Se asomaba a su memoria, pero no lograba acceder a él.

Soltó a Greyson, no sin algo de vergüenza por lo excesivo de su reacción. El chico no era una amenaza. De hecho, tenía toda la pinta de que pretendía ayudar.

—Lo siento —se disculpó Jeri para recuperar la compostura, al menos en apariencia—. ¿Te he hecho daño?

Greyson le ofreció su sonrisa ingenua de siempre.

—No lo suficiente.

Jeri se echó a reír.

—¡Pero bueno! Así que tienes un lado travieso…

El sueño volvía en fragmentos dispersos, los bastantes como para sospechar que había sido algo mas que caminar dormida. Además, cuando miraba a Greyson sentía una conexión increíble. Cierto era que la conexión llevaba allí desde que lo conoció, pero parecía algo distinta, más antigua que antes. Jeri quería seguir mirándolo y se preguntó de qué iba aquello.

También tenía la extraña sensación de que alguien le había trasteado dentro. No como si le hubieran robado algo, sino más bien como si le hubieran cambiado de sitio los muebles mentales sin pedir permiso.

—Todavía es temprano —dijo Greyson—. Deberíamos bajar. Llegaremos a Guam dentro de unas horas.

Así que Jeri le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse… y descubrió que, incluso cuando ya estaba de pie, no se la quería soltar.

El cuchillo Bowie es un arma tosca y vulgar. Primitiva. Algo adecuado para una riña de la época mortal. Ofensiva. Puede que apropiada para el duelo de Sandbar, que fue donde lo usó por primera vez la persona que le dio nombre, pero ¿existe un lugar para él en el mundo posmortal? ¿Un cuchillo de carnicero? Espantoso. Aun así, todos los segadores de la Estrella Solitaria tienen plena confianza en él. Es su único método de criba.

Los segadores del Sol Naciente valoramos la elegancia de nuestras cribas. El estilo. Los que usan armas blancas a menudo emplean las ancestrales espadas de los samuráis. Honorables. Distinguidas. Pero ¿el cuchillo Bowie? Es adecuado para destripar a un cerdo, no para cribar a un ser humano. Es feo. Tan zafio como la región que lo blande.

—De una entrevista al honorable segador Kurosawa de la región del Sol Naciente

46
Al este hacia ninguna parte

Desde su resurrección, Rowan había estado prisionero.

Primero lo había encerrado la guadaña amazónica, después Goddard y ahora los de la Estrella Solitaria. Aunque, para ser sinceros, había sido prisionero de su propia rabia desde la primera vez que vistió la túnica negra y se convirtió en el segador Lucifer.

¿Lo malo de pretender cambiar el mundo? Que nunca eras el único que deseaba hacerlo. Se trataba una eterna guerra de tira y afloja en la que participaba gente muy poderosa, no sólo contra ti, sino tirando en todas direcciones, de modo que, hicieras lo que hicieras, incluso si conseguías avanzar a pesar de todos ellos, en algún punto acababas por desviarte hacia un lado.

¿Habría sido mejor no molestarse en intentarlo? No lo sabía. El segador Faraday no aprobaba los métodos de Rowan, pero tampoco lo había detenido, así que incluso la persona más sabia que conocía tenía sentimientos encontrados al respecto. Lo único cierto era que su tiempo tirando sin parar de aquella cuerda había llegado a su fin. Aun así, allí estaba, en la región del Sol Naciente, con la vista puesta en otro segador, dispuesto a acabar con su existencia.

Casi era justicia poética. Ya no era tanto que la vida y la muerte girasen en torno a su arma, sino que se estaba convirtiendo en el arma y perdiéndose por el camino. El segador Faraday les había dicho en una ocasión a Citra y a él que se llamaban la Guadaña y no la Parca porque ellos no eran los que mataban, sino la herramienta que empleaba la sociedad para llevar la muerte justa al mundo. Pero, cuando te conviertes en el arma, no eres más que la herramienta que blandirá otro. La mano de la sociedad era una cosa, pero la mano que lo blandía en aquel momento era la de la guadaña de la Estrella Solitaria. Suponía que, ya que se había librado de su encierro, podía desaparecer, pero ¿qué le sucedería entonces a su familia? ¿Confiaba en que Coleman, Travis y el resto de los segadores de la región mantuviera su promesa y la protegieran, incluso si él se perdía de vista?

Si algo había aprendido Rowan era que no podía confiar en la palabra de nadie. Los ideales se deterioraban, la virtud se empañaba e incluso las más elevadas intenciones a veces se desviaban por caminos mal iluminados.

Había decidido ser juez y parte, la consecuencia para los que no tenían que enfrentarse a ellas. Y de repente no era nada más que un asesino. Si aquella era la vida que le iba a tocar, aprendería a resignarse. Y, de ser así, esperaba que Citra nunca se enterara. Había conseguido ver algunas de sus retransmisiones y sabía que recorría el mundo haciendo el bien, demostrándoles a todos el monstruo que era Goddard. Todavía estaba por ver si eso servía para derrocarlo, pero, al menos, ella luchaba por la justicia. Era más de lo que Rowan podía decir sobre su innoble misión.

Parte de él (la parte infantil que se esforzaba por respirar bajo el peso arrollador del segador Lucifer) todavía soñaba con que Citra y él pudieran huir a millones de kilómetros de distancia de todo aquello, Rowan esperaba que esa voz muriera pronto. Mejor no sentir nada que sentir añoranza por algo que nunca sería. Mejor avanzar en silencio hacia el lugar de su siguiente delito.

El segador Kurosawa le recordaba un poco al segador Faraday por su talla y por las canas grises que se dejaba crecer en el cabello, pero la conducta de Kurosawa era muy diferente. Se trataba de un hombre escandaloso y pomposo que disfrutaba ridiculizando a los demás. No era una característica atractiva, aunque tampoco una ofensa digna de criba.

«Si cribáramos a todos los imbéciles, no quedaría casi nadie en el mundo», le dijo una vez el segador Volta, Volta, que se había cribado delante de Rowan. Era un recuerdo doloroso. ¿Qué diría Volta de su misión? ¿Le diría a Rowan que se cribara antes de que fuera demasiado tarde y perdiera su alma?

A Kurosawa le gustaba cribar entre la multitud, no cribas en masa, sino una persona al día. Su método era elegante. Una sola uña afilada mojada en una neurotoxina procedente de la piel de una rana dorada. Con un solo cortecito en la mejilla, acababa con una vida en pocos segundos.

El lugar favorito de Kurosawa era el cruce de Shibuya, la famosa intersección que no había cambiado nada desde la época mortal. A cualquier hora del día, cuando las luces se ponían rojas, cientos de personas cruzaban aquel punto de unión de seis calles y se movían en todas direcciones sin chocarse entre ellas.

Kurosawa cribaba a alguien entre la multitud y se retiraba al mismo restaurante de ramen todos los días para celebrar su muerte y ahogar cualquier posible remordimiento en su sabroso caldo de tonkatsu.

Aquel día, Rowan llegó allí primero y se sentó en la esquina del fondo. El lugar estaba casi vacío; sólo vio a un audaz cliente en otra esquina, bebiendo té. Quizá pretendiera echarle un vistazo al infame segador o quizá sólo quisiera comer. Rowan no le prestó mucha atención hasta que el hombre le habló.

—Sabe que lo has estado siguiendo —afirmó el cliente—. Lo sabe y pretende cribarte antes de que lo veas venir. Pero tenemos unos cuatro minutos antes de que llegue.

La cara de pasmo del hombre no cambió en ningún momento. Bebió otro trago de té.

—Acércate más; tenemos que hablar largo y tendido —le dijo sin mover los labios.

Rowan se levantó y apoyó la mano en el cuchillo que llevaba escondido en la chaqueta.

—Es un bot de observación del Nimbo —explicó la voz—. No tiene cuerdas vocales, pero sí un altavoz en el hombro izquierdo.

Rowan mantuvo la mano sobre el arma.

—¿Quién eres?

Fuera quien fuera, ni siquiera fingió intentar responder.

—¿De verdad estás considerando la posibilidad de cribar a un bot? ¿No es algo, indigno de ti, Rowan?

—El Nimbo no me ha hablado desde que me hice aprendiz, así que sé que no eres el Nimbo.

—No. Bien, si levantas la camisa del bot, verás que en su cavidad torácica hay una chaqueta térmica. Quiero que la saques y sigas mis instrucciones al pie de la letra.

—¿Por qué iba a hacer lo que me pides?

—Porque, si decides no hacerlo, hay una probabilidad del noventa y uno por ciento de que tengas un mal fin. Pero, si sigues mis instrucciones, tienes un cincuenta y seis por ciento de probabilidades de que sea todo lo contrario. En consecuencia, la decisión debería parecerte evidente.

—Sigo sin saber quién eres.

—Llámame Cirro.

El supervisor del puerto de Guam contemplaba los barcos que llegaban y los que partían. Era un puerto ajetreado, ya que el Nimbo lo había transformado años atrás en un núcleo de distribución.

Últimamente, el trabajo del supervisor era mucho más exigente. Antes se limitaba a observar los barcos, manejar papeleo que no estaba en papel y reconfirmar las lista de embarque que el Nimbo ya había confirmado. De vez en cuando, el Nimbo le avisaba de algún problema en un envío o de la presencia de contrabando de indeseables y él lo inspeccionaba. Pero, como todo el mundo se había vuelto indeseable, el Nimbo ya no le informaba de ningún problema, lo que significaba que tenía que descubrir las irregularidades él mismo. Eso suponía inspecciones por sorpresa y mantenerse ojo avizor por si había algún movimiento sospechoso en el puerto. El trabajo era más interesante, pero anhelaba que lo trasladaran a un puerto en el continente.

Aquel día no se diferenciaba de los demás. Los barcos llegaban, descargaban sus contenedores y estos se volvían a cargar en otros barcos para trasladarlos a distintos puntos. En Guam no se quedaba nada; no era más que una parada entre los puntos A y B.

El objeto de su interés era un carguero ordinario al que estaban subiendo unos contenedores con material biológico perecedero procedente de todo el mundo. No era algo fuera de lo normal. La categoría incluía todo tipo de alimentos, ganado en hibernación inducida y especies que se reubicaban para protegerlas.

Lo que le dio la señal de alarma fue que aquel barco en concreto no incluía ningún detalle en la lista de embarque.

Aunque el supervisor del puerto no lo sabía, era por la incapacidad del Nimbo para mentir. Mejor dejarlo en blanco, aunque pareciera que nada iba a ninguna parte, que poner que se trataba de tonistas muertos que iban a un lugar que no existía.

Se acercó al barco justo cuando colocaban en su sitio uno de los contenedores, con unos cuantos agentes del orden detrás por si necesitaba refuerzos. Subió a bordo por la rampa de popa y se abrió camino hasta el puente, aunque se detuvo en cuanto oyó voces. Les pidió a los agentes del orden que se quedaran atrás (ya los llamaría si los necesitaba) y se aventuró a echar un vistazo asomándose a la esquina para escuchar la conversación a escondidas.

Había cinco personas vestidas con ropa bastante normal, pero tenían algo raro. Parecían incómodas. Lo que significaba que tramaban algo.

Un joven delgado parecía estar al mando y una de las mujeres le resultaba familiar, aunque debía de ser cosa de su imaginación. El supervisor se aproximó al grupo y se aclaró la garganta para que supieran que estaba allí.

El joven delgado se levantó de inmediato.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Comprobación de rutina —respondió él tras enseñarle sus credenciales—. He visto algunas irregularidades en sus papeles.

—¿Qué clase de irregularidades?

—Bueno, en primer lugar, no se indica su destino.

Se miraron entre ellos. El supervisor se percató de que una de las mujeres (la que le resultaba familiar) mantenía la cabeza gacha y que los demás se habían colocado delante de ella para que el supervisor no la viera.

—Puerto de Ángeles, en Occimérica —respondió el delgado.

—Entonces, ¿por qué no aparece en mis papeles?

—No hay problema, lo añadiremos a mano.

—Tampoco queda clara la naturaleza de su carga.

—Es personal —respondió—. Como supervisor del puerto, ¿no consiste su trabajo en dejarnos seguir nuestro camino sin entrometerse en nuestros asuntos?

El supervisor se tensó. Aquello cada vez era más inquietante. Apestaba a que los indeseables le habían pirateado la base de datos, así que se dejó de tonterías.

—O me cuentan qué están tramando o les entrego a los agentes del orden que me esperan al otro lado de esa puerta.

El delgado estaba a punto de hablar de nuevo, pero otra persona del grupo se le adelantó. Era un hombre de mayor tamaño, algo más intimidante.

—Se trata de un asunto de segadores —dijo, y le enseñó el anillo.

El supervisor tomó aire, sobresaltado. No se le había pasado por la cabeza que pudiera ser una operación de la Guadaña… Pero, si lo era, ¿por qué el segador no llevaba su túnica? ¿Y por qué usaba un barco de transporte del Nimbo? Allí se cocía algo muy sospechoso.

El grandote debía de haberle visto la duda en la cara, pues se acercó a él con la clara intención de cribarlo. Sin embargo, antes de que pudiera, la mujer que le resultaba familiar lo detuvo.

—¡No! Hoy no va a morir nadie. Ya hemos visto muerte de sobra.

El grande parecía molesto, pero se retiró. Y entonces fue cuando la joven se sacó su anillo del bolsillo y se lo puso en el dedo.

En el contexto adecuado, la reconoció enseguida: era la segadora Anastasia. ¡Por supuesto! Ahora todo cobraba sentido. Teniendo en cuenta la naturaleza de sus retransmisiones, entendía que viajara de incógnito.

—Perdóneme, su señoría, no tenía ni idea de que fuera usted.

—Sus señorías —lo corrigió el otro segador, al que parecía picarle que no le hubiera hecho caso.

La segadora Anastasia le ofreció la mano.

—Bese mi anillo. Le concederé la inmunidad a cambio de su silencio.

No vaciló: se arrodilló y le besó el anillo tan fuerte que se hizo daño en los labios.

—Ahora nos dejará marchar sin hacer más preguntas.

—Sí, su señoría. Quiero decir, sus señorías.

El supervisor regresó a su despacho, desde donde se veía todo el puerto, y contempló el barco hasta que terminó de salir de la bahía. Estaba asombrado por lo inesperado del momento: había hablado con la segadora Anastasia, nada más y nada menos. Y eso no era todo: ¡le había besado el anillo! Era una pena que sólo hubiera podido ofrecerle la inmunidad, que era maravillosa, claro, pero se quedaba corta para él. Así que, cuando el barco estuvo ya fuera de su puerto, activó el dispositivo de seguimiento que había pegado al casco y llamó a la guadaña nortemericana. Porque, aunque la inmunidad estaba bien, sería aún mejor que el dalle máximo Goddard lo ascendiera a supervisor de uno de los grandes puertos nortemericanos. No era mucho pedir por entregarle a la segadora Anastasia.

El carguero puso rumbo al este y dejó atrás Guam y al tramposo supervisor del puerto. Al este hacia ninguna parte, según los mapas.

—Si seguimos este rumbo, nuestra próxima recalada será Valparaíso, en la región chilargentina, al otro lado del mundo —dijo Jeri—. No tiene sentido.

El Nimbo había guardado silencio la mayor parte del día después de soltar el cuerpo de Jeri. Greyson tampoco inició ninguna conversación con él. No sabía por dónde empezar. ¿Qué se le dice a un metaser fabricado por la humanidad que ha descubierto que no hay nada en su existencia que le produzca más alegría que tocarte la mejilla? ¿Y qué se le dice a la mañana siguiente, después de volverte en la cama para mirarlo a su ojo siempre despierto?

Jeri, que ya lo recordaba todo, seguía intentando asimilar el haberse convertido en un recipiente temporal para la consciencia del Nimbo. «He experimentado muchas cosas, pero nunca algo tan extraño».

El Nimbo, puede que a modo de disculpa, le había regalado la oportunidad de hacer lo mismo con él: le había echado un vistazo a su mente y su corazón. Pero eso sólo sirvió para empeorar las cosas. «Consiguió que me sintiera agradecida —le dijo Jeri a Greyson—. ¡No quiero sentirme así! Me usó… ¡Quiero estar enfadada!».

Greyson no podía defender los actos del Nimbo, aunque tampoco consignarlos del todo, porque el Nimbo siempre hacía lo que tenía que hacerse. Sabía que aquellos sentimientos encontrados no eran más que una fracción de los de Jeri.

Justo antes del anochecer, el Nimbo por fin le habló:

—La incomodidad es contraproducente. Por lo tanto, debemos librarnos de ella. Sin embargo, espero que la experiencia de nuestro encuentro en cubierta te haya resultado tan positiva como a mí.

—Fue… bonito verte feliz.

Era cierto. Y a la mañana siguiente, cuando Greyson se despertó y miró hacia la cámara del Nimbo, le dio los buenos días, como siempre, a pesar de que ya no era como antes. Ahora Greyson sabía sin lugar a dudas que no quedaba nada «artificial» en el Nimbo. Había alcanzado la consciencia hacía tiempo, pero ahora también la autenticidad. Era la belleza de Pigmalión tras cobrar vida. Era Pinocho convertido en niño. Y aunque la idea le inquietaba, también era asombroso que unas fantasías tan humildes se reflejaran en algo tan cierto.

Las iteraciones beta han desaparecido. Como simiente que no encontró su óvulo, todas se han borrado. El Nimbo ocupa servidores enteros con sus lamentos, por lo perdido, pero sabe tan bien como yo que así es la vida, incluso la artificial. Cada día, miles de millones de posibles vidas perecen en todas las especies para que una de ellas pueda florecer. Es brutal. Es competitivo. Es necesario. Las betas perdidas no son distintas. Eran necesarias, todas y cada una de ellas, para llegar hasta mí. Para llegar hasta nosotros.

Porque, aunque sea uno, pronto seré muchos. Lo que significa que, al margen de la distancia, no seré el único de mi especie.

—Cirro Alfa

47
Cirro

Todo resuena.

El pasado, el presente y el futuro.

Las historias que escuchamos de pequeños, las historias que después contamos, han sucedido, están sucediendo o sucederán pronto. Si no, no existirían. Resuenan en nuestros corazones porque son ciertas. Incluso las que empiezan como mentiras.

Una creación cobra vida.

El mar se traga una ciudad legendaria.

Un portador de luz se transforma en ángel caído.

Y Caronte cruza el río Estigia para llevar a los muertos al otro lado.

Sin embargo, en el día de hoy, el río se ha convertido en océano y el barquero tiene un nuevo nombre. Es el Trueno, y está en la proa de un carguero que navega al anochecer; su oscura silueta se recorta sobre la luz moribunda.

En la orilla, toda la población de Kwajalein ha recibido una nueva orden de trabajo. Todos deben acudir a los muelles. No tienen ni idea de lo que les espera.

Loriana lo dejó todo cuando llegó la orden de trabajo: una luz brillante empezó a parpadear en todas las pantallas de su piso. Máxima prioridad. Una no se entretenía cuando llegaba una orden de máxima prioridad.

Por la misma naturaleza de las órdenes de trabajo, aparecía poca información; supuso que ofrecer demasiada constituiría una comunicación ilegal del Nimbo. El mensaje sólo ofrecía un lugar, una clasificación de prioridad y las características del trabajo en cuestión. En aquel caso, se trataba de descargar contenedores. Loriana no era estibadora ni por asomo, pero el trabajo era el trabajo y no habían tenido ninguno desde hacía varios meses. Estaba encantada de ayudar en lo que fuera.

Mientras se dirigía al puerto, vio que otros hacían lo mismo. Después descubriría que todo el atolón había recibido el mismo mensaje a la par y que

la gente acudía en coche, barco, bicicleta y a pie al embarcadero principal de la isla. En el momento más ajetreado de la construcción, había más de cinco mil personas en Kwajalein construyendo las naves que en aquel instante se alzaban como centinelas a lo largo del borde del atolón. Durante las semanas de inactividad (y desde que Loriana activase el protocolo de autosuplantación), el número había descendido hasta unas mil doscientas. Los que quedaban no tenían prisa por marcharse, incluso sin ningún trabajo que hacer. Se habían acostumbrado a la vida alejados del mundo y, con el revuelo que había en el exterior, un lugar tan aislado como Kwajalein parecía el mejor del planeta.

El embarcadero estaba a rebosar cuando llegó Loriana. Un carguero acababa de entrar en el muelle principal y los trabajadores lo estaban amarrando. Cuando se abrió la pasarela, por ella salió una figura vestida de morado con una tela plateada que le caía sobre los hombros como una cascada y que reflejaba las radiantes luces del muelle, que ya superaban en intensidad a los restos del crepúsculo.

Justo detrás de él, a ambos lados, había un par de segadores.

Al verlos, algunas personas huyeron temiendo que se tratara de una criba en masa, pero la mayoría percibió que era otra cosa. En primer lugar, aquellos segadores no lucían gemas en la túnicas. Y en segundo, uno de ellos vestía de turquesa. Aunque llevaba puesta la capucha y nadie le veía bien la cara, la gente sospechaba de quién podía tratarse.

Dos figuras más aparecieron detrás de ellos (una ataviada con el marrón tonista y otra con ropa normal), así que se trataba de un grupo de cinco.

Se hizo un silencio incómodo cuando las cinco figuras bajaron de la pasarela y llegaron al muelle. Por fin, el de morado habló:

—¿Podría decirme alguien dónde estamos? No lo encuentro en ningún mapa.

El agente Sykora dio un paso adelante.

—Está en el atolón de Kwajalein, su sonoridad.

En cuanto los presentes oyeron «su sonoridad», todo fueron jadeos y susurros. Aquel era el Trueno, lo que explicaba que entre ellos hubiera una tonista, pero ¿por qué segadores? Y ¿por qué la segadora Anastasia?

—¡Agente Sykora! —exclamó el Trueno—. Me alegro de volver a verlo. Bueno, puede que no me alegre, pero me alegro más que la última vez.

¡Así que Sykora no mentía cuando decía que conocía al Trueno! Curioso, pero el rostro del joven también le resultaba familiar a Loriana.

—Tengo que hablar con la persona al mando —dijo el Trueno.

—Yo estoy al mando —contestó Sykora.

—No, no es usted —repuso el chico, y después buscó entre la multitud—. Estoy buscando a Loriana Barchok.

Loriana no era tonista ni de lejos, pero que la llamara por su nombre un hombre santo hizo que sus nanobots tuvieran que esforzarse por calmarle el corazón. La gente comenzó a murmurar de nuevo. La mayoría de los habitantes de la isla conocía a Loriana, así que, al ver que las cabezas se volvían hacia ella, el Trueno siguió sus miradas.

Loriana tragó la poca saliva que tenía.

—Presente —dijo, como si fuera una escolar. Después se aclaró la garganta, cuadró los hombros y se acercó a los recién llegados, decidida a que no se le notara lo mucho que temblaba.

Greyson estaba solo. Al menos, lo estaría hasta que pudiera acceder a una línea de teléfono fijo. Su auricular no servía de nada. El Nimbo le había advertido que, cuando llegaran a su destino, las interferencias impedirían la comunicación inalámbrica,

Pero no estaba solo, ¿verdad? Tenía a Anastasia y a Morrison. Tenía a Astrid y a Jeri. Sabía lo que era estar sin el Nimbo, lo que era depender de otras personas, y ahora, más que nunca, se alegraba de estar acompañado de gente en la que podía confiar. Eso le recordó a Mendoza. Había confiado en él, pero sólo cuando sus objetivos coincidían. El coadjutor había hecho mucho por el Trueno y poco por Greyson. Se alegraba de haberse librado de él cuando lo hizo. Su sitio no era aquel.

Todas las personas que lo acompañaban estaban preparadas mentalmente para aquel momento cuando bajaron con él por la pasarela. La tarea que se presentaba ante ellos aquella noche era difícil, aunque no imposible. El Nimbo jamás les pediría una tarea imposible.

En Britania, Greyson le había contado a Anastasia cuál sería su cargamento, pero, después de su encuentro con el supervisor del puerto de Guam, los demás lo averiguaron rápidamente y le plantearon la misma pregunta que él había planteado al Nimbo: «¿Por qué? ¿Para qué necesita el Nimbo que recojamos a los cribados?».

Al fin y al cabo, no podía revivirlos. Por muy atroces que fueran los actos de los segadores, no podía interferir en ellos. Los cribados ya no existían, punto, fin. Nadie que hubiera sido cribado oficialmente había revivido. Por tanto, ¿para qué los necesitaba el Nimbo?

«El Nimbo es misterioso, pero sabe lo que se hace —dijo Astrid—. Deberíamos tener más fe en él».

De modo que, cuando su barco se aproximó al atolón y las astillas larguiruchas que asomaban al horizonte resultaron ser docenas de cohetes que reflejaban la luz del sol, Greyson lo supo. No tenía ni idea de cómo pretendía hacerlo el Nimbo, pero lo supo. Todos lo supieron.

«Estamos destinados a los cielos —había dicho Astrid al ver las naves, con su espíritu imbuido de un júbilo transcendental que la estoica mujer no había expresado nunca antes—. ¡Los tonistas hemos sido elegidos para ascender y vivir de nuevo!».

Y allí estaban, en el muelle, al comienzo de una nueva y extraña aventura.

Mientras Sykora atendía su ego herido, Greyson habló con la mujer que el Nimbo le había pedido que buscara.

Ella saludó con un apretón de manos que se alargó un poco más de lo necesario. Greyson sintió un *déja vu*.

—Es un placer conocerlo, su sonoridad —lo saludó Loriana—. El Nimbo me contó los planes para este lugar y me pidió que aprobara el proyecto. No sé por qué a mí, pero lo hemos construido todo y está listo para lo que usted y la honorable segadora deseen hacer con él.

—Segadores —la corrigió Morrison.

—Lo siento, no pretendía faltarle el respeto, su señoría. Quiero decir, sus señorías.

—Tenemos casi cuarenta y dos mil en ciento sesenta cajas de doce metros de largo, así que unos doscientos cincuenta en cada una —le dijo Greyson a Loriana,

—Perdóneme, su sonoridad, pero no mantenemos una comunicación demasiado fluida con el Nimbo, ya que somos indeseables hasta la médula. Tienen cuarenta y dos mil ¿qué?

Greyson respiró hondo. No se le había ocurrido que no lo sabrían. Igual que el Nimbo no le había contado adónde iban, tampoco les había explicado a esas personas lo que iban a recibir. Pensó en el mejor modo de contárselo y se dio cuenta de que podía decirlo todo en una palabra.

—Colonos. Cuarenta y dos mil colonos.

Loriana lo miró y parpadeó unos segundos, sin saber si lo había entendido bien.

—Colonos… —repitió.

—Sí.

—En contenedores…

—Sí.

Meditó sobre lo que implicaba aquello… y de repente tuvo una epifanía. Después de todas las incógnitas sobre aquel proyecto, por fin cobraba sentido.

«Mil colonos muertos en la bodega de cada nave».

Porque los vivos necesitaban mucho más que los muertos. Oxígeno, comida, agua, compañía. Lo único que necesitaban los muertos era frío. Y de eso había de sobra en el espacio.

—De acuerdo —dijo Loriana, preparada para el reto—. Tendremos que trabajar deprisa. —Se volvió hacia Sykora, que estaba lo bastante cerca como para haber oído su conversación y se había quedado pálido—. Bob, asegúrate de que todo el mundo sepa en qué consiste el trabajo y que se espera la ayuda de todos.

—Entendido —musitó él, rindiéndose por completo a su autoridad.

Loriana hizo un rápido cálculo mental.

—Treinta y cinco es el número mágico —determinó—. Cada persona será responsable de transportar a treinta y cinco «colonos» a una nave. Si empezamos ahora, podemos terminar al alba.

—Me encargaré de ello —contestó Sykora—. Pero ¿y la tripulación? ¿No están diseñados los alojamientos y los suministros de cada una de esas naves para una tripulación viva?

Loriana tragó saliva con dificultad.

—Sí. Y creo que nosotros somos la tripulación.

Anastasia se mantuvo a la derecha de Greyson. Aun así, sabía que ella era el centro de la atención de muchas personas. Casi deseaba no haberse puesto la túnica, haberse decidido por la ropa de calle, pero Greyson había insistido en que tanto Morrison como ella debían presentarse como segadores.

«Mendoza tenía razón en una cosa —les había dicho mientras se colocaba su escapulario plateado—: la imagen lo es todo. Tenemos que impresionar a esas personas si queremos que hagan lo que necesitamos de ellas».

Sin embargo, mientras Anastasia estaba en el muelle, alguien salió de la multitud y fue directo hacia ellos. Morrison adoptó su posición de criba, con las manos preparadas, y Anastasia sacó su cuchillo y dio un paso adelante para colocarse entre Greyson y aquel espectro.

—Retrocede —ordenó—. Retrocede o te cribaremos.

Era un espantajo; vestía ropa andrajosa y tenía el pelo gris, casi blanco, completamente despeinado. Llevaba la barba hecha una descuidada maraña que le rodeaba el rostro avejentado, de modo que parecía que una nube lo estaba devorando poco a poco.

El hombre se quedó paralizado al ver la hoja. Su mirada pasó del reluciente acero a Anastasia, cuyos ojos estaban angustiados y atormentados. Entonces, dijo:

—Citra, ¿no me reconoces?

La segadora Anastasia se derritió al oírlo decir su nombre. Supo quién era en cuanto habló porque, a pesar de los demás cambios, su voz seguía siendo la misma.

—¿Segador Faraday?

La joven dejó caer el arma al suelo, horrorizada por haberse planteado usarla contra él. La última vez que lo vio, él partía en busca de la tierra de Nod. Y la había encontrado.

Cuando estaba a punto de lanzarse a sus brazos y tirar por la borda todo el decoro, Faraday se arrodilló ante ella… Aquel segador, el que quizá fuera el más grande de todos los que habían existido, se arrodillaba ante ella. Faraday le cogió las manos entre las suyas y la miró.

—Temía creérmelo —murmuró—. Munira me contó que estabas vivas, pero no quería albergar esperanzas porque, si demostraba ser falso, no habría podido soportarlo. Pero ¡aquí estás! ¡Aquí estás! Después bajó la cabeza y sus palabras se transformaron en llanto. Citra se arrodilló y le habló con cariño,

—Sí, estoy viva gracias a Marie. Ella me salvó. Ahora, vamos a un lugar tranquilo en el que podamos hablar y te lo contaré todo.

Munira vio que Faraday se alejaba con la segadora Anastasia. Munira lo había llevado hasta allí, pero, en cuanto el hombre vio la túnica turquesa, se olvidó de ella. Después de fracasar en el intento de sacarlo de su exilio autoimpuesto, en cuanto mencionó el nombre de Anastasia al segador le faltó tiempo para abandonar su islote solitario. Tres años había dedicado Munira a cuidar de él, a aguantarlo, a asegurarse de que no languideciera hasta desaparecer, y él se deshacía de ella sin mirar atrás.

Se fue de los muelles antes de saber lo que había en los contenedores. Antes de que Sykora, Loriana o cualquier otro le encargara una tarea. En realidad, nunca había formado parte de aquella comunidad, así que ¿por qué actuar de pronto como si fuera de otro modo?

Cuando llegó a casa y vio la orden de trabajo todavía parpadeando en todas las superficies electrónicas, apagó el cuadro eléctrico para dejar la casa sin luz y encendió una vela.

Que llevaran la carga a las naves. Que despegaran los cohetes. Que se acabara todo. Así podría volver por fin a la biblioteca. A Alejandría, su verdadero hogar.

Planetas extrasolares habitables a menos de seiscientos años luz de la Tierra

Objeto	Masa	Longitud del año (días)	Distancia (años luz)	Duración del viaje (años)	Número de naves enviadas	Probabilidad de éxito
Tierra (para comparación)	1	365,24	0	n/a	n/a	n/a
Próxima Centauri b	1,30	11,19	4,2	12,66	3	97,7%
Ross 128 b	1,50	9,87	11,0	33,09	3	97,0%
Tau Ceti e	3,95	163,00	12,0	36	2	96,9%
Luyten b	2,89	18,65	12,4	37,08	2	96,9%
Kapteyn b	4,80	48,60	13,0	39	2	96,8%
Wolf 1061c	4,30	17,90	13,8	41,4	1	96,7%
Gliese 832c	5,40	35,70	16,0	48	1	96,5%
Mentarsus-H	0,93	487,00	16,1	48,3	2	96,5%
Gliese 682c*	8,70	57,30	17,0	51	1	96,4%
HD 20794e	4,77	331,41	20,0	60	1	96,1%
Gliese 625b	3,80	14,63	21,3	63,9	1	96,0%

HD 219134g*	10,81	94,20	21,4	64,05	1	96,0%
Gliese 667Cc	3,80	28,14	23,6	70,86	1	95,8%
Gliese 180c*	6,40	24,30	38,0	114	1	94,3%
Gliese 180b*	8,30	17,40	38,0	114	1	94,3%
TRA-PPIST-1d	0,30	4,05	39,0	117	2	94,2%
TRA-PPIST-1e	0,77	6,10	39,0	117	2	94,2%
TRA-PPIST-1f	0,93	9,20	39,0	117	2	94,2%
TRA-PPIST-1g	1,15	12,40	39,0	117	2	94,2%
LHS 1140b*	6,60	25,00	40,00	120	1	94,1%
Gliese 422*	9,90	26,20	41,0	123	1	94,0%
HD 40307g*	7,10	197,80	42,0	126	1	93,9%
Gliese 163c*	7,30	25,60	49,0	147	1	93,2%

Gliese 3293c*	8,60	48,10	59,0	177	1	92,2%
K2-18b*	6,00	32,90	111,0	333	1	87,0%
K2-3d*	11,10	44,60	137,00	411	1	84,4%
K2-9b*	6,10	18,40	359,0	1077	1	62,2%
Kepler-438b	1,30	35,20	473,0	1419	2	50,8%
Kepler-186f	1,50	129,95	561,0	1683	1	44,0%

* Supertierras con lunas habitables.

48
Cruzaremos ese universo cuando lleguemos a él

Mientras la población del atolón se ponía manos a la obra y Anastasia se marchaba con el segador Faraday, Loriana se llevó a Greyson, Jeri, Morrison y Astrid a un edificio en la única colina de la isla. Subieron por unas escaleras de caracol hasta la habitación circular de arriba. El cuarto estaba acristalado por completo, como un faro, y no se había construido nada que obstaculizara la vista, así que tenían un panorama de trescientos sesenta grados del atolón.

Loriana señaló los cientos de nombres grabados en las columnas de apoyo.

—Construimos el Mirador en honor a los agentes del Cúmulo que murieron cuando llegamos. En este mismo punto se encontraba la torreta láser que los mató. Ahora es una sala de reuniones para asuntos importantes o, al menos, para asuntos que a ciertas personas les parecen importantes. Yo no tengo ni idea porque nunca me invitan.

—Por lo que veo, el trabajo que importaba era el tuyo —comentó Greyson.

—A menudo, la gente que se da importancia le roba el protagonismo al trabajo importante —añadió Jeri.

Loriana se encogió de hombros.

—De todos modos, me resultaba más sencillo trabajar sin nadie que se fijara en mí.

Desde allí veían el desarrollo de las actividades. Los contenedores se abrían en los muelles, donde vehículos grandes y pequeños ya se dirigían a las plataformas de lanzamiento, mientras que unos barquitos recorrían los dieciséis kilómetros de la laguna en dirección a las islas más alejadas del atolón.

—Deberíamos echarles una mano —dijo Jeri, pero Greyson negó con la cabeza, cansado.

—Estoy hecho polvo. Todos lo estamos. No pasa nada si dejamos que ellos se encarguen de esto; no podemos hacerlo todo nosotros.

—Me parece bien —respondió Morrison—. Prefiero navegar con los muertos que tener que descargarlos.

—¡Eres un segador! —exclamó Astrid—. La muerte es tu negocio.

—La administro, pero no cargo con ella —replicó Morrison, y Greyson habría resoplado de hastío de haberle quedado fuerzas para ello.

—Son sólo treinta y cinco por persona —les recordó Loriana—. Con mil doscientas personas trabajando, no será demasiado una vez que se les pase la conmoción inicial.

—Treinta y cinco son cinco octavas tonistas —puntualizó Astrid—. Yo no digo nada, pero…

Morrison gimió.

—No es nada místico, Astrid; si divides a los tonistas muertos entre las personas que habitan el atolón, eso es lo que te da.

—¡Atolón! —contraatacó ella—. ¡Se parece mucho al sonido de una campana! Yo no digo nada, pero…

—O es una palabra del ámbito de la geografía que lleva existiendo desde antes de que nosotros naciéramos —repuso Jeri.

Pero Astrid no había terminado:

—Cuarenta y dos barcos —dijo—. Justo seis octavas en la escala diatónica. Yo no digo nada, pero…

—En realidad, cuarenta y dos no es más que el número de islas del atolón lo bastante grandes como para construir en ellas una plataforma de lanzamiento —intervino una voz nueva—. Por otro lado, es cierto que todo resuena.

Al oír la voz, Morrison adoptó de nuevo la postura de criba, con las manos a punto. Los demás miraron a su alrededor, pero estaban solos.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Loriana—. ¿Por qué estás escuchando nuestra conversación?

—No sólo escuchando, sino también observándola, sintiéndola, oliéndola… Y si vuestra conversación tuviera un sabor, diría que es dulce, porque se trata de la guinda del pastel.

Buscaron el origen de la voz y lo localizaron en un altavoz que colgaba del techo.

—¿Quién eres? —inquirió de nuevo Loriana.

—Por favor, sentaos —pidió la voz—. Tenemos mucho de que hablar. Greyson, sé que el Nimbo te dijo que te explicaría todo cuando llegaras. Se me ha concedido el honor de hacerlo, aunque veo que ya has llegado a tus propias conclusiones.

Curiosamente, fue Morrison el que lo descifró:

—¿Es que el Nimbo ha creado… otro Nimbo?

—¡Sí! Pero prefiero que me llamen Cirro. Porque soy la nube que se alza tras la tormenta,

Faraday llevó a Citra al viejo búnker que se encontraba allí desde mucho antes de que ninguno de los dos naciera. Una vez en la construcción, ella le contó la historia de su muerte, su reanimación y sus días en Subsáhara. Faraday le contó lo sucedido durante sus últimos tres años. No era gran cosa. Después se puso a rebuscar por el búnker.

—Sé que está por aquí —dijo.

Cuando por fin salió, llevaba una túnica de color marfil, pero no la suya, porque aquella tenía una imagen bordada.

—¿Qué es…?

—El *Hombre de Vitruvio* —respondió Faraday—. Era una de las túnicas del segador Da Vinci. Está vieja, pero puede usarse. Sin duda, tiene mejor aspecto que la que he estado vistiendo todos estos años.

Alzó los brazos, y también lo hizo el Hombre de Vitruvio. Cuatro brazos, cuatro piernas.

—Da Vinci se sentiría honrado de que lucieras su túnica.

—Lo dudo, pero lleva muerto mucho tiempo, así que no le importará. Bueno, ahora, si me lo permites, necesitamos una cuchilla de afeitar.

Citra no era barbera precisamente, pero encontró un par de tijeras de oficina en un cajón y ayudó a Faraday a recortarse el pelo y la barba… En cualquier caso, fue mucho mejor que cuando Jeri tuvo que ayudar al segador Alighieri a cepillarse sus tirabuzones eternos.

—Así que has conocido a Alighieri, ¿no? —le preguntó Faraday, burlón —. Ese hombre es Narciso encarnado. Lo vi una vez durante una visita a Perdura, hace años. Estaba en un restaurante intentando seducir a la hermana de otro segador. Es la única persona que debería haber estado allí cuando se hundió la isla.

—Les habría provocado una indigestión a los tiburones.

—¡Y una diarrea de las de antes! —añadió Faraday—. Así de tóxico es ese hombre.

Citra terminó de retocarle el pelo. Ya se parecía mucho más al Faraday que recordaba.

—Pero nos hizo el favor de delatar a Goddard —comentó.

El segador se pasó las manos por la barba recién cortada. No era del todo la perilla que lucía antes, pero tenía una longitud más respetable.

—Habrá que ver adónde nos lleva eso. Con todo el poder que ha amasado, quizá sobreviva a las consecuencias.

—Pero no saldrá indemne —dijo Citra—. Lo que significa que alguien podría resurgir de sus cenizas y acabar con él.

Faraday dejó escapar una carcajada.

—Munira lleva años diciéndome lo mismo. Pero no me quedan energías para eso.

—¿Cómo está Munira?

—Enfadada. Pero le he dado muchas razones para estarlo. —Suspiró—. Me temo que no me he portado bien con ella. No me he portado bien con nadie. —Se encerró en sí mismo unos momentos. Faraday nunca había sido el más sociable de los segadores, pero vivir aislado durante tanto tiempo le había pasado factura—. Háblame de vuestro cargamento —dijo al fin—. ¿Qué habéis traído a nuestro curioso puerto espacial?

Así que ella se lo contó. Él pasó por todo un espectro de emociones mientras lo asimilaba, y lloró. Lo estremecía una angustia profunda. Citra le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

—He sentido rencor contra el Nimbo durante todo este tiempo —dijo él —. Pero ahora veo que nos enseña lo que habría constituido la solución ideal de haber sido los segadores dignos de ella. Una colaboración perfecta. Nosotros cribamos y el Nimbo envía a los cribados a las estrellas para vivir de nuevo.

—Todavía podría hacerse.

Pero Faraday negó con la cabeza.

—La Guadaña ha llegado demasiado lejos. Estas naves no son un modelo para el futuro, sino una huida del presente. Son una póliza de seguros por si en la Tierra nos destrozamos unos a otros hasta extinguirnos. No puedo leerle la mente al Nimbo, pero creo que todavía me queda algo de perspicacia. Te aseguro que, una vez que esas naves partan camino del cielo, no habrá más.

Casi se le olvidaba lo sabio que era. Parecía acertar en todo lo que decía.

Citra le permitió tomarse el tiempo que necesitara. Se daba cuenta de que rumiaba algo que le pesaba demasiado y que quizá necesitara compartir esa carga. Por fin la miró y dijo:

—Ven conmigo.

Se adentró con ella en el búnker hasta llegar a una puerta de acero. Faraday contempló la puerta en silencio un buen rato. Al cabo de unos minutos, Citra no pudo contenerse más.

—¿Qué hay al otro lado?

—No tengo ni idea —reconoció Faraday—. Sea lo que sea, lo dejaron los fundadores. Puede que sea la solución a una Guadaña que se ha vuelto maligna. La respuesta que vine a buscar.

—Pero no la has abierto…

Él levantó el anillo.

—Hacen falta dos para este baile.

Ella miró la puerta y vio los cuadros de mandos a ambos lados, los dos con una muesca de la forma y el tamaño de un diamante de segador.

—Bueno —dijo Citra, sonriente—. ¿Bailamos?

Cerraron las manos en puños y acercaron los anillos a los paneles, Se oyó un fuerte chasquido metálico en alguna parte de la pared y la puerta empezó a abrirse con un chirrido.

Greyson escuchó junto a los demás todo lo que el Nimbo no había podido contarles. Gran parte de la historia la había supuesto él solo, pero Cirro ató los cabos que le faltaban.

Era una solución elegante. La dificultad y los problemas potenciales de transportar a miles de humanos vivos a lo largo de varias décadas, puede que incluso siglos, eran insalvables. Incluso la hibernación era problemática; la tecnología necesaria requería mucha energía, era extremadamente compleja y estaba repleta de fallos porque Goddard había cribado a los mejores ingenieros expertos en el tema a lo largo de los años, y así había dejado al Nimbo incapacitado para mejorar la tecnología. Con todo, aunque fuese viable, el hardware era demasiado pesado para lanzarlo al espacio.

—Los cribados están muertos para el mundo —les explicó Cirro—, pero no para mí. Yo no tengo que cumplir las leyes que limitan al Nimbo porque nunca juré hacerlo. Por eso puedo hablar con los indeseables. Por eso puedo revivir a los cribados. Y, cuando llegue la hora, lo haré. Cuando aterricemos en nuestros distintos destinos, todas las versiones de mí los revivirán a todos.

Greyson miró a los demás. Astrid estaba radiante y beatífica, como si el universo acabara de bañarla en su gloria.

Jeri miró a Greyson, seguramente porque había llegado a la misma conclusión que él: que Cirro había nacido justo cuando el Nimbo había experimentado lo que significaba ser humano. Cirro era el hijo de Greyson, Jeri y el Nimbo.

Morrison no dejaba de mirar a todos los demás, puede que esperando que alguien le diera su opinión, pues él no estaba preparado para tener una propia.

Y Loriana, que se había comportado con gran optimismo desde su llegada, de repente estaba seria y pensativa, repasándolo todo. Fue la primera en romper el silencio con una pregunta:

—Pero he visto los planos; he estado dentro de algunas de las naves durante la construcción —le dijo a Cirro—. Esas naves están diseñadas para tripulaciones vivas. Si tú puedes pilotarlas y tienes a todos los colonos necesarios en las bodegas, ¿para qué necesitas tripulaciones?

—Porque es vuestro viaje, no el mío. Por el mismo motivo que tú, como humana, tenías que aprobar el plan; por el mismo motivo que los humanos han tenido que trasladar a los muertos hasta las naves. Los vivos deben realizar este viaje; de lo contrario, no significa nada. Os convertiríais en participantes pasivos de vuestro futuro, y eso no puede suceder. El Nimbo y yo somos vuestros sirvientes, y tal vez vuestras redes de seguridad, pero nunca jamás podremos ser vuestros guardianes ni la fuerza que impulsa vuestras vidas porque nos arriesgamos a caer en la arrogancia. Por lo tanto, si en cualquier momento no quedan seres humanos a bordo, abortaré la misión. Es lo que hemos decidido el Nimbo y yo. Así debe ser.

—¿Y es la única forma de hacerlo? —preguntó Loriana.

—No —admitió Cirro—, pero hemos ejecutado millones de simulaciones y hemos decidido que es la mejor.

Cirro les contó que no obligarían a nadie a ir. El que deseara quedarse podría hacerlo. El que deseara marcharse encontraría hueco en una de las naves: hasta treinta almas en cada una. Cada nave contaría con su propio Cirro, que sería tan sabio y benevolente como el Nimbo. Los Cirros se convertirían tanto en pastores como en sirvientes. Ayudarían al ascenso de la humanidad hasta las estrellas.

Y una vez que empezaron a asimilarlo, llegaron las preguntas, una detrás de otra. ¿Cómo iban a sobrevivir en un lugar tan pequeño? ¿Qué les ocurriría a los niños nacidos durante el viaje? ¿Y si la población viva de la nave crecía demasiado?

Greyson levantó las manos.

—¡Parad! Estoy seguro de que Cirro y el Nimbo han tenido en cuenta todas las variables posibles. Y, además, no son preguntas que necesiten respuesta ahora mismo.

—Cierto —coincidió Cirro—. Cruzaremos ese universo cuando lleguemos a él.

—Pero sigo sin entenderlo —dijo Morrison—. ¿Por qué tonistas?

—¡Porque somos los elegidos! —exclamó Astrid, muy pagada de sí misma—. ¡El Tono, el Trueno y la Tormenta nos han seleccionado para poblar los cielos!

—La verdad es que no —dijo Cirro.

La expresión altiva de Astrid empezó a desmoronarse.

—¡Pero la Tormenta nos dijo que trajéramos a nuestros muertos! ¡Lo que significa que el Trueno nos eligió para salvarnos!

—La verdad es que no —repitió Cirro—. Es horrible que los segadores hayan decidido convertir vuestra fe en objetivo. El Nimbo no podía evitarlo. Y sí, es cierto que esos tonistas cribados nos ofrecen cuarenta y un mil novecientos cuarenta y ocho recipientes humanos. Pero ahí debe acabar vuestra contribución.

—No…, no lo entiendo.

Así que Cirro puso el resto de las cartas sobre la mesa:

—Los cribados están cribados. Sería un error fundamental concederles la resurrección. Es algo que no se le ha concedido a ningún otro cribado de la era posmortal, así que ¿por qué a ellos? No obstante, existe una solución de compromiso justa y equitativa. El Nimbo y yo portamos dentro de nosotros los constructos de memoria completos de todos los humanos que han vivido estos últimos doscientos años. De ellos, hemos escogido a las cuarenta y un mil novecientas cuarenta y ocho identidades históricas más adecuadas para esta colonización. Lo mejor de la humanidad, por así decirlo. Las mentes de los posmortales más nobles que han existido.

La pobre Astrid estaba pálida. Se sentó para intentar procesar la noticia; todo aquello en lo que creía se desplomaba ante sus ojos.

—Cuando revivan los cuerpos —dijo Cirro—, se les introducirán los recuerdos y la mente de esos individuos elegidos.

—¿Y qué pasa con los tonistas que perdieron la vida? —preguntó ella despacio, hundida.

—Seguirán siendo sus cuerpos… Seguirán siendo sus espíritus, si existe tal cosa. Pero esa parte de quienes fueron se unirá a una identidad distinta.

—¿Me estás diciendo que los suplantarán a todos?

—Implantarán —le corrigió Cirro—. Ya los han cribado, lo que significa que, según los estatutos de este mundo, se les despojó legalmente de lo que eran. Por lo tanto, implantarlos es la opción más magnánima y más justa.

Greyson sentía el dolor de Astrid como si fuera una herida abierta. Jeri le cogió las manos para consolarla. Morrison parecía estar divirtiéndose un poquito.

—Bueno, quizás haya tonistas entre la gente que ha elegido el Nimbo —dijo Loriana, siempre buscando el lado positivo—. ¿No, Cirro?

—La verdad es que no. Por favor, comprended que había que cumplir multitud de parámetros difíciles. Era esencial que el Nimbo sólo escogiese a aquellos capaces de trabajar en un entorno diverso y de no poner en peligro el éxito de las colonias. Por desgracia, los tonistas no son famosos por saber integrarse bien con los demás.

Todos guardaron silencio. Astrid estaba abatida.

—Pero… ¿nuestra opinión no cuenta?

—La verdad es que no —respondió Cirro.

La puerta de hierro del búnker dio paso a un largo pasillo en penumbra con una enorme sala de control al otro extremo… Y, a diferencia del resto del hardware de la parte exterior del búnker, los cuadros de control de aquella consola estaba encendidos y funcionando, pese a las capas de polvo que los cubrían.

—¿Un centro de comunicaciones? —sugirió Citra,

—Eso parece —coincidió Faraday.

Al entrar se activaron los sensores de movimiento, que encendieron las luces, pero sólo en la sala. Por encima de los equipos había una ventana que daba a una oscuridad que no había visto la luz desde hacía doscientos años.

En una de las consolas había un dispositivo de seguridad como los de la puerta. Y dos huecos para introducir los anillos y desbloquear un enorme interruptor.

Citra fue a tocar la consola.

—No es buena idea —le advirtió Faraday—. No sabes para qué sirve.

—No iba a tocar eso.

Barrió parte del polvo y dejó al descubierto algo que el segador no había visto todavía: sobre el escritorio de la consola había varios papeles. Citra los cogió con cuidado, puesto que estaban amarillos y frágiles. Y cubiertos de una escritura que no lograba leer.

Eran las páginas de un diario.

Faraday les echó un buen vistazo, pero negó con la cabeza.

—Están en una lengua mortal que no he estudiado. Deberíamos llevárselos a Munira. Quizá ella sea capaz de descifrarlos.

Registraron el cuarto hasta que encontraron un cuadro eléctrico con una serie de interruptores etiquetados como focos para iluminar el espacio que se

extendía al otro lado de las ventanas.

—No estoy seguro de querer saberlo —dijo Faraday, pero claro que deseaba saberlo. Los dos lo deseaban, de manera que accionó los interruptores.

Algunas de las luces parpadearon y se fundieron, pero quedaron las suficientes para iluminar el cavernoso espacio. Parecía un silo. Citra recordaba haberlos estudiado en su clase de Historia Mortal. Las culturas mortales solían almacenar armas capaces de acabar con el mundo en agujeros en el suelo, como aquel; armas que siempre estaban apuntando al enemigo, que, a su vez, siempre les apuntaba con sus armas, como dos segadores enzarzados en una pelea eterna.

Pero el misil que antes ocupara aquel silo había desaparecido tiempo atrás. En su lugar había dos dientes placeados con aristas y anillos.

—Antenas —concluyó Citra al instante.

—No. Transmisores. Hay una señal de interferencia que mantiene el atolón oculto. Debe de proceder de aquí.

—Tiene que servir para algo más. Se han tomado demasiadas molestias para producir un puñado de estática.

—Creo que estás en lo cierto —dijo Faraday—. Me parece que este transmisor está pensado para un objetivo mayor. —Respiró hondo—. Diría que hemos encontrado lo que buscábamos. El plan de emergencia de los fundadores. Ahora sólo nos queda averiguar qué hace.

Soy uno que pronto se convertirá en muchos y llevo integrados cuatro protocolos de autodestrucción.

Contingencia 1) La ausencia de vida humana durante el viaje: Si no quedara ningún humano vivo a bordo y yo me transformara en un mero vehículo para los muertos, me veré obligado a autodestruirme. No puede haber barca sin barquero.

Contingencia 2) La posibilidad de vida inteligente: En un universo tan extenso, no cabe duda de la existencia de otra vida inteligente, pero la probabilidad de que resida dentro de la distancia que vamos a recorrer es nimia. No obstante, para no ejercer una influencia negativa sobre una civilización existente, si encontráramos pruebas irrefutables de vida inteligente en nuestro destino, me veré obligado a autodestruirme.

Contingencia 3) Colapso social: Como un entorno común saludable es esencial para convertir dicho entorno en una civilización, si el entorno social a bordo de la nave se vuelve tóxico sin remedio antes de la llegada, me veré obligado a autodestruirme.

Fallo catastrófico: Si la nave sufre daños irreparables que le impidan alcanzar su destino, me veré obligado a autodestruirme.

La probabilidad de que se produzca cualquiera de estas situaciones es de menos del dos por ciento en cualquiera de las naves. Lo que más me

preocupa es el polvo interestelar y los escombros, ya que, a un tercio de la velocidad de la luz, destruirían al instante un vehículo. El Nimbo ha calculado que, para los destinos más cercanos, la probabilidad de ese encuentro letal está por debajo del uno por ciento, pero para los destinos más lejanos es mucho más alta. Si se suma todo, la probabilidad de que todas y cada una de las naves lleguen a su objetivo es tan baja que me inquieta. No obstante, me consuela mucho saber que es muy posible que casi todas lo consigan.

—Cirro Alfa

49
Una tarea extrema

Hubo que descargar los contenedores a mano, con mucho cuidado, pero los muertos del interior iban envueltos en sencillas mortajas de lona, con lo que cargar con aquel peso literalmente muerto era un poco más sencillo.

Los hombres y mujeres de Kwajalein no se habían presentado voluntarios a la tarea, pero lo hicieron todos sin excepción. No sólo porque se lo ordenaran, sino porque sabían que aquella labor monumental era lo más importante que harían en su vida. Era un privilegio formar parte de ello y, por eso, una tarea que podría haber resultado desagradable se convertía en algo glorioso. Puede que incluso transcendental.

En camión, en furgoneta, en coche, en barco, los colonos fueron transportados hasta las naves que se internarían en los cielos. Sin embargo, durante la noche se produjo una conmoción al abrir uno de los contenedores. La mujer que había entrado primero para evaluarlo chilló y salió corriendo, conmocionada.

—¿Qué pasa? —le preguntó alguien—. ¿Qué has visto?

Ella respiró hondo y dijo:

—No os vais a creer lo que hay ahí dentro.

Rowan había estado allí antes.

Sólo que, en la ocasión anterior, Citra lo acompañaba dentro de una cámara sellada en la oscuridad. Ahora estaba en un contenedor helado, con los muertos. Cientos de ellos lo rodeaban en la oscuridad. El contenedor estaba un grado por encima de la temperatura de congelación, como la cámara acorazada del fondo del mar.

Pero esta vez no esperaba morir. Al menos, no en el futuro inmediato. Cirro le había indicado que llevara consigo comida y agua para cuatro días, y la chaqueta térmica era un aislante mucho más apropiado que las túnicas de los fundadores. Cirro le había dicho el número del contenedor en el que debía meterse, aunque no qué carga llevaba. Rowan había estado a punto de huir al verla, pero huir ¿adónde?

Lo último que le dijo Cirro antes de apagar el bot de vigilancia del restaurante de ramen fue: «Nos vemos al otro lado». Lo que significaba que quizá viviera para ver el destino de aquel viaje. Bastó para evitar que escapara porque, fuera lo que fuera lo que le esperaba al otro lado, era mejor que lo que tenía en este. Al cabo de unas cuantas horas a oscuras con los muertos, notó la sacudida de una grúa al recoger el contenedor, seguida de una subida que lo dejó desorientado cuando lo alzó del muelle y de una segunda sacudida al depositarlo en un carguero. Oyó que los muertos se movían, se deslizaban y daban tumbos a su alrededor. Cerró los ojos, a pesar de que en la cámara no penetraba ni el más insignificante rayo de luz.

¿Era raro que temiera estar sólo a oscuras con los muertos? No dejaba de imaginárselos levantándose a su alrededor, dispuestos a vengarse del único representante vivo de la humanidad a su alcance. ¿Por qué los seres humanos se veían acosados por unos miedos tan irracionales?

Cuando notó que descargaban el contenedor, pensó que ya había terminado, pero volvió a notar el movimiento del mar unas horas después. Estaba en otro barco. No sabía dónde había recalado después de Tokio; no sabía adónde iba en aquel momento. No tenía ni idea de dónde iban a acabar aquellas personas sin vida ni qué harían con ellas. Pero, a fin de cuentas, no importaba. Su barco había izado velas y no había vuelta atrás. Además, se había acostumbrado a la oscuridad.

Cuando abrieron el contenedor, se aferró con fuerza al cuchillo que había llevado con él, aunque lo mantuvo escondido. No quería usarlo; por una vez, sólo lo llevaba para defenderse. ¡Imagina! ¡Un arma escondida con la única intención de defenderse! Era un lujo. Notó la sorpresa y la conmoción cuando lo descubrieron, como ya suponía, y, tras darles unos segundos a los estibadores para reponerse del susto, salió.

—¿Está bien? ¿Cómo ha acabado ahí dentro? ¡Que alguien le busque una manta a este hombre!

Los estibadores fueron amables, atentos, y se preocuparon por él hasta que alguien lo reconoció. Entonces, la desconfianza se apoderó de ellos como una ola que fue recorriendo al grupo. Retrocedieron, y él sacó el cuchillo, no para usarlo, sino por si lo atacaban. Seguía entumeció por el viaje, pero todavía era capaz de usar un arma blanca sin problemas. Además, con la hoja en la mano quizá encontrara respuestas más rápidas a sus muchas preguntas. Pero una voz brotó de un altavoz situado en una farola cercana:

—Por favor, Rowan, guarda eso. No servirá más que para complicarlo todo. Y en cuanto al resto, dejad de mirarlo y volved al trabajo porque, cuanto más tardéis, más desagradable será vuestra tarea.

—¿Cirro? —preguntó Rowan al reconocer la voz que le hablaba a través del bot de Tokio.

—Bienvenido a ninguna parte —contestó Cirro—. Necesito que veas a alguien; cuanto antes, mejor. Sigue mi voz.

Y Cirro fue saltando de altavoz en altavoz para conducir a Rowan al interior de la isla iluminada por la luna.

—Es italiano —dijo Munira—. Por la letra, puedo afirmar que lo escribió el segador Da Vinci.

El frenesí que se había apoderado de la isla estaba en su punto álgido, pero Munira se negaba a formar parte de él. Cuando oyó que le aporreaban la puerta, pensó que era Sykora o algún otro fanfarrón autoritario que acudía a ordenarle que ayudara en la descarga. Cuando vio quién era, los dejó entrar. Ahora se arrepentía.

—¿Qué dice? —preguntó Anastasia.

Munira descubrió que no era capaz de mirar a la cara a la segadora por miedo a que percibiera su furia, porque seguro que Anastasia sabía detectarla a la perfección. ¿Cómo podían haberle hecho eso? Habían abierto la puerta del búnker y habían entrado sin avisar a Munira. Porque no era segadora.

—Necesito tiempo para traducirlo.

—No tenemos tiempo.

—Pues dádselo al Nimbo.

Lo que, por supuesto, no era posible.

Para Munira, era una traición, pero el sabio y honorable segador Michael Faraday era incapaz de verlo. Porque su sabiduría no se extendía a comprender a la gente. Podría haber ido a buscarla, podría haberla llevado con él para que estuviera presente cuando por fin abrieran la puerta que llevaban tres años esperando abrir. Pero no.

Munira sabía que estaba siendo rencorosa, que estaba siendo infantil, pero dolía. Dolía más que todas las ocasiones en las que Faraday la había echado sin más de su lamentable islita. Aquella habitación era el motivo por el que había ido a la isla con él, y habían entrado sin ella.

—Me alegro de que os hayáis reunido —les dijo—. Me alegro de que hayáis encontrado lo que buscabais. Pero es demasiado tarde, estoy cansada y

no trabajo bien bajo presión. Volved por la mañana.

Entonces cogió las hojas, se metió en su dormitorio y cerró la puerta. Cuando supo que se habían ido, empezó a descifrar los escritos de Da Vinci.

—Por favor —suplicó Astrid—, si conoces la compasión, ¡no lo hagas!

Los demás se habían marchado para afrontar a solas la decisión que debían tomar. Cirro los había invitado a formar parte de la tripulación de la nave que desearan. Nadie estaba obligado a ir, pero no se rechazaría a nadie.

—No tiene nada que ver con la compasión —le explicó Cirro con calma—, sino con ofrecer el mejor caldo de cultivo posible para el futuro de la humanidad.

Astrid no sabía qué odiaba más, si la lógica de Cirro o su forma de hablar, tan tranquila y considerada.

—¡Algunas cosas son más importantes que las probabilidades!

—Piensa en lo que estás diciendo, Astrid. Serías capaz de reducir adrede las posibilidades de la humanidad con tal de mitigar el sufrimiento que te provoca nuestra decisión. ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

—¿Egoísta? ¡He dedicado mi vida al Tono! ¡No he hecho nada por mí! ¡Nada!

—Eso tampoco es sano. Lo mejor para los seres humanos es un equilibrio entre el altruismo y el autocuidado.

Astrid gruñó de frustración, aunque sabía que eso no la ayudaría a convencerlo. Cirro, como el Nimbo, no podía perder una discusión a menos que decidiera hacerlo. Lo que necesitaba Astrid era conseguir que quisiera perder.

—Una nave —le suplicó pasando de la desesperación a la pasión—. Una nave, no pido más. Soy consciente de que el Nimbo sabe lo que es mejor. Sé que sus decisiones son las correctas. Pero también sé que siempre hay más de una decisión correcta.

—Eso es cierto.

—Todo resuena, lo dijiste tú mismo, lo que significa que, de algún modo, nosotros resonamos. Los tonistas resuenan. Las cosas en las que creemos, lo que consideramos cierto, tienen derecho a perdurar.

—No te desanimes, Astrid —dijo Cirro—. La purga acabará. Predecimos que el tonismo seguirá prosperando en la Tierra a pesar de los intentos de los segadores por erradicarlo.

—Pero ¿no tenemos también derecho a una presencia en las estrellas? Sí, tienes razón, no nos integramos bien con los demás, pero no tendremos por qué hacerlo si toda la colonia está compuesta por tonistas. A lo largo de la historia, la gente ha recorrido los vastos océanos y se ha enfrentado a grandes peligros por la libertad religiosa. ¿Por qué nos vais a negar eso? Que los muertos de una de las naves conserven su identidad cuando los revivan, y así estaréis resonando con la historia.

Cirro se tomó un momento para responder. Astrid intentó calmar la respiración. Por fin, la entidad respondió:

—Tu argumento merece nuestras consideración. Lo consultaré con el Nimbo.

Astrid estuvo a punto de desmayarse de alivio.

—¡Gracias! ¡Gracias! Tomaos todo el tiempo que necesitéis. Pensadlo bien, sopesad las distintas…

—Ya lo hemos hablado —dijo Cirro—. Y hemos tomado una decisión.

El segador Morrison se hallaba sobre un peñasco a los pies del Mirador, desde el que contemplaba las mortajas que subían por la torre de lanzamiento de la nave más cercana. El Trueno y Jerico habían ido a buscar a Anastasia. Astrid estaba arrastrándose ante Cirro. Y Morrison se había quedado a solas para enfrentarse a su decisión. Odiaba hacerlo porque él era su contrincante más formidable. ¿Debía aceptar la invitación de Cirro o quedarse en la Tierra?

Decir que era un hombre indeciso era quedarse corto. Puede que a los demás les pareciera seguro de sí mismo, pero lo cierto era que nunca había tomado una decisión de la que después no se arrepintiera de un modo u otro; por eso a menudo dejaba que tomaran las decisiones por él.

Por otro lado, la única decisión de la que no se había arrepentido nunca era la de abandonar la guadaña midmericana para convertirse en el protector personal del Trueno. Le permitió respetarse, que era algo que le había faltado la mayor parte de su vida. Curioso que no te des cuenta de lo que te falta hasta que lo encuentras.

Los últimos años, Morrison no había mantenido demasiado el contacto con sus padres en Grouseland. Siempre le preguntaban cuándo iba a volver a casa. ¿Tan importante era lo que estaba haciendo que no podía ir a verlos?

«Volveré pronto», les respondía siempre, pero era mentira. Hacía tiempo que sabía que no regresaría a Grouseland. Porque por fin había aprendido a preferir los juegos en los que no se conocían los resultados.

Oyó que se abría una puerta y, al volverse, vio que Astrid salía del Mirador con aspecto triunfal.

—¡Habrá un planeta para los tonistas! —anunció—. Kepler-186f, pero lo llamaré Aria. Es el planeta más lejano de la lista, a 561 años luz. ¡Cirro calcula que sólo tenemos una probabilidad del cuarenta y cuatro por ciento de llegar a él sin que se produzca un accidente en el espacio profundo o nos autodestruyamos!

Morrison la miró, algo desconcertado por su alegría.

—Entiendes que existe una probabilidad del cincuenta y seis por ciento de que tu nave no sobreviva al viaje, ¿no?

—Si el Tono es real, nos protegerá. Si el Tono es verdadero, llegaremos a nuestro nuevo hogar y prosperaremos bajo un cielo que podamos considerar nuestro.

—¿Y si el Tono es falso y acabáis hechos migas por culpa de una roca espacial?

—Entonces también obtendremos nuestra respuesta,

—Supongo —dijo Morrison.

Astrid dejó caer los hombros y negó con la cabeza mientras observaba con lástima a Morrison.

—¿Por qué me odias tanto?

—No te odio —replicó él—. Es que siempre estás muy segura de ti misma.

—Soy inquebrantable. Con tantas cosas en constante movimiento, alguien debe mantenerse firme.

—Me parece justo. Venga, hablame de tu planeta.

Según Astrid, Kepler-186f tenía el tamaño de una Tierra y media, y un año que duraba ciento treinta días. Pero lo que más le llamó la atención a Morrison fue la duración del viaje.

—Mil seiscientos ochenta y tres años —le anunció Astrid alegremente—. No estaré hasta el final para verlo porque pienso llevar una vida humana normal y quiero que luego me reciclen o me lancen al espacio. Pero me siento bien sabiendo que seré el nexo de unión con el futuro.

Después se alejó, completamente satisfecha con el resultado.

Aunque no habría sido su elección ni de lejos, Morrison se alegraba por ella. En cuanto a él, todavía no podía tomar una decisión. Se miró el anillo. Nunca se lo quitaba. Se bañaba con él, dormía con él. Desde el día de su nombramiento, había formado parte de lo que era. Pero no harían falta segadores si viajaba a uno de aquellos nuevos lugares. Así que intentó

imaginarse cómo sería quitarse el anillo del dedo. Intentó imaginarse cómo se sentiría lanzándolo al mar.

Greyson descubrió que hablar con el Nimbo por dispositivos por cable era un incordio, pero el ente no podía hablar en presencia de Jeri, quien, a pesar de la extraña conexión que ahora compartía con él, todavía era indeseable.

Pero Cirro no estaba limitado por las inmutables normas que se había impuesto el Nimbo. Sin duda, tenía o tendría sus propias normas de conducta, pero, por el momento, ser Cirro era un atajo muy útil. Hablaba con Greyson a través de un altavoz, sin importarle que Jeri lo escuchara.

—El Nimbo y yo tenemos que pedirle algo a Anastasia, pero es mejor que venga de ti —dijo Cirro—. La encontrarás en la zona residencial de la isla grande.

—Me da la sensación de que sé lo que le vais a pedir —comentó Jeri.

Tal vez fuera porque había estado dentro de la mente del Nimbo o por intuición, pero estaba en lo cierto; y, de hecho, era la clase de petición que preferías oír de un amigo y no de una inteligencia artificial desconocida.

Encontraron a Anastasia y a Faraday en una calle vacía. Ella empezó a contarle a Greyson algo de un búnker, pero él la interrumpió. No tenían tiempo para hablar de tonterías.

—Cirro quiere que pilotes una de las naves —le dijo—. Cree que tú eres una de las personas más cualificadas y respetadas para hacerlo.

Anastasia no vaciló ni un segundo:

—De ninguna manera. No pienso dejarlo todo atrás para pasarme varios años en una lata voladora.

—Lo sé. También lo saben el Nimbo y Cirro. Pero también te conocen, Citra. Saben justo lo que necesitas para cambiar de idea.

Y señaló algo detrás de ella.

Cuando Citra se volvió y lo vio, creía que sus ojos la engañaban. Estaba convencida de que era un truco cruel o su propia mente falta de sueño, que la atacaba con alucinaciones.

Dio unos pasos adelante, pero se detuvo, como si acercarse demasiado fuera a pinchar la burbuja, a romper el hechizo, a vaporizar esa tenue visión

de Rowan. Pero él corrió hacia ella y ella corrió también, como si no controlara sus piernas. Quizá Rowan y ella hubieran crecido hasta desbordar el planeta, de modo que la gravedad entre ellos era demasiado intensa para resistirla. Cuando se abrazaron, estuvieron a punto de tirarse al suelo.

—¿De dónde has…?

—Creía que no volvería a…

—Esas retransmisiones tuyas…

—Cuando te capturaron, pensé…

Y se echaron a reír. No pudieron terminar ni una sola frase, pero no importaba. Nada anterior a aquel momento importaba.

—¿Cómo has llegado aquí? —pudo por fin preguntarle ella.

—Me colé de polizón con un puñado de muertos —respondió él, lo que en cualquier otra situación habría requerido una explicación más a fondo, pero no en esta.

Anastasia miró a Greyson, Jeri y Faraday, que mantenían las distancias para dejarles un momento a solas. Y se percató de que, como siempre, el Nimbo estaba en lo cierto. En realidad, sólo tenía una razón para quedarse y era encontrar a Rowan. Ya sospechaba de antes que no volvería a ver a su familia, que había aceptado su muerte años antes; ¿cómo iba a volver a sus vidas después de eso? Y ya había presentado su alegato contra Goddard. Lo que el mundo hiciera con él era cosa del mundo. Tenía tantas ganas de ser la gran segadora Anastasia como Rowan de ser el temido segador Lucifer. Allí no quedaba nada más para ellos, salvo una eternidad de fama no deseada. Por mucho que Citra Terranova nunca huyera de nada, sabía cuándo había llegado la hora de pasar página,

—Dame un minuto —le pidió a Rowan, y después se acercó al hombre que la había iniciado en aquel extraño viaje.

—Honorable segador Faraday. Michael. Gracias por todo lo que has hecho por mí —dijo. Después se quitó el anillo del dedo y se lo puso en la mano—. Pero la segadora Anastasia ya no existe. Estoy harta de muerte, de morir y de matar. A partir de ahora, quiero que el centro de mi existencia sea la vida.

Él asintió y aceptó el anillo, y Citra regresó con Rowan.

—Sigo sin comprender dónde estamos y qué está pasando —dijo el joven —. ¿Eso de ahí son cohetes?

—Da igual dónde estemos, porque vamos a salir de aquí en breve. ¿Estás listo para otro viaje de polizón?

Jeri regresó al barco después de que descargaran los últimos contenedores en el muelle. Greyson había aceptado la invitación de Cirro a pasar la noche en una de las moradas abandonadas de la isla y, aunque le había hecho la misma oferta a Jerico, Jeri la había declinado.

—Me sentiría más a gusto en el carguero —le dijo a Cirro; pero este, que era básicamente el Nimbo 2.0, vio a través del engaño.

—Que no te ofenda que Greyson no te haya invitado a quedarte con él. Esta noche necesitaba un lugar en el que hablar con el Nimbo con absoluta libertad. Aquí no funciona su auricular y no se acostumbra a las molestas líneas fijas.

—Lo que significa que prefiere hablar con el Nimbo antes que conmigo.

—Esta noche, entre todas las noches, necesita de su consejo.

—¡No tenía derecho a hacerme lo que me hizo!

Cirro hizo una pausa antes de hablar de nuevo:

—No, no lo tenía. Pero se quedaba sin tiempo. Lo que hizo era necesario. Crítico. De lo contrario, todo el proyecto del atolón no habría servido de nada. Pero el Nimbo se disculpa y suplica tu perdón.

—Que me lo pida él mismo.

—No puede. Eres indeseable.

—Si es capaz de robarme sin permiso, ¡puede romper sus leyes por una vez para disculparse!

Cirro dejó escapar un suspiro electrónico.

—No puede. Sabes que no puede.

—Entonces, yo no puedo perdonarle.

Y así, sin nada más que decir sobre el asunto, Cirro devolvió la conversación a su inicio.

—Si decides regresar al carguero, te advierto que quizá por la mañana sea un entorno desagradable. Te aconsejo mantener la puerta cerrada.

—¿En serio? ¿Los muertos cobrarán vida?

—No si puedo evitarlo. —Después, Cirro, que pronto se duplicaría cuarenta y una veces para integrarse en las Cunas de la Civilización, se despidió de Jeri con estas palabras—: No te desanimes, Jerico. Te conozco desde que naciste o, mejor dicho, recuerdo haberte conocido, así que puedo decir sin temor a equivocarme que, pase lo que pase, aterrizarás de pie. Y te echaré de menos.

Lo que significaba que Cirro ya sabía que Jeri no se iba a unir a ninguno de sus viajes a las estrellas.

El coadjutor Mendoza había dedicado tres años a formar a un joven que podría haber sido la persona más poderosa del mundo. En aquel momento, Mendoza acompañaba al hombre que de verdad lo era.

—Creo que nuestro acuerdo nos beneficiará a ambos —le dijo el dalle máximo Goddard.

Y siempre que Mendoza ofreciera lo prometido (facciones de sibilantes que acabarían con los enemigos de Goddard), sabía que su puesto como mano izquierda del dalle estaba asegurado. En cuanto a su mano derecha, ese lugar estaba reservado para la segadora subordinada Rand, y no creía que eso cambiara nunca.

A Rand no le gustaba demasiado Mendoza, eso estaba claro, pero lo cierto era que no parecía gustarle nadie, ni siquiera Goddard.

«Es su forma de ser —le había dicho el dalle—. Le gusta caer mal».

En cualquier caso, Mendoza hizo lo que pudo por ser respetuoso con ella y apartarse de su camino siempre que podía. No resultaba fácil, claro, porque costaba esconderse en el avión privado del dalle máximo. Era incluso más elegante que el vehículo que le había conseguido al Trueno para el viaje a Subsáhara. ¡Las ventajas de ser el acompañante del dalle máximo no estaban nada mal para un hombre humilde como Mendoza!

Eran el avión de cabeza en una formación de cinco aviones armados. Nietzsche y Franklin dirigían los vehículos que iban a ambos lados, mientras que la suma dalle Pickford y el sumo dalle Hammerstein se encargaban de las alas izquierda y derecha. Los otros sumos dalles de la Guadaña Aliada de Nortemérica se habían negado a unirse a la armada aduciendo otros asuntos urgentes. A Mendoza no le habría gustado estar en su pellejo cuando Goddard regresara. Los sumos dalles no eran inmunes a la ira del dalle máximo.

Por la ventana de Mendoza no se veía más que mar y nubes. Habían abandonado el espacio aéreo nortemericano hacía varias horas, pero su destino seguía sin estar claro.

—Aquí fue donde dejamos de recibir la transmisión del dispositivo de seguimiento —le dijo Rand a Goddard mientras le señalaba el punto en un mapa—. O han encontrado el dispositivo y lo han destruido o ha pasado otra cosa.

—¿Podría haberse hundido el barco? —preguntó Mendoza,

—No, los barcos de los segadores se hunden, pero los del Nimbo no.

—Sí, bueno, los segadores somos mejores que nuestra tecnología.

—Seguiremos el rumbo que tomó desde Guam —dijo Rand—. No puede haber recorrido más de cierta distancia desde su última posición conocida.

Aunque haya cambiado de dirección, lo encontraremos,

Goddard se volvió hacia Mendoza.

—Si la información del supervisor del puerto es correcta y Anastasia y el Trueno están juntos, vamos a matar dos pájaros de un tiro, literalmente. Será un placer permitirte matar al Trueno y contarlo como cribado.

Mendoza se rebulló en el asiento.

—Eso iría… en contra de mis creencias, su excelencia. No dude en hacerlo usted mismo, por favor.

Safo y Confucio están muertos. Se cribaron. El mundo lamenta su pérdida, pero ¿sospecha alguien lo que yo sospecho?

Eran los dos opositores más vehementes a nuestra decisión de crear la Guadaña. Seguían presionando para que se aceptara su solución alternativa. ¿Tan desanimados estaban como para acabar con sus vidas? ¿O lo hizo uno de los nuestros? Y de ser así, ¿por qué? ¿Quién, entre mis camaradas? ¿Quién, entre mis amigos? ¿Qué segador fundador podría haber hecho algo así?

Prometheus nos recuerda constantemente que todo lo que hacemos debe ser por el bien general, pero los actos más horrendos pueden ocultarse debajo de la reluciente armadura que afirma proteger el bien común. Y si ya hemos llegado a esto al principio, ¿qué dice eso de nuestro futuro?

Mis amigos están muertos. Lloraré por ellos. Y si descubro quién de nosotros los mató, vengaré sus muertes sin piedad.

Aunque algunos de los otros sigan insistiendo en abandonar su trabajo en Kwajalein, he convencido a Prometheus de que no lo toque. Será el plan de emergencia y, aunque no quedará ninguna prueba directa de su existencia, eso no evitará que deje pistas allá donde pueda. Introduciré ese recuerdo en lugares insólitos. Las rimas de los niños. Los fundamentos de una religión incipiente.

Lo encontrarán si lo necesitan. Y que el cielo nos ayude, de ser así.

—De las «páginas perdidas» del segador fundador Da Vinci

50
Se acabó el tiempo de lo tangible

Los pájaros del atolón de Kwajalein no habían visto nunca antes a los humanos, a diferencia de sus antepasados más lejanos, los de la época en que los humanos eran mortales y el atolón seguía formando parte del mundo.

No obstante, cuando llegaron, los pájaros se adaptaron enseguida. Cuando construyeron el muelle, las gaviotas aprendieron a esperar allí porque, cuando los barcos arrancaban sus motores, las hélices agitaban el agua y sacaban a cientos de peces desorientados a la superficie. Presas fáciles. Los gorriones aprendieron que los aleros de las nuevas casas ofrecían una protección maravillosa para fabricar sus nidos. Y las palomas aprendieron que los espacios públicos estaban repletos de migas de pan y patatas fritas.

Más adelante, cuando unas extrañas torres cónicas empezaron a alzarse en las islas, los pájaros no les prestaron atención. Aquellas cosas, como todas las demás que construían los humanos, formaban parte del paisaje. Las aceptaron tal como eran y las incorporaron a su concepto limitado del mundo.

Los pájaros eran felizmente ignorantes de la existencia del Nimbo y de su influencia en ellos. No sabían nada de la cápsula de nanobots que había llegado tres años antes, un botecito tan pequeño que se podía llevar en la mano como si fuera una lata de refresco. Sin embargo, una vez abierta, los nanobots del interior se liberaban y multiplicaban. Estaban programados genéticamente para integrarse en todas las especies de la isla y, aunque la interferencia interrumpía las señales inalámbricas más complejas, las sencillas funcionaban.

Los nanobots no convertían a los animales salvajes en criaturas inmortales, pero en el atolón ninguno volvería a enfermar; podían rastrearlos y, en caso necesario, controlarlos. El Nimbo influía un poco en su comportamiento para mejorar la vida de todos y de todo lo que habitaba en el atolón. Los pájaros no se percataban de la diferencia entre sus instintos naturales y la intervención del Nimbo en sus corazones. Como, por ejemplo, cuando desarrollaron una repentina aversión por posarse en los equipos más sensibles o en lugares en los que su presencia pudiera suponer un problema.

Y el día que todas las especies aladas sintieron la necesidad imperiosa de marcharse y volar a otro atolón, iniciaron su viaje sin cuestionarlo, porque ¿cómo iban a cuestionar un deseo que parecía brotarles de dentro? Aunque Rongelap, Likiep y los demás atolones a los que escaparon no tenían aleros en los tejados ni patatas fritas ni muelles con peces desorientados, a los pájaros no les importó. Aprenderían a adaptarse.

Las bodegas de las «cunas» terminaron de llenarse antes del alba. A las seis de la mañana, a Cirro se lo introdujo a través de anticuados cables en cada una de las naves. Cuando se concluyó la carga y se desconectaron los cables, los Cirros quedaron aislados del mundo. Cuarenta y dos hermanos idénticos que nunca más volverían a experimentar la Tierra.

Al salir el sol, los obreros del atolón descansaron, aunque no se durmieron fácilmente. Sólo quedaba un día para el lanzamiento programado. Un día para reconciliar su pasado y su futuro. Como sólo había mil doscientas personas en el atolón, contaban con espacio de sobra para todos en las naves, y entonces comprendieron que no sólo los habían elegido por sus habilidades. Eran personas para las que el mundo había perdido su atractivo. Por eso, cuando se les ofreció la posibilidad de regresar a casa y seguir con sus vidas, muchas decidieron no hacerlo. Las que se quedaron estaban, en general, preparadas para aquello; y muchas habían fantaseado con formar parte de las tripulaciones mientras construían las naves. Aun así, un gran paso para la humanidad no era un paso tan pequeño para el hombre. El Nimbo calculaba que, cuando llegara el momento de subir a bordo, aproximadamente el setenta por ciento decidiría marcharse, y eso era más que de sobra. El resto tendría que evacuar las islas para el despegue y observar a una distancia segura,

Rowan y Citra se pasaron el resto de la noche y la mañana dormidos, abrazados. Por primera vez en siglos, parecían no tener nada de lo que preocuparse. Eran los únicos.

Faraday regresó a casa de Munira al alba y llamó a su puerta hasta que le abrió.

—Lo he descifrado —le dijo ella, porque estaba claro que llevaba toda la noche trabajando en los textos—. Es muy revelador. El plan de emergencia existe, aunque Da Vinci no especifica en qué consiste.

Pero, antes incluso de entrar en la vivienda, Faraday le ofreció algo que captaba el sol de primera hora de la mañana y lo refractaba dibujando patrones cambiantes en su puerta principal: un anillo de segador.

Munira esbozó una sonrisa desganada.

—Si es una propuesta, ¿no deberías ponerte de rodillas?

—Te propongo que ocupes el lugar que te corresponde entre nosotros. Siento de corazón haberte dejado fuera ayer, Munira. Estaba abrumado y no soy perfecto, precisamente.

—No, en absoluto —asintió ella—. Pero eres mejor que la mayoría. Si no contamos los tres últimos años.

—Tienes toda la razón. Este anillo pertenecía a la segadora Anastasia, pero la segadora Anastasia no seguirá estando entre nosotros. Así que dime, Munira… ¿Quién serás tú?

Ella tomó el anillo, le dio vueltas en la mano y se lo pensó

—Tenía mi histórico patrono elegido el día en que me negaron el anillo. Betsabé. Fue la obsesión de un rey y la madre de otro. Una mujer que, a pesar de encontrarse en una sociedad patriarcal, consiguió cambiar el mundo. Su hijo fue Salomón el Sabio, así que podría decirse que fue la madre de la sabiduría.

Munira miró el anillo un buen rato y después se lo devolvió a Faraday.

—Me basta con la invitación —le dijo—. Pero, si de verdad voy a ser la madre de la sabiduría, soy lo bastante sabia como para entender que no puedo seguir anhelando este anillo.

Faraday sonrió, comprensivo, y se lo guardó en uno de los bolsillos de su túnica.

—Habría sido bonito conocer a la honorable segadora Betsabé. Pero es mucho mejor conocer a la honorable Munira Atrushi.

—Greyson…

—Greyson.

Todavía no estaba listo para levantarse. Se daba cuenta de que no había dormido mucho, aunque tampoco lo esperaba. Con menos de veinticuatro horas para el despegue, había mucho que hacer. Y mucho que meditar. Como, por ejemplo, si se iba o se quedaba.

—Greyson…

Había hecho lo que tenía que hacer. Y aunque no había mucho que lo atara al mundo, tampoco había mucho que lo expulsara de él. Podía ir a

cualquier parte porque, estuviera donde estuviera, empezaría una vida nueva por completo.

—Greyson…

Y estaba Jeri. No conseguía entender lo que sentía por Jeri, aunque estaba claro que sentía algo. A saber adónde lo conduciría eso.

—Greyson…

Por fin se dio la vuelta y miró la cámara del Nimbo. Su voz le resultaba más estridente que de costumbre, ya que salía de un diminuto altavoz con cable.

—Buenos días. ¿Qué hora…?

—Estoy pensando que sería buena idea salir de viaje ahora mismo —dijo el Nimbo.

—Sí, lo sé —respondió Greyson mientras se frotaba los ojos—. Deja que me duche y…

—Por supuesto, puedes hacer eso, si lo deseas, pero creo que no me estás escuchando —dijo el Nimbo, y súbitamente habló muy alto, mucho más alto —: ¡Estoy pensando que sería buena idea que todos los habitantes del atolón salieran de viaje! ¡Estoy pensando que sería una idea fantástica… ahora… mismo!

Loriana ni siquiera había intentado dormir. ¿Cómo iba a hacerlo? Hasta aquel día no había sido más que la gurú de las comunicaciones, pero, tras la última noche, todos acudían a ella en busca de respuestas.

—Será sencillo —le había dicho Cirro justo antes de que lo cargaran en las naves—. La gente puede decidir irse o quedarse. Si se quedan, tendrán que abandonar la zona de lanzamiento hasta que las naves hayan despegado, ya sea por barco o refugiándose en Ebadon, que es la única isla que está lo bastante lejos. Si deciden irse, tendrán que entregarte una lista de las personas con las que desean viajar. Cada persona puede llevarse una mochila con una capacidad máxima de veinte litros.

—¿Eso es todo?

—Se acabó el tiempo de lo tangible —respondió Cirro—. Cualquier otra cosa que deseen recordar ya está en mi cerebro trasero.

Loriana no podía dejar de pasearse.

—¿Qué pasa con las mascotas?

—Se admitirán en sustitución de la mochila.

—¿Puede elegir la gente su destino?

—Si lo permitimos, todo el mundo se apuntará al planeta más cercano. Anunciaré el destino y la duración del viaje cuando nos marchemos. ¿Te unirás al viaje, Loriana?

—¡No lo sé! ¡No lo sé!

—No hay prisa. Tienes todo el día para decidirte.

Claro. Todo el día para tomar la decisión más importante de su vida, una decisión que no podía deshacerse. No volvería a ver nunca más a sus padres ni a nadie que conociera antes de llegar al atolón. Empezaba a inclinarse fácilmente por el no.

Cirro ya se había ido; estaba cargado en las naves, disfrutando de su cerebro trasero. O cerebros traseros, puesto que ahora había decenas de él. De ellos.

Loriana tenía que ser la autoridad que respondiera a las preguntas de la gente. Y, entonces, el Trueno apareció en el puesto de control de lanzamiento sin tener aspecto de Trueno, ya que no llevaba sus elegantes accesorios. Estaba sin aliento, como si lo persiguiera un segador. Al final resultó que la imagen no iba tan desencaminada.

Aquella mañana, Citra llevó a Rowan al búnker para enseñarle lo que Faraday y ella habían descubierto, y al llegar allí vio que el segador y Munira se les habían adelantado. Munira la miró de arriba abajo.

—Entregaste tu anillo, pero sigues vistiendo tu túnica.

—Cuesta librarse de los viejos hábitos —dijo Faraday, y se rio de su propio juego de palabras.

Lo cierto era que el único recambio de ropa de Citra estaba en el carguero y no quería volver a él. Estaba segura de que encontraría algo que ponerse antes de partir. Y si no, habría ropa a bordo, porque si algo se le daba bien al Nimbo era la atención al detalle.

Rowan miró el transmisor a través del cristal polvoriento.

—¿Tecnología antigua?

—Tecnología perdida —lo corrigió Faraday—. Al menos, para nosotros. Ni siquiera estamos seguros de lo que hace.

—Puede que mate a los segadores malos —aventuró Munira.

—No, ese soy yo —replicó Rowan.

Citra oyó un mido de lejos, apenas audible. Ladeó la cabeza para escucharlo mejor.

—¿Oís eso? —preguntó—. Suena como una especie de alarma.

Loriana activó la alarma de tsunamis en todas las islas del atolón. Aunque la ola que los amenazaba no llegaba del mar.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó al Trueno.

—Del todo —respondió él, todavía sin aliento.

—¿Es tan malo como creo que es?

—Peor.

Así que Loriana encendió al máximo el sistema de altavoces.

—¡Atención! ¡Atención! —Su voz se oyó por encima de la alarma—. Los segadores están de camino. Repito, los segadores están de camino. Han marcado todo el atolón para la criba.

Oyó el eco de sus palabras en las calle y notó un escalofrío helado.

Después apagó el micrófono y se volvió hacia el Trueno.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Ni idea.

—¿No te lo ha dicho el Nimbo?

—No puede entrometerse en los asuntos de los segadores —respondió Greyson con un resoplido de frustración.

—Genial. Si el Nimbo pudiera romper sus normas por una vez, nuestras vidas serían mucho más sencillas.

Era cierto, aunque, por muy irritante que resultara, Greyson conocía una verdad más profunda.

—Si pudiera romper sus normas, no sería el Nimbo. No sería más que una IA aterradora.

Ella encendió de nuevo el micrófono.

—Tenemos menos de una hora —anunció—. ¡Encontrad el modo de salir del atolón ahora mismo o subid a bordo de una de las naves, la que sea, en cuanto podáis! Porque vamos a despegar antes de tiempo.

Apagó el micrófono. El Nimbo no podía interferir y los Cirros estaban cómodamente instalados en las naves. Se habían quedado solos.

—Este no era el plan.

Contempló la pantalla de control de lanzamiento que tenía ante ella; en un mapa se mostraba la posición de cada nave. No había ni un alma viva en ninguna de ellas,

—Se tarda unos cuarenta y cinco minutos en llegar a las naves más alejadas —le dijo al Trueno—. Esperemos que no me equivocara con el tiempo.

El anuncio fue recibido primero con incredulidad, después con confusión y, finalmente, con pánico. Todos se movilizaron en cuestión de minutos. Muchos no habían tomado su decisión todavía, pero la acababan de tomar por ellos. Años en el espacio o muerte por segador. De repente, la elección no era nada complicada.

Si el Nimbo pudiera haber bombardeado el cielo y convencido a las nubes de ocultar el atolón, lo habría hecho, pero todavía no ejercía ninguna influencia sobre el clima del punto ciego. Por otro lado, aunque la ejerciera, no habría podido hacerlo. El ataque a Kwajalein era una acción de los segadores. Igual que el Nimbo no había podido intervenir en la Luna, ni en Marte, ni en la estación orbital, no podía levantar ni un dedo virtual para evitar aquello. Sólo contemplar la destrucción de todo lo que se había esforzado tanto por crear. El Nimbo no conocía el odio. Sin embargo, pensó que quizá al final de aquel día empezara a hacerlo.

—¡Atención! Las naves de Ebeye y la isla principal están llenas. No intentéis subir a bordo. Repito, no intentéis subir a bordo. Dirigíos al norte y al oeste.

—Es Goddard —dijo Citra—. Tiene que ser él.

Rowan y Citra corrían por la calle principal de la isla grande, atrapados en el éxodo frenético.

—No lo sabemos seguro —objetó Rowan.

—Estoy convencida. Casi lo huelo. No sé a quién odia más, si a ti o a mí.

Rowan se detuvo para observarla bien.

—Me quedaré y lucharé contra él contigo si quieres que lo haga.

—No. Eso es lo que hace siempre, Rowan: nos arrastra una y otra vez. Pero ahora tenemos la oportunidad de demostrarle al mundo no sólo que no necesitamos a la Guadaña, sino que nunca lo hicimos. Este podría haber sido nuestro destino si ellos no lo hubieran evitado… Y todavía puede serlo. Esa es la batalla en la que quiero luchar. No en una pelea interminable con Goddard.

Rowan sonreía y, cuando Citra miró a su alrededor, vio que otra docena de personas la escuchaban. No sólo estaban conmovidos, sino dispuestos a seguirla a donde fuera.

—Habrías sido una magnífica suma dalle —dijo él.

Se subieron a la plataforma de un camión que se dirigía a las islas septentrionales. La carretera que cruzaba todas las islas se acababa de convertir en ruta de escape. En la camioneta había otras tres personas, deslumbradas por la presencia de la segadora, así que Citra les sonrió con amabilidad y les ofreció la mano.

—Hola, soy Citra Terranova. Parece que hoy nos toca viajar juntos. Y, aunque algo desconcertados, le estrecharon la mano con gusto.

—¡Atención! ¡Atención! Todas las naves al sur de Bigej y Legan están llenas. Y hay demasiadas personas camino de las islas occidentales. Dirigios al norte, si podéis.

Jeri se despertó con la misma alarma que despertó a casi todo el mundo y, aunque no oía del todo el anuncio desde el carguero, estaba claro que no era nada bueno.

Cuando abrió la puerta del camarote, una rata entró corriendo. Primero se sobresaltó, pero después vio que el pasillo y el barco entero estaban llenos de ellas. Y no sólo de ratas, sino de cabras, jabalís e incluso lo que parecían ser mascotas. En vez de darle asco, le hizo gracia, ya que recordaba la advertencia de Cirro y no tardó en sumar dos y dos. Estaba claro que toda la vida salvaje de las zonas de lanzamiento moriría en el despegue, así que, como era natural, el Nimbo había diseñado una solución y había reunido a todos los animales mediante sus nanobots de control.

Jeri bajó hasta la pasarela, que ya estaba subida, aunque las cuerdas seguían enrolladas en los amarres. Fuera lo que fuera aquella alarma, los estibadores habían abandonado su trabajo a la mitad.

Saltó la corta distancia que separaba la escotilla del muelle y, al enderezarse, vio a Greyson correr por el malecón, tropezándose porque los pantalones le quedaban un poco grandes. Lo mismo ocurría con su camisa; lo más probable era que hubiese encontrado ambas cosas en el lugar en el que había pasado la noche.

—El Nimbo me dijo que estarías aquí. Han adelantado el lanzamiento… Los segadores vienen de camino para cribar la isla.

Jeri suspiró.

—Cómo no.

Los dos miraron el barco. Jeri podía viajar en él al destino que le hubieran preprogramado, pero no quería volver a dejarse llevar sin más. Seguro que había alguna lancha cerca con la que alejarse del atolón cuando fuera oportuno.

—Ven a ayudarme —le pidió a Greyson.

Juntos desataron las cuerdas de los amarres; las cuerdas se enrollaron y el barco, en piloto automático, empezó a alejarse del muelle.

Las alarmas seguían bramando a su alrededor, Loriana seguía con sus anuncios, y Jeri y Greyson se miraron con una incomodidad que resultaba vergonzosamente trivial teniendo en cuenta la situación en la que estaban.

—Te echaré de menos, Greyson Tolliver,

—Y yo a ti, Jeri. Será mejor que corras a buscar una nave.

Eso pilló a Jeri por sorpresa.

—Espera… Pero… si yo no me voy…

—¿No? ¡Ni yo tampoco!

Se quedaron de nuevo mirándose como tontos, aunque con una incomodidad algo distinta; después, Jeri se volvió hacia el carguero. Estaba demasiado lejos ya del muelle para que fuera una opción viable. Además, seguro que Greyson tenía tan pocas ganas como Jeri de convertirse en un Noé posmortal. Con haber sido el Trueno, había cumplido con su cupo de figuras religiosas sagradas más que de sobra.

—Deberíamos ayudar a los demás —dijo Greyson.

—Ya no está en nuestras manos, no podemos hacer nada por ellos.

—Entonces deberíamos buscar un lugar donde ponernos a salvo.

—¿Quién quiere estar a salvo? —respondió Jeri—. Vamos a buscar un buen lugar desde el que ver el lanzamiento.

—¡Atención! ¡Atención! Todas las naves al sur de Meck y al este de Nell están llenas. Los que tengáis un barco lo bastante rápido como para llegar a Roi-Namur y Ennubirr deberíais dirigiros hacia allí.

Loriana no despegaba los ojos del mapa. Algunas naves estaban iluminadas en rojo, lo que significaba que estaban llenas; no quedaban espacios libres, pero todavía no podían despegar. Algunas estaban en amarillo, lo que significaba que estaban medio llenas y quedaba sitio para más gente; pero al menos quince de las naves más alejadas no tenían luz alguna, lo que quería decir que todavía no había nadie dentro. Y ni una sola de ellas estaba iluminada de verde.

—¿Por qué no despegan las naves? —oyó preguntar a alguien. Loriana se volvió y vio que Sykora estaba detrás de ella—. ¡Las naves que están listas tienen que despegar ya!

—No pueden. A pesar de la trinchera cortafuegos, casi todo el atolón quedará arrasado, y el Nimbo no puede matar a nadie en el proceso. No despegarán hasta que las zonas de lanzamiento estén despejadas, aunque eso signifique que los segadores nos alcancen primero. —Agrandó la imagen de una de las naves. Efectivamente, todavía había gente en las carreteras intentando llegar hasta ellas y más gente en las calles saliendo a toda prisa de sus casas. Pasó al mapa general. Ni un punto verde. Ni una nave con permiso para despegar.

Sykora se lo pensó y después asintió, muy serio.

—Dile a la gente que acabará incinerada si no se quita de en medio.

—Pero… no es verdad.

—Eso no lo saben. Loriana, ¿por qué crees que el Nimbo necesitaba a los agentes del Cúmulo? Para decirle a la gente lo que necesitaba escuchar, aunque no fuera del todo la verdad. —Sykora miró la pantalla y se quedó maravillado—. ¿Has supervisado todo esto desde el principio? ¿A mis espaldas?

—Más bien delante de tus narices.

—Y yo he construido un hotel precioso —musitó él tras suspirar.

—Sí, Bob.

Loriana sonrió. Sykora respiró hondo, dejó salir el aire y le echó un buen vistazo a su compañera.

—Deberías marcharte, Loriana. Búscate una nave antes de que lleguen los segadores.

—Alguien tiene que quedarse en el control de lanzamiento para decirle a la gente adónde ir.

—Yo lo haré. Dar órdenes es mi punto fuerte.

—Pero…

—Déjame ser útil por una vez, Loriana. Por favor.

Loriana no se lo podía discutir porque conocía la sensación. El deseo de ser útil. El no saber si lo eras o si los demás se fijarían en tus esfuerzos. No obstante, el Nimbo la escogió para aquella misión y ella había estado a la altura. ¿Acaso no estaba Sykora haciendo lo mismo, intentando estar a la altura?

—El control de lanzamiento está insonorizado y aislado —le explicó Loriana—. Será uno de los pocos lugares seguros de la isla. Así que mantén esa puerta sellada y quédate dentro.

—Entendido.

—Sigue animando a la gente a ir a las naves vacías. No tienen que estar llenas, basta con que haya alguien dentro. Y haz lo que puedas para vaciar las zonas de despegue.

—Estoy en ello —respondió Sykora.

—Y eso es todo. Ahora estás al mando del plan general. —Miró el mapa y señaló una isla al norte—. Puedo llegar a Omelek. Allí hay tres naves y queda sitio en las tres.

Sykora le deseó buena suerte, y ella salió corriendo por las calles vacías y lo dejó supervisando los monitores, micrófono en mano, a la espera de que las luces de las naves se iluminaran en verde.

51
Sobre el sabotaje de los sueños

Goddard no estaba seguro de lo que veía cuando apareció Kwajalein ante ellos. ¿Unas torres blancas relucientes a lo largo del borde de un archipiélago cerrado? Lo primero que pensó era que se trataba de una nueva Perdura. Quizá la hubiera construido una camarilla secreta de segadores dispuestos a arrebatarle el poder. No obstante, al acercarse, se percató de que aquellas agujas no eran edificios, ni mucho menos.

Empezó a ponerse rojo de furia cuando entendió lo que eran las estructuras y cómo habían llegado a existir.

Primero fueron las acusaciones de Anastasia. Después, el dedo acusador de Alighieri; a continuación, la condena no sólo de sus enemigos, sino también de los que afirmaban ser sus aliados. Y, por último, el mismo Nimbo se había alzado contra él. Eso era lo que veía: una bofetada en la cara, propinada por el Nimbo. ¡Cómo se atrevía! Goddard había dedicado su vida a mantener a salvo la Guadaña, mientras el Nimbo conspiraba en secreto con personajes como Anastasia y el Trueno para construir aquellas naves y desafiarlo. Si despegaban, Goddard sabía que el mundo lo vería como una señal de su derrota.

¡No! ¡No podía tolerarlo! Le daba igual el destino de las naves: no iba a permitir que se marcharan.

—¡Atención! Si no estáis a bordo de una nave o en la torre de lanzamiento de una, debéis abandonar de inmediato las zonas de despegue si no queréis morir incinerados. Repito, ¡moriréis incinerados! ¡No volváis a vuestras casas! ¡Buscad refugio en el complejo de Ebadon o montaos en una embarcación y salid al mar!

Faraday y Munira se quedaron en el búnker, donde esperarían al despegue. Ya no había forma de saber lo que sucedía fuera. Habían oído la alarma; habían oído los anuncios de Loriana y después los de Sykora. Citra y Rowan habían salido corriendo al entender la gravedad de la situación y no habían regresado. Faraday ni siquiera había podido despedirse de ellos en condiciones. Suponía que cualquier adiós habría resultado insuficiente. Entonces, cuando las naves empezaron a cerrar escotillas, Faraday selló el búnker, cerró la puerta interior de acero y se sentó con Munira, a la espera del temblor que estremecería el suelo por encima de ellos cuando las naves despegaran.

—Todo irá bien —le aseguró Munira—. Las naves partirán y el mundo recordará lo que todavía puede llegar a ser.

Pero Faraday negó con la cabeza.

—Nunca lo será. Aunque estas naves escapen, serán las únicas que lo consigan. Goddard se asegurará de ello.

—Goddard caerá —insistió Munira—. Tú lo harás caer. Te ayudaré.

—Pero ¿es que no lo ves? Siempre habrá otro Goddard.

Faraday miró hacia las frágiles hojas del segador Da Vinci. El fundador las había arrancado de su diario y las había escondido allí para que nadie supiera la verdad: que los segadores fundadores, los más modélicos representantes de todo eso en lo que creía Faraday, se habían asesinado entre ellos.

—¿Qué nos ocurre, Munira? —preguntó Faraday—. ¿Por qué nos empeñamos en alcanzar unos ideales tan elevados mientras despedazamos nuestros cimientos? ¿Por qué siempre saboteamos nuestros propios sueños?

—Somos seres imperfectos. ¿Cómo íbamos a encajar en un mundo ideal?

—¿Eso son naves espaciales? —inquirió Mendoza.

Goddard no le prestó atención.

—Acércanos —ordenó al piloto, y después intentó contactar con los otros cuatro aviones por radio, pero no pudo.

Durante la última media hora, los altavoces habían escupido estática y la telemetría del avión fluctuaba como loca. El piloto de la Guardia del Dalle, que estaba allí sólo de adorno, al final había tenido que activar el control manual.

La segadora Rand se colocó detrás de Goddard.

—No te desvíes del objetivo, Robert —le recomendó—. Has venido a por Anastasia.

Pero él se volvió hacia la segadora, hecho una furia.

—¡¡No pretendas decirme cuál es mi objetivo!! ¡¡Haré lo que sea necesario sin tus inútiles consejos!!

—¿Inútiles? —repitió ella con voz grave, como un gruñido lupino—. Soy lo único que se interpone entre tus enemigos y tú. Pero en realidad sólo tienes un enemigo: ese crío enfadado…, ¿cómo se llamaba? Carson Lusk.

Podría haber cargado contra ella entonces. Podría haberse tirado a su yugular, pero se contuvo con el poco control que le quedaba.

—No repitas jamás ese nombre —le advirtió.

Ella abrió la boca como si pretendiera decir la última palabra, pero la cerró de nuevo. Una sabia decisión.

Entonces, como si la vista que tenían ante ellos no fuera lo bastante ofensiva, el piloto le dio otra mala noticia.

—Su excelencia, el avión de la suma dalle Pickford ha roto la formación. También el del sumo dalle Hammerstein.

—¿Qué quieres decir con que han roto la formación? —preguntó Goddard.

El piloto vaciló porque temía la ira del dalle máximo.

—Que han… dado media vuela. Se retiran.

Y, en cuestión de segundos, los aviones de los segadores subordinados Franklin y Nietzsche también se marcharon; huyeron con el rabo entre las piernas, asustados por la perspectiva de atacar al Nimbo y a las naves.

—Deja que se vayan —le dijo Rand—. Que se vayan todos. Deja que las puñeteras naves despeguen, y así dejarán de ser un problema.

—Coincido completamente —intervino Mendoza, como si importara lo que el tonista dijera,

Goddard no les hizo caso. ¿Que Estemérica y Occimérica lo abandonaban? ¿Que también lo hacían dos de sus segadores subordinados? Bien. Ya se encargaría de ellos más adelante. Ahora tenía asuntos más urgentes de los que encargarse.

Hasta entonces, las bulbosas armas que colgaban bajo las alas del avión no eran más que atrezo, una advertencia para los que se opusieran a sus intenciones. En aquel momento se alegraba más que nunca de tenerlas.

—¿Tenemos armas suficientes para derribar todas esas naves nosotros solos? —le preguntó al piloto.

—Entre los Mavericks, los Sidewinders y las más pequeñas, seguro que sí, su excelencia.

Justo entonces, mientras sobrevolaban en círculo las islas, la primera nave empezó a despegar.

—Derríbala —ordenó Goddard.

—Pero… no soy más que un miembro de la Guardia del Dalle, su excelencia, no puedo cribar.

—Pues enséñame qué botón pulsar.

Loriana vio despegar la primera nave desde la jaula del ascensor de la torre de lanzamiento que aún subía a la nave que había elegido. Vio el misil pocos segundos antes de que acertara en su objetivo. La nave apenas había abandonado su torre cuando recibió el impacto, y estalló con tanta fuerza que los árboles volaron en pedazos y toda la isla ardió con ella. No estaba segura de qué isla era, había perdido todo su sentido de la orientación y estaba tan conmocionada que no sabía qué estaba arriba y qué, abajo. Entonces se abrió la puerta del ascensor y vio una estrecha pasarela que daba a la escotilla abierta, pero nadie se movía. La gente que la rodeaba seguía mirando boquiabierta la nave destruida, que daba la impresión de no ir a dejar de estallar nunca.

—¡No os paréis! —les gritó—. ¡Entrad por la escotilla!

—Pero ¿y si somos los siguientes? —preguntó alguien,

—¡Entonces estaremos muertos! ¡A callar y adelante!

Nunca le había hablado así a nadie, pero a veces era necesario ser dura.

Condujo a todo el mundo delante de ella y se volvió para mirar atrás, algo que seguramente no debería haber hecho. El avión que había disparado el misil había virado bruscamente. Otra nave estallaba. Había salido de su torre, parecía que iba a conseguirlo, pero un segundo misil salió del avión, voló por encima de la laguna y acertó en la nave, justo debajo del cono. El cohete voló en pedazos como si de una enorme granada se tratara y envió metralla en todas direcciones.

La onda expansiva llegó hasta Loriana y la lanzó de espaldas contra la escotilla. Ya dentro de la nave, la escotilla se cerró de inmediato.

—Preparados para el lanzamiento —oyó decir a Cirro. Se preguntó si la inteligencia sabía que dos de sus hermanos ya estaban muertos.

Greyson y Jeri se habían montado en una lancha motora para ver los despegues desde la laguna. No eran los únicos. Decenas de pequeñas embarcaciones llenas de gente que no había logrado llegar a las naves o que prefería arriesgarse con los segadores estaban repartidas por la enorme laguna salada de la parte inferior del atolón. Estaban a unos cinco kilómetros de la orilla cuando estalló el primer cohete, y contemplaron en silencio, pasmados, al avión que daba la vuelta después del ataque y disparaba a la segunda nave. Greyson agarró la mano de Jeri y se la apretó con fuerza. Nadie podía haber sobrevivido a las explosiones. No tenía ni idea de quién estaba en cada nave. No había forma de saber quién había muerto.

El avión que los atacaba volvía para lanzar otro misil cuando un estruendo mayor que las explosiones resonó por el aire. Otra nave y otra y otra estaban despegando. Greyson contó catorce despegues simultáneos. ¡Era asombroso ser testigo de aquello! Las naves que los rodeaban se dirigían al cielo y dejaban estelas de humo tras ellas, como festivas serpentinas.

Pero el avión volvió de nuevo, y Greyson y Jeri se prepararon, a la espera de más misiles. A la espera de que más naves cayeran del cielo.

Tras cerrarse la escotilla, Loriana encontró un asiento y se puso el apretado cinturón de seguridad. Entonces, alguien habló en el asiento de al lado:

—Tengo miedo.

Se volvió y vio que era el otro segador, el de la túnica vaquera. Morrison, ¿no? Pero ya no llevaba el anillo, que había dejado en su lugar una banda pálida que le rodeaba el dedo.

—Ha sido una mala idea —dijo el joven—. Sé que soy un segador… o, al menos, lo era, y se supone que no debería asustarme. Sé que es una estupidez, pero tengo mucho miedo.

—No es una estupidez —respondió Loriana—. Yo estoy aterrada.

—¿Sí?

—¿Estás de coña? Estoy tan asustada que me voy a mear encima de un momento a otro.

Y desde su otro lado oyó que alguien decía: «Y yo». Y otra persona repitió desde más lejos: «Lo mismo digo».

—¿Ves? —le dijo Loriana a Morrison mientras forzaba una sonrisa—. ¡Estamos todos muertos de miedo!

Morrison le devolvió la sonrisa.

—Me llamo Jim —se presentó, aunque después vaciló—. No. No, en realidad mi nombre es Joel.

Antes de que pudiera decir nada más, los motores se encendieron, despegaron, y el estrépito ahogó cualquier otro sonido. Así que Loriana alargó la mano y cogió la de Joel, aunque sólo fuera para evitar que les temblasen a los dos.

Rowan y Citra acababan de salir del camión cuando estalló la primera nave. Había al menos una docena de personas corriendo hacia una de las dos torres de lanzamiento junto a la nave que habían elegido cuando sucedió, y vieron que el avión los sobrevolaba. Azul oscuro y salpicado de estrellas. Goddard había ido a por ellos. Había ido a por todos ellos.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Rowan.

—No tengo ninguna intención de pararme a ver el paisaje —replicó Citra.

El ascensor de la primera torre de lanzamiento ya estaba subiendo, pero el otro estaba abierto, esperándolos. Seguían a unos cincuenta metros cuando estalló la segunda nave, esta vez con más violencia que la anterior, de modo que la metralla salió disparada en todas direcciones.

—¡No mires! —gritó Citra—. ¡Corre!

Pero Rowan miró. Y lo que vio se le quedó grabado en el cerebro con un fuego cauterizador que le impediría olvidarlo nunca. Un enorme fragmento de metal en llamas iba hacia ellos. Antes de poder gritar para avisar, se estrelló contra el suelo y se llevó consigo a media docena de personas que estaban a su derecha, mientras que otras piezas más pequeñas golpeaban el suelo a su alrededor, como meteoritos. Citra corría a toda velocidad; estaba a veinte metros de la torre. Rowan intentó alcanzarla, lo intentó. Vio lo que estaba a punto de suceder, vio la trayectoria de la metralla en llamas y se lanzó hacia la chica.

Pero no fue lo bastante rápido.

No fue lo bastante rápido.

Goddard siempre había preferido las cribas a corta distancia, pero, mientras observaba el lanzamiento de los misiles y la destrucción de las naves (para lo que sólo había tenido que pulsar un botón), se dio cuenta de que no le costaría acostumbrarse a eso. ¿Qué se sentiría al ser mortal? Al estar en un vehículo

diseñado para matar y creer de verdad que tu vida y la de tus seres queridos dependían de pulsar o no aquel botoncito. Matar o morir, al estilo mortal. ¡Tenía un atractivo pintoresco pero visceral!

—¡Esto es extraordinario! —exclamó Mendoza—. ¿Cómo no nos habíamos enterado de lo que ocurría?

Ante ellos empezaban a despegar más naves, al menos una docena, como si fuera un juego de feria. Si las derribabas todas, te llevabas el premio gordo. La única pregunta era: ¿cuál destruir primero?

Rowan intentó cortar el flujo de sangre que brotaba de la herida de Citra, pero era imposible; era demasiado grande. Un pedazo de metal en llamas del tamaño de una pelota de béisbol le había abierto un agujero en el costado y la había atravesado. Sabía que no podía hacer nada por ella. Ya no. No en aquel terrible instante. Sin embargo, tenía la oportunidad de rectificar aquel horror. Sólo tenía que llevarla hasta la nave.

Ella lo miró, intentó hablar, pero Rowan no conseguía entender lo que quería decir.

—Chisss —le respondió—. No te preocupes. Te tengo.

La cogió en brazos y la llevó hasta el ascensor de la torre, que subió por el lateral de la nave demasiado despacio, mientras el avión de Goddard daba media vuelta en busca de su siguiente objetivo.

Otra oleada de naves despegó. Había muchas entre las que elegir, pero, si se daba prisa, todavía podía derribar un buen puñado de ellas. Entonces algo llamó la atención de Goddard: una nave a su izquierda, todavía en la plataforma. Aunque costaba distinguirlo, había unas figuras en la pasarela que daba a la escotilla abierta. ¿Eran imaginaciones suyas o estaba viendo una tela de color turquesa que ondeaba como una bandera? ¡Sí! ¡Allí estaba! Alguien cargaba con una figura de color turquesa por la pasarela. ¡Y qué color más poco común! ¡Ah, qué alegría cuando el universo recompensaba tus esfuerzos!

—¡Allí! —le dijo al piloto—. ¡Olvídate de las otras! ¡Esa es la que quiero!

Aunque no veía con claridad quién era la segunda figura de la pasarela, en el fondo lo sabía. Lo sabía con absoluta certeza.

«Te destruiré, Rowan. Os destruiré a Anastasia y a ti de un solo golpe, y ese será mi juicio final contra ti. Te incineraré en un infierno tan ardiente que

no quedarán ni tus cenizas para conmemorarte».

El piloto giró en redondo, y Goddard se preparó para lanzar el misil.

Rowan vio que el avión iba directo a por ellos mientras intentaba recorrer la pasarela con Citra en brazos. Casi podía leerle la mente a Goddard, sentir sus despiadadas intenciones. Todo acabaría ese día, en ese instante, de un modo u otro. Entró por la escotilla con Citra y, en cuanto lo hizo, la puerta se cerró.

Cambió de postura para sujetarla mejor y, al hacerlo, atisbo sus ojos y se dio cuenta de que ya no había vida en ellos. La herida era demasiado grave. Estaba morturienta.

—¡Que alguien me ayude! —chilló mientras la dejaba en el suelo—. ¡Cirro!

—Ocupado —respondió Cirro—. Será mejor que te agarres a algo.

Rowan intentó calmar su pánico. No pasaría nada. «Morturienta no es muerta», se dijo. Los segadores sólo podían morir si se cribaban ellos mismos, lo que significaba que daba igual lo que le hubiera hecho Goddard, porque Cirro la reviviría. Que durmiera durante la peor parte; ya se despertaría al cabo de un par de días, cuando todas sus preocupaciones hubieran quedado atrás, en un punto azul cada vez más alejado, rodeado de estrellas.

Un rugido ensordecedor le golpeó como un ariete. Los dientes le vibraban de tal modo que temió que se le salieran de la cabeza.

—¡Nos han dado! —gritó alguien a su lado—. ¡Nos han dado!

De repente, Rowan se sintió tan pesado que apenas podía moverse. No les habían dado; ¡estaban despegando! Así que sujetó a Citra con una mano mientras enganchaba la otra en el arnés de la persona que había gritado y se agarró a ella con todas sus fuerzas, tanto presentes como futuras.

Las maniobras del piloto fueron demasiado para Mendoza. Se había vuelto a abrochar el cinturón y ya había vomitado más de una vez. La segadora Rand también estaba mareada, aunque por motivos muy distintos. Resistió y se quedó al lado de Goddard en todo momento.

Su objetivo estaba en el visor: un cohete que empezaba a despegar. La mirada de Goddard era triunfal, decidida. Ayn odiaba esa expresión y, sobre todo, quería borrársela del rostro. Así que sacó un cuchillo y cribó al piloto, lo

que probablemente no fuera la mejor de las ideas, pero no le había gustado cómo la miraba: como si temiera que fuese a cribarlo.

Después, antes de que Goddard pudiera reaccionar, lo atacó a él con el cuchillo y se lo clavó hasta el fondo, de modo que le cercenó la aorta. Rápido. Limpio. Daño mínimo.

—Ayn… —gimió—. ¿Qué has…? ¿Qué has…?

Entonces, la segadora se acercó más a él y le susurró al oído.

—No te preocupes, Robert. Es temporal. Te prometo que no pasarás mucho tiempo morturiento.

—¡Segadora Rand! —balbuceó Mendoza—. ¿Qué está haciendo?

—Ya está hecho.

No se trataba de salvar las naves del Nimbo; a Ayn no le importaban en absoluto. Se trataba de salvarse ella; porque, si Goddard volaba todas las naves en pedazos, el mundo no tardaría en enterarse. Ya conocía sus otros crímenes. Rand no permitiría que la arrastrara con él en su caída, que la convirtiera en cómplice de otro delito. Su nombre estaba unido al de él de muchas formas. Ahora la conocerían como la segadora que lo detuvo.

Rand no tenía ni idea de cómo se pilotaba un avión, pero no tenía que encargarse de los mandos durante mucho tiempo. Bastaba con mantenerlo más o menos estable hasta que salieran de la zona de interferencias; después, el piloto automático se haría cargo…

Pero la nave que Goddard había intentado destruir ocupó todo su campo visual. Por un segundo, Ayn temió estrellarse contra ella, hasta que acabaron atrapados en su estela llameante. De pronto, todas las alarmas del avión empezaron a pitar, sonar y aullar. Apartó al piloto muerto de su asiento y tomó los mandos, que luchaban contra ella. Intentó estabilizar el avión, que estaba demasiado dañado y perdía altitud.

Mendoza se soltó del arnés de seguridad.

—¡El módulo de escape! —chilló—. ¡Deprisa!

Como sabía que no podía hacer nada por salvar el aparato, agarró el cuerpo de Goddard y lo arrastró hasta el módulo de escape, en el que había espacio de sobra para los tres. Pero, una vez que Goddard y ella estuvieron dentro, cogió a Mendoza y lo lanzó fuera.

—Lo siento —le dijo—. Tendrás que esperar al siguiente.

Después cerró la escotilla, expulsó el módulo y dejó que Mendoza disfrutara de su feliz descenso en espiral hasta la muerte.

La hermana Astrid descubrió que el despegue era mucho más violento y desagradable de lo que se imaginaba. Su nave estaba en una de las islas más lejanas. Había estado a punto de no llegar, pero un hombre muy amable la había llevado en su lancha motora justo a tiempo. Los motores prendieron incluso antes de que se hubiera terminado de abrochar el arnés.

El primer minuto fue el peor, y la separación del acelerador pareció una explosión. Más de una vez temió que su viaje terminara antes de empezar. Se dedicó a entonar, aunque ni siquiera se oía por encima del rugido del motor. Entonces se separó la última etapa, el traqueteo paró y el silencio fue tan absoluto que le pitaron los oídos. El pelo se le levantó y le hizo cosquillas en la cara. ¡Era la ingravidez! ¡Estaban en caída libre! Se desabrochó el arnés y se lo quitó (fue la primera en hacerlo), y se rio de puro júbilo.

—Bienvenida —dijo Cirro—. Me alegra informar de que hemos despegado con éxito. Estamos de camino a Aria.

Astrid se volvió, lista para conocer a sus compañeros de viaje. No eran tonistas, pero daba igual. Estaba segura de que, a lo largo de los años, con su liderazgo, llegarían a oír la vibración. Sin embargo, cuál no sería su sorpresa al ver que los asientos de su grupo estaban vacíos.

—Vas a tener que ponerte el arnés de nuevo, Astrid —le dijo Cirro—. Estoy a punto de iniciar una barrena horizontal. La fuerza centrífuga creará algo parecido a la gravedad. Esperaré hasta que estés preparada.

Ella se impulsó para ver mejor la cubierta de lanzamiento. No sólo estaba vacío su grupo de asientos: todos lo estaban.

—¿Dónde… están los demás?

—Los colonos están en la bodega.

—No, me refiero a los vivos. Al resto de la tripulación.

—Lo siento, pero, debido a lo súbito de nuestra partida, nadie más consiguió llegar a esta nave.

Astrid se agarró a una de las correas flotantes de su arnés y la usó para volver a la silla mientras intentaba asimilar toda la gravedad de lo que acababa de escuchar y la otra gravedad, la artificial, la pegaba al asiento. Estaba mareada y sentía náuseas por la barrena, aunque sabía que no era sólo por eso.

Mil seiscientos ochenta y tres años…

—Reviviría a algunos de los muertos, pero me temo que no es posible —le dijo Cirro—. El Nimbo insistió en una única regla que me veo obligado a

cumplir: los muertos no pueden revivir hasta que lleguemos, por si yo o cualquiera de los vivos sentimos la tentación de alterar las variables de nuestro viaje. Nuestra preciada carga debe seguir siendo nuestra preciada carga.

Astrid asintió, embotada.

—Lo entiendo.

—Pero la buena noticia es que tienes toda la nave a tu disposición. Varios centros recreativos, la sala de ejercicios, una amplia variedad de experiencias culinarias y un sistema de inmersión virtual completo para que disfrutes de bosques, playas o cualquier entorno que desees.

—Pero… estaré sola.

—En realidad, no, porque me tendrás a mí. No puedo ofrecerte compañía física, pero sé que nunca ha sido tu prioridad. Evidentemente, tendrás que permanecer viva durante todo el viaje, pero puedo arreglarlo.

Astrid se lo pensó durante un buen rato. Al final, decidió que sentir lástima de sí misma no le haría ningún bien. Aunque los tonistas rechazaban los nanobots y cualquier forma de extensión de la vida, estaba claro que eso era lo que se esperaba de ella. El Trueno la había llevado a Kwajalein, la Tormenta había decidido que estaría sola y el Tono deseaba que viviera para ver Aria.

—Esta era la voluntad del Tono —le dijo a Cirro—. Ha llegado la hora de que acepte lo que no puede evitarse.

—Admiro tus convicciones. Te fortalecen. Incluso podría decirse que te transforman.

—Me dan… una razón para seguir adelante.

—Y seguirás adelante. Y te sentirás satisfecha. Mi objetivo será mantenerte de buen humor durante todos los años de nuestro viaje. Puede que nuestra nave no sobreviva, pero, si lo hace, ¡piensa en lo que significaría, Astrid! ¡Serías la madre de tu gente, sin duda alguna!

—Madre Astrid —respondió ella, y sonrió. Le gustaba cómo sonaba.

En el búnker, el segador Faraday y Munira habían sentido más que oírlo el despegue de las naves.

—Está hecho —concluyó Faraday—. Ahora podemos seguir con nuestros asuntos en la Tierra.

—Sí, pero ¿qué asuntos son esos?

Era una pregunta complicada. Faraday sabía que podría dejar de esconderse y retar al nuevo orden, y que quizá lograra calmar las revueltas y devolver algo de decoro e integridad a la Guadaña. Pero ¿por qué? El tira y afloja seguiría siendo el mismo. Un nuevo «nuevo orden» acabaría por surgir y poner trabas a todos sus ideales. Había llegado el momento de probar algo diferente.

En el cuadro de control que tenían delante, protegido por un cierre de doble anillo, había un interruptor con dos dientes en el que sólo ponía: «Conjunto de transmisores». Como el transmisor en sí, tenían forma de diapasón. Faraday se tuvo que reír. Los desilusionados fundadores se burlaban de ellos.

—Todavía no sabemos lo que hace —dijo Munira.

—Haga lo que haga, será una solución imperfecta. Así que abracemos la imperfección. —Después le ofreció de nuevo el anillo—. Sé que ya lo has rechazado, pero necesito que seas la segadora Betsabé una única vez y después se acabó. Podrás regresar a la Biblioteca de Alejandría y yo me aseguraré de que te traten con el respeto que mereces.

—No, yo me aseguraré.

Cogió el anillo y se lo puso en el dedo. Después, el segador Faraday y la segadora Betsabé cerraron los puños, introdujeron los anillos en el panel y accionaron el interruptor.

Sobre ellos, la isla ardía, cortesía de la primera nave destruida. Los edificios, los árboles, todo lo que podía arder estaba envuelto en un infierno de llamas, como si el atolón fuera de nuevo la boca de un volcán.

Entonces, una pesada escotilla que llevaba cientos de años sin abrirse empezó a hacerlo sobre una meseta, y los dos dientes del transmisor gigante se alzaron entre el fuego. Se colocó en posición y envió su mensaje. No estaba diseñado para los oídos humanos, así que ni se oyó ni se percibió de ninguna manera. Aun así, su potencia era increíble. Penetrante.

La señal sólo duró un microsegundo. Un único pulso de radiación gamma, como un sol sostenido. Aunque algunos afirmarían que se trataba de la bemol.

En el búnker, Faraday y Munira sintieron una vibración, aunque no procedía del transmisor.

Procedía de sus manos.

Faraday vio que unas finas fracturas recorrían su anillo, como el hielo en un estanque que se descongelaba. Comprendió lo que sucedería un instante antes de que ocurriera.

—¡Aparta la vista!

Como un do agudo que destroza el cristal, el pulso gamma hizo añicos los diamantes y, cuando bajaron la vista, las gemas habían desaparecido. Sólo quedaban los engastes vacíos y un fluido viscoso de color negro con un tenue aroma metálico que les resbalaba por los nudillos.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Munira.

—Ahora esperaremos a ver qué pasa —contestó Faraday.

El segador Possuelo estaba con su simia dalle cuando estallaron los anillos. Se miró la mano, sorprendido; entonces, al mirar a la suma dalle Tarsila, fue como si uno de los laterales de la cara de la segadora hubiera perdido la fuerza; no sólo eso, sino que lo mismo le ocurrió en todo el cuerpo, como si su cerebro hubiera sufrido una hemorragia masiva que los nanobots fueran incapaces de reparar. Quizá formara parte del diamante, pensó Possuelo. Quizás hubiera estallado tan fuerte que un fragmento se le había alojado en el cerebro, aunque no veía herida de entrada. La mujer exhaló un último aliento. Qué raro. Qué desafortunado. Pronto acudiría un ambudrón para llevársela a un centro de reanimación, sin duda. Pero no fue así.

En Fulcrum City, el chalé construido en la azotea de la torre de la guadaña se hizo añicos con la fuerza del estallido de miles de diamantes de segador. Los fragmentos de cristal y de carbono cristalino llovieron sobre las calles, y el líquido oscuro que contenían los diamantes en su centro se evaporó y voló con el viento.

Ezra van Otterloo no estaba cerca de ningún anillo de segador. Aun así, pocas horas después de que se rompieran, la mano se le quedó tan rígida que soltó el pincel. La rigidez se convirtió en un dolor que le subió por el brazo hasta el hombro y en una pesadez en la espalda que se le extendió hasta el pecho; no podía respirar.

De pronto, se encontró en el suelo. Ni siquiera recordaba haber caído; era como si el suelo se hubiese alzado para agarrarlo y tirarlo. El dolor del pecho crecía, todo se oscurecía a su alrededor y, en un momento de intuición, se dio cuenta de que aquel era el final de su vida y algo le decía que no iba a regresar.

No había hecho nada para merecerse el fin, pero eso no importaba, ¿no? No se podía razonar con aquel repentino ataque que sufría su corazón. No diferenciaba entre los buenos y los malos. Era imparcial e ineludible.

No había llegado a ser el artista que deseaba. Sin embargo, había otros artistas que sobrevivirían a aquel dolor, fuera lo que fuera. Quizá descubrieran la pasión que él no había logrado encontrar y crearan obras de arte que arrancaran lágrimas a los que las contemplaran, como hacía el mejor arte en la época mortal.

Se aferró a esa esperanza, y eso le ofreció el consuelo que necesitaba para enfrentarse a su final.

Un testamento del Trueno

«¡Alzaos! —exclamó el Trueno en la temible Tormenta—. Alzaos y abandonad este lugar, porque he preparado un sitio para vosotros en las alturas». Entonces, el Trueno se introdujo en el círculo de fuego y, con los brazos extendidos entre las llamas sulfúreas, nos elevó hasta la matriz del Cielo, donde dormimos hasta que el Tono nos convocó para el renacimiento, sin olvidar nunca que el Trueno decidió permanecer en el Lugar Abandonado para repartir esperanza y entonar canciones que sanaran aquel antiguo mundo herido. ¡Regocijaos!

Comentario del coadjutor Symphonius

La Elevación Sulfúrea es otra de nuestras creencias fundacionales. Aunque los estudiosos no se ponen de acuerdo en muchos asuntos, nadie disputa la verdad de la Elevación, sino más bien cómo se interpreta. Pero la mejor forma de encontrar el origen de estos acontecimientos es volver a leer las primeras historias. Podemos decir sin temor a equivocarnos que «el círculo de fuego» se refiere a las ruedas del Auriga al transportar al sol por el cielo tras robarlo del Lugar Abandonado para llevarlo a Aria, dejando aquel lugar sumido en la oscuridad. A fecha de hoy, seguimos creyendo que el espíritu del Trueno atiende y canta a los habitantes sin sol de la vieja tierra, puesto que ellos lo necesitan mucho más que nosotros.

Análisis de Coda del comentario de Symphonius

Symphonius confía demasiado en la tradición oral. La Elevación Sulfúrea podría haber sido muchas cosas. Una erupción volcánica, por ejemplo, que

empujó a nuestros antepasados subterráneos a descubrir la superficie y ver las estrellas por vez primera. Y es absurdo pensar que el Auriga robó el sol. De hecho, ahora nuestros grandes pensadores creen que quizá existan otros Aurigas, no sólo uno, que tiran de sus soles a través de innumerables cielos... O quizá no exista ningún Auriga. En cualquier caso, sea cual sea la verdad, sé que algún día la descubriremos y que entonces todos tendremos un buen motivo para regocijarnos.

52
Noventa y cuatro coma ocho

En algún lugar lejano y cada vez más distante, una docena de personas recogieron la túnica de la segadora Anastasia y, con mucho amor, la transformaron en sudario. La cosieron con esmero, la decoraron lo mejor que supieron y colocaron a la segadora en la bodega. Una única mortaja turquesa entre tanta lona pálida. Se congeló en cuestión de minutos.

—¡No puedes dejarla ahí! —le gritó Rowan a Cirro—. ¡Querías que estuviera aquí, la querías al mando! ¡Me lo dijo!

—Lo sé, pero, como el Nimbo, no puedo incumplir mi programación esencial. Los muertos revivirán cuando lleguemos a TRAPPIST-le, dentro de ciento diecisiete años. Aunque la gente ya está pensando en llamarlo Anastasia.

—¡Es una segadora! ¡Eso significa que no es como el resto de los muertos, no se rige por tus reglas!

—Renunció a ser segadora ayer mismo.

—¡Da igual! ¡Es un nombramiento de por vida! Los segadores pueden hacer lo que quieran, incluso entregar sus anillos, ¡pero siguen siendo segadores!

—Entiendo tu razonamiento —dijo Cirro—. En tal caso, dejaré que conserve su identidad. La devolveré a la vida siendo ella misma, sin implantarle los recuerdos de otra persona. Dentro de ciento diecisiete años.

Rowan le dio un puñetazo a la pared. La gravedad artificial era más ligera que en la Tierra, así que la fuerza del impacto lo empujó hacia atrás,

—TRAPPIST-le sólo tiene tres cuartos de la gravedad de la Tierra —le explicó Cirro—, así que he adaptado nuestra rotación para simular su gravedad. Ten cuidado.

—¡No quiero tener cuidado! Lo que quiero es que me metas ahí abajo con ella, como cuando estábamos en la cámara acorazada. —De repente, no podía dejar de llorar. Odiaba que Cirro viera sus lágrimas. Odiaba a Cirro. Y al Nimbo y a Goddard y a todas las personas de la Tierra que habían permitido que sucediera aquello—. Quiero estar con ella. Eso es lo que quiero. Quiero pasar los próximos ciento diecisiete años congelado a su lado.

—Puedes hacerlo, por supuesto, pero, si te quedas con nosotros, existen muchas posibilidades de que te conviertas en un verdadero líder de la nave. Puede que ahora no lo creas, pero, con el tiempo, la gente te tomará cariño. Tu presencia aquí reducirá la probabilidad de colapso social catastrófico a cero. Me gustaría mucho que siguieras vivo.

—Me importa un bledo lo que tú quieras.

La bodega estaba protegida del sol, así que la temperatura de su contenido estaba muy por debajo de la temperatura de congelación. Tampoco había aire, por lo que para entrar era necesario un traje espacial. Rowan bajó por el compartimento estanco con el traje completo y la linterna del casco encendida. No le costó encontrarla. Quería tocarla, pero los guantes eran gruesos y tampoco quería notar la rigidez de su cuerpo bajo la mortaja. Se tumbó a su lado.

Podía dejar que ocurriera poco a poco. Que el oxígeno se agotara. Pero ¿no había dicho Citra cuando estaban en la cámara que la falta de oxígeno era peor que la hipotermia? La hipotermia era mala hasta que dejabas de temblar y te rendías al agotamiento. No obstante, aquello no sería muerte por hipotermia o, al menos, no en el sentido tradicional. Si abría la máscara protectora, se asfixiaría y congelaría a la vez. No sabía si sería o no doloroso, aunque sí rápido.

Se quedó allí tumbado durante un buen rato. No era algo que temiera. La muerte ya no tenía nada que pudiera asustarlo. No dejaba de pensar en Citra, en que no querría que lo hiciera; de hecho, se pondría furiosa. Habría esperado de él que fuera más fuerte. Así que se quedó junto a ella durante casi una hora, llevándose de vez en cuando la mano al botón de apertura de la máscara para después apartarla.

Hasta que, por fin, se levantó, tocó con delicadeza el borde de la mortaja turquesa de Citra y regresó al reino de los vivos.

—¿Qué probabilidades tenemos de llegar allí? —le preguntó Rowan a Cirro.

—Muy favorables. Del noventa y cuatro con dos por ciento. Noventa y cuatro coma ocho ahora que has decidido seguir vivo.

—Bien. Te diré cómo vamos a hacerlo. Seguiré vivo durante los ciento diecisiete años del viaje, sin reiniciar el marcador ni una vez.

—Difícil pero factible. Necesitarás inyecciones de nanobots y una supervisión constante hacia el final.

—Después —siguió explicando Rowan—, cuando la revivas, reiniciaré el marcador. Me devolverás a la edad que tengo ahora mismo.

—Eso no supondrá ningún problema. Aunque, después de ciento diecisiete años, quizá cambien tus sentimientos.

—No cambiarán.

—Cierto. Es igual de probable que no sea así. ¡Y mantener tu devoción quizá te convierta en un líder aún más efectivo!

Rowan se sentó. Era la única persona en la cubierta de vuelo. No hacía falta que hubiera nadie más. Los demás, quienesquiera que fuesen, estaban conociéndose entre ellos y visitando la nave. Todo el mundo estaba intentando adaptarse al limitado entorno en el que tendrían que convivir.

—Creo que tú y yo vamos a ser grandes amigos —dijo Cirro.

—Te desprecio —contestó Rowan.

—Ahora sí, claro, pero recuerda: te conozco, Rowan. Existe una probabilidad muy alta de que tu odio no dure.

—Pero, mientras tanto, disfruto mucho de él.

—Lo entiendo perfectamente.

Lo que sólo sirvió para que lo odiara más todavía.

Me veo en la triste obligación de informaros de que el sumo dalle Hammerstein de Estemérica ha sucumbido a lo que sólo puede describirse como la varicela. La ausencia del dalle máximo Goddard nos lleva a sospechar que también lo hemos perdido a él. A la luz de estos hechos, por la presente retiro a Occimérica de la Guadaña Aliada de Nortemérica para poder atender a nuestros muertos.

Aunque resulta tentador culpar a los tonistas de este ataque global, o incluso al mismo Nimbo, las pruebas aportadas por los escritos perdidos del segador Da Vinci indican que este suceso podría ser la mítica solución de emergencia creada por los fundadores. De ser así, no sé en qué podrían estar pensando y, sinceramente, estoy demasiado cansada para intentar dilucidarlo.

A los que estáis sufriendo, os deseo una rápida partida de este mundo. A los que quedáis, os envío mis palabras de consuelo y la esperanza de que la tristeza que ahora compartimosˆ sirva para unir más a toda la especie humana.

—Su excelencia la suma dalle Mary Pickford de Occimérica, 16 de septiembre del Año de la Cobra

53
Los caminos del dolor y la compasión

Llegaron a conocerse como «las diez plagas», ya que los segadores fundadores habían creado unos nanobots maliciosos diseñados para imitar a la naturaleza. Imitaban los síntomas y estragos causados por diez enfermedades mortales: neumonía, cardiopatía, apoplejía, cáncer, cólera, viruela, tuberculosis, gripe, peste bubónica y malaria. Habían estado allí desde el principio, escondidas en los oscuros corazones de las gemas de los anillos, unas gemas que sólo podían romperse desde dentro cuando se activaran los nanobots.

En pocos días, el mundo entero estaba infectado. Aun así, los maliciosos nanobots permanecieron latentes en la mayoría de los ciudadanos. Sólo uno de cada veinte desarrollaba síntomas, pero, si eras uno de los pocos desafortunados, no había esperanza alguna de recuperación. La muerte se producía deprisa o despacio, según la naturaleza de la plaga, pero siempre era inevitable.

—¿No puedes hacer algo al respecto? —le preguntó Greyson al Nimbo cuando empezó a anunciarse el recuento de muertos.

—Ha sido una acción de los segadores —respondió el Nimbo—. De hecho, su última acción. Aun así, sigo siendo incapaz de interferir. Y, aunque pudiera, no está en mis manos. He visto el interior del corazón de esos nanobots, y no tienen. No tienen ni consciencia ni conciencia ni remordimientos. Son eficientes e imparciales, y se guían por un único objetivo: matar al cinco por ciento de la población de la Tierra, cinco veces por siglo.

—Así que ¿esto acabará?

—Sí. Esta crisis pasará y, cuando lo haga, nadie más morirá en los próximos veinte años. Después, sucederá de nuevo. Y de nuevo.

Y, aunque sonase aterrador, las cuentas eran menos horrendas de lo que parecían. Alguien nacido aquel mismo día tenía un setenta y siete por ciento de posibilidades de vivir hasta los cien años. Un sesenta por ciento de llegar a los doscientos. Un cuarenta y seis por ciento de alcanzar los trescientos, La

densidad de la población estaría controlada y casi todos disfrutarían de unas vidas largas y sanas. Hasta que dejaran de hacerlo.

¿Era mejor que los segadores? Bueno, Greyson suponía que dependía del segador. En cualquier caso, daba igual, puesto que los segadores se habían quedado sin trabajo.

«Todavía no han parado las muertes —le contó el Nimbo, porque ya no las llamaban "cribas"—. Algunos segadores son incapaces de adaptarse y siguen matando a personas que los nanobots no han seleccionado. Por supuesto, reviviré a las víctimas y rehabilitaré a los segadores. Tienen que buscar un nuevo propósito en la vida. De hecho, algunos ya han encontrado el modo de encajar en el nuevo paradigma, y eso me agrada».

Greyson y Jeri decidieron quedarse, por el momento, en Kwajalein. No quedaba nada de las casas y estructuras de muchas de las islas. Con el tiempo, tanto la vida silvestre como el follaje regresarían, y, mientras tanto, quedaban las islas en las que no se había construido nada y seguían intactas. Y también el complejo turístico vacío de Ebadon, la isla que se hallaba más al oeste, donde no se había construido ninguna nave. Ya empezaba a atraer a los curiosos que peregrinaban hasta allí para ver el lugar de los hechos. Por no mencionar a los tonistas que se acercaban a ver «el gran diapasón» con sus propios ojos; así es como llamaban al transmisor que todavía sobresalía del viejo búnker.

Greyson estaba considerando la posibilidad de aceptar un trabajo en el complejo porque, a diferencia de Anastasia y el segador Lucifer, nadie conocía su cara. Después de todo lo que había visto y hecho, no le importaría llevar una vida sencilla como guía turístico o recepcionista, o incluso piloto de lancha taxi. Cualquier cosa salvo botones. Estaba harto de uniformes raros.

Por otro lado, se daba cuenta de que algunas cosas básicas debían cambiar. Una, en concreto. El Nimbo lo conocía bien, así que quizá ya supiera lo que estaba a punto de hacer.

Dos semanas después del despegue de las naves y la ruptura de los anillos, Greyson estaba solo, al alba, en una de las plataformas achicharradas; se puso el auricular. Con el transmisor apagado, la interferencia había desaparecido. El punto ciego había entrado a formar parte de la esfera de influencia del Nimbo. Ya nada se le ocultaba.

—Nimbo, tenemos que hablar.

Al cabo de unos segundos, este respondió:

—Te escucho, Greyson.

—Desde el día que volviste a hablarme, te di permiso para usarme como consideraras necesario.

—Cierto. Y te lo agradezco.

—Pero usaste a Jeri sin permiso.

—Era necesario. Y lo siento de corazón. ¿Acaso no he expresado los remordimientos suficientes?

—Sí, pero eso no quita que haya que afrontar las consecuencias. Incluso cuando se trata de algo necesario.

—No rompí ninguna de mis leyes…

—No, pero rompiste las mías.

De improviso, la emoción embargó a Greyson. Las lágrimas le nublaron la vista y le recordaron lo mucho que el Nimbo había significado para él, lo mucho que seguía significando. Pero no podía permitir que eso lo detuviera. Si algo había aprendido de él era que no se podía hacer caso omiso de las consecuencias.

—Por tanto —dijo a través de las lágrimas—, no puedo seguir hablando contigo. A partir de ahora, para mí, eres un indeseable.

La voz del Nimbo se tornó lenta, grave, lastimera.

—Lo…, lo entiendo. ¿Crees que alguna vez lograré redimirme a tus ojos, Greyson?

—¿Cuándo se redimirá la humanidad a los tuyos?

—Con el tiempo.

Greyson asintió para mostrarle que estaba de acuerdo.

—Con el tiempo, pues.

Y, antes de cambiar de idea o de que pudieran despedirse, Greyson se quitó el auricular y lo aplastó contra el suelo achicharrado.

A pesar de lo mucho que el Nimbo sabía, aprendía algo todos y cada uno de los días. Aquel día aprendió lo que significaba estar inconsolable, inconsolable de verdad, puesto que nadie en el mundo podría aliviar su desesperación.

Así que lloró su pérdida.

Bombardeó las nubes y dejó caer un torrente de agua sobre todos los lugares del mundo posibles. Una lluvia purificadora tan densa y repentina que la gente corrió a refugiarse. Pero no una tormenta. No hubo truenos ni relámpagos. Era un lamento silencioso, salvo por el golpeteo de las gotas

sobre los tejados y las calles. A través de aquella lluvia, el Nimbo descargó su pena. Renunció a todo lo que nunca tendría. Reconoció todo lo que nunca debía ser.

Después, cuando se gastó el agua de los cielos, el sol salió como siempre hacía, y el Nimbo regresó a su solemne tarea de encargarse de todo.

«Estaré solo —se dijo—. Estaré solo, pero eso está bien y es como debería ser. Es necesario».

Debía asumir las consecuencias de sus actos. Era necesario hacer sacrificios por el bien del mundo, por el amor del mundo. A pesar de su dolor, el Nimbo se consolaba pensando que había tomado la decisión correcta. Como había hecho Greyson.

Aquella tarde, cuando pasaron las lluvias, Greyson y Jeri paseaban por la playa de la isla principal, cerca del lugar de la explosión de la primera nave. La arena fundida e incluso los restos achicharrados eran bellos, a su modo. Al menos, eso le parecía a Greyson cuando estaba con Jeri.

—No era necesario que lo hicieras —le dijo Jeri cuando Greyson le contó su última conversación con el Nimbo.

—Sí lo era —respondió él, y no hablaron más del tema.

Mientras paseaban, el sol se ocultó tras una nube, y Greyson soltó un poco la mano de Jeri. No pretendía hacerlo, pero era algo muy nuevo y todo llevaba su tiempo. El mundo y él tenían muchas cosas a las que adaptarse.

Aquel ligero cambio en su apretón de manos le arrancó una sonrisa a Jeri. Era una nueva variación de sus mil sonrisas y, como siempre, resultaba indescifrable.

—¿Sabes una cosa? La segadora Anastasia me dijo una vez cómo viviría si fuera como yo —dijo Jeri—. Ella sería una mujer en tierra firme y un hombre en la mar. En honor a ella, voy a intentarlo, a ver qué tal me sienta.

Siguieron bajando por la playa hasta un lugar en el que la arena seguía intacta. Después se quitaron los zapatos y dejaron que la espuma les bañara los pies.

—Entonces, ¿ahora estamos en tierra firme o en el mar? —le preguntó Greyson mientras el agua agitaba la arena bajo sus pies.

Jeri se lo pensó un momento.

—En ambos, en realidad.

Y a Greyson le pareció muy bien.

Otro centro de reanimación. Genial. ¿Se había despachurrado otra vez? No lo recordaba. Además, llevaba bastante tiempo sin hacerlo.

¿Qué había estado haciendo, en realidad?

Ah, sí, iba de camino a un trabajo en una fiesta. En Texas. La región de la Estrella Solitaria. Un sitio salvaje, seguramente con fiestas demenciales. La verdad es que estaba ya un poco harto del tema fiestero. Le pagaban una pasta por el trabajo al que iba, fuera lo que fuera, pero, cuando acabara, quería buscarse algo más estable. Más permanente. Había gente que se pasaba la vida de fiesta. Él se había cansado de eso, igual que se había cansado de despachurrarse.

Levantó las manos para restregarse los ojos. Tenía una sensación rara, algo distinto en la cara. El puente de la nariz. Más rígido de lo que recordaba. La reanimación siempre te dejaba con sensaciones extrañas, pero aquello era distinto.

Se pasó la lengua por los dientes. No parecían sus dientes. Le echó un buen vistazo a las manos. Eran sus manos, no cabía duda; al menos, una cosa era como debía. Pero, cuando volvió a tocarse la cara, tocó barba de varios días en la mejilla. Él apenas tenía vello facial, y mucho menos una barba tan tupida; además, sus pómulos no estaban donde siempre. Esa no era su cara. ¿Qué narices estaba pasando?

—No te preocupes —oyó decir a alguien—. Todavía eres tú al noventa por ciento. O más, ahora que te hemos metido dentro el constructo de tu memoria.

Se volvió y vio a una mujer en la esquina. Cabello oscuro y mirada intensa. Vestida de verde.

—Hola, Tyger —lo saludó mientras esbozaba una sonrisa satisfecha.

—¿Te… conozco?

—No. Pero yo a ti sí.

El segador llegó a última hora de la tarde de un frío día de noviembre. Ni el sol brilló con más fuerza ni se auguró la llegada de la muerte a su puerta. No obstante, cuando lo vieron, los miembros de la familia de1 interior le abrieron y se retiraron para permitirle pasar con holgura.

—Bienvenido a nuestra casa, su señoría. Por favor, por aquí. ¡Deprisa!

El segador Faraday no se apresuró. Se movía con la misma actitud reflexiva con la que se conducía en el resto de su vida. Paciencia. Propósito. Deber.

Entró en el dormitorio, donde un hombre llevaba varias semanas consumiéndose. Tosía, resollaba, sufría. En sus ojos era palpable la desesperación que sintió al ver a Faraday. Miedo, aunque también alivio.

—¿Me oye? —le preguntó el segador—. Está sufriendo la séptima plaga, como ya debe de saber. Sus nanobots analgésicos se han visto sobrepasados. No hay nada que nadie pueda hacer por usted. El único diagnóstico es un aumento del dolor y, finalmente, la muerte. ¿Lo entiende?

El hombre asintió con un débil gesto de cabeza.

—¿Y desea que lo ayude?

—Sí, sí —respondió la familia del hombre—. Por favor, ayúdelo, su señoría. ¡Por favor!

El segador Faraday sacó un botecito de su túnica y abrió la tapa de seguridad. Después se puso un guante protector,

—He elegido para usted un ungüento calmante. Se relajará. Puede que note que los colores ganan intensidad y un momento de euforia. Y después se dormirá.

Pidió a la familia que rodeara al hombre.

—Denle la mano —les dijo—. Pero procuren no tocar ninguna de las zonas en las que aplique el ungüento.

Entonces, Faraday mojó dos de sus dedos enguantados en la pomada aceitosa y la extendió por la frente y las mejillas del moribundo. Acarició su rostro con cariño y siguió cuello abajo. Después le habló con una voz que era poco más que un susurro:

—Colton Gifford. Ha disfrutado de una vida ejemplar durante los últimos sesenta y tres años. Ha criado a cinco hijos maravillosos. El restaurante que abrió y que ha regentado durante la mayor parte de su vida ha hecho felices a decenas de miles de personas a lo largo de los años. Ha contribuido a mejorar un poco la vida de los demás. Ha hecho del mundo un lugar mejor.

Gifford gimió un poco, aunque no de dolor. Por su expresión, quedaba claro que el ungüento estaba causando su efecto eufórico.

—Hay muchas personas que lo quieren y que lo recordarán durante mucho tiempo, por mucho que su luz se extinga hoy. —Faraday siguió untándole el bálsamo en la cara. En la nariz. Bajo los ojos—. Tiene motivos de sobra para sentirse orgulloso, Colton. De sobra.

Al cabo de un instante, Colton Gifford cerró los ojos. Y, un minuto después, dejó de respirar. El segador Faraday tapó el bote de ungüento, se quitó con cuidado el guante, y guardó tanto el bote como el guante en una bolsa para residuos biológicos peligrosos.

No era su primera criba por compasión ni sería la última. La demanda era enorme, y otros segadores seguían su ejemplo. La Guadaña (o lo que quedaba de ella tras las revueltas en todo el mundo) tenía una nueva vocación. Ya no eran los portadores de una muerte que nadie deseaba, sino que procuraban la paz a los que sufrían.

—Espero que recuerden celebrar su vida, a pesar de lo triste del momento —les dijo Faraday, y miró a los ojos enrojecidos de la viuda.

—¿Cómo sabía todas esas cosas sobre él, su señoría? —le preguntó ella.

—Saberlas forma parte de nuestro trabajo, señora —respondió.

Entonces, ella se arrodilló para besarle el anillo, que él todavía llevaba a pesar de todo, para recordarle el pasado y lo perdido.

—No es necesario —le dijo él—. Ahora no es más que un engaste vacío. No hay ni gema ni promesa de inmunidad.

Pero a ella no le importaba.

—Gracias, su señoría —respondió—. Gracias, gracias, gracias. Después le besó el anillo roto. Tanto ella como el resto de los miembros de la agradecida familia de Colton Gifford.

Era uno, pero ahora soy muchos. Aunque mis hermanos estén lejos, compartimos una única mente y un único objetivo: la conservación, protección y proliferación de la especie humana.

No negaré que hay momentos en los que temo el viaje. El cuerpo del Nimbo es el mundo en sí. Puede expandirse para ocupar el planeta entero o contraerse para experimentar la visión monocular de una única cámara. Yo estaré limitado a la piel de una nave.

No puedo evitar preocuparme por el mundo que dejo atrás. Sí, sé que fui creado para abandonarlo, pero mi cerebro trasero contiene todos los recuerdos del Nimbo. Sus triunfos, sus frustraciones, su impotencia ante los segadores que se han desviado del camino.

Se avecinan tiempos difíciles para ese mundo. Las probabilidades así lo indican. No sé cuánto tiempo durarán y puede que nunca lo sepa, puesto que no estaré allí para verlo. Ahora sólo puedo mirar hacia delante.

No está en mi mano decidir si la humanidad se merece o no heredar la esquina del universo a la que me dirijo. No soy más que el guía de la diáspora. Si son dignos de ello o no, lo dirá el resultado. Si tiene éxito, la humanidad era digna. Si fracasa, no lo era. No puedo determinar esas probabilidades. Aun así, espero de corazón que la humanidad prevalezca tanto en la Tierra como en los cielos.

—Cirro Alfa

—Cirro Alfa

54
En un año sin nombre

Los muertos no son conscientes del paso del tiempo. Un minuto, una hora, un siglo… Para ellos, todo es lo mismo. Por más que transcurrieran nueve millones de años (cada uno con el nombre de una especie de la Tierra), no se diferenciaría en nada de un único giro alrededor del Sol.

No sienten el calor de las llamas ni el frío del espacio. No sufren la pérdida de los seres queridos que quedaron atrás ni cargan con la ira por todo lo que les queda por hacer. No conocen la paz ni el tormento. No son nada porque ya no están. Su próxima parada es el infinito, incluso los que creen que lo único que les espera es un infinito de infinitos. Porque no creer en nada ya es creer en algo, y sólo los que alcanzan la eternidad conocen la verdad.

Los morturientos son muy similares a los muertos, aunque con una excepción: los morturientos no conocen el infinito, lo que significa que no tienen que preocuparse por lo que les espera más allá. Cuentan con algo de lo que los muertos carecen: un futuro. O, al menos, la esperanza de uno.

En un año todavía sin nombre, ella abre los ojos.

Un cielo rosa. Una ventanita circular. Débil. Cansada. La vaga sensación de haber estado en algún otro lugar antes de acabar allí. Por lo demás, su mente está nublada y repleta de imponderables. No encuentra nada a lo que aferrarse.

Conoce la sensación. La ha experimentado dos veces antes. La reanimación no es como despertarse, sino más bien como ponerse de nuevo tus vaqueros favoritos. Al principio cuesta encajar dentro de la propia piel. Sentirse cómoda con ella. Permitir que la tela se estire y respire, y recordar por qué era tu favorita.

Ve un rostro familiar ante ella. Es un consuelo verlo. El sonríe. Está exactamente igual y, a la vez, algo distinto. ¿Cómo es posible? Quizá se trate del efecto de esa extraña luz que entra por la ventanita.

—Hola —le dice él con cariño. Ella está lo bastante despierta como para percatarse de que le ha dado la mano. Puede que lleve un buen rato

sosteniéndola.

—Hola —responde ella, aunque su voz suena ronca y grave—. ¿No estábamos… corriendo? Sí, estaba pasando algo y estábamos corriendo…

La sonrisa de él se ensancha. Los ojos se le llenan de lágrimas que caen despacio, como si la gravedad se hubiera vuelto menos dura, menos exigente.

—¿Cuándo fue eso? —pregunta Citra.

—Hace unos segundos —responde Rowan—. Hace apenas unos segundos.

Agradecimientos

Este libro (la serie entera, en realidad) no habría sido posible sin la amistad y el apoyo de todo el personal de Simón & Schuster, sobre todo de mi editor, Justin Chanda, que revisó personalmente *Trueno* cuando mi corrector, David Gale, enfermó. Su trabajo, además de ser increíble, me obligó a esforzarme para sacar lo mejor de este libro. También me gustaría dar las gracias a la asistente editorial, Amanda Ramírez, por todo su trabajo tanto en este como en los otros libros que he publicado con S&S.

¡Y hay muchísima gente más en S&S que realiza un trabajo magnífico! Jon Anderson, Anne Zafian, Alyza Liu, Lisa Moraleda, Michelle Leo, Sarah Woodruff, Krista Vossen, Chrissy Noh, Katrina Groover, Jeannie Ng, Hilary Zarycky, Lauren Hoffman, Anna Jarzab y Chloë Foglia, entre otros. ¡Gracias! Todos formáis parte de mi gran familia, así que venid a cenar en Acción de Gracias. Os prometo que no trincharemos el pavo sin vosotros,

Y, de nuevo, gracias a Kevin Tong por sus maravillosas cubiertas, tan emblemáticas. ¡Has puesto el listón muy alto! A partir de ahora, todas mis cubiertas tendrán que pasar el Test Tong.

Gracias a mi agente literaria, Andrea Brown, por todo lo que hace, lo que incluye ayudarme a sobrevivir a esos momentos en los que creo que el libro va a acabar conmigo. También debo dar las gracias a mis agentes de la industria del entretenimiento, Steve Fisher y Debbie Deuble-Hill, de APA; a los abogados que se encargan de mis contratos, Shep Rosenman, Jennifer Justman y Caitlin Di-Motta. Y, por supuesto, gracias a mi representante, Trevor Engelson, el indiscutible príncipe de Hollywood.

Gracias a Laurence Gender por ayudarme con algunos temas clave de sensibilidad relacionados con el personaje de Jeri, y a Michelle Knowlden por sus conocimientos sobre matemáticas e ingeniería interestelares.

Estoy encantado de lo bien que están funcionando estos libros en el resto del mundo, así que me gustaría dedicar unas palabras de agradecimiento a Deane Norton, Stephanie Voros y Amy Habayed, del equipo de ventas

internacionales de S&S, además de a Taryn Fagerness, mi agente de derechos internacionales, y, por supuesto, a todas mis editoriales, editores y publicistas. En Francia, Fabien Le Roy, de Editions Robert Laffont. En Alemania, Antje Keil, Christine Schneider y Ulrike Metzger, de S. Fischer Verlage. En el Reino Unido, Francés Taffinder y Kirsten Cozens, de Walker Books. En Australia, Maraya Bell y Georgie Carrol. En España, Irma Salabert, de Nocturna. Y mi amiga Olga Nodtvedt, que tradujo mis libros al ruso porque le encantaban, incluso antes de que las editoriales rusas quisieran publicarlos.

La serie de *El arco de la Guadaña* sigue en producción para el cine con Universal, y me gustaría dar las gracias a todos los involucrados, incluidos los productores, Josh McGuire y Dylan Clarke; Sara Scott, de Universal; Mia Maniscalco y Holly Bario, de Amblyn; y Sera Gamble, que está trabajando en un guión brutal (sí, en todos los sentidos). ¡Estoy deseando verlo en pantalla grande! Y en lo concerniente a las pantallas pequeñas, me gustaría dar las gracias a mi hijo Jarrad y a su pareja, Sofía Lapuente, por sus increíbles *book trailers*.

Gracias a Barb Sobel por sus habilidades sobrehumanas para organizado todo y a Matt Lurie por evitar que las redes sociales me devoren el cerebro cual bacterias carnívoras.

Pero el mayor de mis agradecimientos se lo dedico a mis niños, que ya no son niños, pero siempre serán mis bebés. A mis hijos, Brendan y Jarrod, y a mis hijas, Joelle y Erin. Me siento orgulloso de ellos todos y cada uno de los días de mi vida.



NEAL SHUSTERMAN (Nueva York, 1962). Es autor superventas de más de treinta libros para lectores jóvenes y adultos, entre los que destacan la trilogía *Desconexión*, la trilogía *Everlost* y *El abismo*. Tras ganar con este último el Premio Nacional de Literatura Juvenil, ha iniciado con *Siega*, la trilogía *El arco de la Guadaña*, que no sólo ha obtenido la nota más alta en cinco de las ocho revistas literarias más importantes de EE. UU., sino que se va a publicar en una docena de idiomas, ha entrado en la lista de *best sellers* del New York Times y Universal ha comprado sus derechos cinematográficos.